Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

HISTORIA
DE LA
ISLA ESPAÑOLA
O DE
SANTO DOMINGO

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

HISTORIA
DE LA
ISLA ESPAÑOLA
O DE
SANTO DOMINGO

Escrita particularmente sobre las memorias manuscritas del Padre Jean Bautista Le Pers, jesuita, misionero en Santo Domingo y sobre los documentos originales que se conservan en el Depósito de la Marina

por el Padre

PEDRO FRANCISCO JAVIER DE CHARLEVOIX,

de la Compañía de Jesús

TOMO II

EDITORA DE SANTO DOMINGO, S. A.

SANTO DOMINGO - REPUBLICA DOMINICANA

1977

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ISBN 84-8401-012-0

Depósito Legal: B. 33.505-1977 (11)

Gráficas Manuel Pareja / Barcelona

Printed in Spain / Impreso en España

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

Aunque los franceses solían denominar *Saint Domingue* la parte francesa de la Isla Española, sin embargo al traducir este segundo tomo hemos puesto siempre *Santo Domingo,* tanto porque el autor usa la misma expresión para ambas partes, cuanto porque estimamos que son escasas las ocasiones en las que pudiera darse alguna ambigüedad al respecto.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

TABLA
DE LOS SUMARIOS
DEL TOMO SEGUNDO

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

LIBRO SEPTIMO

Los franceses y los ingleses desembarcan al mismo tiempo en la isla de San Cristóbal y se la dividen entre sí. Se enredan entre sí y los ingleses son derrotados por una escuadra del rey. Los unos y los otros son atacados por los españoles. Cobardía de un comandante francés. Los franceses salen de San Cristóbal. Los ingleses tratan con los españoles: embarazo en que se encuentran los franceses. El señor d'Enambuc vuelve a San Cristóbal. Origen de los filibusteros y de los bucaneros. Se apoderan de la isla de la Tortuga. Descripción de esta isla. Los filibusteros echan de ella a los españoles. Se puebla y se cultiva. Los franceses son echados de la Tortuga por los españoles, que dan asimismo caza a los bucaneros de Santo Domingo. Levasseur es nombrado gobernador de la Tortuga. Nuevos esfuerzos de los españoles contra la Tortuga. Fortificaciones hechas por Levasseur en la Tortuga. Los españoles son rechazados con pérdidas. El señor de Poinci trata en vano de sacar hábilmente a Levasseur de la Tortuga. Levasseur se hace odioso por sus crueldades. Se hace independiente. Se hace reconocer por Príncipe de la Tortuga. Es asesinado. Sus asesinos se apoderan del gobierno. El caballero de Fontenay nombrado gobernador de la Tortuga es recibido en ella mediante arreglo. Establecimiento de los franceses en la costa oeste de Santo Domingo. Imprudencia del caballero de Fontenay. Los españoles atacan la Tortuga, los franceses son traicionados por un desertor. Se rinden mediante convenio. Lo que es

de ellos después de perder la isla. Se separan en dos bandas. Suerte de los unos y de los otros. El caballero de Fontenay vuelve a la Tortuga. Es obligado a abandonar su empresa. Su muerte. Los filibusteros ayudan a los ingleses a conquistar Jamaica. Los bucaneros dan caza a los españoles en esa isla. El presidente de Santo Domingo decapitado en Sevilla. Los franceses piensan reconquistar la Tortuga. Cuál fue el resultado de esta empresa. De Rausset emprende la reconquista de la Tortuga. La lleva a cabo. Regresa a Francia. El señor de la Place comandante en la Tortuga: su buena conducta. El señor d'Ogeron gobernador de la Tortuga. Estado de la isla de Santo Domingo en 1665. Acción cruel de un español. Venganza que toman de él los aventureros. Son atacados al regreso y se defienden bien. Establecimiento de los franceses. Descripción de los bucaneros. Sus ahumaderos. Su manera de vivir, sus leyes y su religión. Sus trajes, sus armas, sus perros, su caza, su manera de alimentarse. Enfermedades a que estaban sujetos. Sus principales ahumaderos. Exito de la guerra entre los bucaneros y los españoles. Medidas que toma la corte de España para exterminar a los aventureros. Los españoles quieren sorprender a los bucaneros y son derrotados. Origen de varios establecimientos. Precauciones de los bucaneros contra los españoles y cómo éstos llegan al extremo de disiparlos. Algunos fracasos tenidos por los bucaneros. Descripción de los filibusteros. Su manera de dividir el botín; en qué fundaban su derecho de hacer la guerra a los españoles. Su manera de hacer la guerra. Su independencia. Su irreligión. Expediciones ordinarias de los filibusteros. Carácter del señor d'Ogeron. Sus aventuras. Con qué condiciones es recibido en la Tortuga. Su asiduidad en hacer florecer la colonia. Se envían muchachas de Francia a la Tortuga. El señor d'Ogeron no es secundado y lo que sucede. Su generosidad y el éxito que tuvo. Nuevas poblaciones en la isla de Santo Domingo. Aventuras del Olonés, filibustero famoso. Los diferentes estados por donde pasa. Sus primeras hazañas. Lo que le pasa en la costa de Cuba. Se apodera de una fragata. Corta la cabeza a toda la tripulación y hace echar al mar la de cuatro buques. El Olonés y el Vasco se juntan para un gran plan. Toma de Maracaibo y de Gibraltar. Los filibusteros toman rescate de Maracaibo. Botín que logran de esta expedición. Nuevos planes del Olonés. Quiere ir al Lago de Nicaragua y no puede llegar. Su muerte.

LIBRO OCTAVO

Hostilidades entre los ingleses de Jamaica y los franceses de Santo Domingo. La guerra se hace más viva que nunca entre los franceses

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

y los españoles de Santo Domingo. El señor d'Ogeron manda sus tropas para saquear a Santiago. Cuál fue el éxito de esta empresa. Segunda toma de Maracaibo. La paz no hace cesar la guerra y por qué. Saqueo de Panamá y de Portobelo. El señor d'Ogeron continúa de gobernador en la Tortuga. Situación y ventaja de esta colonia. Por qué el señor d'Ogeron no cree que se deba construir una fortaleza en Santo Domingo. Propone un establecimiento en la Florida. Los ingleses se establecen en la Florida francesa y la llaman Carolina. La colonia se rebela contra la Compañía y contra el gobernador. Cuál era el motivo. El comandante de Cul-de-Sac detenido por los motines. Es liberado por el señor d'Ogeron, quien es insultado en la pequeña Goave. Pide socorro al gobernador general de las Islas. El señor de Gabaret se niega a acudir en su ayuda. Progreso de la rebelión. Medios propuestos para reducir a los revoltosos. Continúa la rebelión. El rey ordena al señor de Gabaret que vaya en socorro del señor d'Ogeron y haga colocar quejas en los Estados Generales contra los autores de la insurrección. Viaje del señor de Gabaret a Santo Domingo. Lo que pasa en Leogane, en la Goave menor y en Nippes. Los distritos del norte prestan nuevo juramento de fidelidad. Partida del señor de Gabaret. La insurrección se apaga inmediatamente. El señor d'Ogeron da un golpe de autoridad, que tiene éxito. Los habitantes reciben la amnistía. El señor de Baas concibe el plan de apoderarse de Curazao. Descripción de esta isla. El señor de Baas sale para esa isla. Falla la empresa. Naufragio del señor d'Ogeron. Conducta indigna del gobernador de Puerto Rico. El señor Bodard pierde una hermosa ocasión de salvarse. El señor d'Ogeron se salva y llega a la Tortuga. Conducta del señor de Baas en esta ocasión. El caballero de Saint Laurent vuelve a pedir al gobernador de Puerto Rico los franceses, quien se niega a entregarlos. Por qué no los suelta. El señor d'Ogeron sale a Puerto Rico. Exito de su expedición. El gobernador de Puerto Rico hace embarcar a los oficiales franceses para el Perú. Son libertados por un inglés. El señor d'Ogeron proyecta echar a los españoles de toda la isla. Descripción de Samaná. Establecimiento en esa península. El señor d'Ogeron va a Francia y muere allí. Carácter de su sucesor. Una escuadra holandesa quema varios barcos comerciales en el puerto de la Goave menor. Otra escuadra, con un capitán sueco rompe todas las medidas. El señor de Poüancey es nombrado gobernador de la Tortuga el 16 de marzo de 1676. La colonia de Samaná es trasladada al Cabo Francés. Toma de Cotuí. El señor de Poüancey hace una incursión en territorio español. Toma de Tobago por el conde d'Estrées, quien manda al señor de Poüancey que venga a unírsele con parte de sus milicias, para una segunda expedición a Curazao. El señor de Poüancey llega a San Cristóbal. Pro-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

puesta que le hace al señor d'Estrées. La flota fracasa en las islas de Avés. Los holandeses hacen varias presas en la costa occidental. Empresa infeliz de los filibusteros contra Santiago de Cuba. Otras expediciones más afortunadas. Tercera toma de Maracaibo. Rebelión de los negros en Puerto de Paz. Son derrotados. Estado de la colonia. Motín de los habitantes de Cabo Francés. Conducta firme del señor de Poüancey en esta ocasión. Apacigua la sedición. Pretensiones de los españoles sobre la isla de Santo Domingo. Expedición de Grammont a la costa de Cumaná. Es atacado y herido en su retirada. Muerte del señor de Poüancey: en qué estado deja la colonia. Un barco inglés capturado por Grammont y su tripulación pasada por la espada. Toma y saqueo de la Veracruz por los filibusteros. Descripción de esa ciudad. Los franceses entran en la ciudad por la noche y se apoderan de todos los puestos. Embarazo de los filibusteros y de los españoles: los primeros se embarcan. Diferencia surgida entre los filibusteros. Muerte de Vand Horn. Se rompe la buena inteligencia entre los filibusteros de Santo Domingo y los de Jamaica. El señor de Cussy llega a Santo Domingo con las provisiones de gobernador. Combate en Cartagena entre los filibusteros y los españoles. Los señores de Saint Laurent y Begon pasan a Santo Domingo y por qué. Hostilidades de los españoles durante la tregua. El Sr. de Cussy se entrega a regular bien la colonia. Abusos que se habían introducido entre los filibusteros. Se trabaja por hacer volverlos a la colonia. Al rey no le agradan nada los miramientos tenidos con ellos. Carácter del señor de Cussy: calumnias publicadas contra él. Establecimiento propuesto en la Nueva Vizcaya. Negociaciones inútiles con el presidente de Santo Domingo. Establecimiento de un Consejo superior y de varios asientos reales. El convenio del tabaco arruina a la colonia. Propuestas de los habitantes al rey, para aumentar el comercio de su isla.

LIBRO NOVENO

Partida de los señores de Saint Laurent y Begon. Causas de una excursión de los filibusteros al Mar del Sur. Diferentes caminos que toman. Se les escapa la flota del Perú y son luego muy maltratados. Las dos naciones se separan. Realejo y León tomados por los ingleses y Pueblo Viejo por los franceses. Diferentes aventuras de estos últimos. Una tropa de ingleses se une a los franceses. Ataque de Granada

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

y su toma. Los filibusteros se separan en dos bandas. Toma de la Villia. Combate junto a Panamá. Victoria de los filibusteros. Segundo combate y segunda victoria. Lo que pasa entre el presidente de Panamá y los filibusteros. Descripción de Guayaquil. Los ingleses y algunos franceses se preparan de nuevo, luego se unen para la expedición de Guayaquil. Los filibusteros llegan con un nuevo refuerzo ante Guayaquil. Atacan la ciudad y la toman. Botín que hacen en ella. Se busca divertirlos. De qué manera pasan el tiempo en la Puna. Partida de los filibusteros; son atacados en su retirada. Dividen el botín. Varios franceses se les unen. Toma de Tehuantepec. Camino que toman los filibusteros para dirigirse al Mar del Norte. Acción atrevida de dieciocho filibusteros. Ultima resolución de los filibusteros para pasar al Mar del Norte. Preparativos y orden de marcha. Partida para la Nueva Segovia. Lo que hubieron dé sufrir en el camino. Partida de la Nueva Segovia. Peligros en que se encuentran los filibusteros. Cómo salieron de ellos. Son forzados los atrincheramientos de los españoles. Lo que había sucedido en el bagaje. Llegan al río. Su descripción. Manera de navegarlo. Asesinato de cinco ingleses. Llegada de los filibusteros al Mar del Norte. Aventura de otra tropa de filibusteros y del capitán Le Sage. Inconvenientes de las incursiones de los filibusteros. El señor de Cussy intenta en vano de hacerlas cesar. Toma de Campeche. La fortaleza es abandonada por los españoles. La ciudad es quemada. Historia de Granmont. De Graff es hecho mayor. Los españoles se hacen dueños de la Goave menor y son echados de ella. Se preparan ambos lados a la guerra. Malas maneras de los ingleses. Conducta de los franceses a su respecto. Galeón encallado en las Serenilles y lo que sucede. Navío del rey tomado por los holandeses. Los ingleses se hacen dueños del galeón encallado en las Serenilles. Revuelta en Cabo Haitiano. Es reprimida. Empresa sobre Santiago por el señor de Cussy. El señor de Cussy envía su secretario al gobernador. Lo que sucede entre el señor de Cussy y un oficial del gobernador. Los españoles ponen emboscada a los franceses. Son rechazados con pérdidas. Toma de Santiago. Retirada de los franceses. Los españoles vienen a atacar el Cabo Francés. Combate en que los señores de Cussy y de Franquesnay son muertos. Consecuencias de esta derrota. Las tropas rehúsan saquear la villa de Gohava. El señor Dumas teniente del rey se dirige al Cabo y allí restablece el orden. Pone de comandante al señor de la Boulaye. Una parte de la colonia de San Cristóbal trasladada a Santo Domingo y las ventajas que vienen de ello.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

LIBRO DECIMO

El señor Ducasse nombrado gobernador de Santo Domingo. Sus diversas aventuras. Entra al servicio del rey y con qué ocasión. Tentativas inútiles de los ingleses contra Santo Domingo. Se descubre y castiga una conspiración de los negros. Llegada del señor Ducasse. Estado en que se encontraba la colonia. Examina la conducta del señor de Cussy y juicio que da de ella. Estado de la colonia francesa de Santo Domingo en 1691. Proyecto de abandonar todos los distritos, salvo dos. Los enemigos avanzan por mar y por tierra para atacar la colonia, y se retiran sin hacer nada. Indocilidad de los filibusteros. Medidas que toma el señor Ducasse para retirar a los franceses prisioneros de manos de los ingleses y de los españoles. Cartas interceptadas por los ingleses: efecto que producen. Expedición a Jamaica. Temblor de tierra extraordinario en Jamaica. Consecuencias de ese temblor. La colonia es amenazada nuevamente por ingleses y españoles. Preparativos del señor Ducasse para defenderse. Cartas interceptadas del arzobispo de Santo Domingo. Proyecto propuesto por el señor Ducasse: lo que impide su ejecución. Lo que hace fallar el plan de los españoles y de los ingleses contra la colonia francesa de Santo Domingo. Propuesta del señor Ducasse al señor de Pontchartrain para hacer florecer la colonia. Toma del guardacostas inglés. El señor Ducasse parte para Jamaica con grandes fuerzas. Toma de Puerto Morán y de Puerto María. El Temerario se separa de la flota y lo que pasa. Toma de Ouatirou por el señor Ducasse. Generosidad del señor Ducasse censurada en la corte. Los ingleses son rechazados de Cul-de-Sac y de la isla Vaca. Preparativos de los ingleses y de los españoles para atacar la colonia francesa de Santo Domingo. Embarazo del señor Ducasse y qué partido toma. La flota de los aliados hace su primera bajada a la bahía de Manzanillo. Mala conducta del señor de Graff. Los enemigos se apoderan del Cabo y de las baterías. El atrincheramiento de lo alto del Cabo es abandonado. Los enemigos van al Puerto de Paz. Toma de San Luis. Marcha de las tropas de tierra hasta el Puerto de Paz. Mala maniobra del señor de la Boulaye. Los enemigos llegan ante el Puerto de Paz. Lo que impide al señor Ducasse ir al socorro del Puerto de Paz. Asedio del Puerto de Paz. Mala inteligencia entre los sitiadores. División en el fuerte. Los habitantes quieren salir del fuerte y los soldados quieren capitular. Se resuelve abandonar el fuerte. Retirada de los franceses. El mayor Bernanos es muerto. Hermosa retirada de los franceses. Los ingleses se hacen dueños del fuerte. Causas de la retirada de los ene-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

migos. El señor Ducasse propone el asedio de Santo Domingo. La Colonia de Santa Cruz transportada a Santo Domingo. Descripción de la isla de Santa Cruz y las distintas revoluciones que ha sufrido. Proceso hecho a los señores de Graff y de la Boulaye. Se informa contra ellos. Cuáles fueron las consecuencias de estas informaciones. Empresas de una parte y de otra sin resultado. Armamento del caballero de los Augiers, su objeto y el resultado que tuvo.

LIBRO UNDECIMO

Proyecto para el comercio con los españoles. Armamento del señor de Pointis. Sentimientos del señor Ducasse para con esta empresa. Carácter del señor de Pointis y del señor Ducasse. Retrato del señor de Galifet. Ayuda que el señor de Pointis saca de Santo Domingo. Llega al Cabo. El señor de Pointis y el señor Ducasse comienzan a enredarse. Lo que determina al señor Ducasse a seguir al señor de Pointis. La gente de la costa rehúsa embarcarse. Arreglo hecho con ellos. Rebelión de los filibusteros apaciguada por el señor Ducasse. Partida de la escuadra para el Cabo Tiburón. El señor de Pointis delibera sobre el partido que ha de tomar. Primer parecer, ir a buscar los galeones. Segundo parecer, la toma de Veracruz. Tercer parecer, el ataque de Cartagena. Se determina a seguir este último parecer. Estado del ejército del señor de Pointis al salir de Sambay. Disposición de las tropas. El señor de Pointis engañado por los planos que se le habían dado de Cartagena. Los señores de Pointis, Ducasse, de Levi y del Tilleul se encuentran en peligro ante la costa de Cartagena. La flota fondea ante Bocachica. Descripción de Cartagena. La defensa se hace en Bocachica. Descripción del fuerte de Bocachica: aproches de ese fuerte. Toma de una piragua cargada de hombres y de municiones. El lugar es batido por todas partes. Toma de Bocachica. Se manda a los filibusteros que vayan a hacerse dueños de Nuestra Señora de la Popa. Sedición a este respecto. El fuerte de Santa Cruz abandonado. Toma del fuerte de San Lázaro. Ataque de Hihimani. Se toma un barco venido de Portobelo. Hihimani tomado por asalto. Pérdida de los sitiadores. La ciudad alta se rinde. Artículos de la capitulación. El señor de Pointis toma posesión de Cartagena. Botín tomado en Cartagena. Conducta del señor de Pointis con los filibusteros. Conducta de éstos con los habitantes de Cartagena. Lo que pasa entre los señores de Pointis y Ducasse después de la toma de Cartagena. Malos tratamientos hechos a la gente

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de la costa. Se toma el partido de no conservar ni a Cartagena ni a Bocachica. El señor de Pointis se embarca y engaña a la gente de la costa. Los aventureros regresan a Cartagena. El señor de Pointis es perseguido por una fuerte escuadra enemiga. Los aventureros en Cartagena. La ciudad es saqueada. Estratagema usada por los aventureros para quitar a los habitantes todas sus riquezas. Vuelven a embarcarse, y son advertidos de que se acerca una flota inglesa. La encuentran y lo que pasa. El señor Ducasse pide su llamamiento y respuesta que se le da. El rey hace justicia a la gente de la costa, pero se aprovechan poco de ella. Los prisioneros hechos por los ingleses. Rebelión de los negros en el Cabo. Los ingleses irrumpen en Goave menor y son echados de allí. Muerte del conde de Boissy Raymé. Hostilidades de los ingleses y de los españoles. La Paz de Ryswick detiene todas las hostilidades. Establecimiento de la isla Vaca. El señor de Galifet, gobernador de la isla de Santa Cruz, con derecho de mandar en jefe en ausencia del gobernador. Compañía de San Luis. Estado miserable de la colonia y de dónde venía el mal. Esfuerzos de los señores Ducasse y de Galifet para remediarlo. Reglamento para el comercio y para las fortificaciones de los puestos. Establecimientos de los escoceses hacia el golfo de Darién. Inquietud de la corte a este respecto. Medidas del señor Ducasse para oponerse a este establecimiento. Los indios de Sambres se ponen bajo la protección de Francia. Los escoceses abandonan por segunda vez el Darién. Llegada de Felipe V a la corona de España. Lo que impide a los ingleses sucumbir bajo los esfuerzos de los franceses y de los españoles. El vicealmirante Bembou ataca a Leogane y con qué éxito. Los enemigos se retiran. Combate entre el vicealmirante Bembou y el señor Ducasse. Los enemigos atacan la Goave menor y se retiran. El señor Auger sucede al señor Ducasse en el gobierno de Santo Domingo. Su llegada a Santo Domingo y su conducta con respecto al señor de Galifet Muerte del señor de Galifet. Carácter del señor Auger. El señor Destandes, comisario ordenador en Santo Domingo. Los jesuitas enviados a Santo Domingo en lugar de los capuchinos. El señor Mithon, primer intendente en Santo Domingo. El señor d'Ibervile en Santo Domingo. El conde de Choiseul, gobernador de Santo Domingo. Su muerte. El gobierno de la Tortuga erigido en gobierno general, en favor del señor de Blénac. Fin de la filibustería. Mueren todos los cacaoteros en Santo Domingo. Guerra declarada a los españoles. Deserción de los negros y las consecuencias que puede tener.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

LIBRO DUODECIMO

Descontento de la colonia contra la Compañía de las Indias. En qué se fundaba particularmente. Discurso insolente atribuido a los empleados de la Compañía. Ordenes del rey que se pretende haber sido inspiradas por la Compañía de las Indias. Diferentes disposiciones de los habitantes a este respecto. Mujeres del Cabo van armadas a insultar a los empleados de la Compañía. Mal proceder del director en esa ocasión. El conde de Arquian detiene el desorden. Nuevo alboroto. Lo que sucede en la casa de Africa. La casa de campo de la Compañía quemada por los revoltosos. Se suprime el peso de las especies. Cartas del general y del intendente y efectos que producen. Comienza la rebelión de nuevo. El señor de Chatenoye hace esfuerzos inútiles para obligar a desarmarse a los habitantes. El señor de Arquian va a encontrarlos. Lo que pasa entre ellos y él. Partida de la Bellonne. Habitación quemada. Desorden sucedido en el Cabo. Lo que sucede en Léogane respecto a los nuevos derechos obtenidos por la Compañía de las Indias. Ordenanza para la supresión del peso de las especies. Diversos movimientos en Leogane. Cartas del gobernador general y del intendente a los señores de Arquian y Duclos; y las respuestas de éstos. El distrito de Artibonite se rebela; los habitantes de ese distrito van a Léogane. Lo que sucede en esta marcha. El señor marqués de Sorel enviado ante ellos. Acomodo entre el general y el intendente de una parte y los habitantes de otra. De qué manera se contenta a los voluntarios, para compensarlos del pillaje que se les había prometido. Los habitantes vuelven a tomar las armas y se apoderan de la persona del general. Partida de los directores de Leogane y de San Luis. Nuevo insulto hecho al gobernador general. Llegada de un negrero al Cabo: nuevos movimientos a este respecto. Se apaciguan por poco tiempo. Se hacen correr nuevos escritos, pero sin muchas consecuencias. Los diputados de los distritos se reúnen en lo alto de Cabo y lo que sucede allí. Peticiones de los habitantes a los señores de Arquian y Duclos. Diligencias de los señores de Arquian y Duclos para la trata del negrero. Lo que pasa en Leogane a este respecto. Nueva oposición de algunos diputados a la venta de negros. Se hace sin embargo y lo que sucede. Los distritos se reúnen de nuevo. Atentado de algunos particulares. Termina la venta del negrero. La tranquilidad vuelve a los distritos del Cabo. Llegada de un nuevo navío de la Compañía de las Indias. El gobernador general y el intendente se retiran a bordo de un navío del rey y pasan a la Goave menor. Diversos decretos dados por el consejo de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Leogane. De qué manera son recibidos estos decretos en el Cabo. Réplicas para el consejo de Leogane. Deliberación del Consejo Superior presentada al señor Sorel luego de su partida a Goave menor. Discurso del señor de Nolivos en el Consejo. Réplica del Consejo. Efecto que produce en el Cabo la retirada del general. Un barco de la Compañía aparece a la vista del Cabo, pero no entra. El Consejo de Leogane dividido. Orden intimada a los consejeros que permanecen en Léogane de no reunirse más. Respuesta de los consejeros. Estado en que se encontraron a continuación los asuntos en esos distritos. Buenos efectos de la presencia de los barcos del rey. Diversas instrucciones dadas en la corte. Partido tomado por el rey. Llegada del conde de Champmélin y del caballero de la Rochallar a Goave menor. Su recepción. Primera sesión del Consejo donde ellos presiden. Segunda y tercera sesiones. De qué manera los generales se portan con el Consejo, y los habitantes de Goave menor. La escuadra hace velas hacia Léogane. Conducta del conde de Champmélin. Lo que pasa en la revista de Leogane. Diligencias del señor de Champmélin para apoderarse del señor de C***. Revista y juramento de fidelidad en San Marcos. C*** escapa al general, que lo degrada al frente de las tropas y lo proscribe. Cuarta sesión del Consejo. Quinta sesión: dos consejeros incapacitados. Partida de los generales para los distritos del Norte. Lo que sucede en Puerto de Paz. Su recepción en el Cabo y la cuenta que el señor de Champmélin da de ella al ministro. Ordenanza del rey en favor de la colonia. Vuelta de la escuadra a Goave menor. Los dos consejeros incapacitados son rehabilitados. Sentencia dada contra C*** y Fourtier. Ultima sesión del consejo. Visita de Puerto Príncipe. Regreso, muerte, elogio del señor de Champmélin. Apego de los pueblos de Santo Domingo al rey. Descripción de la colonia española. Santiago de los Caballeros. Riquezas de ese distrito. La Vega y la antigua ciudad de La Vega. El Cotuí. La Vega Real, Monte Plata, Boya. De la llanura de Santo Domingo. Fuerzas de la ciudad y de los alrededores. La Fuerza o la ciudadela. Gobierno de esta capital. Guarniciones. Clero. Higüey. Altagracia, Seibo, Bayaguana, Baní. Guava. Bánica, Azua. Pobreza de los españoles. Sus ocupaciones y su sobriedad. Su ignorancia y su orgullo. Su religión. Sus virtudes. Estado de la colonia francesa. Carácter de espíritu de los criollos franceses, sus buenas y sus malas cualidades. Inconvenientes que temer para las sucesiones. Descripción de la llanura del Cabo Francés. El puerto del Cabo, Bayahá, el puerto Margot, el puerto Francés, el Acul, el Puerto de Paz, el puerto de los Mosquitos, el Puerto del Escudo, el Abra San Nicolás, Puerto Real, la bahía de Caracol, la bahía de Manzanillo, la Grange, Montecristi, el

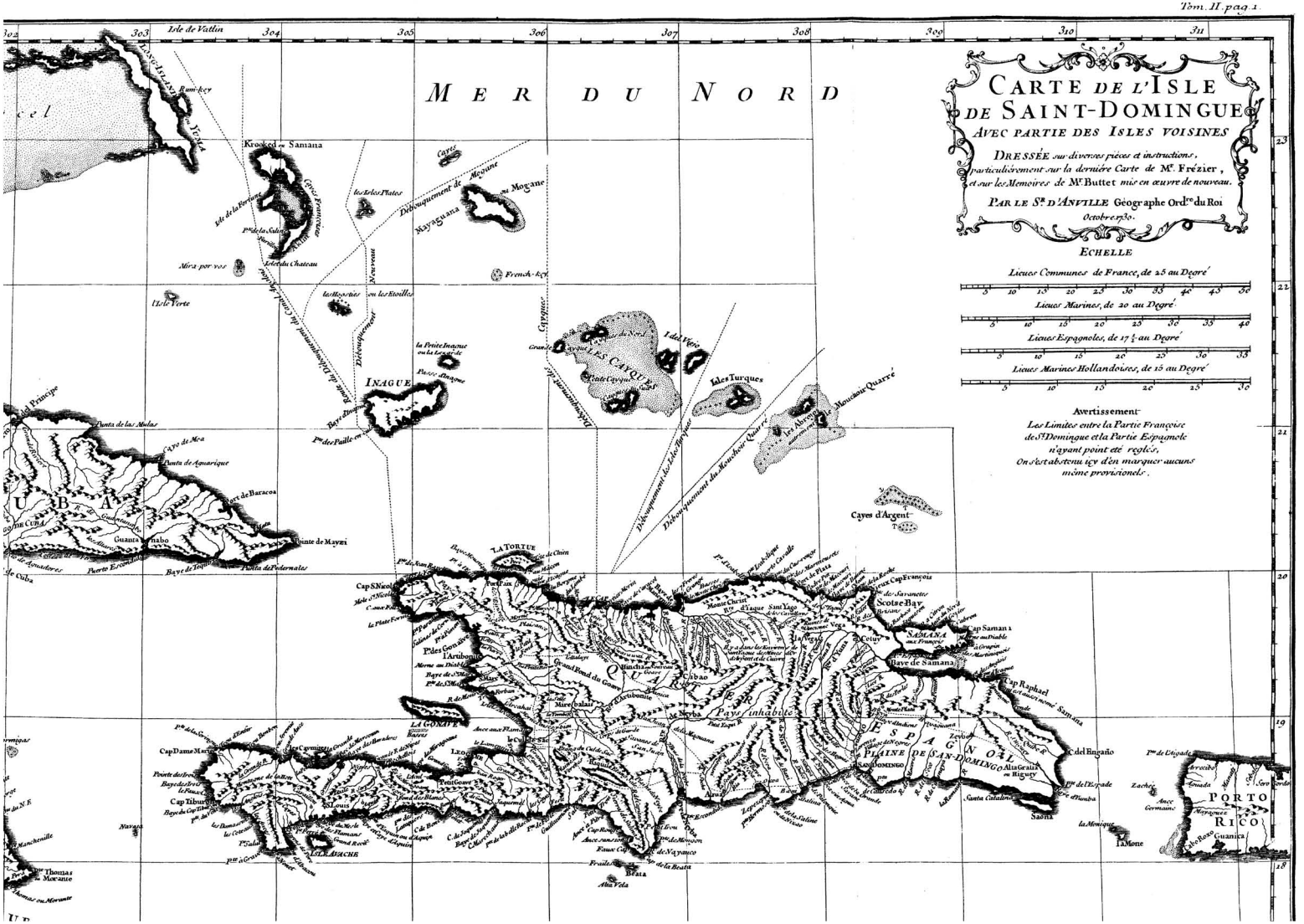
Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

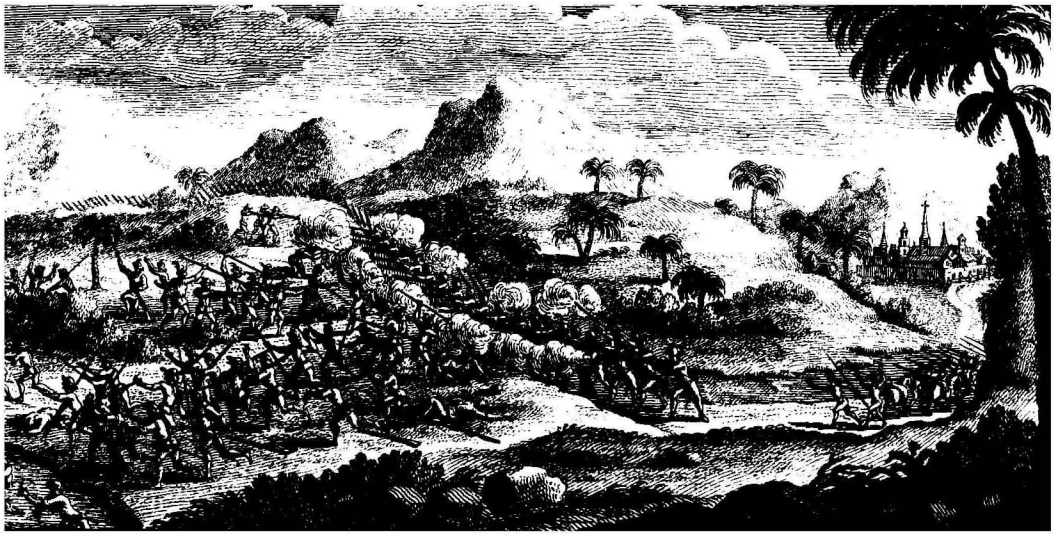
Puerto del Escudo, Isabela, Puerto Plata, Bahía de Cosbec, Samaná, Parroquias de la llanura del Cabo. Sus ríos, sus minas. Número de sus habitantes. Variedad del terruño de la parte francesa de Santo Domingo. Caminos de la llanura del Cabo. Clima de las montañas que bordean la llanura del Cabo. Frutas y animales domésticos. Descripción de la costa occidental y de la costa meridional. Situación de Leogane. Miserias de los negros. Su verdadera felicidad a pesar de esa miseria: diversos caracteres de los negros. Su falta de memoria: cualidades de sus mentes. Sus virtudes y sus vicios. De qué modo hay que tratarlos. Diversas particularidades de estos pueblos. Religión de los negros. Efecto del bautismo en ellos: su superstición. Sus matrimonios. Algunas particularidades tocante a los negros.

FIN DEL CUADRO DE LOS SUMARIOS

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia


MER DU NORD
CARTE DE L'ISLE DE SAINT-DOMINGUE
AVEC PARTIE DES ISLES VOISINES
DRESSÉE sur diverses pièces et instructions, particulièrement sur la dernière Carte de Mr. Frézier, et sur les Mémoires de Mr. Buttet mis en œuvre de nouveau.
PAR LE Sr. D'ANVILLE Géographe Ordre du Roi
Octobre 1730.
ECHELLE
Lieues Communes de France, de 25 au Degré
Lieues Marines, de 20 au Degré
Lieues Espagnoles, de 17 ½ au Degré
Lieues Marines Hollandoises, de 15 au Degré
Avertissement
Les Limites entre la Partie Françoise de St. Domingue et la Partie Espagnole n'ayant point été reglées, On s'est abstenu icy d'en marquer aucuns même provisionels.
INAGUE
LA TORTUE
LA GONAVE
Cayes d'Argent
Isles Turques
Mogane
Maya guana
Payes inhabités
PLAINE DE SAN-DOMINGO
SAMANA
Baye de Samana
Scotse Bay
Cap François
Cap Raphael
Cap del Engaño
PORTO RICO
Guanica
Aguada
Aguadilla
Arecibo
Baye de Cuba
Baye de Nipe
Baye de Guantanamo
Baye de Jaquimel
Baye de Leogane
Baye de Gonaive
Baye de Mancenille
Baye de Mosquites
Baye de Neybe
Baye de Ocoa
Baye de Port Paix
Baye de Port Margot
Baye de Port de Paix
Baye de Port au Prince
Baye de Port Royal
Baye de Port Morant
Baye de Port Antonio
Baye de Port Maria
Baye de Port Negril
Baye de Port Caimite
Baye de Port Caimanes
Baye de Port Caimanes
Baye de Port Caimanes



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

HISTORIA
DE
LA ISLA ESPAÑOLA
O DE
SANTO DOMINGO

LIBRO SEPTIMO

Los españoles, comenzaban a hacer bastante poco caso de las Antillas Mayores e impulsaban de día en día sus conquistas en el continente de América, donde se formaba un imperio, que por su extensión y tal vez por sus riquezas no cedía en nada al de los primeros césares, no se habían cuidado de apegarse a las Antillas Menores.

Pretendían bien a la verdad haberse asegurado su posesión por

varios actos reiterados en diversos tiempos, pero nunca habían hecho sino débiles esfuerzos para establecerse allí y no parecían darle ya la menor atención, cuando en 1625 los franceses bajo la dirección de los señores d'Enambuc y du Rossey, capitanes de navío, y los ingleses dirigidos por M. Vaernard se encontraron, por una conjunción de acontecimientos singular al mismo tiempo de ambos lados de la isla de San Cristóbal. Lo que hubo tal vez más admirable en todo esto fue la buena inteligencia con que vivieron ambas naciones en una isla pequeñísima, no sólo cuando se trataba de unir sus fuerzas contra los caribes, sino también cuando había que dividir su conquista entre ellos.

Los ingleses se enredan con los franceses y son derrotados por una escuadra del rey. — Es verdad que la ambición de los ingleses perturbó pronto una unión tan hermosa. Vaernard quiso extenderse a expensas de los franceses: pero en 1629 el señor de Cusac, jefe de escuadra. apareció con barcos del rey en las costas de San Cristóbal, tomó, hundió y disipó todo lo que encontró de navíos ingleses en estos mares y obligó a Vaernard a atenerse al tratado de partición, que se había hecho dos años antes entre ambas naciones. Es verdad que ellas no disfrutaron largo tiempo de una paz que los jefes parecían sumamente dispuestos a mantener: la corte de España no había podido ver sin pena a las dos potencias tan cerca de sus colonias y en un territorio que pretendía pertenecerle. En consecuencia había tomado medidas para echarlos de allí cuanto antes; y desde el año siguiente de 1630 el rey católico había enviado al Brasil una flota contra los holandeses, que se había apoderado de una buena parte de aquel hermoso país y dado orden a don Federico de Toledo, que la mandaba, de pasar a la isla de San Cristóbal y de no dejar en ella un solo inglés ni un solo francés.

Los unos y los otros son atacados por los españoles. — Se había sabido en Francia de ese plan y para defender la isla de San Cristóbal contra los empeños de los españoles la escuadra del señor de Cusac había sido equipada. Ese oficial, contento con la victoria que había reportado contra los ingleses y no teniendo ninguna noticia de los españoles, a quienes su lentitud fue esta vez ventajosa, se cansó de esperar, permitió a sus buques ir a hacer correrías donde les gustara, y él mismo fue a cruzar por el golfo de Méjico, dejando así sin ningún refuerzo no solamente la isla de San Cristóbal, sino también la de San Eustaquio, donde acababa de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

construir un fuerte y de comenzar una habitación. Por fin D. Federico vino a anclar a dos tiros de cañón de uno de los distritos franceses con una flota compuesta de 35 grandes galeones y de 14 navíos mercantes armados en guerra, habiendo tomado de pasada en Nieves cuatro barcos ingleses y perseguido a un quinto, que vino a refugiarse a su vista bajo el cañón del fuerte, donde mandaba el señor du Rossey.

Cobardía de un comandante francés. — Ese capitán hizo inmediatamente saber todo al señor d'Enambuc y al general inglés el peligro en que estaba y la urgente necesidad que tenía de ser socorrido pronto y con fuerza. Vaernard le envió inmediatamente de setecientos a ochocientos hombres y el señor du Parquet, sobrino del señor d'Enambuc le llevó 120. Era lo menos para hacer una resistencia, que pudo conseguir una capitulación honrosa; pero nunca hubo cobardía semejante a la del comandante francés. D. Federico hizo su desembarco sin ninguna oposición; y cuando los españoles hubieron comenzado su ataque, quedaron bastante sorprendidos de no ver venir a ellos sino al solo du Parquet con su compañía. Este valiente sostuvo el fuerte, al que debía atenerse, hizo prodigios de valor: y a pesar de la desproporción del número de los combatientes, consiguió con ellos que la victoria quedara algún tiempo en suspenso; de manera que no se dudó en nada que si du Rossey y los ingleses hubieran ayudado, el enemigo se hubiera visto obligado a reembarcarse con pérdidas. Pero los mismos que habían seguido al señor du Parquet lo abandonaron cobardemente, y se encontró reducido a tres hombres, con los que todavía resistió bien, mató de su mano al comandante de los españoles, que era un italiano, y cayó al fin atravesado por 18 golpes sobre montones de enemigos, en quienes de antemano había vengado su muerte. Se le llevó al galeón, que montaba el almirante: éste no omitió nada para tratarlo bien y para señalarle la estima que hacía de su persona; pero después de 18 días el enfermo expiró entre grandísimos dolores y no habiendo podido don Federico lograr curarlo, le hizo hacer tales exequias como se hacen en España a las personas de primera consideración.

Los franceses salen de San Cristóbal. — Du Rossey, que había sido el primero que se había espantado, fue bien pronto tranquilizado por un ejemplo tan hermoso cuanto fue intimidado por el fracaso de este oficial y por la negativa que hicieron los ingleses de combatir; clamó inmediatamente que era preciso que cada cual pensara por sí

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

y huyó el primero, dejando el pabellón de Francia en el fuerte. Toda su gente y los ingleses lo siguieron con tal precipitación que tiraron sus bandoleras y sus mosquetes por los caminos, para correr mejor. Llegaron así los nuestros a un lugar, que se llamaba la Cabestere, alejado ocho leguas del fuerte, que habían abandonado: allí encontraron al señor d'Enambuc y le dijeron que todo estaba perdido y que no había otro partido que tomar que embarcase lo más pronto posible. D'Enambuc hizo inútilmente muchos esfuerzos par . tranquilizarlos y para persuadirles que no se dejaran al menos echar sin resistencia de una isla donde tanto les había costado establecerse y donde se hallaban en situación de destruir una buena parte del ejército español, por poco que quisieran entenderse, aprovechar la ventaja del terreno y acordarse de quiénes eran. Fueron insensibles a todo: du Rossey lo obligó a juntar el Consejo; y como el espanto lo presidía, se decidió primero, por consentimiento casi unánime, que había que retirarse e ir a habitar la isla de Antigua. Hasta se añade que se resolvió apuñalar al señor d'Enambuc si se oponía a esta deliberación. Hubo que ceder y todos los franceses, en número de 400 hombres, embarcaron en dos navíos que se encontraban en la rada.

Los ingleses tratan con los españoles. Confusión en que se encuentran los franceses. — Habiendo sabido Vaernard esta retirada, vio bien que le era necesario tratar con don Federico. El almirante español le dio los cuatro navíos, que había tomado en Nives y como eran demasiado estrechos para alojar a todos los ingleses, que siempre habían sido en mucho mayor número que los franceses, los hizo reunir en su presencia, tomó la palabra de quienes permanecían, que ellos aprovechaban para seguirlos la primera ocasión que encontraran y les declaró que si a su vuelta de Brasil los encontraba todavía en San Cristóbal los haría pasar a todos por el filo de la espada. Los franceses por su parte estaban en la mayor confusión que pueda imaginarse: la precipitación con que eran embarcados no les había permitido hacer ninguna provisión y pronto se vieron reducidos a la más horrible penuria. Para colmo de desdicha, no pudieron llegar nunca a la isla de Antigua; huyeron de dos tempestades, que los pusieron en gran peligro, y después de haber recorrido el mar durante tres semanas enteras, se vieron obligados a tomar tierra en la isla de San Martín, que no está a más de ocho leguas de San Cristóbal. Se creían al final de sus desdichas, pero el paraje de la isla donde abordaron era tan estéril y tan falto de agua dulce, que habiendo cavado pozos, cuya agua se encontró sa-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

lobre, varios murieron por haber bebido de ella sin medida y con demasiada avidez.

El señor d'Enambuc vuelve a San Cristóbal. — La paciencia de du Rossey no se probó con tantas desgracias; resolvió finalmente dejarlo todo, ganó a una parte de los oficiales y de los soldados y obligó a uno de los dos capitanes de navío a llevarlo nuevamente a Francia, donde apenas hubo llegado el cardenal de Richelieu lo hizo llevar a la Bastilla.

El resto de la colonia difundida por las islas de Monserrat, de San Martín, de San Bartolomé y de la Anguila, no permaneció allí por mucho tiempo. El señor d'Enambuc supo bien pronto que Vaernard y los ingleses se mantenían en la isla de San Cristóbal y que entre ellos había algunos franceses, aparentemente del número de aquellos que habían huido con du Rossey. Reunió inmediatamente una parte de su gente y con ayuda de un navío, que le había llegado muy a propósito de Francia volvió a ponerse en posesión de sus antiguos establecimientos, a pesar de los esfuerzos de los ingleses, que habían ciertamente contado con permanecer únicos dueños de la isla.

Al mismo tiempo, algunos de ellos, que habían salido con los señores d'Enambuc y du Rossey, habiéndose unido a otros aventureros ingleses y franceses, se acercaron a la isla Española y habiendo encontrado la costa septentrional casi enteramente abandonada por los castellanos, se detuvieron y se establecieron allí. Como los bosques y los campos de la región hormigueaban en todas partes de puercos y de bueyes, se encontraron muy cómodos; y habiéndoles prometido los holandeses no dejarles carecer de nada y recibir en pago los cueros, que sacaban de la caza de los bueyes, esta seguridad acabó por establecerlos.

Origen de los filibusteros y de los bucaneros. — La mayoría de estos nuevos colonos eran normandos y se los llamó bucaneros porque se reunían después de su caza, para ahumar al modo de los salvajes la carne de los bueyes que habían muerto; porque se usaba desde entonces esa palabra, que significa la misma cosa que cuero, o mejor secar al humo; y el lugar donde esto se hacía se llamaba *Boucan* (ahumadero). Luego se extendió mucho su sentido. Así se dice hacer un boucan por ahumar la carne, y un trozo de carne ahumada se llama también un trozo de boucan. Según el P. de Tertre, esa palabra es india; pero ese autor debiera habernos dicho de qué lengua india la tomó. Fue también entonces y

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

con esta ocasión que la isla Española comenzó a ser conocida en Francia bajo el nombre de Santo Domingo, que es el de su capital y que le daremos en adelante. Era con todo una gran incomodidad para la nueva colonia el no recibir muchas cosas, sin las cuales no podía pasarse, solamente de manos extranjeras: los bucaneros se salieron pronto de tal molestia. Una parte de ellos, a quienes nunca les había gustado mucho la caza de las bestias salvajes, o que se disgustaban pronto con ella, se hicieron corsarios y cuanto caía en sus manos, de amigos o de enemigos, se hizo presa suya. La isla de Santo Domingo era siempre su retiro, así como la islita de La Tortuga, de que se había apoderado una tropa de ingleses mezclada con algunos franceses. Comenzaron a hacerse célebres con el nombre de *filibusteros,* o, como se decía entonces, *friboutiers,* del inglés *free-bouter,* que se pronunciaba *frî-buter* y que significa propiamente un pirata, un corsario y en general todo hombre que hace la guerra solamente para saquear. *Flibuster,* de donde algunos diccionarios nuestros hacen derivar la palabra *flibustier,* no es una palabra inglesa y el *flibot* debe su nombre a los filibusteros, que se servían ordinariamente de esa clase de barco; aunque otros, por falta de instrucción, han adelantado que *flibustier* viene de *flibot.*

Se apoderan de la isla de La Tortuga. Descripción de esta isla. — El punto de cita más ordinario de los filibusteros eran la isla de la Tortuga y lo que allí los atraía principalmente es lo que encontraban en ella: una abra cómoda y el creerse allí más seguros contra las empresas de los españoles. Toda su costa norte es inaccesible, aun a las canoas; es lo que se llama una Costa de Hierro. En la del sur, no hay más que un solo puerto, de que se habían apoderado nuestros valientes. No es propiamente sino una rada bastante segura, a dos leguas de la Punta del Este y que no se la llama de otra manera que *la Rada.* El fondeadero es bueno, con un fondo de arena fina y la entrada se puede defender con facilidad; para ello no hay más que poner una batería de cañones en una roca que la domina y cuya subida es muy difícil. Las tierras de los alrededores son bonísimas y allí se encuentran sobre todo plantas admirables, y de una fertilidad maravillosa. Toda la isla cubierta de bosques, que crecen sumamente altos, aunque nacen entre rocas donde no se puede concebir que haya con qué alimentar sus raíces; domina allí la caoba, sobre todo, y es lo que hoy forma su riqueza principal. Esta isla tiene ocho leguas de largo de este a oeste, por dos de ancho de norte a sur y el canal, que la separa de Santo Domingo, tiene la misma anchura. Está situada a veinte grados diez minutos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El aire es excelente, pero no se ve ningún río y aun las fuentes son muy escasas. La más abundante está a nueve o diez pasos de una roca, de que hablaremos después, y lanza agua del grueso de un brazo. Las otras son muy poca cosa y los habitantes se veían obligados en muchos lugares a recoger las aguas de lluvia, sin lo cual hubieran corrido peligro de morir de sed.

Los filibusteros echan de allí a los españoles. — La isla de la Tortuga, que en la actualidad está enteramente despoblada, tuvo antaño hasta seis distritos habitados, a saber, *la Basse-Terre, Cayone, la Montagne, le Ringot,* y la *Pointe au Maçon;* solamente la falta de agua dulce había impedido que se habitara un séptimo, que se llamaba *la Cabesterre.* Todos los frutos que se ven en las Antillas crecían en la Tortuga, siendo sobre todo el tabaco excelente y las cañas de azúcar de un grosor y una bondad como no tienen en otros lugares. Se habían llevado cerdos desde Santo Domingo y se habían multiplicado en extremo. Eran más pequeños que en la isla grande, pero su carne era más delicada. Además de esto, las costas, sobre todo la del sur, abundan sumamente en peces. Cuando los filibusteros pensaron apoderarse de la rada, encontraron allí a los españoles; pero aparte de que no eran más de veinticinco, se consideraban en el lugar como en una especie de destierro y se aburrían muchísimo. Por eso se retiraron a la primera intimación que se les hizo y ese retiro causó al parecer tanta alegría a quienes lo hicieron como a los que se aprovecharon de él.

Se puebla y se cultiva. — Apenas se supo en San Cristóbal lo que sucedía del lado de Santo Domingo cuando varios moradores de aquella isla se trasladaron a la Tortuga, con la esperanza de hacer allí más pronto una fortuna, ya por la facilidad de comerciar con los extranjeros, ya por las presas de los filibusteros, con las cuales siempre había mucho provecho. Varios de estos recién llegados se dieron al cultivo de las tierras y plantaron tabaco; pero lo que contribuyó más a hacer florecer esta pequeña colonia es que los franceses, sobre todo los de Dieppe, comenzaron a visitarlos. Les llevaban alistados, que les vendían por tres años y de quienes se sacaban los mismos servicios que hubieran podido sacar de esclavos, en virtud de buenos contratos, que esos infelices habían hecho ante notarios antes de salir de Francia. Así la nueva colonia estaba compuesta de cuatro clases de personas: de bucaneros, que se ocupaban de la caza; de filibusteros, que corrían los mares; de habitantes, que cultivaban la tierra; y de comprometidos, que por su mayoría permanecían

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

con los habitantes y los bucaneros. Todo esto formaba lo que empezó a llamarse el Cuerpo de los Aventureros. Vivían entre sí en muy buena inteligencia y habían establecido una especie de gobierno democrático; cada persona libre tenía una autoridad despótica en su habitación y cada capitán era soberano en su barco mientras tenía el mando, pero podía quitársele.

Son echados de la Tortuga por los españoles. — Sin embargo los españoles se asustaron todavía más con ver a los recién venidos acantonados en la Tortuga y en la isla de Santo Domingo que con saber el establecimiento de los ingleses y los franceses en San Cristóbal; y juzgando bien que si los primeros eran una vez echados de la Tortuga todo el cuerpo de aventureros se disiparía por sí mismo, el general de los galeones recibió orden de atacar esa isla y sin entretenerse en capitular, apoderarse de cuanto encontrase allí. Ese general cumplió perfectamente con su encargo; aprovechó la ocasión en que todos los filibusteros estaban en el mar y la mayoría de los habitantes de caza con los bucaneros en la isla de Santo Domingo y así dispuso con facilidad de los otros. Los primeros que cayeron en sus manos fueron pasados a filo de la espada: algunos que, por salvar su vida, se rindieron de buena gana, fueron ahorcados; un pequeño número de otros se refugió en los montes y en los bosques, donde los españoles no se atrevieron a buscarlos. Pero no bastó esto para asegurar a España la Tortuga, había que dejar allí una guarnición capaz de apartar de la isla a los aventureros y es lo que no hizo el general español: se persuadió de que esos corsarios no serían tan demasiado mal aconsejados para exponerse de nuevo a un tratamiento parecido al que acababa de dar a sus camaradas: efectivamente varios volvieron a tomar el camino de San Cristóbal.

Quiénes dan también caza a los bucaneros. — Pensó luego en purgar a Santo Domingo de los bucaneros, y desde que hubo llegado a Santo Domingo puso en pie un cuerpo de 500 lanceros, para darles caza. Estos lanceros no caminaban ordinariamente más que cincuenta a la vez, lo que hizo dar a esta milicia el nombre de cincuentena. Duró hasta el fin de la guerra que las dos naciones se hicieron en la isla, es decir, hasta la llegada de Felipe de Francia a la corona española. Pero no hizo al principio gran daño a los bucaneros, que estaban desconfiados y cuyo número aumentaba cada día. Sin embargo la necesidad de defenderse contra un enemigo, del que no había que esperar paz, hizo pensar a los aventureros en escoger un jefe. Entre los ingleses que se habían unido a ellos, había uno, llamado Willis, que

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

era hombre de cabeza y de resolución: le dieron el mando; pero se arrepintieron pronto; se dieron cuenta de que ese hombre atraía tanto como podía a gente de su nación y, lo que les dio todavía más que pensar, es que habiendo querido nombrar a otro general, se burló de ellos. La colonia estaba perdida para Francia, sin la resolución de un francés, que puso frente a Willis a un hombre al que no podía resistir.

Ese aventurero, cuyo nombre nos debiera haber conservado la historia, se embarcó secretamente en un navío que iba a San Cristóbal y al llegar informó al comendador De Poinci, gobernador general de las islas del Viento, de lo que sucedía en la Tortuga y le dijo que los ingleses eran dueños absolutos de esa isla. El comendador entendió la importancia del asunto; pero asimismo vio su dificultad. Luego de haber pensado por algún tiempo, recordó tener a uno de sus oficiales, del que quería deshacerse con un pretexto honorable y resolvió darle la comisión de echar a Willis de la Tortuga. Ese oficial se llamaba le Vasseur y había acompañado al señor d' Enambuc en la primera expedición de los franceses a San Cristóbal. Era un hombre de espíritu, hábil ingeniero y que tenía valentía y mando; pero era calvinista y la confianza que el señor de Poinci había tenido hasta entonces en él hacía decir a los enemigos del general que éste favorecía a los hugonotes y le había traído reproches de la corte. Esto fue sin duda lo que le hizo resolverse a proponer a le Vasseur que fuera a ponerse a la cabeza de los aventureros; le dio el gobierno de la Tortuga y para comprometerlo más fácilmente en esta expedición, le prometió, por un artículo secreto, la libertad de conciencia para él y para todos los de su secta que lo acompañaran.

Los ingleses son echados de la Tortuga. — Le Vasseur no se guardó de rechazar semejante propuesta. Reunió cuanto pudo encontrar de protestantes y partió a los cuarenta años de edad de San Cristóbal. No juzgó conveniente mostrarse en la Tortuga antes de haber hablado con los bucaneros y se detuvo en un puertecillo de Santo Domingo, llamado Puerto Margot, que está siete leguas al viento de esa isla. Permaneció allí tres meses informándose de todo lo que quería saber y hacerse de soldados. Cerca de cincuenta bucaneros, la mayoría de su religión, tomaron partido con él y aunque sus fuerzas eran todavía muy inferiores a las de los ingleses, resolvió irlos a atacar, lisonjeándose con que los pocos franceses que estaban con ellos, se pondrían bajo bandera desde que lo vieran aparecer: como sucedió efectivamente. Entró en la rada a fines de agosto y echó a tierra a todos, sin ninguna resistencia. Marchó luego en orden de batalla y en-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

vió a intimar a Willis para que saliera de la isla en 24 horas con todos sus ingleses, y que en caso contrario podía contar con que no habría cuartel para nadie. Una intimación tan poco esperada y que fue seguida de la sublevación de los franceses que habían quedado a las órdenes del capitán inglés, aturdió a este hombre y le impidió examinar si le Vasseur tenía con qué mantener la altivez con que hablaba. Tomó en consecuencia el partido de retirarse y se embarcó e inmediatamente le Vasseur entró en una especie de fuerte que los ingleses habían levantado y donde tenían un cañón.

Nuevos esfuerzos de los españoles contra la Tortuga. — Pero no bastaba haber tomado posesión de la Tortuga: le Vasseur debía esperar tener pronto que sostener grandes esfuerzos de los ingleses, que acababa de echar y de los españoles, que habían ya hecho conocer cuán a mal tenían la vecindad de los franceses. Sin embargo, los primeros no pensaron más en la Tortuga; aunque no pasó lo mismo con los españoles, que resolvieron no bajar las armas hasta que llegaran a liberar esa isla y la costa de Santo Domingo de todos los extranjeros.

Para eso partió en 1643, de Santo Domingo, una escuadra compuesta de seis barcos en los que había quinientos o seiscientos hombres. El que los mandaba entró en la rada con la confianza de un hombre que creyó no tener que habérselas sino con un puñado de habitantes sorprendidos, sin atrincheramiento y sin cañones, pero vio bien pronto que se había engañado.

Fortificaciones hechas por le Vasseur en la Tortuga. — Le Vasseur, que era hábil ingeniero, se había fortificado en su isla, de manera que no hubiera de temer ser insultado allí. A quinientos o seiscientos pasos del mar, hay una montaña cuya cima es una plataforma; del medio de esa plataforma se levanta una roca escarpada por todos lados, con una altura de treinta pies y a unos nueve o diez pies de esa roca se ve brotar la hermosa fuente de que ya hablé y cuya agua es excelente. El comandante había hecho construir sobre la plataforma terrazas regulares capaces de alojar hasta cuatrocientos hombres con facilidad. El mismo se había colocado allí y había puesto sus almacenes en lo alto de la roca, y para subir hasta allí había hecho tallar algunas gradas hasta mitad de camino: se hacía el resto por medio de una escalera de hierro, que se retiraba cuando se quería; había asimismo dispuesto un tubo en forma de chimenea, por el que se bajaba con una cuerda a la terraza sin ser visto. Un alojamiento

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tan inaccesible estaba todavía defendido por una batería de cañones y había otra en la terraza para defender la entrada del abra.

Los españoles son rechazados con pérdidas. — Los españoles, que no pensaban encontrar a los franceses tan bien atrincherados, no fueron menos sorprendidos por su gran número, de lo que se apercibieron al principio, ya que nadie había aparecido para impedirles el desembarco. Le Vasseur hasta dejó acercarse al enemigo a medio alcance del cañón; entonces hizo hacer un gran disparo, cargó contra los españoles sin darles tiempo de reconocerse y los puso en tal desorden que les costó trabajo volver a sus chalupas; y desde que hubieron subido a los barcos levaron anclas y tomaron el largo. Algún tiempo más tarde se les vio acercarse a la orilla, pero un poco más abajo y frente al distrito de Cayone. Le Vasseur no quiso todavía o no creyó poder oponerse a su desembarco; ellos lo hicieron con toda facilidad, dispusieron sus tropas en batalla y marcharon hacia el fuerte, pero no fueron muy lejos. Le Vasseur les había armado una emboscada, en que cayeron. Tuvieron 200 muertos en el lugar y el resto ya no pensó más que en salvarse; todos se embarcaron con mucha precipitación y desde el día siguiente desaparecieron los barcos.

El señor de Poinci trata en vano de sacar hábilmente a le Vasseur de la Tortuga. — Esta acción, que honró tanto al nuevo comandante de los aventureros, pareció dar algún celo al señor de Poinci; tal vez también tuvo miedo de que ese oficial hugonote quisiera establecer en su gobierno una pequeña república enteramente protestante y que se le incriminara en la corte haberle dado los medios para ello. Sea lo que fuere, tomó la resolución de sacarlo de allí antes que tuviera tiempo de hacerse más fuerte que los católicos; le envió al señor de Louvillers, sobrino suyo, so pretexto de cumplimentarlo por su victoria, pero con una orden secreta de comprometerlo a hacer un viaje a San Cristóbal y desde que hubiera partido ponerse en posesión del gobierno. Louvillers hizo bastante bien su papel, dijo a le Vasseur que la derrota de los españoles había causado tanto mayor alegría a su tío, que siendo debida la gloria del hecho a la sabiduría y a la bravura de un hombre, que había sido escogido por él, le alcanzaba también a él mismo; luego añadió que el comandante deseaba muchísimo hablar con él y tener su parecer sobre los medios de hacer un establecimiento sólido en la isla de Santo Domingo. Le Vasseur conoció inmediatamente el lazo que se le tendía. pero disimuló sus sospechas; devolvió cumplido por cumplido y el

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

sobrino, en consideración al tío, recibió todos los honores militares que se hubieran hecho al mismo general. Le Vasseur le dijo luego que no sería prudente alejarse en aquella ocasión en que se hallaba y que los españoles no estaban tan lejos que en pocos días no pudieran caer sobre la Tortuga con fuerzas bastantes para echar de ella a los franceses, si los encontraran sin jefe. Louvillers vio bien que su designio había sido descubierto, él mismo pensó que no debía hacer una estancia más larga en la isla y volvió a San Cristóbal.

Le Vasseur se hace odioso por sus crueldades. — Todo hubiera terminado para los católicos de aquella isla y aparentemente de todos los establecimientos de los aventureros en la isla de Santo Domingo, si le Vasseur hubiera gobernado la colonia con tanta moderación como había hecho aparecer en conducta y valor para librarla de los ingleses y defenderla de los españoles; pero desde que creyó no tener nada que temer de fuera, puso poco trabajo en hacerse querer dentro y se atrajo bien pronto el odio de todos los que estaban bajo sus órdenes. Comenzó por los católicos, a quienes prohibió todo ejercicio de su religión, y de quienes trabajó en deshacerse poco a poco. Hizo quemar su capilla, echó al sacerdote que la atendía y a un capuchino llamado el P. Marc, al que un temporal había obligado a hacer escala en la Tortuga y que los habitantes católicos habían retenido allí. Los religiosos no fueron en nada mejor tratados después. Le Vasseur ya no era reconocible; había parecido prudente, moderado, circunspecto, generoso; se convirtió de golpe en altanero, violento, cruel, interesado. No contento con los bienes inmensos que había reunido, cargó a sus súbditos con impuestos y gabelas, impuso tasas excesivas sobre todos los géneros y mercancías que entraban en su isla; por último estableció en la Tortuga una tiranía que recordaba la de Dionisio y de los Falaris. Las faltas más leves eran siempre castigadas y de una manera excesiva; había hecho construir una jaula de hierro, donde no se podía estar ni de pie ni echado; la llamaba su infierno y bastaba haberle disgustado en cosas bastante poco importantes para ser encerrado en ella. Ya no se estaba contento en la torre del castillo, que había llamado su purgatorio; no hubo, hasta su ministro Rochefort, quien no tuviera que padecer violencias; ellos se malquistaron y el predicador fue prohibido. Ese mismo Rochefort, de quien tenemos una Historia de las Antillas, y que ya he citado. Tuvo al parecer sus razones para no decirnos nada de lo que sucedió entonces en la Tortuga; no se descubre siquiera en su obra de qué religión era y sin duda que no hubiera sido bien

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

cómodo que se supieran los contactos que había tenido con un hombre que se había sustraído a la obediencia de su soberano.

Se hace independiente. — Le Vasseur no había empero todavía levantado abiertamente el estandarte de la rebelión; y aunque obraba en todo con una gran independencia del comendador de Poinci, su general, guardaba siempre con él muestras de conveniencia. El comendador por su parte no quería por otro lado comprometer una autoridad que no estaba en situación de hacer valer por las armas. Pensaba únicamente en sacar a le Vasseur de la Tortuga y continuando éste en hacer el papel de un hombre que no desconfía de nada, daba en todas las ocasiones a su superior grandes muestras de sumisión y respeto. Pero no sostuvo este papel sino hasta que se creyó bien afirmado y fuera de insulto y vio que se le temía; entonces se quitó la máscara y ya no guardó medidas. Buscaba aparentemente una ocasión de declararse; se presentó una y no la dejó pasar. Habiendo encontrado los filibusteros una Nuestra Señora de plata en un navío español, que habían saqueado, la estatua fue puesta en manos de le Vasseur, y habiéndolo sabido el señor de Poinci, se la hizo pedir, como un mueble que conviene mejor a un católico y a un caballero de Malta, que a un protestante. Le Vasseur le mandó una de madera muy parecida y le dijo que los católicos eran demasiado espirituales para apegarse a la materia en los objetos de su culto; que para él había encontrado la estatua de plata tan bien trabajada, que no había podido resolverse a deshacerse de tan bella obra. El general sintió en lo vivo esta insolencia y lo hubiera arriesgado todo para tener razón de ello si no se hubiera encontrado impedido por un asunto que le interesaba más personalmente y que le era de consecuencias enteramente distintas.

Se hace reconocer Príncipe de la Tortuga. — El rey, hacia fines del año anterior de 1644, había nombrado al señor Patroclo de Thoisy teniente general de las islas; el comendador no había juzgado conveniente ceder la plaza; todos los franceses que tenía en sus cuarteles estaban divididos y la guerra civil estaba sumamente encendida en esas colonias nacientes. Le Vasseur creyó favorable esta ocasión para dar la última mano a su proyecto, que consideraba desde largo tiempo. Supo volver tan bien el espíritu de sus súbditos, haciéndoles mirar la Tortuga como un asilo asegurado para todos los de su secta, que quisieran seguirla en libertad, que a pesar de la dureza de su gobierno, ellos consintieron en reconocerle por su príncipe. Por desdicha suya el comendador de Poinci quedó en poco tiempo dueño

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

del campo de batalla por el retiro de su competidor y este general se encontraba comprometido por su interés, tanto como por su honor, a reprimir la insolencia de un subalterno, que luego de haberse sustraído a su autoridad, había osado hacerse una soberanía a expensas de su rey. No se había informado a la corte y no se supo sino después de la muerte de Poinci, que este general había dado libertad de conciencia a le Vasseur, enviándolo a la Tortuga; pero se dudaba bien que él no lo había molestado en este artículo y no se podía perdonarle que hubiera entregado a herejes un puesto de tal importancia. Sabía lo que se pensaba de esto y quería absolutamente reparar una falta que podía hacer daño a su fortuna y a su reputación. Volvió pues sus miradas todas hacia ese lado, desde que se vio tranquilo en su gobierno y resolvió perder a le Vasseur, a toda costa.

Es asesinado. — Pero la providencia atendió de una manera que convenía al tirano y la desgracia del usurpador de la Tortuga vino de los cómplices de su felonía. El rebelde había puesto toda su confianza en dos hombres, uno de ellos llamado Martín y el otro Teobaldo. Habían sido en todo tiempo sus compañeros de fortuna, y hasta se les tenía por sobrinos suyos, y es cierto que no habiendo tenido hijos los había como adoptado y declarado sus únicos herederos. Estos fueron los instrumentos de que el cielo se sirvió para poner fin a una rebelión que interesaba lo mismo a la religión que al estado. Estos dos malvados conspiraron contra su bienhechor, y la opinión común fue que su descontento contra él había venido acerca de una querida, que Teobaldo mantenía y que le Vasseur le quitó.

Hasta se halagaban de poder sucederle en el lugar que había usurpado y tomando la decisión de asesinarlo no tardaron mucho tiempo en encontrar la ocasión. Un día que bajaba del fuerte para ir a visitar un almacén, que tenía a la orilla del mar, Teobaldo le disparó un tiro de fusil, con que fue ligeramente herido. Desde que se sintió alcanzado, corrió a su negro, que le seguía y que llevaba su espada; pero en ese momento Martín le agarró por el cuerpo. Mientras se debatía para librarse, volvió la cabeza y apercibió a Teobaldo, que venía hacia él con el puñal en la mano. Al ver esto se quedó como inmóvil y mirando a ese asesino: "¿Eres tú hijo mío, le dijo quien me asesina?". Teobaldo no le dio el gusto de decir más, y le hundió al momento el puñal en el corazón y lo tendió muerto a sus pies.

El Padre Du Tertre cambia algo en este relato, y añade que al caer le Vasseur atravesado de heridas pidió un sacerdote y dijo que quería morir católico; pero aparte de que una conversión tan brusca

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tiene poca verosimilitud, le Vasseur hubiera olvidado en ese momento que él había echado a todos los sacerdotes de la isla.

Sus asesinos se apoderan del gobierno. — Sea lo que fuere, el asesinato del último de los habitantes de la Tortuga hubiera hecho más ruido en esa isla que el hecho por el de su tirano; nadie se movió, sus dos sobrinos se apoderaron sin ninguna oposición de toda la autoridad que él había tenido, y se pusieron en posesión de todos sus bienes, como si hubieran recibido la sucesión de su propio padre Nueva manera de detestar la tiranía y tal vez la más capaz de todas para hacer comprender su horror. Pero Teobaldo y Martín no disfrutaron mucho tiempo el fruto de su crimen. El señor de Poinci no perdió en nada la visión de su plan de devolver la Tortuga a la obediencia y había dado el gobierno de esa isla al caballero de Fontenay, con fuerzas capaces de reducir a le Vasseur, cuyo triste destino ignoraba todavía. No podía escoger mejor: Fontenay se había hecho de una gran reputación en sus expediciones para el servicio de la religión; y había pasado a las islas de América bien resuelto a no distinguirse allí menos contra los españoles y los ingleses que lo que acababa de hacer contra los turcos. Una expedición contra los calvinistas de la Tortuga era un estreno bastante bueno a un religioso guerrero; aceptó el gobierno de esa isla, hizo sus preparativos con mucha diligencia y creyendo tener que habérselas con le Vasseur, pensó en adormecerlo para sorprenderlo mejor. Hizo correr la voz de que el armamento que preparaba en San Cristóbal era para caer sobre los españoles y fue efectivamente a cruzar por la costa de Cartagena, donde hizo algunas presas.

El caballero de Fontenay, nombrado gobernador de la Tortuga, se hace dueño de ella por composición. — Se dirigió luego al *Escudo,* pequeño puerto en la costa de Santo Domingo, donde se reunió con el señor de Treval, sobrino del comendador de Poinci. El puerto del Escudo está casi frente a frente de la Tortuga y el señor de Fontenay supo al desembarcar allí el cambio sucedido en esa isla. Juzgó que no había un momento que perder si quería aprovechar una coyuntura tan favorable y los dos navíos avanzaron hasta la entrada de la rada, de donde el cañón del fuerte les obligó bien pronto a alejarse. Hicieron entonces la misma maniobra que los españoles habían hecho en parecido encuentro y fueron a echar el ancla en Cayonne y se preparaban a intentar el desembarco, cuando el señor de Fontenay recibió una diputación que terminó la guerra. Habiéndose dado cuen-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ta los dos gobernadores de que los habitantes no estaban dispuestos a mantener un sitio por los intereses de ambos, tomaron prudentemente el partido de negociar un arreglo, mientras todavía podían esperar condiciones favorables. Ofrecieron entregar el fuerte al caballero de Fontenay y no pidieron otra gracia que no les buscaran por lo pasado y que les dejaran sus bienes. El caballero lo concedió todo; la plaza le fue entregada inmediatamente y apenas corrió la noticia por la costa de Santo Domingo cuando todos los católicos que para evitar los maltratos de los calvinistas se habían retirado de la Tortuga o habían sido echados de ella por le Vasseur, volvieron a ella.

Establecimiento de los franceses en la costa oeste. — El señor de Fontenay fue el primero que se llamó gobernador por el rey de la Tortuga y la costa de Santo Domingo, lo que todos sus sucesores han continuado por largo tiempo, aun después de que esa pequeña isla fue abandonada. Dio sus primeros cuidados al restablecimiento de la religión católica; hizo construir allí una capilla y la misa, que no se había dicho en la isla desde hacía doce años se celebró en ella con mucha solemnidad y devoción. El gobernador trabajó luego en aumentar las fortificaciones de la ciudadela, e hizo construir dos grandes bastiones de piedra tallada, que rodeaban toda la plataforma y estaban apoyados de un lado en una montaña que se pensaba inaccesible. Entonces la isla se pobló extraordinariamente y se vieron obligados, por falta de terreno, a enviar una colonia a la isla de Santo Domingo. Fue en la costa del Oeste que este primer enjambre salido de la Tortuga se retiró y los nuevos colonos la prefirieron a la del Norte, donde hubieran estado más al alcance de ser socorridos por los bucaneros, porque está más alejada de las poblaciones españolas. Pero se alarmaron tanto en Santo Domingo de este nuevo establecimiento como si se hubiere visto ya a los franceses a la puerta de esa capital; y se despacharon inmediatamente algunas chalupas armadas para echar a los aventureros de un puesto de esa importancia, antes de que hubieran tenido tiempo de fortificarse. Fueron efectivamente quemadas algunas habitaciones, pero habiendo acudido los filibusteros y los bucaneros muy a tiempo en ayuda de sus compañeros, dieron caza a los españoles. Entonces la Audiencia Real de Santo Domingo comprendió que para librarse de una vez por todas de esos importunos vecinos había que ir a la fuente del mal, apoderarse de la isla de la Tortuga y dejar allí fuerzas capaces de asegurar su posesión al rey católico; y se pensó seriamente en realizar ese plan.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Imprudencia del caballero de Fontenay. — Era casi necesario para ellos ir allá, si no querían ver en poco tiempo caer casi todo su comercio en el Nuevo Mundo. La Tortuga se había convertido en el receptáculo de todos los corsarios y el número de esos piratas del mar crecía a diario. Los habitantes dejaban sus tierras sin cultivar para ir a las expediciones; y lejos de que el gobernador se opusiera, él era el primero en llevarlas; de donde sucedía que la isla se encontraba a veces casi enteramente desierta. Los españoles se informaron de este desorden y tomaron sus medidas para aprovecharse de él, como lo hicieron en efecto. Un día en que el gobernador no pensaba más que en divertirse para celebrar la llegada de M. Hotman su hermano; un bucanero vino a quebrantar la fiesta, diciendo que cuando se hallaba cazando hacia Samaná, había advertido que se veía una flota española que tomaba el camino de la Tortuga. Ante tal aviso, el caballero de Fontenay no perdió un momento de tiempo y comenzó por hacer realizar a diario el ejercicio del cañón, de la mosquetería y de las granadas a los escasos habitantes que habían quedado en la isla, y sucedió en esta ocasión que un día habiendo querido Teobaldo lanzar una granada, le estalló en la mano derecha que hubo que cortarle. Nadie hubo que no reconociera la Justicia Divina en un accidente que hacía perder a ese asesino la mano de que se había servido para cometer un parricidio.

Los españoles atacan la Tortuga. — La flota española apareció al fin con una fuerza de cinco grandes navíos y de varias barcazas llenas de tropas y de provisiones, llevando 180 soldados escogidos y mandados por D. Gabriel Rozas de Valle Figueroa. Se presentó a la entrada de la rada el 10 de enero y habiéndola alejado inmediatamente el cañón fue a hacer su desembarco en Cayonne, donde lo consiguió a pesar de los esfuerzos de M. Hotman. Efectivamente siendo la partida muy desigual, M. Hotman corrió peligro de ser envuelto, si no se hubiera retirado a tiempo para ocupar una pequeña colina donde podía luchar con más ventaja. Habiendo desembarcado todos los españoles, acamparon en una pequeña llanura donde permanecieron tres días sin hacer nada. El cuarto día hicieron un movimiento para ir a colocar una batería de cañón en la cima de la montaña, contra la que estaban apoyados los dos bastiones de que he hablado. La empresa era ardua, la montaña era escarpada por todas partes y los franceses habían supuesto siempre que era tan inaccesible que cuando vieron al enemigo marchar por ese lado, se burlaron de ellos; pero quedaron bien sorprendidos cuando de la cima de esa montaña una descarga de artillería atravesó todo el

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

fuerte, cuya altura hubieron de abandonar. No se desalentaron sin embargo y trabajaron con diligencia en un espaldón que los puso a cubierto del fuego de esa batería.

Los franceses son traicionados por un tránsfuga. — No fue por mucho tiempo. Habiendo levantado los españoles otro a media altura que batía al fuerte de un cabo del espaldón al otro, Fontenay comprendió que estaba perdido si no llegaba a clavar el cañón de los enemigos. M. Hotman se encargó de la empresa y tal vez lo hubiera logrado de no haber sido traicionado. Había salido a las tres horas de la noche con treinta fusileros; pero fue adelantado por un infeliz esclavo, que fue a dar cuenta de su designio a los españoles, de suerte que encontró a gente que estaba sobre sus pasos y un socorro que les llegaba. Arremetió sin reflexionar, derribó todo lo que se le presentaba y habiendo llegado hasta el polvorín, lo hizo saltar; pero creciendo siempre el número de los enemigos se retiró con tan buena suerte que no perdió más que un hombre y sólo tuvo un herido, dejando dieciséis españoles tendidos en el lugar. Sin embargo su regreso acabó de hacer perder el valor a la guarnición y habiendo multiplicado los españoles sus baterías matando mucha gente a los sitiados, se produjo un motín en el fuerte. El gobernador siempre tenía buen ánimo y habiendo uno de los amotinados atrevídose a hacer con un aire bastante insolente la propuesta de rendirse, le voló inmediatamente el cerebro con su pistola, diciéndole: *Traidor, si me veo obligado a ello, tú no lo verás.*

Se rinden por arreglo. — Este golpe aturdió a los sediciosos, pero no les dio valor y aunque se supo que los españoles, que habían pensado tomar el fuerte de inmediato, comenzaban a desalentarse y pensaban en levantar el sitio; un segundo tránsfuga les fue a advertir que resistieran y que los sitiados bien pronto se verían obligados a rendirse. Con esta advertencia redoblaron su fuego y el señor de Fontenay, luego de haber hecho una vigorosa salida, que sin embargo no le dio resultado, ya no pensó sino en obtener una capitulación honrosa. Se rindió e hizo sus demandas, que le fueron concedidas todas. Salió luego del fuerte con todas las señales de honor y hasta se le hizo la honradez de dejarle llevar diez negros, que eran suyos, y que no estaban incluidos en la capitulación. Esta distinción, por razonable que fuera, causó celo a algunos aventureros, que tuvieron la desvergüenza de acusarlo de haber vendido la plaza; pero su reputación estaba demasiado bien establecida para ser empañada con tales discursos, y los despreció.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Lo que pasó a los franceses luego de haber perdido la Tortuga. — Un artículo del tratado concluido con los españoles decía que los franceses pondrían a flote dos navíos, que estaban encallados en la rada y embarcarían en ellos para retirarse a donde quisieran. Trabajaron lo mejor que pudieron, pero como la obra no adelantaba bastante pronto a gusto de los victoriosos, éstos amenazaron a los trabajadores con pasarlos a filo de espada si después de tres días todo el mundo no se había embarcado. Estas amenazas surtieron su efecto y antes de acabar el tercer día los dos barcos estuvieron en estado de partir, pero los españoles habían cambiado de parecer. Su general había vuelto a enviar a Santo Domingo sus mayores barcos y no le quedaban sino barcazas; reflexionó que si dejaba partir a los franceses antes que él, podrían encontrar algunos filibusteros y con tal refuerzo venir a atacarlo. Para atender a este inconveniente hizo dos cosas: quiso tener rehenes y pidió notablemente al hermano del gobernador, que no pudo negárselo; y obligó a los franceses a que esperaran en la rada el regreso de estos rehenes. Estando así todo arreglado, se hizo a la vela y luego que hubo llegado a la capital despachó de vuelta a la Tortuga a los rehenes.

Se separan en dos bandas. Suerte de los unos y de los otros. — Entonces los franceses se separaron en dos bandas, repartidas en los dos navíos de que hemos hablado. Uno fue abandonado a Teobaldo y a su cómplice y todo lo que tenía en la isla de mujeres y niños fue embarcado en él. El señor de Fontenay subió al otro y su hermano embarcó con él. Luego que los dos asesinos hubieron por largo tiempo batido el mar, sin saber demasiado adónde iban ni adónde querían ir, se determinaron finalmente a dirigirse derechamente al continente para cruzar por sus costas, pero les inquietaban dos cosas: su barco hacía agua por todas partes y tenían bocas inútiles que les causaban hambre y les molestaban. El remedio a este último mal no era difícil de encontrar para gentes del carácter de ambos jefes; por eso no tardaron en usarlo: expusieron a sus bocas inútiles en dos pequeñas islas desiertas, que se llaman los Caimanes, y que están a 30 ó 40 leguas al noroeste de Jamaica; esos desdichados esperaban morir pronto de miseria, cuando la providencia llevó por esa parte un barco holandés que los recogió y los llevó a las Antillas menores. Ya no quedaba a nuestros filibusteros sino carenar su navío, pero juzgaron más a propósito subirse al primer barco de que pudieran apoderarse: hicieron velas con esta esperanza y nunca después se oyó hablar de ellos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El caballero de Fontenay vuelve a la Tortuga. — El buque que llevaba a M. de Fontenay no era en nada mejor que el otro; por eso no juzgaba a propósito alejarse de la costa de Santo Domingo. Entró en Puerto Margot, donde halló un barco holandés, que hacía la trata con los bucaneros y cuyo capitán, imaginándose que su plan era volver a pasar a Francia le proveyó abundantemente de víveres y de todos los aparejos de que su navío necesitaba para una travesía tan larga. Entonces Fontenay, viéndose bastante bien equipado, propuso a su gente volver a la Tortuga; no hubo nadie que no consintiera en ello; muchos bucaneros se les juntaron y todos le prometieron con juramento no abandonarlo nunca. No tenía intención de dejar decrecer ese fervor, se dio a la vela inmediatamente y fue derecho a Cayonne para hacer su desembarco; algunos españoles que se encontraban allí quisieron en vano oponérsele; su resistencia fue bastante débil y habiéndose puesto los franceses a perseguirlos, se lisonjeaban de entrar en confusión con ellos en el fuerte; pero fueron detenidos a mitad de camino por una emboscada, en la que hubieran caído sin duda, si un perro no les hubiera advertido. El mismo caballero de Fontenay estaba un poco comprometido, pero se salió como hombre valiente; hizo hacer a propósito una descarga sobre los enemigos, que tomaron en tumulto la fuga hacia el fuerte. Los persiguió ardorosamente hasta una fuente, donde hizo alto para refrescar a su gente, que ya no podían con el calor y el cansancio. La guarnición, que desde lo alto del fuerte descubrió lo que pasaba, creyó favorable esa ocasión para rechazar a los franceses hasta su barco e hizo una salida: el caballero lo había previsto y estaba en guardia; de suerte que los españoles, que creían encontrarlos en desorden, fueron sorprendidos ellos mismos y obligados tras un rudo combate, en que perdieron 40 de los suyos, a volver lo más pronto posible a su atrincheramiento.

Se ve obligado a abandonar la empresa. Su muerte. — Un comienzo tan brillante parecía prometer al caballero de Fontenay un feliz resultado de su empresa, pero él no tenía ningunos cañones ni medio sin esto de forzar a gente atrincherada en lo alto de una roca y provistos de buena artillería. Su coraje y la resolución sin embargo le hicieron sobrepasar este obstáculo; y los españoles habían dejado en la montaña vecina el cañón de que tan felizmente se habían servido para hacerse dueños del fuerte y se habían contentado con encerrarlo en una especie de atrincheramiento hecho de troncos de árboles amontonados los unos sobre los otros y guardado por un destacamento de 50 hombres. El caballero, que fue

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

informado, no dudó en marchar y dio el asalto en pleno mediodía. Un ataque tan brusco aturdió en tal modo a los españoles que casi no hicieron combate alguno y fueron todos pasados a filo de la espada. Fontenay hizo inmediatamente apuntar el cañón contra el fuerte, pero la pólvora le faltaba por completo y habiendo recibido la plaza un refuerzo de doscientos hombres se vio en la cruel necesidad de abandonar una empresa demasiado felizmente comenzada y llevada con demasiada valentía, a lo que parece, para fracasar así. Volvió a Puerto Margot, donde varias de sus gentes tomaron partido, unos con los bucaneros, otros con los filibusteros: cuanto a él no viéndose ya en situación de emprender nada, pasó a Francia, donde murió a poco de su llegada.

Los filibusteros ayudan a los ingleses a conquistar Jamaica. — Entonces los aventureros, desprovistos de jefes, ya no pensaron en defenderse contra la cincuentena española; a quienes la profesión de habitantes convenía más, se retiraron a la costa del oeste, donde el establecimiento comenzado en aquella gran ensenada, que se llamaba entonces comúnmente el Cul-de-Sac, se fortalecía poco a poco, a pesar del esfuerzo de los españoles; y los filibusteros, entre los cuales había más mezcla de naciones, que en los otros dos cuerpos, se prestaron a los ingleses, que estaban por entonces ocupados en apoderarse de Jamaica y les dieron en partido la obligación de tan hermosa conquista. Era ante todo la isla de Santo Domingo lo que querían los ingleses. Su flota compuesta de 17 navíos de guerra y de un número grandísimo de barcos de transporte, estaba mandada por el almirante Penn; y las tropas de desembarco, que se hacían subir a diez mil hombres estaban bajo las órdenes de Venables; pero habiéndose hecho el desembarco bastante lejos de la capital, los españoles cortaron el camino a los ingleses y cincuenta fusileros apostados en un bosque los pusieron en tan gran desorden, que ya no pensaron sino en volver a sus barcos, luego de tener 600 hombres muertos, 300 heridos y 200 prisioneros. Se celebra todos los años en esa capital una fiesta en acción de gracias por esta victoria. Pero la tempestad apartada de esta isla fue a caer sobre Jamaica, donde hacía falta que se estuviera asimismo en estado de garantizarla. Así las costas y todas las habitaciones de la campiña fueron abandonadas inmediatamente, y los ingleses, a quienes los filibusteros acababan de unirse, se extendieron por allí y se alojaron sin oposición.

Los bucaneros cazan a los españoles en esa isla. — Los españoles no se perdieron sin embargo todavía, sino retirados en las mon-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tañas y en los bosques, cuyas vueltas conocían, tuvieron por algún tiempo a raya a sus enemigos. Los ingleses, para librarse de tamaña inquietud, tomaron el consejo de poner a precio las cabezas de los españoles y se lo hicieron saber a los bucaneros franceses, quienes, acostumbrados a perseguir las bestias en los lugares más inaccesibles, les parecieron muy propios para sacar a los españoles de sus escondites. Los bucaneros efectivamente acudieron en gran número a Jamaica e hicieron en poco tiempo tan gran carnicería de los españoles, que el resto no tuvo otro partido que tomar sino arreglarse con los ingleses y evacuar la isla, que desde entonces ha seguido perteneciendo a la corona de Inglaterra.

El Presidente de Santo Domingo decapitado en Sevilla. — Buena falta hacía que la conquista de la Tortuga compensara a los españoles de una pérdida tan considerable como la de Jamaica y cuyas consecuencias han sido tan funestas para sus colonias; no parece tampoco que se le hubiera comunicado de buen grado al presidente de Santo Domingo, por las órdenes del cual fue hecha y que no he podido comprobar, si España no fuera todavía deudora de su última victoria sobre los ingleses. Lo cierto es que dos años después de la evacuación de la Tortuga por los franceses, a ese presidente le cortaron la cabeza en Sevilla, por haber permitido en su isla la trata de negreros holandeses. No le sirvió de nada haber demostrado que había logrado los negros a muy bajo precio, que no había permitido su venta sino bajo promesa de que servirían para la expedición a la Tortuga y que efectivamente sin el socorro de esos esclavos la isla hubiera permanecido en manos de los franceses, ya que por medio de ellos se había montado el cañón en la montaña que domina al fuerte. Es bastante sorprendente que la experiencia de más de un siglo no hubiera abierto todavía los ojos al Consejo de Indias, sobre la verdadera causa de la ruina de la primera de sus colonias, que no había sido otra sino la prohibición del comercio con los extranjeros; o bien hay que decir que los reyes católicos tienen, para dejar una isla antes tan rica en el estado de indigencia, donde la vemos, razones que no se pueden ver sino cuando se ha penetrado en toda la profundidad de su política.

Los franceses piensan reconquistar la Tortuga. — Cuanto a lo que respecta a los asuntos de los franceses en esos lugares, quedaron en la situación que he dicho hasta fin del año 1659, cuando un gentilhombre de Perigord, llamado *Jeremías Deschamps,* señor de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Moussac y *del Rausset,* pasó a América para reconquistar la Tortuga de los españoles. Había hecho sus preparativos con buena antelación, ya que desde el año 1657 había obtenido del rey la patente de gobernador y de teniente general por su majestad en la isla de la Tortuga; tomó así muy bien sus medidas. Por lo demás es difícil ver un punto de la historia más desfigurado que éste, por la mayoría de quienes lo han tratado. El Padre Du Tertre pretende que habiendo abandonado los españoles la Tortuga, un gentilhombre inglés llamado Eliazouard fue a establecerse allí con su familia y diez o doce soldados; que varios ingleses y algunos franceses se le habían unido y formó con ellos una colonia de cerca de cien o seiscientos hombres, que lo reconocían por jefe, pero a la manera de esa gente, es decir, a condición de que les dejara libertad completa de hacer lo que quisieran; que en el tiempo en que se halagaba más de ver prosperar crecientemente su isla y en que creía inquebrantable su establecimiento, fue autorizada en buena forma una comisión del gobernador de Jamaica; que el señor *du Rosset,* gentilhombre de Perigord, que había sido habitante de la Tortuga bajo el señor le Vasseur, y el caballero de Fontenay, solicitó y obtuvo del rey de Francia una provisión de gobernador de esta isla; que por temor a que Elizouard se opusiera a su recepción, pasó a Inglaterra donde tenía amigos y obtuvo una orden del Parlamento para el gobernador de Jamaica, con la que se mandaba a este oficial que lo hiciera reconocer en la calidad dicha, a condición de que los ingleses permanecieran en sus distritos, como se hacía en San Cristóbal; que du Rosset, provisto de ese documento, se dirigió a Jamaica; y que ante la falsa noticia, que tuvo Elizouard de que el general inglés había expedido una orden en virtud de la cual él tendría que salir de la Tortuga o resolverse a tener a un francés por su gobernador, se encontró en grande aprieto; que después de haber pesado por algún tiempo el partido que debía tomar en tan enojosa coyuntura, tomó una barca perteneciente a un llamado la Ronde, y se refugió con todas sus pertenencias en la Nueva Inglaterra; que apenas había salido de la Tortuga, cuando llegó du Rosset y encontró que los franceses se habían hecho los dueños, habían bajado el pabellón de Inglaterra y arbolado el de Francia.

Que poco tiempo después el nuevo gobernador fue atacado de una enfermedad que lo obligó a cambiar de aires; que se trasladó al Cul-de-Sac de Santo Domingo, dejando por señor de la plaza a su sobrino, para mandar en la Tortuga; que un yerno de Elizouard quiso aprovecharse de su ausencia para volver la isla al dominio inglés,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

pero que falló el golpe, fue hecho preso por la plaza, con todos sus seguidores y enviado a Jamaica, de donde había salido. Que du Rosset, no pudiendo recobrar su salud en América, pasó a Francia; que temiendo la plaza ser atacada de nuevo por los ingleses, hizo reparar la antigua fortaleza de le Vasseur, que se llamaba ordinariamente la Roca y le hizo añadir una torre, en la que puso cuatro piezas de cañón; que algún tiempo después habiendo ido a Jamaica algunos habitantes de la Tortuga, persuadieron al gobernador que ya no se podía fortalecer en su isla la dominación francesa y que si quería enviar allá tropas no encontrarían ningún obstáculo para hacer reconocer al rey de Inglaterra por soberano; que el gobernador encargó de esta comisión al coronel Bari, a quien recomendó sobre todo que no usara ninguna violencia y declarara a los habitantes de la Tortuga que no quería recibir sino homenajes voluntarios; que habiendo hecho Bari esta propuesta, fue recibida con grandes risas; que ese capitán volvió a Jamaica lleno de vergüenza y confusión. Por fin, que en 1664, estando el señor de Rosset en París y disponiéndose a volver a la Tortuga, fue arrestado y puesto en la Bastilla por orden real, sin que se hubiera sabido nunca bien la razón de esto, que se conjeturaban varias y que la más verosímil fue que habiendo su majestad cedido a la Compañía de las Indias Occidentales el comercio y la propiedad del continente y de las islas de América, se temía que du Rosset, si volvía a la Tortuga, se opusiera a que esa compañía se estableciera allí y que efectivamente había sido libertado después de la partida de los barcos de la compañía, la que se vio obligada a darle una indemnización de 16,000 libras.

El Padre Labat viaja a las islas de América. — Un autor moderno, conocido por el talento que tiene para hacer interesante el relato de las cosas más pequeñas y por una maravillosa fecundidad sobre temas bastante estériles, encuentra muy poca verosimilitud y mucha contradicción y anacronismos en el relato, que acabo de referir y dice que en él no reconoce en nada la exactitud ordinaria de su hermano. Según él, el gentilhombre perigordino se llamaba *du Rossey,* era sumamente conocido y amado de los bucaneros de la costa de Santo Domingo y había sido durante varios años su compañero de caza y de correrías. Ese valiente, añade, no pudiendo sufrir que la Tortuga siguiera por largo tiempo en manos de los españoles, partió de Francia para echarlos y fue a tomar tierra en la isla de Santo Domingo, donde pronto reunió a seiscientos hombres bien armados y tan resueltos como él a no dejar un español en

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

la Tortuga. Como la esperanza del éxito de su empresa se fundaba principalmente en la sorpresa, hizo sus preparativos con gran secreto y teniendo todo listo, se embarcó con toda la gente en canoas. Destacó luego a cien hombres, para que fueran a desembarcar al norte de la Tortuga, que hasta entonces se creía inabordable y que lo es en efecto para cualquier otro navío que no sea canoa. Así nuestros aventureros hicieron su bajada a tierra sin ninguna oposición; treparon después de roca en roca y llegaron, sin haber sido advertidos, a la cima de la montaña que dominaba la Roca, y donde la batería de cañones, que habían montado allí los españoles, estaba todavía, guardada por un destacamento de soldados. Era de noche, nuestra gente halló a los soldados dormidos y no se salvó uno solo de ellos. Du Rossey, advertido de este buen éxito por una señal convenida, se acercó a la rada con el grueso de su ejército; el gobernador, por su parte, despertado al ruido, que se hacía en la montaña, envió a sus soldados para enterarse de lo que pasaba: esos soldados cayeron en una emboscada que se les había dispuesto por otra tropa de franceses, que habían desembarcado en la punta de la isla. La resistencia de los españoles fue de las más débiles, varios fueron muertos de inmediato, y el resto se dio a huir inmediatamente hacia la Roca: nuestra gente los siguió y entraron con ellos en la plaza, se apoderaron de la guarnición y el gobernador tuvo apenas tiempo para ganar la torre con un reducido número de los suyos. No estaba en situación de defenderse por largo tiempo y tomó el partido de capitular, obteniendo ser transportado a la isla de Cuba. El señor du Rossey fue reconocido por gobernador; la isla volvió a poblarse bien pronto, los bucaneros volvieron a ir a vender sus cueros allí y los filibusteros a llevar sus presas. El nuevo gobernador no abusó en nada de su autoridad, que los aventureros le habían entregado voluntariamente y que en el fondo no llegaba muy lejos; vivió pacíficamente con ellos hasta 1663, en que una enfermedad lo obligó a volver a Francia, y con consentimiento de ellos dejó de comandante durante su ausencia al señor de la Place, su sobrino. La nueva compañía que estableció el rey en el mes de mayo siguiente, no juzgando conveniente servirse del señor du Rossey, y temiendo que si él volvía a la Tortuga amotinara a los aventureros contra ella, obtuvo del rey hacerlo aprehender y poner en la Bastilla. Inmediatamente se arregló con él y mediante el pago de 16,000 libras, cedió todos sus derechos. La Compañía envió inmediatamente a la Tortuga al señor d'Ogeron, que había pedido al rey

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

para gobernador y cuando se supo que estaba en posesión de la Roca, du Rossey fue puesto en libertad.

Cuál fue el éxito de esta empresa. — Una tercera versión, que es del autor de las Memorias que me han sido enviadas desde Santo Domingo, y que me he tomado la libertad de no seguir escrupulosamente en todo, por razones que he referido en otra parte, concuerda bastante con la segunda sobre la manera cómo la Tortuga fue recobrada de los españoles y llama también *du Rossey* al héroe de este episodio. Va más lejos, y añade que era este mismo du Rossey, que se había portado tan flojamente en el ataque a la isla de San Cristóbal. Este oficial, si hay que creer al autor de esta versión, tuvo en la Bastilla todo el tiempo para reflexionar acerca de la infamia de que se había cubierto y la vergüenza que sacó de ella le inspiró un deseo ardiente de borrar la mancha que había hecho a su nombre, aunque hubiera de gastar en ello hasta la última gota de su sangre.

Emprende reconquistar la Tortuga. — Luego de haber imaginado muchos proyectos para restablecer su honor, se detuvo en el de reconquistar la Tortuga de los españoles y esperó llegar a su término con los solos bucaneros de Santo Domingo. Partió para esta isla en un navío que iba a negociar cueros y fue a tomar tierra en Puerto Margot. Allí reconoció a algunos de los más antiguos aventureros que recordaron asimismo haberlo visto en San Cristóbal y les hizo invitar a una gran comida, donde se reunieron en gran número. Cuando el vino y el aguardiente les hubieron calentado un poco la cabeza, les propuso la conquista de la Tortuga; como el vino impide las reflexiones y quita las mayores dificultades, la propuesta fue aceptada con alegría y no hubo uno solo de los convidados que no diera a du Rossey su palabra de seguirlo a cualquier parte y la promesa aun fue confirmada con juramento. Una vez dispuesto el negocio, los bucaneros no eran gente que se desdijera y hasta persuadieron a muchos otros de sus compañeros a ponerse de su parte, y du Rossey se vio en pocos días a la cabeza de cuatrocientos hombres, con los que creyó poder contar.

Llega a término. — Juzgó empero que debía fundar toda la esperanza de un feliz éxito para su expedición en la sorpresa y por consiguiente que el secreto y la diligencia eran igualmente necesarios. Así, sin esperar nuevos socorros, que podían venirle de otras partes, se embarcó con los cuatrocientos bucaneros y fue a anclar

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

al Puerto de Paz, de donde envió cien hombres a desembarcar al norte de la Tortuga; les dio orden de mantenerse allí ocultos hasta la entrada de la noche e ir luego a favor de las tinieblas a apoderarse de la montaña, donde dije que los españoles tenían una trinchera y artillería: lo que se ejecutó con tanta felicidad como resolución. Nuestros aventureros, después de haber franqueado precipicios, que jamás hombre había osado todavía mirar de cerca, se encontraron al cabo del día a la entrada del atrincheramiento y casi todos los que lo guardaban fueron degollados antes de que se hubieran podido dar cuenta. El ruido de este ataque y los clamores de los moribundos se escuchó en el fuerte; y creyeron que los soldados luchaban entre sí, por lo que corrieron tumultuosamente para tratar de apaciguar el supuesto desorden. Entonces du Rossey, que durante la noche había hecho su desembarco por el lado del sur, y se había deslizado sin ser percibido entre la montaña y la roca, en que estaba el fuerte, se puso entre ese lugar y los que acababan de salir, los obligó a rendirse a discreción y batiendo sobre el fuerte inmediatamente, donde había quedado poca gente, entró en él sin casi ninguna resistencia. Todo lo que la guarnición pudo conseguir fue retirarse salvando la vida adonde ellos juzgaran conveniente.

Vuelve a Francia y regresa a morir en la Tortuga. — Du Rossey, luego de tan hermosa conquista, que debía únicamente a su valor y a su buena conducta, se dio a poner la Tortuga en situación de no temer nada, y lo consiguió de tal manera que desde entonces los españoles no hicieron nada por volver que no fueran inútiles esfuerzos. Bien pronto se pobló de habitantes, que se sometieron sin dificultad a du Rossey, al menos por provisión y hasta que la corte lo hubo nombrado gobernador; porque nadie dudaba de que su Majestad le hiciera esa gracia que al parecer tan bien había merecido. Pero su espera fue engañada, el rey rehusó constantemente confirmar la elección hecha por ellos. Du Rossey creyó que sus amigos lo servían mal, y pasó a Francia para solicitar él mismo lo que no podía entender hubiera dificultad en concederle. Sus gestiones fueron inútiles y todo lo que consiguió, empeñándose durante años enteros, fue gastar su fortuna hasta el último sueldo. No teniendo ya más, volvió a la Tortuga donde se vio casi reducido a mendigar el sustento y donde murió miserablemente. No se han podido descubrir, añade el autor de mis Memorias, las razones que había tenido la corte para tratar con tanta dureza a un hombre que había repa-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

rado tan bien su falta, que se podría desear encontrar con frecuencia cobardes de ese carácter.

El señor de la Place comandante de la Tortuga. Su buena conducta. — Al salir para Francia, había dejado el mando de la Tortuga al señor de la Place, sobrino suyo, y la corte antes que enviar un gobernador, dio a este oficial todo el tiempo de hacer ver que nadie era mejor que él para llenar ese puesto. Gobernó con una integridad, una moderación, un desinterés, que le ganaron generalmente todos los corazones; y como su reputación le llevaba cada día más habitantes, hubo que pensar en enviar colonias a la isla de Santo Domingo. El mismo hizo desbrozar cerca del Puerto de Paz un terreno bastante grande y la presa de un navío cargado de negros, hecha poco después por algunos filibusteros, puso a los habitantes en situación de adelantar los trabajos; con lo que se comenzaron establecimientos en varios lugares que a poco se hicieron muy considerables.

Es cierto que ninguna de estas versiones es exacta. En primer término, el último conquistador de la Tortuga no se llamaba ni *du* Rosset, ni *du Rossey,* sino *du Rausset.* En segundo lugar, no fueron los aventureros quienes lo escogieron por su gobernador, ya que más de dos años antes de pasar a América para la conquista de la Tortuga, había recibido del rey las provisiones de ese gobierno. Estos dos hechos están incontestablemente probados, por el contrato hecho entre él y la Compañía de las Indias Occidentales el 15 de noviembre de 1664, cuyo original he visto, que está en el depósito de la Marina. Allí se le llama *Jeremías Deschamps señor du Rausset,* gobernador y teniente general por el rey de la isla de la Tortuga, conquistada por él. Se señala expresamente que el rey le había dado la patente en 1657, que estuvo detenido en la Bastilla, cuando hizo su arreglo con la Compañía y que fue puesto en libertad para la presente acta; que la Compañía se obligó a darle 15,000 libras, por sus derechos, y cien monedas de gratificación a Federico Deschamps su sobrino (es el señor de la Place, que mandaba entonces en la Tortuga), pero que el pago completo no se haría hasta que Bertrand d'Ogeron, escudero señor de la Bouëre, portador de las órdenes de la Compañía, no hubiera tomado posesión de la Tortuga. Cuando escribo esto, he descubierto la comisión de gobernador y teniente general por el rey en la isla de la Tortuga y otras dependencias en América para Jeremías Deschamps, señor de Moussac y du Rausset; es del mes de diciembre de 1656, el día está en blanco.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Suponiendo ciertos estos hechos, como lo son en efecto, parece más que verosímil, que la versión del Padre Du Tertre es falsa en todos sus detalles, que la Tortuga fue conquistada por el señor du Rausset, más o menos de la manera como está contada en las dos últimas versiones, entre las cuales no hay en esto diferencia esencial: que este gentilhombre había tenido mucha parte en la conquista de la Tortuga sobre los españoles por le Vasseur. Su comisión dice en términos formales: *Vista vuestra experiencia y vuestro valor, de que nos habéis dado notables pruebas en el recobro de las mismas islas.* El du Rausset de la Tortuga no es absolutamente el du Rossey de San Cristóbal, quien en 1660 no habría podido en modo alguno tener menos de 90 años, ya que en la comisión que obtuvo del cardenal de Richelieu en 1626, juntamente con el señor d'Enambuc, para establecer una colonia francesa *en las Antillas de América,* se dice, que desde hacía 15 años, estos dos capitanes trabajaban por establecer un lugar cómodo para hacer tal establecimiento. Hay que quitar también de la tercera versión la negativa que se dio en la corte a entregar el gobierno de la Tortuga al que le había conquistado tan gloriosamente, ya que tenía la comisión más de dos años antes de la conquista, y no es en modo alguno verosímil que haya venido a morir en la Tortuga de hambre, a donde ni siquiera se puede presumir que le hubieran permitido volver.

El señor d'Ogeron gobernador de la Tortuga. — Sea lo que fuere, la Tortuga, cuya fortuna siguió bastante la costa de Santo Domingo, aunque sin mucha subordinación; la Tortuga, digo, habiendo vuelto de la manera que sea al poder de los franceses, que no la perdieron después, y la Compañía de las Indias Occidentales, a quien el rey la había concedido, habiendo reembolsado a du Rausset de los derechos que tenía en ella, fundados en su conquista que había hecho, propuso a su Majestad por gobernador a Bertrand d'Ogeron, señor de la Bouëre, gentilhombre de Angers, antiguo capitán en el regimiento de la Marina; y la comisión le fue expedida el mes de febrero de 1665. Estaba entonces en la costa de Santo Domingo y habiendo recibido sus provisiones, se dirigió a la Tortuga el 6 de junio del mismo año. Estaba provisto de una carta del rey para el señor de la Place, por la que se mandaba a ese oficial que lo hiciera recibir como gobernador. La Place obedeció inmediatamente y hasta hizo las cosas de muy buen grado. Puso a todos los habitantes bajo las armas; les declaró las órdenes del rey y se despojó del mando. Las provisiones del señor d'Ogeron fueron luego leí-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

das públicamente y los habitantes lo recibieron por gobernador, prometieron fe, fidelidad y homenaje al rey y a la Compañía de las Indias, bajo sus órdenes, y esta ceremonia terminó con grandes aclamaciones y gritos redoblados, de *Viva el Rey*. Pero el acontecimiento que acabo de contar puede considerarse como la época del establecimiento de la colonia francesa en Santo Domingo y el nuevo gobernador puede pasar por ser su padre y verdadero fundador: por eso creo que, antes de entrar más en la relación de las cosas que pasaron bajo su gobierno, debo dar una idea general del estado en que se hallaba entonces la isla de Santo Domingo, tanto en relación con los españoles como con los franceses.

Estado de la isla de Santo Domingo en 1665. — Se contaban en la isla de Santo Domingo, en 1665, cerca de 14,000 españoles, mestizos y mulatos libres y se pretendía que el número de los esclavos era mayor. Además de esto, a siete leguas de la capital, había alrededor de 1200 negros fugitivos, que se habían acantonado y atrincherado en una montaña casi inaccesible y que hacían contribuir a todo el país y a la ciudad misma. Había en esta ciudad quinientas casas; se la había cercado con murallas desde la última tentativa de los ingleses y estaba defendida por tres fortalezas. La principal era la antigua, de que hablé en otra parte, la que está situada sobre la punta de tierra que forma la embocadura del río Ozama en el mar, y que es la única que subsiste hoy. Estaba compuesta, según una memoria de la época, de torres y construida en una roca escarpada, guarnecida por 24 piezas de cañón por lo bajo, con una plataforma bien provista de artillería. Después de Santo Domingo lo mejor que había en la parte española de la isla era Santiago. Esta ciudad estaba habitada por comerciantes y orfebres; hacía pocos años que los franceses la habían saqueado, habiendo desembarcado bajo bandera inglesa, en Puerto Plata, de la que dista 14 leguas y parece bien que de esta acción es de la que habla el P. Du Tertre, y que pone bajo el pretendido gobierno del capitán Eliazouard inglés. He aquí el hecho en pocas palabras.

Acción cruel de un español. — Diez o doce franceses que se habían embarcado en la Tortuga en el barco de un flamenco para ir a San Cristóbal, fueron encontrados por un navío de guerra español, cuyo capitán le preguntó lo que llevaba: éste respondió que transportaba algunos franceses a las islas del Viento. Inmediatamente el comandante le ordenó que se los entregara, lo que no hizo sino des-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

pués de haberse negado por largo tiempo y a condición de que se los trataría bien. El castellano lo prometió con juramento, pero apenas se hubieron separado los navíos, cuando el castellano tomó el camino de Montecristi, echó a tierra todos los franceses y los hizo arcabucear, fuera de una mujer y un jovencito, que se salvó bajo el hábito de un religioso. Las gentes de la costa (se llamaba entonces así a los aventureros que frecuentaban la isla de la Tortuga y las costas de Santo Domingo) no bien supieron la noticia, resolvieron vengarse de una manera resonante y algún tiempo después, hallándose reunidos en número de cuatrocientos a quinientos y fortalecidos con la llegada de una fragata de Nantes, formaron el plan de saquear a Santiago.

Venganza que toman los aventureros. — Comenzaron por proveerse de una comisión inglesa. El P. Du Tertre dice que fue Eliazouard quien la dio. Se embarcaron inmediatamente en número de 400, parte en la fragata de Nantes que el capitán fue obligado a prestarles, y parte en algunos otros barcos que hallaron en la costa, habiendo escogido a uno llamado de l'Isle para comandante y habiéndole dado tres tenientes, que fueron Adam, Lormel y Anne le Roux. Desembarcaron en Puerto Plata el domingo de Ramos del año 1659 y se pusieron inmediatamente en camino de Santiago. Se encontraron la noche del Viernes Santo cerca de la ciudad, atacaron antes del día y habiendo atravesado el vientre a los primeros que se presentaron, corrieron derechamente al domicilio del gobernador, al que sorprendieron en la cama. Tuvo sin embargo tiempo de echarse abajo y oyendo hablar francés, dijo a nuestros valientes que se asombraba de que súbditos del rey cristianísimo lo vinieran a atacar, ya que tenía noticias de un cese de hostilidades y que la paz estaba a punto de concluirse entre las dos coronas. Contestaron que tenían comisión inglesa, le reprocharon todas las crueldades que él y otros gobernadores de su nación no cesaban de ejercer contra los franceses, y le dijeron que se preparara a morir, a menos de que les diera sesenta mil escudos por su rescate. Lo prometió y pagó allí mismo una parte en cueros. El saqueo de la ciudad duró 24 horas y nada fue perdonado; nuestros corsarios se llevaron hasta las campanas y los ornamentos de las iglesias y los vasos sagrados; pero perdonaron la honra a las mujeres y habían convenido entre sí que todo el que hiciera la menor violencia al sexo perdería la ganancia de su viaje.

Son atacados a la vuelta y se defienden bien. — Luego que se hubieron refrescado bien volvieron a tomar el camino del mar, car-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

gados de un botín considerable y llevaron consigo al gobernador y a algunos de los principales habitantes de Santiago, de quienes pretendían sacar grandes rescates. Pero como se había dado la alarma diez o doce leguas a la redonda, se reunió en pocos días un cuerpo de mil hombres, que les armó una emboscada en el camino. Cayeron en ella, y los españoles no dudaban en nada de que la sorpresa unida a la ventaja del lugar y del número les daría una victoria fácil. Se engañaron: los franceses, que disparaban todos muy bien, no fallaron un golpe y mataron a más de cien españoles y de los principales; hirieron a un número todavía mayor y luego de dos horas de combate obligaron al resto a alejarse. Sin embargo no era sino para respirar que éstos se retiraron del combate, al que volvieron poco después, bien resueltos a vencer o morir; pero los franceses, habiéndoles hecho ver al gobernador de Santiago y a sus otros prisioneros, les hicieron decir que si disparaban un solo tiro, los verían degollar ante sus ojos y encontrarían luego a gente que querían vender bien cara su vida. Esta amenaza hizo su efecto; los españoles tomaron el partido de retirarse; nuestros aventureros siguieron tranquilamente su marcha hasta el mar, donde habiendo aguardado inútilmente por varios días el rescate de sus prisioneros, los despidieron sin hacerles daño y volvieron felizmente a la Tortuga.

Establecimientos franceses. — Parece bastante por el relato de esta expedición que este segundo puesto de los españoles en la isla de Santo Domingo era entonces muy poca cosa y casi sin ninguna defensa. Los otros no eran sino muy pequeñas aldeas, todas abiertas, y sumamente pobres. Daremos al final de esta obra una descripción detallada del estado presente de esta colonia, sacada de una Memoria, cuya exactitud y justeza no es posible poner en duda; lo que no me atrevería a decir tan afirmativamente de la que he seguido en la descripción que acabo de hacer de Santo Domingo. Los establecimientos franceses no hacían sino comenzar y tomándolos en sí mismos el mejor no valía lo que el menor de los españoles. En la Tortuga, que era el cuartel general, y la metrópoli de esta colonia naciente, no se contaban más que 250 personas y allí no hacían más que tabaco. En Puerto Margot, que está a siete leguas, hay un pequeño islote, con una media legua de contorno, donde había 60 hombres y podía haber bien ochenta o cien en la tierra firme. El señor d'Ogeron tenía una habitación en ese lugar. Dije que el señor de la Place había comenzado a roturar el Puerto de Paz frente mis-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mo a la Tortuga, pero era todavía bien poca cosa aquel comienzo de habitación y hasta parece que ese gentilhombre no permaneció en la colonia después de haber perdido su mando. No había en la banda del oeste más que un solo establecimiento y era el de Léogane. Los holandeses habían echado de allí a los españoles; pero no se habían establecido en ese lugar y era uno de los parajes de la isla donde nuestros bucaneros se refugiaban más ordinariamente entonces cuando eran perseguidos por la cincuentena: teníamos allí al menos 120 hombres, de los que la mitad estaban a sueldo del señor d'Ogeron.

Pero la colonia francesa podía ser mirada como un arbolito plantado en buena tierra, donde se ha enraizado y donde crece y se fortalece de día en día, de manera sensible; mientras la colonia española era como un árbol que está comenzando a envejecer y ya no recibe alimento: el crecimiento del uno y la decadencia del otro tuvieron progresos tanto más rápidos cuanto que el segundo no tenía ya para sostenerse sino sus propias fuerzas casi enteramente agotadas, mientras que el primero era sostenido por dos cuerpos, que con sus habitantes componían aquella república formidable de aventureros, que daba ya mucho celo a los españoles de las Indias e hizo bien pronto temblar las provincias más lejanas de ese vasto imperio. Los dos cuerpos, de que hablo, eran el de los bucaneros y el de los filibusteros. El primero era entonces sin contradicción el más considerable; tenía cerca de 3.000 hombres y los españoles, que lo miraban como el principal apoyo de una potencia que pretendía levantarse sobre sus ruinas, se empeñaron sobre todo en destruirlo. Para comprender todo lo interesante que pasó en esta guerra, será bueno saber qué clase de hombres eran estos bucaneros, cuál era su manera de alojarse, de vestirse, de cazar y de armarse; las medidas que tomaban para defenderse de sus enemigos, porque rara vez los atacaban si no se veían obligados a hacerlo y en qué lugares habían puesto sus principales ahumaderos.

Descripción de los bucaneros. Sus ahumaderos, su manera de vivir. — Estos ahumaderos, como ya lo he observado, consistían en pequeños claros, donde había tendederos donde ahumar las carnes, un espacio para extender los cueros y barracas, que ellos llamaban *aioupas,* nombre tomado de los españoles y que originalmente venía de los naturales del país. Allí estaban pacíficamente a cubierto de la lluvia y de los ardores del sol; y el aire, que entraba en ellas por todas partes, las refrescaba agradablemente. Como no tenían ni

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mujeres ni hijos, se asociaban siempre dos juntos, se hacían mutuamente todas las ayudas que un padre de familia puede encontrar en su vida doméstica, vivían en una perfecta comunidad de bienes y todo pertenecía al que sobrevivía al otro. Llamaban a esto amarinerarse y se daban recíprocamente el nombre de *marinero,* de donde vino la costumbre de llamar marineraje a toda clase de sociedad que forman juntos los particulares para hacer valer en común sus intereses. Por lo demás, los usaban entre sí con mucha rectitud y franqueza; hubiera sido un crimen tener algo bajo llave y se lo hubiera echado irremisiblemente del cuerpo por el menor hurto: pero en nada venía tal tentación y todo era común, no solamente entre marineros, sino también entre todos los bucaneros; lo que no se encontraba en su cofre, se iba a buscarlo en el de su vecino; solamente había que pedirle permiso y se hubiera deshonrado quien lo negara; por eso no había en aquella república de mío y de tuyo, por consiguiente había pocas disputas; y si había alguna diferencia entre particulares, los amigos comunes trabajaban inmediatamente para volverlos a acomodar y se hacían pronto las paces.

Sus leyes y su religión. — Cuanto a leyes, los bucaneros no reconocían otras que una rara mezcla de convenciones que habían hecho entre sí con las que habían formado una costumbre que miraban como regla soberana. A cuanto podía oponérseles contestaban fríamente que no era el uso de la costa; y fundaban su derecho de llevarse así, en que al pasar el trópico habían recibido un bautismo que los libraba, decían ellos, de toda obligación contraída anteriormente a esta ceremonia marítima. Dependían bastante poco del gobernador de la Tortuga y se contentaban con rendirle de tiempo en tiempo algún ligero homenaje. La religión misma conservaba en ellos muy poco de sus derechos y creían hacer mucho con no haber olvidado enteramente al Dios de sus padres. Es asombroso encontrar pueblos, en quienes cuesta trabajo descubrir algunos rasgos de un culto religioso; y está fuera de duda que si los bucaneros se hubieran perpetuado en la isla de Santo Domingo en el pie en que estaban en el tiempo de que hablo, desde la tercera o cuarta generación, no hubieran tenido más religión que los cafres o los hotentotes de Africa, o los Tupinambas o los caribes de América.

Sus vestidos. — Habían abandonado hasta el nombre de sus familias, los que habían sustituido con apodos o nombres de guerra, la mayoría de los cuales ha pasado a sus descendientes; varios

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

sin embargo, cuando se casaban (lo que no hacían ordinariamente sino en cambiando de estado y haciéndose habitantes), ponían sus verdaderos sobrenombres en su contrato de matrimonio, lo que dio lugar a un proverbio, que todavía hoy corre en las Antillas, que no se conoce a la gente sino cuando se casa. Su traje consistía en una camisa, toda impregnada con la sangre de los animales que mataban, un calzón todavía más mugriento y hecho como un delantal de cervecero, es decir, abierto por abajo, a manera de *candalo;* una correa que les servía de cinturón y de la cual colgaba una ancha vaina, en que estaban algunos cuchillos flamencos, con una especie de sable cortísimo, llamado machete, un sombrero sin borde, salvo por delante, donde le dejaban un extremo para tomarlo, como los Carapúes, nada de medias, y zapatos hechos de piel de cerdo.

Sus armas, sus perros, sus cazas. — Sus fusiles tenían un cañón de cuatro pies y medio de largo y disparaba balas de 16 por libra. Y es por su nombre, como ya he observado, que desde entonces se llaman bucaneros los fusiles de ese calibre. Cada uno tenía en su séquito más o menos partidarios, según sus posibilidades, y una jauría de veinte o treinta perros, entre los cuales siempre había un cazador o venteador. La caza del buey era su principal ocupación y si se entregaban algunos momentos a la del cerdo salvaje, no era nunca sino para divertirse o para tener con qué regalarse. Luego hubo algunos que sólo se daban a la caza del cerdo y hacían ahumar sus carnes al humo de la piel misma del animal, lo que les daba un sabor maravilloso. Los cazadores partían por la mañana al alba del día, solos de ordinario, sus seguidores y sus perros venían después, el único perro venteador iba delante y llevaba a los cazadores con frecuencia por caminos horrorosos que había que pasar. Desde que el animal había sido olido, todos los perros corrían y lo detenían ladrando en torno a él, hasta que el bucanero al llegar le disparaba. De ordinario le daba el golpe a la altura del pecho y luego de haberlo derribado le cortaba la corva, para impedirle levantarse. Se ha visto a bucaneros ganar a los bueyes a la carrera y cortarles primero el jarrete. A veces el animal, cuando sólo estaba ligeramente herido, y no se le había derribado, se lanzaba con furia contra los cazadores y destripaba a alguno, pero esto era raro: los bucaneros eran casi siempre muy seguros en sus golpes y aun cuando no acertaran justamente, estaban bastante alerta para subirse a lo alto de un árbol, tras el cual habían tenido la precaución de colocarse.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Su modo de alimentarse. — Cuando la bestia estaba desollada a medias, el dueño sacaba uno de los huesos mayores, lo rompía y chupaba su médula. Este era su desayuno; abandonaba lo otro a sus seguidores, dejando siempre a uno de ellos para acabar de despojar al animal y para sacarle un trozo escogido, que tenía orden de llevar al ahumadero y hacerlo cocer para la comida de los cazadores. Todos los demás continuaban su caza, hasta que el bucanero hubiera matado tantas bestias como personas tenía consigo. Volvía el último, cargado como los otros con una piel y un pedazo de carne, y encontraba las mesas abastecidas. Digo las mesas, porque cada uno tenía la suya y era todo lo que se encontraba primero, una piedra, un tronco de árbol, una raíz, nada de mantel, nada de servilleta, nada de pan, nada de vino. Pimienta y un poco de jugo de naranja formaban toda la sazón: la mente contenta, ninguna inquietud, un gran apetito y mucha alegría hacían encontrarlo todo bueno. Un día se parecía perfectamente al otro, hasta que se hubiera reunido el número de cueros que se había comprometido a suministrar a los comerciantes; porque entonces el bucanero llevaba su mercancía o a la Tortuga o a algún puerto de la isla grande.

Enfermedades a que estaban sujetos. — Como esta gente hacía mucho ejercicio y se alimentaban siempre de carnes frescas gozaban comúnmente de bastante buena salud; estaban a la verdad sujetos a fiebres, pero eran efímeras, de que en nada se resentían al día siguiente; o pequeñas fiebres lentas, que no les impedían obrar, y de que hacían poquísimo caso; de tal manera que cuando se les preguntaba cómo estaban: sumamente bien, respondían ellos, no tengo más que la fiebre. Con el tiempo empero no podían dejar de debilitarse bajo un cielo a cuyas intemperies no estaban bastante hechos, para mantener durante largos años una vida tan laboriosa y tan dura; por eso los más razonables no la continuaban sino el tiempo necesario para encontrarse en capacidad de hacerse habitantes. Los otros, como gastaban inmediatamente en la taberna el fruto de su caza, tenían siempre que volver a empezar y varios se acostumbraban de tal manera a esta vida que se hacían incapaces de llevar otra. Se ha visto a jóvenes de buenas familias no poder resolverse a dejar una profesión tan penosa, expuesta a tantos riesgos y en la que sólo el libertinaje los había comprometido, para ir a recoger en Francia herencias considerables.

Sus principales ahumaderos. — Sus principales ahumaderos eran la península de Samaná, la islita que está en medio del puerto de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Bayaha; el Puerto Margot, la sabana quemada, hacia las Gonaves; el embarcadero de Mirbalet y el fondo de la isla Vaca, pero desde allí corrían por toda la isla hasta las habitaciones españolas. Tales eran los bucaneros de Santo Domingo y tal era su situación cuando los españoles emprendieron echarlos de toda la isla. Los comienzos de esta guerra les fueron bastante favorables; los bucaneros iban solos a la caza, con un reducido número de partidarios, como acabo de decirlo, y por eso fue fácil a sus enemigos sorprender a un buen número de ellos, de los que varios fueron muertos y los otros aprisionados y condenados a una cruel esclavitud.

Exito de la guerra entre los bucaneros y los españoles. — Así pasaba con ese cuerpo de aventureros y la sola cincuentena los hubiera exterminado si nuestros valientes no hubieran usado un poco más de precaución. No es que cuando tenían tiempo de ponerse a la defensa no escaparan al enemigo; porque el miedo de caer vivos en manos de una nación cuyo celo y crueldad conocían, les hacía combatir con tanto valor, que se veía a un solo hombre enfrentar a toda una compañía y librarse de ella. Pero lo que llevó más a los bucaneros a reunirse y ponerse en estado de atacar a los españoles, es que habiendo éstos descubierto sus ahumaderos, se movían de noche y sorprendían un número bastante grande de amos y de partidarios, que fueron más asesinados que despertados. No habría hecho falta que esta maniobra durara largo tiempo para ver el fin de esta guerra; pero cuando los bucaneros se hubieron agrupado, entonces se les vio, tan furiosos como los toros que cazaban, echarse contra todo lo que encontraban e hicieron perecer en poco tiempo un gran número de españoles. Se habían halagado de ganar así al menos que se los dejara tranquilos, pero sucedió todo lo contrario. Llegó socorro a sus enemigos; ellos lo recibieron también por su parte y toda la isla se encontró llena de partidas, que la inundaron de sangre. Varios parajes suyos han recibido el nombre de matanza, que se da todavía hoy a algunos de ellos.

Medidas que toma la corte de España para exterminar a los aventureros. — Durante varios años Francia no había parecido tomar mucha parte en lo que sucedía en la isla de Santo Domingo. Se dejaba hacer a los aventureros, a quienes siempre se podía descalificar, pero cuyos éxitos podían ser útiles; por otra parte no tenían ningunos jefes. La Tortuga no había tenido propiamente gobernador nombrado por el rey antes de du Rausset. Le Vasseur y el caballero de Fontenay no habían tenido sino provisiones, de las que

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

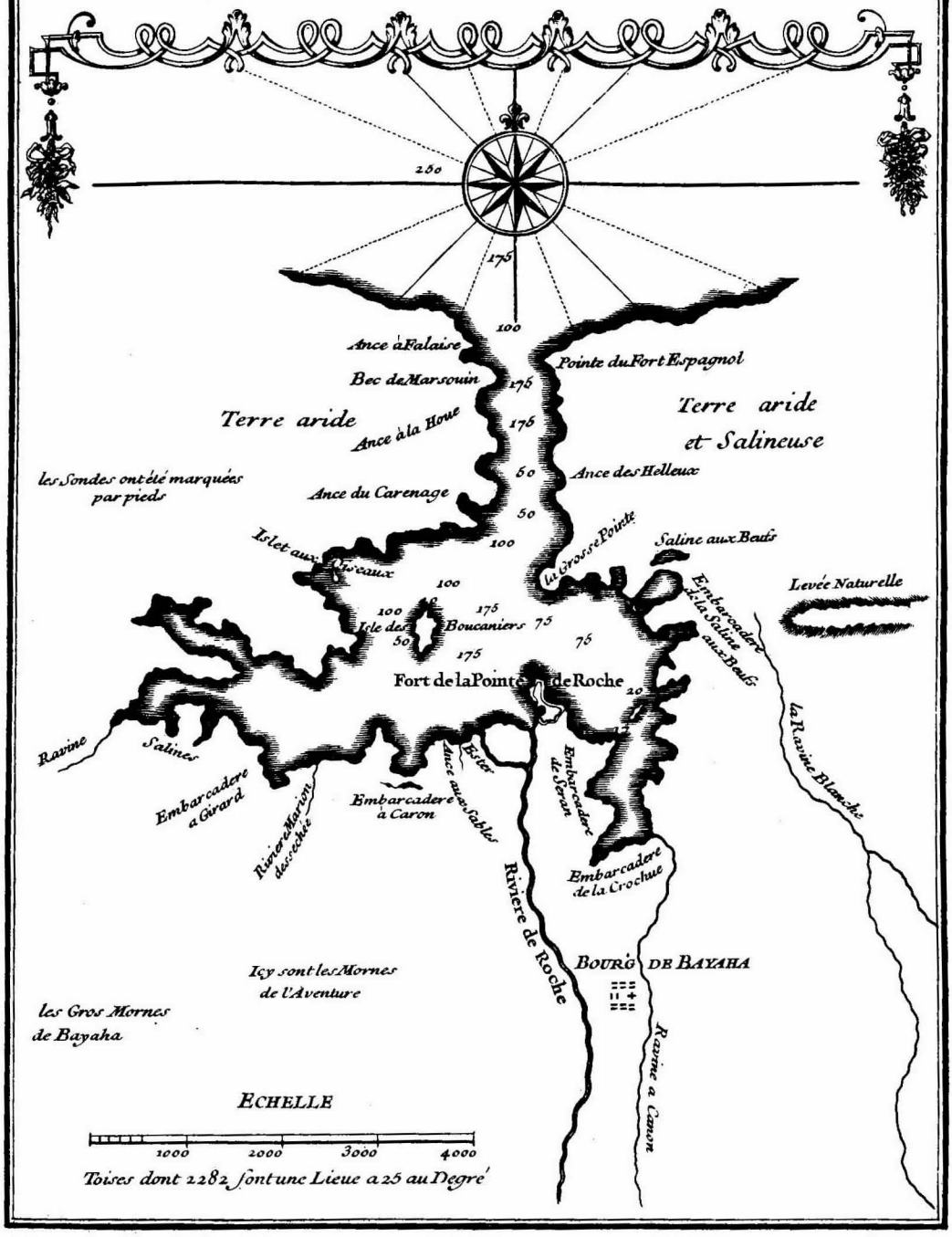
el comendador de Poinci, gobernador general de las islas y el rey no habían hecho todavía ninguna acta, que hiciera ver que los aventureros estuvieran autorizados por él, si se exceptúa la comisión dada del señor du Rausset que ni siquiera iba acompañada de algún socorro para ayudar a ese gentilhombre a ponerse en posesión de su gobierno; pero la corte de Madrid no miraba este asunto con ojos tan tranquilos: se trataba de la pérdida o de la conservación de la más antigua de sus colonias y de la seguridad de su comercio en todo el Nuevo Mundo. Dio pues órdenes precisas al presidente de la Audiencia Real de no descuidar nada para exterminar hasta el último francés de Santo Domingo y de la Tortuga; prometió recompensas a todos los que se distinguieran en esta guerra; permitió hacer venir tropas de las islas vecinas y del continente y envió para mandarlas a un viejo oficial flamenco, llamado Vandelmof, que había servido con reputación en las guerras de los Países Bajos.

Los españoles quieren sorprender a los bucaneros y son derrotados. — Vandelmof llegó a Santo Domingo en 1663 y habiéndose dado apenas unos días para descansar, pasó a la villa de Goava, para estar más al alcance de tener noticias del enemigo. Supo allí que el más considerable ahumadero de los franceses estaba en la Sabana quemada, bastante cerca de las Gonaves; escogió a 500 hombres de los más apropiados a esta clase de guerra y marchó diligentemente hacia ese distrito, con la esperanza de sorprender a los bucaneros; pero su marcha no pudo ser tan secreta que aquéllos no pudieran advertirla: uno de ellos, que estaba de caza, del lado del Artibonito, percibió aquel pequeño ejército que avanzaba en buen orden y corrió inmediatamente a avisar a sus camaradas. No encontró más que unos cien bucaneros en aquel ahumadero, los otros andaban dispersos de un lado y de otro, y sin embargo no pudieron resolverse a huir; y para hacer ver a los españoles que no los temían en nada, fueron de inmediato ante ellos. Los encontraron en el estrecho de las montañas que separa lo que se llama el Fondo menor del mayor. Este encuentro desconcertó un poco a los españoles, que perdían, además de la ventaja de la sorpresa, la del gran número; el lugar, donde se les atacaba, hacía inútil la superioridad que llevaban de este lado sobre los franceses. Pero no había que retroceder, se luchó con gran encarnizamiento y la victoria osciló bastante tiempo, aunque Vandelmof hubiera sido muerto a la primera descarga. Al fin sin embargo los españoles no pudieron sostener los esfuerzos redoblados de los bucaneros y huyeron confusamente a las montañas, donde los vencedores no creyeron deber perseguirlos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

PLAN DU PORT DE BAYAHA

A LA CÔTE SEPTENTRIONALE DE SAINT-DOMINGUE.



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Origen de varios establecimientos. — Este fracaso desanimó sumamente a los españoles, que sin embargo no habían perdido más que veinticinco hombres; volvieron a su primer modo de hacer la guerra y no les resultó menos que antes, porque los bucaneros descuidaron con frecuencia el mantenerse en guardia. Sus pérdidas les despertaron con todo una vez más, y luego de muchas deliberaciones sobre lo que les convenía hacer, tomaron el partido de trasladar sus ahumaderos a las islitas que hay alrededor de la de Santo Domingo, de retirarse allí todas las noches, y no ir de caza sino bien acompañados. Este expediente tuvo todo el éxito que habían esperado y siendo así las fuerzas casi iguales de ambas partes, la guerra siguió sin gran ventaja ni gran pérdida de un lado y otro. Hasta sucedió que no estando estos ahumaderos sujetos a los cambios, como lo habían estado los otros, se convirtieron poco a poco en habitaciones y el establecimiento de *Bayajá* se hizo así Es por otro lado el más bello y espacioso puerto de la isla y quizá no haya otro alguno mejor en toda América: en medio suyo hay, como he dicho, una islita; ella defiende la entrada, que es muy estrecha y los mayores barcos pueden anclar bastante cerca de tierra, hasta tocarla con el bauprés. Lo que principalmente había atraído los bucaneros a este puerto es que la caza no era en ninguna otra parte más abundante que en su vecindad y que desde allí podían ir en pocas horas a la Tortuga para vender sus cueros. Hasta se les ahorró el trabajo de tan corto viaje, porque los barcos franceses y holandeses encontraron más cómodo para ellos ir a cargar en Bayajá, donde se formó poco a poco una bonita aldea.

Precauciones que toman los bucaneros contra los españoles, y cómo éstos llegan a extremo de disiparlos. — Desde que los bucaneros se hubieron fijado así, los de un mismo ahumadero se dirigían todas las mañanas al lugar más elevado de la isla para ver si descubrían alguna partida española; luego, antes de pasar a la isla de Santo Domingo, convenían el lugar donde se reunirían por la tarde y se encontraban exactamente en la cita a la hora determinada. Si alguno faltaba, no se dudaba que hubiera sido hecho prisionero o muerto; y no se permitía a nadie cazar sin que se lo hubiera encontrado o su muerte hubiera sido vengada. Una tarde los bucaneros de Bayajá encontraron que les faltaban cuatro hombres; tomaron allí mismo la resolución de reunirse todos al día siguiente y no separarse hasta que hubieran tenido noticias de sus camaradas. Caminaron por el lado de Santiago y no se apartaron mucho sin saber por los prisioneros que habían tomado que los que buscaban habían sido asesi-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

nados por los españoles, de quienes nunca habían logrado cuartel. Al saberlo, los bucaneros entraron en furor y quienes se lo informaron fueron las primeras víctimas. A continuación se desparramaron como bestias feroces en las primeras habitaciones, donde a cuantos españoles hallaron los sacrificaron a los manes de sus hermanos.

Algunos fracasos de los bucaneros. — Los españoles tenían también a veces su revancha. El río de la Matanza, que descarga en el mar a algunas leguas al este de Bayajá, debe su nombre a la derrota de treinta bucaneros, que pasándolo a vado cada uno con una piel de buey a las espaldas, fueron sorprendidos por una fuerte partida española; se defendieron bien, pero los mataron a todos. Otra banda de cazadores, teniendo a su cabeza a un cierto Carlos Toré, se había detenido con otros en un lugar llamado el Parque de los Pinos; había permanecido allí hasta haber reunido un número de cueros, que habían convenido con unos comerciantes. Hecho esto, Toré se puso en camino con su tropa, para volver a Bayajá, de donde había salido. Los españoles, que lo habían descubierto, se habían reunido en gran número para cargar sobre él al primer movimiento que le vieran hacer y habiéndolo visto tomar de nuevo el camino de Bayajá, lo siguieron con la esperanza de encontrar una ocasión de combatirlo con ventaja. En efecto, mientras los bucaneros atravesaban las sabanas de Bayajá y se creían fuera de todo peligro, los españoles cayeron sobre ellos; por sorprendidos que estuvieran, no dejaron de combatir con toda bravura de que eran capaces y vendieron muy cara la victoria a los enemigos; pero esta victoria fue completa y no quedó vivo un solo bucanero para llevar a Bayajá tan triste noticia.

Después de todo, estas pequeñas victorias eran raras y no decidirían nada; por fin los bucaneros, agriados por sus pérdidas, no pensaron casi en otra cosa que en vengarse de ellas y el terror de su nombre creció a diario. Los españoles por su parte se dispusieron a hacer ellos mismos una caza general en la isla y la despoblaron casi enteramente de bueyes; entonces los bucaneros, no encontraron ya con qué subsistir ni continuar su comercio, se vieron obligados, en su mayor parte, a abrazar otro género de vida; varios se hicieron habitantes y desbrozaron los distritos de la Goave mayor y menor y el de Léogane. El establecimiento de Puerto de Paz creció también con esta ocasión. A quienes la vida de habitantes, como demasiado sedentaria y demasiado regular, no les atraía, se pusieron entre los filibusteros cuyo cuerpo se hizo muy célebre por esta unión y merece bien, tanto como el de los bucaneros, que lo haga conocer aquí.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Descripción de los filibusteros. — Bien puede creerse que entre los aventureros los más honrados no fueron quienes se hicieron corsarios bajo el nombre de filibusteros. Nada fue más débil y más pequeño que los comienzos de esa temible milicia. Los primeros que abrazaron ese género de vida, no tenían ni bastimentos, ni municiones, ni pilotos, ni ninguna suerte de provisiones: la audacia y el genio suplieron en poco tiempo. Comenzaron por unirse varios juntos y por formar aquellas pequeñas sociedades a las que dieron, como los bucaneros, el nombre de *amarinamiento.* Pero entre sí no se daban otro apelativo que el de *Hermanos de la Costa,* que con el tiempo se extendió a todos los aventureros, sobre todo a los bucaneros; al menos se entendía por *la gente de la Costa* a todas las milicias de Santo Domingo. Sea lo que fuere, cada sociedad de filibusteros compró un bote y cada bote llevaba veinticinco o treinta hombres. Así equipados, no pensaban al principio sino en sorprender alguna barca de pescadores u otros navíos parecidos. Cuando lo habían logrado, regresaban a la Tortuga para aumentar sus tripulaciones y ordinariamente una barca estaba montada por 150 hombres. Iban luego a Bayajá, o a Puerto Margot, para tomar allí bueyes o cerdos; los que preferían proveerse con carne de tortuga, iban a la costa meridional de Cuba, donde se encuentra grandísima cantidad de esos animales.

Su manera de repartir el botín y en qué fundaban su derecho a hacer la guerra a los españoles. — Antes de hacerse definitivamente a la mar, se escogían un capitán, que era amovible a su voluntad y cuya toda autoridad consistía en mandar en la acción. Tenía también el privilegio de llevarse el doble en el reparto del botín. El cofre del cirujano se pagaba por contribuciones comunes y se recompensaba también a los heridos antes de hacer las partes del botín. Estas recompensas eran arregladas y proporcionadas al daño que causaba la herida. Por ejemplo, se daban seiscientos escudos o seis esclavos a quienes habían perdido ambos ojos o ambos pies y había que continuar la expedición hasta que hubiera con qué satisfacer a todo. Esta convención se llamaba *caza-partida* y repartir de la manera que acabo de explicar se llamaba participar *como compañero de buena suerte.* Por lo demás, aunque los filibusteros corrieron primero con bastante indiferencia sobre todo lo que podían encontrar, los españoles fueron siempre su objetivo principal y establecieron la justicia de la guerra implacable que les hacían sobre el que éstos les impedían hacer la pesca y la caza en sus costas, aunque la una y la otra fueran, decían ellos, de derecho natural. Se habían formado tan bien la conciencia sobre este principio, que nunca se embarcaban sin ha-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ber hecho oraciones públicas para encomendar a Dios el éxito de su expedición y no dejaban en modo alguno de hacerle también solemnes acciones de gracias después de la victoria.

Por lo demás, es imposible poner los ojos en todo lo que sucedió en las Indias Occidentales desde el comienzo de esta guerra y el establecimiento del cuerpo de los aventureros, sin reconocer que Dios quiso servirse de estos bandidos para vengar en los españoles las crueldades inauditas que habían ejercido contra los habitantes del Nuevo Mundo. Las relaciones publicadas habían hecho sumamente odiosa esa nación, a la que su poder y su altura hacían por otra parte de enemigos a casi todas las demás y se vio a aventureros, que no eran impulsados ni por interés ni por libertinaje a hacer la guerra a los españoles, sino por animosidad. Esto es lo que sobre todo se publicó de un gentilhombre de Lamguedoc, llamado Montbars: la casualidad le puso en las manos, desde su más tierna juventud, las relaciones de que acabo de hablar y concibió contra los españoles un odio tan implacable, que parecía degenerar en ocasiones en verdadero furor. Se cuenta a este particular, que estando en el colegio y representando en una pieza teatral el papel de un francés que tenía algún altercado con un español, se inflamó de tal manera un día haciendo su personaje, que se lanzó con rabia contra su compañero, que representaba al español, y si no se hubiera acudido en su socorro, lo hubiera matado. No era fácil reprimir una pasión que se manifestaba desde tan temprano y con tales salidas; Montbars no suspiraba sino por las ocasiones de saciarla en la sangre de los españoles, y apenas se hubo declarado la guerra cuando entró al mar para ir a buscarlos en aquellas costas fatales, que con tanta frecuencia habían ellos enrojecido con la sangre de los infortunados indios. Nada le halagaba tanto como el pensamiento de que los vengaría; y son incontables los males que hizo a los que llamaba sus tiranos, ya en tierra, a la cabeza de los bucaneros, ya en el mar, como comandante de los filibusteros. Se ganó el sobrenombre de exterminador; pero se le hace la justicia de que nunca mató a un hombre desarmado; y nunca se le ha reprochado, que yo sepa, esas crueldades, esos bandidajes ni esas disoluciones que han hecho a gran número de aventureros abominables ante Dios y ante los hombres.

Su manera de hacer la guerra. — Para volver a los filibusteros, estaban, sobre todo a los comienzos, tan apretados en sus barcas, que apenas tenían lugar suficiente para acostarse; por otra parte, no ahorraban mucho sus vidas y se encontraban pronto al cabo de ellas;

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

estaban día y noche expuestos a todas las injurias del aire y en virtud de la independencia en que vivían los unos de otros, nadie se molestaba por nada. Unos cantaban, cuando otros querían dormir y había que soportar todas esas incomodidades sin quejarse. Pero se puede creer que esta gente, que se hallaba tan incómoda, no encontraba nada difícil hacerse a la mar; que la vista de un barco mayor o más cómodo les daba aliento para apoderarse de él y que el hambre les quitaba hasta la vista del peligro cuando se trataba de hacerse con provisiones. Por eso atacaban sin deliberar todo lo que encontraban e iban siempre derechos al abordaje. Una sola andanada hubiera bastado con frecuencia para hundirlos; pero sus pequeños barcos se maniobraban a gusto; sus marineros estaban sumamente alerta y nunca presentaban sino la proa cargada de fusileros, que disparando contra las portas desconcertaban a todos los artilleros. Una vez que estaban a bordo, era muy difícil que no se hicieran dueños del barco, por numerosa que fuera la tripulación. Los españoles sobre todo, que los miraban como otros tantos demonios y no los llamaban de otra manera, sentían helarse su valor cuando los veían de cerca y la mayoría de las veces tomaban el partido de rendirse inmediatamente y pedir cuartel; lo conseguían cuando la presa era considerable, pero si no encontraban nada o poca cosa, el despecho de los vencedores hacía que arrojaran al mar a los vencidos.

Su independencia. — Llevaban sus presas a donde les parecía, ordinariamente era a la Tortuga o a Jamaica; y antes de llegar al reparto, cada cual levantaba la mano y protestaba que había llevado fielmente a la masa todo lo que había saqueado. Si alguno era sorprendido en un juramento falso, no se dejaba de degradarlo en la primera ocasión en alguna isla desierta donde se lo abandonaba a su triste suerte. Cuando se había tenido comisión del gobernador de la Tortuga, se le daba exactamente el diezmo de todo lo que se había ganado; pero si Francia estaba en paz con España los filibusteros iban a dividir su presa en un distrito alejado y mediante un presente que hacían al gobernador éste cerraba los ojos; tanto más cuanto que en vano se hubiera atrevido con gente que no reconocía su autoridad sino por la forma y contra la cual no estaba en manera alguna de hacerla valer. Distribuidos los lotes, nuestros valientes ya no pensaban más que en divertirse y esto duraba los días que podían pagarse. Su paciencia en el hambre y en todos los accidentes infortunados que podían sobrevenir en una vida llena de tan grandes peligros, llegaba hasta lo prodigioso; pero cuando la victoria les ha-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

bía traído la abundancia, llevaban el libertinaje y la molicie hasta los mayores excesos.

Su irreligión. — De religión, no les quedaba en el fondo ninguna huella en el corazón, sin embargo parecían de tiempo en tiempo entrar sinceramente en sí mismos; nunca entraban en combate sin haberse abrazado los unos a los otros en señal de reconciliación. Se les veía después darse grandes golpes en el pecho, como si hubieran querido excitar en su corazón una compunción de que no eran absolutamente capaces: escapados del peligro, volvían luego a su crápula, a sus blasfemias y a sus bandidajes; los bucaneros en comparación de ellos se creían gente de bien y los miraban como desalmados; pero a la verdad no se debían nada los unos a los otros. Los bucaneros eran tal vez menos viciosos, pero los filibusteros conservaban un poco más las exterioridades de la religión; finalmente, fuera de una cierta buena fe que reinaba entre los unos y los otros, y de la carne humana, que se guardaban de comer, pocos bárbaros en el Nuevo Mundo eran más malvados que ellos y un gran número de los más salvajes lo eran mucho menos.

Los alistados (o forzados). — Los habitantes tenían también sus asociaciones y se les daba terreno en proporción de las personas que componían su sociedad; pero aunque tuvieran muchas menos ocasiones que los otros aventureros de medirse con los españoles, no se dejaba de encontrar entre ellos gente muy valiente, y era de su cuerpo de donde se sacaban las milicias, que se distinguieron tan sumamente en varios encuentros. Si se cree a ciertos hechos contados en la historia de los filibusteros, no valían más ni que éstos ni que los bucaneros; hasta parece que eran más interesados, y por consiguiente más duros, necesariamente. No hablo del cuarto cuerpo de los aventureros, que era el de los alistados, porque nunca emprendían nada por cuenta propia. Dada la ocasión no se dejaba de servirse de ellos aun en la guerra y se encontraron entre ellos gente muy valiente, y asimismo los hubo bastante hábiles para salir pronto de la servidumbre y para hacer fortunas inmensas.

Expediciones ordinarias de los filibusteros. — Las costas que más frecuentaban los filibusteros eran las de Cumaná, de Cartagena, de Portobelo, de Panamá, todas las de Cuba y de la Nueva España, la embocadura del Chagres y los alrededores de los lagos de Maracaibo y de Nicaragua; pero corrían rara vez contra los navíos que iban de Europa a América, porque estando esos barcos solamente car-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

gados de vinos, harinas y telas, se hubieran visto muy embarazados con todas esas mercancías cuya venta no les resultaría fácil. Era a la vuelta cuando los aguardaban y cuando estaban seguros de encontrar en ellos oro, plata, piedras preciosas y todas las más ricas mercancías del Nuevo Mundo. Seguían ordinariamente a los galeones en cola hasta desembocar en el canal de Bahama y si un mal tiempo o algún otro accidente dejaba atrás algunos navíos de la Flota, eran otras tantas presas. Uno de sus capitanes, llamado Pedro el Grande, natural de Dieppe, se apoderó así de un vicealmirante de los galeones y lo llevó a Francia; su barco sólo montaba cuatro cañones pequeños y no tenía consigo más que 28 hombres; abordó al navío español, luego de haber dado las órdenes de echar a pique el suyo y asombró tan extraordinariamente a la tripulación que quedó como enteramente desconcertada; fue él mismo a encontrar al capitán, que jugaba en su cámara y poniéndole la pistola a la garganta lo obligó a rendirse. Lo desembarcó a seguidas con toda su gente en el cabo Tiburón, del que estaba cerca y no conservó sino los marineros que necesitaba para maniobrar. Otro filibustero, sobrenombrado Miguel el Vasco, dio un golpe todavía más audaz: se atrevió a atacar bajo los cañones de Portobelo a un barco de la misma Flota, llamado la Margarita, cargado de un millón de piastras, y se hizo dueño de él.

Carácter del señor d'Ogeron. — A pesar de todo lo que he dicho hasta aquí de los distintos cuerpos que componían la república de los aventureros, es fácil concluir que todo el mundo no era capaz de gobernar a esa gente y que para llegar a buen término hacía falta un conjunto de cualidades que se encuentran rara vez. Es lo que ha honrado tanto al señor d'Ogeron, quien supo hacerse estimar y hacerse temer, unirlos a su persona y aficionarlos al estado; acostumbrarlos a respetar la autoridad de las leyes, que por largo tiempo creyeron no estar hechas para ellos en modo alguno; quitar a sus expediciones un poco de ese aire de bandidaje que las desacreditaba tanto, aun entre quienes no tenían nada que temer de sus expediciones; hacer su bravura útil al príncipe, suavizar sus costumbres, aumentar el número de los habitantes, tolerar prudentemente lo que no podía impedir sin exponerse a mayores males; en una palabra, formar una colonia arreglada de una tropa de malvados, que ya casi no eran ni cristianos ni súbditos y parecían incapaces de la menor subordinación. Tampoco se vio nunca un hombre más honrado, un alma más noble y más desinteresada, un ciudadano mejor, más probidad y religión, maneras más sencillas y más amables, una mayor

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

atención a agradar, aunque tuviera que costarle; más confianza y firmeza, más prudencia y verdadero valor, un espíritu más fecundo en recursos ni miras más arregladas. Fue en una palabra el padre más que el gobernador de los pueblos confiados a sus cuidados; tan adecuado para gobernar en la paz como en la guerra; no le hubiera faltado nada si hubiera sido tan feliz en sus empresas como merecía serlo y si hubiera tenido menos confianza en la probidad de aquellos con quienes tenía que tratar.

Sus aventuras. — Tenía quince años y era ya capitán en el regimiento de la Marina cuando se dejó arrastrar por los que formaron en 1656 una compañía para el río de Ouatinigo, en el continente americano; embarcó al año siguiente en un navío llamado la Pelagia, habiendo gastado 17,000 libras en equiparse con todo lo necesario para un gran establecimiento. Supo, al llegar a la Martinica que se le había engañado y resolvió establecerse en esa isla. Pidió al señor du Parquet, que era entonces su gobernador y propietario, todo el distrito del Cul-de-Sac; el señor Parquet se lo prometió, pero poco después, para complacer a su mujer, a quien no le agradaba esa concesión, retiró su palabra; ofreció cualquier otro emplazamiento que escoger, pero d'Ogeron se molestó y algunos bucaneros de Santo Domingo que habían pasado de Francia con él en la Pelagia, se aprovecharon de esta disposición para comprometerlo a seguirlos a su isla. Se embarcó, pues, con ellos, sus alistados y todo su tren, en una barca bastante mala, y habiendo tomado hacia el sur, no sabía por qué, fue derecho a Léogane, donde naufragó al desembarcar. Todo el mundo se salvó, pero la mejor parte de las mercancías y de las provisiones se perdió. Hallándose por tal infortunio en situación de no hacer nada, dio la libertad a sus alistados y se vio obligado a vivir durante algún tiempo con los bucaneros, que tuvieron para con él todos los respetos debidos a su mérito y a su virtud. Tenía aún un recurso, porque al partir de Francia había dejado una orden a sus corresponsales que le enviaran mercancías a la Martinica, y cuando vio acercarse el tiempo en que ese socorro le debía llegar, partió a recibirlo. Supo al desembarcar que el convoy era ya venido y se había disipado: aquel a quien iba dirigido habiendo creído tal vez que esos efectos pertenecían a la Compañía de Ouatinigo, los había vendido con pérdida. Lo cierto es que el señor d'Ogeron se vio obligado a volver a Francia, con el valor de quinientas o seiscientas libras de mercancías. Se creyó en su familia que este insuceso lo habría disgustado de semejantes empresas, pero se engañaban. Apenas se vio entre ellos, cuando reunió todo lo que pudo en dinero y levantó alis-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tados; equipó un barco, lo llenó de vino y aguardiente y tomó el camino de Santo Domingo, no dudando que allí haría una ganancia considerable sobre su carga: tanto más cuanto que esas bebidas eran lo que más faltaba; pero desde que hubo salido se había llevado allá tan gran cantidad que estaban a vil precio. Esto le hizo resolverse a llevar la mercancía a Jamaica, donde habiéndola confiado a un comisionista que no había conocido bien, este bribón nunca le dio razón de un sueldo; de manera que este segundo viaje le costó todavía entre diez y doce mil libras.

Al partir de Francia había encargado a uno de sus amigos que le hiciera construir un barco más adecuado para llevar hombres que mercancías; pero no bien su familia lo vio regresar de esta segunda cuando puso todos los medios de impedirle una tercera y le negó todas las ayudas que necesitaba para equiparse. Se encontró entonces en una gran dificultad, porque sus pérdidas no habían hecho otra cosa que irritar su valor. Por fin su hermana, la señora du Tertre, que lo amaba tiernamente, diole 10,000 libras en plata y cartas de crédito sobre comerciantes de Nantes por una suma mayor. Hizo leva en seguida de alistados, con quienes cargó su navío y pasó a Santo Domingo. Comenzó en Puerto Margot una habitación, cuya dirección confió a un llamado Giraut, doméstico suyo, se pasó luego a la Goave menor y a Léogane, donde algunos habitantes se habían establecido hacía poco, luego de haber echado a los españoles que se habían hallado allí o a que habían venido a molestarlos: estos dos puestos no tardaron en poblarse, desde que se conoció la presencia allí del señor d'Ogeron. Tenía ya la reputación de ser el padre de los miserables y en realidad nunca se vio a hombre en necesidad al que no le hubiera dado todo el alivio de que era capaz.

Hizo también una empresa que no le resultó; había tomado una verdadera estima por la nación inglesa, y el Padre Du Tertre, dominico, autor de la Historia de las Antillas, al que hemos ya citado más de una vez, le había aconsejado tener una habitación en Jamaica. Este mismo religioso nos asegura de ello y hubiera ciertamente podido darnos la razón de un consejo tan poco conveniente, al parecer. El señor d'Ogeron lo había seguido, pero bien pronto tuvo toda razón para arrepentirse y perdió todavía de ocho a diez mil libras de mercancías. Estaba más o menos en tales términos cuando la Compañía de las Indias Occidentales puso en él los ojos para ponerlo a la cabeza de toda la colonia y lo propuso al rey, que lo aceptó y le envió provisiones a Santo Domingo. Son del mes de febrero de 1665 y en el mes de mayo el señor d'Ogeron, que ya las había recibido, fue a entrevistarse en el Puerto Francés con el marqués de Tracy, enviado

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

por el rey el año anterior para retirar todas las Antillas de manos de los particulares y ponerlas en posesión de la Compañía de las Indias Occidentales. Había recibido orden de hacer lo mismo con la Tortuga y la costa de Santo Domingo y algunas Memorias dicen que efectivamente hizo prestar juramento de fidelidad a todos los que encontró; pero tal hecho no parece bien cierto y creo más verosímil que tomó con el señor d'Ogeron las medidas convenientes para hacer aceptar al señor de la Place, que mandaba entonces en la Tortuga y a los aventureros los cambios dispuestos por su Majestad.

Con qué condiciones es recibido en la Tortuga. — Había efectivamente muchos arreglos que hacer, para hacer gustar tales órdenes a gentes que no las habían recibido todavía en nada de la corte y había tanto más lugar a temer que el solo nombre de Compañía los enfureciera cuanto que se estaba sumamente prevenido en toda América contra la precedente. Por eso habiéndose dirigido el señor d'Ogeron a Puerto Margot y habiendo enviado desde allí a dar aviso al señor de la Place de su comisión, este gentilhombre le aseguró que sería muy bienvenido; pero los aventureros le hicieron decir que no se someterían jamás a ninguna Compañía; que cuanto a él, si venía a gobernarlos en nombre del rey, encontraría súbditos sumisos; que había empero un punto en que no le respondían de una gran docilidad; que no sufrirían nunca que se les prohibiera el comercio con los holandeses, que no les habían dejado jamás carecer de nada en un tiempo en que ni siquiera se sabía en Francia que hubiera franceses en la Tortuga ni en la costa de Santo Domingo. D'Ogeron puso cara de someterse a sus condiciones; hubiera sido inoportuno que pusiera la menor dificultad. Se dirigió a la Tortuga y la Place, como se ha dicho, lo hizo reconocer en calidad de gobernador, después de lo cual se retiró y fue sumamente lamentado por todo el mundo. Pero su sucesor consoló poco a poco a los aventureros de la pérdida que acababan de tener.

Su aplicación a hacer florecer la colonia. — La primera cosa en que pensó, desde que hubo tomado posesión como gobernador y vio los espíritus tranquilizados, fue en los medios de establecer sólidamente su autoridad y nada le pareció mejor para este plan que fortificarse y ocupar a toda su gente, facilitar el comercio, no sólo el que necesariamente había de tener con el exterior, sino también el que los diferentes distritos no podían de dejar de tener entre sí; finalmente el poner la colonia en buena reputación. Es verdad que la mayoría de los proyectos que hizo para esto no tuvieron resultado,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

porque no fue socorrido convenientemente; pero la Tortuga y la costa de Santo Domingo no dejaron sin embargo de tomar pronto una nueva faz; y los españoles no dudaron desde entonces que sus temores y presentimientos sobre ese establecimiento de los franceses en su vecindad y aun en la primera de sus conquistas estaban justificados.

En efecto, desde el año siguiente, el señor d'Ogeron propuso a la corte ir a atacar a Santo Domingo, y, según todas las apariencias, sólo impidió al señor Colbert aceptarlo el no conocer aún bastante al que le hacía tal proposición. Le agradó más lo que el gobernador de la Tortuga le representó acerca de la necesidad de hacer un fuerte en esa isla, para asegurar la rada y revestirlo de murallas; cerrar la misma rada del lado oeste, echar un camino de doce a quince leguas de largo en la isla de Santo Domingo para facilitar la comunicación entre los distintos distritos; tener un establecimiento en la banda del sur, hacia la isla Vaca, que es el paso ordinario de los barcos que van a Jamaica; disminuir al menos en una tercera parte los precios de los géneros y las mercancías que venían de Francia, sin lo cual no podía pensarse en comprometer a los bucaneros ni a los filibusteros a hacerse habitantes; enviar cada año a la colonia de mil a mil doscientas personas, cuya tercera parte serían niños; entregar a los habitantes la mitad de los derechos sobre el tabaco y las otras mercancías que se sacaran del país; tener la mano para que no se permitiera traficar a los holandeses en él; por fin, poner un gobernador particular en la Tortuga, a fin de dejarle a él la libertad de ir a cualquier parte donde juzgara necesaria su presencia. Hasta ofrecía pagar el sueldo de ese gobernador subalterno y proponía al señor de la Logerie para llenar ese oficio. Todo esto fue sumamente aprobado; pero ignoro por qué la mayoría de esos artículos no tuvo ningún lugar.

Se envían muchachas de Francia a la Tortuga. — Fue algo más secundado en el plan que tenía de establecer lo más posible a los aventureros, al casarlos. Se le enviaron muchachas de Francia y aunque su número no fue al principio considerable, pronto se vio un gran cambio en el espíritu y las maneras de los habitantes. Es verdad que en estos comienzos si las mujeres comunicaron a sus maridos un poco de todas las virtudes que son naturales a su sexo, no fue enteramente como la luz que no pierde nada al comunicarse.

Pero el tiempo acabó de perfeccionar a los unos y devolvió a los otros lo que ellas habían perdido. Por otra parte sus maridos no

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

habían dejado de inspirarles también un poco de sus virtudes militares y algunas llevaron muy lejos la agilidad y la bravura. Se ha visto por largo tiempo en Santo Domingo y en caso necesario se verían quizá todavía a Atalantes alcanzar en la carrera a los toros y a los jabalíes, con tan buena gracia como los más ágiles Meleagros, y a más de una Amazona disparar la pistola con otras mujeres y aun con los más audaces guerreros.

No es secundado y lo que sucede. — La Compañía no había enviado sino cincuenta jóvenes, que fueron primero vendidas y entregadas a los que ofrecieron más. El señor d'Ogeron devolvió inmediatamente a Francia el navío que las había traído y éste volvió poco después con una carga parecida, de la que tuvo bien pronto el despacho. Pero no se siguió con el mismo celo en secundar al gobernador de la Tortuga, y esta negligencia dejó por largo tiempo a la colonia en una languidez de que se resiente todavía hoy. En efecto, cuando cesó la guerra, mucha gente joven, a quienes nada detenía en las costas de Santo Domingo y a los que se hubiera con facilidad comprometido a hacer habitaciones, si se hubiera tenido mujeres que darles, se fueron a otras partes; y puede decirse que ésta es una de las mayores y más ordinarias faltas que los franceses hayan cometido en sus establecimientos del Nuevo Mundo. Se había empero tomado el paso de enviar a la Tortuga a muchachas comprometidas por tres años, pero se hizo primero cesar ese comercio que era fuente de muchos desórdenes.

Su generosidad y el éxito que ella tuvo. — El señor d'Ogeron tomó también para hacer florecer la colonia otro expediente, que tuvo gran éxito y que lo honró mucho. Había observado que varios aventureros no continuaban su vida errante y libertina más que por falta de ciertos socorros necesarios para comenzar una habitación. Instruyó sobre esto a la Compañía y la comprometió, buscando su propia ventaja, a realizar adelantos a quienes quisieran empeñarse en el cultivo de las tierras. Hasta adelantó él mismo más de una vez su propio dinero, sin interés; hizo más, compró dos barcos que envió a Francia por su cuenta; pero esos dos barcos eran menos para él que para los habitantes. Cada uno embarcaba géneros, pagando un flete muy módico, y cuando volvían cargados de mercancías de Europa, el caritativo gobernador hacía poner la cargazón a la vista de todo el mundo: y las ponía por así decir a la discreción de cada cual; porque no solamente no exigía que se pagara en dinero contante lo que de ella se tomaba, sino que no quería siquiera una nota

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

y se contentaba con una promesa verbal de pagar cuando se pudiera. Hasta se le vio más de una vez usar de una suave violencia a este respecto para con quienes, por timidez temían comprometerse o por modestia no se atrevían a pedir nada. Finalmente no sabía de nadie que estuviera en necesidad que no la previniera mediante liberalidades, cuya manera aumentaba mucho el precio. Es verdad que como esta conducta le ganaba todos los corazones, todas las bolsas le estaban abiertas. Fondo inagotable, más seguro y más precioso que las minas más abundantes y las posesiones mejor establecidas. No había nadie en el lugar que no pudiera asegurárselo, aunque pocos sabían tomar los verdaderos medios para ello.

Nuevas habitaciones en la isla de Santo Domingo. — De todas partes se corría a la Tortuga y a la costa de Santo Domingo, para establecerse allí y vivir bajo un gobernador tan amable. Vinieron sobre todo muchos angevinos, porque el señor d'Ogeron era de Anjou y este gobernador tuvo la atención de distribuir de tal manera a los recién llegados, que insensiblemente toda esa parte de la costa norte de Santo Domingo, que está entre Puerto Margot y Puerto de Paz se encontró poblada. La guerra que la revolución de Portugal había encendido entre esa corona y la de España y en la que Francia tomó tanta parte, dio también lugar al gobernador de atraerse a un gran número de filibusteros, que habían permanecido hasta entonces en una entera independencia, y a quienes distribuyó comisiones que el nuevo rey de Portugal le había enviado. Su plan era, luego de haberse servido de aquellos bandoleros, para afirmar un poco más su colonia contra los esfuerzos de los españoles, hacer de ellos buenos habitantes.

Aventuras del Olonés, famoso filibustero. — Los filibusteros de Santo Domingo ya no estaban encerrados en los límites del mar de las Antillas; comenzaban ya a infestar todas las costas del continente de América y el terror de su nombre se difundía como un torrente en todas las provincias del Imperio de las Indias Españolas. Tenían sus héroes, cuyas expediciones me llevarían a digresiones demasiado largas y frecuentes, si quisiera darles lugar en esta obra; pero como no son todas enteramente ajenas al tema que trato, ya que se trata de los fundadores de la colonia cuya historia escribo, creo deber tomar un término medio entre dos extremos, que me parecen igualmente censurables: de contarlas todas o de no relatar ninguna. Trataré, en consecuencia, de hacer una selección de las que me aparten menos de mi objeto principal y que al mismo tiempo sean más capa-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ces de hacer conocer a hombres cuyos vicios y bravura serán asombro de los siglos futuros, si pueden encontrar crédito en ellos.

Los diferentes estados por los que pasa. — El de todos cuyas grandes acciones ilustraron más los primeros años del gobierno del señor d'Ogeron fue el Olonés. Se le llamaba así, porque era de las Arenas de Olonne en Poitou, y en ninguna parte he podido encontrar su verdadero nombre. Pasó a las Antillas menores como alistado y sirvió los tres años de su compromiso. Era entonces sumamente joven, oyó hablar mucho de los aventureros y deseó sumamente encontrarse entre ellos; por eso, habiendo acabado su plazo, se hizo llevar a la costa de Santo Domingo, donde tomó un segundo alistamiento con un bucanero. Al cabo de sus tres años, de lacayo se hizo amo y ganó reputación en un cuerpo donde no se le tenía sino a justo título. Se cansó empero bien pronto de esta clase de vida, necesitaba un campo más vasto y se hizo filibustero. No fue por mucho tiempo simple particular en una profesión donde rara vez el mérito era descuidado. El del Olonés brilló tan fuerte desde sus primeras campañas, que no tardó en verse comandante de un barco.

Sus primeras hazañas. — Entonces se desarrollaron todos sus talentos, justificó muy pronto la elección de quienes lo habían puesto a su cabeza y con un navío muy pequeño tomó presas tan considerables y en tan gran número que se le dio el sobrenombre de Azote de los Españoles. Estos primeros éxitos fueron seguidos de algunos reveses, que no sirvieron sino para dar nuevo lustre a su gloria por la manera como se rehizo. Naufragó un día y perdió cuanto tenía. El señor de la Place, que no quería dejar inactivo a un hombre tan valiente, lo proveyó de lo necesario; pero después de varias hermosas acciones que llevaron sumamente lejos su fama, habiendo intentado inconsideradamente con poca gente un desembarco cerca de Campeche, todo un ejército le cayó encima. Se batió bien, pero la partida era demasiado desigual, toda su gente fue muerta o hecha prisionera y él escapó solo mediante una estratagema bastante nueva; se cubrió de sangre todo el cuerpo y se echó entre los muertos. Lo dejaron así y venida la noche, mientras se hacían fiestas de alegría en Campeche por su muerte, se vistió con las ropas de un español muerto. Se acercó cautelosamente a la ciudad, prometió la libertad a algunos esclavos si querían unírsele para llevarse la lancha de su amo que estaba en la costa; convinieron en ello y se dirigieron todos a la Tortuga, donde les cumplió su palabra.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Lo que le pasó en la costa de Cuba. — No se tardó en vérsele de nuevo en la costa de Cuba, hacia los cayos del norte, en un bote tripulado por veintidós hombres, según algunos, o según otros por veinticinco. Un bote de pescadores, que tomó, lo puso a sus anchas y pasó a él la mitad de su gente: las dos lanchas se apartaron un poco y esperaron a los barcos que en aquella sazón van a cargar al puerto de *Boca de las Carabelas,* con cueros, azúcar, carne y tabaco, para llevarlos a La Habana; esperaron en vano, nada apareció, sino un bote de pescadores, del que se apoderaron y que les dio noticias que los alegraron muchísimo. Esos pescadores dijeron que se había advertido que el Olonés espiaba a los barcos y que ninguno se atrevía a salir; que se habían dado grandes quejas al gobernador de La Habana, que soportaba que el comercio estuviera así interrumpido y que ese oficial acababa de hacer salir de su puerto una fragata ligera, montada con diez de artillería y ochenta hombres de tripulación, para darle caza, luego de haber hecho jurar al comandante no dar cuartel a nadie; que órdenes semejantes se habían dado a cuatro barcos, que estaban en el Puerto del Príncipe y que los cinco navíos debían obrar de común acuerdo.

Se apodera de una fragata. — El historiador de los filibusteros pretende que habiendo entrado la fragata en un pequeño río llamado Efferra, aparentemente para aguardar allí los otros cuatro barcos, el Olonés, que se dio cuenta, vino con las dos lanchas a la entrada de la noche a deslizar por las dos orillas del río, se hizo un parapeto de su lancha, que había colocado detrás de los árboles, que la otra hizo igual maniobra y que al amanecer, todos se pusieron a disparar contra la fragata; que los españoles, que no veían a ningún enemigo, respondieron con sus cañones, pero que disparando al azar no hirieron a nadie. Que los filibusteros, viendo correr la sangre en abundancia por los españoles, pensaron que la tripulación estaba en mal estado, se reembarcaron en seguida, vinieron bruscamente a abordar la fragata por los dos costados y entraron en ella sin resistencia. Otros no hablan más que de una lancha y dicen que el Olonés, habiendo encontrado la fragata, la abordó y luego de un combate muy sangriento se hizo dueño de ella. Lo que es cierto es que usó con mucha crueldad de su victoria, que comenzó por rematar a todos los heridos y que todos los demás esperaban una suerte semejante, cuando un esclavo vino a echarse a sus pies y le dijo que si quería darle la vida, le diría la verdad.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Corta la cabeza a toda la tripulación y hace echar al mar a los de las cuatro barcas. — Esta proposición sorprendió al Olonés; se detuvo, y habiendo prometido la vida y la libertad al esclavo, le mandó hablar: "Señor capitán, le dijo entonces el infortunado, el gobernador de La Habana, no dudando en nada que os haríamos prisioneros a todos, había dado orden de que se os hiciera colgar, a todos, y yo había sido embarcado para servir de verdugo". A estas palabras, el Olonés se llenó de rabia y habiendo ordenado que se levantara la escotilla y que se llevara a todos los prisioneros uno detrás del otro, cortó a todos la cabeza, chupando cada vez la sangre de que estaba teñida su espada. Se dirigió luego a Puerto Príncipe, donde el esclavo le había informado que estaban las cuatro barcas destinadas a darle caza; las encontró, las tomó sin resistencia, hizo echar la tripulación al mar y no perdonó más que a un solo hombre, al que envió al gobernador de La Habana con una carta, en que le comunicaba lo que acababa de hacer, le advertía que trataría de la misma manera a todos los españoles que cayeran en sus manos, a él mismo si tenía esa desdicha, y añadía que él no debía nunca contar con estar vivo en su poder. Hizo encallar luego a las dos lanchas y a las barcas y en la fragata se dirigió a la Tortuga.

El Olonés y el Vasco se juntan para un gran plan. — Allí encontró a Miguel el Vasco, del que ya hemos hablado, quien había llevado también una hermosa presa; los dos aventureros, que eran amigos, viéndose así reunidos, resolvieron hacer juntos alguna empresa importante, y habiendo trazado su plan, convinieron en tenerlo secreto; dieron a conocer únicamente que iban a hacer un armamento considerable y que quienes quisieran ser de la partida no tardaran en venir a juntárseles en la Tortuga o a irlos a esperar en Bayajá. La reputación de ambos jefes, de los que uno debía mandar en el mar y otro en la tierra, atrajo a los puntos señalados un gran número de aventureros de toda clase; el armamento resultó ser de seis barcos y 440 hombres, y el Olonés, que era el almirante de esta pequeña flota, tomó el camino del este, sin haber descubierto todavía su plan a nadie. Apenas había doblado la punta de la Espada, la más oriental de Santo Domingo, se encontró con dos navíos españoles, que tomó sin mucha resistencia. Uno estaba cargado de cacao y la carga estaba estimada en cerca de doscientas mil libras; lo envió a la Tortuga con orden al comandante encargado por él de llevárselo a Curazao luego de que lo hubiera descargado. El otro estaba lleno de municiones de guerra, destinadas a Santo Domingo y lo retuvo consigo. Hizo velas entonces para Curazao, donde se le

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

reunió su otra presa con un número muy grande de valientes, varios de los cuales apenas acababan de llegar de Francia. Les declaró que su intento era ir a saquear la ciudad de Maracaibo. Lo que le había decidido a esta empresa es que el Vasco, en el último buque que había tomado, había encontrado a dos franceses, hechos prisioneros en su juventud por los españoles y establecidos entre ellos, uno de los cuales era piloto de la barra que está a la entrada del lago de Maracaibo. Ambos habían dado al Vasco grandes informaciones sobre toda la provincia de Venezuela, y el almirante filibustero, al publicar su proyecto, advirtió a la gente que sus dos guías le respondían con su cabeza del éxito de la empresa.

Toma de Maracaibo. — Maracaibo está situada cerca de los once grados de latitud norte en la orilla occidental de un lago, que le debe o le ha dado su nombre y que lleva también el de Bahía de Venezuela. Esta ciudad era entonces, como lo es hoy todavía, una de las más florecientes que los españoles tenían en toda aquella parte del continente, que se extiende desde el Orinoco hasta Veracruz; tenía cerca de cinco mil habitantes, hoy tiene entre siete y ocho mil, y allí se hace un gran comercio de cueros, de tabaco y de cacao; a lo que contribuye no poco la comodidad de su lago, el que por una parte se descarga en el mar y por la otra entra cincuenta leguas en las tierras. Un banco de arena, que los españoles llaman la Barra, hace la embocadura del lago peligrosa y difícil y sin la precaución de llevar un piloto, para entrar o sacar los buques, la mayoría perecería a causa de la corriente, que es muy fuerte. Esta dificultad no molestaba al almirante filibustero, porque según hemos dicho tenía un piloto práctico de esa Barra; pero había también una fortaleza, que defendía el paso, con 14 piezas de cañón y 250 hombres de guarnición y los españoles no pensaban que ni siquiera se atrevieran a acometer el forzarla. Cambiaron pronto de parecer, ya que el Vasco, a las órdenes del Olonés, tomó la fortaleza espada en mano, luego de un combate muy obstinado, la demolió en pocas horas porque no era más que de cestones hechos con estacas y tierra, y clavó el cañón.

Y de Gibraltar. — Nuestros valientes, después de esta expedición, volvieron a embarcarse, entraron al lago y fueron a presentarse delante de la ciudad, que está alejada seis leguas del fuerte que acababan de conquistar. Los españoles no habían juzgado conveniente esperarlos en una plaza que no tenía otra defensa que la dificultad en acercarse a ella; por eso no encontraron a nadie. Los ha-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

bitantes habían tenido tiempo para embarcarse en dos lanchas con su dinero y lo más precioso que tenían y de retirarse a Gibraltar. Es una pequeña villa situada al otro lado del lago, en un terreno fértil: pero el aire no es allí sano, como en Maracaibo y en la estación de las lluvias no quedan en el lugar sino obreros y los que no tienen medios de trasladarse o a Maracaibo o a Mérida, que está cuarenta leguas más dentro de la tierra. En los alrededores de Gibraltar es donde se recoge el mejor cacao de América y su tabaco es sumamente estimado en España con el nombre de tabaco de Maracaibo. Si los aventureros hubieran primero seguido a los españoles a Gibraltar, se hubieran apoderado fácilmente de personas apoderadas por el miedo; pero se detuvieron quince días en Maracaibo, en comer y en saquear lo poco que quedaba en esa ciudad. Pasaron finalmente a Gibraltar y gastaron tres días en hacer ese recorrido, que no es sino de pocas leguas; también hallaron a los españoles bastante bien atrincherados y sumamente seguros de sí mismos.

Hicieron empero su desembarco sin resistencia: habiendo luego querido cortar por el bosque, para tomar por detrás a los españoles, encontraron que se habían dado cuenta de su plan, que se habían hecho grandes talas de árboles, para detenerlos; y que para llegar a una primera trinchera, donde se les esperaba, no había más que un camino, donde seis hombres podían marchar de frente, pero que era sumamente bajo y pantanoso. Con todo no dudaron en lanzarse por esa avenida y avanzaron con facilidad, hasta el alcance de un tiro de pistola; pero entonces empezaron a hundirse en el fango hasta las rodillas. Se disparó al mismo tiempo sobre ellos desde una batería de veinte piezas de cañón cargadas de cartuchos; pero los dos jefes obviaron este primer inconveniente, haciendo cortar a todo el mundo ramas de árboles, que se sirvieron a guisa de fajina para caminar con mayor facilidad: cuanto al segundo, costó la vida a muchos valientes, que al morir animaban a sus compañeros con la esperanza de una pronta victoria. Tal esperanza no fue vana; los filibusteros pasaron a través de los cañonazos, con una resolución que asustó a los españoles. La primera trinchera fue forzada y la guarnición al refugiarse en una segunda fue seguida tan de cerca que no tuvo otro partido que tomar que pedir cuartel.

Toman rescate de Maracaibo. — Esta victoria que hizo a los filibusteros dueños de Gibraltar, les costó cien hombres muertos o heridos; de seiscientos españoles, que defendían las trincheras, hubo doscientos muertos y cien heridos. Casi todos los oficiales fueron del número de los primeros y se lamentó mucho al gobernador de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Mérida que se había distinguido mucho en los ejércitos de Flandes. Ese gobernador había corrido al socorro de Gibraltar, porque esa aldea depende de la de Caracas. Sin embargo el saqueo de Gibraltar no respondió a la esperanza de los aventureros; los españoles habían ocultado muy bien su oro y no fue posible obligarlos, aun con la fuerza de los tormentos, a decir dónde lo habían llevado. Tomaron venganza quemando la aldea, después de lo cual se volvió a Maracaibo, a la que se amenazó con tratar de la misma manera si los habitantes no la rescataban. Hubo que pasar por lo que pidieron y para comprometerlos a partir lo antes posible se les hizo también un regalo de 500 bestias cornudas, que embarcaron en sus naves.

Botín que sacan de esta expedición. — El Olonés propuso en seguida el saqueo de Mérida, para compensarse de lo que le había faltado en Gibraltar. Esta ciudad pasaba por ser muy rica; pero la mayoría no fue de su parecer y no insistió más. Se hizo a la vela, llevando consigo un navío cargado de tabaco, que había tomado en el puerto de Maracaibo y fue a repartir su botín en el puerto de *Gonaives,* a donde llegó hacia la fiesta de Todos los Santos del año 1666. Ese botín consistía en joyas, pedrerías, oro, plata, tabaco, cacao y esclavos y todo fue estimado en cuatrocientos mil escudos, sin comprender aparentemente cantidad de ornamentos de iglesias, que los aventureros habían demolido y de las que se habían llevado todo hasta las campanas, los cuadros y las cruces que estaban en los campanarios; su plan era, según decían, levantar una en la Tortuga y consagrarle toda esa parte del botín. Sea lo que fuere, habiendo recibido cada uno su parte, el Olonés se dirigió a la Tortuga, donde bien pronto disipó todo lo que tenía; por eso no tardó en formar un nuevo plan.

Nuevo designio del Olonés. — Sesenta filibusteros habían sorprendido hacía poco la ciudad de Granada, situada al fondo del lago de Nicaragua, cuya cabeza no está más que a cuatro leguas del Mar del Sur; y aunque no hubieran saqueado más que algunas casas, por no tener bastante gente para quedarse más tiempo en un lugar tan poblado, habían hecho un grandísimo botín. El Olonés, que tenía a un indio nacido en aquellas partes, que consintió en servirle de guía, comprendió que de tener fuerzas suficientes para tomar la ciudad, sacaría de ella riquezas inmensas y persuadió a un gran número de aventureros; quienes lo habían acompañado a Maracaibo, no teniendo ya nada, como tampoco su almirante y va-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

rios habitantes, a la vista del botín conseguido en Maracaibo, se halagaron con enriquecerse en una campaña, de manera que se encontró bien pronto a la cabeza de un armamento más considerable que el primero. Su cita fue en Matamana, al sur de la isla de Cuba, donde se hace una gran pesca de tortuga. Tenía necesidad de lanchas para su expedición y contaba con encontrarlas en ese lugar; efectivamente quitó a los pescadores todas las que necesitaba.

Quiere ir al Lago de Nicaragua y no puede llegar. — De allí, queriendo ganar el cabo *Gracias a Dios,* las corrientes lo hicieron derivar hacia el golfo de *Honduras;* y no le fue posible levantarse, lo que lo desconcertó por completo. Trató de compensarse en algunas aldeas de ese golfo y saqueó entre otras las de San Pedro, y de Puerto de Caballos, pero no hizo gran botín, aunque ejerció grandes crueldades sobre los habitantes para obligarles a decir dónde habían ocultado sus cosas; y se encontró en Puerto de Caballos un navío de 24 piezas de cañón y varios barcos menores, de que se apoderó. La toma de San Pedro le costó carísima; al ir hacia allá, cayó en dos emboscadas, donde perdió mucha gente: tuvo luego que forzar un atrincheramiento, cuya sola vista hubiera apartado a cualquier otro: hizo en todas partes prodigios de valor, que no fueron igualados sino por las crueldades que ejerció contra todos a quienes quería sacar oro o plata o informaciones acerca de los caminos que debía tomar. Hubiera podido hacer una gran ganancia con el índigo, del que halló gran cantidad en San Pedro, pero no quería sino oro, plata o piedras preciosas. Quemó aquella pequeña ciudad que no pudo o no quiso rescatarse y habiéndose luego acercado al mar se propuso ir por tierra a atacar la ciudad de *Guatemala;* pero como no tenía más que 500 hombres y Guatemala podía oponerle 4.000, nadie fue de su parecer. Tuvo luego aviso de que una urca de siete a ochocientas toneladas, que iba todos los años de España a Honduras, para llevar lo que necesitan los habitantes de la provincia de Guatemala, estaba siendo esperada de un momento a otro en el río de ese nombre, fue allá y se estuvo tres meses sin oír hablar de ella. Se llama río de Guatemala un gran río, que tiene su fuente en esa provincia y descarga en el golfo del mismo nombre. El Olonés, habiendo sabido por fin que la urca se acercaba, propuso a su gente dejarla pasar y atacarla al regreso, porque entonces estaría más ricamente cargada. Consintieron en ello y tuvieron toda la razón para arrepentirse: la carga de la urca valía al menos un millón y el que la mandaba, habiendo sido informado del plan de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

los filibusteros, descargó su barco desde que hubo llegado a puerto y esperó luego a que nuestros aventureros vinieran a él. Vinieron efectivamente y encontraron a gente muy dispuesta a recibirlos bien. Sin embargo, la partida era muy desigual, ya que la urca sólo tenía 70 hombres, que lucharon todo un día con mucho valor, pero hubieron de ceder al número; la urca fue tomada, pero no tenía casi nada dentro. Esto disgustó extremadamente a los compañeros del Olonés, que lo dejaron en su mayor parte; cada uno se fue por su lado y algunos hicieron presas considerables.

Su muerte. — El Olonés quedó sólo con un navío muy grande, en que tenía 300 hombres y aparejó para el lago de Nicaragua; pero después de haber llegado con gran trabajo al cabo Gracias a Dios, perdió allí su barco, que quedó encallado en unos arrecifes. Este nuevo accidente no fue todavía capaz de abatirlo. De los restos de su barco hizo construir algunas barcas largas, con las que siguió su camino y entró en el *Desaguadero* o río San Juan, que sale del lago de Nicaragua. Pero los españoles enviaron contra él un ejército de indios y se vio obligado a retirarse con pérdidas. Este infortunio fue seguido por otro: una parte de los que habían quedado con él lo abandonaron también. Entró con los otros en una bahía, que se llama *Boca del Toro,* de donde habiendo querido pasar con su barca al lado de Cartagena, hizo tierra en las islas de Barú (o Islas de Varú), que están entre esa ciudad y el golfo de *Urabá.* Su plan era conseguir víveres; pero Dios, vengador de sus crímenes, lo llevó allí como por la mano, para hacerle encontrar un fin digno de uno de los hombres más crueles que ha habido. Apenas hubo puesto pie fuera de su lancha, cuando lo rodeó una tropa de indios y se apoderó de él antes de que hubiera podido ponerse siquiera en defensa; estos bárbaros lo llevaron al bosque, lo asaron y se lo comieron. Vários de su gente tuvieron un fin parecido; los que habían quedado en las barcas, no teniendo ya jefe, volvieron a la Tortuga en pésimo orden y el señor d'Ogeron no dejó de aprovecharse del mal éxito de su empresa para alistar a varios a hacerse o a volver a ser habitantes.

FIN DEL SEPTIMO LIBRO

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

LIBRO OCTAVO

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Hostilidades entre los ingleses de Jamaica y los franceses de Santo Domingo. — Poco antes de que los filibusteros, que habían tomado parte en la expedición de Maracaibo, de que acabo de hablar, estuvieran de vuelta en Santo Domingo, se nos había declarado la guerra en Jamaica: varios franceses, que se habían encontrado en esa isla, habían sido arrestados y hasta se les había querido obligar a llevar las armas contra su propio soberano y contra su patria. Después de algunas hostilidades, que no llevaron a nada importante, los ingleses, para engañar a los franceses, hicieron una paz simulada; pero el fraude fue descubierto y se pusieron en guardia. El señor d'Ogeron hizo en seguida un plan de expedición sobre Port Royal, capital de Jamaica; pero su proyecto no llegó a ejecutarse, porque no recibió los socorros que había pedido a Francia.

Se hace más viva la guerra que nunca entre los franceses y los españoles de Santo Domingo. — Por otro lado, la paz de los Pirineos concluida en 1659, había hecho creer a los franceses de Santo Domingo que los españoles les dejarían allí en descanso y el señor d'Ogeron había recibido órdenes muy expresas del rey de mantenerse precisamente a la defensiva. Obedeció con relación a la isla de Santo Domingo; pero los españoles o no recibieron ninguna de tales órdenes o no las obedecieron: efectivamente sus hostilidades continuas obligaron a nuestros habitantes a estar siempre armados, aun trabajando en la tierra, y hacer centinela todas las noches sin que se les escapara una sola. Aun varios, a pesar de todas estas precauciones, fueron degollados en sus camas y otros asesinados durante el día en medio de sus habitaciones. De esta manera no le

era posible al gobernador de la Tortuga contener a los bucaneros; ni todavía menos a los filibusteros, y ni siquiera se molestó en apariencia de que los españoles hubiesen por su conducta autorizado a estos últimos a continuar una guerra, que el estado de la colonia hacía necesaria, para con el mayor número de los que la componían; y en verdad, la mayoría de los filibusteros no hubieran podido descontinuar el corso; la única cosa a que estaban en adelante preparados, sin causar grandes perturbaciones en la Tortuga y en las otras partes de aquel gobierno. Por fin habiéndose vuelto a encender la guerra en 1667 entre las dos coronas, el gobierno se halló en plena libertad de obrar y pensó ante todo en alguna expedición, capaz de hacerle tomar sobre el enemigo una ventaja, de que se prometía aprovecharla bien.

Envía tropas para saquear a Santiago. — Dije que él había tenido el pensamiento de ir a atacar a Santo Domingo; pero no teniendo ninguna esperanza de éxito en tal empresa con sus solas fuerzas y no pudiendo contar con recibirlas de Francia, cambió de plan y volvió todas sus miradas a Santiago de los Caballeros, cuyos habitantes eran, de toda la isla, los que molestaban más a nuestras habitaciones; aunque todo el distrito de esa ciudad pudo apenas poner en pie de seis a setecientos combatientes. Santiago está a catorce leguas del mar, en una llanura agradable y fértil, en la orilla del río Yaque o de Monte Cristo. Está derechamente al sur de Puerto Plata, que es su embarcadero; las casas están mal construidas, pero las iglesias son hermosas, y los habitantes sumamente pobres, como la mayoría de los de las ciudades españolas de América, situadas a cierta distancia del mar. Todo el comercio es de sebos y de cueros y todas sus riquezas consisten en ganado, del que se ven grandes rebaños en las sabanas vecinas.

Cuál fue el éxito de esta empresa. — Tomada la resolución de caer sobre esta ciudad, el señor d'Ogeron puso a la cabeza de la partida que envió a un capitán filibustero, llamado de Lisle, hombre de corazón y de experiencia y le dio cuatrocientos hombres, que se habían ofrecido ellos mismos para esta expedición, que bien podría ser la misma que ya he referido sobre la fe del P. du Tertre y que este religioso había desplazado y desfigurado en la mayoría de sus circunstancias: lo cierto es que en las dos relaciones que he tenido en las manos el jefe de la partida se llama de Lisle. Sea de esto lo que fuere, ese capitán fue a desembarcar en Puerto Plata y marchó en buen orden hacia Santiago. Tenía que pasar por ciertos

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

desfiladeros, donde tres hombres a lo sumo podían caminar de frente y por poco que los españoles hubieran querido disputar esos pasos, hubiera sido imposible franquearlos a nadie; pero el miedo se había apoderado de ellos de tal manera que abandonaron hasta Santiago y se retiraron hacia la Concepción, llevando consigo lo mejor que tenían. Sin embargo, los nuestros, a fuerza de excavar, encontraron algunos tesoros ocultos, porque la ciudad no había sido siempre tan pobre como era entonces; está hasta demasiado cercana al Cibao para no haberse aprovechado en su tiempo de tan buena vecindad; y como su alejamiento del mar la exponía menos que a otras muchas a las incursiones de los filibusteros, mucha gente llevaba allí sus mejores efectos, como a un lugar seguro. Desde allí, el capitán de Lisle envió partidas a varios lugares; hicieron algunos prisioneros, que se rescataron, robaron y mataron mucho ganado, causaron por todas partes grandes daños y finalmente, no teniendo ya nada que tomar ni que destruir en todos esos distritos, la partida volvió a tomar el camino de Puerto Plata, luego de haber obligado a los habitantes de Santiago a dar 25.000 piastras para salvar a su ciudad del incendio. Esta expedición valió a cada aventurero trescientos escudos.

Segunda toma de Maracaibo. — El corso no había estado nunca tan floreciente como entonces; no se hablaba sino de presas a los españoles por los filibusteros ingleses y franceses, entonces unidos en intereses; y de desembarcos en las costas de las islas y del continente, donde saqueaban no solamente ciudades sino provincias enteras. Los más famosos de sus jefes en aquel tiempo eran, entre los franceses, además de los que he nombrado en el libro precedente, los llamados *Vauclin, Grammont, Ovinet, el Picard y Tributor;* y entre los ingleses, *Roc, David, Morgan y Mansfeld.* Las ciudades de *Cumaná,* de *Coro,* de *Santa Marta,* de *Caracas,* y varias otras menos importantes fueron tomadas, saqueadas y rescatadas. El Vasco seguido de 40 hombres solamente, entró por la noche en Maracaibo, se apoderó de los principales habitantes y luego de haberlos encerrado en la Iglesia mayor, hizo advertir a sus parientes y amigos que iba a cortarles a todos las cabezas si hacían el menor movimiento y si no se le pagaba inmediatamente el rescate que pedía; hubo que pasar por ello, aunque la luz del día descubrió la debilidad de un enemigo tan insolente. Luego los filibusteros pasaron a través de la ciudad, teniendo cada uno la pistola en una mano y en la otra el sable levantado sobre la cabeza de un prisionero, al que hacía caminar ante sí; y esos desventurados, luego de haber padecido muchísimo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

durante más de veinticuatro horas solamente fueron liberados en el momento que el enemigo se embarcó y estuvo fuera de peligro.

La paz no hace en nada cesar la guerra y por qué. — La paz que se firmó este año de 1668 en Aquisgrán dio medio a los españoles de respirar un poco, disminuyendo el número de sus enemigos; digo disminuyendo, porque varios filibusteros pretendieron que no habiendo firmado el tratado ni ellos ni sus plenipotenciarios; no habiendo sido llamados siquiera a las conferencias, en nada estaban obligados a tenerlo en consideración.

Saqueo de Panamá. — Costó todavía a los españoles la ruina completa de Panamá, que Morgan tomó y saqueó en 1670, teniendo consigo a cerca de mil hombres de ambas naciones. Se llevó consigo un botín inestimable. Habiéndose dirigido a un fuerte, que estaba en la desembocadura del *Chagre,* del que tuvo la precaución de hacerse dueño y donde se debía hacer la partición, una noche en que todo el mundo dormía profundamente, el general, de acuerdo con cierto número de filibusteros de su nación, se embarcó en un navío donde había hecho poner todo lo más precioso que había en el botín, hizo velas para Jamaica. Algunos de ellos, a quienes había burlado, lo siguieron con la esperanza de conseguir hacerse justicia; todos los demás se dirigieron a la Tortuga, donde desesperados se hicieron habitantes y fue en esta ocasión cuando empezó a cultivarse la llanura del Cabo Francés; la primera habitación se hizo por un calvinista llamado *Gobin,* en el lugar mismo donde se encuentra hoy la ciudad.

Y de Portobelo. — Dos años antes de la expedición de Panamá, Morgan, a la cabeza de una semejante tropa de aventureros de las dos naciones, había tomado y saqueado a Portobelo, luego de haberse apoderado por escalamiento de los fuertes de *Santiago* y de *San Felipe,* que defendían esa ciudad, entonces una de las más ricas del Nuevo Mundo. Es verdad que allí perdió mucha gente: los oficiales que mandaban ambos puestos perecieron todos antes que rendirse e hicieron la mayor resistencia que se vio por mucho tiempo entre los españoles de América. El presidente de Panamá, don Juan Pérez de Guzmán, avanzó en vano al frente de 1.500 hombres para obligarlo al menos a salir de la ciudad, donde vivía a sus anchas; no osó intentar obligarlo. Manifestó su sorpresa de que 422 hombres, sin artillería, se hubieran apoderado de dos fortalezas, donde había cañones y buenas guarniciones y mandó a preguntar a Morgan de qué armas se servía para tales expediciones. Morgan le mandó a un bucanero

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

francés, como regalo. El presidente le hizo decir que era lástima que gente tan valiente no se empleara en una guerra más justa y le envió una sortija de oro, enriquecida con una hermosa esmeralda. Morgan recibió esta señal de estima, como debía y añadió que para satisfacer la curiosidad de su Excelencia le había enviado un arma francesa; y que dentro de poco iría, para alegrarlo, a enseñarle el uso que los aventureros sabían hacer de ella. Acabamos de ver que cumplió con su palabra. Portobelo fue finalmente obligado a rescatarse y nuestros valientes, cuyos ataques a los fuertes y las enfermedades habían reducido sumamente en número, al dirigirse a la isla de Cuba para repartirse allí el botín, encontraron tener en oro y plata, tanto amonedados como trabajados, y en joyas, que no estaban estimadas en la cuarta parte de lo que valían 260.000 escudos, sin contar las telas de seda y otras mercancías, que habían sacado de la ciudad y de las que hacían poco caso. En efecto, solamente estimaban el oro y la plata; y la presa más rica, si únicamente era mercancía, la tenían por nada.

El señor d'Ogeron continúa de gobernador en la Tortuga. — Al año siguiente, el señor d'Ogeron, que había pasado a Francia por razones que no he encontrado en ninguna parte, recibió nuevas provisiones de gobernador de la Tortuga y costa de Santo Domingo. El abuso que los gobernadores propietarios de las Islas del Viento habían hecho de su autoridad en el pasado, habían obligado recientemente al rey de no dar más comisiones sino por tres años, reservándose el poder de prorrogar en sus lugares a quienes con sus servicios les hubieran sido agradables, como siempre hizo con los primeros gobernadores de la Tortuga, que con dificultad se hubiera podido sustituir. El señor d'Ogeron, antes de partir de París, hizo presentar al señor Colbert un memorial, cuyos principales artículos pienso gustará conocer aquí; ya que nada hay mejor para hacernos saber en qué estado se hallaba entonces la colonia y los progresos que había hecho desde que estuvo bajo la dirección de ese oficial.

Estado y ventaja de esta colonia. — "Había, dice, en la Tortuga y costa de Santo Domingo cerca de 400 hombres, cuando fui hecho gobernador de allí, hace cuatro años; al presente hay más de 1.500 y este crecimiento se ha hecho durante la guerra contra los ingleses y a pesar de las dificultades para tener alistados. He hecho pasar cada año a mis expensas a 300 personas. La ventaja de esta colonia, añade, consiste primeramente en que suministra al rey hombres aguerridos y capaces de emprenderlo todo. En segundo lugar,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

en que tiene en jaque a los ingleses de Jamaica y les impide enviar sus barcos a atacarnos en las islas del Viento o para socorrer las que ataquemos. En la última guerra el gobernador de Jamaica se excusó de enviar socorro a Nieves, por el peligro en que estaba de tener sobre sí todas las fuerzas de la Tortuga. Hasta redobló sus guardias, hizo trabajar sobre todo en fortificar sus plazas y sus puestos; y hace poco me propuso establecer una neutralidad perpetua entre nosotros, en cualquier guerra que hubiera por Europa, lo que me había negado antes, cuando se lo había pedido de parte de la Compañía. Efectivamente, los ingleses no tienen nada que ganar con nosotros, que estamos ordinariamente en los bosques, y ellos tienen mucho de qué temer. El gobernador ha sabido que tuve durante todo un mes 500 hombres en la Tortuga, todos listos a caer sobre Port Royal, que hubiera tomado con seguridad si hubiera llegado la pólvora que esperaba."

Por qué no piensa que se deba levantar una fortaleza en Santo Domingo. — El señor Colbert había dado muestras de que deseaba se construyera una fortaleza en la isla de Santo Domingo; la Compañía de las Indias Occidentales, a quien el ministro había hecho la propuesta, preguntó al señor d'Ogeron qué pensaba de ello; él contestó lo que repite aquí a ese ministro. En primer lugar, que esto comprometería a un gasto de 80 a 100.000 libras, sin contar lo que costaría el mantenimiento de una guarnición. En segundo lugar, que tal gasto era sumamente inútil; que los franceses de Santo Domingo no podían tener retiro más seguro que los bosques, donde eran invencibles y donde los españoles, impedidos por sus lanzas, no se sostendrían contra ellos. En tercer lugar, que la colonia estaba en condiciones de resistir a todas sus fuerzas, con tal de que se tuviera cuidado de dejar libres los caminos para la comunicación de los puestos y tener siempre 400 hombres bien armados en Leogane. Finalmente, que cuando una flota viniera a desembarcar en nuestras costas, no podría hacer otra cosa que quemar algunas malas casas, que se reconstruirían en tres días; que hasta sería peligroso intentar tal empresa, ya porque los aventureros, al imaginar que una fortaleza atraería a todas las fuerzas de los españoles, se retirarían; ya porque no habría que esperar gran resistencia de esa gente cuando se vieran encerrados en una plaza; que hasta era de temer que se sublevaran contra el comandante y lo obligaran a rendirse, como le había pasado al caballero de Fontenay.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Propone un establecimiento en la Florida. — Pero lo que parecía al señor d'Ogeron convenir más para el bien de la colonia, a cuya cabeza se encontraba, era un establecimiento en la Florida. "No hay, dice, más que 200 leguas de la Tortuga a ese continente. Los vientos son siempre buenos para ir allá y para volver; y nada es más fácil que hacerse dueño de todo el comercio de los españoles estableciendo un puesto que domine el Canal de Bahama. Además la carestía de los géneros que es siempre grandísima en Santo Domingo, ocasiona la deserción de un gran número de filibusteros que se retiran a Jamaica, donde compran barato; y la Florida puede suministrar todas las mercancías que se pueden encontrar en cualquier lugar de las Indias. Además, en caso de desgracia, se tendría un refugio seguro y cercano; y ya no se estaría en peligro de ver, como ha sucedido, que los ingleses se aprovechen de los restos de nuestras colonias. Hasta no habría nada más capaz de asegurar a los franceses de todas las Antillas que semejante establecimiento, que todos desean con ardor; aunque no fuera más que para poner un dique a la potencia inglesa, que se va haciendo excesiva en estas partes." Y porque la corte ni la Compañía de las Indias Occidentales parecen en disposición de hacer grandes gastos en América, el señor d'Ogeron no pedía para la empresa propuesta por él sino lo que provendría de la Tortuga, luego que se hubiera puesto esta isla en estado de no temer ser atacada: "lo que, añadía, es de una necesidad indispensable y no sufre demora".

Los ingleses se establecen en la Florida francesa y la llaman Carolina. — Tal proyecto era sensato y se verá más adelante en más de una ocasión, qué ventajoso hubiera sido a la colonia de Santo Domingo; pero la corte miraba entonces esa colonia como una cosa poquísimo capaz de interesarle y que debía ocupar mucho más a la Compañía de las Indias Occidentales que al rey. Se dejó pues a los ingleses establecerse tranquilamente en esa parte de la Florida que el señor d'Ogeron proponía ocupar y sobre la que teníamos pretensiones tanto mejor fundadas, cuanto que había llevado por largo tiempo el nombre de Florida Francesa y habíamos tenido allí dos establecimientos considerables. Los ingleses le dieron el nombre de Carolina, que debe a Carlos II, rey de la Gran Bretaña y no a Carlos IX, rey de Francia, como han adelantado algunos de nuestros autores por ignorancia. Lo que les ha engañado, sin duda es que bajo Carlos IX se había construido allí un fuerte, que fue llamado la Carolina, en honor de ese príncipe. Para volver a la Memoria del señor d'Ogeron, no pasó largo tiempo sin que se reconociera la verdad de lo que indicaba, la necesidad de fortificar inmediatamente la Tortuga; pero bien pa-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

rece que el gobernador estaba entonces muy lejos de pensar que fuera contra sus propios colonos contra quienes debiera tomar esta precaución.

La colonia se rebela contra la Compañía y contra el gobernador. — Dije que los aventureros, al recibirlo por gobernador, le habían declarado sin lugar a dudas, que no sufrirían se les prohibiera el comercio con los extranjeros. El no había tenido cuidado en rechazar abiertamente tal condición, a la que estaba empero bien resuelto a no someterse, y con su destreza había llegado a establecer poco a poco el comercio exclusivo de la Compañía. Pero sea que ésta hubiera cometido abusos, sea que cualquier estorbo fuera insoportable a gente que en el fondo no reconocía a nadie en el mundo por superior, los aventureros no juzgaron conveniente sufrir por más tiempo que se les obligara a un artículo tan esencial. Hacia comienzos de mayo del año 1670, el señor d'Ogeron, al volver de Cul-de-Sac (se llamaba así aquella parte de la costa occidental donde entonces teníamos establecimientos), encontró dos navíos, que habiéndolo visto por su parte, fingieron ir a Coridon, donde los ingleses habían solido cargar sal: lo que le hizo creer que eran de Jamaica; pero al llegar a la Tortuga supo que eran de flesingueses; que habían estado en Bayajá, donde se hallaba todavía el punto de cita más ordinario de los bucaneros; que habían tratado en cueros; que después habían ido a fondear en Puerto de Paz, donde por espacio de ocho días habían hecho la trata con los que se habían presentado; que hasta habían enviado un barco a una habitación de la Tortuga, llamada Mil-Plantage, donde habían sido bien recibidos; y que habiendo querido oponerse a su comercio el comisionado de la Compañía, uno de los dos capitanes había respondido que había que ser más fuerte que él para impedirle comerciar.

Cuál era la cosa. — Dos días más tarde, el señor d'Ogeron supo que todo el Cul-de-Sac estaba rebelado; se embarcó inmediatamente bastante poco acompañado, para saber por sí mismo la naturaleza y los progresos del mal y de los remedios que se le podían dar. Llegó en cuatro días al puerto de Nipes, habiendo tocado de pasada en Goave menor, donde pensó ser detenido y donde se le dijo que no solo la rebelión era general en todos aquellos distritos del Oeste, sino que los revoltosos habían enviado aviso a todos los del Norte para comprometer a los habitantes y los bucaneros a unirse a ellos. Se quiso todavía detenerlo en Nipes, donde se halló de improviso atacado por cien fusileros y el peligro era tanto mayor cuanto que los dos navíos flesingueses estaban en ese puerto; que el señor Renou, que mandaba

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

en el Cul-de-Sac y otro oficial estaban ya presos en uno de los dos; y eran los dos capitanes los que habían excitado la rebelión. He aquí cómo.

Molestaba sumamente a los holandeses estar privados de un comercio que habían hecho por tanto tiempo con los aventureros y buscaban todas las ocasiones de restablecerlo. Pitre Constant y su colega Pitre Marc persuadieron a los habitantes de la costa de Santo Domingo que no debían sufrir que se les dejara carecer de las cosas más necesarias para la vida, ni someterse a una compañía que ejercía sobre ellos el más escandaloso monopolio. En efecto, se asegura que la compañía les vendía sesenta libras de tabaco por una medida de tela, que los holandeses les daban por veinte sueldos; 750 libras de tabaco por un barril de tocino, que lograban de los mismos holandeses por dos pistolas o doscientas libras de tabaco; y el resto en proporción. Se puede juzgar por la disposición en que se había estado siempre en la costa de Santo Domingo al respecto de la Compañía de qué manera la propuesta de los dos capitanes fue recibida. Fue mucha gente a bordo de sus barcos; hicieron beber bien a cuantos los visitaron y los brindis se saludaron con cañonazos.

El comandante del Cul-de-Sac arrestado por los amotinados. — Esto pasaba en la rada de Leogane; y el señor Renou, que tenía su residencia en Goave menor, que sólo está a cinco leguas, oyó el ruido del cañón y corrió para ver de qué se trataba. Se le juntaron en Leogane los señores Gaultier y Villeneuve, oficiales de ese distrito; y habiendo visto que los dos navíos eran extranjeros, mandó a prohibir a los franceses que trataran de ninguna mercancía con ellos. Los capitanes flesingueses encontraron este procedimiento sumamente extraño, tanto más, dijeron, que la tierra donde estaban pertenecía al rey de España; luego, habiendo sabido que el señor Renou había hecho apresar dos de sus bateles, que se habían encontrado traficando a lo largo de la costa, fueron con mano fuerte a Goave menor, a donde se había retirado ese oficial, le quitaron los dos bateles confiscados; le hicieron preso con el señor Villeneuve y se los llevaron a sus barcos; después de lo cual los amotinados se extendieron por todas partes, para comprometer a los habitantes a unirse a ellos.

Es liberado por el señor d'Ogeron, quien es insultado en Goave menor. — Cualquier otro que el señor d'Ogeron hubiera temido comprometerse en una ocasión semejante; sin embargo no dudó en ir a reclamar sus oficiales a los capitanes flesingueses, y éstos, aunque los amotinados pudieran hacer cualquier cosa, se los entregaron. Volvió luego a Goave menor donde se le había hecho esperar que sería

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mejor recibido y habiendo anclado en el puerto, mandó a tierra al capitán de su navío, llamado Sansón, portador de cartas a algunos habitantes de quienes al parecer estaba más seguro; pero Sansón fue arrestado. Se disparó luego contra el navío más de dos mil tiros de fusil y el señor Renou fue ligeramente herido; lo que hizo al señor d'Ogeron tomar el partido de volver a la Tortuga. Supo al llegar que los revoltosos de Cul-de-Sac estaban a punto de partir para venir a unirse con los bucaneros y los habitantes de los distritos del Norte; que su plan era apoderarse de todos los barcos que aparecieran en los puertos y que hasta tenían algún plan sobre la Tortuga.

Pide ayuda al gobernador general de las Islas. — Estos informes no parecieron inquietarlo tanto como se hubiera creído; no dejó sin embargo, aunque no fuera más que para ponerse en regla, de enviar a Renou al señor de Baas, gobernador general de las Islas, para darle parte de lo que sucedía y pedirle que le enviara un barco del rey que pudiera ayudarlo a poner en razón a los sediciosos; pero añadía que si hubiera sido tan rico como debiera serlo, pondría fin a esta guerra a sus expensas. El mayor partió el 9 de junio; pero habiendo caído enfermo en el camino, no llegó a San Cristóbal, donde estaba entonces el gobernador general sino el 25 de septiembre. El señor de Baas lo envió inmediatamente a Granada, donde estaba una escuadra real, mandada por el señor de Gabaret, al que ordenó hacerse a la vela inmediatamente para la Tortuga y actuar allí de concierto con el señor d'Ogeron para restablecer la autoridad de Su Majestad en toda la costa de Santo Domingo. Escribió al mismo tiempo el señor d'Ogeron para darle aviso de lo que acababa de hacer y advertirle que el señor de Gabaret por ser jefe de la escuadra, debía obedecerle en todo.

El señor de Gabaret se niega a ir en su ayuda. Progresa la revuelta. — Estas diligencias no produjeron sin embargo ningún efecto. Porque el señor de Gabaret no juzgó conveniente rendirse a la orden del señor de Baas y le hizo contestar que él tenía el encargo preciso del rey de impedir el comercio de las Islas del Viento con los extranjeros; que si durante el tiempo marcado por su estancia en esos mares se hacía algo en contra de las intenciones de Su Majestad, a él le tocaría responder de ello; que por eso no le convenía alejarse. El señor de Baas le hizo representar que en virtud de su comisión, con que el rey le había honrado, no solamente los jefes de escuadra sino también los tenientes generales que mandaban el ejército naval debían obedecerle: persistió en su idea y no partió. Algún tiempo después el señor de Baas recibió una carta del señor d'Ogeron, del 9 de octubre, por la

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

que parecía que aquel gobernador no estaba ya tan seguro sobre la rebelión a su gobierno; decía que los amotinados estaban más insolentes que nunca; que desde hacía cuatro días habían venido en número de 300 por mar y tierra, con objeto de saquear la Tortuga, ocultando su plan con el pretexto de pedirle algunos efectos que les habían venido de Francia y que él había juzgado conveniente darles para evitar mayores males. Añadía que todo el mundo lo abandonaba y que no sabría bien pronto de quién fiarse. Yo mismo vi una carta, que escribió entonces al señor Colbert, en que proponía trasladar todos los habitantes fieles que le quedaban, ya a la Florida, ya a cualquier otro lugar del continente americano, o aún a las islas que bordean la provincia de Honduras.

Medios propuestos para reducir a los revoltosos. — Otra carta dirigida al ministro por el señor du Lion, gobernador de Guadalupe y fechada a 25 de noviembre, nos dice que se contaban entonces en la colonia de Santo Domingo mil hombres bien armados y muy aguerridos; que la cuarta parte de ellos se encontraban establecidos y tenían habitaciones en buen estado; que otra cuarta parte tenía sus familias en Francia, a las que hacían grandes remesas; que la otra mitad era de gente errante y vagabundos, que no tenían ni hogar ni lugar; sobre lo que hacía observar el señor du Lion que no se podía echar de la isla a los primeros sin causar un perjuicio considerable a la colonia; que no era menos peligroso lanzar sin arreglo a los últimos, que eran capaces de echarse en brazos de los españoles o de los ingleses; pero que para los segundos se podían tomar los bienes de sus familias, que ese castigo sería más capaz que cualquier otra cosa de reducir a razón a los amotinados o al menos debilitarlos, dividiéndolos; después de lo cual sería fácil acabar con el resto. Añadía que no se debía descontar alguna ayuda de las Islas del Viento, para dominar esta rebelión; que los habitantes no eran allí mejor intencionados que en la costa de Santo Domingo y que suspiraban todos por la vida licenciosa que allí se llevaba.

Sigue la rebelión. — Ocho días después de haber escrito esta carta, el mismo gobernador escribía una segunda, donde mandó que se corriera el rumor en las Islas de que se preparaba en la costa de Santo Domingo un armamento considerable contra los españoles; que los ingleses de Jamaica y los holandeses de Curazao debían tomar parte en esa expedición; que el señor d'Ogeron había entregado comisiones para esto y que él mismo estaba interesado. Es muy verosímil que este rumor fuera falso y que se fundara únicamente en la idea que había

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tenido el señor d'Ogeron de retirarse a las islas de la bahía de Honduras, donde se decía efectivamente que el plan era ir a hacer un desembarco. Pero había mucho más de apariencia en lo que añadía el señor du Lion, a saber, que los ingleses de Nieves esperaban a una parte de los bucaneros franceses para unirlos a ellos cuando volvieran a San Cristóbal, donde se trataría de restablecerlos en sus antiguos distritos y a donde esperaban atraer a mucha gente por los privilegios que les darían. Decía también que la rebelión estaba creciendo constantemente en la costa de Santo Domingo; que los hombres casados, las mujeres y todos los que eran sospechosos de no entrar en la causa común habían sido dejados fuera; que los bucaneros habían asesinado a uno de sus síndicos, por haber hablado en particular con el señor d'Ogeron; y que se creía que todos cuantos habían sido echados por los amotinados se habían retirado a la Tortuga, donde la presencia del gobernador había restablecido y mantenido la tranquilidad y la subordinación.

El rey ordena al señor de Gabaret que vaya en ayuda del señor d'Ogeron y haga levantar quejas en los Estados Generales contra los autores de la revuelta. — Sin embargo, el rey fue informado de lo que sucedía en la costa de Santo Domingo y de la negativa dada por el señor de Gabaret a trasladarse allá. Su Majestad, por una carta que escribió a este oficial el 6 de noviembre le mandó que cuando a comienzos del año siguiente partiera de las islas con su escuadra, para volver a Francia, no dejara de pasar por los alrededores de la Isla de la Tortuga y a lo largo de la costa de Santo Domingo, permanecer allí algún tiempo y tomar o echar a pique todos los barcos holandeses que encontrara; de entenderse con el señor d'Ogeron y hacer en general todo lo que este gobernador le dijera para restablecer el orden y el castigo de los culpables. Este príncipe ordenó al mismo tiempo a su embajador en Holanda, no solamente pedir a los Estados Generales la reparación del atentado cometido por los dos capitanes flesingueses, que se sabía ser autores de la rebelión de Santo Domingo; sino declararles también que todos sus navíos que se encontraran en la vecindad de la Tortuga y de la parte de Santo Domingo ocupada por los franceses, serían hundidos sin ningún cuartel. Finalmente la escuadra, que debía relevar la del señor Gabaret en las Islas del Viento, recibió asimismo orden de pasar a la Tortuga y hacer lo mismo.

Viaje del señor de Gabaret a Santo Domingo. — Apenas el señor de Gabaret recibió los despachos de que acabo de hablar, se puso en situación de conformarse con ellos. Salió de San Cristóbal el pri-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mero de febrero de 1671 con el señor de Sourdis, la fragata Aurora y dos barcas. Llegó el 7 a la Tortuga e inmediatamente envió al señor Courbon Enseigne al señor d'Ogeron y asegurarlo de la disposición en que estaba de hacer todo cuanto deseara de él. Al día siguiente el señor d'Ogeron fue a visitarlo a bordo y le llevó uno de los oficiales de los revoltosos y un maestre de barca, que había hecho presos y que fueron puestos en cadenas. El mismo día el señor de Gabaret, al ver todo sometido en la Tortuga, hizo prestar un nuevo juramento de fidelidad a los habitantes. El 9 hizo velas con el señor d'Ogeron, para el Cul-de-Sac y llegó el 14 a la rada de Leogane. Desde que hubo echado anclas, el señor d'Ogeron le requirió por escrito a que enviara al señor de Sourdis a tierra, para intimar a los revoltosos que bajaran las armas y vinieran a bordo de los navíos del rey para rendir sus respetos a su gobernador. El señor de Sourdis fue, hizo la intimación y la acompañó con todo cuanto pudo juzgar más capaz para hacer volver a los habitantes en su deber; ellos contestaron que eran buenos servidores del rey, pero que no querían en modo alguno depender de la Compañía ni tener al señor d'Ogeron por gobernador.

Lo que pasó en Leogane. — Ante esta respuesta el señor d'Ogeron rogó al señor de Gabaret que fuera él mismo a hablarles; vino en ello y al llegar a tierra encontró trescientos o cuatrocientos hombres en armas, a la orilla del mar y otro cuerpo de doscientos hombres cien pasos más lejos. Habló a los primeros, como lo había hecho el señor de Sourdis y recibió de ellos la misma respuesta. Todos gritaban tumultuosamente y no pudo sacar de ellos ninguna razón. Quiso intentar si las amenazas tendrían más efecto; pero volvieron a empezar los gritos. Al mismo tiempo, una parte del primer cuerpo fue a reunirse al segundo, y el señor de Gabaret, después de haber durante algún tiempo buscado la mirada de alguno con quien pudiera entrar en negociaciones, apercibió a un llamado Fougeray, nativo de Mans, que le pareció y era efectivamente el jefe de estos revoltosos. Lo abordó; pero apenas había comenzado a hablarle, cuando todos los demás se pusieron a gritar que Fougeray no era más que otro; y hubo quienes viendo al señor de Pouencey, sobrino del señor d'Ogeron le dijeron que su tío había obrado prudentemente al no mostrarse. El señor de Gabaret de vuelta a bordo celebró consejo para deliberar si se intentaría forzar a esa gente; pero como el terreno pantanoso hacía demasiado difícil el desembarco, no creyó deber pensar en hacerlo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En la Goave menor. — El 16 la escuadra aparejó para la Goave menor, que sólo está a cinco leguas de Leogane; allí llegó el 17 y encontró a todos los habitantes dispuestos en orden de batalla en una especie de plaza de armas y en una trinchera que habían llevado hasta el mar. Había bastante cerca de tierra un navío anclado, del que al parecer no habían pensado en hacerse dueños. Los señores de Gabaret y d'Ogeron fueron a él, para observar más de cerca a los amotinados y ver en qué lugar podrían hacer el desembarco. El señor d'Ogeron escribió también una carta a los sublevados; pero ni la quisieron leer; y se pusieron a gritar: *Viva el Rey, nada con d'Ogeron; haremos lo que han hecho los de Léogane.* El portador de la carta les dijo que el señor de Gabaret iba a hacerles la guerra; contestaron que lo esperaban y se defenderían bien. Tenían a su cabeza a un armero llamado Dauphiné. Este hombre añadió que estaba en posición de no temer nada; que tenía seiscientos hombres con los que podía contar y que no tardaría en recibir ayuda de Léogane. Ante esta respuesta, se preparó todo para hacer el desembarco el 18. Se hizo en buen orden y el ataque fue tan brusco y tan vivo que los amotinados huyeron todos a los bosques. Entonces se quemaron algunas chozas y el señor d'Ogeron quiso que se comenzara por la suya.

Y en Nipes. — Avanzó luego con el señor de Sourdis y entró en el bosque, para ver si alguien venía a unírsele; pero los habitantes de Leogane, que llegaron en número de trescientos, dispararon sobre él y huyeron luego a los bosques. Se quemaron todavía algunas chozas en ese lugar y por la noche reembarcaron. Poco tiempo después un alistado vino a entregarse y se supo por él que la ayuda de Léogane se había retirado, porque los habitantes de la Goave menor no habían querido combatir. El 20 la escuadra aparejó para ir a los distritos de Nipes y de Rochelois, a donde el señor de Gabaret había enviado una barca. La encontró de vuelta con una carta del síndico y de los habitantes, la que no decía otra cosa, sino que se seguiría en ese distrito el ejemplo de Leogane y de Goave menor. Continuó su camino y cuando hubo fondeado ante Nipes, el señor d'Ogeron le pidió hiciera una intimación a los habitantes. Se la hizo y la respuesta fue conforme a la carta que habían escrito. Se disponían a hacer el desembarco, cuando unos cien habitantes, que se habían dispuesto en fila al borde del mar, se pusieron a gritar *¡Viva el rey!;* hicieron una descarga de sus fusiles y volvieron a entrar al bosque. Pronto se vio que no se adelantaría más con ellos que con los otros, y todos los oficiales fueron de parecer que se regresara a la Tortuga; lo que inmediatamente se dispusieron a hacer.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Los distritos del Norte prestan un nuevo juramento de fidelidad. — La escuadra fondeó el 25 en la rada y el 27 los señores de Gabaret y d'Ogeron se dirigieron al Puerto de Paz, llamaron a los habitantes y les intimaron a hacer un nuevo juramento de fidelidad al rey. Tuvieron algún trabajo en resolverse a ello, por temor a los del Cul-de-Sac, que eran más fuertes que ellos y los habían amenazado con venir a saquearlos si trataban con el gobernador; obedecieron sin embargo. El 4 de mayo estos señores fueron con la misma intención al Puerto Francés, donde fueron recibidos bajo las armas y el juramento de fidelidad fue renovado sin dificultades; hecho esto, el señor de Gabaret se dispuso a partir. En una Memoria que mandó a la corte sobre su expedición dice que los sacerdotes que había entre los revoltosos eran vagabundos sin misión de sus superiores; que en el caso de que la escuadra, que debía llegar inmediatamente a las Islas y que estaba mandada por el señor de Villepars no sometiera completamente a los amotinados, había que enviar un navío de 30 a 36 piezas de cañón y de 150 hombres de tripulación, que llegara a Léogane o a la Goave menor, hacia mediados de febrero, que es el tiempo del corte del tabaco y quedara allí hasta mediados de julio, en cuyo tiempo el tabaco se desperdicia si no es recogido; que ciertamente ningún navío extranjero se acercaría a la costa mientras se hiciera esto y que no se haría esto durante tres años sin que todos se sometieran. En efecto, lo que hacía a esos pueblos tan insolentes era la seguridad que les había dado un cierto Suzanne, antiguamente comisario de la Compañía y que luego se había establecido en Jamaica, de adquirir todos sus géneros a buen precio y no dejarles carecer de nada.

Partida del señor de Gabaret. — El señor d'Ogeron llevó al señor de Gabaret hasta el embarcadero y como éste le asegurara que se le enviarían de Francia fuerzas capaces de hacerse obedecer y respetar, le contestó que estaría desesperado si no acababa todo con sus solas tropas; que se halagaba de ello y que por eso había conservado dos casas en el lugar donde se había hecho el desembarque en Goave menor. Sin embargo, habiendo tocado en el Cabo Francés, recibió allí aviso de que Pitre Marc, uno de los dos capitanes flesingueses, estaba a punto de volver al Cul-de-Sac. Mostró su carta al señor de Gabaret, quien le dijo no haber ninguna apariencia de esto; pero apenas se habían separado cuando el aviso fue confirmado. El señor d'Ogeron mandó tras el señor de Gabaret, pero no pudieron juntársele; y el capitán holandés, del que fácilmente hubiera podido adueñarse, escapó; pero como el rumor era grande, que el señor de Ville-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

pars debía llegar pronto, ese capitán no se detuvo nada en el Cul-de-Sac.

La rebelión se suaviza. — El gobernador, por su parte, permaneció poco o ningún tiempo en la Tortuga después de la partida del señor de Gabaret y volvió con el señor Renou al Cul-de-Sac. Allí encontró los espíritus mucho menos ardientes de lo que les había dejado. Habían reflexionado que mientras se enviaran navíos del rey a sus costas, los comerciantes extranjeros no se acercarían en nada, y después de algunas ligeras hostilidades, que no les sirvieron de nada, se acomodaron a condición de que hubiera amnistía por todo lo pasado; que cualquier barco francés tendría libertad de traficar en la Tortuga y en la costa de Santo Domingo, pagando a la Compañía el cinco por ciento de entrada y de salida; pero que todo comercio quedaría prohibido a los extranjeros. A fines de abril todo estaba tranquilo en esos distritos, y no le costó al señor d'Ogeron más que un golpe de autoridad, que supo colocar muy oportunamente. En el tiempo en que se comenzaba a tratar de acomodamiento en Leogane, un llamado Limousin, a la cabeza de una tropa de los más facciosos, trató de oponerse y hasta llevó su insolencia al punto de ultrajar al gobernador. El señor d'Ogeron disimuló prudentemente, bien resuelto empero a no dejar impune el atrevimiento de ese hombre; luego hizo algunos viajes cortos a los distritos vecinos, y después bajó de improviso a Leogane.

El señor d'Ogeron da un golpe de autoridad con éxito. — En cuanto puso pie en tierra, comenzó por examinar las disposiciones de los habitantes para con aquel aventurero y habiéndose dado cuenta de que nadie se interesaba mucho en sus cosas, fue, él de tercero, durante la noche a prenderlo. Los habitantes de la costa, aquellos mismos que estaban más ricos, se alojaban entonces en una clase de chozas todas abiertas por los lados; pero Limousin, que se sentía culpable, no dormía nunca sin tener un perro atado al pie de su cama, a fin de despertarse al primer ruido y tener tiempo de salvarse. El señor d'Ogeron al parecer no estaba enterado de esta precaución y entró en la choza; pero el perro, como si hubiera respetado al gobernador, no ladró; su amo dormía y lo dejó prender sin hacer el menor ruido. El prisionero fue llevado a la barca del señor d'Ogeron, quien, antes de pasar adelante, quiso ver una vez más cómo se miraba aquella prisión. Como observó que nadie rechistaba, ya no temió actuar como dueño. Mandó orden a todos los habitantes de los distritos circunvecinos para que se pusieran bajo las armas; obe-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

decieron y se encontraron en número de 800, en el lugar que les había sido señalado. El gobernador vino inmediatamente a ponerse a su cabeza, luego hizo desembarcar al prisionero con un sacerdote y un verdugo, que había llevado expresamente. Advirtió al infortunado que pusiera en orden su conciencia y después de haberle dado todo el tiempo de confesarse, lo hizo colgar de un árbol, sin que ninguno de sus camaradas hiciera el menor movimiento. Despidió después a todo el mundo y regresó a la Tortuga, diciendo que nunca hubiera creído que los aventureros eran tan buena gente.

Los habitantes reciben la amnistía. — Hizo partir inmediatamente al señor Renou para la corte y le entregó una carta para el señor Colbert, en que suplicaba a ese ministro obtuviera del rey una amnistía general por todo lo que hubiera sucedido antes y después de la sublevación. El 12 de julio el señor de Villepars llegó con su escuadra a la Goave menor, donde estaba el señor d'Ogeron, quien le dijo que todo estaba sometido; que la vista de los navíos del rey mandados por el señor de Gabaret y las noticias que se tenían de su llegada habían contribuido más que cualquier otra cosa; que creía poder contar con que esta paz sería duradera y que ya no había necesidad sino de la clemencia real. La amnistía llegó el año siguiente, en la forma más amplia que se podía desear y los habitantes fueron restablecidos en sus privilegios, de los que al principio se los había declarado despojados. El señor d'Ogeron, agradeciendo al señor Colbert esta gracia, que aseguraba la tranquilidad de su gobierno, no dejó de pedirle soldados, tanto para quitar a los habitantes hasta la tentación de rebelarse, cuanto para guardar la Torre de la Tortuga y una especie de atrincheramiento, que había hecho en Goave menor, contra los holandeses, a quienes acababa de saber que el rey había declarado la guerra. Añadía que no teniendo ni barcos ni soldados armados ni municiones, era imposible que se defendiera, si era atacado, ni que impidiera el comercio con los extranjeros. Por fin, que todos los barcos, que salían de la Tortuga o de Santo Domingo, fueran obligados a pasar por un desemboque sumamente estrecho, donde era fácil a un bárco armado tomarlos a todos, si no estaban apoyados por un guardacostas. Señalaba al terminar su carta, que la colonia podía poner en pie dos mil hombres, que armados y disciplinados serían capaces de hacer grandes servicios al rey.

El señor de Baas forma el plan de apoderarse de Curazao. Descripción de esta isla. — La declaración de la guerra con los holandeses ofrecía buena ocasión a los filibusteros franceses, porque los súb-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ditos de esta república tenían siempre un gran número de barcos en los mares del Nuevo Mundo; pero una expedición infortunada en que se los comprometió, libró al enemigo de ese temor y tuvo bien molesta a la colonia. Fue la empresa de Curazao, que el señor de Baas formó sobre lo que se le había informado: que no había más que 80 hombres en la fortaleza que formaba la defensa principal de esa isla. Curazao está situada por los once grados de latitud Norte; y ya he observado que se le da bastante comúnmente en Francia el nombre Coraçol. No es más que una roca de pocas leguas de circuito: lo que la hace considerable es su puerto, que es excelente y la vecindad del continente, que no está a más de tres leguas y donde los holandeses hacen un comercio muy grande con los españoles. La situación de esta isla y las obras hechas en ella la han convertido en uno de los mejores puestos de América; y el señor de Baas, luego de haber fallado de la manera que vamos a ver, avisó al señor Colbert que si el rey quería conquistarla podría con poco gasto ponerla en tal estado que ninguna potencia del mundo se la podría quitar.

El señor de Baas parte para esa isla. — Este gobernador resolvió, pues, atacar a Curazao. Detuvo varios barcos del rey recientemente llegados de Francia y juntó todas las barcas que pudo encontrar en las costas, y envió dos navíos a la costa de Santo Domingo, con una orden al señor d'Ogeron que se embarcara en ellos y llevara todos los aventureros que pudiera reunir. Su lugar de cita estuvo en la isla de Santa Cruz, a donde habiendo llegado hacia los últimos días de febrero del año 1673, quedó sumamente sorprendido de no ver sino uno de los dos barcos que había enviado a Santo Domingo. Ese barco era la Petite Infante, mandada por el señor du Bonneau, del que supo que habiendo juntado el señor d'Ogeron 400 hombres escogidos, le había dado cien de ellos a bordo y se había embarcado con el resto en el Eceüil, que montaba el señor Bodard. Que los dos navíos habían salido juntos y habían navegado en conserva hasta por el través de la antigua Isabela, donde se habían separado durante la noche.

Hacía tres días que la Petite Infante estaba en Santa Cruz, cuando el señor de Baas se presentó allí. Esperó aún por cinco días al señor d'Ogeron y no teniendo ninguna noticia suya, hizo velas el 8 de marzo para Curazao, donde fondeó el 14, lleno de esperanza de que la conquista de esa isla no le costaría nada más que el viaje; tanto más cuanto que un morador de Santa Cruz, que había estado prisionero allí durante tres meses, le había confirmado que su guarnición estaba reducida casi a nada.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Falla la empresa. — En esta suposición, hizo desembarcar en pleno día una parte de sus tropas a tres leguas del fuerte; en una bahía que se llama la Bahía de Santa Bárbara, a la vista de 25 ó 30 caballeros, que después de haber considerado la flota francesa, se retiraron y dejaron el campo libre a los franceses. El señor de Baas, que montaba al Belliqueux, no pudo ir a tierra con las tropas que había embarcado sino al día siguiente 15, y en esa fecha se unió con las que mandaba el Caballero de S. Laurent, gobernador particular de San Cristóbal. Fueron todos juntos a acampar a la vista del fuerte. El 16 todas las tropas fueron dispuestas en sus cuarteles, luego de haber sufrido el cañón de los sitiados en el paso de una montaña, que estaba al alcance. Luego el señor de Baas subió con el Caballero de S. Laurent a esa misma montaña, y percibieron seis o siete grandes barcos en el puerto y vieron la fortaleza en mucho mejor estado de lo que se les había dicho. Las Memorias del P. le Pers dicen que el señor de Baas no dejó de enviar intimación al gobernador para que se rindiera; pero que luego de haber consultado con los diputados de ese gobernador, dio las órdenes de retirada. El señor de Baas no dice nada de esto en su carta al ministro, como tampoco el Caballero de S. Laurent, y se contentan con decir que habiendo reconocido que se les había engañado en el informe, no habían creído prudente empecinarse en una empresa para la que habían de disponer de fuerzas suficientes. Se pretende que el señor de Baas fue acusado de haberse dejado corromper por el dinero del gobernador de Curazao; pero se requiere cosa distinta de una acusación vaga, sobre todo de parte de gente a quienes el despecho y otras muchas pasiones podían hacer hablar, para poner sospecha en la fidelidad de un hombre de tal categoría.

Sea de ello lo que fuere, la flota se dirigió a Goave menor, y de allí a la Tortuga, donde el general, no dudando que el señor d'Ogeron hubiera muerto, puso por comandante al señor de la Perriere, esperando a que el rey hubiera provisto a ese gobierno; pero no parece que tal disposición hubiera agradado a la corte, ya que desde el 22 de noviembre siguiente, Su Majestad, al serle presentados los directores generales de la Compañía de las Indias Occidentales, dio provisiones de comandante de la Tortuga y la costa de Santo Domingo, en ausencia del señor d'Ogeron, al señor de la Motte. Es verdad que este oficial no tuvo tiempo para usar de su comisión, porque el gobernador regresó a la Tortuga aún antes de que fuera entregada. Véase el detalle de la triste aventura que le impidió unirse al señor de Baas, tal como la he tomado de una memoria que envió al señor Colbert y que he tenido en mis manos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Naufragio del señor d'Ogeron. — El Eceüil, montado por el señor Bodard y que llevaba al señor d'Ogeron, al señor de Pouancey sobrino suyo y a 300 aventureros, de lo más escogido de la colonia se separaron de la Petite Infante como dije, por el través de la Isabela: la noche del 25 al 26 de febrero, tres horas antes del día, los pilotos lo encallaron sobre los cayos, que están al Norte de Puerto Rico. Llegado el día, se trabajó por salvar la tripulación y los pasajeros y como solamente se disponía de una chalupa, ese día no se pudo salvar más que la mitad. Sobrevino entonces un temporal, y hubo que esperar otros tres días para desembarcar al resto. Nadie sabía dónde se estaba y cuando se hubieron juntado todos, se tomó el primer camino que se encontró. Por fin se llegó a un lugar llamado San Hilario de la Resiva, doce leguas al este de la ciudad de San Juan de Puerto Rico, donde se dieron cuenta de la posición. Había allí cinco o seis habitantes, que recibieron bastante bien a los franceses. Al día siguiente el señor Bodard, que se sentía enfermo, envió a su lugarteniente con el señor de Pouancey, al gobernador de la isla, para pedirle ayuda, que necesitaba, y rogarle le permitiera enviar aviso al señor de Baas, que debía estar en Santa Cruz, de la situación en que se encontraba.

Conducta indigna del gobernador de Puerto Rico. — El gobernador sabía ya del naufragio del Eceüil y hasta se le había informado que toda la tripulación se había salvado en camisa. Creyó favorable esta ocasión para debilitar la colonia francesa de Santo Domingo, que España miraba siempre y todavía ha mirado por largo tiempo después, como un conjunto de corsarios y de gente sin fe; mantuvo prisioneros a los dos oficiales y envió a su sargento mayor a San Hilario, con orden de hacer acampar a los franceses y guardarlos cuidadosamente: luego despachó una barca a Santo Domingo, para dar aviso de todo al Presidente y pedirle órdenes. Este Presidente hizo partir inmediatamente a dos oficiales hacia Puerto Rico, donde no permanecieron más que tres días; quisieron ver a los franceses al volverse y dijeron al señor d'Ogeron que iban a visitar Leogane y Goave menor. Llegó al mismo tiempo que una barca, para llevarse todas las armas y algunos cordajes menores del Eceüil. Vino entonces la idea al señor d'Ogeron de apoderarse de ellos; se lo propuso al señor Bodard, que primero no encontró ninguna dificultad; sin embargo, después de haber reflexionado, creyó la empresa demasiado aventurada. El señor d'Ogeron le dijo que respondía del buen éxito; que les era sumamente fácil hacerse dueños de los pocos españoles que los guardaban; hacer embarcar al contador y a los oficiales principales en la barca, para servir de rehenes y atender así

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

a la seguridad de los que no podían caber en ese buque. "Pero nadie querrá quedarse, contestó el señor Bodard. Yo me quedaré, repuso el señor d'Ogeron, toda la gente de la costa quedará conmigo y me declararé autor de la empresa." Por más que dijo, no pudo vencer el temor del señor Bodard, quien por otra parte no dudaba de que el señor Baas le enviaría a buscar y no quería dar a los españoles la menor ocasión de tratarlo como enemigo.

El señor Bodard pierde una hermosa ocasión de salvarse. — Es verdad que todo lo peor que él creía haber de temer, por estar entonces Francia y España en paz, era languidecer algún tiempo en la clase de cautividad en que se encontraba, y no le venía a la mente que el gobernador de Puerto Rico, ni el Presidente de Santo Domingo quisieran atentar contra la vida o la libertad de un tripulante de un navío del rey, al que un accidente imprevisto había hecho encallar en sus costas. Pero el señor d'Ogeron, que conocía mejor que él a esa nación y al que todos los antecedentes habían confirmado sumamente en sus sospechas, no perdió de vista en nada su plan y resolvió ejecutarlo. El señor Bodard desconfió y tomó medidas convenientes para impedirlo; así que la barca regresó. Quedaban todavía dos canoas, que los españoles no hacían guardar, por no creerlas en estado de andar una legua por mar. El señor d'Ogeron no pensó lo mismo; por otra parte, nada le parecía imposible para salirse de las manos de los españoles; y la muerte misma, que iba a afrontar en el mar, le parecía menor daño que la triste suerte a que se veía expuesto. Habiendo pues encontrado tres hombres resueltos, convino con ellos en embarcarse la noche siguiente en uno de los dos botes.

El señor d'Ogeron se salva y llega a la Tortuga. — Estaban ya dispuestos todos a tomar el largo, cuando de improviso le faltó el valor a uno de ellos, llamado la Foret, que debía servir de piloto. El pretexto que puso para romper con una empresa que le asustaba, fue decir que la tinaja, donde se había puesto el agua, estaba dañada; se le dijo que se iría a buscar otra: contestó que el tiempo no lo permitiría y que llegaría el día antes que estuvieran de vuelta. Se le rogó que al menos volviera a poner en su lugar el bote, donde se lo había tomado, para que los españoles no se dieran cuenta de nada y a la noche siguiente se pudiera volver a hacer el embarque; puso cara de consentir, pero fue a encallar junto al cuerpo de guardia y rompió la tinaja. Los españoles vieron muy bien a la mañana siguiente que alguien había querido escaparse y dos días después

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

todos los franceses fueron enviados a un lugar nombrado *la Gonada*: el señor d'Ogeron no sé por qué, lo dejaron solo en la Ressive. No sé tampoco lo que pasó después; pero luego que nuestra gente hubo pasado algunos días en la Gonada, se los llevó a una sabana, que se llamaba la Sabana Infeliz, donde se les dejó casi morir de hambre; pero varios dejaron ese puesto, donde no se les guardaba bien, y volvieron a la Ressive, donde la gente era muy humana y se asombró muchísimo de que el señor Baas no viniera o no enviara a nadie para retirar a tantos valientes de la miseria en que estaban.

El señor d'Ogeron se aprovechó de este regreso, ganó de nuevo a tres hombres, se apoderó del mismo bote donde se había embarcado con el mismo plan tres meses antes y entró en cuarto lugar, sin ningunas provisiones, sin remos y sin velas. Extremos de maderos suplieron los remos, los sombreros y las camisas sirvieron de velas, el mar estaba tranquilo y se hizo con bastante facilidad el trayecto de la isla de Puerto Rico a la de Santo Domingo. Es verdad que los cuatro viajeros estaban más muertos que vivos cuando llegaron a Samaná y que si no hubieran encontrado muy oportunamente a bucaneros, para darles ayuda, que necesitaban extremadamente, hubieran perecido de agotamiento. El señor d'Ogeron experimentó en esta ocasión hasta dónde llegaba el afecto de los pueblos para con él. Luego que hubo descansado un poco, se le llevó a la Tortuga, donde la alegría de volverlo a ver fue tanto mayor cuanto era inesperada. Pero la suya no era completa mientras no pudiera compartirla con los compañeros de su naufragio.

Conducta del señor de Baas en esta ocasión. — Supo al mismo tiempo que el señor de Baas, no queriendo siquiera poner en duda que todos hubieran muerto, no pensó absolutamente en hacer nada para sacarlos de manos de los españoles. "Sin embargo, añade en su Memoria, sobre lo que el señor du Bonneau, comandante de la Petite Infante, había debido decirle, debía sospechar que habíamos encallado en la isla de Puerto Rico, cuyos castellanos en todo tiempo han pasado por los hombres más crueles y malvados del mundo. Se recordaba todavía que veintitrés años antes, el hermano del Príncipe Roberto, habiendo padecido allí un naufragio semejante, fue envenenado y toda su gente, que era mucha, fue asesinada al pie de una montaña que se llama todavía la Montaña de los Ingleses." Decía a continuación que esta negligencia del señor de Baas, de que en verdad se murmuraba por todas partes, había causado ya efectos malísimos; que desde el momento en que estaba todavía en Puerto Rico se había deliberado asesinarlos a todos; que no se les daba

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

sino dos raciones de carne en ocho días; que el mayor que mandaba en la Ressive, había recibido prohibición de venderles nada y que cuando se los llevó a la Gonada, se habían apostado 250 hombres a la orilla de un río que debían pasar, aparentemente para acabar con ellos. "Después de todo, terminaba, ¿qué le costaba al gobernador general enviar una barca a Puerto Rico para informarse si no se habían tenido noticias del Eceüil?"

El Caballero de Sain-Laurent envía a pedir los franceses al gobernador de Puerto Rico, que se niega a entregarlo. — El señor de Baas se enteró por fin; pero parece que fue el Caballero de Saint-Laurent quien tuvo los primeros informes; lo cierto es que despachó una barca al gobernador de Puerto Rico para pedirle la entrega de los franceses, que retenía contra el derecho público, para asegurarle que sería exactamente compensado por todos los gastos que hubiera hecho y para ofrecerle guardar un número de oficiales hasta el pago completo de lo que fuera debido. El gobernador contestó que no estaba en su mano hacer lo que se deseaba de él y que esto dependía únicamente del Presidente de Santo Domingo. Acompañó su negativa con mucha cortesía de palabras; pero sus maneras no correspondían: no quiso siquiera permitir al patrón de la barca ver a ningún francés y lo hizo partir inmediatamente. Se supo al mismo tiempo, aparentemente por el mismo patrón, que nuestra gente tenía seis sueldos que gastar por día, y que sin embargo carecían de casi todo. En esto, el señor d'Ogeron escribió al señor de Baas que su plan era ir a mano armada a Puerto Rico para hacerse devolver los franceses retenidos y que le rogaba enviar uno o dos barcos de guerra. En esto convienen todos; pero el señor d'Ogeron añade que el señor de Baas no lo hizo, que al parecer no pudo hacerlo y que no se queja más que de su infortunio que le priva de trescientos hombres, los mejores de su colonia. Por otro lado, el señor du Ruau Palu, que era por entonces en las Islas agente general de la Compañía, informó al señor Colbert que el señor d'Ogeron no había querido esperar el convoy que había pedido.

A qué se debe que no se les liberte. — Se sabe también por la misma carta del señor Palu, que el señor de Baas se había determinado finalmente a enviar a pedir a los franceses prisioneros al gobernador de Puerto Rico; éste había accedido, mediante la suma de tres mil piezas de ocho; pero habiendo parecido exorbitante la cantidad al señor de Baas había hecho partir para Puerto Rico la fragata real la Friponne, mandada por el señor de Gros-Bois con orden de tratar de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

obtener alguna rebaja. El gobernador se había obstinado en querer toda la suma y el señor de Baas en no darla de ninguna manera. "Creo —añade el señor Palu— que aunque el señor de Baas tenga muchas razones para no hacer ese pago, hubiera valido más dar el dinero, que ver perecer miserablemente a oficiales, una gran tripulación y trescientos bucaneros, que se habían sacrificado voluntariamente por el servicio del rey". Ya no había otra esperanza que en la expedición del señor d'Ogeron y parecía tanto mejor fundada cuanto que este gobernador tenía un guía que había estado veinte años en San Juan de Puerto Rico y le había prometido hacerle tomar esa ciudad.

El señor d'Ogeron parte para Puerto Rico. — Había reunido para esta expedición hasta 500 hombres, que se encontraban listos para partir el 15 de septiembre, en varios barcos pequeños. Pero como entonces es la estación de los huracanes, difirió su salida hasta el 7 de octubre. Apenas estaba en el mar, cuando hubo de padecer una ruda tempestad, que lo obligó a detenerse.

Dos días más tarde aparejó de nuevo; pero desde Montecristi a Samaná tuvo los vientos y las mareas tan contrarias, que pasó todo un mes en hacer las cincuenta leguas que se cuentan desde uno de estos lugares al otro. Se dirigió luego a la Gonada, que está al oeste de Puerto Rico: allí se le dijo que el gobernador tenía el plan de dar libertad a los franceses y que había dado orden de enviarle a San Juan los buques que vendrían a pedirlos. Esta orden hizo pensar al señor d'Ogeron que ese gobernador quería molestar, por la razón de que aunque no hay más que 24 leguas de la Gonada a San Juan, es casi imposible hacerlas por mar a causa de las brisas que son sumamente fuertes y soplan siempre del lado a donde había que ir. No dejó de tomar ese camino, pero apenas hacía cuatro horas que iba a la vela cuando un viento del nordeste furioso, de que fue asaltado súbitamente, lo puso en grave peligro. Quiso con todo resistir; pero al día siguiente el viento se tornó al norte y se hizo todavía más violento, la mayoría de los barcos fue arrastrada y su nave se abrió. Hubo por fin que irse a tierra, de la que no se pudo salir en tres semanas.

Resultado de su expedición. — Lo que inquietaba más al señor d'Ogeron era que sus víveres estaban casi enteramente consumidos y no había podido aprovisionarse de carne en Samaná, como lo había esperado. A pesar de todo, desde que el mar estuvo navegable, se reembarcó; pero las brisas se encontraron tan violentas que la mitad de su flota se vio obligada a detenerse y necesitó ocho días

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

para llegar a las primeras tierras de Puerto Rico, lo que se hace ordinariamente en dos veces 24 horas. Ya no había sino dos barcos, en los que estaban 300 hombres; hizo su desembarco sin oposición, formó un batallón con toda la gente que tenía y avanzó un poco por el país: hizo algunos prisioneros que se ofrecieron a hacerle encontrar carne por dinero y a dar aviso al gobernador de su llegada y del fin que lo llevaba.

Le dijeron que mientras esperaba la respuesta, podía enviar a su gente de caza para vivir. Los creyó y los puso en libertad; pero al cabo de ocho días, sin oír hablar nada de ellos, tomó el partido de formar un destacamento y enviarlo a dos leguas del lugar donde estaba, para tratar de conseguir víveres; los encontró, en efecto, pero el destacamento al volver cayó en una emboscada donde diecisiete franceses y más de 30 españoles quedaron en el lugar. El señor d'Ogeron vio muy bien entonces que con la poca gente que le quedaba le era imposible emprender nada y temiendo que durante su ausencia el Presidente de Santo Domingo, que había hecho trazar un gran camino hacía poco desde esa capital hasta cinco leguas de Leogane, intentara alguna empresa contra el Cul-de-Sac, juzgó conveniente volverse a la Tortuga, a donde llegó en los últimos días del año. Tuvo verdadera pena por haber fracasado en su golpe. Pero fue peor todavía cuando al cabo de seis meses, uno de los prisioneros de Puerto Rico, habiéndose salvado de esa isla, le informó que su expedición no había tenido otro efecto que hacer asesinar a todos los franceses a quienes se quería socorrer, salvo algunos oficiales y algunos particulares, a quienes los españoles habían salvado por piedad.

El gobernador de Puerto Rico hace embarcar a los oficiales franceses para el Perú; son libertados por un inglés. — La suerte de los oficiales que habían sido reservados de aquella matanza y que habían primero sido llevados a San Juan, no hubiera sido más afortunada, si la Providencia no hubiera trastornado los planes del pérfido gobernador de Puerto Rico. Eran diecisiete en total y en este número estaba el señor de Poüancey. Su buen porte, se dice, había hecho que se lo tomara al principio por el gobernador de la Tortuga y él se había conducido como tal de concierto con su tío, quien, no teniendo una gran apariencia, se había dejado confundir con el común, para estar en mejor condición de salvarse, no siendo observado tan de cerca. Algún tiempo después de la matanza, de que hablé, todos estos oficiales fueron embarcados en un buque cuyo capitán tenía órdenes de llevarlos a Tierra Firme para ser conducidos al Perú. Mas para suerte de ellos, el barco que los llevaba fue atacado al

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ir a La Habana por un corsario inglés, llamado *Pitrians,* que se hizo dueño de aquél tras un muy duro combate. Los españoles esperaban que no se les diera ningún cuartel; pero encontraron en los mismos de los que pensaban haber de temer más, a protectores que les salvaron la vida. El señor de Poüancey tuvo sobre todo un grandísimo cuidado del capitán, que había recibido cinco tiros de fusil en el combate y luego de haber ayudado mucho a su curación, le procuró la libertad. El corsario, además de la gloria que había adquirido con su valor y el placer de haber roto las cadenas de tantas personas honradas, encontró en la presa cien mil escudos en reales o escalines de España, una parte de los cuales estaba destinada a pagar la guarnición de La Habana.

Proyecta echar a los españoles de toda la isla. — En esto, el rey de España declaró la guerra a Francia, en favor de Holanda, y el señor d'Ogeron, que supo esta noticia a su vuelta a la Tortuga, pensó seriamente en ejecutar un plan que había formado desde algún tiempo: era quitar a los españoles todo lo que les quedaba de la Isla de Santo Domingo. Trazó su plan sobre el que los ingleses habían seguido al hacerse dueños de Jamaica, es decir, que proyectó apoderarse de todos los puertos ocupados por los españoles, al menos bloquearlos. Con esta idea comenzó por enviar una colonia hacia el Cabo Tiburón, en la costa sur; hizo luego partir una segunda para la península de Samaná, y al no dejar estos dos establecimientos a los enemigos otra salida al mar que Santo Domingo, pensó en los medios de reducir a esta capital. Supo algún tiempo después que la primera de las dos colonias, de que acabamos de hablar, no había tenido éxito. Su gente se había colocado en una llanura que se llama hoy *el fondo de la isla Vaca* y pensaban fortificarse en ella; pero los españoles no les dejaron tiempo: vinieron a caer en gran número sobre ellos, cuando menos lo pensaban, destruyeron todos los edificios que encontraron en pie y los nuevos colonos se sintieron felices de poder refugiarse en otra parte. Este fracaso no desconcertó al señor d'Ogeron, pero no pensó deber empecinarse en un establecimiento del que podía absolutamente prescindir para su designio principal; y se dio por entero a aumentar y a fortificar el de Samaná, que le era mucho más necesario.

Descripción de Samaná. — Dije al principio de esta historia, que Samaná es una península en la parte oriental de Santo Domingo: el istmo que la une a la tierra mayor no tiene más de un cuarto de legua de ancho y es sumamente fácil de defender, porque el terreno

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

es pantanoso. La península tiene cerca de cinco leguas de anchura media, por quince a dieciséis de largo, lo que le da por lo menos cuarenta de perímetro.

Corre en su longitud al este-sudeste y deja abierta al mismo aire del viento una bahía profunda de 14 leguas, donde el anclaje es de 14 brazas y más y tan cómodo que allí los barcos pueden amarrarse a tierra. La entrada y el interior están llenos de islitas y cayos, que son fáciles de evitar, siguiendo la tierra del lado oeste. El terreno de la península, aunque poco llano, es muy fértil, y la situación muy ventajosa para el comercio y para el atraque de las naves que vienen de Europa. Nuestros aventureros habían tenido desde el principio la idea de establecerse en un puesto tan importante; pero la proximidad demasiado grande de Santo Domingo, que sólo está a veinte leguas, y de donde podían esperar que no se dejaría de hostigarles, les había hecho preferir la Tortuga, mucho más alejada y más difícil de atacar.

Establecimiento en esta península. — No dejó sin embargo de haber siempre un gran número de bucaneros en Samaná, mientras este cuerpo estuvo floreciente: los filibusteros lo frecuentaban tanto más que ningún otro lugar de la costa y todas esas razones acabaron de decidir al señor d'Ogeron a enviar allí una colonia, cuyo mando dio a un llamado Jamet. Este jefe no tenía sino hombres en su tropa y el gobernador había pensado que no había necesidad ninguna de enviar inmediatamente mujeres a un lugar donde habría primero que ser más soldado que habitante. Pero la casualidad hizo anclar en la bahía de Samaná un navío de Saint-Malo, que llevaba muchachas a la Tortuga; y los nuevos colonos tomaron cada uno la suya, que el mercader no tuvo dificultad ninguna en dejarles, porque pagaron su precio, y el señor d'Ogeron, que en el fondo no pedía cosa mejor, decía él, que encadenar a todos sus aventureros, para que no fuera demasiado molesto que ellos mismos se pusieran en sus hierros, aunque un poco antes de lo que él hubiera deseado.

El señor d'Ogeron pasa a Francia y muere allí. — El año siguiente, la Compañía de las Indias Occidentales fue suprimida y el rey, habiendo recobrado todos sus derechos sobre las islas de América, las arrendó por cien mil escudos a otra Compañía, que se llamó la Compañía de los Colonos del Dominio de Occidente. Ante esta noticia, el señor d'Ogeron pasó a Francia para proponer a la corte su proyecto de conquista de toda la Isla de Santo Domingo. Creía con razón que sólo se trataba de hacerse dueños de Santo Do-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mingo y él respondía de la toma de esa capital con sus solas fuerzas, con tal de que el rey quisiera enviar una escuadra bastante fuerte para bloquear su puerto. Había asimismo compuesto un plan para hacer floreciente su colonia: pretendía mantener en ella tres guarniciones, pagar los nombramientos del gobernador y dar también al rey 40,000 libras cada año de puro beneficio, sin que Su Majestad estuviera obligada a hacer ningún adelanto; pero habiendo llegado a París enfermo de una diarrea crónica, que sus últimas fatigas habían hecho al parecer incurable, murió al fin del mismo año o a principios del siguiente sin haber podido ver ni al rey ni al ministro. La Compañía de las Indias le había quedado deudora de sumas bastante considerables, de las que se dice que sus herederos nunca percibieron un sueldo. Por lo menos es cierto que murió pobre, después de haber tenido muchos medios legítimos de amasar grandes riquezas; pero murió con una reputación que hará inmortal su memoria en los fastos de la colonia de Santo Domingo. Se ha podido observar al leer esta historia, que fue infortunado en casi todas sus empresas; pero debe convenirse que fue el hombre del mundo que menos mereció serlo, que su valor no lo abandonó nunca y que su virtud lo puso siempre por encima de sus desgracias.

Carácter de su sucesor. — Al salir para Francia, había dividido el mando entre el señor de Poüancey, su sobrino, a quien había enviado al Cul-de-Sac del oeste y el señor Tarín de Cussy, al que había dejado en la Tortuga. A su muerte, estos dos oficiales, de colegas se convirtieron en rivales, y ambos parecían igualmente dignos del puesto a que aspiraban; pero el primero sobre su propio mérito, tenía también el de su tío, que hablaba por él y no tuvo dificultad en ganar a su competidor. La noticia fue recibida por los aventureros con una alegría que hicieron estallar de una manera muy halagadora para el nuevo gobernador. Tampoco había nada más parecido al señor d'Ogeron que su sobrino: hasta tenía el continente mayor y más noble, como ya lo he señalado. A primera vista, se lo creía fiero y altivo, quizá hasta lo era un poco naturalmente; pero siempre supo corregir sus apariencias con tanta dulzura y bondad, que se atrajo y guardó hasta el fin la confianza y el afecto de todos. Nunca quiso permitir, como tampoco su tío, que ningún abogado ni procurador se estableciera en su gobierno, por temor de que los procesos se introdujeran con ellos y nunca hubo mayor buena fe en el comercio y menos altercados entre los particulares, que durante el gobierno de estos dos gentiles hombres, que ilustrados del solo buen sentido y guiados

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

por una rectitud inflexible, pronunciaban decisiones a las que nadie se negaba a suscribir.

Una escuadra holandesa quema varios barcos mercantes en el puerto de Goave menor. — Sin embargo, apenas el señor d'Ogeron había salido de la Tortuga, cuando apareció en la costa norte de Santo Domingo una escuadra holandesa, compuesta de un bergantín y de cuatro barcos de 52, de 44, de 30 y de 26 cañones, en la que había 900 hombres y estaba mandada por el almirante Jacob Binsker. El señor de Cussy tuvo también aviso de que ese almirante se entendía con habitantes del Cabo, que le habían prometido declararse por él. Acudió inmediatamente y luego de haberse asegurado de ese distrito, volvió a la Tortuga, donde pocos días después fue enterado de que Binsker había entrado el 15 de julio en Goave menor, con el plan de llevarse o de incendiar a todos los barcos franceses que se habían retirado allí. No eran más que tres pequeños navíos mal armados y todavía peor tripulados, que hacían el cabotaje a lo largo de las costas del Cul-de-Sac; al ver venir la escuadra holandesa, no dejaron de prepararse a una defensa vigorosa. El combate comenzó hacia las cinco de la tarde y duró hasta la noche. La primera hora se estaba al alcance de un mosquete y los franceses se batieron con mucho orden y valentía. Los enemigos se alejaron después y entonces la desproporción de fuerzas se hizo más sensible; los franceses no tenían sino cañones pequeños, y habiéndose incendiado uno de sus barcos, que saltó por los aires, la victoria no dejó empero todavía de oscilar por algún tiempo. Finalmente las tripulaciones, al no poder más, hicieron encallar los navíos y se pusieron a salvo. La pérdida de hombres fue bastante igual de una y otra parte, de unos 40 por cada lado. Al apuntar el día siguiente, los enemigos armaron sus chalupas y a favor de sus cañones fueron a bordo de los navíos franceses, que encontraron abandonados y aun tres de ellos echados a pique. Los levantaron y aunque no estuvieran más que a tiro de fusil de tierra y trabajaban al descubierto, no se les hizo un disparo; sin duda porque el miedo había hecho presa de los habitantes. Veremos más adelante más de un ejemplo parecido de cobardía; sorprenden siempre en hombres a quienes se les ha visto hacer cosas que parecen por encima de las fuerzas humanas; pero esa sorpresa viene de que no se conoce suficientemente la naturaleza de esa bravura brutal, que, al no tener la virtud como principio, y teniendo más de ferocidad que de verdadero valor, inspirado por el honor y el celo de la Patria, toma por accesos, como la rabia, no obra sino por el movimiento de alguna violenta pasión y falta con

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

frecuencia cuando es necesario. Es una gran sabiduría saber ponerla en obra a propósito y no contar nunca demasiado con ella; sobre todo en la defensa, que pide un valor reflexivo y sangre fría, que nada puede falsear.

Otra escuadra, cuyo capitán sueco rompe todas las medidas. — Al año siguiente, al comenzar junio, el señor de Cussy había ido otra vez a visitar al Cabo. Al desembarcar se le informó de que se veían aparecer cuatro grandes navíos, que por su modo de maniobrar parecían enemigos. Poco tiempo después se vieron nueve, que tomaban el camino de la Tortuga. El señor de Cussy dio inmediatamente las órdenes necesarias para guardar las costas y habiéndose entrado en una barca larga, que se encontró muy a propósito bajo su mano, llegó a la Tortuga treinta horas antes que los enemigos, lo que le dio tiempo para recibir ayuda de la tierra mayor y de disponer todas las cosas para hallarse en situación de defenderse si era atacado. Había en la rada de la Tortuga un barco sueco, mandado por un llamado Smith o Esmith. El señor de Cussy lo comprometió a ir a reconocer a los enemigos y a darle información de todo mediante señales convenidas; lo que Smith cumplió puntualmente. Hizo todavía más: porque como no era sospechoso a los holandeses, viéndolos resueltos a echar sus chalupas al agua para llevarse un pequeño navío, que estaba anclado en el Cabo, los disuadió de ello diciéndoles que habían sido descubiertos. Volvió inmediatamente a la Tortuga, a donde llevó 70 prisioneros franceses e ingleses, entre los que estaba el superior de los Capuchinos. La flota enemiga prosiguió su ruta al Oeste, tomó dos pequeños barcos, uno de los cuales había sido despachado para advertir al Cul-de-Sac que estuviera en guardia, ya que el desbordamiento de los ríos no permitía enviar por tierra; y así diez o doce barcos franceses, que estaban comerciando en las radas para esto, corrían gran peligro. Pero Smith, que había vuelto a juntarse con los holandeses, se escapó durante la noche de la flota para advertirlos y se pusieron en seguro.

El señor de Poüancey es nombrado gobernador de la Tortuga el 16 de marzo de 1676. — En este entretanto, el señor de Poüancey recibió la noticia de la selección que el rey había hecho de él para suceder a su tío: dije que había sido nombrado comandante del Cul-de-Sac. Se dirigió inmediatamente a la Tortuga, que por ser el único lugar fortificado de la colonia, convenía más que ningún otro para morada ordinaria del gobernador. Sin embargo, al llegar la encontró casi enteramente desierta y los habitantes que quedaban listos para

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

abandonarla. El no dice nada de la razón de esto en la carta que escribió sobre ello al señor Colbert, el 4 de mayo del año siguiente; pero representa a este ministro que no ve nada más perjudicial al bien de la colonia que ese abandono; que la isla de la Tortuga es más fértil que ningún otro distrito de Santo Domingo; que si llegara a caer en manos de los enemigos, impediría la comunicación de los distritos del Norte con el Cul-de-Sac; que el puerto es excelente para los barcos que no calan más de dieciocho pies de agua; que para ponerlos en seguridad basta hacer el gasto de doce cañones de 24 y de una guarnición de 20 soldados en la Torre; lo que serviría también para mantener a los libertinos en el deber, y que estas razones lo llevaron a ponerlo todo en uso para restablecerla. Añade que ve también mucha disposición en los habitantes para renunciar al cultivo del tabaco, lo que causaría la ruina del país; y da a entender bastante que la poca libertad que se dejaba para la venta de esta mercancía era lo que la haría faltar; mientras que si se la dejaba enteramente libre, se cargarían pronto con él treinta barcos cada año en la costa de Santo Domingo.

La colonia de Samaná trasladada al Cabo Francés. — Por lo demás, aunque el nuevo gobernador no puso menos empeño en el adelantamiento de la colonia, a la cabeza de la cual se veía, que el que había puesto su predecesor, no llevó tan lejos sus ideas; ya que fuera naturalmente más limitado y menos emprendedor, ya que las circunstancias no fueran las mismas. No pensó, pues, sino en mantener los establecimientos ya formados y hasta envió orden a los habitantes de Samaná para que dejaran esa península y se trasladaran a la llanura del Cabo Francés. Esos habitantes dieron muestras de mucha repugnancia en obedecer; contestaron con todo que lo harían cuando hubieran consumido los víveres que no podían llevarse consigo; pero los españoles no les dieron tiempo y tuvieron toda razón para reconocer que se había hecho bien en hacerles dejar un puesto que ya no podía defenderse por sí mismo y que no estaba en la posibilidad de ser socorrido.

Toma del Cotuí. — Es empero verdad que ellos fueron los agresores; porque, como para señalar a los españoles que si se retiraban de Samaná no era porque los temieran, tomaron el plan de ir a saquear el Cotuí, aldea situada de su habitación unas 15 leguas al oeste y donde no encontraron ninguna resistencia; pero apenas estaban de vuelta en Samaná cuando los españoles tomaron su revancha. Un infeliz tránsfuga fue a informarles que en las habitaciones fran-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

cesas no había más que mujeres y que los hombres andaban dispersos por los campos para la caza; hasta añadió que era fácil sorprender a la vez a la habitación y a los cazadores, cuyo ahumadero estaba en un lugar llamado la Montaña Redonda, y se ofreció a llevarles. Fue aceptado su ofrecimiento y cumplió con su palabra. Todo lo que se encontró de franceses en los dos lugares indicados fue pasado a filo de espada. Un corto número de personas de ambos sexos se salvó a la primera alarma y se dirigieron en botes al Cabo Francés. Poco después hubo aventureros bastante audaces para regresar a Samaná, donde volvieron a levantar algunas habitaciones y el señor de Poüancey no estuvo al parecer demasiado molesto de esta aventura, que podía servir para establecer de nuevo el derecho de Francia en aquella península; pero no juzgó conveniente dejar por largo tiempo a un puñado de habitantes en un lugar tan expuesto y los obligó a dejarlo por segunda vez.

El señor de Poüancey hace una gran incursión en territorio español. — Este gobernador miraba desde entonces al Cabo Francés como el puesto que debía dar mayor celo a los españoles y que importaba más fortificar. En efecto, los españoles desde entonces siempre han puesto sus mayores esfuerzos en esa parte. Al comienzo del año 1678 se tuvieron informaciones seguras de que se reunían para venir a atacarlo; el señor de Poüancey no juzgó conveniente esperarlos; fue contra ellos, y habiéndolos encontrado, puso todos los medios para comprometerlos en combate: ellos lo rehusaron y hubo que contentarse con algunas escaramuzas, donde ellos tuvieron siete u ocho muertos. Hasta parece que temieron no poder evitar el combatir, si diferían su retirada; y para hacerla con más diligencia los jinetes tomaron a los infantes en las grupas detrás de ellos. El gobernador, luego de esta huida, que alejó por algún tiempo al enemigo de las habitaciones francesas, se dedicó con empeño infatigable a fortificar los establecimientos más expuestos, ya de parte de tierra, ya de parte del mar; y los puso a todos en tan buen estado que esto fue en buena parte lo que salvó a la colonia en uno de los mayores peligros en que nunca se había encontrado. Fue con ocasión de una segunda tentativa contra Curazao, que fue todavía más infortunada para Francia que la primera; pero que no tuvo consecuencias tan funestas para los franceses de Santo Domingo.

Toma de Tobago por el conde d'Etrées, que manda al señor Etrées de Poüancey que venga a unírsele con una parte de su milicia para una segunda empresa contra Curazao. — Hacía algún tiem-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

po que se trabajaba en nuestros puertos en un armamento considerable, que algunos creyeron primero estar destinado para la ciudad de Santo Domingo. La flota estaba compuesta de veinte barcos de guerra, y de un número muy crecido de brulotes; y el conde d'Etrées tenía su mando. Su primera expedición fue la toma de la isla de Tobago, donde los holandeses tenían un establecimiento muy pequeño y donde quedaron bastante sorprendidos de que una tan hermosa fuerza naval, que podía prometerse ejecutar los mayores proyectos, se dedicara a un miserable peñón, que no sirve para nada. De Tobago el conde d'Etrées se dirigió hacia Curazao; pero no creyendo tener todavía suficientes fuerzas para asegurar el buen éxito de esta empresa, tomó pronto sus medidas para sacar un refuerzo considerable de Santo Domingo. Apenas el señor de Poüancey estaba de vuelta de su excursión por el país español, el señor de Montorrier y el caballero de Flaccourt, que mandaban, uno el Hércules y el otro la Etoile, y seguidos por dos brulotes, el Brutal y el Serpent, llegaron al Cabo Francés y le presentaron una orden real para llevar al conde d'Etrées 1200 hombres de los mejores que tuviera en su colonia. Obedeció, aunque con la repugnancia que puede imaginarse, vista la situación en que se encontraba; pero quiso antes mostrarse a la cabeza de 800 hombres del lado de Gohava, para apartar de la mente de los españoles hasta el pensamiento de que soñaba con salir de su isla. Reunió inmediatamente en el Cabo los 1200 hombres que se le pedían; y como los barcos del rey no se encontraron en situación de poderlos llevar a todos, hizo embarcar una parte en algunos navíos filibusteros que encontró a mano y en un buque de la Rochela que estaba en el mismo puerto.

El señor de Poüancey llega a San Cristóbal; propuesta que hace al señor d'Etrées. — No sé qué le obligó a detenerse en Puerto Plata, pero esta demora pudo tener consecuencias bien molestas para la colonia. Un joven se escapó sin ser visto y fue a dar aviso a Santiago, de que el gobernador francés y una buena parte de sus mejores tropas estaban en el mar. Es bastante verosímil que si el señor de Poüancey hubiera sido informado de esta traición, se hubiera visto obligado a cortar su viaje o al menos a dilatarlo; pero no supo del peligro sino cuando se vio felizmente librado de él por la indolencia o por la cobardía de los españoles. No permaneció sino pocos días en Puerto Plata y de allí se dirigió a San Cristóbal, donde fue bien recibido por el señor conde d'Etrées; pero cuando supo que no se lo quería sino en Curazao, no pudo menos de manifestar su sorpresa y decir que semejante bicoca no merecía el honor que se le

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

hacía; que respondía ciertamente de hacerse dueño de ella con 30 filibusteros y que solamente pedía que se cerrara el puerto con tre buques. El señor d'Etrées estuvo bastante de acuerdo con que s podía reducir esa isla con fuerzas bien inferiores a las que él tenía pero no juzgó conveniente cambiar nada en el destino de la flota Aparejó después de las fiestas de Pascua e hizo camino hacia Cu razao, marchando en orden de batalla, con el mismo aparato y la: mismas precauciones que si se hubiera tratado de conquistar la Nue va España o el Perú.

La flota encalla en las islas de Aves. — Sólo se estaba a pocas leguas de las islas de las Aves, que están todas rodeadas de rompientes ocultos bajo el agua, cuando el señor d'Etrées, engañado por la mayoría de sus pilotos, envió por la tarde una orden a todos los buques para que corrieran toda la noche bajo una dirección del viento, que señaló y que llevaba directamente sobre las islas, que no creía tan cercanas. Du Breüil, su primer piloto, le advirtió del peligro en que ponía a la flota; el señor d'Amblimont, capitán de barco le mandó a decir el mismo aviso; pero no creyó deber cambiar la orden dada. Hacia la medianoche 18 navíos, que marchaban en la misma línea, tocaron fondo casi al mismo tiempo y se abrieron primero. El Bourbon, mandado por el señor de Sourdis, el Dromadaire, gran transporte de carga, dos brulotes y el hospital del ejército iban un poco atrás; tuvieron tiempo de virar de borda y sirvieron cuando llegó el día para salvar a las tripulaciones, de las que se perdieron a lo sumo 300 hombres. Algunos barcos filibusteros se rompieron también y entre otros el que llevaba al señor de Poüancey, quien habiendo antes pasado a otro, volvió a tomar inmediatamente el camino de Santo Domingo. Allí encontró todas las cosas sumamente tranquilas. Los españoles, aunque habían enviado espías para verificar el informe del desertor francés, no se habían atrevido a emprender nada, por temor de una represalia, que no se encontraban en situación de sostener, o halagándose con que el regreso del gobernador no sería tan pronto.

Los holandeses cobran varias presas en la costa del oeste. — Los holandeses no fueron tan tímidos. Quisieron tener su revancha del daño que se les había hecho en Tobago y del que se les había querido hacer en Curazao. Se aparecieron con una escuadra a la altura de Goave menor, y se llevaron a lo largo de esa costa hasta doce barcos cargados de tabaco. Uno de esos navíos pertenecía al señor du Casse, que lo rescató inmediatamente. Estas hostilidades

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

no les impidieron hacer el comercio y compraron todavía más tabaco de los habitantes de lo que habían tomado. Hasta dieron a entender bastante que mirarían gustosamente a Santo Domingo como país neutral, si se les dejaba hacer allí el comercio. No se podía negarles la justicia de reconocer que lo habían usado siempre con mucha rectitud; así, a pesar de la animosidad recíproca de las dos naciones y las órdenes reiteradas de la corte, fueron bien recibidos todas las veces que se presentaron para comerciar.

Empresa infortunada de los filibusteros contra Santiago de Cuba. — Por su parte los filibusteros estaban desesperados por haber perdido enteramente el fruto de su último viaje y el señor de Poüancey, para consolarlos, les propuso ir a atacar a Santiago, capital de Cuba. 800 hombres se comprometieron para esta expedición y se les dio por jefe al señor de Franquesnay, que al año siguiente fue hecho el primer lugarteniente real en el gobierno de la Tortuga y costa de Santo Domingo. El desembarco se hizo al sudeste de la ciudad, durante la noche, y nuestros valientes se pusieron inmediatamente en camino bajo un bellísimo claro de luna. Estaban ya cerca de la ciudad, cuando se extraviaron al pie de una montaña que estaba en su camino y en torno a la cual dieron vueltas por largo tiempo, sin saber dónde estaban. Hasta pasó que los que estaban a la cabeza del ejército, encontrándose frente a la retaguardia, la tomaron por una tropa enemiga y cargaron contra ella; es verdad que no pasó mucho tiempo sin reconocerse, porque se pusieron a gritar de ambas partes en francés, *tuë, tuë;* pero este accidente hizo fracasar la expedición. Los españoles, advertidos por los disparos de fusil, que habían oído hacer, se mantuvieron en guardia y habiendo salido pronto la luz, hubiera sido temeridad afrontar con tan poca fuerza una ciudad que en pocas horas podía poner en armas a 4000 hombres. Hubo por lo tanto que pensar en volver a los barcos y se reemprendió el camino de la Tortuga.

Otras expediciones más afortunadas. Tercera toma de Maracaibo. — Otra tropa de filibusteros fue más afortunada en la misma isla de Cuba, donde tomó y saqueó la ciudad de Puerto Príncipe; Santo Tomás en el Orinoco y Trujillo en el continente tuvieron la misma suerte; y el capitán Granmont Parisien, tan célebre en la historia de los filibusteros, sorprendió a Maracaibo. El señor de Poüancey lo había dejado en las islas de Aves, para recobrar lo que pudiera de los restos del naufragio y carenar los buques filibusteros, que no se encontraban en estado de hacerse a la mar. Cuando se hizo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

esto, Granmont se halló escaso de víveres y el tiempo era favorable para ir al golfo de Venezuela; en el acto formó el plan de hacer un desembarco en Maracaibo. El fuerte de la barra lo detuvo primero; su guarnición era de 70 hombres que entraban a él por una escalera de cuerdas: tenían doce cañones y varios pedreros en batería; y el comandante parecía muy dispuesto a no rendirse sino a la fuerza; cambió empero de parecer al cabo de dos días. Los franceses habían abierto una trinchera y la habían llevado ya hasta el alcance del cañón: se preparaban a levantar una batería y las escalas estaban listas para el asalto. Estos preparativos intimidaron al oficial, que se entregó como prisionero de guerra a condición de ser puesto en libertad con toda su guarnición, cuando los franceses se hubieran retirado. Salió con su espada, todos sus oficiales y soldados fueron desarmados y un número parecido de filibusteros fue puesto de guarnición en la plaza.

Granmont marchó en seguida a la ciudad, que encontró abandonada; pasó a Gibraltar, que hizo muy poca resistencia; visitó el lago, donde tomó sin trabajo un gran navío, que ya no podía salir al mar y dos barcas de 30 a 40 tonelads. Una fragata de 12 cañones le costó más; hizo adelantarse a un número de fusileros por los mangles que bordeaban la orilla del lado en que estaba anclada la fragata; hicieron su descarga a la señal que les dio y al mismo momento se acercó en botes, saltó al abordaje y a pesar del fuego continuo de los cañones y de los pedreros, que le mataron a un hombre y le hicieron varios heridos, quedó dueño del buque. Sometido todo el lago, visitó todos los lugares donde los prisioneros le habían dicho que podía encontrar oro. Algunas de sus partidas encontraron a españoles: hubo escaramuzas en varios sitios y los españoles fueron siempre derrotados. Por fin Granmont reunió a toda su gente y resolvió marchar hacia Torilla; pero como no podía esperar adueñarse de esa ciudad sino por sorpresa, se apartó cuarenta y cinco leguas para ocultar su plan.

Habiendo llegado bastante cerca de Torilla, tuvo que pasar un río muy rápido; felizmente encontró, donde se le había indicado, el único vado que tenía; pero los enemigos estaban al otro lado, en una trinchera; pasó con todo gracias a un fuego muy vivo que una parte de su gente hacía contra la trinchera y desde que una compañía hubo pasado, dio una arremetida contra los españoles, que huyeron al bosque. Luego de este golpe de fuerza, ya no apareció un español en campaña: Torilla se encontró toda abierta pero abandonada; y los habitantes se habían llevado todo lo bueno que tenían. No viendo ya ninguna apariencia de poder hacer nada, Gran-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mont volvió a embarcarse hacia mediados de diciembre, luego de estar seis meses en ese país y haber conseguido muy poco botín para 700 hombres que tenía consigo. Sólo perdió 20 en su expedición y casi todos por enfermedad.

Ese mismo año, el Marqués de Maintenon, de la casa de Angennes, llegado recientemente de Francia a las islas en una fragata del rey, llamada la Sorciere, se puso al frente de varios filibusteros con los que hizo estragos en las islas de la Trinidad y de la Margarita; pero la paz concluida en Nimega el mes de agosto de ese año, con España y Holanda, obligó a muchos aventureros a dejar el corso y a hacerse habitantes; y ésta fue propiamente época de la afirmación de la colonia francesa de Santo Domingo. Entonces los españoles, a quienes la experiencia de varios años había enseñado que inútilmente tratarían de echar a los franceses de esa isla, no pusieron ninguna dificultad en tratar con ellos. Se les vio pues aparecer por primera vez en nuestras habitacionees; los franceses fueron con ellos, se hizo amistad de una y otra parte y las dos naciones encontraron su ventaja en esa buena inteligencia; pero todo se hacía de parte de los españoles sin la participación de su comandante, y duró poco.

Rebelión de negros en Puerto de Paz. — Una rebelión de negros, que ocurrió algún tiempo después en Puerto de Paz dio más ocupación al señor de Poüancey de lo que hubiera esperado al principio. Uno de esos esclavos negros, llamado *Padrejan,* después de haber estado varios años al servicio de un español, lo mató y para evitar el castigo debido a su parricidio, se refugió en la Tortuga, donde se le dio la libertad. Pasó luego a la costa de Santo Domingo y allí desbrozó un terreno en el distrito llamado hoy San Luis, y que llevaba antes el nombre de Massacre, frente a la punta occidental de la Tortuga. Como un natural perverso no se corrige con facilidad, y una mala acción le sirve de ordinario para encaminarse a otra, Padrejan apartó del trabajo a algunos de nuestros esclavos, con los que se proponía degollar a todos los franceses de esos distritos. Su plan era retirarse luego entre los españoles, de quienes esperaba que esta segunda perfidia le obtendría el perdón de la primera. Había en aquel tiempo bastante pocos negros en la colonia, y los que había, habían sido quitados casi todos a los españoles. Quedaba en algunos cierta envidia de volver a sus antiguos amos; por eso Padrejan no tuvo mucho trabajo en comprometerlos en la conspiración. Llegó a juntar desde el principio hasta 25. Los armó con todo lo que encontró a mano y recorrió a su cabeza todo el país, hasta Puerto Margot, saqueando y matando todo lo que encontraba.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Luego fue a colocarse en una montaña muy alta, que se ha llamado la montaña de Tarare y que se encuentra entre los distritos de Santa Ana y de San Luis. Allí se hizo una especie de atrincheramiento con árboles y desde allí asolaba todas las habitaciones cercanas, tenía orgías, se llevaba por la fuerza a los negros y mataba a golpes a los franceses que podía sorprender o hallar apartados.

Sufren derrotas. — El señor de Poüancey, que estaba en Puerto de Paz, se vio no poco molesto para reducir a esta canalla. Esta ocupaba un paraje casi inaccesible; se había encerrado en una trinchera bastante buena y no cabía duda de que allí se defenderían hasta el fin. Le costaba exponer gente valiente a morir a manos de viles esclavos, cuya sangre toda no vengaría bastante la muerte de un solo francés; y aún era dudoso que todas las tropas, que estaban entonces en situación de poder enviar contra ellos, bastaran para obligarlos: también se dio cuenta, cuando habló de ir a atacarlos, de que nadie quería correr los riesgos de una expedición de la que no había ni honra ni provecho que esperar. Sin embargo, el mal crecía y cada día quedaba señalado o por la deserción de algunos esclavos o por el asesinato de algún habitante. Por fin una banda de 20 bucaneros vino a pasar por Puerto de Paz; el gobernador los hizo llamar; les propuso el aprieto en que se encontraba y les dijo que le harían un verdadero servicio si quisieran librarlo de ese puñado de esclavos, que desolaban toda aquella costa. Los bucaneros aceptaron el encargo con gusto y lo cumplieron inmediatamente. Se acercaron a la montaña de Tarare; la escalaron con una resolución que asustó a los negros, forzaron la trinchera y mataron a siete de esos infortunados, entre los que se hallaba Padrejan. Todos los demás se dieron a la fuga, desde que se vieron sin jefe; los bucaneros se pusieron en su seguimiento, sin poderlos alcanzar, y llegaron a tierras españolas, donde fueron bien recibidos.

Estado de la colonia. — El año siguiente de 1680, el rey hizo prohibir a los filibusteros continuar el corso contra los españoles; pero esta prohibición, cuyo motivo principal o hasta único, era la libertad y la tranquilidad del comercio, no podía llegar en circunstancias menos propias para hacerlo recibir con la sumisión debida a las voluntades del soberano. Desde algún tiempo el tabaco estaba en dificultades; era la única mercancía que se sacaba entonces de Santo Domingo y no había rigor ni dureza que no se ejerciera sobre los habitantes para obligarlos a darle a un precio muy módico, que se había señalado. Esta vejación los había reducido a la más extrema

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

miseria y el señor de Poüancey fue informado de que la mayoría pensaba retirarse a Jamaica o a Curazao. No encontró nada mejor para prevenir ese mal que hacer correr una carta que había recibido del señor Belinzani, intendente de las islas, donde se señalaba expresamente que se había tomado la resolución de suprimir el arriendo del tabaco al fin del contrato y convertirlo en un derecho de entrada. Esta luz de esperanza pareció disipar un poco la desesperación en que aparentaba estar hundida toda la colonia; pero el gobierno advirtió seriamente al señor Colbert, que no respondía de nada si no se mantenía la palabra.

Motín de los habitantes de Cabo Francés. — Casi al mismo tiempo algunos comerciantes franceses persuadieron a los habitantes del Cabo Francés de que la Compañía del Senegal, que desde algún tiempo hacía en Santo Domingo la trata de negros, quería apoderarse de todo el comercio. No hizo falta más para llenar de rumores todo el distrito; y el señor de Franquesnay, que mandaba allí, quedó sumamente sorprendido al saber que una tropa de gente armada se acercaba a su habitación. Fue inmediatamente al encuentro de ellos y les preguntó qué les autorizaba a tomar las armas: no contestaron más que gritando confusamente: "No queremos nada de Compañía". Les ordenó destacar algunos de ellos para hacerle saber lo que deseaban; lo hicieron y no dejó de hacer nada para persuadir a esos diputados que la Compañía del Senegal no tenía ninguna pretensión que debiera alarmarlos y que no venía a negociar sino como particular; pero no les desengañó nada: hasta le hablaron con suma insolencia y se vio obligado, para no agriar el mal, a despedirlos hasta el regreso del señor de Poüancey, que no debía tardar mucho.

Conducta firme del señor de Poüancey en este encuentro. — Este gobernador supo en el Cul-de-Sac de lo que se trataba y creyó que antes de mostrarse a los amotinados debía establecer en el lugar donde se encontraba, el comercio de la Compañía del Senegal, algunos de cuyos navíos había en aquella costa: hizo hacerles su trato ante él y cuando estuvo terminado, tomó el camino del Cabo. Tres días después que hubo llegado, los habitantes le hicieron presentar una demanda, que no juzgó conveniente contestar; fue a encontrarlos y les habló con toda la autoridad que le daban su carácter y el gran crédito que se había ganado tan justamente en toda la colonia. Lo oyeron con un silencio en que parecían tener parte el temor, el respeto y la desesperación; y como persistieran, luego que hubo acabado de hablar, les dijo que le hicieran saber por

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

algunos de ellos la razón por la que habían tomado las armas. No contestaron todavía nada y pareció que nadie osaba destacarse, por miedo de hacerse señalar o hasta detener. "Pero, repuso el gobernador, ¿cómo sabré lo que queréis, si nadie me habla?" Inmediatamente todos se pusieron a gritar: Nada de Compañía. Vosotros estáis en un error al respecto de la Compañía, contestó el gobernador, ella no pretende nada; no ha obtenido ningún privilegio que deba daros el menor celo; ¿y desde cuándo tenéis derecho a oponeros a las intenciones del rey? Ahora bien. Su Majestad quiere que la Compañía del Senegal haga aquí su comercio con toda seguridad, de la misma manera que sus otros súbditos". A estas palabras, le pidieron despedirse; él les contestó que no retenía a nadie por la fuerza y que podían irse; lo que hicieron.

Apacigua la sedición. — Vinieron a decirle después, que el plan de ellos era quemar sus chozas y refugiarse en el bosque. Pensó que si llegaban a esto, bien podrían con el tiempo llegar a mayores extremos y creyó deber poner remedio inmediatamente. Al día siguiente por la mañana, que era el día de Pascuas, tomó consigo 800 hombres armados y fue ante los amotinados. Habiendo llegado al distrito más próximo, supo que estaban reunidos en número de trescientos, setecientos u ochocientos, no muy lejos. Les mandó decir que delegaran a alguno de su parte y se negaron. Fue a encontrarlos él mismo, acompañado solamente de algunos oficiales; y le dijeron estar bien informados de que la Compañía del Senegal quería hacer ella sola el comercio de la isla; les contestó que se les había engañado y les habló sobre esto de una manera tan segura, que parecieron conmovidos; se dio cuenta de ello y les representó con tanta viveza lo grande de su falta, que deponiendo en ese momento sus armas le pidieron perdón. Les contestó que no estaba en su mano el dárselo; que faltaría a uno de sus deberes más esenciales y se haría culpable él mismo si no informara a la corte de cuanto había sucedido. "Si es así, gritaron ellos, ¿no hay pues aquí seguridad para nadie?" El gobernador comprendió adónde iba esta proposición y dijo que no emprendería nada contra cualquiera que fuera sin haber recibido órdenes del rey, y que él mismo escribiría de suerte que pudiera responder que tales órdenes serían dictadas por la clemencia. En efecto, luego de haber expuesto al ministro el hecho, tal como acabo de referirlo según su misma Memoria, añadió que esa gente tenía muchísimo de qué quejarse, habiendo padecido por el contrato del tabaco pérdidas considerables: que por otra parte no se estaba en condiciones ni de llevarlos hasta el fin ni de prescindir de ellos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Pretensiones de los españoles sobre la isla de Santo Domingo. — El mes de agosto del mismo año, el conde d'Etrées vino a anclar en Goave menor, y escribió desde allí al ministro, que al pasar frente a Santo Domingo había enviado al caballero d'Hervaux al Presidente, para volverle a pedir los prisioneros; pero que ya no se habían encontrado; que habiendo dicho el caballero que no se podía menos de mirar en Francia las hostilidades de los españoles contra los franceses de la isla de Santo Domingo como una infracción al tratado de Nimega, el Presidente le contestó que no se pensaba en España que los franceses tuvieran derecho alguno a un solo distrito de esa isla. Escribió en el mismo tono al señor de Poüancey, enviándole el tratado de que acabamos de hablar y que un sacerdote le entregó de su parte el mes de setiembre; porque reconociéndolo por gobernador de la Tortuga, le aseguraba que mientras dependiera de él no sucedería nada de parte de los españoles que pudiera turbar la unión entre ambas naciones; a condición, sin embargo, de que tendría cuidado de que ningún francés pasara a la isla de Santo Domingo para comerciar allí o para hacer alguna habitación. El señor de Poüancey pensó prudentemente no debía causar incidentes sobre ese artículo, que miró como una formalidad y que había que aprovecharse de la buena inteligencia que prometía el Presidente guardar de su parte, para aumentar y fortificar las habitaciones. Mas para volver a la carta del conde d'Etrées, este señor decía en ella mucho bueno del gobernador de la Tortuga, a cuyo celo, actividad y desinterés no se podía efectivamente pedir más; por eso, a pesar de los movimientos de que hemos hablado, y de las miserias a que habían dado lugar, la colonia crecía a ojos vistas. En el censo del año anterior se habían encontrado en ella 7.000 personas, entre las cuales se podía al menos contar con 3.000 para las expediciones más difíciles; y dos años después el número de los colonos había subido a 7.848, con la mitad capaz de llevar las armas.

Expedición de Granmont a la costa de Cumaná. — Algún tiempo antes de que el señor de Poüancey hubiera recibido las noticias de la paz firmada en Nimega, había dado una comisión al capitán Granmont, que tuvo una parte de su efecto, aunque ese capitán hubiera tenido antes de su partida todo el tiempo para ser informado de la conclusión del tratado; pero los filibusteros no eran demasiado escrupulosos sobre ese artículo y no era fácil retirar de sus manos las comisiones una vez que les habían sido dadas. Granmont ancló el 14 de marzo de 1680 en la isla *Blanca,* que está al nordeste de la Margarita; y el 18 envió a buscar piraguas en tierra firme. Se le

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

trajeron siete el 25. Las hizo equipar en guerra y mientras se trabajaba en ello, mandó a hacer prisioneros, de quienes pudiera tener informes. Los tuvo el 3 de junio y supo por ellos que había bajo los fuertes de la Guaira tres barcos anclados de 22, de 18 y de 12 cañones; y que en Puerto Cabello había uno de 40 piezas, que había traído 800 negros. Terminados todos los preparativos, pasó revista a su gente y encontró que tenía 180 hombres de desembarco. Al día siguiente se embarcó con toda la tropa en un solo navío, dejó orden a los otros que lo vinieran a encontrar en la Guaira, observando sus señales y haciendo seguir sus piraguas a remolque, se adelantó hasta cuatro leguas de tierra. Cuando hubo venido la noche, se puso con toda su gente en las piraguas para hacer a remo el resto del camino. Llegando a una pequeña ensenada, que está a media legua al este de la ciudad, perdió sus piraguas y se le ahogó un hombre: fue la única pérdida que tuvo que lamentar; porque su plan era romper sus piraguas por no tener bastante gente para guardarlas. Quedaba todavía una hora de la noche cuando llegó a tierra y se puso en camino sin perder un momento, y a trescientos pasos de su desembarco sorprendió a cuatro hombres que habían pasado la noche en vigía; pero que lo hicieron descubrir a la ciudad por un disparo de fusil que tuvieron tiempo de hacer antes de ser desarmados.

Inmediatamente se dio la alarma por un cañonazo y por las campanas; lo que obligó a Granmont a apresurar el paso. Llegó a la puerta del este, a tambor batiente y con su bandera desplegada; y aunque estaba defendida por 12 cañones, entró sin resistencia. No se detuvo allí y llegó hasta un fuerte alejado de la ciudad cien pasos, al que hizo inmediatamente ataques muy vivos: él mismo a la cabeza de los granaderos entró por las troneras. Tuvo un hombre muerto y la guarnición 26 de los 38 de que se componía; el resto pidió cuartel y lo obtuvo. Granmont hizo arbolar en seguida su bandera sobre el fuerte y gritar "Viva el rey", lo que intimidó de tal manera a la guarnición de otro fuerte, que era de 42 hombres, que el gobernador vino a recibirlo a la puerta y se entregó prisionero con toda su gente. Todo esto se hizo con 47 hombres, ya que los otros no lo habían podido seguir cuando Granmont dobló el paso en el momento en que se vio descubierto. Cuando se hubo reunido todo la tropa, el general puso cuerpos de guardia por todas partes donde era necesario; derribó los trabajos avanzados; clavó el cañón y se atrincheró en los dos fuertes. El 27 pasó a la ciudad, desde donde hizo varias salidas contra los enemigos y al día siguiente, ante el informé de que se acercaban 2.000 hombres enviados desde Caracas,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

cuya escala o embarcadero es la Guaira, como se dice en América, dio la orden de hacer embarcar a toda su gente.

Es atacado y herido en su retirada. — Se esperaba bien que esta retirada no se haría sin ser atacado y quedó en la orilla con los más valientes, para cubrirla; en efecto, pronto tuvo encima de sí a trescientos hombres, a quienes resistió durante dos horas con mucho valor; pero fue bastante peligrosamente herido en la garganta. Uno de sus oficiales vio partida su espada y seis soldados quedaron tendidos en el lugar. Había tenido a uno muerto en el ataque del primer fuerte y otro ahogado al desembarcar, como vimos; es todo lo que costó a Granmont esta expedición, que le adquirió mucha gloria por su conducta y su valentía, que demostró; pero no logró gran botín. Embarcó consigo al gobernador de la Guaira y a otros 150 prisioneros, cuyo rescate contaba le resarciría al menos de sus gastos, y el 28 aparejó para tomar agua en las islas de las Aves. Su herida iba muy mal y hasta se temía por su vida. Despidió a todos bajo el mando del capitán Pin su lugarteniente y no guardó consigo más que una presa que había hecho bajo los fuertes de la Guaira. Curó por fin y el 13 de agosto ancló en la rada de Goave menor, pero al día siguiente un huracán lo lanzó contra la costa y rompió su navío, con su presa y otro barco armado en guerra que se hallaba en el mismo fondeadero.

Muerte del señor de Poüancey: en qué estado deja la colonia. — Al año siguiente, del 1681, el señor de Poüancey pasó a Francia, de donde volvió a Santo Domingo el mes de abril o de mayo de 1682. Murió allí hacia el fin del mismo año o al principio del siguiente, lamentado por cuantos lo habían conocido. Es cierto que a pesar del cuidado que se había tomado para establecer el orden en su gobierno, a pesar de su celo por la disciplina, su firmeza, su prudencia y su experiencia, lo dejaba en el estado más deplorable que pueda imaginarse. De los tres cuerpos, que formaban principalmente la república aventurera, el más antiguo, a saber, el de los bucaneros, estaba reducido a casi nada; los otros dos estaban unidos por el interés, pero lo que hacía su fuerza los mantenía en un espíritu de indocilidad que daba mucho trabajo y causaba grandes molestias a los gobernadores; quienes no teniendo la fuerza en sus manos, creían hacer mucho cuando podían impedir que se amotinaran. Lo que llevaba sobre todo los habitantes a rebelarse era la miseria a que se encontraban reducidos por la dureza que usaban contra ellos los comisionados del contrato del tabaco, y a lo cual, pese a las promesas

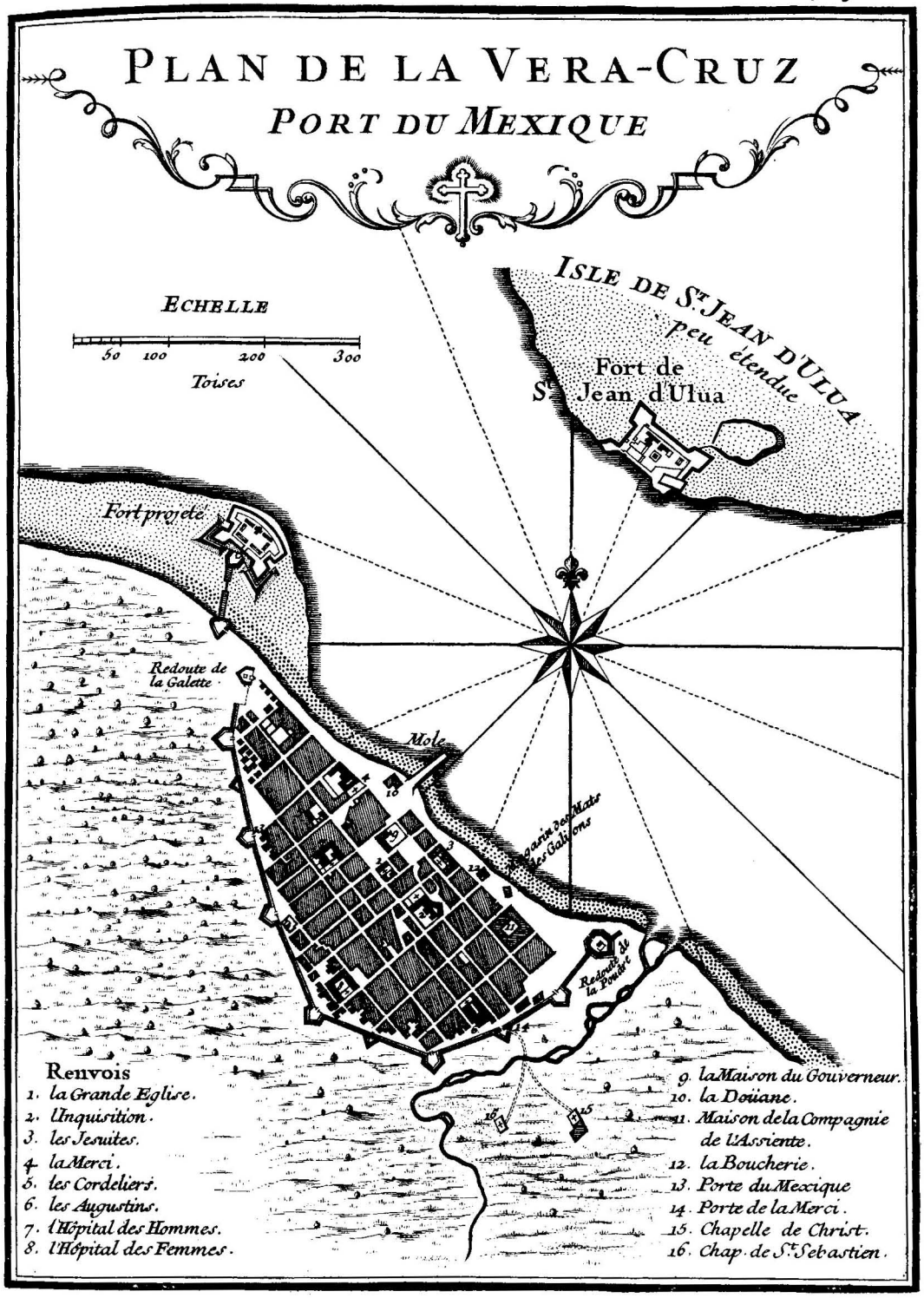
Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

que se les había hecho tantas veces, no se ponía remedio alguno. En lo tocante a los filibusteros, al mismo tiempo que hacían temblar a todas las Indias, eran de muy escasa ayuda a la colonia, de que eran miembros, contra los enemigos exteriores; impedían que pudiera enriquecerse con el comercio, la ponían en continuo peligro de ser arruinada por represalias y casi nunca estaban en situación de defenderla. Por otra parte, como no reconocían por superior suyo al gobernador de la Tortuga sino en cuanto estaban bien seguros de ser autorizados por él, se reservaban siempre el derecho de hacer poquísimo caso de sus órdenes; y luego que por mucho tiempo se les hubo mirado como un mal tolerado por necesidad, se había llegado a considerarlos ya como ni necesarios ni tolerables; o al menos se había llegado a la persuasión de que los servicios que se podían sacar de ellos no tenían comparación con los males que de ellos se debían temer. Era la idea que entonces se había formado de los filibusteros y el principio en que se basó después la manera de gobernarlos.

Lo que tenía que temer de fuera. — Por otra parte, los españoles seguían siempre su plan, de no mirar a los franceses establecidos en la isla de Santo Domingo más que como bandidos y gente sin fe y a sus habitaciones como receptáculos de todos los corsarios que infestaban sus costas y todos los mares de las Indias occidentales. Por eso, aun en tiempo de paz, seguían haciéndoles una guerra implacable. Los ingleses de Jamaica, que conocían mejor que ellos todavía lo que podía llegar a ser esa colonia, si se le daba tiempo de civilizarse, de fortificarse, de establecer la autoridad del soberano y la subordinación, y de aumentar su comercio con el cultivo del añil, de la caña de azúcar, del algodón y de todos los otros géneros, de que es capaz el terreno de la isla; los ingleses, digo, tomaban ya medidas para librarse de tan molesta vecindad: de esto se tuvieron pruebas convincentes poco después de morir el señor de Poüancey, mediante una carta que se encontró en una barca española. El gobernador de Jamaica la había escrito al de La Habana y contenía el proyecto de una unión de las dos naciones, para echar a los franceses de Santo Domingo y los medios que se debían tomar para llegar a tal fin.

Un barco inglés tomado por Granmont y su tripulación pasada al filo de la espada. — Poco tiempo después de este descubrimiento, a fines del año 1683, un barco inglés de 30 cañones fue visto cruzando el canal que hay entre Puerto de Paz y la Tortuga; allí per-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

maneció tres días. Se avisó al señor de Franquesnay, que estaba en el Cabo; y ese oficial que como único lugarteniente del rey en el gobierno de la Tortuga y costa de Santo Domingo, tenía toda la autoridad, hasta que el rey hubiera nombrado a un sucesor del señor de Poüancey, envió una chalupa para saber del capitán lo que buscaba. El capitán contestó que se paseaba, que el mar era libre y que no tenía sobre esto ninguna cuenta que darle. Ante esta respuesta, Franquesnay hizo armar una barca, puso en ella 30 filibusteros y los mandó para apoderarse del navío. Encontraron a gente que los esperaba y los recibieron con mucha resolución, obligándolos a retirarse en desorden. Este fracaso irritó a los franceses y el lugarteniente real comprometió al capitán Granmont, que estaba anclado en el cabo con un barco de 50 cañones, a vengar la afrenta que la nación acababa de recibir. Granmont aceptó la comisión con alegría. 300 filibusteros se embarcaron inmediatamente a su bordo. Encontró al inglés muy orgulloso de su victoria; se le enganchó primero; pasó a toda la tripulación al filo de la espada y no salvó la vida sino al capitán, al que llevó preso al Cabo con su presa, tanto más contento de haberse señalado así por la patria, cuanto que este servicio podía hacerle obtener su gracia para un asunto que interesaba con él a los más célebres de entre los filibusteros: he aquí de lo que se trataba.

Toma y saqueo de Veracruz por los filibusteros. — A comienzos de este año, o a fines del anterior, un cierto Vand-Horn, natural de Ostende, que toda su vida había servido con los franceses, pero que según es ordinario en los corsarios había más de una vez corrido contra los navíos de esta nación, cuando había encontrado ocasión favorable; Vand-Horn, digo, habiendo ido a comerciar negros a Santo Domingo, el presidente le retuvo toda su cargazón en represalia de lo que había hecho saquear a los súbditos del rey católico. Ultrajado con este proceder, juró vengarse y habiéndose dirigido a Goave menor, allí tomó, dice el historiador de los filibusteros, una comisión del señor de Poüancey para hacer el corso contra los españoles: pero parece mucho que este autor se engañó aquí, o bien que esta comisión era mucho más antigua de lo que da a entender; ya que desde algunos años el corso estaba prohibido, como lo hemos dicho y se consideró un crimen de los filibusteros la expedición de que vamos a hablar. Sea lo que fuere, Vand-Horn reunió unos trescientos filibusteros de los más valientes, entre ellos Granmont, que acababa de perder por un golpe de viento un navío de 52 piezas de cañón y todo lo que tenía en el mundo y quiso mucho servir en calidad de voluntario; pero como

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Vand-Horn no pretendía limitarse al simple corso, que no lo hubiera vengado bastante, buscó a compañeros con los que pudiera hacer alguna empresa considerable, y los encontró bien pronto. Los más considerables fueron Laurent de Graff, natural de Dort, en el condado de Holanda, Godefroy y Jonqué.

Descripción de esa ciudad. — Como toda era gente de gran reputación, bien pronto juntaron 1.200 hombres escogidos, que se embarcaron en diez navíos. Laurent de Graff y Vand-Horn, que fueron reconocidos por jefes de la empresa, montaba cada uno una fragata de 50 cañones, Godefroy y Jonqué tenían cada uno un barco; las otras no eran sino barcas. Se había tenido algún trabajo en decidir de qué lado se volverían tan grandes fuerzas; pero después de algunas discusiones Vand-Horn y Granmont hicieron resolver el ataque de Veracruz. Como todos saben, es un puerto situado al fondo del Golfo de México, por los 18 grados o cerca de latitud norte. La ciudad nunca ha sido ni hermosa ni bien construida y no se ve en ella a nadie de nobleza ni a persona que tenga alguna figura; pero no hay ninguna otra en el mundo por donde pasen más riquezas. Es el embarcadero de México y aún se la puede considerar como el almacén de todo lo que sale de la Nueva España y de todo lo que va a ella desde Europa. Los barcos anclan entre la ciudad, que está en tierra firme, y la pequeña isla de San Juan de Ulúa, donde están amarrados a tierra bajo los cañones de un fuerte, que por mucho tiempo se ha considerado inexpugnable; y ese puerto está al abrigo de los vientos de la banda del norte, los únicos que son de temer en esa costa. En 1683 no había ninguna fortificación en la ciudad del lado de tierra; pero una especie de fuerte, que la dominaba, y donde había 12 piezas de cañón servía igualmente tanto para garantizarla contra los enemigos de fuera como para tenerla en respeto; además de esto, tenía siempre una guarnición muy nutrida y podía en poco tiempo ser socorrida por todas las fuerzas de Nueva España.

Felizmente para los filibusteros, mientras consultaban todos los medios de tener éxito en una empresa, para la que hubieran hecho falta, a lo que parece, diez veces más tropas de las que tenían, supieron de algunos prisioneros españoles tomados hacía poco, que se esperaban en Vera Cruz dos barcos de la costa de Caracas cargados sobre todo de cacao, del que se carecía por completo. Ante esta información se resolvió embarcar al mayor número de gente posible en los dos navíos mayores, lo que se ejecutó; y al acercarse la flota a la ciudad, estos dos barcos arbolaron pabellón español, tomaron la delantera y aparecieron a la vista del puerto la víspera

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de la Asunción de la Virgen. Los españoles no dudaron, al verlos, que fueran los dos barcos de Caracas; la alegría fue grande y toda la orilla se encontró en un momento llena de gente. Al cabo de algún tiempo se observó que los dos barcos no avanzaban y aún parecían alejarse, aunque tuvieran viento favorable y todo el tiempo necesario para entrar antes de la noche. Esto hizo nacer algunas sospechas: se advirtió a don Luis de Córdoba, gobernador de la ciudad, quien contestó que no se alarmaran intempestivamente; que los dos barcos que aparecían eran los esperados; que tenía cartas de aviso donde se les describía de modo que no podían engañarse. Hizo dar la misma respuesta al comandante de San Juan de Ulúa, que le había enviado un propio para advertirle que estuviera en guardia. Llegada la noche, cada cual se retiró a su casa y no hubo nadie que no creyera poder descansar con el aire de seguridad que mostraba quién era el más interesado en no dejarse sorprender.

Los franceses entran en la ciudad durante la noche y se apoderan de todos los puestos. — Cerca de la medianoche, los filibusteros, que a favor de las tinieblas habían hecho su desembarco en la antigua Veracruz, alejada tres leguas de la nueva, y a su oeste; llegaron a la nueva sin ser descubiertos y entraron sin resistencia, fueron derechos a la casa del gobernador, forzaron la centinela que estaba ante su puerta; se apoderaron de su persona, se hicieron dueños de la pequeña fortaleza y de todos los puestos más ventajosos; y se quedó extrañamente sorprendido cuando habiendo sonado la alarma a la luz del día en la iglesia mayor, por algunos disparos de fusil que se habían oído. Habiendo salido los soldados de la guarnición para ponerse bajo sus banderas, vieron a los franceses armados en todas las plazas y en las avenidas de las calles principales. Llegado el día y nadie atreviéndose a aparecer, porque los primeros que se habían mostrado habían sido inmediatamente echados contra el suelo; los vencedores hicieron salir a todos de las casas y encerraron en las iglesias a la guarnición y a los burgueses, hombres, mujeres y niños; allí los dejaron tres días y tres noches sin darles de comer ni de beber y emplearon todo ese tiempo en saquear. Llevaron luego agua a sus prisioneros y varios, por haber bebido sin moderación, murieron en el acto. Les hicieron también dar víveres, pero en cantidad muy reducida.

Por suerte para este pueblo afligido, el obispo de la ciudad de los Angeles, de que Veracruz depende en lo espiritual, hacía la visita cerca de allí; cuando supo el extremo a que estaba reducida aquella parte de su rebaño, corrió en su ayuda y habiendo obtenido un salvoconducto del almirante filibustero, que era Laurent de Graff, comenzó

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

a tratar del rescate de los burgueses y de la ciudad. Fue ajustado en dos millones de piastras, cuya mitad fue pagada el mismo día y los vencedores no dieron más que el día siguiente para término del pago del otro millón, porque no había seguridad para ellos en quedar por más tiempo en la ciudad, a la que el virrey se acercaba con grandes fuerzas. Hacia las once de la mañana el rescate, que había tenido que hacerse llegar desde muy lejos, no estando más que a cinco leguas, y el virrey a diez, unos franceses, que estaban de vigía en el campanario de la iglesia mayor, avisaron a sus oficiales que aparecía una flota de 14 velas, y éstos no dudaron en nada que se trataba de la flota de la Nueva España, que se esperaba de Europa.

Confusión de los filibusteros y de los españoles: los primeros se embarcan. — Este incidente, que se divulgó inmediatamente, puso igualmente en alarma a los franceses y a los españoles; temiendo aquéllos encontrarse entre dos fuegos, y éstos ser asesinados por sus vencedores, aunque no fuera más que para disminuir el número de sus enemigos. Los filibusteros fueron sin embargo los que tuvieron la mejor compostura; pero como todos los momentos eran preciosos, embarcaron diligentemente todo lo que pudieron de su botín, del que lo mejor consistía en plata y en cochinilla; y esperaron la otra mitad del rescate, que no estaba lejos. No llegó empero a tiempo porque quienes la llevaban se detuvieron ante el ruido que hacían los cañones de San Juan de Ulúa, que no cesaba de disparar desde que apareció la flota española; así al acercarse dicha flota los filibusteros se vieron en la necesidad de partir. Se embarcaron en sus chalupas a la entrada de la noche; y para suplir a lo que no se les había pagado aún, se llevaron a todos los esclavos que encontraron en la ciudad, con todas las mujeres e hijos negros o mulatos, aunque libres; lo que ascendía a 1500 personas. Llegaron luego sin oposición a sus barcos, que estaban anclados a algunas leguas al largo, en lo que se llama la isla o el cayo del Sacrificio, llamado así por Grijalba por la razón que dije en otra parte.

Diferencia sobrevenida entre los filibusteros. — Pasaron allí la noche en gran confusión y con la aprensión continua de verse atacados por la flota española; pero esta flota había tenido aún más miedo que ellos y se había considerado felicísima con haberse podido deslizar en el puerto de Veracruz sin ser apercibida. No fue tan fácil para nuestros aventureros el librarse de otro embarazo que no habían previsto suficientemente. Ya no les quedaba casi nada de agua y no habían pensado en procurársela desde su llegada a aquella costa.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En este extremo se deliberó lo que se haría con los 1500 prisioneros, a los que se acababa de embarcar; los pareceres se encontraron divididos: se calentaron los ánimos; los dos jefes se encontraron de palabras y fueron a batirse. Un golpe de espada que Vand-Horn recibió terminó el combate, pero la querella de los jefes se convirtió en la de las tripulaciones e iba ya a llegarse a las manos, si de Graff no se hubiera apresurado a hacer el reparto del botín y de los prisioneros y no se hubiera hecho inmediatamente a la vela con la mayoría de los barcos. Tuvo una navegación felicísima y fue a tomar tierra en Goave menor, de donde había salido.

Muerte de Vand-Horn. — Vand-Horn permaneció 24 horas en el cayo del Sacrificio después de la partida del señor de Graff, luego de la cual se hizo también a la vela con un patache y una barca larga. Su herida, que era en el brazo, no había al principio parecido nada peligrosa; pero cuando menos se pensaba se gangrenó y murió sumamente lamentado por toda su tripulación, cuya estima y afecto por él no podían ser mayores. Era quizás el hombre más atrevido y más valiente del mundo y no podía ver la menor cobardía en ninguno de los suyos, sin partirle la cabeza inmediatamente. Murió dejando su fragata al capitán Granmont, quien no pudo llevarla a Santo Domingo sino tras haber padecido todos los reveses a que se puede estar expuesto en el mar. Tuvo sobre todo que sufrir un hambre espantosa, que le hizo perder la cuarta parte de sus prisioneros. Por otra parte, habiéndose apartado su patache, fue apresado por los españoles y su barca larga desapareció de improviso sin que nunca se volviera a tener noticia de ella; pero un navío español, que había tomado antes de estas pérdidas, le había compensado de ellas por antemano.

Por otro lado, los que habían seguido a de Graff se habían dispersado en seguida y habían llegado los unos después de los otros a varios puertos de Santo Domingo, donde a pesar de las prohibiciones del señor de Franquesnay, que mandaba en la isla, fueron muy bien recibidos en todas partes; los habitantes no dejaron pasar tan buena ocasión de dividir los tesoros de Veracruz con gente que no buscaba sino gastarlos. Además ese comandante no estaba en situación alguna de impedírselo, al no tener ni fortaleza ni guarnición y viéndose todos los días expuesto a los desembarcos de los españoles que asolaban todas nuestras costas. Añade en una carta al ministro, para informarlo de cuanto acabo de decir, y que tiene fecha de 12 de octubre de 1683, que al esparcirse el rumor de que quería hacer un

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

escarmiento en algunos de los más culpables del saqueo de Veracruz, habían venido a su casa hasta 120 con la intención de matarlo.

Se rompe el buen entendimiento entre los filibusteros de Santo Domingo y los de Jamaica. — Entretanto, Granmont entró en el puerto del Cabo Francés, viniendo de Veracruz, y fue entonces cuando tomó el barco inglés de que hablé arriba. También observé que hacía poco se habían descubierto las intrigas del gobernador de Jamaica con los españoles para echar a los franceses de Santo Domingo. Los ingleses habían sido castigados en el acto, porque nuestros filibusteros no los habían querido recibir en un armamento que hacían para ir de corso y hasta habían confiscado lo que les debía corresponder de la última expedición hecha en común. Pero esta última acción de Granmont acabó de romper el buen entendimiento que hasta entonces había habido entre las dos colonias y que había contribuido infinitamente a hacerlas muy florecientes. Tal era la situación de las cosas cuando el señor de Cussy, que de colega del señor de Poüancey había llegado a ser su competidor y luego su subalterno; y al que hasta se le había negado el empleo de lugarteniente del rey, que se había dado al señor de Franquesnay, fue finalmente declarado sucesor suyo. Sus provisiones son del 30 de septiembre y las recibió en la corte, a donde había ido a solicitar su adelantamiento. Pasó todavía allá una parte del invierno y no se embarcó sino en el mes de marzo de 1684, para Goave menor, a donde llegó el último día de abril.

El señor de Cussy llega a Santo Domingo con las provisiones de gobernador. — Allí lo encontró todo en desorden y aunque había informes de que los españoles se preparaban a atacar ese puesto, no se hacía ninguna guardia. Sin embargo el señor de Franquesnay estaba allí; pero bastante molesto con contener a los filibusteros, a quienes había querido declarar bandidos y que estaban a punto de llegar a una rebelión abierta. La presencia del nuevo gobernador restableció un poco el orden: el señor de Cussy pasó en seguida a Léogane, y encontró en ese lugar a muchos sediciosos que no querían reconocer a sus oficiales. Como los principales habitantes eran del número de los amotinados, creyó deber disimular y tomarlos por suavidad, lo que consiguió: dos días después, cada cual estaba en su deber. El 28 partió para visitar la Tortuga y los distritos de la banda del norte, donde todo andaba sumamente tranquilo. Permaneció allí hasta el primero de julio, cuando regresó a Goave menor. Apenas había llegado, cuando Granmont vino a encontrarlo con otros va-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

rios filibusteros y le pidió comisiones de corso contra los españoles. Tuvo dificultad en dárselas, tanto más cuanto que tenía orden del señor de Seignelay de reunir a todos los filibusteros para una expedición de que hablaremos después. Al fin viendo que no podía reunir a toda esa gente, sino enviándoles a un hombre que tuviera crédito ante ellos, creyó deber otorgar a Granmont lo que le pedía, pero a condición de reunir a todos los que el señor de Franquesnay había obligado a alejarse, declarándolos bandidos y de llevarlos a todos a Santo Domingo en el tiempo que les indicó.

Combate ante Cartagena entre los filibusteros y los españoles. Laurent de Graff no había aún osado mostrarse en público desde su expedición de Veracruz y bien pronto se había vuelto al mar para hacer el corso. El 23 de diciembre el gobernador de Cartagena supo que él, otros dos filibusteros de fama, uno de los cuales era el célebre Miguel el Vasco, de que ya hemos hablado, y el otro Jonqué, que se había distinguido en varias expediciones, cruzaban en torno de su puerto. Mandó contra ellos dos fragatas, una de 38 cañones y de 300 hombres de tripulación; la otra de 40 piezas y con 250 hombres, con un barco de doce pedreros y de diez cañones, y dio órdenes a quienes los mandaban que le llevaran a esos tres corsarios muertos o vivos. Cada uno de ellos montaba un navío, de los que el más fuerte era de 30 piezas y 200 hombres y los otros dos algo menores. Desde que percibieron a los españoles, fueron contra ellos, los abordaron y tras un combate de hora y media, se los llevaron. Todo lo que no había sido muerto fue vuelto a enviar a tierra y se les encargó una carta para el gobernador de Cartagena, con la que Graff y sus dos compañeros le agradecían haberles enviado tan buenos barcos; añadían que nunca una ayuda les había llegado más oportunamente, puesto que sus barcos no valían nada; que si tuviera todavía algunos de los que quisiera deshacerse, los esperarían quince días, pero que no los enviara sin dinero, que necesitaban mucho, porque de lo contrario no darían cuartel a nadie.

El señor de Cussy tuvo estas noticias a su llegada de Francia. Se le dijo al mismo tiempo que el capitán Bernanos había partido hacía tres meses con cuatro barcos para hacer un desembarco en el golfo de Paria y que el capitán Le Sage, que montaba un navío de 30 cañones estaba de crucero por la costa de Caracas. Por fin a su llegada al Cul-de-Sac y al tiempo que despachaba a Granmont para reunir a los filibusteros y asegurarles que serían bienvenidos a Santo Domingo, supo que de Graff acababa de tomar tierra en la Gran Ensenada con una nueva presa hecha a los españoles. El plan de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

este capitán era ponerse al habla; pero habiendo sabido que el señor de Cussy había sido nombrado gobernador de Santo Domingo y que estaba en Goave menor, fue a encontrarlo allá y se le recibió con toda la distinción que podía esperar el capitán de todos los filibusteros que tenía más brillante reputación; aunque Granmont fuera más propio que él para conducir un asunto grande.

Los señores de S. Laurent y Begon pasan a Santo Domingo y por qué. — El señor de Cussy no quedó por mucho tiempo en Goave menor, viéndose obligado a dirigirse a la banda del norte por las razones que voy a decir. La indocilidad de los filibusteros y el trastorno que habían ocasionado sus últimas incursiones en los asuntos de Santo Domingo no eran la única cosa que atraía la atención del ministerio de esta parte; todavía no se había podido fundar en esta isla ninguna clase de religión ni de policía ni tomar medida alguna para que la justicia estuviera bien administrada; y ese desorden empezaba a no ser ya tolerable, a causa del sensible crecimiento de la colonia. Pero como la autoridad naciente de un nuevo gobernador, poco versado por otra parte en el estudio de las leyes, no pareciera suficiente para remediar a tantos males, el caballero de Saint-Laurent, que acababa de ser nombrado lugarteniente real en el gobierno de las islas francesas de América, y que mandaba en ausencia del gobernador general y el señor Begon, que era intendente, recibieron orden de trasladarse a Santo Domingo, de visitar todos los distritos habitados por los franceses y trabajar de concierto con el señor de Cussy para reformar todos los abusos que se habían introducido. Obedecieron y tomaron tierra en el Cabo Francés los primeros días del mes de agosto 1684.

Hostilidades de los españoles durante la tregua. — Fue la noticia de su llegada lo que obligó al señor de Cussy a partir de Goave menor, porque esos señores le habían dado cita en el Puerto de Paz y apenas hubo desembarcado cuando supo por un propio que le había despachado el señor de S. Laurent, una cosa, de la que aparentemente no le molestó demasiado que él y el señor Begon hubieran sido testigos. La tregua subsistía siempre entre Francia y España; pero ya he observado que los españoles de América no querían ni paz ni tregua con los franceses de Santo Domingo. Una media galera de esa nación, montada por 80 hombres, entró la noche del 28 de agosto en el puerto del Cabo a favor de un hermoso claro de luna. Los que sabían lo difícil que era la entrada a ese

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

puerto, no tuvieron ningún trabajo en creer que se pudiera haberles sorprendido así, mientras un comandante general y un intendente estaban en la plaza. Sea lo que fuere, la media galera abordó a un barco mercante, que estaba anclado junto a otros dos, y le mató tres hombres, hirió a cuatro y se lo hubiera al parecer llevado, si no hubiera visto gran número de gente que se embarcaba en canoas para socorrerlo. Al ver esto, tuvo que retirarse a toda prisa; pero tal hostilidad dio mucho que pensar a los señores de Saint-Laurent y Begon. Sin embargo, el señor de Cussy los tranquilizó un poco, diciéndoles que no era más que una canalla que no se atrevía a mostrarse en pleno día, aun en los lugares más débiles y que aunque hubiera quince barcos parecidos a ése, que rondaban sin cesar alrededor de las costas francesas, él no quería más que un barco bien armado para destruirlos o al menos obligarlos a perderse de vista.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Aplicación del señor de Cussy a disponer bien la colonia. — Este gobernador, mientras esperaba a los señores comisarios en la cita, que le habían dado, no había quedado ocioso; y como conocía perfectamente las necesidades de la colonia, la naturaleza del mal, al que se quería remediar y lo que convenía hacer para lograrlo, había en realidad adelantado la obra, cuando aquéllos llegaron al Puerto de Paz. Les dio un informe tan exacto del estado en que se encontraban los asuntos, les comunicó sus ideas tan justas y tan sensatas para arreglarlo todo de una manera tan suave como eficaz y les sugirió expedientes de una realización tan fácil, para vencer todos los obstáculos que se preveían: que ellos comprendieron que una colonia establecida en un fondo tan rico compuesto de gentes capaces de tan grandes cosas, y gobernada por un hombre tan ilustrado y tan laborioso, no podía dejar de ser una de las más florecientes del Nuevo Mundo, desde que se hubiera llegado a cabo de introducir en ella el orden y la disciplina y de hacer gustar la dulzura de un gobierno fundado en la religión y la justicia. Es verdad que, si se cree al señor de Cussy, ese trabajo le había costado la pérdida de su salud, que nunca pudo recobrar; pero era entonces mucho más necesario obrar con la cabeza que con el brazo, y hubiera sido de desear que se le hubiera puesto en situación de no verse nunca obligado a actuar de otra manera.

Abusos que se habían introducido entre los filibusteros. — Los mayores desórdenes y los más difíciles de corregir estaban entre los filibusteros. Los señores de Saint-Laurent y Begon encontraron su-

mamente extraño que se hubiera sufrido hasta entonces que esos aventureros se armaran con el solo permiso del gobernador de la Tortuga; que estuvieran en la situación de no dar ninguna caución ni declaración de sus tripulaciones a la secretaría, ya antes de su partida, ya después de su vuelta; que no rindieran cuenta ninguna de los que habían muerto o los que ellos habían degradado, como seguían haciendo siempre para ciertos casos por su propia autoridad y sin ninguna formalidad de justicia; que embarcaran a toda clase de gente sin permiso del gobernador; que fueran a comprar todo lo que necesitaban y a reparar sus navíos a Jamaica, a Baston, a la isla de Saint-Thomas y a otros lugares de las posesiones inglesas, donde gastaban por ello un dinero infinito; que se hubieran mantenido siempre en el derecho de deponer a sus capitanes, cuando no estaban contentos con ellos; que no guardaran ninguna regla al respecto de las presas, que no hicieran ningún inventario de ellas y que se las dividieran entre sí sin haberlas hecho juzgar; que las llevaran con frecuencia a los extranjeros; que echaran a pique los barcos de que no querían servirse; que no llevaran a la costa más que los prisioneros de que esperaban sacar un gran rescate; que no pagaran el diezmo sino cuando querían y pretendieran no tener obligación de pagarlo de todo lo que no tomaran en el mar; que vendieran los negros tomados a los españoles en perjuicio de la Compañía de Africa; y por fin que tratasen en la mar con los ingleses.

Se trabaja por hacerlos volver a la colonia. — Era conocer muy poco a los filibusteros el sorprenderse de todo esto; hasta había algunos artículos en los que había bastante poco fundamento para quererlos molestar. El medio, por ejemplo, de impedirles ir a hacer víveres y reparar sus barcos en Jamaica o en los otros lugares de que he hablado: ya que la costa de Santo Domingo no les podía casi nunca suministrar nada de lo necesario para ello. Se convino sin embargo en que había que tomar medidas para someterlos a conformarse con las leyes y los reglamentos a que estaban sometidos los demás súbditos del rey. Pero había otra cosa más urgente que hacer y en la que vimos que el señor de Cussy había trabajado seriamente, desde que se vio en su puesto. Ese cuerpo de aventureros estaba compuesto entonces por 3000 hombres. Había sido más numeroso; pero habían muerto muchos por las enfermedades y por el hierro de los españoles, sobre todo en dos infortunadas expediciones a Campeche, donde habían sido muy derrotados. Se trataba de reunir sus restos, y cuando los comisarios quisieron entrar en el detalle de los medios que había que tomar para llegar al fin, que-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

daron convencidos. Primero, que no había que descuidar nada para conservar el cuerpo de los filibusteros. En segundo lugar, que no se lo conservaría nunca si no se usara de grandes arreglos con ellos y si se les prohibiera absolutamente el corso.

El rey no gusta de los arreglos hechos con ellos. — Redactaron sobre esto una Memoria, que enviaron al rey y que a este príncipe no le gustó nada al principio. Es lo que se ve por una carta del señor de Seignelay al señor conde de Blenac, gobernador general de las islas, donde le dice: "Su Majestad ha examinado lo que los señores caballeros de S. Laurent y Begon han escrito juntamente sobre el viaje que hicieron a la costa de Santo Domingo. El no ve que razonen justamente acerca de los filibusteros. Es mucha verdad que no hay que dejarlos destruir, ni desesperarlos, de manera que se los obligara a pasar a las islas inglesas y a fortalecer el gran número de ingleses que hacen el corso; pero también hay que impedir por todos los medios posibles que se pongan en situación de turbar la libertad de comercio de las Indias en España. Y fácilmente comprenderán lo necesario de esto, cuando reflexionen que de todas las naciones de Europa los españoles son los que se aprovechan menos de las Indias; que los franceses, por la abundancia de las mercancías que llevan a Cádiz, sacan una gran parte del dinero que se lleva allí, y que de esta manera, cuando los filibusteros hacen presas a los españoles, son éstos los que sufren menos la pérdida que los franceses interesados en tal comercio. Por lo tanto, cuando los comandantes franceses han dado comisiones a esos filibusteros para armarse en guerra, han excedido por completo sus poderes y hecho contra las intenciones de Su Majestad, quien estima que nada sería tan importante como hacer de esos vagabundos buenos habitantes de Santo Domingo o de cualquier otro lugar, al que pudieran acostumbrarse y de donde pudieran hacer por tierra a los españoles una guerra que no tendría nada de contraria al comercio de sus súbditos". Todo esto estaba pensado muy justamente; pero en la situación en que estaban las cosas, su práctica era imposible; y nada lo hará ver mejor que lo que le sucedió a continuación al señor de Cussy, por haber entrado un poco demasiado en las ideas de la corte a este particular.

Carácter del señor de Cussy y calumnias publicadas en contra suya. — Antes que este oficial estuviera en su puesto, no había en toda la colonia sino una sola voz en lo que le tocaba. Se convenía en que era suave, popular, equitativo, celoso del bien público, há-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

bil para manejar los espíritus, prudente y circunspecto, lleno de honor y de probidad. Los filibusteros tenían plena confianza en él y la noticia de su nombramiento para la gobernación de Santo Domingo apenas se había difundido entre ellos, cuando la mayoría, que se habían retirado por temor y por despecho, vinieron a buscarlo y le juraron entera obediencia. Pero desde que quiso ponerlos a prueba y obligarlos a dejar el corso, ya no fue nada de todo cuanto acabo de decir; y es increíble hasta qué punto lo denigró la mayoría. Se empezó a decir que antes de pasar a América nunca había hecho la guerra sino a las liebres y a las perdices; se cometió hasta la desvergüenza de asegurar que él mismo era el primero en saberlo de quienes hubieran podido juzgar lo contrario: lo que era tanto más falso cuanto que se guarda todavía en el depósito de la Marina la Memoria que presentó al señor de Seignelay, para darle a conocer sus servicios en Francia. Pero de lo que fue particularmente acusado es de haber tenido una pasión extrema por el comercio, de haberle dado siempre su atención principal; de haber hecho una buena parte de esto desde dentro y de haber mantenido siempre uno desde fuera con los españoles, sin cuidarse de si estábamos en paz o en guerra con esa nación; y por esta conducta tan poco digna de un hombre que mandaba a los más valientes de la tierra, haber envilecido la autoridad del rey, de que era depositario y haberse atraído al fin el desprecio y la indignación de quienes le habían testimoniado al principio más estimación y afecto. Se llegó hasta a sospecharlo de inteligencia con los enemigos naturales de la colonia que gobernaba y no se temió absolutamente publicar, como algo reconocido por todos, que si esta colonia hubiera tenido otro jefe que él en las circunstancias en que se encontró, toda la isla de Santo Domingo hubiera sido ganada para Francia. Veremos en su lugar cómo se descubrió la calumnia y se asombrará uno sin duda que después de que el punto de evidencia donde la virtud, el desinterés y la bravura de ese gobernador fueron puestos por los cuidados de su sucesor, haya todavía gente en Santo Domingo que despiertan estas cenizas, renovando acusaciones tan evidentemente falsas y declaradas tales de la manera más jurídica y más indiscutible.

Establecimiento propuesto en la Nueva Vizcaya. — Sin embargo, el designio de la corte, al enviar a los señores de S. Laurent y Begon a Santo Domingo, era no solamente que ayudaran al nuevo gobernador a arreglar su colonia; tenían asimismo orden particular de examinar un proyecto cuya ejecución dependía de los súbditos de ese gobierno: he aquí de lo que se trataba. El conde de Peñalosa,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

español descontento de la corte de Madrid, se había ofrecido a servir a Francia y había propuesto transportar a todos los aventureros que no tenían formada habitación en Santo Domingo ni ningún apego en esa isla, a la embocadura del *río Bravo,* para ocupar lo que se llama la Nueva Vizcaya, donde están las minas de Santa Bárbara, antaño tan abundantes. Esta propuesta, revestida con arte de cuanto podía hacerla parecer ventajosa, y de ejecución fácil, había halagado en extremo al Marqués de Seignelay y ese ministro había hablado de ella al señor de Cussy de manera que le hiciera entender que tenía muy en el corazón el éxito feliz de este asunto; hasta le escribió todavía al lugar de su embarque en estos términos: *Del 4 marzo 1684.*

"Ya os he explicado antes de vuestra partida que el rey podría tener necesidad de los filibusteros para una empresa contra los españoles establecidos en la costa de la Nueva Vizcaya y como Su Majestad se confirma en su resolución, me ordena que os mande que en cuanto hayáis llegado a la costa de Santo Domingo quiere que os ocupéis en reunir a todos los filibusteros para partir en el mes de octubre o de noviembre."

El ministro no quería sin embargo tomar un último partido acerca de esta empresa sin haber recibido el parecer de los señores de S. Laurent y Begon, quienes después de haber consultado con varios habitantes que quedaban todavía de los primeros fundadores de la colonia de Santo Domingo, se convencieron y le enteraron de que tal proyecto parecía absolutamente impracticable. Sus razones eran que no había un solo filibustero que no tuviera una habitación, al menos en sociedad con un habitante y que los habitantes no podían en modo alguno dispensarse de la ayuda de los filibusteros para defenderse contra los españoles; por eso que su parecer era que si el rey quería entrar en los planes del conde de Peñalosa sobre la Nueva Vizcaya, podía servirse de los filibusteros para conquistar el país; después de lo cual habría que enviar soldados de Francia para guardarlo y familias para poblarlo. Añadieron que la colonia de Santo Domingo no podía siquiera sostenerse en el estado en que se hallaba si los filibusteros se alejaban demasiado o se dispersaban; y que para ponerla de una vez por todas al abrigo del furor de los españoles, que no le daban tregua alguna y no concedían cuartel a nadie, lo más corto era hacerse dueño de Santo Domingo, lo que les parecía fácil.

Negociaciones inútiles con el Presidente de Santo Domingo. — Acababa de recibirse la noticia de haberse declarado la guerra entre Francia y España; esto no impidió a los señores comisarios el com-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

prometer al señor de Cussy en hacer preguntar al Presidente de Santo Domingo si tenía los poderes necesarios para proceder al reconocimiento de los límites; era al parecer uno de los artículos contenidos en sus instrucciones, o bien al ver que los españoles se obstinaban en tratar a los franceses, aun en tiempo de paz, como se hace con los corsarios, querían hacer explicarse sobre ello con el presidente; pero ese general no se quiso dejar engañar y se contentó con responder que la coyuntura de la guerra presente no era apropiada para tal negociación. Ante esa respuesta se vio claro que no había otro partido que tomar sino prepararse a defenderse bien y a atacar; y los que veían las cosas de cerca convenían en que lo más rápido y seguro era ir primero a la fuente del mal, llevando la guerra hasta la capital. Los comisarios y el gobernador creyeron no obstante que ante todo había que acabar de arreglar la colonia, donde no se podía contar con nada, mientras todo estaba en confusión; que la subordinación allí no se guardaba y que la autoridad del soberano no era suficientemente respetada en la persona de quienes mandaban en su nombre.

Establecimiento de un consejo soberano, y de varias sedes reales. — Pero nada era más urgente que proveer a la administración de la justicia; después que se había comenzado a guardar regla en esto, eran los oficiales de las milicias de cada distrito quienes la hacían en una especie de consejo establecido bajo la autoridad del gobernador; pero como esos oficiales no tenían ningún conocimiento de las leyes, se comprendió que podían cometer grandes faltas y se propuso dar un consejo superior a la colonia y sedes reales a los cuatro distritos principales, que eran Leogane y Goave menor para la costa occidental, el Puerto de Paz y el Cabo Francés para la septentrional. La proposición fue aceptada y se ejecutó de esa manera el año siguiente. El consejo superior fue establecido en Goave menor, de donde algún tiempo después se trasladó a Léogane. Esos dos puestos y los otros dos propuestos para la banda del norte, tuvieron también cada uno un asiento real. El de Goave menor extendió su jurisdicción a los distritos de Nipes, de Rochelois, de la ensenada grande y de la isla Vaca. El de Léogane comprendió todos los establecimientos del Arcahay y los alrededores. El de Puerto de Paz comenzaba en la Mole S. Nicolás, abrazaba la Tortuga y terminaba en el Cabo Francés. El resto de la costa norte dependía del Cabo. Las cartas patentes de esas creaciones son del mes de agosto de 1685.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El arriendo del tabaco arruinaba a la colonia. — Esta innovación dio al principio algún trabajo a los habitantes, que desconfiaban de todo y que se imaginaron era un nuevo yugo que se les quería imponer; pero las buenas maneras y la destreza del señor de Cussy los tranquilizaron muy pronto. La mayor molestia de este gobernador fue después el calmarlos respecto del arriendo del tabaco, que seguía arruinándolos y había finalmente hecho tan despreciable esa mercancía, que había sido por largo tiempo el único monopolio del país, y había formado la colonia, que cualquiera que no tuviera otra cosa estaba en peligro de morirse de hambre. Dije en otra parte que el difunto señor de Poüancey les había comprometido a tener paciencia, haciéndoles esperar que ese arriendo no sería renovado al fin de su plazo, habiendo recibido él mismo las seguridades positivas de parte del señor Bellinzani predecesor del señor Begon; pero o no se había mantenido la palabra o bien el final del plazo les pareció demasiado lejano para esperarlo. Hasta se persuadieron de que el rey no estaba enterado de su miseria, no pudiendo creer que Su Majestad, si estuviera informada, no tuviera la bondad de aliviarlos, y no quisiera levantar un obstáculo tan grande al crecimiento de la colonia. Sobre esto los principales de ellos se habían reunido e hicieron las proposiciones siguientes, que el señor de Cussy se encargó de enviar al ministro.

Proposiciones de los habitantes al rey para aumentar el comercio de su isla. — Ofrecían al rey, si Su Majestad quería hacerles la gracia de suprimir el arriendo del tabaco, darle un cuarto de todo el que llegara a Francia y liberarlo de todos los gastos, aún el del flete; pero sin elección y a condición de que las otras tres partes, que les quedarían, fueran igualmente francas y libres generalmente de todos los derechos; y que los comerciantes o propietarios de esos tres cuartos los podrían vender al por mayor o al detalle, dentro y fuera del reino, sin estar tampoco sometidos a ningunos derechos de cualquier naturaleza que fueran; y pretendían que Su Majestad sacaría más de esta manera, que con los cuarenta sueldos por ciento que le daba el arriendo del tabaco. Añadían que si se les concedía una petición, que les parecía tan razonable, esto les comprometería a aumentar el cultivo del añil y la fábrica del algodón, de donde el rey podía también sacar gran provecho.

No he podido saber qué respuesta dio el marqués de Seignelay al señor de Cussy a todos estos artículos; pero es cierto que las cosas siguieron todavía por bastante tiempo en el pie en que ese goberna-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

dor las había encontrado a su regreso de Francia y que la colonia se vio los años siguientes más de una vez a punto de perecer por falta del comercio y por el despecho y la desesperación de sus habitantes. Por fin la fábrica de añil se hizo considerable; echó mucho dinero en el país y poco a poco puso a varios particulares en estado de hacer ingenios de azúcar, con el éxito que veremos al final de esta obra. Cuanto al algodón, los habitantes renunciaron a él muy pronto y arrancaron los algodoneros. La razón que se dio entonces fue que un negro no podía hilar en un año bastante algodón para compensar a su amo de lo que había gastado en comprarlo y de lo que le costaba mantenerlo; pero esto es tanto más difícil de comprender cuanto que esos africanos deben estar acostumbrados a ese trabajo; y que una de las principales riquezas de la colonia española, mientras ha estado floreciente, era el algodón; hasta después de que los indios faltaron por completo: por consiguiente eran los negros quienes lo fabricaban.

En ninguna parte encuentro en qué tiempo se resolvió plantar cacaoteros; es cierto que tuvieron más éxito de lo que se había esperado y tal vez, de todas las mercancías que todavía se sacan de Santo Domingo, es la que ha contribuido más a poblar esa colonia. Veremos en otra parte por qué accidente está hoy privada de tan gran ventaja. Finalmente en el tiempo de que hablo la bija era todavía uno de los ingresos más considerables de Santo Domingo; pero todo esto era poca cosa y no hay lugar de duda que la mayoría de los habitantes hubiera tomado el partido de retirarse a otra parte, si no hubieran encontrado algún provecho que sacar de las presas de los filibusteros.

Dije en otro lado que el señor de Poüancey, al tomar posesión de su gobierno, había quedado sumamente sorprendido de encontrar la isla de la Tortuga casi abandonada y que había tomado sumamente a pechos el repoblarla; parece claro que no lo consiguió. El señor de Cussy no dio ninguna muestra de menor celo que su predecesor para restablecer ese puesto; pero renunció finalmente, habiendo sabido que el terreno no producía con mucho casi tanto como lo había hecho los primeros años; y aunque allí quedara un número bastante bueno de habitantes, que no se encontraban al parecer en situación de trasladarse a otra parte para trabajar con nuevos gastos; no se formó allí casi nada de nuevas habitaciones y hoy está completamente desierta. Fue el Puerto de Paz quien se benefició más de estos restos: durante todo el gobierno del señor de Cussy ese puesto

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

fue mirado siempre como el más importante de la colonia y uno de los primeros cuidados del gobernador fue construir allí un fuerte, que el abandono de la Tortuga hacía absolutamente necesario para la seguridad del canal que hay entre estas dos islas; pero ese plan no pudo ejecutarse tan pronto.

FIN DEL OCTAVO LIBRO

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

LIBRO NOVENO

Partida de los señores de Saint-Laurent y Begon. — El caballero de S. Laurent y el señor Begon, al no tener ya nada que los detuviera en Santo Domingo, partieron del Cabo Francés el primero de diciembre, para regresar a las islas del Viento, llevando consigo la estimación y el afecto de una colonia, a la que habían hecho cambiar enteramente de aspecto en el poco tiempo que habían estado en ella y más convencidos que nunca de que no podía estar en mejores manos que las del señor de Cussy. Laurent de Graff, a quien este gobernador se había aficionado mucho, recibió orden de escoltarlos, porque aunque ya se hubiera publicado hacía poco en Ratisbona una tregua de veinticuatro años con España, la experiencia del pasado había enseñado que no había que fiarse. Hasta encuentro que Laurent de Graff estaba entonces provisto de una comisión en buena forma del almirante de Francia; pero parece bien que si la había recibido del señor de Cussy era antes de que las noticias de la tregua hubieran llegado; ya que es cierto que este gobernador estaba instruido de que la tregua había de guardarse tanto del lado de acá como del de allá de línea; o bien la comisión de que de Graff era portador no era sino para guardar las costas y asegurar el comercio contra las empresas de los españoles. Pero una simple defensiva no era del gusto de los filibusteros y todo lo que la tregua y los esfuerzos del señor de Cussy para hacerla observar produjeron fue la pérdida, que tuvo la colonia, de más de la mitad de un cuerpo que formaba su parte

principal y cuya utilidad jamás se conoció sino cuando se vieron privados de su socorro.

Causas de una excursión de los filibusteros al Mar del Sur. — Hablo de esa famosa excursión que hicieron al fin de este año un número grandísimo de filibusteros ingleses y franceses al Mar del Sur; pero cuyos solos motivos no fueron la publicación de la tregua y las prohibiciones hechas en consecuencia. He aquí otro, que he tomado de una carta escrita en 1692 por el señor Ducasse al señor de Pontchartrain y que este gobernador miraba hasta como la causa principal de un acontecimiento cuyas consecuencias funestas deploraba. Algunas medidas que se habían tomado para establecer la policía y el orden en los distritos más frecuentados de la costa, no lo habían conseguido en todas partes; y como la Goave menor en particular, debido a la comodidad de su puerto, era el retiro ordinario de cuanto había en esos mares de filibusteros y de piratas, se mantenían allí en una gran independencia; no respetaban la autoridad sino en cuanto les convenía, o mejor, les dejaba vivir a su modo; y llevaban allí una vida horrible. El señor de Cussy, que amaba la virtud, dice el señor Ducasse, no pudo sufrir ya por más tiempo un escándalo tan grande; y como la tregua le hacía menos necesaria a esa gente, emprendió poner en práctica, para hacer terminar tanto desorden, todo el vigor de una autoridad fundada en la del soberano. La manera como lo hizo convenció a los filibusteros de que llegarían a su fin si no le oponían la fuerza abierta o si no se retiraban; tomaron este último partido; pero había que retirarse tan lejos que ya no estuvieran más en peligro de ser inquietados por un hombre cuya vigilancia temían y cuya virtud tal vez respetaban bastante para no verse obligados a venir contra él en un extremo molesto. Las resoluciones entre aquella gente se tomaban con suma brusquedad y no cambiaban casi nunca: se comprometían sin retorno, desde que habían dado la palabra y con frecuencia ésta se daba sobre la simple propuesta; se reflexionaba después, pero sólo acerca de los medios para realizar lo que se había resuelto sin reflexionar; y había que tener éxito o morir al pie del cañón. Nunca se vio esto de una manera más sensible que en la ocasión de que tratamos. Se propuso una expedición al Mar del Sur y aceptada de inmediato por más de 2.000 hombres; pero lo que había más de singular y lo que me parece prueba convincente de que la justicia divina llevaba a estos bandidos como por la mano para castigar a los españoles de esas comarcas, cuyo lujo y crímenes clamaban al cielo, es que una resolución de tal naturaleza se tomó al mismo tiempo y sin ningún concierto, no sólo por filibusteros in-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

gleses y franceses, entre quienes había poco concierto, sino aún por varias tropas particulares de una y otra nación; y que solamente fue la casualidad lo que les reunió.

Diferentes caminos que toman los filibusteros. — Los primeros que partieron para este gran viaje fueron los ingleses, que en número de setecientos a ochocientos salieron de los puertos de Jamaica y entraron al Mar del Sur por el estrecho de Magallanes. Otra tropa de unos 120 fue a desembarcar en el fondo del Golfo de Urabá y llegó por tierra al río de Chica, desde donde se dirigió en canoas a Boca Chica, aldea en la embocadura de ese río, en el mismo Mar del Sur. 430 franceses tomaron poco tiempo después el mismo camino bajo la dirección de los capitanes Grognier, l'Ecuyer y le Picard; varias bandas de ambas naciones los siguieron; pero la mayoría fue enterada por los indios, a quienes los españoles hicieron entender que responderían de todos los que pasaran en adelante a sus tierras sin permiso. Por fin, 200 franceses embarcaron en el Cabo Francés, en un barco mandado por el capitán le Sage, para pasar también por el estrecho de Magallanes; y no pasó mucho tiempo sin tenerse noticias de ellos. Todos los demás actuaron primero de concierto: los ingleses, que llegaron los primeros junto a Panamá, habían llevado allí algunas presas españolas que habían hecho en su camino: las cedieron de buena gana a los franceses y a los de su nación que habían venido por tierra y no logrado ninguna; así se encontraron juntos 1.100 hombres en diez barcos, la mayoría sumamente pequeños, todos bastante mal armados, sin provisiones y sin municiones; pero resueltos a intentarlo todo para armarse y equiparse a expensas de los españoles y sobre todo a permanecer siempre unidos: es verdad que guardaron mal esta última resolución.

Les falla la flota del Perú y quedan sumamente maltrechos. Las dos naciones se separan. — Se atrevieron bien para su golpe de ensayo a hacerse dueños de la flota del Perú, que se esperaba de un día para otro en Panamá; pero habiéndose puesto, en espera de que apareciera, a divertirse en lo que se llaman los *Jardines de Panamá,* que son unas islitas muy hermosas, donde los habitantes más ricos de esa ciudad tienen sus casas de recreo; la flota pasó sin que ellos se dieran cuenta; descargó allí sus tesoros y aumentó sus tripulaciones; tomó soldados frescos y vino a su vez a buscarlos; les echó a pique una barca; molestó muchísimo a otras varias, pero no mató más que dos hombres. Volvió en seguida a entrar en Panamá y los filibusteros fueron a carenar en la isla de *San Juan de Cueblo,* a

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ochenta leguas al oeste de esa ciudad. Los víveres empezaron a faltarles; enviaron a 300 hombres en dos lanchas a buscarlos en una aldea llamada *Pueblo Nuevo,* alejada diez leguas de San Juan; pero no encontraron allí nada, ni siquiera un alma. Una barca cargada de seda, que tomaron de camino, los consoló un poco de ese infortunio; pero habiéndose introducido la discordia entre las dos naciones, los ingleses, que formaban el mayor número, que querían aprovecharse de ello para hacerse dueños de todo y cometían impiedades dondequiera, que horrorizaban a los franceses, se retiraron, llevando consigo a once franceses que no quisieron dejarlos de ninguna manera; volvieron a tomar los barcos que habían dado a los otros y los dejaron con dos barcas y una lancha. Esto fue el 9 de julio de 1685, cuando se hizo la separación.

Realejo y León tomados por los ingleses y Pueblo Viejo por los franceses. — Algunos días más tarde los franceses estaban ocupados en hacer lanchas y la centinela que tenían a la orilla del mar les avisó que se veía una vela al largo. Corrieron en gran número: era un pequeño barco inglés de 50 hombres de tripulación, con algunos franceses. Estos quedaron con sus compatriotas y los otros fueron a buscar a los filibusteros ingleses para unirse a ellos. Luego que nuestros valientes hubieron perdido mucho tiempo en San Juan de Cueblo, donde no les faltaban ni la pesca ni la caza, y desde donde se contentaron con enviar primero a una y otra parte pequeñas partidas, que no hicieron gran fortuna, partieron por fin todos juntos el 8 de octubre, para ir a tomar y saquear la ciudad y el puerto de *Realejo,* a distancia de 180 leguas al oeste-noroeste de San Juan y de 260 leguas al oeste de Panamá. Llegaron allí el 22 y habiendo echado pie en tierra el 25 supieron que los ingleses habían saqueado la ciudad y se habían apoderado de la de *León,* que está a 4 leguas y en las orillas del Lago de Nicaragua. Los ingleses habían hecho estas conquistas a las barbas de un ejército, que no se había atrevido ni a atacarlos ni a aceptar el combate que le habían presentado, porque esperaban fuerzas mayores y no tenía más que seis hombres contra uno. La verdad es que estos españoles, por no haber visto nunca a enemigos, temblaban a la vista de un hombre armado; de tal manera que los filibusteros, que hubieran podido ser abrumados por el solo número, encontrarían todavía mayor ayuda en la poltronería de quienes debían combatir que en su propia bravura.

Diversas aventuras de estos últimos. — Los franceses, no viendo nada que saquear en Realejo, pasaron a una gran aldea llamada

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Pueblo Viejo, que está a tres leguas y allí encontraron a los españoles atrincherados en la iglesia, y a 150 caballeros en orden de batalla en el lugar. Dieron primero contra éstos, que no los esperaron. Los otros se salvaron por una puerta de la sacristía y abandonaron a los vencedores una cantidad bastante buena de víveres, de que tenían gran necesidad. Agotados estos víveres y habiendo tomado los españoles buenas medidas para impedirles poder encontrarlos en ninguna otra parte, se vieron pronto reducidos a grandes extremos; lo que les obligó a volver a San Juan de Cueblo, donde se habían señalado el punto de cita en caso de separación. Los últimos se dirigieron allá el primero de enero de 1686 y el 5. Doscientos treinta hombres partieron en ocho lanchas, para ir a saquear la ciudad de *Chiriquita,* que está alejada 20 leguas. Desembarcaron la noche del 6 a tres leguas de la ciudad donde sólo entraron el 9. La saquearon y encontraron muchos víveres. Fueron luego atraídos fuera de la ciudad a una emboscada, donde perdieron dos hombres y mataron treinta a los enemigos; hicieron varios prisioneros, de los que sacaron buenos rescates y se volvieron a San Juan, donde mientras todo el mundo trabajaba mucho en hacer piraguas, una escuadra de quince velas apareció de improviso a sus ojos. No dudaron que fuera de españoles que los buscaban; transportaron diligentemente en dos barcas todo lo que tenían en su navío, que embarrancaron; y se dispusieron luego a impedir el desembarco si el enemigo quería intentarlo; pero no se atrevió. Se contentó con hacer abordar el navío encallado por seis piraguas armadas, que comenzaron a hacer un gran fuego sobre aquél: se acercaron después y no encontraron más que un gato, que tuvo suerte de escapar a tan rudo cañoneo. Por fin los españoles les pusieron fuego, para aprovechar los herrajes; después de lo cual la escuadra aparejó para volverse o seguir su camino.

El 14 de marzo los franceses salieron de la isla con dos barcas, una media galera de 40 remos, diez grandes piraguas y cuatro lanchas ligeras; ganaron la punta del viento de su isla e hicieron la revista de todos, encontrando que desde su separación de los ingleses habían perdido treinta hombres, casi todos de enfermedad. Formaron luego nuevamente el plan de ir a saquear la ciudad de *Granada,* en el Lago Nicaragua, que se habían visto obligados a abandonar cuatro meses antes, porque uno de sus maestros barajadores, catalán de nación, se había ido a rendir a los españoles y del que temían con razón que los hubiera descubierto; pero como les faltaban víveres, destacaron la primera la media galera y cuatro lanchas para ir a buscarlos en el río de *Pueblo Nuevo* y fueron a esperarlas a la

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

isla de San Pedro, que está dos leguas al viento del río de Chiriquita. El destacamento encontró en la desembocadura que buscaba a una fragata española con una barca larga y una piragua, que les maltrataron mucho con su cañón y les pusieron veinte hombres fuera de combate. Tuvieron bien su revancha, desde que se acercaron los tres barcos a tiro de fusil; porque durante un combate bastante largo fue muerto todo español que apareció o para maniobrar o para servir el cañón; pero habiendo sobrevenido la noche hubo que pensar en retirarse y nuestra gente contaba mucho con volver a comenzar el combate desde que amaneciera. Los españoles vacilaron y fueron a ponerse a cubierto detrás de trincheras en las que hubiera sido imprudente atacarles; así el destacamento se vio obligado a ir a unirse al grueso de la tropa en San Pedro; donde estuvieron ocho días sin casi comer nada; lo que les obligó a extenderse de costa a costa para tratar de vivir de la caza o del pillaje.

Una tropa de ingleses se une a los franceses. — El 22 de abril todos recibieron orden de reunirse en una de las islas de la bahía de la *Caldera,* tanto para deliberar de la manera como se atacaría Granada como para ver si se tenían municiones para esta empresa. Se dio luego una ordenanza, por la que se condenaba a perder su parte del botín a quien fuera convencido de cobardía, de violación, de borrachera, de desobediencia, de hurto, y de haber salido de su puesto sin orden. Hecho esto, el pequeño ejército salió de la bahía por la noche y un golpe de viento del este que sobrevino por la noche separó a todos los barcos los unos de los otros. Al apuntar el día se reunieron y quedaron sumamente asombrados de encontrar trece velas en lugar de doce. Luego de haberse reconocido se dieron a cazar a la nueva y cuando hubieron corrido sobre ella cerca de una hora, se vieron todavía cinco más; no eran sino lanchas, en la primera de las cuales se encontró al capitán Touflé, uno de los ingleses que se habían separado de los filibusteros franceses. Venía de Acapulco y había dejado su barco en el Cabo frente a la bahía, de la que nuestra gente había salido la víspera y era ese barco el que habían visto primero. Touflé no esperaba un encuentro que no debía de gustarle, tanto más cuanto que era uno de aquellos de quienes los franceses habían tenido más motivo de quejarse; por eso lo hicieron prisionero con toda su gente, que era en número de 125. Después de lo cual fueron a apoderarse de su navío, al que declararon buena presa. No quisieron sin embargo causarles más que miedo y después de haberle hecho pasar mucho susto durante cinco horas, le dijeron que los franceses eran gente más honrada que los ingleses

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

y que le daban de ello una prueba bien sensible, al devolverle todo lo que acababan de quitarle por una represalia muy legítima, por todas sus insolencias pasadas; lo pusieron así en libertad, con toda su gente y le devolvieron su barco y sus lanchas. Una conducta tan generosa les ganó el corazón de aquel capitán, quien sabiendo su plan acerca de Granada, les pidió que accedieran a su compañía y les prometió no volver a abandonarlos. Esta propuesta no podía ser rechazada por gente a quienes un refuerzo de 125 hombres venía muy a propósito para su expedición.

El resto de los filibusteros ingleses ya se había dispersado, algunos estaban todavía en la costa del Perú, donde hicieron extraños estragos, otros pasaron a las Indias mayores y los hubo que encontrándose bastante ricos para no necesitar ya un oficio tan peligroso volvieron a Europa y no pensaron sino en disfrutar tranquilamente de los tesoros que habían amasado al precio de tantas fatigas y tantos crímenes.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Para volver a nuestros filibusteros, se embarcaron todos juntos en sus piraguas y en sus lanchas, dejando el navío y las barcas al abrigo del Cabo Blanco, que está a 25 leguas al viento del lugar donde debían desembarcar. Dieron orden a quienes los guardaban, que partieran seis días después y vinieran a anclar en el lugar donde encontrarían las piraguas y las lanchas. El 17 de abril este pequeño ejército compuesto de 345 hombres desembarcó en plena costa y con la ayuda de un guía muy bueno caminó a través de los bosques durante dos veces 24 horas. No dejó empero de ser descubierto; por otra parte, hacía tres semanas que se sabía en Granada de su acercamiento. El 9 todo el mundo andaba deshecho, el ejército pasó la noche en un ingenio de azúcar a cuatro leguas de Granada. El 10, al acercarse a la ciudad, vio dos barcos en el lago y supo después que se había cargado en ellos todo lo más precioso que tenían los habitantes para ponerlo en seguridad en una isla que está a dos leguas de Granada. Algunos correos hicieron también un prisionero, del que supieron que los habitantes se habían atrincherado en la plaza de armas, la que habían rodeado de una fuerte muralla con catorce piezas de cañón y seis pedreros, y que había destacadas seis compañías de caballeros para atacar la retaguardia francesa, desde que la cabeza del ejército hubiera comenzado a ceder. Estos preparativos eran resultado de las informaciones del maestro barajador catalán, de que hablamos.

Ataque y toma de Granada. — Estas noticias no hicieron más que irritar el valor de los filibusteros; hacia las dos horas después del

mediodía marcharon hacia la ciudad y al entrar en el barrio dieron en una emboscada, donde perdieron un hombre; pero atravesaron por el vientre a cuantos encontraron a su paso. Fueron luego derechos a la plaza de armas de que les habían hablado y que era en efecto como un fuerte cuadrado, capaz de detener a un gran ejército; atacaron sin embargo con tanta resolución, que sin perder más de cuatro hombres muertos y ocho heridos, que murieron casi todos, se hicieron dueños de ella en pocas horas y en consecuencia de toda la ciudad, una de las más hermosas y ricas de América, situada, como dije, a la orilla del Lago Nicaragua, y a veinte leguas del Mar del Sur; pero no encontraron más que algunas mercancías que no habían podido o querido llevarse. Al día siguiente enviaron un prisionero a los habitantes para declararles que si no pagaban rescate por su ciudad, la iban a quemar. Esta amenaza comenzó a hacer efecto y ya un religioso había venido para asegurar que estaban dispuestos a aceptarlo, cuando un filibustero, que había sido hecho prisionero porque el cansancio lo había hecho quedarse por el camino, aseguró a los españoles que sus compañeros no tenían intención de quemar a Granada; que su plan era pasar algunos meses más tarde al Mar del Norte por el Lago y surtirse en esa ciudad de todo lo que necesitaran para el viaje. Ante esta seguridad, los españoles quedaron tranquilos, y no dieron ninguna respuesta a la intimación de los vencedores. Pero no tardaron en arrepentirse: el malhumor y el despecho hicieron cumplir una parte de la amenaza. La ocasión era hermosa para volver al Mar del Norte por el lago, que descarga en él; pero el medio de dejar el Mar del Sur era tan miserable como haber llegado a él. Se tomó por lo tanto la resolución de ir a reunirse con los barcos dejados en la costa. El día 15 el ejército partió de Granada y se llevó un cañón y cuatro pedreros, que no les fueron inútiles. A un cuarto de legua de la ciudad fue atacado por 2.500 hombres, que después de su primera descarga, viendo que se les respondía con un cañón, dejaron libre el paso. Esta emboscada no fue la única en que cayeron nuestros valientes; pero se libraron siempre con el mismo valor y buen éxito. El 17 desafiaron a una partida de 500 hombres, que la ciudad de León enviaba en socorro de Granada y que estaba mandada por el maestro barajero catalán que los había traicionado. Continuaron después su marcha con fatigas increíbles y llegaron el 28 a Realejo. El 9 de mayo todos los navíos estaban carenados y en buen estado; se tuvo consejo sobre el partido que tomar. Los pareceres estaban divididos y como cada cual se obstinara en defender el suyo, esto causó un cisma que dividió en dos al reducido ejército, ya bien débil para resistir a tantos enemigos, cuyo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

número aumentaba de día en día. Unos fueron de opinión irse a cruzar cerca de Panamá, donde esperaban que los españoles, creyéndoles muy lejos, hubieran abierto la navegación; pero otros representaron que hacía años había que descartar del lado de Panamá ocho meses de un tiempo muy molesto y que si tenían la mala suerte de encontrarlo no podían dejar de perecer todos o de hambre o bajo el hierro de los españoles; que por eso les parecía más a propósito bajar al oeste.

Los filibusteros se dividen en dos bandas. Toma de Villia. — Como se vio que cada cual permanecía firme en su idea, se resolvió separarse y luego que se hubo atendido a recompensar a los heridos con todo lo que se tenía de dinero, se dividieron las barcas y las lanchas con mucha equidad: las otras particiones se hicieron con el mismo concierto. Los franceses se encontraron divididos justamente por la mitad en dos bandas de 148, pero la que había opinado por Panamá fue reforzada por todos los ingleses y reconoció por jefe suyo al capitán Touflé. Los otros pusieron a su cabeza al capitán Grogniet. El 19, habiéndose embarcado la primera tropa con sus lanchas en el navío inglés, y en una barca, aparejó para Panamá y el 23 de junio se hizo dueña de Villia, pequeña ciudad a 30 leguas bajo el viento de Panamá, donde hizo 300 prisioneros, encontró cerca de quince mil piezas de ocho en oro y en plata y como un millón y medio de mercancías, de que solamente tomó las más preciosas. Esperaba mucho que el rescate de la ciudad y de los prisioneros la campensara de un botín tan escaso; pero el alcalde mayor, a quien hizo llevar Touflé la propuesta, le contestó que no tenía a su servicio más que pólvora y plomo, que hiciera con los prisioneros lo que pluguiera al Señor y que pensaba ir pronto a verlo en buena compañía. A esta respuesta, el furor se apoderó de los filibusteros, que después de haber puesto fuego a la ciudad, embarcaron todo su botín en dos lanchas españolas y se retiraron, caminando a lo largo del río sobre el que está construida la ciudad y que lleva el mismo nombre.

El alcalde mayor mantuvo exactamente su palabra dada y les puso tantas emboscadas que todo el botín fue recobrado, los filibusteros hasta perdieron cinco o seis hombres. Llegaron finalmente a sus buques y habiendo enviado el alcalde mayor a pedir los prisioneros que habían tenido la suerte de conservar, los consiguió después de muchas dificultades de su parte, por el precio de diez mil piezas de ocho. El 22 de julio los filibusteros tomaron una barca española y supieron de sus tripulantes que en Panamá se había sabido la

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

toma de Villia y que se los creía en su antigua isla de San Juan de Cueblo, donde todos estaban persuadidos de que tenían un fuerte; que treinta y dos filibusteros de las dos naciones habían desembarcado del Perú, para volver a pasar el río *Chica* en el Mar del Norte; pero que los españoles, advertidos por los indios, habían ido en gran número a buscarlos, habían dado muerte a la mayoría y se habían llevado un prisionero a Panamá; que dos partidas inglesas, cada una de 40 hombres, habían intentado el mismo paso y tenido la misma suerte; que había también cuatro prisioneros en Panamá; y que había en *Boca chica* una barca, donde se debían cargar 800 libras de oro sacadas de las minas vecinas, para llevarlas a la misma ciudad, donde se esperaban dos barcos cargados de víveres y de harinas, que llevaban también a Lima la paga de la guarnición.

Ante esta noticia enviaron a su presa, para que cruzara al largo después de haberse apoderado de una media galera y los 30 se hicieron de una lancha, donde había un capitán griego que acababa de hacerse capturar expresamente para darles informes falsos. Se llama griegos en ese país a una especie de milicia compuesta de gente de varias naciones, que los españoles se han hecho unir dándoles una paga muy alta. Era lo mejor que podían oponer a los filibusteros, quienes no los despreciaban en nada y los miraban como los únicos enemigos dignos de ellos en las Indias Occidentales. Una de sus partidas osó un día tratar de apoderarse de Goave la menor y lo consiguió, por haber sorprendido la fortaleza; pero los habitantes habiéndose reunido primero la sitiaron, la obligaron a rendirse a discreción; y como el jefe de ellos no pudo mostrar su comisión, que había dejado a bordo, fueron ahorcados todos, lo que quitó para siempre a los griegos las ganas de hacer alguna empresa semejante en la costa de Santo Domingo. Los españoles los habían tenido siempre en las plazas que poseían en el Mar del Norte y no los enviaban a la costa del Sur sino con ocasión de empresas de las que hablo ahora.

Su traición es descubierta y le cuesta la vida. — El capitán griego, que se había hecho prender, hizo primero bastante bien su papel. Trató de atraer a los filibusteros bajo los fuertes de Panamá; y les habló de una manera aparentemente tan buena y tan franca, que no tuvieron la menor sospecha de su sinceridad. Luego de haberles dado varios informes de cosas, de que sabían ya una buena parte, les dijo que había en el puerto una fragata, que entraba cargada, y una barca larga armada en guerra, que salía todas las noches para hacer la ronda y volvía a entrar por la mañana; luego les ofreció sus servicios para hacerlos dueños de esos barcos, y ellos los aceptaron. El

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

primer día de agosto se embarcaron con él en cuatro lanchas para ejecutar esta empresa, que su pérfido guía les había presentado como muy fácil; y después de haber remado toda la noche, llegaron el día siguiente dos horas antes de salir el sol a la entrada del puerto; donde a favor de la luna creyeron ver los dos navíos que buscaban. Mientras aguardaban a que la luna se ocultara bajo alguna nube, para entrar sin ser vistos, vieron una vela que salía del mismo puerto; la tomaron por la barca larga y le dieron caza; pronto la alcanzaron y se apoderaron de ella sin disparar un tiro. Esta presa fue su salvación; el capitán les descubrió que el gobernador de Panamá les había enviado un oficial al que había prometido una gran recompensa si podía llevarlos a su puerto. Les explicó a continuación las medidas que se habían tomado para hacerlos perecer; y como se hubiera careado con él al capitán griego, al que todavía no había visto en modo alguno, le sostuvo lo que acababa de decir; ante lo cual se hizo proceso al desventurado y se le cortó inmediatamente la cabeza.

Combate junto a Panamá. Victoria de los filibusteros. — Luego de algunas excursiones de un lado y de otro para tener víveres, cuya dificultad iba siempre creciendo, el 21 de ese mismo mes toda la tropa se reunió en la islita de Taboga, que está muy cercana a Panamá. Al día siguiente, 22, al apuntar el día, vieron tres velas, una fragata y dos barcas, que iban sobre ellos. Se pusieron inmediatamente en situación de aparejar, pero apenas comenzaron a desplegar sus velas cuando recibieron una descarga de cañón, que no hirió a nadie. Estaban con todo en gran peligro, si el enemigo hubiera podido conservar la ventaja del viento; mas la perdió pronto por su poca resolución y por el coraje y la habilidad de nuestra gente, que se acercó en seguida a la fragata y le lanzó muchas granadas, una de las cuales, al caer sobre la pólvora extendida, hizo en ella un efecto terrible: la abordaron inmediatamente y la tomaron después de una resistencia bastante vigorosa. Una de las dos barcas fue al mismo tiempo abordada por una de las de los filibusteros y tomada inmediatamente; la otra, que era una barca larga, fue a encallar en plena costa, y se partió con pérdida de la mayor parte de sus hombres. Hubo en la fragata ochenta, entre muertos y heridos, de los cientos veinte que componían su tripulación; y en la primera barca, de setenta hombres no quedaron más que diecinueve que no estuvieran heridos. El capitán de la fragata recibió cinco tiros de fusil, de los que murió poco después; el año anterior había recibido otros tantos en Pueblo Nuevo, donde se había batido bien contra

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

los filibusteros y fue asimismo él quien muy recientemente había levantado tantas emboscadas al salir de Villia.

Segundo combate y segunda victoria. — Mientras los vencedores se ocupaban de volver a acomodar las maniobras de sus presas y en echar los muertos al mar, descubrieron otras dos velas, que salían de Panamá; preguntaron a sus prisioneros lo que podría ser y éstos les contestaron que era sin duda un socorro que se les enviaba. Esto les hizo pensar que se ignoraba todavía su victoria en esa ciudad; pera aprovecharse de ese error, pusieron pabellón español. Los enemigos fueron tomados; se acercaron con una confianza suma hasta tiro de fusil y luego que se les saludó con una descarga de mosquetería, se les ordenó amainar; como no quisieran hacer nada de esto, se hundió una de sus barcas a fuerza de granadas y la otra al mismo tiempo fue abordada y tomada por una lancha; allí se encontraron cuerdas completamente cortadas para atar a los filibusteros, que ya se creía estaban prisioneros; lo que fue causa de que no hubiera cuartel para nadie. Estos dos combates no costaron a los vencedores más que un hombre, pero tuvieron 22 heridos, entre los cuales estaba el capitán Touflé, que murió poco después de su herida. Lo mismo pasó a todos los demás, y esto hizo creer que las balas de los españoles estaban envenenadas. Crueldad indigna de cristianos y de la que se tuvo más de una prueba durante estas expediciones. El 24 los filibusteros enviaron a pedir al Presidente de Panamá los prisioneros que tenía, y habiendo recibido de él una respuesta muy altiva, amenazaron con cortar la cabeza a todos los españoles que tenían en sus manos. Pocos días después el obispo les escribió que los ingleses que estaban en Panamá se habían hecho católicos y no querían salir de ninguna manera. Vieron bien que esto era un pretexto para no entregarlos; y como cada día morían más heridos, aunque sus heridas fueran leves, creyeron no deber guardar más mesura con gente que usaban a su respecto tanta inhumanidad: enviaron veinte cabezas de españoles al Presidente, con una carta en que decían que si al día siguiente no les devolvía el francés y los cuatro ingleses que retenía, le enviarían las cabezas de todos los prisioneros que quedaban.

Lo sucedido entre el Presidente de Panamá y los filibusteros. — Esta actitud tuvo efecto; desde el día siguiente 28, al apuntar el día, se les devolvieron los cinco filibusteros y se les entregó suficientes refrescos para los heridos, con una nota del Presidente en estos términos: "Os mando a todos los prisioneros que tengo en mi plaza;

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

si tuviera más haría lo mismo con ellos; cuanto a los que tenéis en vuestras manos, lo pongo en vuestra honradez y según el uso de la guerra". Los filibusteros se portaron bien: pusieron en manos del representante del Presidente a doce españoles de los más heridos con esta nota: "Si hubierais actuado de esa manera, cuando se os pidieron los prisioneros, que nos habéis devuelto, hubierais salvado la vida a esos infelices, cuyas cabezas se os han enviado y que ciertamente habéis dejado perecer. Os enviamos en cambio a doce de vuestros hombres y os pedimos veinte mil piezas de ocho por el rescate de los que nos quedan, sin lo cual los pondremos en situación de que no puedan enviarnos balas envenenadas, lo que es una contravención a las leyes y a las máximas de la buena guerra tan escandalosa, que si quisiéramos hacer su castigo según el rigor de las reglas que ella nos prescribe, no daríamos cuartel a ninguno de vosotros". El 29 se vino a decirles que luego de haber buscado en toda la ciudad no se había podido reunir más que seis mil piezas de ocho; ellos contestaron que ciertamente se contentarían con diez mil, pero que si no se les enviaban irían a buscarlas. El primero de setiembre se les aseguró que quedarían contentos; pero como el tercero no había llegado nada, entraron al puerto, donde se les despachó a un caballero de Malta con el dinero que pedían: entregaron entonces a todos sus prisioneros y fueron a anclar en la isla de Otoque para tomar allí víveres y carenar sus barcos.

El 18 se les dijo en un ingenio de azúcar, que saqueaban, que había dos barcos y dos barcas de filibusteros anclados en el embarcadero de Chiriquita, que se había terminado en Panamá una galera con doble fila de 52 remos, armada con cinco piezas de cañón y de 40 pedreros, destinada a darles caza y a quemar sus navíos, que se suponía estaban todavía en carena; por fin que habían llegado de Cartagena y de Portobelo 500 hombres para tripular la galera y dos piraguas que debían acompañarla. Pensaron que todo esto eran rumores que hacía correr el Presidente de Panamá para alejarlos; y en efecto, habiendo enviado a Chiriquita para saber si se habían visto filibusteros, encontraron que no. Emplearon luego el resto del año y el comienzo del siguiente en varias expediciones de poca importancia. No pensaban más que en tener víveres para sostenerse, aguardando alguna ocasión favorable de tomar a Panamá, demasiado fuerte para ser atacada por el puñado de gente que eran, o de ir al Perú, si tenían la suerte de tomar navíos bastante grandes para tal viaje. Es verdad que el terror de su nombre se había difundido de tal manera por todas partes que ya casi nadie se defendía en cuanto los veía y se supo que les caían muy mal al Presidente de Panamá, quien, para

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

cerrarles el camino por donde habían venido del mar del Norte, había hecho las paces con los indios que se encontraban a su paso.

Descripción de Guayaquil. — El 26 de enero el capitán Grognier se les unió con 60 hombres tan sólo de su tropa, ya que los otros lo habían dejado para desembarcar en California. Les dijo que su plan era buscar un lugar deshabitado, donde pudiera desembarcarse para atravesar las tierras con una brújula y tratar de volver al mar del Norte. Le representaron que tal proyecto era moralmente imposible; por otra parte que antes de pensar en la vuelta había que reunir con qué reaparecer con honor en el mar del Norte. Porque esa tropa había tenido más o menos la suerte de la otra; todos habían hecho mucho daño a los españoles, se habían batido bien, pero no estaban por eso más ricos. Grognier les creyó y se unió a ellos, que aun parecían dispuestos a reconocerlo por su jefe, en lugar del capitán inglés, que había muerto y le propusieron ir a tomar a Guayaquil, una de las más opulentas ciudades de la provincia de Quito, entre el segundo y el tercer grado de latitud austral: era de todas las que tenían alguna reputación en el Perú, la más cercana a Panamá, en cuyos alrededores se encontraban todavía. Está a diez leguas del mar a orillas de un río, cuya desembocadura está en una bahía, que lleva también el nombre de Guayaquil, así como el río.

Los filibusteros la llaman por corrupción Queaquille y hasta encuentro Memorias donde se la llama la Culata. No se puede subir hasta ella sino con barcos de 200 toneladas a lo sumo, pero los navíos anclan al abrigo de la isla de la Puna, que está a la entrada de la bahía, donde quedan seguros. Guayaquil es la única ciudad del Perú donde llueve y lo hace extraordinariamente los cuatro primeros meses del año. Está construida toda sobre pilotes y los edificios hasta están un poco elevados a causa de las inundaciones, allí frecuentes en la estación de las lluvias y que harían un pantano inaccesible si no se hubieran levantado diques del lado del mar. Todavía la comunicación no es libre en algunos lugares sino mediante puentes. Las iglesias y las casas religiosas son allí de gran magnificencia y gran riqueza; y lo que hace sobre todo la opulencia de esta ciudad es que ella suministra cacao a todo el país.

Los ingleses y algunos franceses se separan de nuevo; luego vuelven a juntarse para la expedición a Guayaquil. — Sin embargo, a Grognier no le agradó la empresa que se le proponía y no habiéndose podido poner de acuerdo los ingleses sobre el reparto con la mayoría de los franceses, tuvieron otra vez que separarse. Grognier y 50 fran-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ceses se unieron a los ingleses, lo que hacía 142 hombres y quedaron 162 del otro lado. Los primeros se embarcaron todos en el barco inglés, los segundos se repartieron entre la fragata tomada en Panamá y en una barca larga, y levaron anclas de la Caldera el 24 de febrero hacia Guayaquil. El 18 de marzo quedaron bastante sorprendidos al volver a encontrar al barco inglés, se le acercaron y le propusieron de nuevo a la tripulación unirse a ellos, lo que fue aceptado inmediatamente y el 12 de abril descubrieron la punta de Santa Elena, que está a 15 leguas bajo el viento de Guayaquil y donde comienza la bahía. Al día siguiente tuvieron noticias de los ingleses que los habían dejado en la primera separación. Encontraron una presa de vino y de trigo, que el capitán David había hecho y en la que había puesto ocho ingleses para llevarla a la isla de Plata, que era su lugar de cita general. Esta tropa había hecho grandes estragos en la costa del Perú y el virrey había enviado a 800 hombres mandados por uno de sus parientes para combatirlos; pero los ingleses los habían puesto en fuga, después de haber dado muerte a muchos. Habían hecho también varias otras presas y habiendo reunido cada uno 5000 piezas de ocho, se habían puesto en camino para volver al Mar del Norte por el estrecho de Magallanes. Pero habiendo jugado, varios habían perdido todo su botín, lo que les había quitado el pensamiento de salir tan pronto del Mar del Sur: los otros se habían embarcado en el navío del capitán Wilner, quien les había dejado durante algún tiempo y al que volvieron a encontrar muy oportunamente para ellos en las islas de Juan Fernández. David se había unido a los otros, que no hacían más que 80 hombres, de los que un tercio eran franceses. Por fin otro capitán llamado Pitre-Henry había seguido de cerca al capitán Suams a las Indias mayores. Los ocho ingleses añadieron que la flota española estaba carenándose en el Callao, que es el puerto de Lima.

Llegan con un nuevo refuerzo ante Guayaquil. — Estas noticias alegraron sumamente a nuestros filibusteros y mucho más todavía la resolución que tomaron los ocho ingleses de unirse a ellos. Es verdad que no ganaban más que ocho hombres; pero el barco que los llevaba estaba cargado de víveres y de refrescos y nada llegaba más a propósito para esa gente que casi habían carecido de todo desde que estaban en el Mar del Sur. El 16 encontráronse entre la islita de Santa Clara, que no es más que una roca y la Puna, que tiene veinte leguas de contorno, donde desembarcaron 260 hombres. Allí quedaron ocultos todo el día sin ser apercibidos por los vigías, que los había allí en número de 40. Hicieron lo mismo el 17 y por la noche se dis-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

puso el orden de ataque según los conocimientos tenidos del estado en que se encontraba la ciudad, por prisioneros hechos en la Puna. Guayaquil casi da la vuelta a una pequeña montaña, en la que se habían construido tres fuertes, de los que el mayor dominaba a los otros dos; y los tres dominaban la ciudad que entonces sólo tenía murallas por el lado del río. Así todo consistía en hacerse dueños de los fuertes y asegurarse del puerto. Ante esto el ataque se concertó de esta manera. Grognier a la cabeza del grueso del ejército fue encargado de adueñarse del puerto y de la puerta de la ciudad. El Picardo comandante de la fragata recibió orden de atacar al fuerte mayor con 30 infantes de avanzada y se le prometieron 1000 piezas de ocho al de los seis abanderados que plantara el primero su enseña. Georges d'Hout, que conducía a los ingleses, recibió la comisión de tomar los dos fuertes menores y el capitán de la barca larga fue dejado para el cuerpo de reserva, compuesto de 24 granaderos.

Atacan la ciudad y la toman. — Estando todo dispuesto, se embarcaron para entrar por el río durante la noche, pero no se pudo llegar más que hasta la punta de la isla; y como llegó el día, antes de haber tenido tiempo de ocultarse en tierra, los descubrieron los vigías y se dio la alarma por todas partes. La noche del 18 el ejército entró en el río y habiendo encontrado una isla bastante cerca de la ciudad, se mantuvo oculta en ella todo el 19. Habiendo llegado la noche aparejaron y quisieron llegar por encima de la ciudad, por haberles advertido su guía que la plaza estaba mucho más débil y peor guardada de ese lado; pero las mareas se lo impidieron y los obligaron a saltar a tierra dos horas antes del día a tiro de cañón más acá de la ciudad. Desgraciadamente había por completo frente a frente un vigía que los descubrió, porque uno de ellos, que había quedado guardando las lanchas, se puso a hacer fuego para fumar. Un momento después se comenzó a disparar desde la ciudad y el fuego se hizo muy crecido y continuo. Al apuntar el día los filibusteros salieron del bosque en orden de batalla, con banderas desplegadas y tambores batientes. Al llegar a la ciudad fueron atacados por una fuerza de 700 hombres que estaba cubierta por una muralla de cuatro pies y medio de alto y por un foso, que rodeaba esta muralla del lado del río. Habiendo caído muertos algunos a las primeras descargas, los españoles se alentaron por ese comienzo de buen éxito y salieron contra los demás espada en mano; pero fueron recibidos de una manera que les hizo aflojar pronto y aunque al retirarse cortaron los puentes, ni los fosos ni la muralla pudieron detener a nuestros valientes, que empujaron al enemigo hasta sus casas. Allí se defendió éste por algún tiempo, luego

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

huyó a la plaza de armas donde se mantuvo todavía una hora a favor de un reducto; pero tuvieron que abandonarla. Los dos fuertes menores fueron tomados con igual facilidad, pero el mayor hizo más resistencia. El cañón disparaba sin cesar y a favor de ese fuego y del humo que impedía a los filibusteros reconocerse bien, la guarnición hizo una salida, que tuvo buen resultado al principio: algunos filibusteros fueron heridos; pero la victoria se declaró pronto por los asaltantes, una parte de los españoles fue muerta y la otra entró en sumo desorden en el fuerte, que a las once horas fue forzado con pérdida para los vencedores de 9 muertos y 12 heridos.

Botín que allí hacen. — Pusieron allí una buena guarnición para servirles en caso necesario y enviaron a los ingleses para que corrieran tras los fugitivos, mientras los franceses iban a cantar el *Tedéum* en la iglesia mayor. Hecho esto, se repartieron por las casas, de las que durante el ataque los habitantes habían tenido cuidado de llevarse una parte de lo más precioso que tenían. Se corrió después, pero no se pudo atrapar sino una pequeña lancha, donde se encontraron 22.000 piezas de ocho y un águila de plata sobredorada que pesaba 68 libras y cuyo trabajo era exquisito; pero lo que la hacía más estimable es que tenía dos grandes piedras de esmeralda, que formaban sus dos ojos. Se encontraron asimismo en la ciudad diversas clases de mercancías, muchas perlas y piedras preciosas, una cantidad prodigiosa de vajilla de plata y 70.000 piezas de ocho. Había en el puerto catorce barcas ordinarias; la barca larga, con la que nuestra gente se había batido en Pueblo Nuevo y en los astilleros dos barcos del rey, que estaban casi terminados. Hacia la noche el gobernador convino en dar por rescate suyo, de toda su gente, de la ciudad, de los fuertes, de su cañón y de sus barcos, un millón de piezas de ocho en oro, y 400 sacos de harina; y como había que hacer venir esto desde Quito, que está a ochenta leguas de Guayaquil, pidió y obtuvo el permiso de enviar allá al vicario general, que tenía mucho crédito en el país.

Los filibusteros encontraron la casa de ese gobernador tan ricamente adornada y llena de muebles tan preciosos, que confesaron no haber visto en Europa nada más magnífico. Pero la sorpresa de los moradores de la ciudad era extrema, al ver que sus vencedores estaban hechos como los otros hombres y no hacían daño a nadie; porque se les había persuadido de que estaban hechos como los monos y que se alimentaban de carne humana. Uno de ellos cuenta en su relato que habiendo hecho prisionera a una de las señoritas acompañantes de la gobernadora y haciéndola caminar ante él para llevarla al lugar donde se guardaba a todos los prisioneros, la pobre joven se

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

volvió hacia él y con lágrimas en los ojos lo conjuró a que no se la comiera. El le preguntó quién le había dicho que los filibusteros comían hombres y ella contestó que se lo habían asegurado y que le habían añadido lo que dije de su figura. La noche del 21 al 22 una casa cogió fuego por descuido de un filibustero y por más esfuerzos que se hicieron por apagarlo desde el principio, quedó consumida la tercera parte de la ciudad. El temor que tuvieron los otros de que no se les pagara el rescate, por haberse estipulado que no se tocaría en nada a las casas, los hizo quejarse los primeros, como si fueran los habitantes quienes habían encendido el fuego para frustrarlos de todo el botín que podrían hacer; hablaron de esto en voz muy fuerte y amenazaron, si no se les compensaba, con hacer cortar la cabeza a cincuenta de sus prisioneros. El artificio resultó y se les dieron grandes excusas; se les dijo que no podía ser más que la canalla la que había dado ese golpe y se les prometió satisfacerlos.

Se trata de entretenerlos. — El 24, la infección que causaban los cuerpos muertos, difundidos por una y otra parte en número de más de 900 comenzó a causar enfermedades entre los filibusteros; éstos salieron de la ciudad, después de haber desmontado y clavado el cañón y se dirigieron a la isla Puna con 500 prisioneros de los principales de la ciudad, entre los que estaba el gobernador. Grognier murió pocos días después de una herida que había recibido en el ataque al fuerte. Esta pérdida fue seguida por otras varias, que pusieron de muy mal humor a nuestros valientes, quienes comenzaban por otro lado a impacientarse con que el rescate no acababa de llegar, aunque había expirado el plazo que se les había dado para ello. Para urgirlos se pusieron de acuerdo con enviar al teniente del gobernador las cabezas de cuatro de sus prisioneros y amenazaron con tratar a todos los demás de la misma manera si se demoraba más el cumplir lo tratado con ellos. El 13 el capitán David entró en la bahía con una presa, luego de haber sorprendido en Paita a un correo, que iba por segunda vez de Guayaquil a Lima y que llevaba al virrey de parte del teniente la carta siguiente: "Aviso a V.E. por segunda vez que los ingleses y los franceses están todavía en Puna; hace varios días que el término que nos han concedido para el rescate de nuestros prisioneros ha expirado. Lo hago expresamente para dar tiempo a V.E. Me han enviado cuatro cabezas de nuestra gente; los entretendré con algunos miles de piezas de ocho de tiempo en tiempo. Que V.E. disponga, si le parece bien, armarse y aunque me debieran enviar todavía treinta cabezas, pienso que esta pérdida es mucho menos dañosa

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

que si dejamos vivir a gente tan mal intencionada. Esta es una buena ocasión para deshacernos de ellos, con tal de que V.E. pierda tiempo". No había modo después de esto para dudar de las intenciones de ese comandante; por eso los filibusteros tomaron sus medidas.

De qué manera pasan el tiempo en la Puna. — Sin embargo pasaban el tiempo muy agradablemente: tenían abundancia de todo lo que puede hacer grata la vida; se les daban víveres de la ciudad; se habían llevado muchos refrescos, todos los músicos de Guayaquil estaban entre sus prisioneros, los conciertos no cesaban, el sonido de los laúdes, de las trompetas, de las guitarras, de las arpas y de los otros instrumentos que la mayoría nunca había oído, llenaban los aires de día y de noche. Las señoras, menos prisioneras tal vez en manos de sus vencedores que en sus mismas casas, se acostumbraban a los franceses, que no encontraban ni feroces ni difíciles; hasta hubo filibusteros que tuvieron aventuras bastante singulares; en una palabra, la Puna se había convertido para nuestros héroes en una isla encantada, donde todo su valor no hubiera podido resistir a las delicias que gustaban, ni a los encantos de las hermosas españolas, si esto hubiera durado todavía algunos meses; pero hubo que renunciar pronto a ello. El 25 se les trajeron 24 paquetes de harina y 20.000 piezas de ocho en oro y se les pidió un plazo de tres días para el resto. Lo concedieron, pero jurando que si se les faltaba a la palabra, se vengarían de una manera terrible. El 24 vino a decírseles que ya no se quería pagar sino 22.000 piezas de ocho por el resto del rescate y que el teniente los esperaba a la cabeza de 500 hombres. Se enfurecieron ante esta noticia y varios propusieron cortar la cabeza a todos los prisioneros; pero prevaleció el consejo más prudente y fue el de tomar lo que se les ofrecía y retirarse antes de llegar el socorro de Lima, que ya no podía tardar mucho. Cuanto a la propuesta de hacer morir a los prisioneros, se convino en que sería una venganza inútil y que puesto que no se quería permanecer por más tiempo en aquellos mares, no había ninguna necesidad de hacerse conocer por rasgos tan odiosos; pero que se podía llevar a los principales hasta la punta de Santa Elena, donde no había ninguna clase de sorpresa que temer.

Partida de los filibusteros; son atacados en su retirada. — Tomada esta resolución, se hizo embarcar el mismo día a cien de los más distinguidos entre los prisioneros y se levaron anclas inmediatamente. Se dejó, para guardar a los otros, dos lanchas, cuyos patrones tuvieron orden de no entregarlas hasta que hubieran recibido todo el dinero que se les debía llevar al día siguiente; y de advertir a quienes

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

lo llevaran que si querían tener a las cien personas que se guardaban, había que cumplir todo lo tratado. La noche siguiente, estando la armada en camino de la punta de Santa Elena, tuvo informe de que dos barcos de guerra la esperaban a la salida de la bahía y en cuanto lució el día, los vio entre la punta y la isla de Santa Clara. La fragata del capitán David se acercó al mismo tiempo y fortaleció con 80 hombres su tripulación, que apenas tenía gente bastante para la maniobra. Al mediodía, los barcos españoles que tenían el viento sobre los filibusteros, llegaron contra ellos y se cañoneó hasta la noche, sin hacerse mucho daño. El 28, luego de haberse disputado el viento toda la mañana, se luchó todavía después de la comida todo el tiempo. Los filibusteros no tuvieron más que un herido, pero todos sus buques quedaron dañados. El 29 se hizo la misma maniobra; los españoles tuvieron muchos muertos, lo que se pensó por la sangre que corría por sus bordas y sus enemigos no perdieron a nadie. El 31 hubo un cuarto combate, durante el cual los filibusteros tuvieron cortadas todas sus maniobras y sus velas agujereadas, pero no habiendo dejado más que cuatro españoles en una de sus presas donde estaban también todos los víveres, éstos se las llevaron, lo que inquietó muchísimo a nuestra gente. El primero de junio se luchó casi todo el día y los filibusteros tuvieron tres heridos, pero los españoles fueron muy molestados por su mosquetería. Al día siguiente se volvió a la carga; el cañón de los españoles dañó mucho a los barcos filibusteros, pero la mosquetería los vengó bien. Por fin no apareció más el enemigo al día tercero.

Dividen el botín. — Durante todos estos combates, en que los enemigos tuvieron siempre la ventaja del viento y no se atrevieron nunca a abordar ningún barco filibustero, se tuvo cuidado de tener en el puente al gobernador de Guayaquil, para que viera de qué manera los franceses y los ingleses se batían en el mar, después de haberle hecho ver cómo se batían en tierra. Se emplearon luego diez días en reparar las averías padecidas por los barcos; después de lo cual, encontrándose los filibusteros bastante lejos de la punta Santa Elena, y creyendo inútil ir a ver si había sido enviado el resto del rescate, pusieron los prisioneros en tierra entre el cabo Passao y el de San Francisco; después trabajaron en el reparto del botín, que solamente consistía en oro, en perlas y en piedras preciosas; porque se había despreciado la plata, hasta dejar en Guayaquil toda aquella hermosa vajilla de que hablamos y hasta una gran cantidad de piezas de ocho, que hubieran podido llevarse. Lo que se repartió, bien podía ascender a 1.500.000 libras, según la estimación que se hizo de ello, la que era altísima, porque se ponía cada pistola en 13 piezas de ocho

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

y el oro labrado valía entre 80 y 100 de tales piezas; las perlas y las piedras eran en proporción. Según esta cuenta, cada particular se encontró tener el valor de 400 piezas de ocho, fuera de la plata amonedada, de la que participaban todos con suma desigualdad, porque la habían jugado y algunos habían ganado mucho.

Se les une una partida de franceses. — El 12 David se separó nuevamente para volverse al Mar del Norte por el estrecho de Magallanes. Los otros estaban tan mal equipados que pensaron no deber exponerse a seguirlo; echaron pues al Oeste y el 23 de julio entraron en la bahía de Mapalla, en las cercanías del Lago de Nicaragua. Al día siguiente combatieron allí contra una galera y dos piraguas, que les hirieron a cinco hombres y les desagradaron con varias maniobras, pero que siempre rehusaron el abordaje. Supieron después que había allí más de 800 hombres que habían sido enviados contra treinta franceses que se encontraban en la misma bahía; se habían batido días antes en campo abierto contra 600 españoles, a cuyo comandante, llamado Alvarado, habían dado muerte, el hombre más valiente de toda la provincia. Esos treinta franceses eran de aquellos que habían dejado al capitán Grognier para ir a California. Dijeron haber bajado hasta 40 leguas al viento de Acapulco, sin haber podido bajar a tierra sino una sola vez y aun corriendo grandes peligros; tan gruesa es la mar por toda esa parte; lo que les había rechazado tan fuertemente que habían dejado a los otros 55 continuar su camino hacia California; que debían estar aún del lado de Acapulco; que estaban demasiado débiles para hacerse entregar víveres en el país más poblado de Tierra Firme y que su barca era demasiado mala para mantenerse por largo tiempo en el mar sin abrirse.

Toma de Tehuantepec. — Ante este relato, toda la tropa aparejó el 10 de agosto para ir a buscar a esos infelices y el 29 se encontró en la bahía de *Tehuantepec,* gran ciudad, que tiene ocho suburbios, cuyo embarcadero les pareció demasiado bien guardado para bajar en él. Lo hicieron dos leguas abajo, arremetieron de cabeza contra 300 hombres que los esperaban en una altura y que se retiraron después de haber hecho su descarga; y el 30 tomaron el camino de la ciudad, que sólo está a cuatro leguas. Después de haber marchado por cuatro horas, la descubrieron desde una altura y les pareció tan grande que sin el hambre que les apretaba nunca se hubieran atrevido a pasar adelante. Llegados al pie de un río, que la separa de cuatro de sus barrios, vieron a los españoles atrincherados de la otra parte; no dudaron sin embargo en echarse al agua, teniéndola a

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

la cintura, y de esta manera sostuvieron durante una hora los esfuerzos que hicieron los españoles para disputarles el paso, que forzaron finalmente. Dueños del atrincheramiento se volvieron del lado de la ciudad y atravesaron por el vientre a una segunda tropa de españoles, que no hizo tan larga resistencia como la primera. La plaza de armas fue luego tomada con el mismo vigor, luego un monasterio construido en plataforma, que dominaba la ciudad; y que había sido levantado para servir de fortaleza en caso de necesidad.

Camino tomado por los filibusteros para dirigirse al Mar del Norte. — Al día siguiente, 31, los filibusteros dueños de la ciudad enviaron a pedir lo que se les quisiera dar por su rescate, para librarla del saqueo. No se les contestó nada, lo que les hizo pensar que se tenía el plan de atacarlos y como vieron que el río crecía extraordinariamente, temiendo verse encerrados, volvieron a pasar diligentemente al otro lado y se dirigieron a sus lanchas, sin haberse aprovechado en nada de tan hermosa conquista. El hambre les apremiaba sumamente, de manera que habiendo juntado sus barcos, que habían dejado en el Puerto de Vatulco, veinte leguas bajo el viento de Tehuantepec, se pusieron a correr la costa para conseguir víveres. Los encontraron, en algunos lugares en abundancia, y habiendo empleado hasta el 20 de noviembre en esas pequeñas incursiones, sin que su galera, que había ido hasta más allá de Acapulco, hubo podido tener alguna noticia de los 55 franceses que buscaban, se dirigieron a la bahía de Mapalla, para deliberar allí por dónde volverían a pasar al mar del Norte. Llegaron allí el 15 de diciembre y encontraron sus barcos, que habían hecho el camino derechamente, mientras con las lanchas y la galera hacían víveres a lo largo de la costa. El 17 tuvieron consejo; y después de haber interrogado a sus prisioneros, concluyeron en tomar por la *Nueva Segovia.* Es una ciudad del gobierno de Nicaragua, en los confines del de Honduras; está situada a 40 leguas del mar del Sur y a 25 de un río que descarga en el mar del Norte, en el Cabo Gracias a Dios; pero se les aseguró que no tendrían que combatir sino con cinco o seis mil hombres durante tan largo camino y que el país era muy fácil para transportar los heridos y los enfermos.

Acción atrevida de 18 filibusteros. — Quisieron, sin embargo, antes de tomar una última resolución, ver si todos estos informes eran verdaderos. 70 hombres se embarcaron en dos lanchas, para ir a la Tierra grande a buscar nuevos prisioneros. Caminaron día y medio sin encontrar a nadie, y se hallaban tan cansados que hubo hasta 52 que se devolvieron, enteramente resueltos a no pensar más en el

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

viaje que se pensaba, a lo que contribuía no poco el temor de los 6000 hombres con que se les había amenazado. Los otros 18 continuaron y habiendo visto un gran camino, entraron por él. Después de haberlo recorrido por tres horas, tomaron a tres caballeros, de quienes supieron que estaban a un cuarto de legua de una pequeña ciudad llamada *Chiloteca* en la que había 400 españoles sin contar los negros, mulatos e indios. Les preguntaron si se sabía que estuvieran allí y ellos les aseguraron que no; ante lo cual quisieron primero correr junto a su gente, para comprometerlos a ir con ellos a saquear aquella pequeña ciudad. Volvieron en seguida a pensar que al diferir así su expedición se exponían a ser descubiertos y tomaron el partido de intentarla con los que estaban. Entraron pues en Chiloteca y su audacia asustó hasta tal punto a los habitantes, que se les trastornó la cabeza. Todos los que no tenían sus caballos amarrados, según la costumbre de los españoles de ese país, se dejaron prender y el comandante estaba entre ellos. Los filibusteros se informaron por ese oficial dónde estaba la galera de Panamá y se les dijo que estaba anclada en la Caldera, donde los esperaba con la esperanza de que pasaran por allí para regresar al Mar del Norte y que el San Lorenzo, navío del rey de España, armado con 30 piezas de cañón y 400 hombres de tripulación, estaba en el puerto de Realejo, para defenderles la entrada.

Ultima resolución de los filibusteros para pasar al mar del Norte. Sin embargo los españoles se habían repuesto de su primer pánico y hubo que batirse; nuestra gente lo hizo como de ordinario, pero como el número de los enemigos crecía constantemente, no tuvieron otro partido que tomar que montar en los caballos de que se habían apoderado y salir de la ciudad. Fueron perseguidos por 600 hombres que no los pudieron alcanzar y que al día siguiente, al verlos unirse con los 52 filibusteros de que se habían separado la víspera, creyeron al parecer tener que vérselas con todo un ejército y se retiraron. Habiéndose reunido así toda la partida, se dirigió el 22 a bordo de los barcos, con cuatro prisioneros, que fueron interrogados sobre el paso proyectado. Estos hicieron las dificultades mayores todavía que antes, lo que disgustó a casi todo el mundo. Sin embargo, habiendo representado algunos que había que pasar por ello o acabar infelizmente su vida en miserias todavía mayores, que las pasadas, tanto más que el número de los filibusteros disminuía de día en día, y que el de sus enemigos bastaba ya para acabarlos, se determinó por unanimidad arriesgarlo todo para salir de ese mar. La primera cosa que se hizo en seguida fue encallar todos los barcos, menos la galera y las

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

piraguas, de que se podría necesitar para pasar de la isla en que se estaba a la Tierra firme.

Preparativos y orden de la marcha. — Tomada esta precaución contra la irresolución de los que no habían podido decidirse todavía, se comenzó a disponer el viaje. Se hicieron cuatro compañías, cada una de 70 hombres, que juntas formaban el número de 280, y se debía tomar cada mañana diez hombres por compañía para componer la de los infantes de avanzada. Se renovó después el reglamento hecho desde el principio en favor de los que resultaran estropeados en los encuentros, cuando hubiera que pelear, y consistía en que cada cual tendría por recompensa mil piezas de ocho. Pero se añadió que quienes fueran heridos en las partidas que hicieran sin ser mandados, no tendrían nada; que los caballos que se tomaran se dividieran por compañías para aliviar a los que estuvieran más incómodos y que se castigarían la violación, la cobardía y la borrachera. El 27 un barco español entró en la bahía donde estaban; no quería sino sus barcos, a los que apercibió de entrada y los puso fuera de estado de navegar: hubiera sin duda ahorrado su pólvora y sus balas si hubiera sabido que estaban ya condenados. Al día siguiente volvió para combatir a los filibusteros, que estaban trepados en rocas, desde donde disparaban con ventaja y los obligaron a cortar su cable para alejarse. Pero como pensaron que bien podría regresar o si se daba cuenta de su plan, dar aviso para que se diera la alarma por todas partes, enviaron 100 hombres a la Tierra firme con orden de buscar caballos para los enfermos y venir a esperarlos a la orilla del mar. Se pusieron luego todas las noches a contrahacer los calafates para hacer creer que no pensaban sino en embarcarse para continuar sus correrías. Por fin cuando estuvieron próximos a partir, cargaron cajas, granadas y cuatro piezas de cañón a las que pusieron mechas de distinta longitud, encendidas por el extremo, para que haciendo su efecto después de la partida, el barco, que los observaba, creyera que seguían estando en la isla, de la que partieron al caer la noche con mucho secreto y con todos sus prisioneros. Estos habían sido reservados para llevar los medicamentos de los cirujanos, los útiles de los carpinteros y los heridos que necesitaran de tal ayuda.

Salida para la nueva Segovia. — El primero de enero de 1688 llegaron a tierra firme antes del día y por la noche se les unieron los 100 hombres que habían enviado a buscar caballos; tenían 68 y algunos prisioneros, quienes les dijeron que se había tenido informe de su plan y que encontrarían con quienes hablar; pero ya no había

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

manera de volver atrás y se pusieron en camino, luego que quienes estaban demasiado ricos para llevar todo su dinero se descargaron de una parte de él en los que habían perdido todo el suyo jugando, a condición de devolverles la mitad cuando se hubiera llegado a Santo Domingo. Se tomó esta precaución no sólo para ahorrarse el trabajo, que se hubiera tenido en hacer tan largo recorrido con una carga tan pesada, sino también para prevenir los malos planes de algunos, que desesperados de volver tan pobres habían complotado el deshacerse de los más opulentos. Fue el 2 de enero, cuando el pequeño ejército, habiéndose reunido en el punto convenido, puso fuego a las piraguas, hizo su oración y comenzó a caminar según el orden convenido; y desde el 4 se dieron cuenta de que el enemigo estaba sobre sus pisadas y a su cola. El 6 habiendo entrado en una de esas hostelerías aisladas en los campos, que se llaman *estancias*, encontraron una carta dirigida a ellos y concebida en estos términos:

> "Estamos sorprendidos de que hayáis escogido nuestra provincia para volver a vuestro país; pero estamos muy molestos de que no estéis más cargados de dinero; si con todo necesitáis mulas para llevar, lo que tenéis, os las daremos. Esperamos tener muy pronto al general Francisco Grognier y os dejamos a pensar lo que hará con los soldados."

Lo que tuvieron que padecer en el camino de la ciudad. — Desde el día siguiente encontraron una emboscada, que los infantes avanzados desalojaron primero. Pero por dondequiera que pasaban se había tenido cuidado con quemar los víveres y hasta dar fuego a las sabanas, lo que les molestaba mucho y retrasaba considerablemente su marcha, así como grandes talas de árboles que encontraban por doquier; era todo lo que pretendían los españoles que querían tener tiempo para acabar los atrincheramientos de que hablaremos después. Al pasar el 8 por una gran aldea encontraron a 300 hombres que desde entonces no les dejaron y les dieron todas las mañanas y todas las noches la diversión de sus trompetas, pero sin dejarse ver. El 9 los infantes de avanzada recibieron una descarga de fusilería tan brusca que solamente la mitad pudo responder y perdieron dos hombres. Al otro día hallaron otra emboscada, pero habiéndola reconocido a tiempo, dieron sobre ellos con tanta furia, que los españoles no tuvieron tiempo para volver a montar sus caballos, que quedaron en poder de los vencedores. Al undécimo día se encontraban todavía una legua más acá de la Nueva Segovia; se libraron de ella con su vigor ordinario, después de lo cual entraron sin ninguna resistencia en la

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ciudad: allí no encontraron a nadie ni absolutamente nada de vituallas; se las había quemado todas como se hacía por todas partes. Estaban por otra parte extraordinariamente cansados, porque en las 40 leguas que habían hecho no se podía caminar una legua sin verse obligado a trepar por una montaña sumamente alta y empinada. Todas las mañanas sentían en esas montañas un frío de los más picantes y se encontraban envueltos en una bruma tan cerrada que sólo se conocían por la voz. Pero a las diez de la mañana la bruma se disipaba y se sucedía un calor sumo al frío excesivo, que la nieblas había traído y que no se experimentaba en nada en las llanuras.

Partida de Nueva Segovia. — El 12 salieron de Nueva Segovia y tuvieron primero que pasar por montañas muy altas, porque la ciudad está rodeada por ellas de tal manera que como que la encierran. Allí encontraron barricadas que los españoles les habían levantado como de costumbre y tuvieron mucho trabajo en deshacerse de ellas. Al día siguiente, una hora antes de ponerse el sol, vieron desde lo alto de una eminencia donde habían pensado acampar, la pendiente de una montaña, de la que no les separaba sino un valle muy estrecho, cubierto todo de caballos, a los que al principio tomaron por bueyes. Enviaron a reconocerlos más de cerca por 40 hombres, quienes les dijeron que eran caballos muy gastados, que había en el mismo lugar tres atrincheramientos a tiro de pistola los unos de los otros, que elevándose como en anfiteatro hasta la mitad de la montaña, cerraban enteramente el camino por donde había que pasar necesariamente y que habían visto a un hombre que al descubrirlos los había amenazado con un sable desnudo que tenía en la mano.

Peligros en que se encontraban los filibusteros. — Nuestros valientes entendieron toda la grandeza del peligro en que estaban comprometidos; el camino era estrecho; sin ninguna trinchera se lo podía defender con piedras; a derecha e izquierda no había más que socavones y precipicios, cuyos bordes estaban cubiertos de bosques muy espesos y todos los españoles en 40 leguas a la redonda estaban moviéndose para venir a disputar a 300 hombres cansados y abatidos por el hambre y por la sed un paso, donde 1.500 que eran ya, hubieran podido detener a 15.000. Como cada quien se miraba sin decir nada, de Lussan, cuya historia de esta expedición tenemos, propuso dejar 80 hombres para guardar a los enfermos contra los 300 españoles que los rondaban y que acampaban todas las las noches a tiro de fusil de ellos; y lo que debió de costar el pasar a través de los abismos que bordeaban ambos lados de la montaña;

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

luego ganar por detrás la cima de esa misma montaña; desde donde tendrían sobre sus enemigos la ventaja que éstos tenían entonces sobre ellos. Se rechazó primero esta idea como quimérica, pero cuando se vieron de más cerca los atrincheramientos del enemigo ya no se encontraron tantas dificultades y no se dudó en seguirla. Se dieron cuenta a la vez que del más alto de los atrincheramientos de los españoles salía un camino que girando a la derecha iba serpenteando a lo largo del flanco de la montaña; se pensó que este camino era la continuación de aquel en que estaban y que los enemigos habían cerrado con trincheras y como quedaba todavía un poco de luz, se envió a un hombre fuerte adecuado para esta clase de descubrimientos, con una buena escolta, para examinar por dónde era mejor tomar para llegar a ese camino. Volvió al comienzo de la noche y señaló el camino que se debía seguir.

Cómo salieron de esto. — Se trabajó inmediatamente en hacer una plaza de armas del lugar donde habían acampado, se lo rodeó con toda la impedimenta y se pusieron allí los enfermos con 80 hombres, como se había propuesto. Se ordenó al que mandaba esta tropa que destacara a los centinelas con toda exactitud por la noche, que disparara cada vez un tiro de fusil e hiciera tocar la retreta y la diana en las horas ordinarias: por fin se le advirtió que si al cabo de una hora, en que hubiera visto cesar el fuego, no recibía ningún aviso, tratara de salvarse como pudiera. Así arreglado todo, se hizo oración por lo bajo, para no ser oídos de los españoles, y a una hora de la noche cerca de doscientos hombres partieron al claro de luna; luego de haber caminado una hora, oyeron que se hacía la oración en los atrincheramientos y fue acompañada y seguida de una infinidad de disparos de fusil. Por lo demás se puede juzgar de la dificultad de los caminos que nuestros aventureros tenían que franquear, por el tiempo que emplearon en ello, pues pasaron toda la noche en hacer un cuarto de legua. El día siguiente 14, al apuntar el día, estaban casi a la altura de las trincheras que tenían a su izquierda; cuando vieron una ronda, a la que la niebla impidió descubrirlos. Bajada la niebla fueron a donde habían visto la ronda y encontraron que ese era el camino que buscaban; entonces hicieron alto durante media hora para recobrar el aliento. Oyeron inmediatamente a los españoles, que hacían su oración de la mañana; y apenas habían vuelto a ponerse en marcha encontraron a dos centinelas, contra los cuales se vieron obligados a disparar antes de lo que hubieran querido.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Son forzadas las trincheras de los españoles. — No hizo falta más para dar la alarma en las trincheras, que guardaban lo más alto en número de 500, y viéndose tomados por detrás desaparecieron a la primera descarga de los filibusteros y la niebla los salvó. Los que estaban en las otras dos trincheras pasaron por encima de la primera y allí se defendieron por espacio de una hora contra nuestra gente, que luchaban a cubierto de la tercera. La niebla duraba todavía y les impedía disparar con precisión; dudaron de que sus golpes dieran, al ver que el enemigo no retrocedía; salieron contra ellos, les dispararon a quemarropa y los hicieron ponerse en salvo. No podían hacerlo más que por el camino que estaba debajo de las trincheras, pero les perdió una determinación que habían tomado, para hacerlo impracticable, que era impedirlo con árboles amontonados los unos sobre los otros y limpiar el bosque por ambos lados: los filibusteros no fallaban así un solo tiro al disparar contra ellos. Luego de haberlos perseguido por algún tiempo, se volvió al atrincheramiento de arriba, donde los que se habían quedado estaban en lucha con los 500 españoles que habían sido echados de allí y que habían vuelto sobre sus pasos; pero que al final, viendo a toda la tropa reunida contra ellos, dejaron de nuevo la partida y huyeron por completo. Se les persiguió con grandes dificultades, porque habían puesto obstáculos hasta en los menores senderos. Nadie pidió cuartel, porque tenían orden de no darlo y esa orden va acompañada siempre en esos países por un juramento de no pedirlo.

Los españoles perdieron en esta ocasión a su general, que era un valiente oficial valón. Este, había dado el plan de los atrincheramientos y que seguramente los filibusteros nunca hubieran tomado de frente, aunque hubieran sido 20.000. Alguien le avisó que tuviera cuidado con la retaguardia; él contestó que los enemigos eran hombres, los desafiaba a pasar en ocho días por el lado que fuera; que si eran diablos, no había trincheras que pudieran detenerlos. Pero tuvo una triste experiencia de esta máxima, que en la guerra no hay que descuidar nada y no creer nada imposible para un enemigo al que la desesperación obliga a inténtarlo todo.

Sin embargo, si la ronda que había enviado a las alturas y los centinelas que había puesto en el camino, hubiera cumplido con su deber, aparentemente hubiera empujado a los filibusteros por los precipicios que bordeaban ese camino. Se encontró en sus bolsillos una carta que le había escrito el general de Costa Rica, fechada el 6 de enero, donde luego de haber señalado las medidas que debía tomar para tener éxito en su proyecto, acababa con estas palabras: "Espero que Dios favorezca nuestros planes, ya que no son sino para el resta-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

blecimiento de su gloria y para la destrucción de estos nuevos turcos. Alentad a vuestra gente, que si aunque a vuestro ejemplo tengan bastante, serán recompensados en el cielo y si tienen suerte poseerán mucho oro y plata, de que esos ladrones están cargados".

Lo que había pasado con el equipaje. — Sin embargo, desde que ya no aparecieron más enemigos a la vista, los victoriosos cantaron el Te Deum en acción de gracias y enviaron a 60 caballeros para advertir a los que habían dejado con el equipaje del éxito con que el Señor había favorecido a sus ejércitos. Estos habían corrido un gran peligro y sólo se habían librado de él por la cobardía de los 300 hombres que acampaban cerca de ellos. Esos españoles, desde el momento en que oyeron disparar en las trincheras, no dudaron de que los filibusteros los atacaban de frente, no pudiéndose persuadir de que hubieran pasado por sus lados y dudaron mucho de que su campo estuviera bastante bien guardado; pero en vez de atacar desde arriba, como podían hacerlo con ventaja, habiendo ganado una eminencia que lo dominaba, se entretuvieron en parlamentar y enviaron a los nuestros un oficial, quien les dijo que no se dudaba fueran gente valiente, pero que nunca podrían resistir a tantas fuerzas unidas contra ellos; que sus compañeros, que habían osado atacar la trinchera habían sido bien derrotados en ella; que se había dado cuartel a quienes lo habían pedido; y que si querían rendirse en las mismas condiciones se les haría volver con toda seguridad a su país. La seguridad con que hablaba este oficial hizo creer a varios que efectivamente sus camaradas habían sido derrotados y algunos no estaban lejos de rendirse; pero los otros juzgaron que no había que ir tan de prisa; entretuvieron al oficial por algún tiempo, luego habiendo visto de lejos a los caballeros que venían hacia ellos con un aire que anunciaba la victoria, recobraron el valor todos y se dio esta respuesta al oficial: "Aunque vosotros tuvierais bastante fuerza para hacer perecer a dos terceras partes de los que somos, no estaríais aún bastante seguros de la victoria; y aunque no quedara más que uno de nosotros, no temería batirse contra todos vosotros. Cuando dejamos el Mar del Sur estábamos decididos a pasar al del Norte, o a morir; y aunque hubiera tantos españoles como briznas de hierba en esta sabana, no os temeríamos y a pesar vuestro pasaremos e iremos a donde queramos". Cuando se despachaba a este oficial llegaron los caballeros, que estaban todos calzados a expensas de los españoles, lo que acabó de convencerlos de que la victoria de los franceses era completa. Subió inmediatamente a caballo para llevar la noticia a su gente; se le siguió de cerca y se encontró al enemigo al alcance de mosquete del

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

campo. Todos iban a pie, y se les dejó hacer su descarga, que no hirió a nadie. Luego se les atacó espada en mano. Los que saltaron primero sobre sus caballos se salvaron, todos los demás fueron hechos prisioneros o muertos. Por fin una jornada tan gloriosa no costó a los filibusteros más que un hombre muerto y dos heridos; pero no estaban todavía sin inquietud.

Llegan al río. Su descripción. — Los prisioneros les dijeron que a seis leguas de donde se encontraban hallarían también una trinchera bien guardada; temieron entonces con razón que los fugitivos no se hubieran vuelto de ese lado y les pareció sumamente conveniente adelantárseles. Comenzaron por cortar las corvas a todos los caballos que no se querían llevar, luego partieron con diligencia para ir a tenderse a dos leguas de allí, en un lugar que era el único paso para ir a la trinchera con que se les había amenazado. Estas precauciones resultaron bien: pasaron el 15 sin ninguna resistencia la trinchera, que estaba todavía sin terminar, y el 17, que era el día decimosexto de su marcha, llegaron a las orillas de ese río, por el que tanto habían suspirado, pero en el que tuvieron todavía más peligros que correr e infinitamente más que sufrir que durante todo el curso de la más fatigosa marcha que se puede imaginar. Ese río toma su fuente en las montañas de la Nueva Segovia y descarga en el Mar del Norte por el Cabo Gracias a Dios, después de haber corrido durante la mitad de su camino con la rapidez de un torrente, a través de un número incontable de rocas de grosor enorme y por precipicios cuya sola vista es capaz de asustar a los más decididos. Esas caídas hacían al río enteramente impasable si más abajo de cada una no se encontrara una especie de laguna de agua tranquila, donde se detiene y de donde se transporta por tierra su balsa por debajo de la caída.

Estas balsas, los únicos vehículos de que se puede uno servir en un río tan peligroso, no son otra cosa que cuatro o cinco troncos de una madera muy ligera, llamada *mahot de yerbas,* a los que se les quita la corteza y que crece dondequiera por los bosques. La situación más cómoda o al menos la más segura, es poderse tener de pie y encima, siempre hundiéndose dos o tres pies en el agua: así ésta llega hasta la cintura y si hay más de dos personas juntas, se pasaría mal, porque hay que hacerlas muy pequeñas para poder pasar dondequiera entre las rocas, que están muy cerca las unas de las otras. Una flota compuesta de tales navíos se fabrica muy pronto; los aparejos cuestan todavía menos de preparar, porque todos consisten en una larga pértiga, que cada uno ha de tener en la mano para mantenerse contra la corriente e impedir ser llevados con demasiada violencia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

sobre las rocas o a los precipicios. Aunque no se los evite siempre, por más precaución que se tome, y nuestros aventureros se encontraron más de una vez sepultados con sus aguas en torbellinos de agua, de los que varios no hubieran salido nunca, si no hubieran tenido cuidado de atarse a esas máquinas inestables; hasta hubo algunos que fueron arrastrados, porque el peso de su cuerpo retenía las balsas demasiado tiempo bajo el agua, para ahogarlos.

Asesinato de cinco ingleses. — Se puede pensar que era bastante difícil llevar víveres en semejantes vehículos; se había embarcado un poco de carne de caballo salada, pero se pudrió al cabo de dos días. La caza era buena a todo lo largo de ese río, pero las armas y la pólvora se habían mojado desde el principio; últimamente, sin los plátanos, de que está lleno el país, hubiesen muerto todos de hambre. El 20 de febrero nuestros aventureros encontraron el río más ancho y menos rápido y algunas leguas más abajo era tan hermoso que habiéndose reunido todos se dividieron en varias bandas de 40 para hacer lanchas. Entonces toda la tropa fue informada de un accidente funesto, que había sucedido desde los primeros días de la navegación y del que muy pocos se habían enterado hasta entonces, porque nunca se habían encontrado juntos desde su embarque. Dije más arriba que algunos de los que habían perdido su dinero en el juego, habían conspirado deshacerse de los que estaban mejor provistos de él y que esto era lo que había llevado a los más prudentes a descargarse de una parte de lo más precioso que tenían dándola a guardar a varios bajo ciertas condiciones.

Todos no tomaron esta precaución y se observó en particular a cinco ingleses que pasaban por riquísimos y no se habían deshecho de nada. Un día en que tenían que pasar por un lugar donde las orillas del río estaban sumamente cargadas de matorrales, algunos infelices los fueron a esperar allí y tomaron tan bien sus medidas para matarlos, que no quedó ninguno; luego de haberlos despojado, los dejaron en el río y sus cadáveres fueron vistos por quienes los seguían. Los asesinos no aparecieron más, lo que junto a otros indicios los hizo ser reconocidos por los autores de un golpe tan detestable.

Llegada de los filibusteros al Mar del Norte. — No sé si todos los demás ingleses supieron esto al principio; lo cierto es que sin entretenerse en hacer lanchas, bajaron hasta el mar en sus piraguas. Allí encontraron un barco de Jamaica y quisieron comprometer al patrón que fuera a pedir para ellos una seguridad al general de esa isla, de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

donde habían salido sin comisión; pero ese patrón les pidió más, que no estaban en situación de darle: ya que la mayoría había perdido, por el hundimiento de las balsas, casi todo el dinero que tenían. Así se vieron obligados a permanecer con los indios de ese distrito, siempre bien dispuestos con su nación. Los franceses se habían separado en dos bandas, una de 120 y otra de 140; la primera llegó el 9 de marzo al cabo Gracias a Dios, habiendo hecho según su cuenta más de 300 leguas por el río, cuyo curso en línea recta no está marcado sino con 80; pero durante mucho tiempo habían corrido al sureste antes que ir al norte, donde estaba su camino. El 14 un barco inglés tomó 50, que llevó a la Goave menor, a donde llegaron el 8 de abril. El señor Dumas, que mandaba allí en calidad de teniente del rey, los recibió en virtud de la amnistía que el rey había concedido a los que habían salido desde la publicación de la paz y no habían podido ser avisados en su camino; éstos se encontraban en el caso o al menos se quiso suponerlo así; y como hubieran informado al señor Dumas que sus camaradas habían ido a una isla de la bahía de Honduras, para mantenerse allí en espera de una ocasión favorable para pasar a Santo Domingo, éste dio aviso al señor de Cussy, quien envió inmediatamente orden a Laurent de Graff para que armara un navío que fuera a buscarlos; pero los desbordamientos de esos ríos impidieron a este oficial que recibiera la carta del gobernador. El 20 de abril llegaron 42, en un navío inglés y otros 60 los siguieron de cerca. Quedaban todavía 90, que el señor de Cussy no contaba con volver a ver, al menos tan pronto, porque habían jugado y perdido su botín; la mayoría de ellos, en efecto, no volvió nunca a la colonia.

Aventura de otra tropa de filibusteros. — Las aventuras de los 55 filibusteros que habían vuelto del lado de la California, también tienen algo tan singular como todo lo que acabamos de ver. Llegados a la entrada del Mar Bermejo, pusieron pie en tierra en tres pequeñas islas que se llaman las Tres Marías, y que estaban completamente deshabitadas. Quedaron allí por cuatro años enteros careciendo casi de todo, y sin haberse atrevido jamás a desembarcar en aquella gran península, por temor de los españoles o de los indios, que estaban en gran número por aquellos distritos. Por fin se resolvieron a volver sobre sus pasos e ir a buscar a sus camaradas en el Mar del Sur. No los encontraron allí y llegaron hasta el estrecho de Magallanes con el plan de entrar por allí en el Mar del Norte. Puede juzgarse lo que les costó el hacer así 2.000 leguas en una lancha contra el viento. Estaban ya entrados en el estrecho, cuando reflexionando que no llevaban nada de un mar tan lleno de riquezas y hubieran tenido ver-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

güenza de aparecerse así con las manos vacías en Santo Domingo; y volvieron a tomar el camino del Perú. Supieron, al pasar, que había en el puerto de Arica un barco cargado de plata, recién sacada de las minas del Potosí, de que ese puerto es escala. El informe era cierto y la carga del navío valía dos millones; fueron a buscarlo, lo tomaron y se embarcaron en seguida, aparejando para el estrecho de Magallanes, donde tuvieron el infortunio de encallar; salvaron con todo una parte de la plata, construyeron una chalupa doble de los restos del navío y se fueron a lo largo de las costas del Brasil hasta la isla de Cayena, donde varios se establecieron; algunos pasaron a Francia y otros volvieron a Santo Domingo.

Y del capitán Le Sage. — Por fin el capitán Le Sage, que con 200 hombres había tomado la ruta del estrecho de Magallanes, tuvo también sus aventuras y hasta fue el más afortunado de todos. No habiendo podido pasar el estrecho, por haber llegado a él en una estación demasiado avanzada; tomó el partido de ir a cruzar a lo largo de las costas de Africa, y allí hizo varias buenas presas, que durante dos años lo mantuvieron en la abundancia de todas las cosas; pero sobre todo hizo una, que lo convirtió en riquísimo así como a toda su gente. Era un barco que venía de las Indias mayores, donde había una gran cantidad de polvo de oro. Pertenecía a un joven holandés que luego de haberse casado en Holanda, había querido hacer ese viaje, para asegurar una buena viudez a su esposa futura. Le Sage, después de tan feliz encuentro, dejó el Mar de Africa y se dirigió a la isla de Cayena, desde donde la mayoría de sus compañeros volvió a pasar poco después a Santo Domingo.

Inconvenientes de las correrías de los filibusteros. — Sin embargo, dos cosas inquietaron por mucho tiempo al señor de Cussy respecto de los filibusteros que habían pasado al mar del Sur y no sabía bien si debía temer más la noticia de que habían fracasado en su empresa que la de verlos volver cargados de despojos de esos ricos países. Como la mayoría de los habitantes de Santo Domingo les habían hecho adelantos crecidos, había dado lugar a creer que si tenían éxito en su expedición esto sería un cebo para volver a empezar otras parecidas con frecuencia, y de ello no podía menos de resultar la perdición entera de esa colonia, cuyas fuerzas principales estarían siempre al otro extremo de América. Pero si no volvían o si volvían sin haber hecho nada, todos aquellos de quienes habían recibido el dinero, se encontrarían sin recursos y esto era para acabar con el comercio, que nadie en Santo Domingo estaría ya en la posibili-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

dad de sostener. Por otro lado, el número de los habitantes parecía disminuir en vez de aumentar, y el gobernador en sus cartas al ministro atribuye particularmente la causa de esto a la gran cantidad de negros que se comenzaba a introducir en la isla; porque, dice, se los prefiere a los alistados, quienes después de haber cumplido el plazo de su servicio se hacían habitantes y poblaban la colonia.

Al mismo tiempo que escribía estas cartas, recibió una del señor de Seignelay, quien le indicaba que el rey persistía siempre en la idea de que había que atender a los filibusteros y conservar con cuidado ese cuerpo, del que se podía sacar servicios importantes en ocasiones; pero que era necesario impedir sus correrías contra los españoles, no sólo porque no sacarían de ellas ninguna ventaja real, y que los locos gastos que hacían al volver de sus expediciones los iban a hacer frecuentemente con los extranjeros y los enemigos del estado; sino también porque turbaban y hasta arruinaban completamente el comercio de las Indias, en que los súbditos de Su Majestad tenían el interés principal: y como ya le había dicho el señor Begon, que la intención del rey era establecer el comercio con los españoles, de donde se podrían sacar dinero a cambio de nuestros géneros: puso todos sus cuidados en poner ese proyecto en ejecución y trató de hacer comerciantes a los filibusteros que no había podido conseguir hacer habitantes. Pero muchas cosas impidieron que este plan tuviera éxito.

El señor de Cussy intenta en vano hacerles cesar. — Los españoles de Santo Domingo estaban ya enterados de los estragos que hacían los filibusteros en el Mar del Sur; no los hacían menores en el del Norte y se puede considerar bien que si al mismo tiempo en que no se les molestaba no habían cesado ellos sus hostilidades contra los distritos de la isla ocupados por los franceses, no tenían cuidado de mantenerse inactivos en un tiempo en que podían añadir a sus antiguos títulos para hacer la guerra el derecho de una justa represalia. Se mostraron pues con mayor frecuencia que nunca en nuestras costas, las que desolaron por completo, y los habitantes comenzaron a decir en voz bastante alta que si el rey no quería defenderlos contra sus enemigos, se refugiarían todos en Jamaica. Estas amenazas con todo no impidieron al señor de Cussy continuar su plan, persuadido de que el mejor medio de librarse de los españoles era no ir tan lejos a incursionar contra ellos, lo que dejaba desguarnecidas nuestras costas, sino en guardarlas bien y que no teniendo así más que ganar para el enemigo por el pillaje, sería fácil entenderse en un comercio igualmente útil a ambas naciones. Sobre este principio, habiendo sabido a comienzos de julio que un barco filibustero había entrado en Goave

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

menor, y se preparaba a salir para ir a incursionar contra los españoles, fue él mismo a apoderarse de ese buque.

El señor de Cussy quiere impedir la empresa de los filibusteros contra Campeche y no lo consigue. — Pero estos golpes de autoridad no tenían siempre resultado de la misma manera, porque no se tenía a la mano la fuerza para hacerse obedecer. Así habiendo sabido hacia el mismo tiempo que Granmont y Laurent de Graff preparaban en la isla Vaca un gran armamento para ir a tomar a Campeche: se dirigió allá con diligencia y les declaró que tales empresas eran absolutamente contra el servicio y la intención del rey. Granmont le contestó que Su Majestad no podía haber desaprobado su plan, ya que todavía no había tiempo para enterarse de él. El señor de Cussy contestó que no convenía a los súbditos eludir así las órdenes de su Soberano mediante chistes. Le habló luego con mucha amabilidad, le dijo cosas tan sensatas y le hizo conocer tan bien que su verdadero interés, así como el de todos sus compañeros, consistía en entrar por las ideas del Príncipe y conformarse a ellas, que este capitán le aseguró que por su parte la partida sería deshecha; pero al momento se levantó un ruido confuso de gente que pensaba que el asunto estaba demasiado adelantado para volverse atrás y que si el gobernador no quería darles una comisión para incursionar contra los españoles, ellos se servirían de la que les había dado para la caza y la pesca. Ya observé que los filibusteros no tenían con frecuencia otro derecho para hacer la guerra a los españoles, que el que pretendían no poder disputársele a nadie, de ir a pescar y cazar dondequiera; que como los españoles no querían permitir que hicieran lo uno o lo otro en sus tierras, esa negativa según ellos hacía legítimas todas las hostilidades que ejercieran contra esa nación. El señor de Cussy vio bien entonces que era inútil insistir y se retiró, contentándose con advertir a los jefes que hicieran serias reflexiones sobre las consecuencias de una desobediencia tan formal a las órdenes del rey.

Toma de Campeche. — Desde que hubo partido, y encontrando favorable el viento, los filibusteros se dieron a la vela en número de 1.100 hombres de desembarco y llegaron el 5 de julio a Campetón, que está a 14 leguas de Campeche, donde dejaron sus navíos. Al día siguiente a las dos de la mañana partieron de Campetón en número de 900 en 22 lanchas, que cada una tenía su bandera, y remando con tranquilidad y orden, vinieron a anclar hacia las cinco de la tarde al alcance del cañón de la ciudad. El 7 hacia las 9 de la mañana, Granmont, que mandaba como jefe, dio las órdenes necesarias para

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

el desembarco: el mayor barco de la flota y dos barcas se habían acercado también durante la noche y así todas las tropas bajaron a tierra al mismo tiempo y se dispusieron en batalla a la vista de los españoles, que parecían tocados por el rayo y no hacían en apariencia ningún movimiento para defenderse. Se dispararon sólo algunos cañonazos de un barco del rey de España que estaba anclado bajo la fortaleza, pero habiendo tomado fuego la pólvora, ese barco saltó por los aires. Esa tranquilidad aparente de los españoles no hizo a Granmont sino más circunspecto, e hizo bien. Luego que había marchado por un largo cuarto de legua, encontró una emboscada de 800 hombres que le hicieron una gran descarga, pero no mataron sino a dos hombres y no hirieron más que a cinco o seis. Los filibusteros no se entretuvieron en contestar con sus fusiles: cayeron espada en mano sobre los españoles, que primero se dieron a la fuga y a los que persiguieron hasta la ciudad: entraron allí con ellos, pero siempre en orden de batalla.

Entonces los habitantes aparecieron bajo las armas atrincherados con cañones en todas las esquinas de la ciudad. Granmont, que no quería perder gente, tomó inmediatamente el parecer de colocar fusileros en las casas que estaban en terrazas, para disparar sobre los que servían el cañón. Esto tuvo todo el efecto que se había prometido; las baterías fueron pronto abandonadas y los filibusteros se encontraron en poco tiempo dueños de 40 piezas de cañón. Las volvieron contra la ciudad, que se sometió en seguida y antes del mediodía Campeche estaba en poder de los filibusteros sin artillería y sin que el menor revellín bien defendido hubiera debido detener un mes. Quedaba por tomar la fortaleza, donde había 400 hombres de guarnición, 18 piezas de cañón de 24 y otras seis menores. Granmont dio tres días a su gente para descansar y refrescarse; luego habiendo hecho venir de su navío 100 balas de cañón y la pólvora correspondiente, montó diez piezas de cañón de las tomadas en la ciudad y puso esa batería en la cárcel, que estaba cercana a la fortaleza. Estando todo dispuesto, la hizo batir en brecha durante nueve horas, en las cuales 600 filibusteros hicieron un fuego continuo de mosquetería, cuyo resultado fue impedir que ningún soldado español se mostrara y cortar en pedazos tres banderas que estaban puestas en la fortaleza. Sin embargo el cañón no hacía casi nada, lo que hizo dilatar el asalto hasta el día siguiente, y Granmont, desesperando de ganar por la fuerza, buscaba alguna estratagema para hacerse dueño de la plaza; cuando un inglés, que estaba dentro, gritó al Cuerpo de Guardia de los infantes de avanzada que podían entrar, pues estaba abandonada.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Se le dijo al general, quien no creyó deber ceder a tal información sin haberla examinado bien; él mismo se acercó y dijo al inglés que echara a voleo todos los cañones; lo hizo y se supo que estaban cargados de metralla. Como era demasiado tarde Granmont juzgó conveniente dilatar para el siguiente día el tomar posesión de la fortaleza.

La fortaleza es abandonada por los españoles. — En cuanto llegó el día, Laurent de Graff dio orden de tomar 80 hombres y entrar en la fortaleza. No encontró más que al inglés, a un artillero y a un alférez, que había preferido exponerse a todo antes que huir como los demás. Era un hombre de carácter, sumamente valiente y lleno de honor. Fue recibido por el general filibustero como lo merecía; Granmont lo despachó con suma generosidad, le hizo devolver todo lo que le pertenecía y añadió además otros hermosos regalos. Sin embargo, como los españoles podían reunir en poco tiempo hasta 13.000 hombres, se tomaron precauciones para ponerse en situación de defensa, para el caso de que fueran atacados, aunque nadie apareció. Desde que Granmont se aseguró un poco de esta parte, alojó a sus soldados en las mejores casas de la ciudad, donde vivieron a discreción hasta el 26 del mes de agosto: el botín que allí hicieron fue muy poco considerable, así como el que hicieron por los campos, a donde Granmont envió partidas todos los días a diez o doce leguas a la redonda; hasta estaban muy sorprendidos de no encontrar a nadie más que algunos salvajes; pero un día cuando estaban montados a caballo en número de 130 cayeron en una emboscada, donde el gobernador de Mérida mandaba en persona a 900 españoles y éstos les hicieron una descarga tan acertada que mataron a veinte hombres de los franceses. La partida era muy desigual y los filibusteros se decidieron a la retirada; la hicieron en buen orden y como valientes, pero hubo dos que quedaron prisioneros.

La ciudad es incendiada. — Al día siguiente Granmont mandó a pedir al gobernador de Mérida que le entregara sus dos hombres y le prometió enviarle todos los prisioneros que había hecho hasta entonces, sin exceptuar siquiera al gobernador de Campeche ni a los demás oficiales; e hizo añadirle que si rehusaba una oferta tan ventajosa lo llevaría todo a sangre y fuego en la ciudad. El gobernador repuso que podía quemar y matar cuanto quisiera, que tenía dinero para reconstruir la ciudad y hombres para volverla a poblar y combatirlo y que había venido con ese plan. Granmont no contestó nada pero tomando por la mano al enviado del gobernador, lo paseó por la ciudad, donde hizo poner todo en fuego; hizo después cortar la

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

cabeza a cinco españoles, luego lo despidió, ordenándole decir de su parte a su amo que había comenzado a ejecutar sus órdenes y que iba a terminar. No siguió empero derramando sangre inocente, aunque el gobernador le hubiera hecho llegar una segunda respuesta tan altiva como la primera; pero redujo toda la ciudad a cenizas, hizo estallar la fortaleza, quemó el día de San Luis en un artificio de fuego de alegría que hizo en honor del rey, por 200.000 escudos de madera de Campeche, que era lo mejor de su botín y partió para la costa de Santo Domingo.

La historia de los filibusteros asegura que dio libertad a todos los prisioneros; pero el señor de Cussy no lo dice en la carta que escribió al señor de Seignelay para informarlo de esta expedición. Este gobernador añade que, habiendo tomado los filibusteros dos navíos, Laurent de Graff pretendió que le correspondía uno y que por la dificultad que tuvo Granmont en cedérselo hubo grandes amenazas. Sin embargo se les reconcilió y se resolvió regalar al señor de Cussy el barco que era objeto de disputa. Estos dos jefes se separaron en seguida y algún tiempo después de Graff se encontró solo en medio de tres barcos españoles, de 60, de 54 y de 50 cañones, que lo desmantelaron y pensaron hundirlo, pero nunca se atrevieron a abordarlo. Por fin, después de haber pasado el más terrible fuego que pueda verse, se salvó durante la noche gravísimamente herido y habiendo perdido nueve hombres. Tuvo consuelo en este infortunio por la cesión que le hizo el señor de Cussy del navío que había sido objeto de su diferencia con Granmont y por cartas de naturaleza y de gracias por el asesinato de Vand-Horn, que había hecho pedir al rey y que le fueron entregadas poco tiempo después de su regreso de Campeche. Las unas y las otras son del mes de agosto de este mismo año 1685 y en la patente de naturaleza se indica que su mujer se llamaba Petronila de Guzmán, y era natural de la isla de Tenerife. Por lo demás, no he creído deber seguir para la fecha de la toma de Campeche al historiador de los filibusteros, que la pone en 1686. La carta del señor de Cussy, que ya he citado, y que lleva fecha del 13 de agosto de 1686 señala positivamente que se hizo en 1685 y habla de todo lo que pasó a la vuelta de Granmont, de su diferencia con de Graff, del combate de éste con los tres barcos españoles: cosas todas sucedidas los últimos días de agosto o aun en el mes de septiembre.

Historia de Granmont. — Al año siguiente, Granmont, cuya última expedición había sido de alguna forma legitimada por nuevas empresas de los españoles contra las costas de Santo Domingo, las

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

que daban derecho a mirarlos como enemigos, fue nombrado teniente del rey a solicitud del señor de Cussy, quien quiso unírselo, así como a Laurent de Graff, que al mismo tiempo fue nombrado mayor. La comisión del primero es del 30 septiembre, la del segundo es del primero de octubre del mismo año 1686. El plan del gobernador era dar a Granmont el mando de la costa sur, pero este plan no tuvo efecto: Granmont, al primer aviso que tuvo del honor que le hacía el rey, quiso hacer una última incursión: armó un navío, donde puso cerca de 180 hombres y nunca se pudo saber lo que había pasado con ellos. Fue una verdadera pérdida para la colonia. Granmont no cedía en intrepidez y verdadera valentía a ningún capitán filibustero y nadie le era comparable en la dirección de una empresa y para el consejo. Ya dije que era de París; perdió a su padre siendo sumamente joven, su madre volvió a casarse y un oficial se enamoró de su hermana. Granmont encontró censurables las asiduidades de ese oficial y se lo dijo a él mismo; lo trataron como a un niño y aunque en efecto no fuera más que un escolar, arremetió espada en mano contra el oficial, lo hirió de tres heridas mortales y obtuvo el perdón gracias a la solicitud del mismo oficial, que poco después murió de sus heridas. Entró luego al servicio, se distinguió sumamente en el regimiento real de la marina e hizo varias campañas por mar, donde adquirió una gran reputación. Por fin habiendo tenido el mando de una fragata armada en corso, con la quinta parte de la ganancia, tomó cerca de la Martinica un transporte holandés que valía bien 400.000 libras, la llevó a Santo Domingo, donde perdió en el juego, consumió en desórdenes no solamente su parte, sino también la de sus asociados, y no osando regresar a Francia, se hizo filibustero. Su buen aspecto, sus maneras honradas, un no sé qué de amable que ganaba los corazones, mucho desinterés, todo esto unido a todas las partes de un buen capitán, le distinguieron bien pronto de los otros jefes de ese cuerpo, que estaba entonces en su más alta reputación. Pero con las virtudes que lo hubieran podido elevar a los primeros honores de la guerra, tenía todos los vicios de un corsario. Llevó el desorden con las mujeres y el vino a los mayores excesos y la irreligión hasta donde puede llegar.

De Graff es hecho Mayor. — Laurent de Graff estaba en el mar cuando llegó a Santo Domingo su patente y se encontraba bastante a disgusto. Teniendo en la costa de Cartagena un barco de 48 piezas de cañón, montado por 200 hombres de tripulación, lo perdió en un arrecife a dos leguas de tierra, mientras perseguía una barca. Para suerte suya, con su lancha tomó la barca, que se

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

encontró bastante capaz para contener a toda su gente. Se dirigió de allí al Golfo de Darién, donde los indios, a petición de los españoles, le armaron una emboscada y le mataron 25 hombres. Se apoderó luego de dos barcas y de un pequeño navío de seis cañones; las dos barcas, donde tenía 30 hombres, volvieron a tomar el camino de Santo Domingo y el resto de su gente lo obligó a continuar la correría en su pequeño barco; pero no la continuó hasta que lo encontraron los enviados del señor de Cussy y le entregaron de su parte la patente real, de que hablé. Esta gracia, que le hizo el rey, libró a los españoles del más terrible enemigo que tuvieron en el cuerpo de los aventureros y no procuró a la colonia un apoyo tan seguro como se había esperado. La correría era el elemento de este hombre y hubiera sido bueno que hubiera mantenido hasta el fin en un servicio más honroso la gloria que había adquirido en su primer género de vida.

Laurent de Graff era holandés, como ya lo he notado. Entró de joven al servicio de España, en calidad de marinero, fue en seguida artillero y en tal calidad comenzó a distinguirse por su habilidad; porque se decía que estaba tan seguro de su tiro en el mar como el más hábil fusilero puede estarlo en tierra. Su valor igualaba a su destreza, fue promovido y llegó a ser comandante de un navío. Fue enviado a América, donde los filibusteros encontraron en él un enemigo digno de ellos. Al cabo de algún tiempo fue hecho prisionero y encontrándose entre gente tan valiente no pudo resolverse a dejarlos. Se enroló con ellos y no permaneció por mucho tiempo como simple filibustero: los franceses lo reconocieron muy pronto por uno de sus principales jefes y él hizo honor a su elección. Llenó de tal manera todas las costas españolas con el terror de su nombre que en las oraciones públicas se pedía a Dios ser protegidos del furor de *Lorencillo*. Era el nombre que de Graff había llevado todo el tiempo en que había servido a España. No es que les hiciera todo el mal que se le atribuía; pero con frecuencia los filibusteros hacían correr el rumor de que él estaba a su cabeza, persuadidos de que su solo nombre adelantaba con mucho la derrota de los enemigos. Por eso no había nada que los españoles no hubieran dado para tenerlo en su poder. El lo sabía bien y no dudaba de que le hicieran una jugada muy mala si alguna vez lo tenían. Para evitar este mal, no se batía nunca sin poner a un hombre con una mecha encendida cerca de la pólvora, para hacer estallar el navío si tenía el infortunio de verse obligado a hacerlo. Poco faltó para que esto le sucediera un día en que los habitantes de Cartagena, sabiéndolo cercano a su ciudad en una simple barca, destacaron en pos de él dos

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

barcos con 50 piezas de cañón. Se creyó perdido desde que los vio, e iba a dar la orden de poner fuego a la pólvora; cuando la desesperación reanimó su valor e hizo esfuerzos tan increíbles que se hizo dueño de los dos barcos: si empero esta acción no es la misma que conté en otra parte, en que de Graff fue secundado por Miguel el Vasco y cuyos detalles son un poco más verosímiles. La Historia de los Filibusteros añade que en otra ocasión el almirante y el vicealmirante de los galeones dieron orden de prenderlo a cualquier precio; que lo encontraron sumamente mal equipado y lo pusieron entre dos fuegos, teniendo cada uno 1500 hombres de tripulación; que les mató a mucha gente, desarboló al almirante de su palo mayor y se salvó; que fue tal el ruido de esta acción, que determinó a la corte a darle empleo en la colonia y que el almirante español, habiendo sido enviado a Madrid, fue sometido a consejo de guerra, condenado a perder la cabeza y ejecutado.

Los españoles se apoderan de Goave menor y son echados de allí. — Uno de los motivos principales que tuvo el rey para tomar a Granmont y de Graff a su servicio era comprometerlos a dejar las correrías a los filibusteros, entre quienes ninguno había tenido nunca tanto crédito como ambos hombres. Por eso el señor de Seignelay recomendó particularmente al señor de Cussy que los distribuyera por los distritos, donde su presencia se creyera más necesaria para ese plan. Añade en la carta que escribió sobre esto al tal gobernador, que Su Majestad estaba tan persuadida del mal que causaban estas correrías, que estaba resuelto a dar orden al comandante de la escuadra, que debía partir inmediatamente para América, que tomara a todos los filibusteros que encontrara en el mar y los llevara a la Martinica, para ser juzgados como bandidos según el rigor de las ordenanzas. Pero como el rey había sido informado al mismo tiempo que las medio galeras españolas continuaban haciendo grandes estragos en las costas de Santo Domingo, ese príncipe hizo advertir al gobernador que le enviara inmediatamente una fragata para guardar esas mismas costas de tales empresas.

La corte pensó entonces seriamente en la conquista de Santo Domingo. El señor de Cussy fue advertido que hiciera en secreto sus preparativos y esto fue lo que lo hizo tan fácil en recibir a los filibusteros que al fin de este año comenzaron a volver del Mar del Sur y a los que exigió únicamente que fueran a sus habitaciones para fortificarlas. Había tenido abundante tiempo para reconocer que una conducta más severa podía tener funestos efectos: la Goave menor estaba casi abandonada y faltó poco para que los españoles

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

se hicieran dueños de ese puerto. El 10 de agosto entraron allí en número de 85 en una piragua y un bergantín, y habiendo puesto pie en tierra al apuntar el día, se hicieron dueños del fuerte, donde no había nadie; saquearon después la aldea, donde hicieron grandes crueldades y asesinaron entre otros al señor Dupuy, procurador real y capitán del distrito, con su esposa, que estaba encinta. Por fin los habitantes más cercanos se juntaron, obligaron al enemigo a entrar en el fuerte a toda prisa, donde los sitiaron y lo asaltaron. Se salvaron veinticinco; el resto fue muerto o hecho prisionero y los jefes fueron ahorcados. Se tomaron estas represalias no solamente por las crueldades que habían hecho al sorprender el lugar, sino también porque el año anterior un capitán filibustero llamado Brea, al haber sido hecho prisionero por la flota de Barlovento, había sido ahorcado con nueve o diez de su gente, y todo el resto de la tripulación mantenido prisionera y tratada de la manera más cruel. No sé empero si esta sorpresa de Goave menor no es la misma de que hice mención más arriba al hablar de los griegos.

Preparativos por ambas partes a la guerra; malas maneras de los ingleses. — Para volver al proyecto del sitio de Santo Domingo, se fundaba en la previsión de que los españoles no tardarían en entrar en la querella de los holandeses, contra los que estábamos entonces en guerra; pero no se quería que los de la isla de Santo Domingo pudieran razonablemente quejarse de que se los hubiera tratado como enemigos, antes de que lo fueran formalmente. Hasta se buscaba por todas las maneras de hacerlos vivir bien con los franceses; y habiendo sabido el rey que algunos oficiales querían impedir a nuestros comerciantes el hacer ningún comercio directo con ellos, lo encontró mal e hizo saber sobre este punto sus intenciones al señor de Cussy. El gobernador se acomodó; pero mientras no hacía sino cumplir las órdenes recibidas de Su Majestad, sufría en Santo Domingo toda la odiosidad de algo que disgustaba a muchos. Se tenía en el fondo alguna razón para no aprobar una conducta que no causaba ningún buen efecto de los que se habían esperado y que ofrecía grandísimas desventajas a la colonia; porque no solamente las medio galeras españolas saqueaban y arruinaban continuamente nuestras costas, sino al mismo tiempo se supo que en Santo Domingo se hacía una gran armada, que debía caer primero sobre la isla de Cayena, luego sobre la de Santa Cruz y al fin sobre la parte francesa de Santo Domingo. Se tenía asimismo algún motivo para creer que no duraría largo tiempo la buena inteligencia con los ingleses de Jamaica, donde el Duque de Albemarle, que era

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

el gobernador, retuvo y maltrató en extremo a 75 filibusteros franceses, que regresaban del Mar del Sur y les obligó a escribir lo contrario a Santo Domingo: incluso se les hubiera perdido al parecer a todos sin la muerte del Duque de Albemarle, que sucedió al año siguiente. Entonces quien mandaba en su lugar los despachó de nuevo al señor de Cussy, pero se quedó con sus armas y su dinero, aunque el señor de Cussy le hubiera enviado una barca que algunos ladrones franceses habían tomado a los ingleses.

Conducta de los franceses a su respecto. — Estas maneras de los ingleses, que correspondían tan mal a las que los franceses habían tenido siempre para con ellos, no hicieron cambiar de sistema al señor de Cussy; él había puesto a de Graff como comandante en la isla Vaca y le había dado órdenes de hacer una ruda guerra a los malhechores de que estaba llena toda la costa sur. De Graff cumplió perfectamente con su encargo, demostrando un gran celo por el servicio, mucha firmeza y una equidad de que tanto los ingleses como los españoles tuvieron ocasión de alabarse. Por eso sus cuidados tuvieron el buen éxito que el gobernador se había prometido de ellos. Llegó entonces al extremo, por la confianza que todo el mundo le tenía, de poblar en poco tiempo ese distrito entero, y hacerlo muy floreciente. Pero se le sacó un poco demasiado pronto para una expedición que no tuvo buen resultado. Vamos a ver de qué se trataba.

Galeón encallado en las Serenilles. — Un capitán español fue tomado por unos piratas y libertado por Laurent de Graff. Confió a su libertador que ochenta años antes un galeón ricamente cargado había quedado hundido en las Serenilles, islitas a treinta leguas al suroeste de Jamaica; le aseguró que dentro de él estaba aún toda la carga y se ofreció a llevarle hasta él: de Graff creyó no deber descuidar el informe y mandó el español al señor de Cussy. El gobernador, luego de haberse asegurado, en cuanto era posible, de la sinceridad de ese hombre, armó una barca larga y otros tres navíos menores e hizo embarcar al capitán, con órdenes al señor de Graff de que los llevara a las Serenilles. De Graff se preparaba a obedecer, cuando recibió una contraorden, cuya ocasión fue la siguiente.

Barco del rey tomado por los holandeses. — El 12 de enero de 1689 el señor de Latre llegó a la costa de Santo Domingo con un navío real y una corbeta; y habiendo sabido que había sido declarada la guerra a Holanda, formó el plan de ir a llevarse a la fuerza dos barcos de esa nación, que le habían dicho estar anclados en la

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

bahía de Manzanillo, en la costa de Cuba. Pero como no disponía de tripulación suficiente para tal expedición, pidió permiso al señor de Cussy para levantar 60 u 80 hombres en su gobierno. Lo consiguió a condición de no pasar de ese número y de no hacer toda la leva en el mismo lugar; pero guardó mal esas condiciones y tomó hasta 120 hombres en el distrito de la isla Vaca. Fue en seguida derechamente al Cabo Cruz, que forma la bahía de Manzanillo, donde contaba con sorprender a los enemigos. Pero como había cometido la imprudencia de divulgar su plan, los encontró esperándolo en muy buena situación. Ya no podía retroceder, tuvo que batirse y lo hizo como hombre valiente, pero fue muerto y su navío fue tomado. Al recibir el señor de Cussy la noticia, envió inmediatamente un propio al señor de Graff para mandarle ir a buscar a los holandeses y combatir con ellos dondequiera que los encontrara. De Graff aparejó en el acto, entró en la bahía de Manzanillo y no encontró allí ni un solo barco: hizo algunos prisioneros, por los que supo que cinco días después del combate los holandeses se habían retirado con su presa a cinco leguas de allí en los cayos del sur de Cuba, donde se les habían unido dos barcos de su nación, de 20 y 16 piezas de cañón. De Graff no tenía fuerzas suficientes para ir a atacarlos y creyó no poder hacer nada mejor que seguir su primer destino.

Llegó felizmente a las Serenilles y no tuvo dificultad en encontrar los restos del galeón hundido; un pequeño barco inglés estaba entonces por encima, ocupado en pescar, lo que hacía regularmente desde cuatro años una vez al año.

Los ingleses se hacen dueños del galeón. — De Graff era más fuerte que él, pero juzgó inconveniente echarlo de allí; e hizo sociedad con él, a condición de que no volvería a Jamaica antes del fin de la pesca. Envió luego a buscar víveres y buzos a Santo Domingo, pero tardando demasiado esta ayuda llegó un número tan grande de barcos ingleses que de Graff no juzgó acomodado medirse con ellos y les abandonó el galeón, en el que se pretende que encontraron grandes tesoros.

La tregua que teníamos con España subsistía siempre, pero se esperaba con certeza que no tardaría en romperse y el señor de Cussy había tenido nuevos avisos de que se preparara para atacar a Santo Domingo con todas sus fuerzas, en cuanto recibiera la orden. El rey tenía más que nunca empeño en esta empresa y esto aparece por la carta del ministro al gobernador de Santo Domingo: "Podéis creer, le dice, que en vuestra vida no tendréis nada mayor que

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

hacer y podéis contar, al lograrlo, con gracias particulares de Su Majestad, sobre todo que ella os daría su gobierno. Os ruego que me informéis de las medidas que tomaréis para la ejecución de este plan". Esta carta es del 13 de enero de 1689 y encontró al señor de Cussy, que acababa de terminar un desdichado asunto y que al parecer hubiera tenido consecuencias funestas sin la firmeza del señor de Franquesnay, que mandaba en el Cabo Francés. Veamos cómo sucedió esto.

Rebelión en el Cabo Francés. — No se podía poner más cuidado en el alivio de la colonia, que el dado por el gobernador en todas las ocasiones; pero era bien necesario para ello que fuera secundado por todos los que estaban encargados de atender a las necesidades de los habitantes. El tabaco no se vendía nada; los habitantes que no estaban en condiciones de hacer añil se encontraban por la mayor parte reducidos a la última miseria y lo que quitaba a muchos filibusteros las ganas de establecerse en habitaciones era que desde algún tiempo no se les mandaban ni alistados ni negros. La Compañía que se había mantenido en posesión del comercio exclusivo de los negros había ido de un extremo a otro: primero había llenado la costa de Santo Domingo con sus esclavos y ya vimos el daño que la colonia había padecido con ello. Rechazada luego por algunos viajes que no le habían resultado, había cesado completamente de llevarlos. Por fin una compañía de mercaderes de Saint-Malo había logrado del rey un permiso, que se había publicado por orden de Su Majestad en todos los distritos, de hacer la trata con los españoles en toda la extensión de estos mares y todas las ventajas que este comercio atraía a los habitantes y que permitían subsistir a trescientas o cuatrocientas personas por lo menos, iban a estos nuevos tratantes.

Esta innovación hizo murmurar y hubo gente bastante mal dispuesta como para acusar al señor de Cussy de ser su autor y de hacer el comercio con los españoles bajo el nombre de los de Saint-Malo. De estas palabras se pasó bien pronto a las quejas, y no habiendo éstas conseguido nada, se acudió a las vías de hecho. El distrito del Cabo apareció repentinamente en armas y uno nombrado *Chevalier* se puso a la cabeza de los amotinados; pero se creyó que no hacía más que prestar su nombre a alguien que era bajo cuerda el verdadero jefe de la rebelión, tanto más cuanto que fue propuesto ante todo nombrar un gobernador en vez del señor de Cussy. Sea de ello lo que fuere, habiendo sabido Chevalier que había en la bahía de Manzanillo, cerca de Montecristi, una barca española que hacía

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

allí la trata, fue y se la llevó. Luego de esta expedición recorrió toda la costa, dejando por dondequiera semillas de rebelión, que aumentaron bien pronto su partido. Ya no quedaba más sino asegurarse de algún puesto importante; escogió una colina, que ahora está encerrada en la ciudad del Cabo e hizo subir allí artillería y se atrincheró de tal manera que no era fácil desalojarlo. El señor de Franquesnay, que mandaba en aquel distrito, no tenía suficiente tropa para reprimir tal amotinamiento; y no podía contar con los habitantes. Comenzó por enviar un propio al señor de Cussy, que estaba en el Cul-de-Sac para pedirle que se dirigiera con diligencia al Cabo, sin lo cual estaba en peligro de sucumbir al número de los facciosos, que crecía por días; los distritos cercanos entraban ya abiertamente en la rebelión.

Es reprimida. — El señor de Cussy pasó inmediatamente con 70 hombres, de cuya fidelidad se había asegurado, dejando para mandar en todos los distritos del oeste al señor Dumas, a quien ordenó expresamente, si se hacía el menor tumulto, que cortara inmediatamente el mal con un pronto castigo de los culpables. Sin embargo, el señor de Franquesnay había reunido un número de soldados y de habitantes fieles, capaces al menos de tener a raya a los rebeldes y se había atrincherado en la plaza frente a Chevalier. Poco después este rebelde mandó a decirle que no había tomado las armas sino para impedir las correspondencias que el gobenador mantenía con los enemigos del estado, para gran perjuicio de la colonia y que estaba dispuestos a desarmarse con tal de que se le diera seguridad de un pronto remedio a un desorden tan evidente. Franquesnay quedó ultrajado por esta insolencia y quiso hacer ahorcar al enviado de Chevalier; pero se le representó que esa acción, por justa que fuera, podía tener malas consecuencias y se le hizo tomar un partido que tuvo éxito. Contestó a Chevalier que no dejaría de informar a la corte del tema de las quejas, que se había dado a los habitantes; y que no dudaba de que Su Majestad tuviera consideración para ello, si las juzgaba razonables; que sin embargo le aconsejaba volver a su casa y quedarse tranquilo esperando la respuesta; que obrando de otra manera se haría criminal y que si quisiera seguir su consejo, él creía poder asegurarle que ni él ni ninguno de los suyos sería nunca buscado por todo lo pasado.

Nada podía convenir más a quienes habían seguido a Chevalier que esta declaración. La mayoría comenzó a incomodarse en su atrincheramiento y a temer las consecuencias de esa rebelión; todos clamaron que nada era más razonable que lo propuesto por el señor de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Franquesnay, y todos se retiraron en seguida. Parece mucho que Chevalier volvió a comenzar bien pronto a conspirar de nuevo, o que no habiéndose retirado sino después que todos lo habían abandonado, el teniente del rey no se creyó comprometido a su respecto por la palabra que había dado en general. Lo cierto es que se empeñó en apoderarse de su persona. El golpe era atrevido; para lograrlo señaló una revista de todos los habitantes de la llanura del Cabo y escogió para esto el distrito Morin, donde tenía su habitación. Chevalier dudó al principio del lazo que le tendían y deliberó con sus amigos si se encontrarían en la revista: le dijeron que no temiera nada y le protestaron de que en nada sufrirían que se hiciera algo contra su persona; les creyó y se mostró firme. Cuando todos los habitantes estaban bajo las armas ante la puerta del comandante, se fue a decirle a Chevalier que el señor de Franquesnay quería decirle una palabra; Chevalier acudió y apenas hubo entrado en la pieza, cuando el comandante, tomándolo por el brazo, *Chevalier,* le dijo, *te detengo en nombre del rey.* Chevalier había venido bastante bien acompañado, volvió la cabeza para ver si alguien no venía a socorrerlo; pero cuando vio que nadie se movía, *¡Soy muerto!,* gritó. *No,* contestó Franquesnay, *te aseguro otra vez que de mi parte no se te hará ningún mal.* Era prometerle poco, o por mejor decir, enteramente nada. Efectivamente Chevalier fue embarcado el mismo día bajo buena guardia para el Puerto de Paz, según la orden que el señor de Cussy había enviado al salir del Cul-de-Sac; fue puesto en manos de la justicia. Se le interrogó acerca de lo que le había comprometido en esta revuelta, pero no quiso nombrar a nadie; se le hizo proceso y fue ahorcado.

El señor de Cussy llegó al Puerto de Paz pocos días después de esta expedición y desde el día siguiente se dirigió al Cabo Francés, luego de haber enviado la mejor parte de su tropa al Cul-de-Sac. Hizo grandes investigaciones sobre las causas que habían contribuido a la rebelión y no encontró ninguna otra que las que he mencionado. Esto lo comprometió a usar de clemencia, ratificó la palabra que Franquesnay había dado a los revoltosos, pero fue a condición de que le entregaran tres de ellos que aparentemente estaban en el mismo caso que Chevalier. No se le pudieron entregar sino dos, ya que el tercero estaba en fuga. Hizo colgar a uno en el Cabo y mandó a ejecutar al otro en el Cul-de-Sac para servir de ejemplo; dio luego cuenta a la corte de todo lo sucedido y dijo que no era posible portarse mejor de lo que lo había hecho el señor de Franquesnay, quien al principio se había encontrado solo y durante mucho tiempo no sabía de quién fiarse. El ministro le contestó que el rey estaba suma-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

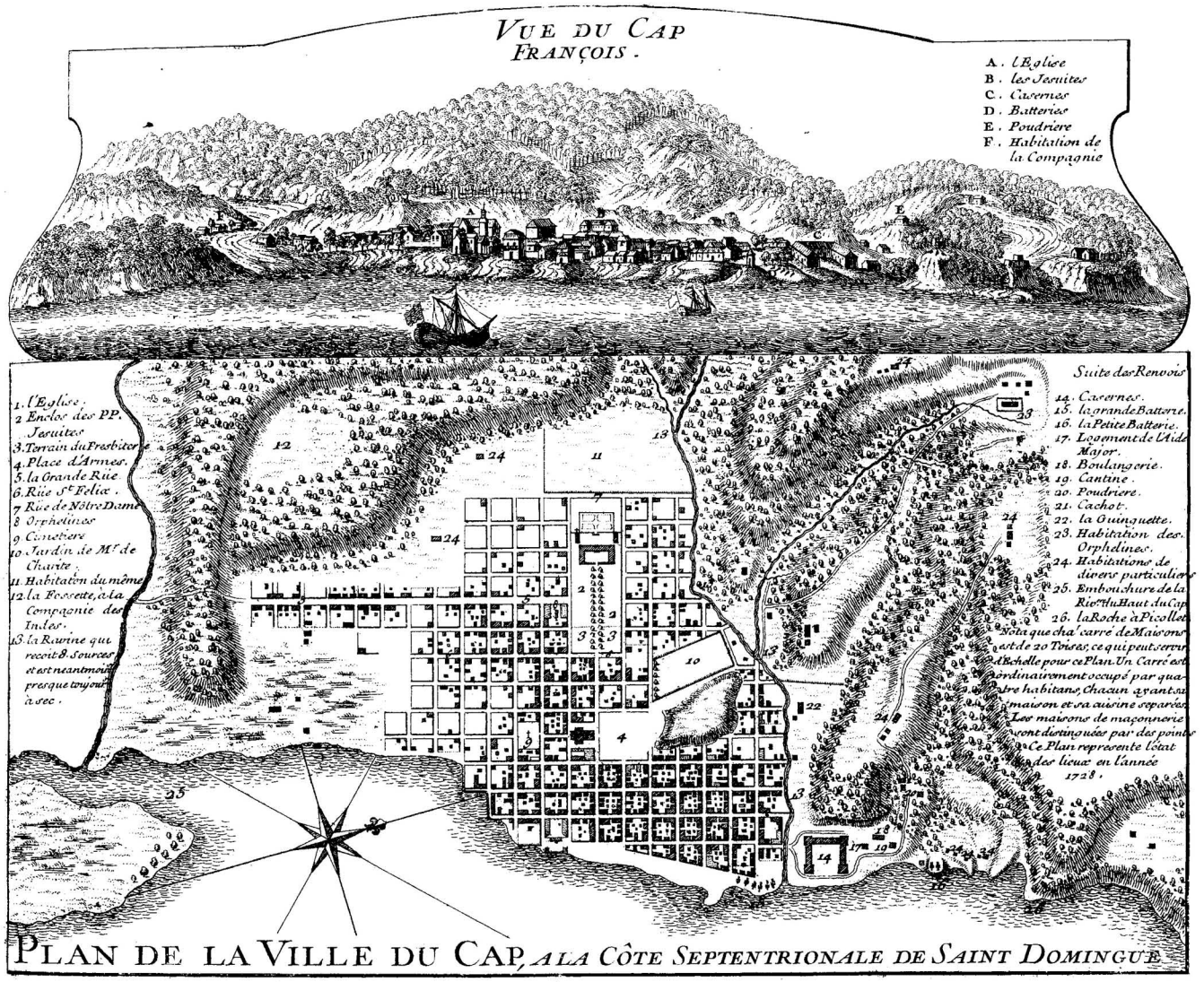
mente complacido de que hubiera castigado a los jefes de la rebelión; que Su Majestad quería ciertamente conceder el perdón que le pedía para los demás y que no serían olvidados los servicios del teniente del rey.

Hacia el fin de este año, el señor de Cussy recibió una carta del controlador general, al respecto de los derechos de pesos e impuestos que ese ministro pensaba debían establecerse en la costa de Santo Domingo; y le contestó que había que temer cualquier cosa de tal proposición; que no haría falta más para disipar enteramente la colonia, que una parte de los habitantes se echaría a los montes y que un número muy grande pasaría a Jamaica. Dio al mismo tiempo informe al señor de Seignelay de la carta del controlador general y de la respuesta que había dado: y le fue ordenado que ya que tales derechos no habían sido tomados todavía en Santo Domingo, su Majestad encontraba bien que no permitiera su exigencia, al menos hasta nueva orden. Esta carta estaba fechada el 3 de septiembre de 1690; un mes más tarde el ministro le escribió una segunda, por la que le hacía saber que el rey había permitido a comerciantes de Saint-Malo el armar algunas fragatas para ir a hacer el corso en el golfo de México y en las islas inglesas; pero que la intención de ese príncipe era que tales fragatas guardaran las costas de Santo Domingo, cada una a su vez. La carta añadía que uno de los objetivos de esa armada era el comercio con los españoles; y que el rey quería no solamente que dejara a los capitanes la libertad de continuarlo, sino también que les diera todas las facilidades que dependieran de él para hacerlo con seguridad. Estas órdenes parece que llegaron demasiado tarde para tener su efecto, y hasta parece que el señor de Cussy no llegó a recibirlas.

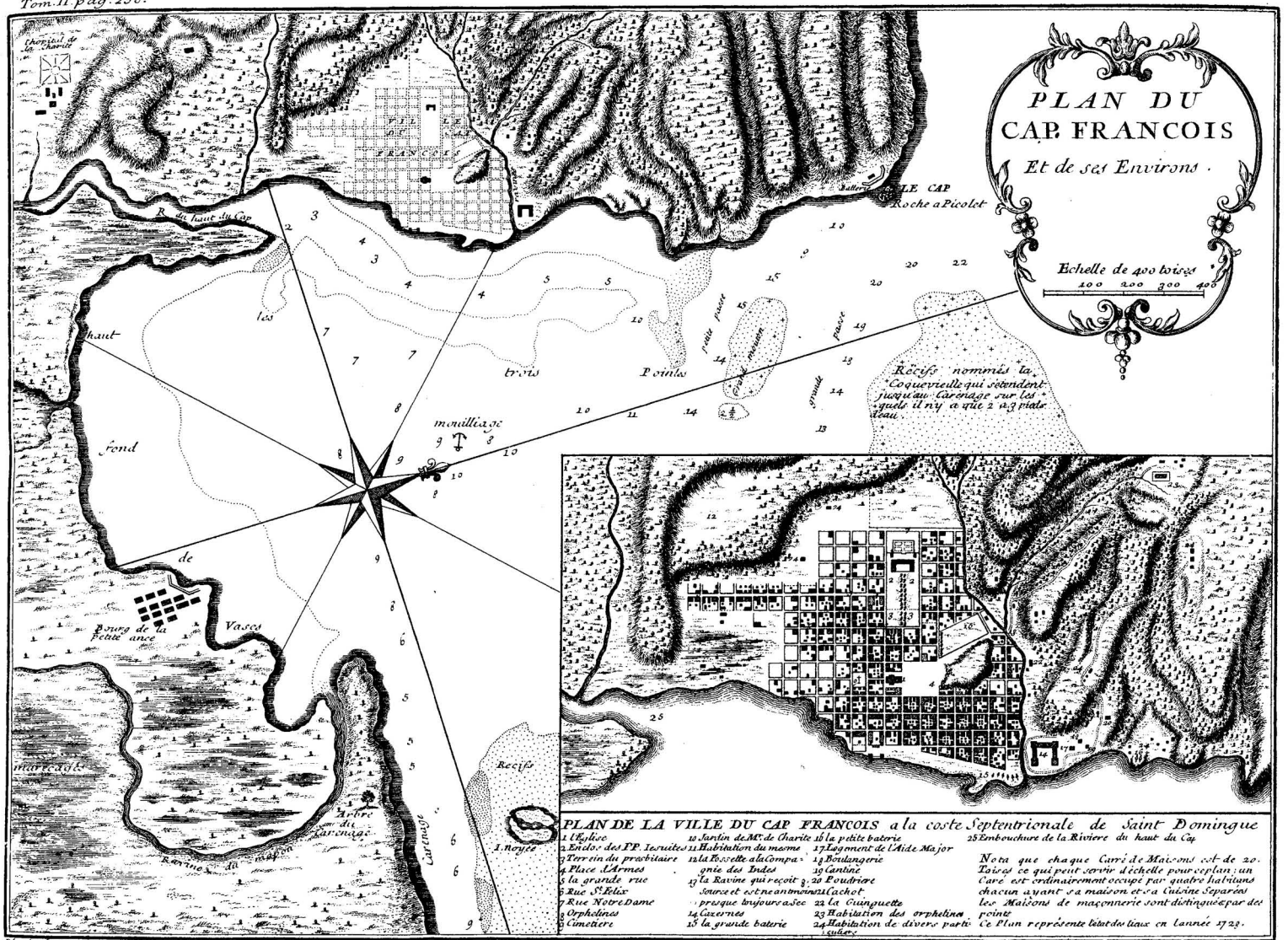
Empresa contra Santiago por el señor de Cussy. — Algunos meses antes, es decir, hacia el comienzo del mes de junio, el gobernador estaba en el Cul-de-Sac y los filibusteros, en número de 240, llevaron a ese puerto algunas barcas que habían tomado a los ingleses y le pidieron comisiones para ir en corso. Les dijo que era mejor hacer alguna empresa considerable y que fuera para provecho de la colonia; les propuso la toma de Santiago de los Caballeros y añadió que él mismo se pondría a su cabeza y se haría seguir por todas las milicias de los distritos vecinos al Cabo. Se dejaron persuadir y el gobernador, luego de haber enviado a todas partes sus órdenes, partió para el Puerto de Paz, a donde llegó el 17 de junio acompañado de las tropas que había hecho embarcar consigo. Hizo la revista de su ejército, que se encontró compuesto por 400 caballeros, 450 infan-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



tes y 150 negros destinados a llevar los equipajes y los caballos de mano. Se embarcó el 19 para el Cabo, donde ancló el 21. La caballería llegó el 24 y él salió al día siguiente para dirigirse al cuartel general de la asamblea, que era una habitación del señor de Franquesnay en la llanura de Limonada, a cuatro leguas del Cabo. Todas las tropas se reunieron allí el 26 y permanecieron hasta el 28. Franquesnay les puso a discreción sus rebaños, y cada hombre llevó carne para dos días. El 29 el ejército acampó en las orillas del Artibonito, el 30 en la Sabana de Doña Ignacia y el primero de julio en el río de Rebouque. El general destacó desde allí a 120 hombres, para apoderarse de las fincas del gobernador de Santiago, donde estaban los vigías o centinelas de los españoles. No se les encontró, por estar tendidos en el bosque; pero se mataron varias bestias cornudas, lo que fue un gran alivio para el ejército.

El señor de Cussy envía su secretario al gobernador. — El ejército no se detuvo en aquel lugar, sino que fue a acampar a otra finca cercana al río de la Gonave, donde permaneció y encontró muchas bestias, de que se aprovechó. A las dos horas de la tarde se vieron en las alturas vecinas varios jinetes, a los que se persiguió inútilmente; y viendo el señor de Cussy que había sido descubierto y que ya no podía contar con tener prisioneros, tomó el partido de enviar a Santiago a Boyer su secretario, que era sumamente considerado por los habitantes de aquella ciudad. Boyer partió solo y llegando al medio de una sabana, desde donde podía fácilmente ser visto, dio una señal de parlamentario, poniendo su pañuelo al extremo de su mosquetón; un teniente vino inmediatamente a él y Boyer le aseguró que podía ir a hablar a su general con toda seguridad. Llegó y fingiendo al principio no saber que hubiera guerra entre ambas naciones, preguntó al señor de Cussy qué pretendía con tantos soldados. El gobernador le contestó que venía a saber si el presidente era persona bastante honrada para aceptar el combate que tenía el plan de ofrecerle en plena sabana, para decidir a quién pertenecía la isla de Santo Domingo, a menos de que los españoles no quisieran mejor ponerse voluntariamente bajo la obediencia del Rey Cristianísimo; en el cual caso le prometía dejarlos disfrutar de todos sus privilegios. Añadió que hasta entonces no había hecho daño ninguno y se había contentado con matar solamente los animales necesarios al mantenimiento de su ejército y que iba a seguir marchando lentamente para darles tiempo de tomar su decisión y aun ponerse en estado de defensa si no juzgaban conveniente aceptar sus ofrecimientos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Lo sucedido entre el señor de Cussy y un oficial del gobernador. — El oficial contestó que no tendría tiempo de avisar al presidente, pero que el gobernador de Santiago no dejaría de venir a encontrarlo y que sería un placer medir sus fuerzas con las suyas; que no debía contar con que los españoles estuvieran en disposición de querer cambiar de señor y que no había ninguno que no estuviera dispuesto a sacrificar sus vidas para indicar a su rey su celo y su fidelidad. Si se cree a algunas Memorias, el general francés no esperaba tal respuesta, ya que no había emprendido esta expedición sino por las seguridades que le habían sido dadas por un capitán de Saint-Malo, llamado Praillé, de que la mayoría de los españoles de la isla estaban sumamente dispuestos a entregarse a Francia y que en particular la guarnición de Santo Domingo, a la que no se le pagaba desde hacía mucho tiempo, deseaba en extremo este cambio. Sea lo que fuere, sobre lo que acabo de decir, el oficial de que he hablado fue muy atendido por el señor de Cussy, que le hizo los mejores regalos y lo despidió con una escolta dirigida por Boyer.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Los españoles preparan una emboscada a los franceses. — Cuando hubieron llegado al lugar donde tenían que separarse, el oficial dio testimonio al secretario de que había sido muy sensible para con las delicadezas de su amo, que guardaría el recuerdo de ellas por toda su vida y que hasta entonces los franceses no habían hecho la guerra de esa manera. El cuarto día, el ejército acampó en el río de Amina, donde encontró toda clase de refrescos en abundancia. Cerca de cincuenta españoles aparecieron entonces por las alturas; pero no quedaron allí mucho tiempo. El 5 se marchó hasta el río Yaque, o Montecristi, y se acampó a legua y media de la ciudad de Santiago, sin encontrar nada, lo que hizo sospechar alguna emboscada, de manera que se pusieron en guardia. El 6 pasaron sin oposición el río, que es sumamente rápido y a media legua de la ciudad se encontraron en un desfiladero, donde apenas dos hombres podían pasar de frente. El señor de Cussy debía esperar ser atacado y fortificar la cabeza y la retaguardia de su ejército; no lo hizo en absoluto y esta falta pensó costarle cara. La vanguardia pasó sin encontrar nada; pero el centro y la retaguardia, cuando estaban metidos en el desfiladero, se vieron de improviso atacados por gente que los descubrían desde arriba hasta abajo, y luchaban sin ser vistos, los unos con armas de fuego, los otros con lanzas. Efectivamente el paso donde se encontraban era una especie de barranca, que los torrentes habían ahondado mucho y cuyos bordes estaban sumamente cubiertos de vegetación.

Son rechazados con pérdidas. (La viñeta que está al frente del segundo tomo representa este combate). — El centro, donde estaba el señor de Cussy, se detuvo e hizo un fuego tan terrible que el enemigo, no pudiéndolo sufrir, huyó primero; se le persiguió y varios se echaron al río para salvarse. La retaguardia, impedida por el equipaje, y donde había un número bastante grande de gente bisoña, que no tenían armas, padeció mucho. Dos oficiales y cuarenta hombres fueron muertos. El general, que fue enterado de este desorden envió allá al señor de Franquesnay con 150 hombres; pero no lo aguardaron aquellos contra quienes iba. Por otro lado, los que habían huido más allá del río, viendo el movimiento de este oficial, que marchaba con tanta velocidad, creyeron que abandonaba el terreno y que todos los franceses iban en derrota; inmediatamente volvieron a pasarlo a nado y regresaron a la barranca; pero se encontraron allí con el señor de Cussy, que cargó contra ellos tan vigorosamente a la cabeza de los filibusteros que hubo un gran número de muertos; y el resto fue deshecho en un momento. Entre los primeros varios se habían embriagado con aguardiente y se lanzaban con tanta furia contra los franceses, que éstos se veían obligados a retroceder algunos pasos para dispararles. La precipitación con que los otros se salvaron les hizo abandonar sus armas y sus caballos.

Toma de Santiago. — Luego de esta victoria, ya no aparecieron más enemigos sino desde lejos sobre las colinas y se entró en la ciudad sin residencia. Esta se halla situada en una península, que forma el río Yaque y todos los lados de ese río están naturalmente fortificados por acantilados inaccesibles de una altitud prodigiosa y de legua y media de contorno. Se respira en esos acantilados y en todo el rededor un aire muy puro y los habitantes de esos distritos viven muchos años. Dije en otra parte que el río Yaque arrastra oro; se dice que no hay familia algo numerosa en Santiago que no saque de él tres o cuatro gruesas por día. Los franceses, al entrar en la ciudad, la encontraron completamente desierta y todas las iglesias abiertas; las mismas casas habían sido desamuebladas; pero se habían dejado víveres y bebidas. El señor de Cussy prohibió tocar nada; algunos empero no dejaron pese a esta prohibición de cogerse algunas cosas de comida y de bebida, y se indispusieron por ello; esto hizo creer que se les había envenenado y todo el ejército pidió instantáneamente el permiso de vengarse poniendo fuego a la ciudad: lo consiguió, pero a condición de salvar las iglesias y las capillas.

Retirada de los franceses. — Al cabo de 24 horas, viendo que el tiempo se hacía lluvioso y temiendo sobre todo el desbordamiento

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de los ríos, de los que algunos, como el Yaque y el Mao, hacen entonces grandes estragos, dio la orden de partida. Pasó el río el 7 y fue a acampar a una legua y media más allá. Al día siguiente acampó en una finca, donde encontró mucho ganado, que hizo matar, y al día siguiente, 9 del mes, aunque se había apartado del camino primero, la vanguardia fue atacada y tuvo un hombre herido; pero el enemigo huyó en seguida. Sin embargo el señor de Cussy confiesa que cien hombres resueltos hubieran podido detenerlo en aquel lugar. El 10 pasó temprano el río de Mao y descansó por el resto del día. Los caballos estaban sumamente cansados y había que proveerse de carne para varios días. El undécimo se tomaron más de sesenta caballos, que vinieron muy a propósito para remontar la caballería, que había tenido muchas pérdidas, y el 12 pasaron el río de Rebouque, donde los señores de Saint-Laurent y Begon habían hecho proponer a los españoles el fijar los límites de ambas colonias por esa parte. El 13 el ejército atravesó el río de Doña Ignacia (¿doña Inés? N. del T.) y el 14 el de Artibonito. El 15 el señor de Cussy permitió a la infantería desbandarse y tomar los caminos más cortos; e hizo llevar los heridos, que ya no podían caminar, ni sufrir el caballo, sobre parihuelas a Bayajá, para ser allí embarcados en lanchas. El mismo llegó el 16 al Cabo, antes que se supiera en el Cul-de-Sac que había salido de allí. Encontró en ese puerto a filibusteros que lo esperaban para tener una comisión: tenían a su frente al capitán Bernanos, y su plan era ir a tomar Santiago de Cuba. Los despachó; pero no he logrado saber el resultado de esta empresa: sólo encuentro que Bernanos hizo de camino algunas presas a los ingleses.

Toma de San Cristóbal por los ingleses. — El ejército del señor de Cussy estaba sumamente fatigado por tan larga marcha; con todo en su carta al ministro asegura que al llegar todos protestaban de que si quería llevarlos a Santo Domingo estaban dispuestos a partir, persuadidos de que si esa capital era tomada, todas las demás ciudades y aldeas abrirían las puertas a los franceses. Pero para esta conquista se necesitaban más fuerzas de las que el gobernador podía entonces poner en pie, y, además el viaje que acababa de hacer, donde había padecido mucho por falta de agua, lo había convencido de que esa clase de expediciones se debían hacer por mar, es decir, que era necesario tener barcos para bloquear el puerto y desembarcar tropas a dos o tres leguas de la ciudad. Por otro lado, la noticia que acababa de recibir de la toma de San Cristóbal por los ingleses y que una parte de los habitantes debía pasar a la costa de Santo Domingo, no le permitió alejarse. Por lo demás, esta noticia de la pérdida de San Cris-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tóbal no debió sorprender demasiado al señor de Cussy, si se cree a algunas Memorias. Porque se pretende que durante la noche que pasó en Santiago se difundió el rumor de que los ingleses nos habían echado de esa isla; pero que llegado el día no fue posible descubrir quién había sido su autor.

Una parte de los habitantes llevada a Santo Domingo. — Sea lo que fuere de ello, los más considerables habitantes de aquella hermosa colonia fueron llevados a la Martinica y los otros fueron destinados a la costa de Santo Domingo: una buena parte de ellos llegó al Puerto de Paz, poco después del regreso del señor de Cussy, donde se les distribuyeron tierras. Quedaban todavía unos 300 hombres, mujeres, galeotes, negros y mulatos, que el general inglés confió a un llamado James Smith, que se había hecho naturalizar francés. Smith partió a fines de setiembre y habiendo llegado a Montecristi, quedó muy sorprendida la gente al verle tomar el largo, poner dos cañones cargados de metralla en la delantera de su navío, con los artilleros listos a darles fuego, y hacer subir al puente a toda su tripulación armada de pistolas y cuchillos. Los franceses le preguntaron el por qué de todo este aparato y contestó que estaba avisado de buena fuente y aún de algunos de ellos que habían urdido apoderarse de su navío; añadió que le costaba creerlo, visto el buen trato que había dado a todos; pero que la prudencia lo obigaba a tomar sus precauciones. Es verdad que hasta entonces se había portado perfectamente bien con ellos y que antes de haberlos embarcado les había dado toda clase de ayuda, lo que les había hecho desear tenerlo de guía: era al parecer lo que buscaba. Continuó pues su camino, así equipado, casi siempre fuera de la vista de tierra. Llegó finalmente al extremo occidental de la isla y después de haber hecho pasar hambre y sed a aquellos infelices durante ocho días, les dijo que había fallado con el Puerto de Paz, donde tenía orden de desembarcarlos y que no teniendo ya más víveres, los vientos contrarios no le permitían ir más lejos; que por lo tanto se veía obligado a ponerlos en tierra. Hizo en seguida embarcar a todos los hombres en dos chalupas, so pretexto de ir a buscar habitantes para socorrerlos y les retuvo sus ropas, diciéndoles que no harían sino molestarles; esculcó luego a las mujeres y a los niños, a quienes dejó casi desnudos en la orilla, luego aparejó y desapareció. Los pocos franceses que se encontraban en ese distrito hicieron lo mejor posible por aliviar a estos miserables, a quienes su pérfido conductor no había dejado más que la camisa, y varios de los cuales murieron pronto de pesar y de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

miseria, por más cuidados que se les pudiera dar. Por fin tres de los más ricos habitantes de Santo Domingo que se encontraban de pesca en aquella vecindad, corrieron en su ayuda, fletaron una lancha y una chalupa y se llevaron una buena parte de ellos a Goave menor, donde casualmente se encontraba el señor de Cussy. Este envió inmediatamente a buscar a los otros, los hizo repartir entre los habitantes, que los recibieron, como si hubieran sido sus mismos hermanos; y habiendo sabido que Smith estaba en Jamaica, donde había tenido la osadía de asegurar que había entregado a los pasajeros en el lugar de su destino, envió a pedir al gobernador justicia contra ese malvado.

Los españoles atacan al Cabo Francés. — De Goave menor el señor de Cussy se dirigió al Puerto de Paz, para estar más al alcance de tener noticias de los españoles, que parecían tener el plan de tomar su revancha por la toma de Santiago. Pocos días después de haber llegado, supo por algunos prisioneros ingleses, que aparentemente habían sido hechos en la costa, que la flota que había tomado a San Cristóbal había hecho velas hacia Puerto Rico, a fin de unirse allí con los españoles con el fin de echar a los franceses de la isla de Santo Domingo. Sobre esta información partió el 10 de enero, para dirigirse al Cabo, donde llegó el mismo día o el día siguiente. El 12 se oyeron algunos cañonazos y el 14 unos cazadores vinieron a decir que había cinco grandes navíos anclados a diecisiete o dieciocho leguas del Cabo. Inmediatamente el gobernador hizo aumentar el número de los centinelas destacados y el 17 uno de esos centinelas corrió a todo galope para decirle que había visto un gran número de caballos, que estaban todos chorreando sudor, y a los que aparentemente se les dejaba descansar en alguna sabana donde los españoles en escaso número los guardaban. Ese mismo día o el siguiente, la flota de Barlovento, compuesta de seis grandes buques y de una fragata, y en la que había 2.600 hombres, desembarcó 1.200, entre los que había 300 lanceros, a seis leguas del Cabo y vino inmediatamente a fondear cerca de este puerto. Puso además en tierra 500 hombres, que fueron a unirse con los otros del lado de la sabana de Limonada, y no encontraron resistencia en ninguna parte; tampoco los que venían por tierra de Santo Domingo, en número de setecientos u ochocientos.

Combate en que los señores de Cussy y de Franquesnay pierden la vida. — Esta inacción de los franceses venía de su falta de en-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tendimiento. En el momento en que hubiera habido que tomar partido para obrar contra un enemigo tan poderoso, los señores de Cussy y de Franquesnay se habían encontrado de parecer contrario: y lo malo fue que prevaleció el peor. El gobernador, que primero se había adelantado con treinta o cuarenta de los más valientes, para reconocer al enemigo, propuso ir a poner una emboscada a las tropas desembarcadas del lado de Bayajá y del río de Jaquezy; y esos distritos, que todavía no estaban roturados, eran muy adecuados para ese plan. El teniente del rey, por el contrario, quería ir a colocarse en la sabana de Limonada, por donde era necesario que los enemigos pasaran, para atacar el Cabo por tierra y se les combatiera allí. Nada en el fondo era menos sensato que esta idea; se hubiera podido a lo sumo reunir mil hombres y los españoles tenían más de tres mil; ¿por qué, decía el señor de Cussy, exponernos a combatir en el llano contra fuerzas tan superiores, mientras lo podemos hacer en otra parte, donde la ventaja del número no podrá servir de nada a nuestros enemigos? Por más que hizo, no ganó nada; todo el mundo comenzó a gritar confusamente "*¡a la Sabana*!", se pusieron inmediatamente en marcha y el general, que ya no era escuchado, se vio obligado a dejarse llevar.

Llegó el 20 a esta llanura, que tiene una legua cuadrada y que está perfectamente unida; y el 21 apareció el ejército español. Lo atacó a las nueve horas con la misma precipitación que había presidido la deliberación y la victoria no dejó de vacilar más de hora y media, aunque los franceses luchaban sin orden. Pero un oficial español, dándose cuenta de que sus fusileros ya no podían sostener el fuego de los filibusteros y comenzaban a ceder, hizo una señal con su sombrero para hacer levantarse a 300 lanceros, que estaban tenidos de vientre y que cargaron con tanta furia sobre nuestra gente, que rompieron el centro después de un duro combate. Entonces encontrándose separadas las dos alas, la mayoría tomó la fuga y no quedó sino un grupo de los más valientes en torno a los señores de Cussy y de Franquesnay, que hicieron prodigios de valor. El gobernador sobre todo se distinguió de manera sorprendente. Había recibido un golpe de arma en el cuerpo y se encontró en medio de seis lanceros, contra los que se defendió con una intrepidez que llamó la atención de todo el ejército enemigo; mató a dos de ellos antes de que nadie se atreviera a acercársele; partió luego la cabeza a un tercero con su pistola; por fin atravesado de lanzas cayó muerto junto a sus valientes, entre los cuales estaba Franquesnay, que también había vendido muy cara su vida a los españoles: el caballero

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de Buterval su sobrino, 30 oficiales, y 400 a 500 hombres de los más valientes de la colonia perecieron en esta ocasión después de haberse batido con todo el valor posible.

Consecuencias de esta derrota. — Se ha pensado siempre que los españoles habían perdido en este combate por lo menos tanta gente como nosotros; y se supo luego que habían embarcado 180 heridos; pero tuvieron mucho cuidado de ocultar sus pérdidas y comenzaron por enterrar a sus muertos, de los que sin embargo se encontraron todavía 60, al parecer en lugares apartados. Por otra parte, eran dueños de la campiña, donde nadie osaba mostrarse. Por eso no dejaron de aprovecharse de su victoria; recorrieron como vencedores toda la llanura del Cabo, quemaron la aldea, se llevaron un gran número de niños, mujeres y esclavos y asesinaron a todos los hombres que pudieron sorprender. Es verdad que la mayoría se había refugiado en los bosques, donde algunos fueron aún bastante afortunados para poner en seguro a sus familias, una parte de sus pertenencias y sus negros. Estos esclavos dieron muestra en este encuentro de una fidelidad que ciertamente no se esperaba y de la que dieron después señales brillantes en todas las ocasiones en que hubieran podido rescatar su libertad al precio de una traición que no les hubiera costado nada. No es la única prueba que se tiene de que son capaces de sentimientos y verdaderamente ligados a sus amos; en lo que hay que convenir que los franceses recogen los frutos de la dulzura con que los tratan y más todavía del cuidado que se tiene en la colonia de hacer de ellos buenos cristianos. Por fin los españoles cargados de despojos, pero mucho más contentos por habernos humillado, y de haber recobrado sobre nuestros habitantes un ascendiente cuya pérdida les había costado tanto, y que nada les ha hecho todavía hacer perder después: se retiraron a sus casas o en la flota, que luego de haber sorprendido algunos barcos mercantes y otros pequeños navíos, partió a comienzos de febrero del Cabo Francés. No se esperaba esto en la colonia y los distritos del norte sobre todo temían sumamente verse en la necesidad de padecer el yugo de una potencia a la que no estaban en posición ninguna de oponerse; por eso quedaron tan sorprendidos como contentos con una retirada tan inesperada.

Se creyó luego durante algún tiempo que el plan de los enemigos era hacer en los distritos del oeste lo que acababan de hacer del norte y efectivamente su flota tomó el camino del Cul-de-Sac; pero después de haber mantenido las mentes en la incertidumbre de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

a dónde iría a caer la tempestad y haber amenazado algún tiempo con hacer un desembarco, se dirigió de improviso a las costas de Cuba. Tal fue el resultado de esta campaña, en la que se tuvo una funesta experiencia de lo que tantas otras han mostrado, que el valor no es nada si está mal dirigido; y la poca confianza que se debe tener en esas milicias formadas sin elección, que por largo tiempo son incapaces de disciplina y no sirven más que para embarazar en una acción. Hay mucha apariencia de que los 300 filibusteros que perecieron en esta ocasión, si hubieran estado solos, y se hubieran entendido con sus jefes, hubieran acabado con los españoles, a quienes su sola presencia había al principio helado el valor.

Las tropas se niegan a saquear la aldea de Goyavá. —El señor Clerc de la Boulaye, mayor en la costa norte y a quien el señor de Cussy, al partir del Puerto de Paz había dejado para mandarlo, apenas supo lo que sucedía en el Cabo, se dirigió allá diligentemente, para tratar de tranquilizar a los habitantes; pero queriendo hacer demasiado bien las cosas, pensó en perderlo todo. Se le metió en la cabeza inmediatamente emparejarse con los enemigos y se propuso ir a quemar la aldea de Goyavá, situada al sur de la llanura del Cabo, hacia la mitad de la isla. Reunió en poco tiempo 800 hombres, con los que atravesó las montañas hasta un desfiladero que se llama la Puerta: parece ser lo que Ojeda había llamado *Puerto de los Caballeros* o *Puerta de los Hidalgos* y que se considera comúnmente como el comienzo del país español por esa parte. Es sumamente verosímil que esperara llegar allí para declarar sus planes. Lo cierto es que entonces toda su tropa se amotinó y preguntó si para quemar algunas miserables chozas, era prudente exponer el principal recurso de una colonia, que acababa de perder una parte de lo mejor que tenía y si no era más aconsejable ponerse a la defensiva, trabajando con cuidado en reparar esas pérdidas. Estas razones y estos murmullos hicieron poca impresión en la mente del comandante, hombre que no carecía de buenas intenciones, pero sin experiencia, de un ingenio muy limitado y que no tenía ninguna capacidad para la guerra. Quiso así llevar adelante su propósito, sin escuchar demasiado las observaciones de sus oficiales; pero el señor de Longs-Champs, capitán de caballería, le dijo resueltamente que no lo seguiría y volviendo las bridas de su caballo volvió a tomar el camino del Cabo, a donde fue seguido por la mayoría del ejército. Entonces le fue necesario al mayor tomar el mismo partido.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El señor Dumas teniente del rey se traslada al Cabo y restablece el orden. — El señor Dumas, teniente del rey, que mandaba en el Cul-de-Sac y en quien estaba por entonces toda la autoridad, por ser el primer oficial de la colonia, tomó medidas mucho más justas. Luego de haber dado sus órdenes para asegurar los distritos de esa costa contra las empresas de la flota española, cuya retirada no se sabía aún, o cuyo regreso se temía; reunió cerca de 300 filibusteros, con los que se embarcó en un navío de Saint-Malo, y en algunas otras pequeñas embarcaciones, con el plan de impedir los desembarcos. Poco después, viendo que no aparecían los enemigos, envió sus 300 filibusteros al señor de Graff, que mandaba en la isla Vaca y al que dio orden de hacer el recorrido a lo largo de la costa; después se dirigió al Cabo en un barco armado en guerra. Encontró este distrito en el mayor desorden: los fugitivos, que habían tan cobardemente abandonado a sus oficiales y a su gobernador, habían hecho casi tanto daño como los mismos vencedores, y la mayoría de los que se habían refugiado en los bosques no se habían atrevido siquiera a volver a sus casas. El señor Dumas empezó por hacer devolver lo que cada cual reconoció que le había sido robado por esa canalla: nombró luego a un juez real, y a un procurador del rey para administrar la justicia en lugar de los que habían sido muertos. Escogió a los más valientes y más experimentados habitantes para reemplazar a los oficiales de milicias; prohibió la venta de bebidas en el campo, a fin de que la aldea, que había sido enteramente quemada, se restableciera pronto; prohibió la caza con perros, porque habiendo sido destruidos los campos ya no había más recursos para vivir que los cerdos salvajes; y esos animales los exterminaban por dondequiera que se les empleara. Por fin hizo la revista de todos los distritos dependientes del Cabo y encontró cerca de 1.000 hombres capaces de llevar armas, entre quienes se contaba gran número de amotinados, de quienes había más que temer que esperar si los españoles se resolvían a volver; y que después de haber sido mediante discursos sediciosos la verdadera causa de la pérdida de su gobernador, lo perseguían aún después de su muerte, buscando todos los medios de ennegrecer su reputación.

El señor Dumas, luego de haber establecido en esos distritos al señor de la Boulaye como comandante, se disponía a regresar al Cul-de-Sac, cuando una gran barca inglesa llegó con un pasaporte del señor de Blenac. Estaba cargada con 300 personas, resto infortunado de la colonia francesa de San Cristóbal, que había sido destinado a la isla de Santa Cruz y a quien allí se había negado a recibir. El

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

teniente del rey de Santo Domingo fue más humano: distribuyó a estos infelices en las habitaciones que habían padecido menos y no fueron allí inútiles en adelante. De todas las colonias de las islas francesas de América, la de San Cristóbal había sido siempre la mejor arreglada y civilizada. La dispersión que se hizo de ella en las otras llevó maneras, sentimientos y principios de honor y de religión que no se conocían antes. Fue sobre todo en la de Santo Domingo, donde estas necesidades eran sensibles, donde el cambio fue ventajoso.

FIN DEL LIBRO NOVENO

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

LIBRO DECIMO

El señor Ducasse nombrado gobernador de Santo Domingo. — Se había hecho gran diligencia en informar a la corte de la muerte del señor de Cussy y de la toma del Cabo Francés, ya que desde el 25 de marzo el ministro envió orden al señor d'Eragny, gobernador general de las islas, que socorriera con todas sus fuerzas la costa de Santo Domingo, que la muerte de sus dos primeros oficiales ponía en peligro visible de ser invadida por los enemigos del estado. Se pensó luego en dar un sucesor al señor de Cussy y la elección no era difícil de hacer. Solamente el señor Ducasse tenía un conocimiento perfecto de la isla de Santo Domingo y ningún otro reunía en sí un número mayor de las cualidades necesarias para estar allí a la cabeza de los franceses, en las circunstancias en que se encontraban entonces. El señor Ducasse era de Bearn, fue primero empleado por la Compañía del Senegal, a la que hizo grandes servicios y quien lo recompensó por ellos nombrándolo uno de sus directores. Pasó en esta calidad a Santo Domingo con el objeto de establecer allí una oficina para la trata de los negros. Fue muy mal recibido; el solo nombre de Compañía rebeló a los habitantes y se llegó hasta a tomar las armas para obligarlo a reembarcarse.

Fue entonces cuando comenzó a desarrollar aquella intrepidez, aquella habilidad, aquella elocuencia y aquel gran talento de insinuación del que hizo uso con tanta frecuencia en lo adelante.

Llegó finalmente a calmar la primera fogosidad de los habitan-

tes del Cabo; porque fue en ese puerto donde tomó tierra y donde había esperado encontrar mayor resistencia. Mostró primero las órdenes reales que lo autorizaban; hizo ver después que las intenciones de Su Majestad, a las que la Compañía se haría siempre un deber y un placer el conformarse, eran procurar a la colonia de Santo Domingo una ventaja que todavía no conocía bien, en la multiplicación de los negros; que ni él ni quienes lo habían encargado de sus asuntos tenían otro fin y que no se quería ni tocar a los privilegios de ellos ni molestar en nada su comercio. Finalmente fue bastante afortunado para hacer comprender a los más excitados tanto la necesidad en que se hallaban de tener un número mayor de esclavos negros como la imposibilidad de procurárselos por otro camino que no fuera el de la Compañía; confesaron haberse alarmado sin motivo y consintieron en todo lo que quiso.

Sus diversas aventuras. — La Compañía quedó tan satisfecha con su conducta en este encuentro, que no creyó deber encargar a otro del primer transporte de los negros que envió a Santo Domingo; y le hizo equipar para esto un navío de 26 piezas de cañón, llamado *la Banniere*. Apenas estuvo en el mar cuando una tempestad lo obligó a hacer escala en Inglaterra, donde para mayor desgracia una larga y molesta enfermedad le retuvo varios meses. No quiso que sus armadores padecieran por esta demora e hizo partir a su barco bajo las órdenes de su segundo capitán, cuyo viaje fue felicísimo. Para sí, desde que quedó restablecido, compró otro barco con planes de ir a Curazao a negociar negros, para ir a revenderlos en Santo Domingo; pero como estábamos en guerra con los holandeses, se proveyó de una comisión del almirantazgo en Inglaterra. La primera tierra americana a que llegó fue la isla de San Cristóbal, donde mandaba el caballero de Saint Laurent y recibió de él también una comisión francesa, para que le sirviera en caso necesario; pero esta segunda precaución lo echó a perder todo. No bien se había alejado de Curazao, cuando encontró un gran barco holandés, cuyo capitán le gritó qué llevaba y quiso ver su comisión; él contestó que un golpe de mar le había arrastrado la chalupa; el capitán holandés le envió la suya y él se embarcó en ella, llevando consigo la comisión inglesa. Un oficial holandés había quedado a bordo como rehén: se le dejó al parecer solo, y se aprovechó de esta soledad para tratar de descubrir alguna cosa que le hiciera saber que el barco era enemigo; finalmente percibió una cajita sobre la mesa de la cámara mayor y la abrió. Era una especie de tabaquera, donde el señor Ducasse había colocado su co-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

misión francesa y que había dejado allí por descuido. El oficial se la metió en el bolsillo y a su vuelta no dejó de mostrársela a su capitán, quien inmediatamente ordenó apoderarse del barco y lo llevó a Curazao, donde fue juzgado como buena presa. Ducasse no se desalentó por ello; compró otro buque en Curazao y lo cargó de negros para Santo Domingo. Los desembarcó en el distrito de la isla Vaca en la costa del sur, luego, habiendo doblado el cabo Tiburón, con planes de ir a anclar en Goave menor, cayó, como dije antes en otra parte, en una escuadra holandesa, que lo tomó. Trató con el enemigo sobre el rescate de su navío y compró otros dos o tres barcos cargados de tabaco, con los que, habiendo felizmente llegado a Francia, se encontró con que a pesar de sus pérdidas su viaje le había dado ganancias.

Entra al servicio real. — La Compañía comprendió que un hombre tan hábil era más capaz que ningún otro para llevar sus empresas; y habiendo de nuevo armado *la Banniere* para el mismo fin que la primera vez, se la volvió a confiar. Este segundo viaje fue mucho más afortunado que el primero; pero luego que Ducasse hubo desembarcado y vendido sus negros en Santo Domingo, le sucedió una cosa, que lo sacó de la condición de comerciante y comenzó aquella alta reputación que lo elevó a los primeros honores de la Marina. Al volver a Francia, encontró una gran flota holandesa, a la que atacó y habiéndola aferrado entró al abordaje y se hizo dueño de ella. Un momento después su barco y su presa quedaron separados, por no sé qué accidente, y su tripulación, no dudando que él hubiera sido muerto o tomado con toda su gente, se puso a huir a fuerza de velas. Cualquier otro que él se hubiera creído entonces sumamente dichoso con quedar libre para quedar prisionero de guerra de quienes un momento antes habían sido los suyos y tener su conquista misma como cárcel; pero supo conservar toda su superioridad, aunque su barco, a pesar de las seguridades que le señalaba de su victoria, se alejaba cada vez más. Al fin lo hizo volver a fuerza de señales y llevó la presa a la Rochela, desde donde el rumor de su aventura se difundió inmediatamente y llegó a oídos del rey, quien no quiso que un hombre tan valiente quedara más al servicio de la Compañía. Lo hizo entrar en el Cuerpo de la Marina, donde Ducasse se distinguió de tal manera en todas las ocasiones, que era ya capitán de navío cuando fue nombrado gobernador de Santo Domingo; sus provisiones en esta última calidad son del primero de junio.

Tentativas inútiles de los ingleses contra Santo Domingo. — Sin embargo los ingleses quisieron aprovecharse de la consternación en

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

que suponían aún a los franceses de Santo Domingo. El once de mayo un jinete de ronda avisó a las cuatro de la mañana al señor Deslandes, que se encontraba entonces en Leogane, de que aparecían varios barcos; este oficial hizo inmediatamente dar la alarma y corrió al momento al río menor, donde estaban dos barcos de la Rochela y una presa española en la rada, que estaba cargando para Francia. En cuanto llegó dio orden por escrito a los capitanes de esos barcos para encallarlos y quemarlos; pero no fue obedecido. Hacia las nueve los enemigos entraron en la rada y se apoderaron de los tres navíos. La flota inglesa estaba entonces compuesta por cuatro buques de 50 y de 40 piezas de cañón, por cinco grandes bateles de 12 y de 10, de un bergantín filibustero que había sido tomado en las costas de Cuba con 66 hombres mandados por un llamado Madere; por dos goletas y algunas chalupas. Luego de haber cañoneado ese distrito durante tres días, intentaron un desembarco que no les resultó: el señor Dumas, antes de dirigirse al Cabo Francés, había hecho levantar buenos atrincheramientos por dondequiera que hubiera algo parecido que temer. Luego los enemigos, sabiendo que en la Esterre, otro distrito a cuatro leguas del primero, había un barco filibustero que se había encallado a 100 pasos de un atrincheramiento parecido al que acababan de atacar, enviaron los barcos y las chalupas con un gran número de soldados para tomarlo; pero Deslandes, que los observaba, hizo partir al mismo tiempo por tierra a los mejor montados de sus jinetes y los rechazaron con grandes pérdidas.

Al día siguiente la flota levó anclas, fuera de dos grandes navíos y de la presa española, que fueron dejados para entretener a las tropas del río Pequeño y fue a intentar el desembarco del lado del Esterre. El señor Deslandes envió allá 150 hombres, que llegaron delante de ella; las chalupas no dejaron de avanzar a favor de los cañones, pero el cañón no hizo ningún daño y las chalupas fueron rechazadas con pérdidas. El oficial que las mandaba destacó entonces a un hombre para parlamentar; se le dijo que el mayor estaba en el río Pequeño y que regresaría al día siguiente. Volvió y desde que regresó a bordo el cañón volvió a comenzar a disparar; poco después los barcos, que habían quedado en el río Pequeño, se volvieron a juntar con la flota, que se acercó algo más al Esterre; Deslandes se dirigió allá con diligencia y los previno. Como no se dudaba que querían intentar un nuevo desembarco, el mayor recomendó no sacar sino las chalupas que no estuvieran encalladas; pero el general inglés juzgó más conveniente negociar y envió a tierra a dos oficiales y a un viejo corsario llamado Coqueson, quienes dijeron al señor Deslan-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

des que ellos servirían de rehenes si consentía en nombrar diputados que fueran a tratar con su general. Deslandes consintió y envió a dos oficiales, pero les prohibió concluir nada. El general inglés les propuso ponerse bajo la protección del rey de Inglaterra; quien no los abandonaría, como el rey de Francia y los mantendría en la abundancia de todas las cosas. Ellos respondieron que no era ésa una propuesta que hacer a personas honestas, que no carecían de nada, y que esperarían hacerle pronto una visita a Jamaica.

Vio bien por esta respuesta que se encontraban en situación de no temerle; volvió a pedir a algunos ingleses que se habían puesto bajo la protección de Francia y se le aseguró que se haría un intercambio si se quería hacer lo mismo con todos los franceses y todos los negros que se habían refugiado en Jamaica. No contestó nada, los rehenes fueron devueltos de una y otra parte, y el señor Deslandes creyó que los ingleses iban a volver a cañonear, pero levaron anclas y se fueron a diez leguas de allí a hacer agua y víveres en los Vases y Mont-Roüy. Era un sábado y el martes siguiente por la tarde volvieron a aparecer hacia el río Pequeño, donde permanecieron 24 horas sin anclar. Hicieron luego la misma maniobra delante del Esterre, mientras el señor Deslandes los seguía continuamente. Allí un irlandés que se había salvado de la flota vino a advertirle que el plan de ellos era saquear y quemar a Goave menor; envió en seguida allá órdenes para que estuvieran dispuestos e hizo decir que acudía inmediatamente. La flota tomó en efecto el camino de Goave menor y el mayor se puso inmediatamente en camino para seguirla, habiendo hecho embarcar una parte de sus tropas en chalupas; supo yendo de camino que seis chalupas habían robado a unos pobres habitantes a una legua de Goave menor y que la flota tomaba el rumbo del puerto de Nippes. Llegó allí efectivamente antes que él, y puso 500 hombres en tierra en tres lugares, sin que se lo pudiera impedir el comandante de ese puesto, que sólo disponía de 50 hombres. Pero al cabo de dos horas los barcos, habiendo apercibido el socorro que llegaba, dispararon tiros de llamada. El general, que mandaba en persona el desembarco, juzgó bueno volverse a embarcar lo más pronto posible; y por más diligencia que hizo y aunque para favorecer su retirada puso fuego a cinco o seis almacenes que estaban en la orilla del mar, el comandante lo atacó tan bien que le mató seis hombres. Otros cuatro, dos franceses y dos irlandeses vinieron al mismo tiempo a entregarse a él y le aseguraron que se les había hecho tomar las armas a palos. Un filibustero francés, al que habían tomado como práctico, se salvó también y dijo al señor Deslandes que los

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

enemigos tenían muchos heridos y que habían embarcado a dos oficiales muertos; los franceses en todos estos ataques no perdieron más que un hombre.

Conspiración de los negros descubierta y castigada. — El mayor recibió inmediatamente aviso por los prisioneros de que se hacía un gran armamento en Portobelo para echar a los franceses de Santo Domingo, que allí mismo se debían embarcar familias para establecerlas en las habitaciones francesas y que debían venir 3000 hombres por tierra de las milicias de Cuba, de Puerto Rico y de la parte española de Santo Domingo, para atacar los distritos más avanzados en esas tierras, en tanto que la flota actuaría contra las costas. Parece bien que los ingleses hacían correr esos rumores para intimidar a los franceses e impedirles emprender nada por fuera; sin embargo el señor Deslandes creyó deber tomar sus medidas: así habiendo regresado, apenas a la media hora un jinete llegó para informarle con diligencia de una conspiración formada por 200 negros para asesinar a todos sus amos y apoderarse de las habitaciones. Dos negros de la conspiración habían sido hechos presos por algunos indicios y en seguida habían nombrado a sus jefes. Se los llevó al señor Deslandes, quien hizo ponerlos a interrogatorio para conocer a los cómplices. Se trabajó después en instruir el proceso de los culpables y el mayor hizo para esto una reunión de los oficiales de milicia y de justicia, que presidió. Dos días después dos de los jefes de la conspiración fueron descuartizados, a otros tres les cortaron una pierna al día siguiente y hubo otros dos, que fueron condenados al descuartizamiento, pero estaban en fuga. Deslandes no ignoraba, dice en su carta al ministro, que toca a la justicia conocer de estos crímenes. "Pero esos señores, añade, son tan interesados que no trabajan sino cuando hay dinero que ganar y por su descuido más de una vez han dejado salvar a negros culpables de robo y de homicidio."

Llegada del señor Ducasse. Estado en que encuentra a la colonia. — El señor Ducasse llegó al Cabo el mes de octubre siguiente y quedó muy sorprendido al encontrar la colonia con 4000 hombres menos de fuerza de lo que la había visto pocos años antes, sin fortificaciones, sin municiones y sin barcos; los filibusteros, que habían sido por tanto tiempo el terror de América, casi todos muertos o en manos de los ingleses y el Cul-de-Sac amenazado por una poderosa flota de España. Seguía aún el mismo rumor, de que hablé, y que parecía confirmarse, lo que obligó al nuevo gobernador a trasladar-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

se a los distritos de Leogane y de Goave menor, con los barcos del rey, que lo habían traído, y un comerciante de Nantes, cuya tripulación se proponía aumentar con 300 hombres. Los ingleses asimismo habían armado una flota en Inglaterra para unirse a los españoles, según se creía, pero fueron derrotados al salir de la Mancha; y no estando Jamaica en situación de emprender nada, el señor Ducasse creyó no tener nada que temer de esa parte, y ya no pensó sino en asegurarse contra las correrías de los españoles. Lo que sobre todo le pareció necesitar remedio urgente fue la negligencia con que se guardaban las costas. No aparecía por ellas un barco de guerra desde hacía tiempo y todos los comerciantes, que habían venido aquel mismo año habían sido tomados por los enemigos.

Examina la conducta del señor de Cussy y juicio que da de ella. — La conducta que había mantenido el señor de Cussy durante todo el tiempo de su gobierno era todavía un problema para mucha gente y el señor Ducasse encontró a los oficiales y a los principales habitantes en una gran disensión a este respecto. Quiso profundizar este asunto y mucho pareció que sobre ello había recibido orden de la corte. Por fin, después de un examen muy exacto, dijo al ministro no haber encontrado nada en todo lo que había hecho su predecesor que no fuera propio de un súbdito muy bueno, despegado de todo interés y lleno de celo; que el comercio que se le imputaba era una pura calumnia y una cobarde recriminación de algunos malhechores, castigados por él; que hasta estaba en grandes anticipos hechos al rey, y que había muerto con mucha gloria y muy poco provecho. Hubo más: habiendo sido sorprendido un infeliz al difundir por todos lados los malos rumores de que acabo de hablar, fue detenido y confesó que lo había hecho por resentimiento de un castigo que había recibido del señor de Cussy y que había merecido bien. El señor Ducasse creyó deber una reparación auténtica a la memoria de un hombre cuya virtud respetaba e hizo hacer una retractación pública y una reparación de honra al calumniador: conducta que hizo sin duda mucho honor al señor de Cussy, cuya memoria tales testimonios ponían a cubierto de la sombra misma de cualquier reproche, pero que mostraba en el nuevo gobernador una gran rectitud y una gran nobleza, y cuán lejos estaba de esa baja política de que aun grandes hombres no han estado siempre libres y que consiste en levantar su reputación a expensas de quienes se encuentran a su lado o han estado antes de ellos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Estado de la colonia francesa de Santo Domingo. Proyecto de abandonar todos los distritos menos dos. — Algún tiempo antes de todas estas discusiones, se había propuesto al ministro el reunir todos los distritos ocupados entonces por los franceses en la isla de Santo Domingo con los de la isla Vaca y del Cabo Francés; y esta propuesta, que era del señor Donon de Galifet, por entonces teniente del rey de la isla Santa Cruz, iba acompañada de una memoria informativa del estado presente de la colonia, que será muy fácil ver aquí.

El Cabo Francés, dice el señor de Galifet, está situado en el aire mejor de toda la isla, el puerto es bueno y admirablemente bien colocado para los buques que vienen de Europa. El terreno es muy fértil y bien regado, con lo que hay para alimentar a 6000 hombres. Ahora no hay sino 1000 y ni una sola persona de consideración. El Puerto de Paz está a ocho leguas bajo el viento, donde hay 80 habitantes a lo sumo y no puede tener ventajas; la rada no es buena, el aire es malo y la tierra estéril. Se ve sin embargo un gran número de voluntarios, gente holgazana, que viven de la caza y se alojan en la campiña dentro de chozas. Sumado todo, ese puesto es de 500 personas. Su fuerte es una toba que se acerca a la roca, que tiene 453 toesas de circunferencia por lo alto y el mar lo rodea por 190 toesas. El resto es un terreno llano, donde se encuentra agua a dos o tres pies de profundidad. La parte que mira al mar, sube en anfiteatro; la que está rodeada de tierra es casi escarpada hasta la altura de 40 a 50 pies; pero tiene laderas que la dominan por todas las partes de tierra, desde 160 hasta a 300 toesas de distancia. Habría que hacer grandes espaldones para cubrirse de los dominios al revés; y para dar flanco a sus lados habría que subir en escarpe las cortinas.

La Tortuga está al frente, con 100 hombres; lugar difícil, solamente propio para dispersar las fuerzas de la colonia. Hemos visto más de una vez que no se había pensado en esto, pero ya no se ve de otra manera y no hay hoy un alma en la Tortuga. Dije que toda la costa occidental de Santo Domingo llevaba ordinariamente el nombre de Cul-de-Sac; pero desde el tiempo en que hablo se ha limitado comúnmente ese nombre a un distrito bastante limitado, que hace una entrada a cincuenta leguas bajo el viento del Puerto de Paz; hay, prosigue la memoria, 50 habitantes en ese distrito y terreno suficiente para poner dos veces más; pero el aire es muy malo, se carece de agua y la misma que se saca de los pozos es salobre. Léogane está dos leguas más allá. Es una llanura de cerca de cuatro leguas de lar-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

go y una y media de ancho, bordeada por un lado por el mar y por otro de una cadena de montañas. Las radas allí son todas abiertas, el terreno sumamente bueno. Hay 200 habitantes; son los más acomodados de la colonia. Goave mayor está a cuatro leguas bajo el viento. Hay en ella 30 habitantes y es todo los que puede tener.

Ordinariamente no hay más que una legua de Goave mayor a la menor. — Goave menor está a distancia de dos leguas, hay 60 habitantes y es demasiado. El aire es malo, las tierras no valen nada, la aldea está bien construida y el puerto excelente. Nippes está seis leguas más adelante, con el mismo número de habitantes, cerca de 100 hombres que llevan armas y 700 en toda esta parte occidental. El distrito de Nippes no tiene más extensión que el de Goave menor, y todos estos distritos están separados por caminos muy malos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Los enemigos se adelantan por mar y por tierra, para atacar la colonia y se retiran sin hacer nada. — Por fin la isla Vaca está al sur hacia la punta del oeste. El distrito habitado está en la tierra grande. Es un país llano, cortado por muchos ríos, de una fertilidad maravillosa y donde podría haber 10.000 hombres alojados cómodamente. No había entonces sino 20 habitantes y 80 hombres con armas. Ahora bien, la razón por la que el señor de Galifet quería que se redujera toda la colonia a este distrito y el del Cabo es que fuera de la bondad y la comodidad de sus puertos, son los únicos capaces de una población bastante fuerte para hacer una gran resistencia y que por la misma razón no era de temer que los enemigos se establecieran con fuerza, en los que se abandonaran. Pero pareció que el señor Ducasse no pensaba así. Porque habiendo recibido en el mes de noviembre un nuevo informe de que los españoles se preparaban seriamente a venir a atacarlo, tomó sus medidas para defender todos los puestos y lo hizo con tan buen resultado que supo luego que los españoles, después de haber avanzado hasta 15 leguas del Cabo se habían retirado ante el rumor de sus preparativos. La reputación del señor de Graff contribuyó también mucho a esta retirada, porque los que venían por tierra en número de 2.000, bajo la dirección del gobernador de Santiago, habiendo sabido que aquel temible filibustero estaba a la cabeza de las milicias del Cabo, y los esperaba en un puesto ventajoso, la deserción cundió entre ellos inmediatamente y el comandante, de no haberse retirado, corría peligro de verse enteramente abandonado.

Indocilidad de los filibusteros. — Aunque librado de inquietud por esta parte el señor Ducasse no estaba completamente libre de estorbos. Mientras la colonia había estado amenazada de una invasión, había conseguido, aunque con gran trabajo, mantener a los filibusteros en los puestos donde juzgaba necesaria su ayuda. Pero desde que se supo que el plan de los españoles había abortado, ya no fue posible detenerlos y cinco o seis de sus barcos se hicieron a la mar. La conducta firme, aunque moderada, que se había tenido a su respecto por el señor de Cussy les había agriado en extremo y nunca se les había visto tan indóciles ni tan malvados. Lo más molesto era que su ejemplo se hacía contagioso y la mayoría de los jóvenes quería por libertinaje abrazar esa profesión, de donde se seguía que habitaciones ya enteramente formadas quedaran sin roturar, y que la colonia se encontrara a la vez desguarnecida de hombres, de armas y de municiones. El nuevo gobernador no concluía sin embargo de todo esto, como lo hacían otros, que era enteramente necesario exterminar ese cuerpo. Era según él un mal, pero un mal necesario; se necesitaba de esa gente para darles alcance a los ingleses y a los españoles. Desde hacía poco tiempo habían hecho muchas presas a los primeros y esta breve guerra impedía a los unos y a los otros emprender nada contra nosotros, a menos de que recibieran grandes fuerzas de Europa, lo que sucedía rara vez. Había por tanto que usar de muchos arreglos con un cuerpo del que no podía prescindirse y del que había tanto que padecer y que temer.

Medidas que toma para retirar a los franceses prisioneros de manos de los ingleses y de los españoles. — Otra cosa que tenía muy en el corazón el señor Ducasse, era la manera que usaban los enemigos para con los prisioneros que nos hacían. Los españoles los trataban con una dureza y una barbarie, a la que era difícil que resistieran por largo tiempo; y en efecto la mayoría moría bien pronto de miserias, de fatigas y de pena. Los ingleses eran un poco más humanos, mas para quitarles toda esperanza de volver nunca a ver Santo Domingo, les hacían pasar a Inglaterra en las primeras ocasiones que se presentaban. De esta manera un hombre apresado era ordinariamente un hombre perdido para la colonia. Para remediar a tan gran mal, el gobernador de Santo Domingo quiso establecer un convenio con los enemigos, y comenzó por Milord Jusquin, gobernador de Jamaica, quien aceptó sin dificultad el convenio que le propuso, y lo guardó de buena fe. Los españoles no fueron tan tratables y puede juzgarse de ello por esta nota, que el señor Ducasse escribió al gober-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

nador de La Habana, con fecha 2 de febrero de 1692. "Uno de nuestros corsarios acaba de traerme tres prisioneros de vuestra isla, los que os envío; ellos podrán informaros cómo los he tratado. El rey mi señor hame honrado con el gobierno de esta costa; y he querido, señor, comenzar de esta manera y deciros que solamente corresponderá a vos y a los señores oficiales que mandan en las Indias el que la pongamos recíprocamente en práctica. Debo deciros asimismo, señor, que el Presidente de Santo Domingo obra con una crueldad sin ejemplo, haciendo degollar a los prisioneros y tratando de un modo bárbaro a los que escapan de su furor, haciéndolos morir de hambre, abrumándolos de trabajo y encerrándolos por la noche en calabozos donde apenas se respira. Si no modera esta crueldad, me veré obligado a no dar ningún cuartel a los españoles: sin embargo tomaré la resolución con trabajo y esperaré hasta haber recibido noticias vuestras. Si despreciáis este aviso, Dios os imputará la efusión de sangre que habrá. Hasta os ofrezco entregar a los españoles que tengo, si todos los comandantes quieren devolver a los franceses." Parece cierto que el señor Ducasse no se había dirigido a este gobernador sino después de haber sondeado inútilmente al Presidente; pero es seguro que los españoles no cambiaron nada en sus maneras y nuestros comandantes nunca pudieron resolverse a usar de una represalia que no hubiera hecho efecto alguno y de la que nuestra nación no es capaz.

Cartas interceptadas por los ingleses. Efectos que producen. -- Eran entonces los ingleses los que se hacían ver más por nuestras costas, donde hacían grandes estragos. Es verdad que los filibusteros les devolvían bien la partida; los desembarcos de éstos en Jamaica para llevarse negros eran tan frecuentes que ya no se llamaba en Santo Domingo a esa pequeña isla sino *la Guinea menor*. Los ingleses resolvieron por fin sacarse esta espina del pie y creyeron la cosa fácil en la ocasión que voy a decir.

Tres barcos mercantes de La Rochela fueron tomados hacia ese mismo tiempo a la altura del Puerto de Paz, un cuarto de Saint-Malo se salvó encallándose en la costa, donde fue socorrido por los habitantes. Apenas se supo del infortunio de los otros, cuando el señor Dumas, teniente del rey en el Cul-de-Sac recibió orden de enviar un buque a Jamaica para reclamar los prisioneros, y le fueron devueltos, pero se les habían encontrado cartas que causaron gran alegría a los ingleses: contenían un censo general de toda la costa occidental desde la isla Vaca hasta Artibonite, y como era conforme a lo que

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

he informado del señor de Galifet, los ingleses, sorprendidos por la debilidad de nuestros distritos quisieron aprovecharse de ella. Se resolvió armar inmediatamente para ir a quemar y destruir todo lo que teníamos de habitaciones en el Cul-de-Sac y se preparó para esta expedición a dos barcos de guerra, una barca larga española de 24 cañones y siete u ocho barcos mercantes, en los que se embarcó a 3.000 hombres. Este armamento se hizo con suma diligencia y el comandante no esperaba más que el viento para aparejar, cuando una diversión hecha por casualidad y sin que se hubiera informado de su plan, salvó a la colonia: a lo que contribuyó también uno de los acontencimientos más extraños de que nunca se ha oído hablar.

Expedición a Jamaica. — Hacia el comienzo de junio de este año 1692, un famoso corsario francés llamado Daviot, que se había distinguido extraordinariamente a la cabeza de los filibusteros en la última expedición del señor de Cussy a Santiago de los Caballeros, partió de Goave menor en un barco donde había 225 filibusteros y seguido de un navío que llevaba 65, para ir a saquear una de las costas de Jamaica. Habiendo llegado, desembarcó sin oposición 135 hombres al norte de la isla. Había en ese lugar una aldea llamada Santa Ana, donde se fabricaba mucho azúcar; nuestros aventureros hicieron un gran estrago y se llevaron a 52 esclavos, que inmediatamente fueron embarcados en el barco, que estaba anclado en una pequeña abra vecina, mientras la fragata bordeaba al largo. Un tiempo fuerte, que sobrevino entretanto, puso al barco en grandísimo peligro de naufragar y el piloto no pudo evitar ese peligro sino cortando lo más pronto posible el cable y echándose al largo, sin poder esperar siquiera a los filibusteros que estaban en tierra; y como no le fue posible mantenerse en pleno mar, no tuvo otro partido que tomar que marchar contra el viento para llegar a Goave menor, donde entró felizmente. La fragata había sido testigo de esta maniobra y aunque también ella estaba muy molestada por el mar, permaneció por largo tiempo en el Cabo, con el fin de embarcar a los filibusteros, quienes por su parte hicieron inútilmente muchos esfuerzos para ir a ella. Hasta hubo quienes, habiéndose obstinado en querer pasar en una lancha, se ahogaron infelizmente. Los otros se vieron obligados, para no pasar una suerte parecida, a volver a tierra, donde bien pronto se vieron atacados por los ingleses. Perdieron algunos hombres en las primeras descargas; pero el enemigo no se mantuvo mucho tiempo frente a ellos y se vio obligado a salvarse con pérdidas. La tormenta cesó al fin y los franceses quisieron embarcarse,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

pero no aparecía la fragata; le faltaba agua y había ido a tomarla a la costa de Cuba. Este nuevo contratiempo los molestó mucho; hacía ya quince días que estaban en tierra, se veían continuamente en vísperas de ser exterminados por el número de los enemigos y no sabían ya qué medida tomar para salir de la isla, cuando fueron sorprendidos por un accidente que les ocupó bastante, así como a los ingleses, para impedir a ambos pensar en hacerse la guerra.

Temblor de tierra extraordinario en Jamaica. — Este accidente fue un temblor de tierra, al que no se ve nada semejante en ninguna historia. Comenzó al mediodía del 19 de junio por un ruido sordo, como de un disparo de cañón hecho de lejos; ese ruido pronto fue seguido por sacudidas tan terribles, que se hubiera dicho que la isla iba a hundirse en un abismo. Sin embargo el tiempo estaba muy tranquilo y el cielo muy sereno. Los filibusteros, cuyo número se había reducido a 115, se hallaban entonces cerca del mar a la orilla de un pequeño río, donde había varias lanchas y tenían cerca de 40 prisioneros, que habían hecho en diversos encuentros. Desde que sintieron temblar la tierra bajo sus pies, se embarcaron todos en las lanchas, pero habiéndolas hecho zozobrar a fuerza de cargarlas o por la precipitación con que entraron en ellas, tuvieron con todo la suerte de poder volver a la orilla; quisieron entonces salvarse entrando más en la tierra y se pusieron a correr con todas sus fuerzas; pero el mar, que en este momento acababa de franquear sus límites con un rugido atroz, corría más aprisa aún y los alcanzó bien pronto. Varios fueron engullidos por las olas, los hubo que cayeron en abismos que se abrieron a sus pies, todos los restantes se resolvieron a trepar a los árboles y habiendo algunos de éstos sido derribados por la violencia del temblor, tuvieron la maña de aferrarse a las ramas más altas, donde se mantuvieron al caer los árboles. Había quedado un buen número en las lanchas; fueron llevados bien lejos al largo por el reflujo del mar, el que volviendo luego a subir con rapidez sorprendente, les obligó a hacer esfuerzos increíbles con sus remos, para no ser deshechos contra la costa. Pero se sostuvieron y aunque el mar bajaba y subía aún por espacio de seis veces en cinco horas, no quisieron dejar la protección que encontraban en sus olas contra los furores y las sacudidas de la tierra.

Consecuencia de ese temblor. — Por fin hacia las cinco de la tarde el temblor cesó, los filibusteros se juntaron y no se encontraron más que 80 con 60 fusiles y sus prisioneros, de los que ninguno

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

había pensado en salvarse y de los que muy pocos habían perecido. El daño que causó en la isla este cruel accidente no puede estimarse, 11.000 personas perdieron la vida, el Port Royal quedó casi enteramente hundido en el abismo, su fuerte se hundió en buena parte y cayó al mar; casi todos los buques que quedaban en el puerto o fueron rotos o se fueron a pique sobre sus anclas; la ciudad, que estaba a dos leguas dentro de la tierra, fue derribada, montañas enteras se deslizaron hacia las llanuras, otras se partieron por medio y abrieron nuevos abismos; algunas, al venirse abajo, bloquearon ciertos desfiladeros, por donde se pasaba de un lado a otro de la ciudad y hubo que enviar miles de trabajadores para desatascarlos. Mas para volver a los filibusteros, la pérdida de una parte de sus camaradas y de casi todas sus armas los había desconcertado, y más que nunca sólo pensaban en el medio de dejar un sitio tan fatal, cuando percibieron una vela en el mar; soltaron inmediatamente a todos sus prisioneros y habiéndose puesto en dos grandes lanchas fueron a embarcarse en ese navío de grado o por fuerza.

Era un bergantín inglés, que había cortado sus cables para tomar el largo durante el temblor de tierra. Los filibusteros se le acercaron bastante para gritar al capitán que los llevara; no quiso hacerlo de ninguna manera y una mar gruesa, que sobrevino con la noche, los obligó a todos a volver a tierra lo más pronto posible, lo que no pudieron hacer sin correr grandes peligros. Sin embargo, al primer informe que se había tenido en Port Royal antes del temblor de tierra, del desembarco de los franceses en Santa Ana, se habían destacado dos navíos armados, de que acabo de hablar, y la barca larga, con orden de combatir a Daviot dondequiera, que se le pudiera encontrar y al mismo tiempo se hizo partir una fragata y dos bateles para ver por los filibusteros que pudieran estar en tierra. Los dos navíos y la barca larga encontraron a Daviot a la altura de Cuba y lo atacaron con todo el vigor posible; pero se defendió con tanto valor y maniobró tan bien, que sin perder más de dos hombres, les mató 70 a los ingleses. La barca larga quiso intentar el abordaje, pero Daviot lo evitó. Regresó y habiendo saltado a bordo varios ingleses y españoles, no tuvieron tiempo de medirse con los filibusteros, porque el fuego por casualidad dio a la pólvora y el barco se abrió. Veintiún franceses se salvaron y fueron hechos prisioneros por los ingleses, que los recogieron.

Durante este intervalo, los que habían quedado en Jamaica subían en lanchas hacia la cabeza de la isla, resueltos a atravesar desde allí hasta Cuba; pero habiendo intentado ese paso se vieron muy

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

pronto obligados a volver a tierra, porque de improvisto el mar se puso sumamente violento. Esperando la calma se pusieron a tomar provisiones, que habían cogido en su camino, y que consistían en aves, carneros, vinos y aguardiente; el lugar en que se encontraban estaba deshabitado, por lo tanto muy propio para tenerlos ocultos, pero el humo del fuego que encendieron para cocinar las carnes, los traicionó. Desde que se vieron descubiertos, se rindieron, contra el sentir de un pequeño número de los más valientes, a condición de ser enviados a Santo Domingo. Se les embarcó en la fragata y apenas estaban en ella cuando vieron los dos navíos y la barca larga, que volvían de su expedición contra Daviot y de quienes supieron el infortunio sucedido a ese capitán.

La colonia es amenazada nuevamente por los ingleses y los españoles. — Los ingleses respiraron entonces y se recobraron del pánico que habían tenido. Alargaron lo más posible el enviar nuevamente sus prisioneros a Santo Domingo, temiendo que al hacer saber allí la situación en que se encontraba su isla, no se vieran tentados a conquistarla; pero el señor Ducasse no estaba en condiciones de hacer ninguna empresa, ya que había perdido en la expedición de Daviot cerca de 250 de los más valientes filibusteros que había en la costa de Santo Domingo. Por otra parte los ingleses, pese al infortunio padecido en Jamaica, y los españoles, se lo tuvieron mucho tiempo en temor de verse atacados por fuerzas a las que no se veían demasiado en situación de resistir. Recibía informaciones de todas partes y al llegar al Puerto de Paz el 12 de abril de 1693, supo que la víspera se había dado la alarma. En efecto se habían visto once velas a seis o siete leguas bajo el viento y ante esta noticia el gobernador hizo poner bajo las baterías al barco del rey *L'Emporté,* mandado por el señor Damon y en el que había venido de Francia. Permaneció allí hasta el 18, sin que se oyera hablar de nada; pero ese día llegó un cazador desde veinte leguas y dijo al gobernador que un barco de Nantes, que salía del Cul-de-Sac, donde había cargado, había encontrado un navío de guerra inglés, que lo había obligado a encallar en tierra, que la tripulación se había salvado y que el capitán le había rogado entregarle al señor Dumas una carta de que era portador. Esta carta señalaba que se veían aún ocho o diez velas a cinco o seis leguas al largo, y que a fines de marzo se habían visto desde la isla Vaca doce barcos, y cuatro barcas, las que habían anclado con bandera francesa y luego habían arbolado la de Inglaterra.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Preparativos del señor Ducasse para defenderse. — Entonces el señor Ducasse, no pudiendo ya dudar de que el enemigo buscaba algunos de sus distritos, pero no sabiendo sobre cuál iba a caer la tempestad, hizo advertir a de Graff, que mandaba entonces en el Cabo, que estuviera dispuesto y tomara víveres para tres o cuatro días, a fin de poder dirigirse con todas sus fuerzas al Puerto de Paz, si este puesto era atacado; pero que no dejara los alrededores del Cabo, mientras hubiera el menor peligro para ese distrito, en ayuda del cual, si los enemigos atacaban, el señor de la Boulaye, que mandaba en el Puerto de Paz, fuera asimismo advertido de acudir lo más pronto posible. No era fácil tomar tan buenas precauciones para Léogane y Goave menor, por la razón de que se requerían tres semanas para tener allí noticias por tierra, y estando cerrado el mar, los barcos vistos estaban entre los dos. El partido que tomó el señor Ducasse fue de enviar a *L'Emporté,* con orden de ir a reconocer al enemigo y en el caso de que hubiera atacado algún distrito o que hubiera anclado en las radas, pusiera en tierra a 100 filibusteros bajo la dirección del mayor Bernanos, y luego hiciera todas las diligencias para venir a tomarlo. En el caso de que no encontrara nada, le mandaba que fuera a pasar a lo largo de las costas de Jamaica y llegara hasta la desembocadura de Bahama, para tratar de llevarse de allí algún barco. Damon ejecutó puntualmente sus órdenes, pero, no encontró nada, lo que hizo pensar al señor Ducasse que el nuevo gobernador que se esperaba en Jamaica había llevado allá bastantes fuerzas para compensar a su isla de la pérdida causada por el temblor de tierra; pero que no estaba en situación de emprender nada contra Santo Domingo; y escribió inmediatamente al señor de Pontchartrain para representarle la importancia de una empresa contra Jamaica, y la facilidad de tener buen resultado. Su carta es del 4 de mayo.

El primero de junio escribió otra carta al mismo ministro, para informarle del mal éxito que había tenido el ataque de Martinica por los ingleses; que la mitad de la colonia estaba en corso, que Godefroi, uno de los más famosos filibusteros franceses había sido tomado por dos navíos españoles, que ésta era una de las mayores pérdidas que pudiera tener la colonia y que haría todo lo que dependiera de él para saber a dónde se lo habían llevado y para retirarlo; por fin que corrían rumores confusos de que los españoles estaban en camino para venir a atacarlo. Estos rumores empero no lo inquietaban mucho y añadía que si la corte no gustaba de la empresa contra Jamaica, él rogaba que se le enviaran al menos cuatro navíos de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

40 a 50 cañones, para ir a buscar la Armadilla. Algunos días después tuvo noticias del señor Berger, a quien había enviado al gobernador de Santiago, o al Presidente de Santo Domingo; este hombre le informaba que había sido muy bien recibido y que se había enviado ante él a un capitán con un destacamento de 20 soldados para impedir que se le hiciera ningún insulto, de donde concluía el señor Ducasse la casi falsedad de los rumores que corrían acerca de los preparativos de los españoles.

Cartas del arzobispo de Santo Domingo interceptadas. — Entre tanto se interceptaron varias cartas del arzobispo de Santo Domingo, en una de las cuales, dirigida al Marqués de Vélez, presidente del Consejo de Indias, ese prelado insistía particularmente en dos puntos: el primero, que los franceses, por la poca atención de la corte, estaban a punto de ser los únicos dueños de una isla que en manos suyas podía llegar a ser un poderoso reino; la segunda, que no había otro modo de impedir esto, sino haciendo venir flamencos y establecerlos, así como él ya había propuesto, en ella. "Sé, añadía, que la Cámara de Comercio de Sevilla se opone a este proyecto bajo pretexto de que los flamencos negociarán a lo largo de las costas de América; como si los ingleses y los holandeses no hicieran ya todos los días esa trata y no defraudaran al rey de España de sus derechos, mientras que los flamencos ofrecen hacer registrar todos sus efectos antes de embarcarlos, pagar sus derechos en el puerto que se les indicara y hacer lo mismo a su regreso. Las otras cartas del prelado se referían todas al estado deplorable a que estaba reducida la colonia española de Santo Domingo. Decía entre otras cosas que los habitantes no tenían con qué cubrirse y que las mujeres se veían obligadas a ir a misa antes del día; que la libra de pan no valía allí nunca menos de dos reales, que hacen 15 sueldos de nuestra moneda; que apenas se podía tener harina para hacer hostias y vino para la misa; que los eclesiásticos estaban allí en la última indigencia y que él mismo no tenía con qué mantener a uno que llevara su cruz ante él, ni un lacayo para llevar su capa; por fin que las iglesias estaban sin ornamentos y que no se podía hacer en ellas el oficio divino con el decoro conveniente; también tomaba en otras cartas medidas para conseguir del rey, que aceptara su dimisión y en el caso de que esta gracia le fuera negada, para poder ir a Roma a exponer al Sumo Pontífice las necesidades de su diócesis.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto del señor Ducasse. — Este descubrimiento agradó tanto más al señor Ducasse, cuanto que le parecía una convicción de que no tenía nada que temer, al menos por largo tiempo, de parte de los españoles de Santo Domingo y no omitió nada para hacer comprender a la corte que nunca se tendría una ocasión mejor para conquistar una isla, que era bastante fértil para alimentar a tanta gente como contiene Francia, y desde donde se estaría en situación, luego de haberla poblado, de hacer todas las demás conquistas que se quisieran. "Pero, añade, si se deja pasar esta ocasión, si se deja hacer la paz, o si se da a los flamencos la tranquilidad de adelantársenos, será un golpe fallado para siempre." Viniendo luego a los medios de tener buen resultado en esta empresa, pretendía que las solas fuerzas de la isla, apoyadas por la escuadra del señor de Pointis, cuyo destino desconocía ni quería saber bastaría para echar a los españoles de la isla, o para someterlos; tanto más cuanto que no habría más que hacer sino conquistar a Santo Domingo, la que no resistiría más de cuatro días, y que el resto, no teniendo ninguna ayuda que esperar, siendo bien tratado, encontrándose en abundancia de todo, no tendría ninguna dificultad en cambiar de soberano.

Lo que impide la ejecución de esto. — No he podido descubrir lo que se pensó en la corte de estos planes; lo que es cierto es que se estaba siempre persuadido allí de que los ingleses y los españoles pensaban en unir sus fuerzas contra la colonia francesa de Santo Domingo. El señor de Pontchartrain, en una carta que escribió al señor Ducasse el 29 de julio de ese mismo año, le enteró que se le escribía desde Inglaterra que cerca de Gravesend en el Támesis había tres fragatas inglesas de 36 a 40 cañones, con pabellón español, las que esperaban otras siete, que se aseguraba estar destinadas contra él. El señor Ducasse por su parte ya no estaba en disposición de emprender nada, cuando le fue entregada esta carta: casi todos los filibusteros que tenía estaban de corso y él mismo no hubiera tenido con qué defenderse si hubiera sido atacado. A la verdad no temía mucho serlo; veía siempre alguna apariencia de unión entre los proyectos que podían formar; sabía por otra parte que Jamaica no se había repuesto de sus últimas pérdidas y respondía ciertamente con hacer la conquista, desde que los filibusteros estuvieran de vuelta, por poco que se quisiera ayudarle con algunos barcos.

Lo que hace fallar el plan de los españoles y de los ingleses contra la colonia francesa de Santo Domingo. — Al cabo de cinco o

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

seis semanas, es decir, a fines de noviembre, se tuvo informe por un prisionero, que se había escapado de la Habana, de que la Armadilla, compuestas de seis navíos, había pasado el Canal de Bahama con la flota de la Nueva España a fin de agosto, y que la primera debía fondear en Puerto Rico y desde allí dirigirse a Santo Domingo; sobre lo cual escribió al ministro que según todas las apariencias estos preparativos se hacían contra el Cabo Francés y el Puerto de Paz; que estaba sumamente inquieto de que los filibusteros no volvieran y que la prudencia no le permitía desguarnecer a Goave menor, donde él se encontraba entonces; ni los otros distritos de la costa occidental; así que era necesario enviarle socorro desde Francia, si no quería exponerse la colonia a una irrupción que no estaba en situación de soportar. Había sido dada ya la orden, cuando estas informaciones llegaron a la corte, de armar dos navíos del rey, el *Témeraire* y el *Envieux,* que el señor du Rollon debía llevar a Santo Domingo, con un transporte llamado el *Hazardeux,* cargado de víveres, de armas y de municiones; y estos tres buques se dieron a la vela poco después; pero este socorro y todos los movimientos que hizo el señor Ducasse para ponerse en estado de recibir a los enemigos, fueron superfluos. La flota no apareció y muchas cosas contribuyeron a ello. La escuadra del caballero Wheler debía, luego de haber conquistado la Martinica, unirse a la Armadilla y a la flota de México; pero habiendo fracasado en su primer proyecto, no se encontró en situación de mantener la palabra a los españoles. Estos contaban con diez barcos de guerra y con 6.000 hombres de buena tropa, incluso un barco de 70 piezas que el rey de España había enviado al Presidente de Santo Domingo, con 300 soldados; pero tres buques de la Armadilla naufragaron en la desembocadura, todas las tripulaciones se perdieron y una buena parte del dinero destinado a los gastos de la empresa. Por fin el general que debía mandar las tropas murió a tres jornadas de Santo Domingo.

La espera de tantas fuerzas reunidas, de que se supo por algún tiempo en Santo Domingo sin conocer su disipación, no impidió en nada al señor Ducasse a enviar 150 filibusteros que le quedaban a hacer un desembarco en Jamaica; es verdad que no era sino para tenerlos anhelantes y para atenérselos. Se desempeñaron sumamente bien en su comisión, y se llevaron a 350 negros, que se hubieran batido muy bien si los españoles y los ingleses hubieran venido a atacarnos entonces. Algún tiempo más tarde, habiendo fallado los grandes golpes, y sabiendo el gobernador de Jamaica por un barco de la Rochela, que sus armadores habían tomado, que la Goave menor

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

estaba desguarnecida, armó algunos barcos para ir a incendiar y saquear la costa; pero no juzgando ese armamento bastante fuerte para cumplir su plan, y habiendo sabido que había en las costas de Cuba cuatro barcos holandeses que hacían allí el comercio, los invitó a unirse a él y esto fue lo que hizo fracasar la empresa. Los holandeses pidieron que el gobernador comenzara por comprar su cargazón, luego que les concediera condiciones ventajosas en el reparto del botín. Estas peticiones fueron rechazadas y como se había perdido mucho tiempo en estas negociaciones, el ataque a Goave menor fue dejado para otra ocasión, el gobernador inglés publicó que esperaba grandes fuerzas de Inglaterra y que cuando las hubiera recibido no dejaría una pulgada de tierra a los franceses en la isla de Santo Domingo.

Propuestas del señor Ducasse al señor de Pontchartrain para hacer floreciente la colonia. — A pesar de esos rumores de guerra y del peligro en que se hallaba continuamente la colonia, ello no impedía que se trabajara con buen éxito en el cultivo de las tierras. El señor de Pontchartrain había dicho al señor Ducasse que si la costa de Santo Domingo podía hacer bastante añil para suministrar al reino, el rey prohibiría la entrada en él del extranjero: la respuesta del gobernador, fechada el 30 de marzo de 1694, fue que no solamente lo podía, sino que habría además suficiente para vender a nuestros vecinos, que vendrían a comprarlo en los puertos de la isla, como ya varios lo venían a buscar y no lo encontraban inferior al de Guatemala. Añadía en su carta que lo que faltaban más eran hombres, que los hospitales de Francia estaban llenos de gente que allí no hacían nada y que no le serán inútiles, y que le gustaría sobre todo que le enviara un buen número de niños de 12 a 13 años, que en seguida de desembarcar encontrarían en qué ocuparse. Decía también que habiendo enviado bajo un pretexto especioso un hombre sumamente hábil a Jamaica, éste le había informado de que se trabajaba en fortificar la Punta, que es propiamente la entrada a Port Royal, aunque se usan de ordinario esos dos nombres para significar la misma cosa; que en toda la isla había 1.800 ingleses y que él estaba haciendo un armamento de 300 hombres para hostigarlos, pero que su parecer era siempre dedicarse a echar a los españoles de la isla de Santo Domingo y daba entre otras razones que mientras nuestros negros estuvieran seguros de ser recibidos por ellos desertarían muy fácilmente, lo que arruinaba a los habitantes.

El señor de Pontchartrain había también encargado al gober-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

nador que examinara si se podía hacer seda en la isla de Santo Domingo; contestó el 4 de abril que esto no era posible, mientras no hubiera más gente en la colonia; que los hombres se habían hecho en ella sumamente raros y que las tres cuartas partes de las tierras cultivadas volvían a enmalezarse; que si el rey hacía la conquista de toda la isla, se podría entonces ocupar el interior del país, que era el más hermoso del mundo y que cuando estuviera algo más poblado, nada impediría hacer seda; que se le había obligado a dejar el cultivo del algodón, porque nadie podía vivir de él, ya que un negro no podía hacer al año más que diez escudos, y que al menos que ganara 30 a 40 el habitante se arruinaba; que el tabaco se abandonaba por la misma razón y que todo el mundo se echaría al añil, que rendiría aún más allá de lo originalmente esperado.

Toma del guardacostas inglés. — Por fin todos los temores habidos de los enemigos se disiparon; o al menos no había apariencia alguna de que se mostraran por largo tiempo. El señor Ducasse resolvió mandar a hacer un segundo desembarco en Jamaica y habiendo hecho embarcar a 400 filibusteros en seis pequeños barcos, les dio por comandante al señor de Beauregard, mayor y valiente persona. Algunos días después de su partida, el *Temeraire* y el *Envieux,* de los que hablé, habían llegado y el *Solide* había salido de la carena; el señor Ducasse se embarcó en este último con 150 hombres para apoyar a los filibusteros, o en caso necesario favorecer su retirada. Al cabo de dos días encontró dos barcos de éstos, en uno de los cuales estaba el señor de Beauregard, quien le dijo que estando en vísperas de desembarcar, habían encontrado un barco de guerra (era el guardacostas de Jamaica), que les había dado caza; que había propuesto a su gente abordarlo, pero que no habiendo más que golpes que recibir en ello, no lo habían querido; que inmediatamente casi todos lo habían dejado, unos para volver a tomar el camino de Santo Domingo, y otros para ir de crucero. El partido que tomó entonces el señor de Ducasse fue volver para consultar con el señor du Rollon, que mandaba los buques del rey, sobre los medios de apoderarse del navío inglés. Estas medidas fueron que el señor du Rollon, que montaba el *Temeraire* y el señor de Montsegur, que montaba el *Envieux,* fueran a hacer leña y agua en el cabo Tiburón y esperaran allí al *Solide* mandado por el señor de Planta y que a continuación las tres naves irían a cruzar sobre Jamaica, y tratarían de alcanzar allí al guardacostas para tomarlo.

Los tres navíos se juntaron en el Cabo Tiburón, se hicieron a

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

la vela y estuvieron quince días sin poder ver tierra; en cuanto la hubieron visto, el señor du Rollon destacó a la corbeta la *Puissante,* comandada por el señor Cabesce para reconocerla de más cerca. Cabesce al acercarse descubrió al guardacostas, que habiéndolo asimismo descubierto y tomándolo por un filibustero, cayó a la caza de él; dio muestras de huir, y lo atrajo al encuentro de los navíos, que apenas lo hubieron visto cayeron sobre él. El los esperó, creyendo todavía que eran filibusteros; pero el *Solide* había venido para colocarse a su través, y el guardacostas quiso evitar el combate. Entonces el *Temeraire* cayó sobre él y lo puso entre los dos. El *Solide* lo colocó a tiro de mosquete y luego de haber disparado algunas salvas de cañón, le hizo cerrar sus portas. En este estado recibió un fuego terrible, sobre todo de parte de *Solide,* luego de lo cual, al ver que el *Temeraire* se ponía en situación de abordarlo, su tripulación pidió cuartel. El *Solide* no tuvo más que un hombre muerto; el *Temeraire,* ninguno; parece que el *Envieux* no combatió. Los ingleses perdieron diecisiete o dieciocho hombres; tenía 130 y 40 cañones montados, pero tenía capacidad para 50. El señor de Montsegur recibió orden de escoltarlo a la costa, donde, habiéndolo dejado en seguridad, fue a unirse a los señores du Rollon y de Planta en el crucero. No quedaron allí mucho tiempo y volvieron a Leogane, de donde habían salido; todo esto pasó en el mes de abril.

El señor Ducasse parte para Jamaica con grandes fuerzas. — Poco tiempo después, 200 filibusteros, que estaban en el mar desde hacía más de un año, y una parte del destacamento de Beauregard llegaron a la costa muy a tiempo para tomar parte en una gran empresa, que el señor Ducasse meditaba contra Jamaica y que se encontró lista en los primeros días de junio.

El señor Ducasse sale para Jamaica con grandes fuerzas. — (Algunas relaciones no ponen sino 21 velas y 1.300 hombres de la costa.) Los tres navíos del rey y la presa inglesa estaban en ella y había en total 23 velas y 1.500 hombres de la costa de Santo Domingo. El señor Ducasse embarcó en el *Temeraire* con el señor du Rollon y se adelantó con los barcos del rey, después de haber fijado el encuentro general en el Cabo Tiburón, adonde llegó el 18 de junio. Habiéndose encontrado allí toda la flota, se partió el 24 después de haber tomado un barco español de 80 toneladas cargado de aguardiente y de vinos de Canarias y se llegó el 27 a la bahía de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Coubé (o Boulbaye), a cinco leguas de Port Royal: es una mala bahía, que se denomina aún la Rada de las Vacas. Allí el señor Ducasse mandó al señor Beauregard que hiciera el desembarco a la cabeza de 800 hombres. Lo hizo sin resistencia y marchó 14 ó 15 leguas hasta el Puerto Moran, quemando y destruyendo todo lo que encontraba. Tomó en esta marcha cerca de 1.000 negros e hizo prisioneros, de quienes se supo que los ingleses avisados por los tránsfugas de los preparativos del señor Ducasse, habían abandonado todos los distritos, para fortificar el Port Royal, Ouatirou (o Ouategou) en la bahía de Kow, la Ciudad Española o Legannie, y que estaban bien atrincherados en todos estos puestos. Efectivamente Beauregard encontró los dos fuertes de Port Moran abandonados y dieciocho piezas de cañón clavadas.

Toma de Port Moran y del Puerto María. — Acabó de arruinar los fuertes, embarcó una pieza de 18 e hizo estallar las otras. Se encontraron en este lugar víveres y refrescos abundantes y el destacamento permaneció allí hasta el 26 de julio. La flota había quedado en Coubé, de donde el señor Ducasse envió a Goave menor la presa inglesa, que se llamaba *le Faucon,* con algunos barcos pequeños para llevar los negros que se habían tomado o se habían rendido, en número de 1.100 ó 1.200; se tomaron asimismo algunos navíos ingleses cargados de bueyes, de tocino y de harina; y habiendo embarcado el señor de Beauregard 200 hombres en cuatro buques, fue al Puerto María, alejado 20 leguas del Puerto Moran y saqueó toda la costa del norte.

El Temeraire se separa de la flota y lo que le pasa. — Sin embargo, el *Temeraire,* habiendo sido tomado por un temporal, mientras el señor Ducasse estaba en tierra, se vio obligado a cortar su cable. El 8 regresó a Coubé, donde ya no encontró la flota, lo que le hizo creer que había ido a atacar a Ouatirou, como se había convenido. Llegó allí el 9, recibió algunos disparos de cañón del fuerte y no encontró los barcos. Fue a buscarlos más lejos, en Surinam-Carters, creyendo que la necesidad de tomar agua los había obligado a ir allá; pero habiendo tomado una barca inglesa, ésta le dijo que no se les había visto por ese lado. Imaginó que estaban en el Port Royal, se dirigió allá el 13, reconoció el Puerto y lo hizo reconocer más de cerca por un oficial llamado la Couronne; fue inútil, la flota no estaba allí. Como él mismo carecía de agua, fue a buscarla a Brusselt, a donde llegó el 15 por la tarde y el 16 envió

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

un destacamento para apoderarse de una habitación vecina y cubrir las chalupas, mientras éstas se hacían de agua. El caballero del Rollon mandaba los guardiamarinas y los soldados, y Bernanos, mayor del Puerto de Paz, estaba al frente de 30 habitantes; se alojaron y se atrincheraron; el 17 fueron atacados por los ingleses, pero los rechazaron y los hicieron ir bastante dentro de los bosques. Estos volvieron tres veces a la carga, y siempre con el mismo resultado, aunque muy superiores en número; pero el señor du Rollon, habiendo visto desde su buque la caballería, envió a sus chalupas para que se embarcara su gente, lo que hicieron en buen orden y sin que el enemigo se atreviera a atacarlos. El señor du Rollon supo de un prisionero hecho por él que la flota estaba en la costa norte e hizo cuanto pudo para ir a unírsele, pero después de haber dado vueltas entre Cuba y Jamaica, se vio obligado, por falta de refrescos, y por las enfermedades que se declararon en su tripulación, a emprender el camino de Goave menor, donde supo del *Faucon,* que estaba todavía allí, que la flota estaba en el Puerto Moran. Tenía ganas de ir, pero un piloto inglés y unos filibusteros le habían asegurado que los barcos del rey no podían entrar allí; esto lo apesadumbró mucho y por poco hizo ahorcar al piloto. Después de haber dejado a sus enfermos en tierra, se procuró agua y leña y el 10 de agosto aparejó de nuevo para ir a unirse con el señor Ducasse en el lugar convenido, que había sido dado al *Faucon;* pero habiendo tocado en el Cabo Maisí en la isla de Cuba, las enfermedades y la mortandad misma desolaron de tal manera sus tripulaciones que casi no pudiendo ya maniobrar, se vio obligado a llegar a Léogane, a donde llegó el 19 y encontró allí la flota.

Toma de Ouatirou por el señor Ducasse. — La cita que el señor Ducasse había dado al Faucon, era Puerto Moran, donde Beauregard estaba ya de vuelta al llegar ese navío. Se hizo embarcar en seguida a todo el mundo y el 26 la flota aparejó para volver a la bahía de Coubé. Entró en ella el mismo día y por la noche las chalupas, pusieron en tierra a los habitantes de la costa y a los filibusteros, que marcharon con las banderas desplegadas hacia Port Royal. Solamente empero querían dar una falsa alarma en este lugar, a la vista del cual permanecieron tres horas en orden de batalla. Se tuvo luego consejo y en él se resolvió que el señor de Graff iría con todos los filibusteros y la gente de la costa, para atacar a Ouatirou, 17 leguas al este de Coubé y donde estaban las principales fuerzas de los ingleses. De Graff partió el 27 al comenzar la

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

noche en 14 navíos y el 28, tres horas después de la medianoche, ancló en Ouatirou. Allí encontró un barco negrero de 300 toneladas, montado con 30 piezas y avanzó para tomarlo; pero el capitán, que ya había desembarcado a sus negros, le puso fuego y se salvó. En el mismo momento el cañón de la plaza comenzó a disparar sobre los buques filibusteros que estaban anclados, pero sin efecto, y por la noche se dieron las órdenes de desembarcar. Esto comenzó a hacerse el día siguiente, 29, dos horas después de medianoche y solamente terminó al apuntar el día, porque los barcos del rey habían quedado en la bahía de Coubé para ocultar el plan de este ataque; y así, para desembarcar mil hombres, hubo que servirse de chalupas, que no podían llevar más de cincuenta a la vez.

Estando ya todos en tierra se marchó primero contra los enemigos, que ocupaban tres atrincheramientos. Beauregard tenía la vanguardia, donde estaban los filibusteros y de Graff seguía con los habitantes. Hubo que soportar en este camino un fuego grandísimo de 12 piezas de cañón y de toda la mosquetería de los ingleses, que eran entre 1.300 y 1.400 y Beauregard fue herido en el pie. En cuanto nuestros valientes se hubieron acercado a tiro de fusil, de Graff a su vez hizo un gran fuego sobre sus trincheras; después se lanzó espada en mano contra ellas, que fueron tomadas en menos de hora y media. Los ingleses tuvieron 360 entre muertos y heridos; entre los primeros, dos coroneles, dos tenientes coroneles y seis capitanes. De parte de los franceses no hubo más que 22 entre muertos y heridos. Se tomaron 150 caballos, que se encontraron completamente sellados y con bridas, nueve banderas de infantería y siete cajas. Durante el combate de Graff recibió aviso de que venían 200 caballeros de la ciudad española para reforzar a los enemigos; fue inmediatamente a su encuentro y los rechazó tras un combate muy vivo, que duró dos horas y después del cual ya no hubo ninguna resistencia. Al día siguiente de Graff destacó a 500 hombres para llevarle animales, hacer prisioneros y destrozar las habitaciones y las fábricas de azúcar; el quinto día los barcos del rey anclaron en Ouatirou, y el señor Ducasse, luego de bajar a tierra envió otros destacamentos para acabar de destruir el país. Hizo luego cantar la misa por un padre capuchino, que había llevado de Santo Domingo, después de lo cual se arruinaron las trincheras, se quemó la población, se reventaron los cañones y el 3 de agosto todos volvieron a embarcarse para regresar a Goave menor, a donde llegó la flota el 14. El señor du Rollon, dando cuenta de esta expedición al ministro, alaba en extremo las medidas justas que había tomado

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

el señor Ducasse, y no teme decir que todo el buen resultado se debía a la dirección y las maneras generosas de éste. Es verdad que estuvo muy bien secundado por los señores de Graff y de Beauregard y que todas las tropas hicieron perfectamente su deber. Pero no se tomó otro botín que los negros, cuyo número se hace subir a 3.000; se dice que lo demás fue quemado. Las pérdidas de los ingleses fueron muy grandes, los distritos que fueron saqueados eran muy ricos, pero temo que haya mucha exageración en lo que dice el señor du Rollon, en la carta ya citada: a saber, que veinte islas de San Cristóbal no valían el solo distrito Moran.

De acuerdo a las memorias que he recibido de Santo Domingo, lo que salvó a Jamaica en esta ocasión fue una precaución que tomaron los habitantes de Ouatirou. Dicen que cada particular construyó sobre su habitación una especie de fuerte, donde encerró todo lo más precioso que tenía; que los filibusteros, luego de haber forzado las tres trincheras, que no resistieron ante ellos, contando con que nada después de esto les impediría el saqueo, quedaron extrañamente sorprendidos al verse detenidos por estos fuertes, cuyos muros eran demasiado altos para ser escalados; que casi en seguida se vieron obligados a alejarse de allí, porque los ingleses disparaban sobre ellos desde cubierto y que el primero que decidieron atacar costó la vida al capitán Le Sage y a 40 de sus hombres; que se deliberó si se harían venir cañones de los barcos, pero que se encontraron dificultades estimadas invencibles, y que así hubo que abandonar esta empresa y renunciar a la esperanza de un gran botín. Esas mismas memorias añaden que había en las montañas más de 7.000 negros fugitivos, que se hubieran podido llevar a Santo Domingo; los que desde hacía mucho tiempo deseaban ardorosamente estar con los franceses, y que cuando supieron que éstos se encontraban en la bahía de Kow, les enviaron delegados para tratar con ellos; pero que esos diputados no encontraron ya a nadie: porque los filibusteros habían sido advertidos de que un gran cuerpo de tropas salido de Port Royal caminaba a grandes jornadas para atacarlos y se vieron obligados a precipitar su retirada.

Generosidad del señor Ducasse censurada en la corte. — Tal fue, concluye el autor de estas memorias, el resultado de esta empresa en que se ganaron 3.000 negros, mucho añil y otras mercancías preciosas, cantidad de calderas para azúcar y otros utensilios útiles para esa manufactura; pero bastante poca gloria y no decidió nada. Los enemigos del señor Ducasse, añade, pretendieron

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

que en esta ocasión, como en muchas otras, había convertido en provecho propio una buena parte del botín: pero son de esas acusaciones que es difícil probar con la misma facilidad con que se las adelanta. Por otra parte es cierto que jamás pareció hombre más generoso que este gobernador y que con su generosidad contribuyó inmensamente a poblar la isla de Santo Domingo. Desde que alguien quería establecerse en ella, y no tenía con qué hacer los adelantos para ello, él le abría su bolsa, le prestaba sus negros sin ningún interés y con frecuencia ni quería recobrar lo prestado. No podía ver a un hombre en la miseria sin buscar en seguida el medio de ayudarlo y tenía con todos unas maneras tan sencillas y tan buenas, que todos lo amaban como a su padre. Así puede decirse que aun cuando hubiera algo que decir sobre los medios de que se servía para enriquecerse, era al menos en provecho del público y de los particulares como se enriquecía. Habla siempre el autor de las memorias.

Hubiera hablado sin duda de otra manera, si hubiera visto una carta del señor de Pontchartrain al señor Ducasse, que he tenido en mis manos y en la que este ministro, luego de haber hecho grandes alabanzas al gobernador de Santo Domingo por todo lo sucedido en Jamaica, le decía que había sobrepasado sus poderes al distribuir a los oficiales de los barcos del rey una buena parte del botín tomado a los ingleses; que los oficiales son pagados para servir en las ocasiones en que el rey los necesita; que corresponde a los comandantes y a los gobernadores instruir a la corte acerca de quienes se han distinguido y que el derecho de recompensar a cada cual según sus servicios sólo corresponde al Príncipe. Quizás también si el señor Ducasse hubiera dado menos a los oficiales del rey y un poco más a los filibusteros, no hubiera sido acusado de haber apartado lo mejor del botín; sea lo que fuere, él mismo fue recompensado de una manera que indica bien la satisfacción que el rey tenía de sus servicios en esta ocasión. Su Majestad le dio una pensión de cien doblas y el documento fue expedido a nombre suyo y al de su esposa, para que esta señora pudiera disfrutar de ello después de la muerte de su esposo, si le sobrevivía. Los comandantes de los tres buques del rey no fueron tan afortunados. El señor de Planta murió pocos días después de la toma del guardacostas inglés, en la que tuvo tanta parte. La enfermedad cayó sobre el *Envieux* a su regreso de Jamaica y le llevó más de cien hombres, entre ellos su comandante el señor de Montsegur: parece cierto que la misma suerte corrió muy poco después el señor du Rollon, ya que el *Temeraire* estaba mandado a su vuelta por el señor Descoyeux, quien habiendo sido lanzado por los

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

vientos sobre la costa de Irlanda fue apresado allí por dos barcos ingleses, después de una de las más hermosas defensas vistas en el mar.

Los ingleses son rechazados del Cul-de-Sac y de la isla Vaca. — El señor Ducasse esperaba ciertamente que los ingleses de Jamaica no tardarían en intentar vengarse de la afrenta que acababan de recibir; y que sólo aguardarían el tiempo necesario para ponerse en situación de hacerlo con seguridad y brillantez. Pero nunca hubiera creído que después de la pérdida que acababan de tener fueran a mostrarse tan pronto como lo hicieron en nuestras costas. En efecto, no tuvieron la paciencia de dejar venir de Inglaterra los auxilios que necesitaban para emparejarse con los franceses de Santo Domingo y como si hubieran querido hacerles ver que no estaban abatidos hasta el punto de no poder emprender nada con sus propias fuerzas, desde comienzos de octubre pusieron en el mar tres barcos de guerra, un brulote y dos barcas, que anclaron el once en la rada de Leogane frente al Esterre y que cañonearon esa población desde las ocho de la mañana hasta las tres de la tarde. Quisieron también llevarse dos pequeños navíos que estaban en la rada; pero el cañón y la mosquetería de tierra se lo impidió. Al fin sin embargo quemaron uno, luego levaron anclas y parecieron tomar el camino de Goave menor, a donde los señores Dumas y Deslandes los siguieron por tierra con 30 a 40 hombres. Beauregard ya estaba allí, bien avisado de su partida de Léogane y bien dispuesto a recibirlos. Pero todos estos preparativos fueron inútiles, porque los ingleses pasaron de largo, desembarcaron 38 prisioneros franceses una legua más arriba de Goave menor y se fueron a la isla Vaca, donde desembarcaron. Quemaron allí dos o tres casas de paja, pero siete u ocho habitantes, habiéndose allegado al ruido, los atacaron, les mataron dos hombres y los obligaron a volver a embarcarse lo más pronto posible.

Preparativos de los ingleses y de los españoles para atacar la colonia francesa de Santo Domingo. — No se podía considerar esta irrupción más que como una bravata; pero el señor Ducasse fue bien pronto advertido por vías muy seguras de que se hacía en Portsmouth un armamento considerable contra él. Inmediatamente hizo cruceros para hacer prisioneros y todos le dijeron a una que se esperaba en Jamaica a 2.000 soldados, 17 barcos de guerra, además de un buen número de mercantes y de municiones de todas clases. Estos informes lo inquietaron tanto más cuanto que todos los filibusteros habían vuelto al corso, sin que pudiera esperar el regreso de uno

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

solo por largo tiempo; y que los ingleses tenían dos fragatas, que cruzaban desde el Puerto de Paz hasta Goave menor e interrumpían completamente el comercio. No tenía aún ninguna noticia de los españoles; envió al señor Cabesce del lado de Santo Domingo, para observar si se hacían algunos preparativos en ese puerto: este oficial le informó que no se veía allí un solo barco y que no se hablaba de nada. Pero el primero de mayo un barco danés enviado de la isla Saint Thomas vino a Leogane, donde el gobernador se hallaba entonces, y le advirtió que cinco grandes navíos españoles, llenos de gente, habían anclado en su isla; que otros dos habían pasado a la vista sin detenerse y que se había visto partir de San Cristóbal seis barcos de guerra, quince mercantes y dos galeotas con bombas.

Apuros del señor Ducasse y qué partido toma. — Tantas fuerzas conjuradas no eran todavía lo que causaba más inquietud al gobernador de Santo Domingo; era el no saber si se unirían para atacar todas en conjunto o si las dos naciones harían sus ataques por separado, y en el caso de que se unieran dónde caería la tempestad. En esta incertidumbre se determinó por fin a quedarse en el Cul-de-Sac y aunque no tenía más de 500 hombres para defender 20 leguas del país, no dejó de destacar a cien bajo la dirección de Bernanos, para reforzar la guarnición del Puerto de Paz, del que este oficial era mayor y le dio órdenes, que envió a los señores de Graff y de la Boulaye, ambos tenientes del rey y comandantes, el primero en el Cabo Francés y el segundo en el Puerto de Paz. Decían que si el Cabo Francés fuera atacado, Bernanos iría allá con su destacamento, y que si los enemigos venían al mismo tiempo por tierra y por mar, el señor Girardin Capitaine se encargaría de oponerse al desembarco; que el caballero del Lion su teniente mandaría las baterías y que el señor de Graff se opondría por tierra a los españoles, les levantaría emboscadas por todas partes, les disputaría el terreno paso a paso con buenas trincheras y se batiría así siempre en retirada hasta la población, donde contaba ciertamente que el enemigo nunca podría forzarlo; que con todo, si sucediera esta desgracia, clavara los cañones o los hiciera estallar, quemaría la pólvora y pasaría al Puerto de Paz con toda la gente que pudiera. Las órdenes dadas al señor de la Boulaye eran conformes a éstas; y como ambos comandantes tenían consigo las fuerzas principales de la colonia, el señor Ducasse, a quien los ingleses tuvieron cuidado de mantener siempre en jaque del lado del Cul-de-Sac, creyó poder halagarse de que esos dos puestos importantes estaban fuera de poderse perder, tanto más cuanto

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

que las circunstancias eran las más favorables del mundo, ya por la disposición de los caminos, ya por el desbordamiento de los ríos, ya por la resolución de los habitantes, que se presentaron en muy buena postura para defender hasta el fin los atrincheramientos y las baterías.

La flota de los aliados hace el primer desembarco en la bahía de Manzanillo. — Por fin el 15 de julio la flota de los aliados, fuerte con veintidós velas y 4.000 hombres de desembarco, y donde había ocho barcos de guerra españoles, entró en la bahía de Manzanillo, donde se les unieron 2.000 hombres enviados por el presidente de Santo Domingo. El señor de Graff dio inmediatamente aviso al señor de la Boulaye, quien le envió a Bernanos con 130 hombres; Bernanos se puso en camino el 18 y llegó el 21. Había algunas partidas en el campo para observar los movimientos de los enemigos y el 27 una de ellas vino a avisar al comandante que aparecían en la sabana de la Limonada. De Graff destacó al momento cuatro caballeros para reconocerlos y habiéndolos encontrado acampados en el mismo lugar donde el señor de Cussy había sido derrotado, quedaron media hora entera examinándolos. La guardia avanzada los apercibió y advirtió al ejército; este ejército no estaba alejado más que a tiro de cañón de un primer atrincheramiento practicado en un lugar llamado el foso de Limonade y parecía tomarse tiempo para reconocerlo bien; pero de Graff, que ya había perdido ocho días en una inactividad que no se comprendía, sabiendo a los enemigos tan cercanos a una trinchera, donde podía hacer perecer la mejor parte, se entretuvo aún el resto del día en deliberar acerca de lo que tenía que hacer; y como se le hubiera informado por la tarde que había dos núcleos de españoles ocultos en el bosque, para apoderarse de los que volvieran a la descubierta, resolvió retirar sus tropas de ese primer atrincheramiento, lo que hizo aquella misma noche. Fue luego a apostarse en otro, que había levantado a la cabeza del río de arriba del Cabo y que defendía el único camino por donde podían pasar los enemigos.

Mala dirección del señor de Graff. — Sin embargo, la flota se había acercado a la entrada del Cabo, al mismo tiempo que las tropas habían aparecido en la llanura y había disparado toda la tarde del 27, pero la artillería de la plaza, mejor servida, no permitió a aquéllas ir más adelante y llegada la noche la flota se alejó y ancló fuera. El sábado 28 el señor de Graff, habiéndose dirigido tem-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

prano al atrincheramiento de que acabo de hablar, con la gente que pudo juntar, es decir con 300 hombres a lo sumo, trabajó en fortificarse allí y hasta hizo venir para ello del Cabo cuatro pequeñas piezas de una y de dos libras de bala. Al mismo tiempo los españoles entraron en el que se había abandonado: su sorpresa fue suma al no encontrar en él a nadie y se les oyó gritar: "*¿Dónde están los franceses, qué se ha hecho de ellos?*" La indolencia y poca resolución del comandante habían hecho perder la confianza a las tropas y la falta de confianza hizo que ya no se escuchara al mando y que no se tomara otro consejo que el del miedo que se había apoderado de todos los corazones. Así los enemigos, no encontrando ya resistencia en la llanura, pusieron fuego a las habitaciones más cercanas. Luego avanzando por el borde del mar quemaron una choza que encontraron. A esta señal, que habían convenido con los comandantes de la flota, 18 chalupas se acercaron a ese lugar y otras dos aparecieron en el puerto, sondearon el anclaje y a pesar del fuego de nuestras baterías, pusieron gente en tierra.

El Cabo estaba guardado por 250 hombres de milicia, una compañía de infantería y de negros: el señor Girardin Capitaine, que mandaba allí, había dispuesto bastante bien las trincheras a lo largo del mar para oponerse a los desembarcos y de Graff con la misma idea había destacado a una compañía de milicias para apoyarlo. Por su parte se creía más seguro en su atrincheramiento del río de lo alto del Cabo: tanto más cuanto que para llegar a él había que forzar otros dos. Pero no dio a los enemigos el trabajo siquiera de atacarlos; los que los guardaban los abandonaron sin orden y fueron a unirse al señor de Graff en el suyo, que fortalecieron mucho menos por esta unión: lo que hicieron fue difundir el terror y comunicaron el contagio de su mal ejemplo; además de que con su retiro abrieron al enemigo todo el distrito Morin, donde hizo sin oposición cuanto quiso. La tarde del mismo día, habiendo vuelto las chalupas a sus navíos, que estaban bajo velas, toda la flota fue a fondear en la banda del norte sobre los escollos del paso menor del puerto, luego cuatro barcos se separaron y vinieron a cañonear la batería; pero el caballero del Lion los obligó bien pronto a retirarse y hasta hubo dos que lo hicieron muy maltrechos. Al ponerse el sol se vieron reaparecer ocho chalupas, que se alinearon en la costa para hacer desembarcos; Girardin destacó a veinte hombres para oponerse y lo consiguieron con tanta mayor facilidad cuanto que el lugar donde esas chalupas querían abordar estaba sembrado de escollos. Las tropas de tierra avanzaban continuamente y ya ha-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

bían llegado a la Anse menor; entonces el señor de Graff, que no dudó ya de la unión de todas sus fuerzas de tierra y de mar, y que no se hiciera con el plan de venir a atacarlo, quiso también reunir todas las suyas. Así envió el sábado a las diez de la noche un expreso al señor Girardin con un mandato por escrito para él y para el caballero del Lion, de abandonar la población y las baterías, de dejar el cañón al cuidado de un llamado David, que mandaba a los negros, y que se dirigieran a él con todos los que estaban bajo sus órdenes. Girardin obedeció en el acto, pero del Lion contestó que las baterías del rey no se abandonaban así. De Graff le hizo decir que sus razones le parecían buenas, le recomendó defender los pasos lo mejor que pudiera y le mandó, si se veía obligado a retirarse, que clavara los cañones y lo hiciera estallar todo. Quedó pues con treinta y tres hombres bien resueltos a defenderse hasta el fin, pero con poca esperanza de resistir largo tiempo después del retiro del señor Girardin y el abandono del poblado.

Los enemigos se apoderan del Cabo y de las baterías. — Efectivamente el domingo 29, hacia las diez de la mañana, la flota se acercó para cañonear las baterías y a las cuatro de la tarde a favor de una gran tempestad destacó sus chalupas para hacer el desembarco en el mismo lugar donde lo habían intentado inútilmente la víspera. Ya no encontraron ningún obstáculo y desembarcaron 300 hombres, que se pusieron en camino por las alturas para llegar a las baterías. Del Lion, habiéndose dado cuenta, destacó seis hombres para ir a su encuentro y disparar sobre ellos a través del bosque. Su plan era entretenerlos y tener tiempo de hacer clavar sus cañones y poner fuego a la pólvora; hizo luego desfilar a todos y quedó solo en las baterías, donde había dispuesto todo para dar fuego en el momento en que apareciera el enemigo. Pero desgraciadamente un chubasco que sobrevino rompió sus medidas y no le permitió dar fuego cuando vio al enemigo al alcance de mosquete; la pólvora y el cañón saltaron, pero no hubo sino tres piezas que clavaron, las otras solamente fueron desmontadas y hundidas en tierra. Las clavó, puso fuego al almacén del pueblo y marchó hacia las diez de la noche para unirse al señor de Graff. Fue perseguido, pero llegó sin haber perdido un solo hombre a la trinchera, donde de Graff le dijo que había tenido consejo, antes de disponer el abandono del fuerte y de las baterías, y que no eran más que veintiocho cañones perdidos.

Se abandona la trinchera en lo alto del Cabo. — El lunes por la mañana dos horas antes del día se recibió informe de que los ingle-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ses, que habían desembarcado en el Cabo, avanzaban con el plan de tomar a los franceses entre dos fuegos; ante lo cual se tomó la resolución de abandonar también el atrincheramiento del río de lo alto del Cabo, aunque por las diferentes uniones que se habían hecho, había dentro novecientos hombres bien fortificados y provistos de todo.

Los enemigos van al Puerto de Paz. — El plan del comandante era ir a acantonarse en el Morro rojo, pero habiéndolo abandonado la mayoría de su gente, se retiró con el resto al río Salado, que está a legua y media y dio orden primero a los señores Girardin y del Lion de dirigirse al Puerto de Paz con su compañía. El mayor Bernanos ya se había ido allá y se asegura que por consejo suyo el primer atrincheramiento había sido abandonado, lo que parece poco verosímil; o bien este oficial, contando con que los enemigos no forzarían nunca el desembarco, quiso atraer a las tropas de tierra al medio de las habitaciones, donde pensaba sería fácil cortarlas y deshacerlas. El sábado 4 de junio Girardin y del Lion llegaron al Puerto de Paz en una lancha, que habían encontrado en el Puerto Margot y el 13 la flota enemiga, aumentada con un navío y dos barcas, ancló en el distrito de San Luis a tres leguas y media más acá del Puerto de Paz, en una rada, que siempre había parecido impracticable. El señor Ducasse no podía cansarse de admirar el atrevimiento de ellos en esto, y le atribuía en parte el éxito de su empresa. A las dos horas todos los barcos comenzaron a cañonear, para facilitar el desembarque y a las cuatro horas ocho chalupas, donde había quinientos hombres, fueron a poco alcance de cañón más arriba, para desembarcar esas tropas. Bernanos, que mandaba en ese distrito, había apostado en ese lugar a un oficial llamado Escofier con siete u ocho hombres. El oficial hizo su deber, durante veinticuatro horas las chalupas hicieron esfuerzos inútiles para poner en tierra su gente; pero habiendo sido herido Escofier, los suyos perdieron el valor y se vio obligado a retirarse.

Toma de San Luis. — Bernanos se había puesto en camino para apoyarlo, pero fue abandonado por todos los suyos, lo que le obligó a alcanzar una altura para tratar de reunirlos, y los quinientos hombres desembarcaron sin obstáculo. El 18 dos navíos ingleses y uno español aparejaron con dos barcas y echaron los garfios buscando un lugar donde hacer un nuevo desembarco y tomar a Bernanos entre dos fuegos; pero el señor de Paty, teniente de la compañía de Niceville, que no tenía más que treinta negros, hizo hasta el 20 un fuego

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tan grande de mosquetería, que aunque los enemigos dispararon doscientos cañonazos se vieron obligados a regresar a San Luis, sin hacer nada. Durante este tiempo los quinientos hombres que habían desembarcado cerca de San Luis, se apoderaron del poblado, luego se esparcieron por las habitaciones vecinas para saquear. Luego se pusieron a los alcances de Bernanos, que había reunido una parte de su gente y había llegado a un riachuelo a media legua de San Luis. Lo encontraron allí y trataron de forzar el paso, pero lo defendió tan bien, que se vieron obligados a retirarse con pérdidas.

Marcha de las tropas de tierra hasta el Puerto de Paz. — Los españoles, que habían venido por tierra de Santo Domingo, y los ingleses, que habían desembarcado en el Cabo, no encontraron la menor resistencia en ese distrito. Luego del abandono del atrincheramiento de lo alto del Cabo, el señor de Graff no apareció ya, ni ningún hombre armado, que hiciera simple ademán de querer detener al enemigo, en un lugar donde a cada paso se le podían poner emboscadas. Así nada le impidió saquear y quemar. El Cabo y todas las habitaciones vecinas fueron reducidas a cenizas; algunos habitantes, que fueron sorprendidos, fueron asesinados; fueron llevados negros en escaso número y varias mujeres, entre ellas la esposa del comandante. La señora de Graff era una francesa, con quien este oficial, que era viudo, se había casado algún tiempo después que hubo dejado el corso, y tenía dos hijos, que fueron sustraídos con su madre. Ella se llamaba Ana Dieu-le-veut y era una de esas heroínas de las que he dicho que la colonia de Santo Domingo producía a los comienzos en bastante buen número. Un día en que ella pretendía haber recibido cierta injuria del señor de Graff, fue a buscarlo pistola en mano para pedirle razón; esta acción le pareció hermosa y juzgando a la amazona digna de él hizo de ella su mujer.

Los enemigos, no viendo ya a este oficial, cuyo solo nombre había servido por largo tiempo de baluarte al Cabo Francés, pensaron en llevar su victoria hasta lo más posible y se pusieron en camino para el Puerto de Paz, a donde ya se había dirigido su flota. Hay dos caminos para ir del Cabo Francés al Puerto de Paz: uno más difícil, pero más corto, con sólo veinte leguas; el otro un tercio más largo, pero más fácil. En el uno y en el otro había cien lugares donde era muy fácil hacer perecer a un ejército de diez mil hombres. Los enemigos se dividieron en dos cuerpos, creyendo les sería más fácil caminar así separadamente. Parece que el grueso de los ingleses caminó a lo largo del mar, que era el camino más breve; y habiendo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

encontrado a su paso el Puerto Margot, lo saquearon. Los españoles tomaron el camino de las tierras, que se llama el camino de Plaisance, a causa de una montaña sumamente escarpada que lleva ese nombre y que se encuentra en ese camino. Los unos y los otros no tuvieron que vencer sino los obstáculos que les ponía la naturaleza; pero fueron mayores de lo que habían previsto y un gran número murió de pura fatiga, sobre todo de ingleses, menos acostumbrados a esta manera de marchas; hasta se pretende que varios perecieron por la malicia de los españoles, que no los podían sufrir.

Mala maniobra del señor de la Boulaye. — Hacía siete días que la flota enemiga había llegado ante San Luis, cuando los españoles, que venían por Plaisance, fueron descubiertos a siete u ocho leguas del Puerto de Paz. La noticia fue llevada inmediatamente al fuerte, donde no se encontró al señor de la Boulaye. El señor de Niceville, Capitán, mandaba allí; deliberó inmediatamente enviar al señor Dantzé, juez del lugar y que hacía el oficio de ayudante-mayor, para ocupar una trinchera que se había hecho en un lugar denominado *los tres ríos,* a tres leguas del fuerte, por donde los enemigos necesariamente debían pasar. El señor de la Boulaye llegó en este momento de su habitación, donde había tenido mucho más cuidado de ponerlo todo en orden que en su fuerte. Este comandante no sabía nada de guerra; se le había metido en la cabeza que los bosques eran las mejores fortificaciones que se podían oponer a los enemigos, y se encerró bien a pesar suyo en su plaza, de donde salió también lo más pronto que pudo. No dejó de aprobar la deliberación hecha por el señor de Niceville y Dantzé partió con 50 ó 60 hombres escogidos. El señor de Paty fue al mismo tiempo destacado con un número parecido de blancos y de negros, para guardar otra trinchera que se encontraba en el camino de los ingleses. Estas órdenes se dieron el 20.

El martes 21 antes del día la flota enemiga desembarcó un cuerpo de tropas sin ninguna resistencia; esas fuerzas marcharon inmediatamente por tierra, con las chalupas siguiendo la costa, para forzar el atrincheramiento que guardaba el señor de Paty; pero habiéndoles hecho retroceder el cañón del fuerte, se contentaron con hacer algunos daños, luego acamparon a gran distancia de tiro de cañón de la trinchera. Desde que el señor de la Boulaye lo supo, envió a llamar al señor Dantzé, y una resolución tan extraña fue tomada y ejecutada sin haber sido comunicada a nadie. Paty por su parte se mostraba firme siempre; destacó a cuatro valientes para ir a atacar la vanguardia de los enemigos, que constaba de veinte hombres y

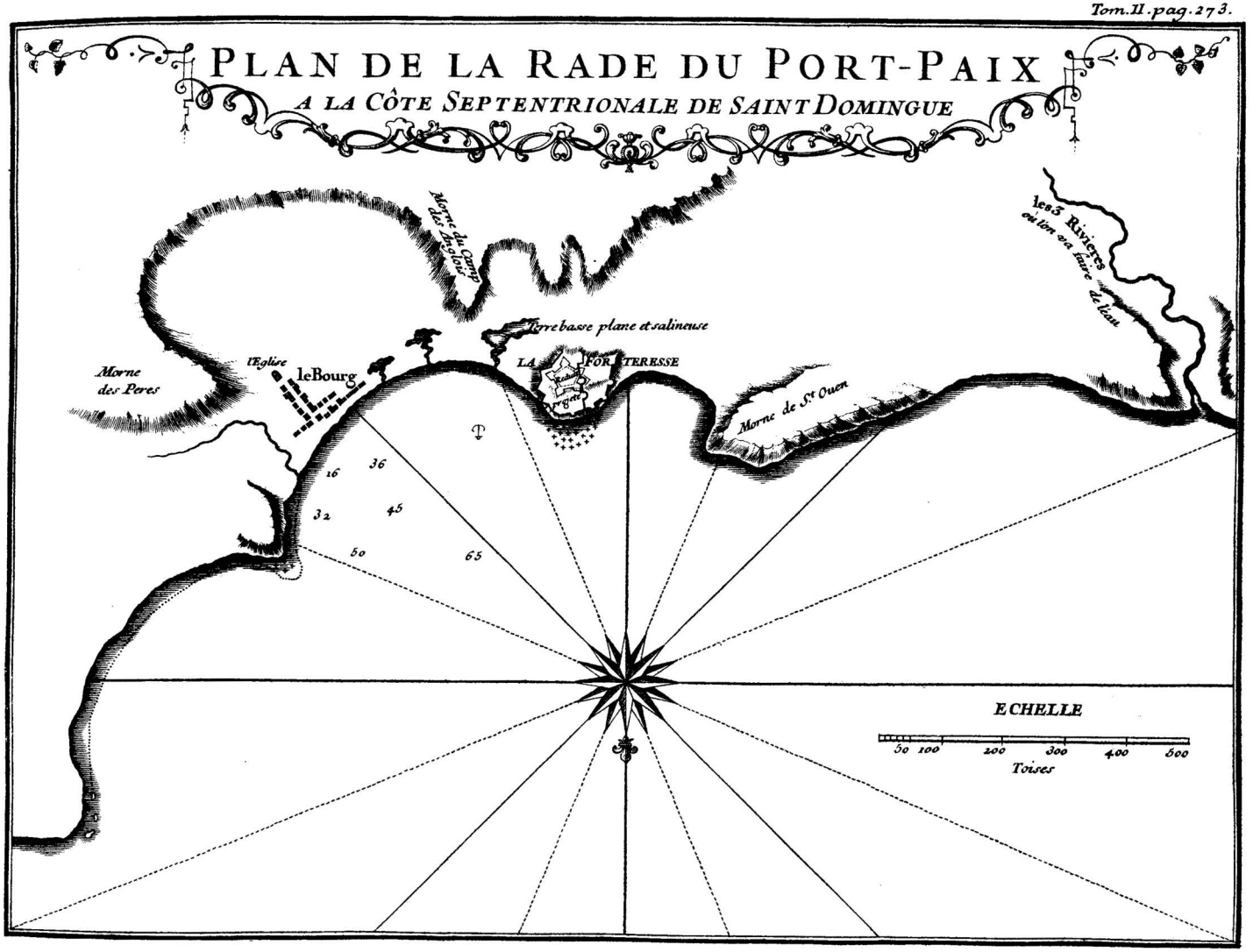
Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

fue forzada. Habiendo venido luego el mayor Bernanos a unirse con lo que había podido juntar de su gente, ambos oficiales se prometían ciertamente impedir la unión de los ingleses y de los españoles, cuando el jueves 24 fueron llamados también por el señor de la Boulaye. Una conducta tan incomprensible era un mal pronóstico para la defensa de la plaza; por eso las tres cuartas partes de los habitantes, que se habían encerrado en ella, salieron inmediatamente. La unión de los enemigos se hizo al día siguiente; los españoles, inmediatamente luego de la retirada de Dantzé, pasaron la trinchera, que nunca hubieran forzado, porque el río estaba desbordado y sin tener víveres desde hacía cinco días se hubieran visto obligados a volver atrás; pero el mismo espíritu de vértigo que había hecho abandonar al señor de Graff el Cabo, las baterías y los atrincheramientos, había pasado al señor de la Boulaye; y si estos dos comandantes se hubieran conjurado para entregar a los enemigos los puestos que les habían sido confiados, no hubieran podido actuar de manera distinta a como lo hicieron.

Los enemigos llegan ante el Puerto de Paz. — El 22 la flota enemiga vino a anclar en el *Cayo Vinagre,* a dos leguas del fuerte y habiendo intentado un desembarco en un paraje llamado el *Anse des Peres,* donde había una trinchera, fueron rechazados. Dantzé había sido destacado de nuevo con cien hombres, para guardar este puesto, que era muy importante; pero la noche siguiente, habiéndolo abandonado casi toda su gente, se vio obligado a retirarse del fuerte y los enemigos se apoderaron de él. El 25 el caballero del Lion recibió orden de quemar la población, lo que hizo. Y el 26, a las diez de la mañana, dos tambores de las dos naciones aliadas vinieron a intimar al comandante que les entregara su fuerte, y que de lo contrario lo iban a rodear de baterías y que si se dejaba tomar por la fuerza no habría cuartel para nadie. El contestó, como convenía, y se volvieron. Por la tarde un carpintero inglés vino a rendirse y dijo que los aliados estaban resueltos a quedarse allí seis meses antes que fallar en su empresa; con todo parece mucho que hubieran fracasado de tener en contra de ellos a un hombre de experiencia y resolución. En otro lugar hice la descripción de esta plaza; 500 hombres estaban encerrados en ella, nada les faltaba para una defensa vigorosa, pero la autoridad del rey estaba en manos demasiado débiles y demasiado poco hábiles para hacerla valer cómo convenía en una ocasión de esta importancia.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Lo que impide al señor Ducasse ir en ayuda del Puerto de Paz. El señor Ducasse recibió todas estas malas nuevas en el Cul-de-Sac, donde se creía diariamente en vísperas de ser él mismo atacado por todas las fuerzas de Jamaica; porque se decía haber llegado de Inglaterra un poderoso refuerzo con ese plan. Quiso con todo salir inmediatamente con veinte hombres para echarse en el Puerto de Paz o tratar quizá de reunir a los habitantes que se habían retirado a los lugares que creían inaccesibles; pero habiendo reunido el Consejo de Guerra para darle parte de esta resolución no hubo nadie que no se opusiera. Se le hizo ver que según todas las apariencias no podría ejecutar ni uno ni otro de esos proyectos; que sería muy fácil a los enemigos cortarle el camino de vuelta y que no podría evitar perecer o ser aprehendido, estando tan poco acompañado; que aun cuando no sucediera tal infortunio, corría al menos peligro de ver atacados todos los distritos al mismo tiempo sin que se encontrara en ninguno. Por fin, que su lugar natural, en la situación presente de las cosas, era Leogane, que podía considerarse como el distrito más considerable de la colonia. El había visto todo esto antes de proponer nada; pero quiso prevenir o detener las murmuraciones de personas poco instruidas y quitar cualquier pretexto a los mal intencionados para acusarlo de haber abandonado el cuidado de una parte de su colonia. Quiso así parecer forzado a hacer lo que sabía mejor que nadie ser el único partido que tomar. Le habían llegado recientemente 200 filibusteros y tenía cerca de mil franceses y cien negros, que prometían batirse bien; todos los puestos estaban bien atrincherados; el señor Dumas, oficial de mérito y de gran experiencia, había muerto dos años antes y no quedaba ya oficial mayor en esos distritos sino los señores Deslandes y de Beauregard; el señor Ducasse envió al primero al río Pequeño y al segundo a Goave menor; dividió entre ambos casi todas las fuerzas que tenía y él quedó entre los dos, con un destacamento de cien caballeros.

Asedio del Puerto de Paz. — Sin embargo, los enemigos no encontraron en el Puerto de Paz ningún obstáculo para acercarse y se apoderaron de todas las alturas que dominaban el fuerte; el 29 colocaron una batería de tres piezas de ocho sobre la punta de las piedras. El 3 de julio, otra de tres piezas de seis sobre el Morro de San Bernardo; el 5 una de seis piezas de ocho y de doce sobre el Morro de Saint Ouen, doscientos pasos más cerca del fuerte que el primero; el 6, una de tres piezas de 18 y de 24 sobre la punta del mismo Morro, más cercano todavía en 300 pasos. El 8 pusieron tres morteros

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de granadas; y el 9 hicieron servir tres morteros de bombas, que habían colocado en una hondura detrás del pueblo. Como cortaban sin cesar madera para estas baterías y se les oía bastante distintamente desde el fuerte para saber en qué lugar trabajaban, se disparó al principio por encima; pero el señor de la Boulaye hizo cesar pronto ese fuego, diciendo que había que ahorrar pólvora que sería más útil en otra parte. Los enemigos por su parte no la ahorraban tanto, y desde el momento en que su batería primera estuvo en situación no dejaron en nada de disparar; sin embargo, al cabo de quince o dieciséis días, no habían hecho todavía una sola brecha por donde pudieran subir al asalto. En verdad habían arruinado una obra, en la que se habían empeñado particularmente, pero se la reparaba todas las noches con madera y con tierra.

Desde el 30 de junio, la flota había pasado delante del fuerte y había ido a anclar más arriba del río Salado, a donde ya había enviado a sondear el anclaje a sus chalupas. Algunos dijeron que los buques nunca se habían atrevido a entrar en el puerto y que habiéndose acercado una sola vez para cañonear la plaza, muy pronto se habían visto obligados a alejarse muy dañados por el cañón de los sitiados. Las mismas memorias añaden que nuestra artillería no jugó más que en esta ocasión y dan dos razones, que me parecen igualmente falsas. La primera, que faltaba la pólvora; la segunda, que hubiera sido inútil disparar, ya que el campo de los enemigos estaba a cubierto de esos mismos morros, en que estaban levantadas sus baterías. En efecto, veremos después, que la plaza estaba muy bien provista de pólvora y si el cañón no podía nada contra el campo, podía desmontar las baterías o al menos hacer disminuir mucho su fuego. Pero lo que parece cierto es que no se hizo ninguna salida contra los sitiadores, quienes se aprovecharon de esta tranquilidad en que se les dejaba, para enviar partidas que desolaron el país. Los españoles sobre todo, más acostumbrados a esta manera de hacer la guerra, penetraban en los retiros más ocultos y casi nunca volvían sin traer prisioneros o esclavos.

Mala inteligencia entre los sitiadores. — No sé tampoco qué crédito dar a una circunstancia referida en el mismo lugar que acabo de indicar y de la que no dicen nada las relaciones de los oficiales que he visto. A saber, que después de varios días de fuego continuo, los comandantes de las dos naciones confederadas, no dudando nada de que el fuerte estuviera sumamente dañado, enviaron independientemente y hasta sin saber los unos de los otros, cada uno un heraldo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

al señor de la Boulaye para hacerle propuestas ventajosas, si quería rendir su plaza; que la respuesta del teniente real fue que para evitar el celo que podía nacer entre los dos monarcas, estaba resuelto a guardar su fuerte para el rey de Francia, al que pertenecía; que esta resolución afectó a los sitiadores, que no osaban intentar un asalto, y a quienes los calores, que eran excesivos, llevaban cada día un gran número de gente; que por fin la mala inteligencia se hizo extrema entre ambas naciones, que los españoles trataron primero a los ingleses con mucha altanería y les hicieron mil afrentas y mil ultrajes; que éstos, luego de haber soportado estas maneras altivas con una especie de insensibilidad que no les es ordinaria, perdieron por fin la paciencia y buscaron una ocasión de vengarse; que hasta se vio un día el momento en que iban a venirse a las manos y que estaban ya alineados en batalla, cuando los más prudentes de los dos partidos abrieron los ojos sobre las consecuencias de un altercado que iba a entregarlos a todos a su enemigo común; pero que tuvieron bastante trabajo en llegar a suspender por algún tiempo los efectos de la animosidad mutua de las dos naciones; que a pesar de sus cuidados esta antipatía natural e invencible siguió manifestándose de modo sensible y fue la salvación de la colonia; que los ingleses miraban a los españoles como a cobardes, a quienes siempre habían derrotado en las Indias; que éstos no cedían nada de aquella altivez que les sigue a todas partes; que la diversidad de religión se unía a la poca estima que se tenían los unos de los otros y acababa por hacerlos irreconciliables; que los ingleses no podían sufrir la hipocresía de los españoles y echaban todo su odio en lo que ellos llaman al Papismo y que los españoles se hacían un mérito y un deber religioso del odio contra gentes a quienes no llamaban sino perros herejes.

División en el fuerte. — Sea lo que fuere de estas enemistades, con las que el señor Ducasse siempre había contado, y quizás algo más de la cuenta, ellas no salvaron al Puerto de Paz, donde la buena inteligencia reinaba todavía menos que en el campo enemigo. Desde el 8 de julio todos los habitantes, en número de 150, poco acostumbrados a verse encerrados en un fuerte y a soportar allí el fuego continuo de las bombas y de los cañones, presentaron al señor de la Boulaye una petición firmada por todos, salvo por sus oficiales, para obtener el permiso de retirarse; y añadían que si se les negaba, saldrían por la noche sin decir nada. Se sabía bastante lo que sobre esto pensaba el comandante y él se había explicado más de una vez:

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

no temía en nada decir públicamente que estaba en el interés de la colonia abandonar los fuertes y las trincheras y dejar a cada cual la libertad de mirar por su seguridad. Tampoco se había mezclado en nada; hemos visto que los enemigos eran dueños de San Luis y a una jornada de su fuerte, cuando todavía estaba en su habitación; y sin el señor de Paty, que se había encargado de todo, nada hubiera estado listo cuando la plaza fue atacada; desde el mismo momento en que hubo entrado, nadie se apercibió de su presencia sino por las órdenes que dio a contratiempo, y todo hubiera estado en la suma confusión si los señores de Bernanos y de Niceville no hubieran tomado en sus manos el mando.

Los habitantes quieren salir del fuerte y los soldados quieren capitular. — Se estaba sumamente persuadido de que estos dos oficiales no sufrirían nunca que se abandonara el fuerte y el señor de Niceville se había declarado sobre esto de una manera muy fuerte; sin embargo la Boulaye dio a los habitantes una respuesta que no dejó lugar ninguno a dudar de la disposición en que estaba, de conceder lo que deseaban; pero como no hablaba claro, ellos le contestaron que querían salir y que saldrían aquella misma noche. Ante esta declaración, el comandante hizo poner bajo las armas a todos los que estaban con otros sentimientos, a fin de favorecer el retiro de éstos; pero cambiaron improvistamente de resolución. El once volvieron a tomarla con tanta brusquedad como la habían dejado y los soldados por su parte pidieron capitular, amenazando con hacerlo sin la participación de sus oficiales, como lo había hecho la guarnición de San Cristóbal. A esto el comandante no dijo una palabra y este silencio aumentó mucho la insolencia de los unos y los otros. No pasó lo mismo con el señor de Niceville: habló muy alto, pero no consiguió nada y hasta se pretende que algunos se habían resuelto a apuñalarlo al día siguiente; pero un cañonazo que le arrancó la pierna ese mismo día y del que murió al cabo de 28 horas les ahorró ese crimen. El '13 algunos habitantes fueron muertos; y todos los demás con los oficiales a su cabeza volvieron a empezar a quejarse de que se les quería hacer perecer en un fuerte dominado por todas partes; que no descansaban ni de día ni de noche y que mientras se les retenía detrás de las murallas sin hacer nada, el enemigo se llevaba a sus mujeres y sus hijos; en una palabra, que desertarían todos a una, si se obstinaban en retenerlos por la fuerza. Es verdad que no se vio nunca una confusión tan grande, a que la falta de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mando en un jefe expone a tropas que se han dado cuenta de su incapacidad.

Se resuelve abandonar el fuerte. — Ante este rumor, el 14 se reunió el Consejo, donde se deliberó a una voz que como nadie, ni entre los habitantes ni entre los soldados escuchaba ya al comandante, había que salir aquella misma noche con las armas en la mano, clavar el cañón y tomar medidas para hacer saltar el almacén donde estaban la pólvora y los víveres, y al fuerte mismo poco tiempo después de haber salido. Tras esta deliberación, todo fue sometido al saqueo y el señor de la Boulaye hizo correr las bebidas. A cualquier otro que ese comandante esa resolución hubiera costado mucho si se hubiera visto obligado a ella, porque no tenía aún sino siete hombres muertos y once heridos. Le quedaban todavía 530, incluso 150 negros armados; ocho millares de pólvora, balas más que en proporción y víveres para tres semanas; pero tenía prisa por volver a su casa y se acostó en ella efectivamente dos días después. Sin embargo, el señor de Paty hizo reunir la compañía de Niceville, que mandaba; y el caballero del Lion la de Girardin; y como estos dos oficiales, de concierto con el mayor Bernanos, habían resuelto atacar las baterías de los enemigos, a fin de sitiar a su vez a todos los que entraran en el fuerte, se pusieron en disposición de distribuir víveres y municiones a sus soldados. Pero éstos se negaron a tomarlos, y dijeron que no querían salir, sino capitular. Paty, indignado por esta rebeldía y viendo a su sargento a la cabeza de los amotinados, le voló inmediatamente el cerebro con su pistola; del Lion rompió la cabeza a golpes de sable a uno de sus soldados, que le había hablado también insolentemente. Y como su sargento se llevó la guardia y se embarcó en una lancha para pasar a la Tortuga, hizo disparar contra él y el sargento fue muerto; los otros volvieron, pero hubo uno que habiéndose ocultado al borde del mar, fue a entregarse a los enemigos, a quienes dijo todo lo que sucedía en el fuerte.

Retiro de los franceses. — Los aliados no dejaron de aprovecharse de tal información. Como estaban instruidos del camino que debían tomar los sitiados, enviaron inmediatamente a poner emboscadas y trincheras en los lugares más apropiados. Mil quinientos hombres fueron destinados para esta operación y para no desguarnecer el campamento se los sustituyó con todas las tropas que habían quedado en los buques. Todo esto se hizo con suma diligencia y sin que se dieran cuenta de nada en la plaza, donde se ignoraba la

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

deserción del soldado y no se cambió nada de lo que había sido resuelto; si no fue que el señor de la Boulaye, que había renunciado al plan de hacer volar el fuerte, porque quería dejar en él a los heridos, había ordenado que se mojara la pólvora. Hacia las ocho de la noche comenzó a hacer salir, sin dar la palabra y sin señalar el lugar de reunión, ni el camino que se debía llevar; y una hora después de la medianoche, estando fuera todo el mundo, se puso a la cabeza y comenzó la marcha sin orden ni regla. Los enemigos pusieron lanzabombas en el lugar por donde se salía, pero no hirieron más que a un soldado. Apenas se habían avanzado algunos pasos, cuando se oyó a los enemigos, que trabajaban en una trinchera; inmediatamente se pusieron en orden de batalla. La Boulaye, Bernanos y Girardin tomaron la cabeza con la compañía de este último. Cien negras, cargadas con el equipaje, seguían después; de Paty, del Lion y Dantzé, con la compañía de Niceville, se pusieron a la retaguardia, y 25 negros minas fueron destacados para servir de vanguardia. Al cabo de 300 pasos la cabeza recibió el fuego de los ingleses, a favor del cual se vieron brillar las lanzas de los españoles. Se levantaron al mismo tiempo voces, gritando: *Volvamos, tomemos la escarpa del fuerte!* En vano los oficiales representaron que la pólvora estaba mojada y el cañón clavado; iban a hacerse matar; varios no dejaron de regresar al fuerte. Los señores de la Boulaye y Girardin desaparecieron entonces; y desde el día siguiente, el primero, que había tirado sus armas y enfilado un caminillo en el rincón de un bosque que llevaba a la montaña, estaba en su habitación con todos sus negros. Bernanos, quedado solo a la cabeza, iba por todas partes para alentar a todos, gritando con todas sus fuerzas: *¡Son canallas, los atravesaremos por el vientre sin trabajo!*

El mayor Bernanos es muerto. — Viendo luego a los oficiales de la retaguardia sumamente resueltos a continuar la marcha y habiendo convenido con ellos en un lugar donde reunirse, volvió a la cabeza donde hizo acciones de héroe; los negros minas se batieron también como valientes y la trinchera fue forzada sin muchas pérdidas. Poco tiempo después se encontró de improviso rodeado de lanceros y de mosqueteros; pero los primeros se amontonaron y no se pudieron servir de sus lanzas, o mejor no se atrevieron a hacerlo para no herirse los unos a los otros en la oscuridad y se tomaron por el cuello con los franceses; solamente las negras, reconocidas por la voz, fueron varias de ellas atravesadas por las lanzas. No se

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tardó más que un cuarto de hora en librarse de esta emboscada; pero hubo una pérdida irreparable. Los oficiales de la retaguardia, viendo que la vanguardia no avanzaba, pasaron adelante y encontraron al señor de Bernanos atravesado por tres lanzas; desde que los vio, le dio la mano al señor de Paty, diciéndole: *Soy muerto* y expiró al instante. Era el hombre más valiente que había entonces en la colonia y él solo hubiera conservado para el rey el Cabo y el Puerto de Paz, si hubiera mandado como jefe.

Hermosa retirada de los franceses. — Entonces los señores de Paty, del Lion y Dantzé tomaron alternativamente la vanguardia y se volvieron a poner en camino en excelente orden. Todos estaban armados de buenos fusiles, cada uno con su provisión de cuarenta tiros y la mayoría tenía también dos pistolas y una bayoneta. Caminaban de cuatro en fondo, presentando las armas a la derecha y a la izquierda y haciendo un fuego continuo. Pasaron así una tercera emboscada y llegaron a la orilla de un río, donde debía ser el mayor esfuerzo de los enemigos, que estaban ocultos al otro lado en unas cañas, en número de 700, parte lanceros y parte mosqueteros. Parece que se descubrieron demasiado pronto, ya que los franceses, para evitar este paso, desfilaron a lo largo de la playa; tenían por guía a un llamado Archambault, que les mostró un poco más adelante un vado donde el agua solamente llegaba a la cintura. La vanguardia pasó primero a favor de un gran fuego que hizo la retaguardia; luego ella cubrió a su vez el paso, que se hizo sin muchas pérdidas: este lugar ha conservado el nombre de *Paso de Archambault*. Este guía llevó luego a las tropas a la cima de una montaña, llamada la *Cresta de las Palomas,* donde se encontraba el punto de cita dado al salir de la primera emboscada: llegaron allí antes de la aurora y un momento después los oficiales, al oír escaramuzar en la orilla del río, creyeron que eran los señores de la Boulaye y Girardin; pero eran las negras, que gritaban con toda su fuerza: *¡Lanceros, lanceros!*.

Entonces todos se echaron a correr; los heridos, contra lo que se pensaba, encontraron fuerzas para salvarse y huyeron seguidos del cirujano. El señor Dantzé, que él mismo estaba herido, se retiró como los demás; pero Paty y del Lion reunieron unos 50 hombres, parte franceses y parte negros, marcharon al lugar de donde venía el ruido y cazaron a los enemigos, que perdieron con todo no más que ocho hombres, mientras que los nuestros tuvieron doce muertos y tres heridos, entre ellos el valiente de Paty. Lo que hizo ser tan

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

fácil presa de los enemigos fue el equipaje, que habían quitado a las negras y que no querían perder. Luego que se hubieron retirado el caballero del Lion hizo trasladar al señor de Paty al puesto de la Cresta de las Palomas; este oficial tenía un disparo de fusil a través del cuerpo y echaba sangre por la boca. Del Lion desgarró su camisa y lo vendó lo mejor que pudo, lùego, a petición suya le hizo llevar a un pequeño morro cerca del campamento de los españoles, que se había descubierto con el día, y dejó a un hombre con él: el enfermo mandó inmediatamente a este hombre con un recado para el general español, para rogarle que lo hiciera prender; el general hizo partir inmediatamente a su mayor, y se supo después por los prisioneros que se le había atendido con gran cuidado. No permaneció sin embargo con los españoles y estuvo seis meses prisionero en Jamaica. Del Lion por su parte se encontró casi solo y muy en aprietos; vagó por mucho tiempo sin saber a dónde ir. Por fin el primero de agosto llegó a Leogane en una lancha que había hallado en la costa; durante todo ese tiempo no vivió más que de raíces y solamente lo acompañaban cuatro soldados y cuatro negros. Murió poco después habiendo sido hecho capitán en lugar del señor Girardin, a quien sus incomodidades habían obligado a volver a Francia; y fue una verdadera pérdida para la colonia.

Los ingleses se adueñan del fuerte. — Tal fue el resultado de esta salida, que por vergonzosa que hubiera sido en sí misma y en sus causas, no dejó de tener buenos efectos. Porque en primer lugar, si el castillo hubiera sido forzado, los franceses y los negros, que hubieran tocado en suerte a los españoles, hubieran sido infaliblemente perdidos para la colonia; mientras que su huida se los conservó casi todos. En segundo lugar, hizo perder mucha gente a los enemigos; y por último dio lugar a la más hermosa retirada que fue posible hacer. 200 franceses, porque no quedaban más después de la primera emboscada, pasaron por encima de 1.500 hombres atrincherados detrás de ríos que habían que pasar necesariamente, y esto sin perder más que veinte habitantes o soldados. Para volver a los que habían regresado al fuerte, fueron bien pronto hechos prisioneros de los ingleses. Estos, en el momento en que se había advertido en el campamento enemigo el plan de la guarnición, habían concertado entre sí de hacerse dueños del fuerte y excluir de él a los españoles. Para ocultar mejor su juego, se pusieron de concierto con éstos para caer sobre los franceses, pero después de la primera descarga, a la señal de un cañonazo disparado

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

desde una de las baterías, marcharon apresuradamente hacia el fuerte, del que se apoderaron sin resistencia. Entonces se quitaron la máscara y al presentarse los españoles para entrar en la plaza, se negaron a abrirles las puertas; ya no había ninguna apariencia, después de un golpe tan claro, de que las dos naciones pudieran obrar de concierto y pensar en nuevas conquistas. No dejaron sin embargo de entenderse bastante para hacer daño en todos los distritos a la redonda, donde no dejaron absolutamente nada. Tampoco hubo dificultad en el reparto de los prisioneros: los hombres fueron entregados a los ingleses, los españoles se contentaron con las mujeres y los niños: enviaron una parte a la Habana y de allí a Santo Domingo. La señora de Graff fue de este último grupo con sus hijos y honró el triunfo de los vencedores en esa capital, donde su marido había sido temido por tanto tiempo. Quedó allí varios años, a pesar del tratado que se hizo en la paz, para entregar todos los prisioneros que se retenían de una parte y de otra; y no fue sino después de instancias reiteradas de la corte de Francia que fue devuelta a su marido.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Causas del retiro de los enemigos. — El 7 de julio los aliados se separaron para volver cada cual a su casa. Hubo sorpresa por ello, por no estarse bastante enterado de sus querellas y no se les creía gente que continuaran en tan buen camino; pero se supo después que dos razones les habían impedido volver sus armas victoriosas contra Leogane y los puestos vecinos. La primera, que todos los prisioneros les habían asegurado que se esperaba una escuadra fuerte, mandada por el señor d'Amblimont; la segunda, que creían que los filibusteros habían regresado, que el señor Ducasse estaba bien atrincherado y en situación de poner a tres mil hombres en armas. Les quedaban a ellos mismos apenas 3.500, de los que 1.500 eran ingleses, sumamente fatigados, por la razón de que estaban menos acostumbrados a las intemperies del país y a las fatigas de las marchas, que los españoles, y muy disgustados por las maneras y la altivez de sus aliados, que por su parte ya no los podían sufrir; de suerte que si hubiera habido solamente un cuerpo de mil o mil doscientos hombres que oponerles en los distritos del norte, se hubiera podido con facilidad tomar la revancha inmediata del mal que acababan de hacer a la colonia.

Sin embargo, solamente el 20 de agosto se supo en el Cul-de-Sac lo que le había sucedido al señor de la Boulaye y pasó todavía más tiempo sin tenerse noticias del señor de Paty. El señor Ducas-

se, en una carta que escribió al ministro para darle cuenta de todo lo sucedido en aquella infortunada campaña, y que está fechada el 30 del mismo mes, hace un gran elogio de ese oficial y protesta que lo rescataría gustosamente con tres años de sus trabajos y aun a costa de toda su sangre; dice que había luchado como un héroe y que se debía a sus cuidados el buen estado en que se había encontrado el fuerte cuando los enemigos lo sitiaron. No es fácil decir a quien honran más estos sentimientos, si al señor Ducasse o al señor de Paty.

El señor Ducasse propone el asedio de Santo Domingo. — De todas maneras, parecía que la colonia francesa de Santo Domingo, después de la ruda sacudida que acababa de recibir, debía estar por mucho el mantenerse bien a la defensiva. Pero en el fondo tantos esfuerzos redoblados no habían hecho más que quemar chozas y dos poblados, cuyas casas no valían más, matar algún ganado y aves y llevarse seiscientos esclavos de ambos sexos. La pérdida de los franceses no llegaba a 200 personas presas o muertas; de manera que esta irrupción podía mirarse como una de esas tempestades que estallan con gran ruido en lo alto de las montañas, forman allí torrentes que al precipitarse con gran ímpetu y gran estruendo dejan sin embargo las cosas más o menos como estaban antes. Así se ve en la misma carta que acabo de citar, que el señor Ducasse propone el asedio de Santo Domingo, con la conquista de todo lo que los españoles poseían aún en la isla, y tenerse tan seguro del buen resultado como hubiera podido hacerlo cuando llevó a sus tropas victoriosas y cargadas de despojos de Jamaica. Por otro lado, nunca pareció más necesaria esta empresa.

> "Lo que hace la fuerza de los españoles, decía el gobernador de Santo Domingo, son nuestros negros fugitivos; quienes ejercitados entre nosotros en el manejo de las armas y sabiendo todas las vueltas de la isla, huyen a ellos al menor descontento. Se ha visto hasta 400 en el campamento delante del Puerto de Paz; y no hay otro remedio a tan gran mal que tomar a Santo Domingo, que no es intomable. Pido al rey sólo diez barcos; los habitantes expondrán con mucho gusto su vida y darán la mitad de sus bienes para esta expedición."

Pero mientras el señor Ducasse se ocupaba así del proyecto de una conquista, que no le parecía quizá tan fácil sino porque la

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

juzgaba necesaria, se pensaba en Jamaica en hacer un nuevo armamento contra él. Se había murmurado mucho en esa isla que el comandante de las tropas inglesas, que estaban en la flota, no había dejado a los españoles atacar los distritos del norte y no hubiera ido derechamente a Leogane, donde se le proponía unírsele con 1.200 hombres. Se quería reparar esta falta o al menos se aparentaba esto, pero el señor Ducasse hizo bastante poco caso de los informes que le dieron. Efectivamente los ingleses no aparecieron y nada impidió a este gobernador ejecutar nuevas órdenes de la corte que recibió poco después. Ante las primeras noticias que se tuvieron en Francia del plan de los españoles y de los ingleses contra la colonia de Santo Domingo, el rey había hecho armar navíos para llevar el socorro que necesitaba; pero ese convoy estaba todavía en nuestros puertos cuando se supo que llegaría demasiado tarde. El caballero des Augiers, que los mandaba, no dejó de partir para ejecutar los últimos artículos de sus instrucciones, que se refería al transporte de la colonia de Santa Cruz a Santo Domingo y el señor Ducasse fue informado al mismo tiempo que dispusiera todo para recibirla.

La colonia de Santa Cruz trasladada a Santo Domingo. — Si esta colonia se hubiera encontrado en disposición de subsistir por sí misma en el lugar de su destino, nada podía venir más a propósito para repoblar todos los distritos del Cabo y del Puerto de Paz; pero nada era más miserable y una colonia arruinada no estaba en modo alguno en estado de acoger a otra que carecía de todo. Sin embargo, las órdenes del rey eran precisas y este príncipe no había dejado a los gobernadores de una y otra isla más que deliberar sobre los modos de cumplirlas. La primera cosa que hizo el de Santo Domingo fue enviar al señor de Graff orden de tener cuidado de que todos los habitantes del Cabo hicieran la mayor provisión que pudieran de víveres. Tomó luego medidas para distribuir a estos nuevos colonos en los distritos, donde había habitaciones vacías y todas esas medidas se encontraron sumamente justas.

Descripción de la isla de Santa Cruz y las diferentes revoluciones que padeció. — Santa Cruz es una de las Antillas menores y la más cercana a Puerto Rico; tiene cerca de 18 leguas de largo por tres o cuatro de ancho; su terreno es bastante compacto y enteramente habitable, lo que no es común a las otras islas. Es también muy renombrada por la bondad de sus bosques, aptos para el teñido y la carpintería; pero el aire es malísimo y las aguas malsanas;

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

por eso los habitantes no gozaban casi nunca de una perfecta salud, y las fiebres, sobre todo, eran sumamente frecuentes. Los primeros conquistadores de esta isla fueron los ingleses y los holandeses, que la dividieron entre sí; se enemistaron muy pronto y los holandeses se vieron obligados a ceder el lugar. Los ingleses fueron echados a su vez por los españoles, que no supieron mantenerse mejor en ella. El señor de Caugalan, que fue enviado en 1650 por el caballero de Poincy, gobernador general de las islas francesas, la conquistó contra ellos. Desde entonces los franceses habían permanecido sus dueños, a pesar de los esfuerzos hechos por sus enemigos en varias ocasiones para echarlos. Santa Cruz había cambiado dos veces de gobernador en el curso de este año. Al señor de la Saulaye, que había muerto el año anterior, había sucedido el señor Lauriere, cuyas provisiones son del primero de enero de 1695 y el 21 de agosto siguiente fueron firmadas las de su sucesor. Este era el conde du Boissy Raymé, teniente de navío, quien no había llegado aún a su gobierno, cuando allí se recibieron las órdenes del rey, de que he hablado; y fue el señor Donon de Galifet, su teniente real, a quienes iban dirigidas y quien las ejecutó.

(*Este gobernador firmaba de Boissy Raymé; pero en todas las memorias donde se habla de él se le llama Boissy Ramé.*) — Se mandaba asimismo a este oficial que pasara a la isla de Santo Domingo para ayudar allí al señor Ducasse en las funciones en que este gobernador tuviera a bien emplearlo. Pero parece que se le conservó el título de teniente real. Cuanto a la proposición que había hecho y de la que hablamos arriba, de reunir en el Cabo Francés a todos los habitantes de la parte septentrional, el ministro le contestó en esa misma carta que le parecía buena, y que mandaba al señor Ducasse ajustarse a ella, si por la situación de los lugares, que conocía mejor que nadie, la juzgaba útil. El señor Ducasse fue en efecto del mismo parecer que el señor de Galiffet. Los habitantes nuevos y antiguos del Puerto de Paz fueron, a pesar de la suma repugnancia de algunos, trasladados el año siguiente a la llanura del Cabo Francés y pasó mucho tiempo antes que se permitiera a nadie establecerse en el primero de estos puestos. Pero como había un puerto muy acomodado para servir de retiro a los piratas sobre todo a causa de la vecindad de la isla de la Tortuga, se puso allí un comandante con una guarnición capaz de oponerse a ese desorden; y ese comandante lo fue el señor Dantzé, que había sido hecho ma-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

yor en lugar del señor de Bernanos muerto en la retirada del Puerto de Paz.

Para volver a la isla de Santa Cruz, el rey tenía tan a pechos que no volviera a reestablecerse nunca, que en las instrucciones del caballero des Augiers se le ordenaba que la degradara enteramente, que hiciera quemar las habitaciones y las casas, que dañara el abra y si algunos de los habitantes rehusaban embarcarse, obligarles a hacerlo. Esta colonia se componía de 147 hombres, de mujeres y niños en proporción y de 623 negros. Como llevaron poquísimas cosas consigo y pasaban por distritos arruinados por la guerra, tuvieron al principio mucho que sufrir; es verdad que su dedicación al trabajo les sacó bien pronto de miseria, pero apenas comenzaban a respirar cuando cien de ellos, que habían sido enviados al Puerto de Paz fueron de nuevo obligados a dejar los campos cuando casi no habían tenido tiempo para recoger el fruto de sus labores; y a trasladarse a la llanura del Cabo Francés, a la que esta reunión hizo en poco tiempo muy floreciente. El conde de Boissy Raymé, que llegó al Cabo poco después de que su isla fuera evacuada, fue allí recibido en calidad de gobernador de Santa Cruz y de comandante por el rey para en la parte septentrional de Santo Domingo, que sus sucesores siempre han conservado, con el derecho de mandar en jefe durante la ausencia del gobernador de la Tortuga y de la costa de Santo Domingo; pero ese derecho no fue establecido al principio, y los primeros no disfrutaron de él sino en virtud de una comisión particular. La del conde du Boissy es del 18 de septiembre de 1695.

Proceso formado a los señores de Graff y de la Boulaye. — El señor de Graff era siempre teniente real en el Cabo Francés y la Boulaye en el Puerto de Paz; pero el señor Ducasse no dejaba de escribir a la corte que era sumamente oportuno que se instruyera el proceso de ellos y que se diera un ejemplo del uno y del otro. Hasta añadía que se sospechaba muchísimo que de Graff se había entendido con los enemigos del estado; pero después de haber aportado las pruebas que se le habían dado y que parecían bastante fuertes, añade que en su consideración no había en su hecho otra cosa que cobardía. Efectivamente el temor de caer en manos de los españoles era capaz de hacer perder la cabeza a aquel hombre, que por otra parte no era reconocible, desde que había dejado el corso, y a quien el señor Ducasse había mirado siempre como un sujeto mediocre en el servicio de tierra. Los españoles por su parte no omitieron nada

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

para volver a ganarlo, hasta ofrecerle una patente de vicealmirante; pero él no se fiaba bastante de ellos para aceptar tan magníficos ofrecimientos. Por el contrario los ingleses, a quienes nunca había hecho mucho daño, si no es en la última expedición a Jamaica, lo despreciaban en extremo después de las lastimosas maniobras que acababan de verle hacer; y algunos han pretendido que habiendo hecho hacer proposiciones al gobernador de Jamaica que tendían a asegurarse una retirada y un empleo en esa isla, no tuvo otra respuesta sino que después de haber traicionado a tres naciones le costaría poco traicionar también a una cuarta. Después de todo, estos rumores bien podían no tener otro fundamento que el odio de sus enemigos y su mala dirección durante su última campaña, como parece que el señor Ducasse lo creyó; tanto más cuanto que su mujer, escribiéndole desde la prisión, que se le había dicho que no saldría de ella, mientras él estuviera entre los franceses, llevó él la carta al gobernador. Los españoles en efecto lo temieron hasta su muerte, o al menos se estaba bien persuadido de que no le perdonarían nunca el mal que les había hecho; de suerte que al principio de la última guerra, el marqués de Coetlogon, después mariscal y vicealmirante de Francia, habiendo entrado en la Habana con una escuadra del rey, que mandaba en el golfo de México, y teniendo a de Graff a bordo, toda la ciudad corrió para ver a aquel famoso Lorencillo, que había sido por tanto tiempo el temor de las Indias Occidentales: pero el marqués creyó que por su seguridad no debía dejarlo bajar a tierra.

Se informa contra los señores de Graff y de la Boulaye. — La conducta del señor de la Boulaye no era más defendible que la del señor de Graff; y la manera como se defendió incriminando al señor Ducasse, quien, decía él, lo había dejado carecer de todo y lo había ya querido hacer perecer en Jamaica al frente de los infantes perdidos, mientras él mismo se mantenía lejos del peligro: esta manera, digo, de defenderse acabó por hacerlo despreciable. Por fin la indignación de toda la colonia contra el uno y el otro llegó a un punto en que el señor Ducasse ordenó al señor de Pontchartrain que si no se hacía justicia no se encontraría un hombre de honor que quisiera servir con ellos, y que no faltaría verdugo para ejecutarlos. El gobernador no fue el único que escribió en este tono y se despachó la orden real para hacer ir a Francia a los dos acusados, con las informaciones en contra de su conducta, de lo que fueron encargados los señores de Beauregard y de Galifet. Las deposiciones se encontraron todavía más fuertes contra la Boulaye que contra de Graff.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Pero no demuestran con seguridad sino lo que ya he dicho de ambos oficiales, a saber, que uno era el hombre menos propio para el puesto que ocupaba y había pensado más en conservar su habitación que su fuerte; y que el otro había perdido, por completo la cabeza. Por eso fueron tratados más como infortunados que como culpables. Ni siquiera parece que hayan ido entonces a Francia y el señor de la Boulaye conservó su empleo sin funciones hasta 1697, en que obtuvo una jubilación absoluta para retirarse.

Cuáles fueron las consecuencias de estas informaciones. — El señor de Graff perdió el suyo, de que fue investido el señor de Galifet; pero fue hecho capitán de fragata ligera. Sirvió poco en tal calidad, que le convenía sin embargo mucho mejor que la de teniente del rey; pero como no hubiera en América un hombre que conociera tan bien como él todas las costas del mar del Norte, ni que entendiera mejor esta navegación, se le hizo embarcar más de una vez en las escuadras que fueron enviadas allí durante la última guerra para el servicio de ambos reyes. Dije que en 1685, había obtenido cartas de naturaleza, para él y para Petronila de Guzmán su primera mujer. Pensó conveniente, no sé por cuál razón, pedir otras nuevas en 1703 y le fueron concedidas. Son del 7 de marzo y dicen que Lorenzo Cornelio Baldran, llamado de Graff, gentilhombre, holandés, natural de Dort, haciendo profesión de la religión católica, se había establecido en la Tortuga, costa de Santo Domingo y allí se había casado con Ana Dieu le veut, originaria de Francia, de la que había tenido una hija por entonces de nueve años. Esta hija debía ser todavía de pecho cuando su madre fue hecha prisionera en Santo Domingo; pero parece, por lo que dijimos en otra parte de la liberación de esta señora, que él tenía entonces otros, aparentemente muertos en el tiempo de que hablo. La hija de que aquí se trata se casó ventajosamente; pero quizás es demasiado tratar de ello en este artículo.

Empresas de una y otra parte sin éxito. — Los ingleses de Jamaica seguían siempre amenazando la costa de Santo Domingo y la corte dio orden al señor Ducasse que se les adelantara, si era posible, pero contestó que no estaba en condiciones de hacerlo. "¿Cómo podría yo atacar a Jamaica? —dice en su carta al señor de Pontchartrain—. No tengo a nadie; si se tratara de salvar mi vida no encontraría 50 filibusteros, el desecho de todos los demás; todos los distritos están en poder de los esclavos; no puedo poner 600 hombres en armas, y Jamaica tiene todavía 1.600, un puerto bien defendido,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

una ciudad y trincheras. Si hubiéramos estado antes, la Armadilla, que estaba en la Habana, no hubiera dejado de aprovecharse de la ocasión... Hay que volver a mi principio y hacerse dueños de toda la isla de Santo Domingo". Por lo demás, la misma corte había contribuido al abandono en que se encontraba entonces el señor Ducasse. El rey había enviado al señor Renau con una escuadra para cruzar por los alrededores de Cuba y esperar los galeonees a su paso; le había dado permiso para levar hombres en Santo Domingo y el señor Ducasse se los había suministrado, con todas las ayudas que dependían de él; pero como la empresa fracasó por una serie de contatiempos, que no podía atender toda la prudencia humana, y sobre todo por las enfermedades que asolaron a esta escuadra, parece seguro que los hombres tomados de Santo Domingo para esta expedición no regresaron todos.

El señor Ducasse con todo había contado por algún tiempo con otro recurso, para ponerse en situación de llevar la guerra a sus vecinos; pero le faltó también. El caballero des Augiers volvió a Francia inmediatamente después de haber desembarcado en el Cabo Francés la colonia de Santa Cruz y se había encargado de proponer a la corte un proyecto de campaña, que había concertado con el gobernador de Santo Domingo; lo hizo, y no sé si fue aprobado por entero o si se le cambió algo; lo cierto es que poquísimo tiempo después de su llegada a Francia recibió del rey las instrucciones siguientes, de las que creo agradará a nuestros lectores no quitar nada.

Armamento del caballero des Augiers, su objeto y el éxito que tuvo. — "La empresa que los españoles y los ingleses hicieron el año pasado contra mis súbditos establecidos en la isla de Santo Domingo y los preparativos que hacen al presente para volver a ello, no me dejan lugar a dudas de que tienen plan de destruir enteramente esta colonia. Para prevenir su propósito, y volver contra ellos mismos los planes que han formado, hago armar en Brest dos de mis barcos, y en Rochefort el Aigle, el Favori, la Badine y el Loire, y os encargo del mando de esta escuadra, guiado por la experiencia que tengo de vuestro valor, de vuestra prudencia y de vuestro celo en mi servicio. Como el secreto y la diligencia son necesarios, quiero que partáis antes de que mis dos barcos estén dispuestos y que os dirijáis a las radas de la Rochela, so pretexto de deteneros allí por los vientos contrarios. He dado mis órdenes para que allí encontréis al llegar los barcos que hago armar en Rochefort, listos a hacerse a la vela, y mi intención es que luego de haber embarcado a bordo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

vuestro al capitán le Ber, hagáis saber al señor de Romegou, que manda estos cuatro barcos, que tenéis orden de escoltarlo más allá de los Cabos. Cuando estéis fuera de la vista de tierra, explicaréis más detalladamente lo que juzguéis a propósito de mis intenciones al señor de Romegou y os dirigiréis primero a la isla de Santa Cruz, para tomar allí agua. Desde ella destacaréis uno de los barcos de vuestra escuadra para enviar a Leogane aviso al señor Ducasse de vuestra llegada y de entregarle las órdenes que os dirijo para él. Os dirigiréis en seguida a Puerto Rico, para esperar allí la Armadilla española y combatirla. Si por las noticias que podréis tener de los prisioneros que hagáis, sabéis que ella ha quedado en la Habana y que no debe venir a Puerto Rico, iréis a la costa de Caracas para apoderaros de todos los buques que encontréis. Pero si sabéis que está en Puerto Rico, os permito esperarla a la salida del puerto o a la entrada del de Santo Domingo y la atacaréis en cualquier lugar donde la encontréis. Esto sería una pérdida considerable para los españoles, que interrumpiría su comercio y pondría en seguridad, al menos por dos o tres años la colonia de Santo Domingo; así que no debéis descuidar nada para llegar a esto. Luego de haber deshecho la Armadilla o dañado la costa de Caracas, os dirigiréis a Santo Domingo y examinaréis con el señor Ducasse si aumentando vuestra escuadra con dos fragatas, que tengo en esa costa y otros navíos franceses que podréis encontrar allí, y embarcando una parte de los habitantes, de los filibusteros y de las tropas regulares que hay en esa isla, si estaríais en situación de ir a llevar a Jamaica el mismo terror y hacer el mismo estrago que los ingleses hicieron el año pasado en Santo Domingo; será necesario en tal caso que el señor Ducasse mande el desembarco. Sé que los enemigos, ante la noticia que han tenido del temor que se difunde en sus colonias, cuando llegasteis el año pasado a Santo Domingo, deben enviar allá seis fragatas. Os podréis informar si esas fuerzas no son superiores a las vuestras. Espero de vuestro valor y de vuestro celo que las buscaréis para combatir; pero tened cuidado de no comprometeros por un celo demasiado ardiente en un asunto demasiado desigual. Cuando se haya hecho la expedición a Jamaica, o haya sido hecha, o en caso contrario, volveréis a enviar a Leogane a tres de los buques armados en Rochefort y ordenaréis al señor de Romegou, que los mandará, que luego de haber desembarcado allí al señor Ducasse, los devuelva a Francia sin pérdida de tiempo, con las presas que habréis hecho. Por vuestra parte, continuaréis vuestro camino con los dos barcos

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

grandes armados en Brest y el que escojáis de los cuatro armados en Rochefort, y os dirigiréis a la costa de Honduras, para llevaros las urcas. Como sabéis las riquezas inmensas de estos barcos, es inútil deciros los cuidados que debéis tomar para no fallarlos. Os permito por último hacer luego todo cuanto creáis más conveniente para mi servicio, hasta que los vientos os permitan desembocar en el canal de Bahama; y como lo pasaréis lo más pronto que podáis, todos los barcos llegados a la Habana desde el comienzo de los vientos del norte y los que el temor de la escuadra del señor Renau habrá detenido allí, saldrán casi al mismo tiempo; por eso, si navegáis con prudencia, sin daros a conocer en la isla de Cuba, os será fácil hacer varias presas considerables."

Nada estaba mejor imaginado que este proyecto, ni nada me parece de una ejecución más fácil; pero sin embargo, ni muy de cerca tuvo todo el éxito prometido. El caballero des Augiers fue primero a la costa de Caracas, y tomó en el puerto de la Guaira un galeón llamado *el Patache de la Margarita,* donde había de 8 a 900.000 libras de cacao de Caracas, 97.000 piastras, algún tabaco de Venezuela, un poco de vainilla y de cochinilla y 40 cañones de hierro colado.

El 12 de enero de 1697 encontró muy de mañana a 12 leguas al viento de Santo Domingo la Armadilla que buscaba. El almirante llegó contra ella de buena gana hasta dos tiros de cañón, se puso en línea y desplegó la bandera real, como si hubiera querido combatir. Des Augiers corrió al mismo tiempo a tierra para ganar el favor del viento, y lo consiguió; pero desde que se hubo acercado, el almirante tomó el largo: al cabo de algún tiempo, el viento vino del norte y luego del este-nordeste; el caballero urgía al almirante, que hacía esfuerzos por llegar a Santo Domingo y contra el que no pudo ganar nada en todo el día ni la noche siguiente. El séptimo una hora antes del día este barco perdió su palo menor de cofa; entonces se puso viento atrás, y aunque el *Bourbon,* montado por el caballero, volaba como un pájaro, no pudo nunca acercársele y se vio obligado a dejarlo ir. El *Bon,* que montaba el señor Patoulet fue más afortunado: persiguió al vicealmirante llamado *el Cristo,* que quería también forzar velas, fue desarbolado y tomado. El señor Augiers había destinado al *Favori* para correr tras un tercer navío, que llevaba pabellón de contralmirante; pero este barco huyó primero y el *Favori* no se le pudo acercar. De allí la escuadra vino a la isla Vaca y el caballero de Augiers se comunicó con el señor Ducasse en Leogane; envió al señor de Romegou a Francia con su pri-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mera presa, y el *Favori,* mandado por la Motte d'Herant recibió orden de ir al Cabo Francés con el *Cristo*: luego el caballero hizo velas para ir a buscar las urcas en Honduras. Estaban allí, pero le fallaron; y por algunas memorias parece que hubo algo de culpa suya. Por fin regresó a Francia, sin tocar de nuevo en la isla de Santo Domingo, donde hubiera encontrado una orden de incorporarse en la escuadra del señor de Pointis, como lo veremos bien pronto.

FIN DEL DECIMO LIBRO

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

LIBRO UNDECIMO

Proyecto para el comercio con los españoles. — Nadie hubiera pensado creer que en medio de tantas hostilidades recíprocas y en lo fuerte de una guerra tan viva, se pensara en establecer un comercio arreglado con los españoles de América; sin embargo el plan para ello estaba tomado y al fin de este mismo año el señor Ducasse recibió órdenes muy urgentes de no descuidar nada para hacerlo resultar bien. El ministro le pidió al mismo tiempo, su parecer sobre un proyecto de establecimiento en alguna isla vecina al continente, donde se pudiera hacer lo que los holandeses hacían en Curazao. La respuesta del gobernador a esta carta fue que después de haber pensado bien en los medios de introducir nuestras mercancías entre los españoles y de formar un establecimiento conveniente para ejecutar esta empresa, no veía nada mejor que la tierra grande de la isla Vaca; que allí se encontraba un puerto excelente, de muy buenas radas, una costa con pesca, un terreno fértil, praderas para el ganado y una extensión de tierra capaz de contener una colonia considerable; pero que no era sin embargo fácil llegar a lo que se proponía, y que veía sobre todo dos grandes obstáculos: la falta de costumbre y la aversión que los españoles habían formado contra los franceses.

Armamento del señor de Pointis. — El señor Ducasse estaba tanto más persuadido de que no se vencería este último obstáculo, cuanto que estaba instruido de un plan que se tramaba desde largo

tiempo y que debía estallar pronto y que no podía dejar de acabar de hacernos irreconciliables con los españoles. Hacía más de tres años que el señor de Pointis preparaba un armamento, cuyo destino se ignoraba y según todas las apariencias no lo sabía él mismo, cuando empezó a trabajar en él. Las primeras noticias de esto habían llegado a Santo Domingo hacía más de un año, cuando allí se recibió la orden del rey fechada en 6 enero 1694, la que decía que habiendo sido informada Su Majestad por algunas pruebas que se habían hecho de una especie de tierra llevada de aquella isla, que de ella se formaba una materia parecida al bronce, más blanda y más apta para toda clase de obras que ninguna empleada hasta entonces; esa orden permitía al señor de Pointis, capitán de navío y comisario general de artillería de la marina, hacer sacar de ella y llevar a Francia la cantidad que se juzgara conveniente. No he podido saber si el señor de Pointis hizo entonces el viaje, pero es sumamente verosímil que no lo hiciera.

Dos años más tarde, el señor Ducasse recibió una carta del señor de Pontchartrain, fechada el 7 de marzo de 1696, por la que ese ministro le informaba que el señor de Pointis iba a las islas con varios barcos, para hacer corso contra los enemigos que hacían el comercio de las colonias francesas; era el pretexto y lo que se debía publicar del asunto de este armamento. En la continuación de la carta, el señor de Pontchartrain le hacía entender que había alguna gran empresa oculta bajo este plan y que él podría tomar parte en ella si no juzgaba necesaria su presencia en su colonia. Por fin, el 26 de setiembre de ese mismo año, el ministro le hizo saber que, habiendo aceptado el rey el proyecto de un armamento considerable que hacía el señor de Pointis, para una empresa en el golfo de México, Su Majestad quería que él estuviera informado: que a tal efecto se le despachaba a propósito la fragata *le Marin*, que era uno de los barcos concedidos al señor de Pointis; que esos barcos eran en número de siete, que habría además de ellos una galeota y transportes y dos mil hombres de desembarco, incluyendo los que formaban parte de las tripulaciones de los barcos, con los cuales y los marineros que se pudieran sacar, el señor de Pointis pretendía hallarse en condición de atacar una ciudad de la costa; pero que aunque estimaba suficiente esas fuerzas, para esperar un resultado favorable de su empresa, sin embargo, para asegurarla más, necesitaba todas las de la colonia de Santo Domingo; que no faltara por consiguiente en nada de reunirlas y que se contaba con que él podría suministrar mil o mil doscientos hombres, sin desguarnecer demasiado su gobier-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

no: no siendo presumible que los españoles pensaran en atacarlo, mientras hubiera una escuadra tan fuerte en el golfo; que esta escuadra sería aumentada con el *Bon* y el *Bourbon,* que mandaba el caballero des Augiers; por fin, que se esperaba que cuando ella llegara a Santo Domingo encontraría allí todo listo para ser embarcado.

Sentimientos del señor Ducasse sobre esta empresa. — No se nombraba a Cartagena en ninguna de las cartas de que acabo de hablar; pero se había traslucido que el señor de Pointis tenía a esta ciudad en su mira, aunque no hubiera todavía resuelto bien nada y que Jamaica estaba también en el tapete.

Efectivamente, en la respuesta del señor Ducasse a la carta del ministro, que le trajo el *Marin* y que es de 4 de febrero 1697, dice: "He obedecido la orden de detener a todos los filibusteros que están aquí y hacer llamar a todos los habitantes, que me han parecido convenientes para la expedición de que se trata. Todo estará listo a la llegada de la escuadra; pero en nada aconsejo atacar a Cartagena: mi razón es invencible: estando allí los galeones, tendremos 6.000 hombres y una ciudad fuerte que atacar; pero se va a tener una feria en Portobelo, donde los habitantes se encontrarán con las mercancías de Europa y los tesoros del Perú. Es allí donde hay que ir, y si la feria fuera tenida, estaríamos seguros de encontrar a los galeones. Jamaica es un golpe cierto; pero hay que intentar el de los galeones; es mi parecer. Todo el mundo aquí está prevenido de que buscamos a Santo Domingo; es el objeto más urgente de nuestros habitantes y tienen razón. No habrá nunca un plan más conveniente al servicio del rey. Encierra la gloria, lo útil y la mortificación de la monarquía española y la llave de todas las Indias".

Estos informes eran buenos, pero era un poco tarde para seguirlos. Por otra parte, lo que proponía el señor Ducasse, que sabía pensar como hombre hábil y como buen ciudadano, era a la verdad el bien del estado; pero no hubiera sido el de los particulares que entraban en este armamento y que pagaban sus gastos. Esos gastos eran considerables y la toma de Santo Domingo los habría apenas cubierto; y ¿dónde se encontrarían personas que quisieran hacer tales adelantos y correr los riesgos, con la esperanza de una simple compensación y la ventaja del estado, por grande que pudiera ser? No conviene más que al soberano o a la república hacer esos grandes gastos, cuya compensación no está asegurada o se hace esperar demasiado. Se estaba bastante persuadido en la corte que era de la

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

última consecuencia hacerse dueños de toda la isla de Santo Domingo; quizás también se veía la necesidad de esa conquista tanto como el señor Ducasse; pero el rey tenía a toda Europa frente a sí; tantas fuerzas confederadas contra él pedían toda su atención y todas sus finanzas; y creyó prudentemente que no estando en condiciones de conquistar provincias en el Nuevo Mundo, debía permitir a sus súbditos hacer correr hacia su reino una parte de las riquezas inmensas de que rebosaban sus enemigos. Lo malo fue que quien estuvo encargado de la empresa y la mayoría de quienes participaron con él de los peligros y las fatigas, parecieron tener a la vista mucho menos la gloria que podían adquirir cuanto la ganancia que podían hacer y que al hacerse armadores parecieron olvidar que eran oficiales de un gran rey y de un rey muy cristiano.

Carácter del señor de Pointis. — El barón de Pointis tenía todo el valor, la experiencia y la habilidad necesaria para distinguirse en la guerra, como lo hizo siempre. Tenía firmeza, mando, ideas, sangre fría y recursos. Era capaz de formar un gran plan y no perdonar nada para hacerlo resultar bien. Pero, si está permitido juzgar de él por lo que apareció en todo el desarrollo de la acción más señalada de su vida, tenía la mente un poco vana, y la idea que se había formado de su propio mérito le impedía a veces reconocer el de los otros; nunca había pasado por ser interesado hasta la expedición, cuyo relato vamos a hacer. Sin embargo, es cierto que el interés pareció allí su pasión dominante y que ella le hizo hacer o al menos tolerar acciones que han deshonrado el nombre francés en América. Esto es tan verdadero, que con frecuencia no somos virtuosos sino por falta de ocasión de ser criminales; o que hay ciertas tentaciones delicadas, que no sólo descubren defectos, de que nos halagamos de estar libres, sino, que hacen nacer en nosotros los que no había. Pero nada hizo al barón de Pointis más daño que el contraste de su conducta con la de un hombre que tuvo tanta parte como él en el éxito de su expedición; y a quien se esforzó, aparentemente, por denigrar de una manera indigna de un hombre de honor, solamente porque lo había maltratado demasiado para sufrir que se le hiciera justicia.

Hablo del gobernador de Santo Domingo, el señor Ducasse. Este ponía al principio el bien del servicio y del estado, y si no se olvidaba, no pensaba en sí cuando había puesto en seguro el interés público, al que más de una vez sacrificó el propio. Es verdad que su habilidad lo ponía siempre por encima de los más molestos contra-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tiempos; pero quería que todo el mundo se aprovechara tanto como él. No podía concebir más que planes nobles y útiles y le hubiera sido imposible emplear medios que no fueran proporcionados a fines tan elevados. Su valor iba al par con su prudencia; cualquier revés que haya sufrido, en cualquier extremo que se haya encontrado, nunca le faltaron recursos, pero jamás los buscó sino en su valor y en su virtud. Sus pérdidas no contribuyeron menos a su fama que sus éxitos, porque se levantaba siempre de una manera de que él solo era capaz. Por fin, con el carácter que tenía, si hubiera mandado como jefe en la expedición, donde su celo por el estado lo llevó a engancharse como simple voluntario, hubiera sabido poner en juego todas las buenas cualidades del señor de Pointis y se hubiera complacido en honrarlo; mientras que el señor de Pointis se esforzó inútilmente en oscurecer las suyas y en hacer creer que no habían sido para él de ninguna utilidad.

Retrato del señor de Galifet. — Que si la manera como este comandante trató al gobernador de Santo Domingo venía de que éste debía a solo su mérito el honor que tenía de ser del cuerpo de la Marina, es bastante difícil de adivinar en qué se fundaban las maniobras despreciativas que afectó tener para con el señor de Galifet, que no era seguramente despreciable por ninguna parte. Era un gentilhombre provenzal de gran mérito, de un espíritu excelente, de una bravura demostrada, sabio, equitativo, más hábil en las leyes de lo que parece corresponder a una hombre de guerra; lo que apoyado por un gran sentido natural y el don de la persuasión, que tenía en sumo grado, le hacían acabar más procesos en un día que un parlamento podía evacuar en un mes, y casi siempre a satisfacción de las partes. Esta habilidad y el amor que tenía por el orden le hicieron a veces pasar por ser un poco pleiteador y no se podría negar que llevara demasiado lejos la severidad de la disciplina; con esto, adquirió grandes bienes, lo que le atrajo, sin duda, muchos celos y dio pretextos a sus enemigos para desacreditarlo. Si al menos hubiera hecho el uso de ellos, de que tenía tan hermosos ejemplos en el señor Ducasse y en todos los que habían precedido a ese gobernador, hubiera sido el ídolo de los aventureros, que no podían menos de rendir justicia a su mérito; pero no usó de esta generosidad que había pasado casi a ser obligación por la práctica de todos los que hasta entonces habían tenido mando en esta colonia; y pese a toda su habilidad y toda su circunspección no supo ocultar bastante ni siquiera moderar suficientemente la pasión que

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tenía de enriquecerse. Por eso no tuvo nunca la amistad de quienes no podían negarle su estima. Ni siquiera puede ponerse en duda que esta disposición no les haya hecho con frecuencia agrandar las cosas y no les haya hecho tachar de violencia un poco de dureza y de exactitud en sostener sus derechos y en exigir el deber del servicio. Las cosas fueron tan lejos que al fin los aventureros ya no lo podían sufrir. Le dieron en varias ocasiones muestras de su odio, que debieron de mortificarlo mucho; y las quejas que fueron frecuentemente llevadas contra él hasta los pies del trono, le impidieron hacer su camino y le atrajeron mortificaciones bien sensibles para un hombre de honor. Es verdad que él supo siempre levantarse y si era culpable, se necesitaba que tuviera mucha habilidad para hacer así volver en favor suyo a un príncipe y a unos ministros tan ilustrados que como aquellos a cuyo tribunal fue sometido; tanto más cuanto que sus jueces, sabiendo que él tenía efectivamente mucha, estaban de un lado en contra suya; y de otro creían deberle perdonar menos las faltas que hacía. Por fin, es verdad decir que fue con frecuencia acusado, que la prevención era grande contra él, que nunca fue convencido de ninguna falta esencial y que su gran capacidad hizo lamentar que no fuera agradable en una colonia donde podía hacerlo tan útil.

Ayuda que el señor de Pointis saca de Santo Domingo. — Sin embargo, además del socorro que el barón de Pointis contaba con sacar de Santo Domingo, había también tomado sus medidas, como ya lo he observado, para reforzar allí su flota con los barcos que mandaba el caballero des Augiers; pero la orden que había conseguido para esto llegó demasiado tarde; lo que le causó tanta mayor pena cuanto que la falta de este refuerzo le hacía más necesario el que debía darle el señor Ducasse. Este gobernador había casi desesperado al principio poder corresponder a las intenciones de la corte, porque todos los filibusteros estaban fuera, cuando recibió las cartas del ministro; pero por un concurso de acontecimientos inesperados tuvo el gusto de verlos volver a casi todos al mismo tiempo, como si se hubieran dado la palabra, en los puertos de Santo Domingo; y así se encontró en situación de llenar el número de las tropas auxiliares con que el ministro había contado. Este número era de 1.200 hombres. La escuadra llevaba 1.600, a lo sumo, si se contaban sólo los soldados, lo que unido a la tripulación de un navío de la escuadra del señor Renau, llamado el *Pontchartrain,* mandado por el caballero de Mornay, que se encontraba en Goave menor; un armador de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Saint-Malo, llamado *le Marie* y la tripulación de la fragata *le Favori,* que había llevado al Cabo el *Cristo,* tomado por el caballero des Augiers, hacían cerca de 3.000 hombres de desembarco, sin contar los oficiales y los guardiamarinas.

Llega al Cabo. — El *Marin,* mandado por Saint Vandrille, había llegado al Cabo Francés desde el mes de enero, y la orden que había entregado al señor Ducasse, decía que retuviera a los filibusteros hasta el 15 de febrero. Era exigir demasiado de esa gente y cualquier otro que el gobernador no lo hubiera conseguido. Sin embargo pasó todo el mes de febrero, sin que se oyera hablar del señor de Pointis, y el señor Ducasse necesitó toda su habilidad para impedirles desbandarse. Por fin apareció la escuadra el primero de marzo a la vista del Cabo Francés y muy pronto se lo supo en Goave menor. El señor de Pointis no entró en el puerto del Cabo y permaneció al largo, donde el señor de Galifet fue a darle cuenta de las provisiones que había tomado en consecuencia de las órdenes del señor Ducasse, para reunir las milicias de esos distritos y para hacer víveres. Advirtió luego que no debía contar con los buques del caballero des Augiers, sino que el *Favori* estaba en el puerto con el *Christ* y que el señor de la Motte d'Herant, que mandaba esos dos navíos había distribuido en ellos su tripulación. Ante este informe el general envió orden a dicho oficial de que reuniera toda su tripulación en el de los dos buques que le pareciera mejor y viniera a unírsele: la Motte d'Herant obedeció, escogió al *Christ,* degradó la fragata y siguió la escuadra, que después de haber dejado en el Cabo tres fragatas, para embarcar en ellas al señor de Galifet con toda la gente y sus provisiones, prosiguió su camino y ancló el 6 de marzo ante el Esterre.

El señor de Pointis y el señor Ducasse comienzan a enredarse. —El señor de Pointis encontró allí al señor Ducasse y su primera entrevista fue el comienzo de su mala inteligencia. El general comenzó por hacer grandes reproches al gobernador de Santo Domingo, porque no le había dado más que 1.200 hombres en vez de los 1.500 que se le había asegurado le suministraría. No era en verdad el medio de comprometerlo a ser de la partida, porque el señor Ducasse tenía sobre esto entera libertad. Desde el día siguiente la escuadra hizo velas para Goave menor, a donde llegó en pocas horas y donde el general puso pie en tierra por primera vez. El señor Ducasse fue a encontrarlo inmediatamente y le hizo ver un escrito, que le causó

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

algunos momentos de inquietud. Era la orden que S. Vandrille le había traído acerca de esta expedición y allí se señalaba expresamente que en la ayuda que debía dar al señor de Pointis, había que conciliar el deseo de hacer triunfar una empresa de esta importancia, aceptada por Su Majestad, con la conservación de su colonia. El barón no había sido prevenido de esta cláusula y comprendió que ella lo entregaba a merced de un hombre que no tenía ya demasiados motivos para estar contento con él. Pero el señor Ducasse, que veía tan bien y quizás mejor que él su plan en un peligro evidente de fracasar sin el auxilio de la colonia, no era hombre que abusara de la libertad que la corte le dejaba. Tranquilizó primero al general, protestándole que sin estipular nada sobre su persona, se entregaría a él persuadido de que respetaría su carácter. Pointis contestó que el más hermoso carácter que le conocía era su comisión de capitán de navío, que serviría como tal, según su rango de antigüedad, que había que aceptar esta condición o no embarcarse.

Lo que determina al señor Ducasse a seguir al señor de Pointis. — Es el mismo señor de Pointis quien cuenta así la cosa en su Diario y añade que el señor Ducasse lo dejó diciendo que no podía acompañarlo en tal pie; pero que al cabo de algún tiempo supo que este gobernador hacía grandes preparativos para embarcarse y que había dicho que serviría antes como simple soldado que no tener parte alguna en un asunto tan glorioso. Había en efecto hablado en ese tono, y en una carta que escribió al señor de Pontchartrain, para darle cuenta de las razones que había tenido para seguir al señor de Pointis, señala tres, que los hechos justificaron ciertamente después. La primera, que este general no estaba en condición de emprender nada con las solas fuerzas que tenía; la segunda, que la gente de la costa no se hubiera embarcado nunca sin él; y la tercera, que aun cuando se hubiera llegado a llevarlos, se hubieran amotinado cien veces y hubieran molestado más de lo que hubieran ayudado. Si tales motivos contribuyeron menos a determinarlo que la esperanza del botín, como lo pretende el señor de Pointis, fue sin duda muy afortunado que su deber estuviera tan de acuerdo con su interés.

La gente de la costa se niega a embarcarse. — En esto se difundió el rumor de que la gente de la costa se negaban con toda claridad a embarcarse, aduciendo por razón de esta negativa que los oficiales del rey habían solido tratarlos con demasiada altivez, se adueñaban ordinariamente de todo el botín y nunca les habían guardado

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

palabra de nada. El señor de Pointis no había sino contribuido demasiado a despertar estos sentimientos y estas semillas de antipatía en el corazón de los habitantes y de los filibusteros. Sus maneras fastuosas les chocaban y la independencia de ellos no se acomodaba a ese aire imperioso que tomaba, hasta con su gobernador. Encontraban sobre todo muy mal que se diera el título de general de los ejércitos de Francia de tierra y de mar, en América, y que en el gobierno de un hombre que no tenía ninguna orden de reconocerlo como su superior y donde no tenía en el fondo ninguna jurisdicción sino sobre sus mismas tropas; hizo tocar en el campo el tambor para él, tuvo una guardia, mientras el gobernador no la tenía, dio ordenanzas, las hizo fijar por su sola autoridad, no hablaba sino de diezmar y de hacer cortar la cabeza, en una palabra, aniquiló por completo el carácter del señor Ducasse, quien padecía prudentemente todas estas altiveces, pero no podía impedir los malos efectos que producían entre los súbditos de su gobierno.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Arreglo hecho con ellos. — Para prevenir al menos las consecuencias, fue a ver al general y luego de haberle asegurado de que toda la gente de la costa partiría con él y que él hacía suyo su negocio, añadió que era necesario ante todo arreglar las condiciones bajo las cuales servirían; explicóle la costumbre de la costa en lo tocante al reparto de las presas y del botín; le hizo prometer dar a los filibusteros víveres para seis semanas, los que serían pagados sobre el botín por cuenta de la costa y le hizo convenir en que todo lo que proviniera de las presas sería repartido hombre por hombre, sin distribución de grados; que se harían revistas, en las que no se comprenderían sino los efectivos; que él cumpliría de su porción el acuerdo hecho por orden real, que él pagaría de la suya a los armadores de la costa por los buques, y que se tomaría de la mesa las recompensas para los estropeados y para los que se hubieran distinguido. Que el general cumpliría sus convenciones, como lo juzgara conveniente, con su armamento; que los negros esclavos, que fueran muertos, serían pagados sobre el total a sus amos; que los que eran libres tendrían su parte como los filibusteros; y que si el botín era considerable; los esclavos serían libertados. En este acuerdo, del que el señor de Pointis pareció sumamente contento, fueron comprendidos el *Pontchartrain,* con el consentimiento del caballero de Mornay, que lo mandaba y el armador de Saint-Malo, y estos dos buques fueron incorporados al cuerpo de gente de la costa; pero como el general hizo equívocos después

sobre los términos de este tratado, voy a relatar los que él mismo usa en su Diario y veremos en su lugar de qué manera los entendía.

Dice, pues, que habiendo encontrado justa la demanda, que hacía esa gente, de estar seguros de la parte que daría en la distribución de las presas, la explicó con un escrito muy corto y muy claro, del que hizo fijar dos ejemplares, uno a la puerta de la iglesia de Goave menor, otro en la población, y del que dio un tercero al señor Ducasse. Decía que la gente de la costa participaría en el botín hombre por hombre con las tripulaciones de los navíos reales. "Había sabido —añade— que entre diversas maneras de participar, de las que la mayoría eran muy molestas, por su extremada discusión, la más usada era como acabo de decirlo. Les declaré que no tocaría nada de las partes del rey, del almirante y de los armadores, de las que no estaba en derecho de disponer; especificaba que participarían hombre por hombre con las tripulaciones de los barcos, a las cuales, como todo el mundo lo sabía, es decir, a todos los que éramos gente que integraba este armamento, había complacido a Su Majestad que correspondiera un décimo del primer millón y un trigésimo de todos los demás, que pudiéramos adquirir. Se comprendió en esta declaración al *Pontchartrain* mandado por Mornay, teniente de navío, y una fragata de Saint-Malo". No he podido descubrir el escrito que fue entregado al señor Ducasse y acerca de cuyo teniente gobernador quedó contento con que después de haber sido garantizado ante el general de la fidelidad de sus tropas auxiliares, lo fue ante esas mismas tropas de la sinceridad del general que todos cuantos han hablado de esta convención han dicho claramente que llevaba promesa positiva de parte del rey a los habitantes de Santo Domingo y a los filibusteros, que tendrían su parte alícuota de las presas en la filibustería, como siempre se había entendido, es decir, que las presas serían por igual divididas a todo el mundo. Porque aunque lo haya pretendido el señor de Pointis, sobre esto no hubo ninguna discusión antes de la toma de Cartagena.

Rebelión de los filibusteros apaciguada por el señor Ducasse. — Habiendo terminado el general un negocio tan importante, creía no tener ya nada que le impidiera partir de Goave menor, cuando un nuevo incidente lo lanzó en una molestia, peor todavía, que aquella de que acababa de salir. Un oficial del *Pontchartrain,* estando de facción en el cuerpo de guardia, hizo poner en prisión en el fuerte a un filibustero, que había causado algún desorden. Esta vía de hecho de parte de un hombre, del que los aventureros se creían completamente independientes, les chocó y sin informarse de si su camarada

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

era inocente o culpable, corrieron al fuerte a reclamarlo a grandes voces. El oficial les hizo decir que si no se marchaban se dispararía contra ellos; pero esta amenaza no los amedrentó, redoblaron sus voces y el oficial hizo hacer una descarga, que mató a tres. No hacía falta tanto para ponerlos furiosos; se juntaron en número de doscientos con los oficiales a su cabeza; se pusieron en orden de batalla con su bandera desplegada, marcharon hacia el fuerte, lo cercaron y juraron que no se marcharían de allí sin que el oficial les fuera entregado vivo o muerto. El señor de Pointis, advertido de este tumulto corrió para apaciguarlo, pero su presencia no hizo sino irritar más a los amotinados; hizo rogar al señor Ducasse, que se había retirado al principio, para no hacerle sombra, que viniera a hablarles; vino y no le costó para volver a ponerlo todo en orden sino mostrarse con ese aire de dueño que sabía tomar a propósito. Hasta les habló con un tono que aparentemente debía haber producido un efecto aparentemente del todo contrario al que pretendía; pero todo es bueno de parte de quienes han sabido tomar un ascendiente sobre los espíritus. En efecto, en cuanto se dieron cuenta de su presencia y les hubo dicho dos palabras, bajaron la cabeza, como se ve hacerlo a un perro que, dispuesto a devorar a un transeúnte, se tiende y baja las orejas bajo el palo que le muestra su dueño. Sin embargo, temiendo que su bilis se encendiera de nuevo, se creyó deber darles una ligera satisfacción y el oficial que había causado este desorden fue devuelto bajo arresto a bordo.

Partida de la escuadra hacia el Cabo Tiburón. — Ya no se trató más que de embarcarse. El señor de Galifet acababa de llegar del Cabo con las milicias de ese distrito, donde el conde du Boissy Raymé tomó tierra poco después y el 19 de marzo el señor de Pointis se hizó a la vela para ir a tomar agua en el Cabo Tiburón, donde ésta es sumamente buena. El señor Ducasse lo siguió el 23 luego que el señor de Galifet, teniente del rey, y el señor le Page, mayor, hubieron hecho la revista de la gente de la costa, de la que no faltó uno solo de los que habían sido mandados; el 26 el señor Ducasse recibió de parte del señor de Pointis el escrito que contenía la convención hecha para el reparto, lo que me haría creer que esta convención y lo que en ella había dado lugar, fueron posteriores a la sedición de que acabo de hablar; lo cierto es que las dos copias, que fueron fijadas, lo fueron una el 2 y otra el 14; pero el asunto no merece gran discusión. El historiador de los filibusteros casi da a entender que esto fue en el Cabo Tiburón; que la gente de la costa declaró que no seguirían para

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

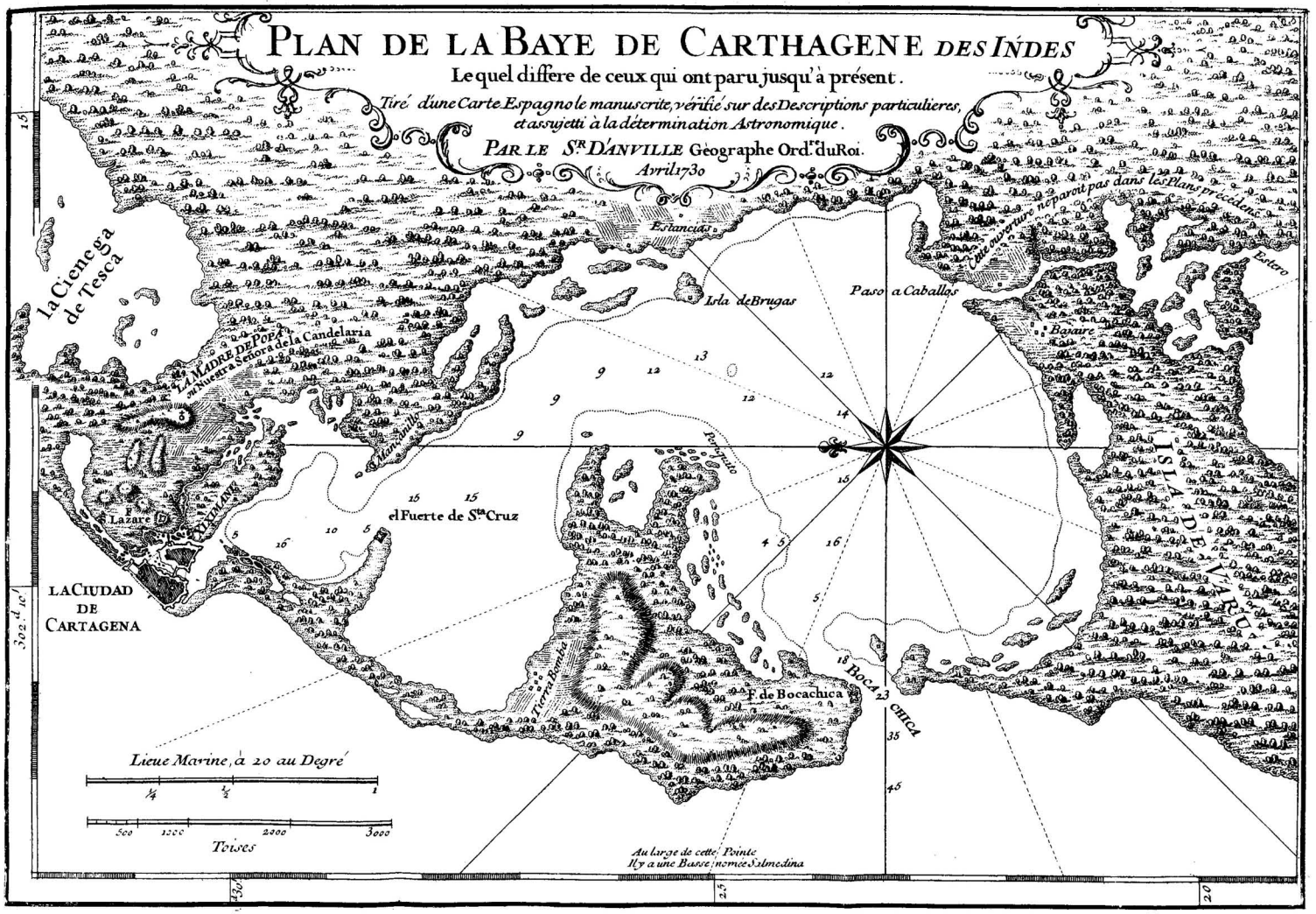
nada al señor de Pointis, diciendo que no se les había hecho justicia en la invasión de Jamaica; añade que se retiraron a una montaña, de la que hubo trabajo en hacerles bajar y que se les apaciguó al fin haciéndoles grandes promesas. Sin embargo, es sumamente verosímil que este amotinamiento no sucedió en el Cabo Tiburón, sino en Goave menor, y que es el mismo de que traté antes. Este autor no es siempre demasiado exacto en colocar bien ni en dar las circunstancias exactas de los hechos, que por otra parte relata con bastante sinceridad.

El señor de Pointis delibera sobre el partido que debe tomar. Primer parecer, ir a buscar los galeones. — Por fin, estando reunido todo el ejército, el señor de Pointis tomó su última resolución, porque él mismo asegura que hasta su partida del Cabo Tiburón no lo había formado todavía. El señor Ducasse era de parecer que se fuera a buscar a los galeones, que según él estaban indudablemente o en Portobelo o camino de Cartagena para ir allí. Sea que se los encontrara en el mar o que se los hallara en Portobelo, el gobernador de Santo Domingo no dudaba que la flota francesa se apoderaría de ellos con grandísima facilidad; y el señor de Pointis convenía en ello. "Pero después de todo, decía ese general, pueden estar en el mar y vista la dificultad de encontrarlos, sería prudente fundar un plan en una cosa tan incierta? Por otra parte, sería más fácil llevarse los galeones hasta en Portobelo, y menos parecía aprovecharse de ello; porque se pudiera imaginar que los españoles hubieran perdido tanto el sentido, para no incendiar o echar a pique sus barcos a la vista de la flota francesa? Habría, pues, hecho un viaje inútil, añadía, que me hubiera consumido los víveres y puesto fuera de situación para emprender nada considerable; Portobelo estaba bajo el viento en todos los puestos que yo podía atacar." Este razonamiento no persuadió empero en nada al señor Ducasse, que veía alguna duda en el resultado de lo que proponía; ¿pero no la hay de todas maneras?, decía. Su pena fue mucho mayor poco después de algunos meses, cuando supo que se hubieran encontrado los galeones en Portobelo, donde la confusión había sido suma ante la noticia del peligro que corrían; y que desde hacía cincuenta años no habían sido tan ricos. En efecto, se aseguró que llevaban 50 millones de escudos. "*Es* —escribió entonces al señor de Pontchartrain— *el mayor golpe fallido que haya estado en juego desde que los hombres navegan.*"

Segundo parecer: la toma de Veracruz. — Este proyecto rechazado, se propuso ir a Veracruz, donde se estaba seguro de encontrar

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

una de las flotas de la Nueva España y no era de temer, como en Portobelo, que los españoles, al quemar sus barcos, frustraran a sus vencedores de las riquezas de que estaban cargados; ya que allí la plata se embarca precisamente la víspera de la partida de la flota. El señor de Pointis pretendía también tener bastantes fuerzas para tomar la ciudad, a donde puede llegarse sin sufrir el fuego del castillo de San Juan de Ulúa, y hasta se halagaba con que por intomable que pareciera ese castillo, por su situación en una roca en medio del mar y la que ocupa enteramente con sus fortificaciones, con la artillería de que disponía y un poco de paciencia, podía volar el fuerte y la roca; tanto más, cuanto que aparte de las bombas que podría lanzar desde la parte del mar, era fácil colocar en tierra, de que la isla no está separada más que cien toesas, tales baterías de cañones y de morteros como se hubiera querido. Pero dos cosas lo apartaron de esta empresa: la primera, que desde algún tiempo los españoles no hacían llevar la plata de México sino hasta la ciudad de Los Angeles, que está a cuarenta leguas de esa capital y desde allí inmediatamente a Veracruz, para ser embarcada al momento en que aparejara la flota. La segunda, que si fallaba este golpe, ya no había otro recurso; la constitución del golfo de México era tal, que cuando se hubiera comprometido adelante por él, ya no habría que pensar sino en volver a Europa, pues los vientos y las corrientes no dejan bastante tiempo para ir a emprender nada en otra parte.

Tercer parecer: el ataque a Cartagena. — Por fin el general volvió a Cartagena, que había sido su primera idea. Esta ciudad, decía, está al viento de todos los lugares en que se pueden poner los ojos. Si habiéndola mirado de cerca, se encontrara imposible la empresa, nada impediría pasar a otras, con tal de que no se perdiera tiempo. Pero sobre los planos que tenía de esta ciudad, al quedar los barcos anclados en alta mar, estarían allí expuestos a toda clase de aventuras y de temporales, cuya estación no había pasado aún. Podían también ser atacados por los ingleses, que se sabía estaban en el mar; así para no ser tomados en escampado, luego de haberse hecho dueños de los fuertes había que dejar gente para guardarlos y que no quedarían suficientes para tomar la ciudad. Estas consideraciones no dejaron de detener por algún tiempo al general. Sin embargo, después de haberlo pensado bien, se persuadió de que al tomar el fuerte de *Bocachica,* comúnmente llamado *Boucachique* por los franceses y que defiende la entrada de ese vasto puerto, que se llama la *Laguna de Cartagena,* todo se le haría fácil; tanto más cuanto que sus barcos estarían segu-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ros bajo el cañón de ese fuerte y que por tanto se podría sacar hasta a los marineros, para servirse de ellos en el ataque a la ciudad.

En verdad la reputación de Bocachica había hasta entonces impedido emprender nada contra Cartagena de ese lado; además el paso que ese fuerte defiende es tan estrecho y vuelto de tal manera, que no se puede entrar por él a la vela, sino solamente a remolque; de donde se sigue que dos barcos anclados por dentro, aun cuando no hubiera fuerte, podrían impedir esta maniobra y por lo tanto detener allí las flotas más poderosas. Ahora bien, si los galeones estaban en Cartagena no se podía dudar que este puesto estuviera defendido. Este inconveniente no tenía empero falta de remedio; Bocachica y la ciudad de Cartagena están situados en los dos extremos de una península; se podía desembarcar entre los dos, poner baterías al borde de la Laguna y a disparos de cañón echar abajo todos los barcos que allí estuvieran, u obligarlos a alejarse del paso; forzar a Bocachica a rendirse o hundirla de bombas, luego atacar los galeones, si estaban en el puerto; si los enemigos los incendiaban, obligar a la ciudad a una recompensa, amenazando con bombardearla, luego pasar a alguna otra expedición; si los galeones no estaban, hacer en forma el sitio de Cartagena y emplear en ello hasta los marineros, que ya no serían necesarios en los barcos, desde el momento en que la escuadra hubiera entrado en el puerto.

Se determina seguir este último parecer. — Tal fue el razonamiento que hizo el señor de Pointis y sobre el cual se decidió por fin a volver su mirada del lado de Cartagena. Publicó inmediatamente su plan y asegura que fue recibido con aplauso general. Añade que el señor Ducasse le propuso entonces destacar dos fragatas de filibusteros para tratar de hacer prisioneros, con orden de llevarlos a un lugar llamado *Sambay* (o *Samba*) a doce o quince leguas al viento de Cartagena; que encontró razonable esta propuesta y escogió a los capitanes Pierre y Blou, quienes partieron inmediatamente; pero que habiéndose entretenido en correr contra barcos pequeños, que les fallaron, no llegaron siquiera a Cartagena y llegaron a Sambay un día después que la flota; que un maltiempo obligó a entrar allí el seis de abril y permanecer hasta el 13. El general aprovechó esta permanencia para reconocer con exactitud todas sus fuerzas, para señalar a cada uno su cometido y para convenir las señales. He aquí el estado que él mismo nos ha dado de su armada.

Estado de la armada del señor de Pointis al salir de Sambay. — En siete fragatas, desde 8 hasta 24 cañones, había cerca de 650 fili-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

busteros. Estas fragatas eran la *Serpente,* mandaba por aquel valiente Godefroy, que había sido apresado cuatro años antes por los españoles y a quien el señor Ducasse había temido tanto perder. *Le Cerf volant,* mandado por el capitán Pierre; la *Gracieuse,* por Blou; el *Pembroc,* por Galer; la *Mutine;* por Pays; el *Jerzey,* por Macary, y el *Anglois,* por Cottuy. El historiador de los filibusteros añade un bergantín mandado por Sales, quien ciertamente hizo esta campaña, como lo veremos luego. Ciento diez habitantes, 170 soldados de las guarniciones de la costa y 180 negros estaban repartidos en los barcos de guerra y en las embarcaciones de transporte de la escuadra; el señor de Pointis reduce a esto la ayuda que sacó de Santo Domingo. Otros la hacen subir hasta 1500 o aun 1700 hombres; al parecer incluyen las tripulaciones del *Pontchartrain,* del *Christy* y de la *Marie.* La opinión más común es que esta ayuda era de algo más de 1200 hombres. La escuadra se componía de siete barcos grandes, el *Sceptre,* de 84 cañones y de 650 hombres de tripulación, mandado por el señor Guillotin, bajo las órdenes del señor de Pointis; el *Saint Louys,* de 64 cañones y de 450 hombres de tripulación, mandado por el señor de Levi, que servía como vicealmirante: el *Fort,* de 70 cañones, y de 450 hombres de tripulación, por el vizconde de Coëtlogon, que figuraba como contralmirante; el *Vermandois,* el *Apollon,* el *Furieux* y el *Saint Michel,* de sesenta cañones y de 350 hombres, por los señores Dubuisson, Gombaut, la Motte Michel y el caballero de Marolles. Seguía el *Christ* mandado por el caballero de la Motte d'Herant, con 220 hombres y 44 cañones; la *Mutine,* por Maffiat, con 200 hombres y 34 cañones; el *Avenant,* por el caballero de Francine, 200 hombres y 30 cañones; el *Marin,* por S. Vandrille, 180 hombres y 28 cañones. El *Eclatante,* galeota de bombas, por de Monts, 60 hombres. La *Providence,* bergantín, por el caballero de l'Escoët, 30 hombres y 4 cañones. Dos transportes, cuatro barcos de travesía, que tenían cada uno un cañón y un mortero. En total, 110 oficiales, 55 guardiamarinas, 2100 marineros, 1750 soldados, todos bien efectivos, según el general; y viene ahora la disposición para el asedio.

Disposición de las tropas. — Los capitanes de navío debían servir de oficiales generales y distribuyéndose según su antigüedad, estar sucesivamente en tierra y en la flota, que no era conveniente dejar nunca sin comandante. La corte había establecido un estado mayor compuesto del señor de Sorel, inspector general de las tropas de la marina en Bretaña, a quien el deseo de hacer esta campaña había reducido a querer encargarse de las funciones de mayor general;

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tomando empero su rango de capitán: de tesorero mayor, de dos ayudantes mayores generales, los caballeros de Joncourt y de Pointis, de Baraudin, menor mayor general, y de algunos guardiamarinas para jóvenes mayores; de du Tilleul, comisario, de un ingeniero principal, que fue el señor Canette y de otro ingeniero llamado Tangy. Se formó para estos ingenieros brigadas de oficiales o guardiamarinas, aun de algunos soldados, que tenían un tinte de genio. El caballero de Ferriere, Ducrost y de Coursy eran los principales de este cuerpo. Los caballeros de Nesmond y de Poüillermont, alféreces; la Lande, Duché y Rochebonne, guardiamarinas, servían de ayudantes de campo al general. Se formaron seis batallones de soldados de los barcos del rey: el primero era un cuerpo de 150 granaderos tomados de todos los demás y mandados por la Roche du Vigier, capitán de fragata, en calidad de coronel, teniendo por teniente coronel al caballero de Vezins, teniente de navío y por mayor al señor de Vaujour: Sain Lazare, d'Aye, Francine, Montrosier y Viganncour fueron escogidos para mandar las cinco compañías, de que se formaba este cuerpo. Los cinco tenientes de infantería de marina más antiguos servían de coroneles en los otros cinco batallones, de 300 hombres cada uno: era el caballero de Marolles, la Chesnau, de Breme, Simonet y Pimont. Se había dispersado por ellos a los guardiamarinas para aumentar el número de oficiales. El señor de Pointis había hecho también destacamentos de 400 marineros con sus oficiales marineros armados de picas y de pistolas, a la cabeza de los cuales se debían poner en ocasiones los señores de Vaux, de Longuejouë, Carcavis, Siglas, de Sabran, tenientes de navío que debían ser relevados por cinco capitanes de brulotes. Había aparte un cuerpo de 170 soldados sacados de las guarniciones de la costa y estaba mandado por el señor de Beaumont. Los 110 habitantes y los 180 negros formaban otros dos, y todos los filibusteros no constituían sino una tropa.

El señor de Pointis, engañado por los planos que se le habían dado de Cartagena. — Dije que el general tenía planos de Cartagena; no tardó en darse cuenta de su poca exactitud, pero fue a costa suya. Sus Memorias se encontraron más justas, en que le habían hecho comprender que era necesario al llegar apoderarse de un convento fortificado llamado Nuestra Señora de la Popa, que estaba en una altura, en tierra firme, al este sureste de la ciudad. Ellos le advertían que era el único medio de evitar que la mayor parte de las riquezas de Cartagena se le escaparan, porque consistiendo principalmente en oro y en esmeraldas fáciles de transportar, si por medio de este puesto no

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

se hacía dueño de las avenidas, no encontraría casi nada en la ciudad cuando entrara en ella. Para preparar este golpe, resolvió echar a tierra a los filibusteros, desde que hubiera anclado frente a Cartagena: la marcha de esa gente acostumbrada a correr por los bosques, al poder ser cubierta con mayor facilidad, su irrupción era más imprevista y en caso de necesidad su retirada más fácil y más segura por caminos impracticables a todos los demás. Concertó este plan con el señor Ducasse, que no negándose a nada, se encargó de realizarlo. Habiendo así llegado a las cuatro horas el mismo día en que había partido de Sambay, en una bellísima ensenada, entre Cartagena y la punta de Hicacos, que está a cuatro leguas, apenas se hubieron echado las anclas, cuando se dio la señal a las chalupas destinadas a este desembarco y ellas se dirigieron llevando a bordo a los filibusteros, desde que cerró la noche. Al mismo tiempo el *Fort,* el *Mutine* y la galeota de bombas se acercaron a la ciudad; la galeota bastante cerca para bombardearla y los dos barcos suficientes para apoyar a la galeota.

Los señores de Pointis, Ducasse, de Levi y du Tilleul se encuentran en peligro en la costa de Cartagena. — Todo estaba en marcha el 13, cuando el señor de Pointis se decidió a ir delante con su lancha, para examinar el lugar donde el desembarco se haría con mayor comodidad; pero mientras se acercaba, fue sumamente sorprendido al ver las olas romper contra las rocas a flor de agua; por bien poco esas olas no llenaron su lancha, donde los señores de Levi, Ducasse y du Tilleul estaban con él. Corrió a lo largo de la playa hacia Cartagena, esperando encontrar algún recodo más favorable; pero el mar estaba por allí todavía más rudo y como se acercara algo demasiado a la orilla, la lancha se puso de lado y se llenó de agua casi a medias; corría peligro de quedarse allí, cuando el señor de Levi, habiéndose echado al agua y con su ejemplo haciendo ejecutar esfuerzos extraordinarios a los marineros, la lancha, que había tocado en las rocas, fue de nuevo puesta a flote. Entonces el señor de Pointis, desengañado de que Cartagena fuera accesible por aquel lugar, tanto más que el tiempo estaba muy tranquilo, hizo inmediatamente advertir a las chalupas que no se acercaran.

La flota ancla delante de Bocachica. — El 14 la flota aparejó desde la mañana y se puso en situación de pasar a lo largo de la costa con la sonda en la mano, para cañonear la ciudad; pero el *Sceptre* no pudo acercarse bastante para esto; el *Saint Louys* y el *Fort* hasta tocaron un poco en el fondo, lo que no les impidió sin embargo hacer

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

un gran fuego, al que no se tomaron el trabajo de contestar. Cartagena no tenía por ese lado más que empalizadas y trozos de muralla en mal orden: pero la naturaleza ha provisto a la seguridad de aquel paraje por las rompientes, de que he hablado y lo hacen inabordable. El general, que quería reconocer todos los fondos de esta playa, no quiso ir a anclar ese día ante Bocachica; hizo echar las anclas tan pronto como hubo salido de encima de una llanura que había servido mucho tiempo de paseo de los habitantes de Cartagena y que el mar cubría enteramente desde hacía ochenta años. Envió inmediatamente las chalupas a sondear por todas partes y dio orden al *Marin* que fuera a anclar delante del paso, con objeto de impedir que salieran por él barcos para avisar a Portobelo o para salvar plata. Las chalupas informaron que había 20 brazas, hasta cerca de tierra, y que la costa, recurvando hacia el sur, formaba un abrigo cerca del fuerte; que por todas las demás partes la mar era demasiado gruesa para intentar un desembarco y que una pequeña punta de tierra ponía en ese lugar a los barcos a cubierto del fuerte. Ante este informe, el general resolvió ir a anclar a ese sitio el día siguiente, desde que hubiera luz, y así se cumplió. Pero antes de entrarme más en el relato de esta expedición es conveniente dar una descripción exacta y breve del estado en que se encontraban entonces la ciudad de Cartagena y todos los fuertes que la defendían.

Descripción de Cartagena. — La entrada de este puerto admirable, que se llama, como he dicho, la Laguna de Cartagena, es, como ya lo he notado, sumamente estrecha, de donde le ha venido el nombre de *Bocachica,* del que se ha hecho por corrupción el de *Boucachique* (N. del T.: en francés). El fuerte que la defiende está a la izquierda al entrar, en medio y en lo más estrecho del paso, a causa de un pequeño islote, que se encuentra al frente. Está a tres leguas al suroeste de Cartagena. Se gira luego durante dos leguas, desde el suroeste hasta el nornoeste, y se encuentra a la misma mano un segundo fuerte, que lleva el nombre de *Santa Cruz.* Las fortificaciones no eran regulares; pero su situación lo hace casi inaccesible: no pueden abordar allí a la vez sino pocas chalupas y no se podría ir por tierra, porque está rodeado de marismas y de un gran foso lleno de agua, donde el mar desemboca. La ciudad está a una legua de allí a la misma parte del viento; pero en los dos tercios del camino se encuentran pequeñas islas, entre las que el paso es sumamente estrecho. Cartagena está dividida en ciudad alta y baja. Esta se llama *Hihimani,* palabra india que quiere decir suburbio. La una y la otra están for-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tificadas con bastante regularidad y están separadas por un foso, donde entra el mar y sobre el que hay un puente levadizo. Hihimani, que es como una fortaleza de siete bastiones, está al sureste de la ciudad alta, que es propiamente la que se llama Cartagena; y a 400 toesas al estesureste de Hihimani, es encuentra en la tierra grande el *Fuerte de San Lázaro,* a donde se va también por un puente levadizo. Este fuerte domina las dos ciudades y está dominado él mismo por una montaña de muy difícil acceso. Nuestra Señora de la Popa está a mil doscientas cincuenta toesas de San Lázaro al sureste. Es un convento de religiosos, cuya iglesia, mirada desde cierta parte tiene la forma de una popa de barco. Vuelvo al señor de Pointis.

El desembarco se hace en Bocachica. — El 15 al mediodía, toda la flota había anclado un poco al viento de la punta. El señor de Thesut fue enviado para reconocer el lugar de la costa más apropiado para el desembarco; y a su regreso se dio la señal para hacerlo. Las señales habían sido dispuestas con gran cuidado y cada cual podía ser advertido en un momento de lo que tenía que hacer; lo que produjo un gran orden y una gran diligencia en las operaciones. Era mediodía, cuando se dio la señal de desembarco e inmediatamente el señor Ducasse recibió la orden de ir a bordo del *Furieux* para tomar a 80 negros y visitar con ellos los bosques que estaban al borde del mar; era para ver si no había emboscadas, y nada era efectivamente más fácil que impedir allí el desembarque. Esto se hizo con suma diligencia y no habiendo encontrado a nadie el señor Ducasse, arboló un pabellón blanco en una roca, como se había convenido con el general. Las tropas estaban todas listas en las chalupas; partieron al instante y sin ningún obstáculo hicieron su desembarco en una ensenada de arena, fuera de la vista del fuerte. Eran dos horas después del mediodía cuando el señor Ducasse se puso en camino con sus negros hacia la laguna y encontró los caminos sumamente rudos. El señor de Pointis lo seguía a la cabeza de un cuerpo de granaderos y a medida que los batallones se formaban, se les hacía desfilar para llegar a un bosque, por el cual pudieran acercarse a la fortaleza sin ser descubiertos.

Descripción del fuerte de Bocachica; accesos de ese fuerte. — Se trataba de cortar la comunicación entre esa plaza y la ciudad y esto hubiera sido fácil, por no haber en ese lugar sino un medio cuarto de legua de paso de mar en la laguna, si no hubiera habido

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

que tomar un largo rodeo por el bosque, que se encontró muy espeso y sumamente molesto. Fueron destacados negros para hacer el camino y el señor Ducasse para apoyarlos con 150 filibusteros. Los señores de Pointis, de Levi y de Sorel iban después a la cabeza de los granaderos, a quienes parecidamente se les había hecho tomar podadoras para acabar de abrir los caminos; y luego que se hubo caminado así un cuarto de legua, se encontró un sendero que llevaba del fuerte a la ciudad. El señor de Pointis hizo avanzar por allí a cien granaderos y fue a colocarlos a tiro de fusil del fuerte, del que los ocultaba el espesor del bosque; luego hizo varios pequeños destacamentos a la derecha y a la izquierda para impedir las sorpresas y las salidas.

Mientras se establecían así en tierra, el *Saint Louys,* echándose un poco al largo, comenzó hacia las tres a cañonear a Bocachica. El *Sceptre* y el *Fort* hicieron lo mismo poco después; la galeota y dos transportes lanzaron también algunas bombas; esto duró hasta la medianoche y los enemigos no contestaron sino con un fuego muy lento. Hacia las seis de la tarde, el señor de Pointis, luego de haber atravesado una llanura que no está más que a un tiro de fusil del fuerte, se encontró al pie de un pequeño collado, donde había una aldea abandonada y desde donde se tenía toda la comodidad para examinar la plaza. Era un cuadrado regular, rodeado de un buen foso de 18 pies de profundidad y de seis toesas de ancho; los accesos por todos los lados están sobre una roca muy dura: las murallas tenían 32 pies de alto y ocho de espesor y eran de una piedra tan dura que una bala de 36, disparada al alcance de un mosquete, no hacía más que blanquearla; la muralla era de 40 pies, los bastiones y las cortinas del lado de tierra estaban llenos, pero del lado del mar eran cisternas y almacenes con terrazas a prueba de bombas. Había cerca de 18 pies de galería, 24 piezas de alojamiento, 80 pies de plaza de armas y sobre la muralla 33 piezas de cañón montadas todas en barbeta.

Toma de una piragua cargada de hombres y de municiones. — Como era aún pleno día, cuando se llegó a la aldea, se tuvo todo el tiempo para alojarse en ella. El general hizo avanzar allí dos compañías de granaderos, que pasaron en el lugar la noche, así como el batallón de la Chesneau y 300 filibusteros. El batallón de Bresme fue colocado en medio del bosque, en el cruce del pequeño sendero y del camino, que se había cortado y se hicieron varios destacamentos para guardar las avenidas: siendo la noche bastante oscura, los señores de Sorel y de Canette dieron la vuelta a la plaza al borde del

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

foso, sin ser vistos; los señores de Pointis, de Levi y Joncourt, que se acercaron también, volvieron sondeando el terreno, que a cierta distancia se encontró adecuado para hacer trincheras y fajinas. A las once de la noche, el señor du Buisson de Varennes, que mandaba del lado del mar, propuso al señor de Pointis hacer batería de morteros en una eminencia que estaba muy cercana al fuerte; y habiendo consentido en ello el general, se trabajó con tanta diligencia que estuvo en situación de disparar desde el siguiente día 16, a las diez horas. El mismo día muy de mañana, mientras se preparaban todas las cosas para el ataque, se descubrió una gran piragua, en la que había 60 hombres y municiones de guerra, que el gobernador de Cartagena enviaba a Bocachica. Los filibusteros dispararon contra ella, y mataron a quince o dieciséis hombres; otros, habiendo querido salvarse a nado se ahogaron y el resto fue capturado; había en ese barco dos frailes, de quienes se supo lo que ya había sabido la víspera el señor Ducasse por prisioneros, que había hecho en su camino: a saber, que los galeones estaban en Portobelo. Añadieron que desde fines de octubre se los esperaba en Cartagena y que su estancia en Portobelo había sido ese año mucho más larga que de ordinario.

La plaza es batida por todas partes. — El señor de Pointis envió a uno de estos religiosos con un tambor al gobernador de Bocachica, para representarle la imposibilidad de defenderse contra tantas fuerzas y hacerle propuestas ventajosas; pero aunque este enviado, ante el cual se había hecho pasar varias veces todas las tropas, haciéndole creer cada vez que eran nuevas; y se le había paseado por todas las baterías, empleara toda su elocuencia en querer persuadir aquello de que él mismo estaba convencido; el gobernador hizo responder que no era todavía tiempo de capitular y que si se encontrara reducido a hacerlo aprovecharía las ofertas que se le hacían. Entonces los morteros, de los que se había puesto una segunda batería en tierra y los que estaban montados en la galeota y en los transportes, comenzaron a disparar; y habiéndose acercado el *Fort,* hizo también un fuego grandísimo. A las dos horas del mediodía, dos grandes barcos o medio galeras, en las que había 300 hombres, aparecieron con el viento detrás, tomando el camino de Bocachica: los filibusteros se colocaron en posición de disparar sobre ellos, pero estando demasiado al descubierto, los barcos tomaron el largo y siguieron su camino hacia el fuerte. Los filibusteros, a quienes los señores de Sorel, de Goyon, Canette, algunos otros oficiales, y hasta soldados habían venido a unirse, se adelantaron sobre la playa e hicieron gran fuego, de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

manera que los barcos, pensando que les sería inútil avanzar, volvieron la borda y regresaron a Cartagena. Un momento después, el señor Ducasse, viendo a su gente demasiado expuesta al cañón del fuerte, les propuso armar dos barcos para correr contra los de los enemigos; pero en vez de seguirle, se volvieron derechamente al fuerte e hicieron un fuego tan grande de mosquetería que obligaron pronto a los enemigos a cesar el de sus cañones. Avanzaron así hasta el pie de la contraescarpa, donde habiendo encontrado un extremo de camino cubierto que hacía un alojamiento natural, se colocaron allí. El señor de Pointis, viéndolos tomar ese camino y dejar solo al señor Ducasse, creyó primero que huían y habiéndose llegado a este gobernador le dije que él se quejaba de tener que verse con tal gente; pero Ducasse le respondió que había que dejarlos hacer y que ellos pronto darían cuenta del fuerte. No hizo sino reírse, dándose empero buena cuenta de la actitud de los filibusteros y sabiendo que el señor de Sorel por un lado, los señores de Goyon, Canette y el caballero Marin por el otro, se habían también acercado a la plaza con muchos oficiales, creyó deber apoyarlos y concibió alguna esperanza de que un ataque comenzado tan aturdidamente podría tener las consecuencias de que el señor Ducasse se había halagado.

Toma de Bocachica. — Quedaban todavía algunos filibusteros detrás y éstos realmente huían: los primeros disparos de cañón de los enemigos, al echar por tierra a varios de sus camaradas, el temor se había apoderado de ellos. El señor Ducasse les gritó que volviearn, pero ya no escuchaban nada; el señor de Pointis, que los encontró, corrió contra ellos bastón en mano, pero consiguió poco. Entonces el general, acompañado de los señores de Levi y Ducasse, marchó hacia el mar y cuando hubo dado unos cien pasos, mandó a la Chesneau, teniente de navío y comandante de un batallón de granaderos que fuera a apoyar a los otros filibusteros. Estos seguían haciendo un fuego terrible y no sólo el cañón del fuerte ya no disparaba, sino que los mismos mosqueteros no se atrevían ya a disparar sino a cubierto de sus trincheras. Entonces todo se puso en movimiento: los filibusteros, con quienes los fugitivos por fin se habían reunido, rodearon casi el fuerte, habían colocado sus banderas al borde del foso, se habían hecho dueños de la entrada del puente y pedían escalas; del Buisson de Varennes, que estaba en el puesto del desembarco con dos batallones, corrió con las tropas a través del bosque; el señor de Coëtlogon bajó a tierra con mucha gente y escalas, y los señores de Pointis, de Levi y Ducasse ganaron también el pie de la contraescarpa;

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

pero en el momento en que llegaban, el gobernador arboló bandera blanca. La guarnición apareció al mismo tiempo sobre la muralla y preguntó si había buen cuartel. El señor de Pointis se adelantó sobre el puente e hizo decir que había buen cuartel, pero que era todo y que si no se echaban inmediatamente las armas en el foso iría a hacer plantar las escalas, después de lo cual no respondía de nada. Se vieron enseguida volar las armas y los sombreros y el fuerte resonó con clamores de *Viva el rey*.

Entonces el señor de Pointis se presentó en la puerta, que tomó mucho tiempo abrir, porque estaba sumamente embarazada con barricadas; comenzó a impacientarse y a hacer gran ruido, cuando un hombre, que bajó con una cuerda, vino a darle excusas de parte del gobernador; y un momento después se abrió la puerta. El gobernador don Francisco Jiménez se acercó inmediatamente con las llaves en la mano y al presentarlas al general francés, le dijo que le entregaba las llaves de todas las Indias españolas. El señor de Pointis le concedió la libertad a su persona, a algunos de los principales oficiales y al presidente de Santa Marta, que se había encontrado encerrado en la plaza y que él mismo había sido herido. Así fue como el fuerte de Bocachica sucumbió desde el primer día del sitio, ante la afortunada temeridad de una tropa de filibusteros, que perdieron cerca de 40 de los suyos, casi todos cuando al descubrirse corriendo por la playa sufrieron el fuego de los enemigos; hubo otros tantos heridos; el señor Ducasse lo fue en el muslo; el señor Canette, ingeniero, en el brazo; y el señor Marin en las rodillas: este último murió de su herida. Había en este fuerte provisiones y víveres para dos meses; la guarnición había sido de 300 hombres, según el señor de Pointis, y de 200 según otros; cerca de la tercera parte fue muerta o herida. Allí se puso la roca del vigía con cien soldados de las guarniciones de la costa; pero no se quiso permitir entrar a ningún filibustero, hasta fueron maltratados bastante por los oficiales, que los amenazaron con disparar sobre ellos si no se alejaban. Era, se decía, la única condición puesta por los españoles; pero no se ve demasiado la razón de ello, ya que salían de la plaza.

Los filibusteros reciben orden de dirigirse para tomar Nuestra Señora de la Popa. Sedición por esto. — El día siguiente, 17, los barcos, después que se hubo vuelto a embarcar una parte de la gente y los morteros, comenzaron a remolcarse para entrar en la Laguna; esto llevó todo el día y se dejó para el 18 la marcha que había de hacerse para atacar el fuerte de Santa Cruz. El *Vermandois* entró el prime-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ro y fue a anclar a la vista de la ciudad; pero desde que apareció, los españoles pusieron fuego a tres galeones y a una media galera que tenían en el puerto, luego hundieron algunos otros barcos en el paso, que es sumamente estrecho entre las islitas de que hablé. Los filibusteros hacían siempre mucho ruido por la afrenta que pretendían haber recibido; para consolarlos se les propuso ir a tomar y saquear a Nuestra Señora de la Popa; consintieron en ello y a las cuatro de la tarde fueron embarcados para pasar al otro lado de la Laguna. Como la herida del señor Ducasse no le permitió ponerse a su cabeza, el señor de Galifet fue encargado de esta expedición; los filibusteros no dudaban ni del valor ni de la capacidad de este oficial, pero ya dije que no lo amaban y declararon muy claramente que no marcharían bajo sus órdenes, y hasta hubo quienes, no estando todavía en las chalupas, se negaron a entrar en ellas. Los amenazó y usó, según se dice, de algunos manotazos para hacer embarcar a uno de esos sediciosos; pero este hombre se defendió y lo cogió por la corbata.

Llevó inmediatamente su queja al general, que habiéndose hecho mostrar al culpable, ordenó que se le atara a un árbol, que se llamara a un confesor y que luego de haberse confesado se le partiera la cabeza. Ya no quedaba sino el último acto de esta tragedia, cuando el señor de Galifet, que creyó favorable esta ocasión para volverse a ganar a los filibusteros, vino a pedir gracia. El señor de Pointis se hizo muy difícil; pero al fin se dejó vencer y el paciente fue liberado. Se había advertido al general que el capitán Pierre era uno de los que habían levantado el estandarte de la rebelión y ese capitán ya se había embarcado; el señor de Pointis se fue a una lancha, fue a apoderarse de él a bordo de ella y le dijo que se preparara a morir. Añade en su diario que este golpe de autoridad consternó a toda la tropa y que causó tanta sumisión, acompañada de grandes voces de *¡Viva el rey!*, que no pudo dejar de conceder gracia; pero que lo hizo declarando a los filibusteros que a la primera queja que el señor de Galifet le llevara contra ellos, los haría diezmar. Otras memorias refieren las cosas de otra manera y dicen que el señor de Pointis concedió gracia porque no había otra manera de salir de un paso malísimo, en que lo había enredado su excesiva confianza propia y de retirarse de las manos de gentes que parecían dispuestas a todo y que estaban enfurecidas. Lo cierto es que la gracia fue concedida con las condiciones de que el señor de Galifet sería recibido por comandante. El convento de Nuestra Señora de la Popa y las fortificaciones hechas allí no costaron a los filibusteros más que el viaje; pero encontraron todo el lugar

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

abandonado y enteramente desguarnecido, de manera que allí no hicieron ningún botín.

El fuerte de Santa Cruz abandonado. — El 18, habiéndose asegurado el señor de Pointis de ser apoyado por los barcos que habían entrado en la Laguna, se puso en camino al rayar el día con la mejor parte de las tropas, a las que había hecho tomar víveres para dos días, y llegó hacia el mediodía a un viejo castillo arruinado, a media legua de Santa Cruz. El vizconde de Coëtlogon, que estaba de servicio ese día, tomó luego la delantera con una parte de los granaderos, para ir a escoger un campamento cómodo y lo más cercano que se pudiera a ese fuerte, que el *Vermandois* recibió orden de cañonear. El general, luego de haber refrescado un poco a sus tropas, le siguió de cerca y no había caminado mucho, cuando oficiales enviados por el señor de Coëtlogon le vinieron a informar que el fuerte estaba evacuado, el cañón llevado y el alojamiento incendiado. Era sin embargo una plaza muy buena: era menor y menos regular que Bocachica; pero tenía buenos fosos, un camino cubierto y una explanada en buen estado; era inaccesible por el lado de tierra, a causa de los pantanos y de los bosques recientemente cortados, que durante más de una legua hacían impracticables los acercamientos. Por su parte, su cañón hubiera podido impedir a los barcos que avanzaran hacia la ciudad para cañonearla. Pero el gobernador de Cartagena no quería correr los riesgos de perder también esta guarnición y no pudo persuadirse de que Santa Cruz pudiera mantenerse largo tiempo ante gente que había tomado a Bocachica como jugando.

Como era temprano cuando el señor de Pointis se vio con el señor de Coëtlogon, quiso aprovechar lo que quedaba del día para considerar a Cartagena de esa parte y se acercó mucho, acompañado por los señores de Levi y de Sorel. Observó que entre el mar y las marismas no había más que una cresta de arena de unas 20 toesas, en la que batían tres bastiones, y tan baja que al parecer no se cavarían dos pies sin encontrar agua. Las murallas estaban llenas de personas de todas las condiciones, que miraban el campo de los franceses, el que se extendía desde Santa Cruz hasta el lugar donde estaba el general y su actitud parecía muy segura; lo que no impidió al señor de Pointis enviar a intimar al gobernador don Diego de los Ríos, quien le contestó que si se le atacaba bien, él se defendería todavía mejor. Al acercarse la noche, el general, que no había podido ver bien distintamente el pie de la muralla, y que quería saber si había un foso, dio orden al señor de Bremes que fuera a reconocerla;

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

fue de Bremes e informó que el agua de la marisma bañaba casi todo el pie de las murallas, que dominaba solamente alrededor de una parte del bastión más grande, llamado de Santo Domingo, una orilla de arena, y que por el otro lado ese bastión tenía el pie en el agua. Ante este informe, se juzgó que sería locura querer atacar la ciudad por esta parte y que había que pasar el agua para hacer el asedio de Hihimani. El señor de Paty fue enviado con los negros que mandaba, para buscar un lugar adecuado al desembarco y como hubiera informado que había encontrado dos, los señores de Pointis, de Levi y de Sorel atravesaron en ese momento con los granaderos y el batallón de la Chesneau, llevados por prisioneros que Paty había hecho y que los condujeron sumamente bien. Desembarcaron ante la altura sobre la que estaba construido el fuerte de San Lázaro y encontraron allí al señor de Galifet, que después de haber dejado en Nuestra Señora de la Popa un destacamento para guardar ese puesto, se había adelantado para atacar a San Lázaro; pero su tropa, con la que no estaba bien reconciliado, no había querido atacar. Los señores de Coëtlogon, la Motte Michel y la Motte d'Herant pasaron luego con las tropas, no habiendo dejado más que veinte hombres con un sargento en Santa Cruz, y el batallón de Bremes entre ese fuerte y la ciudad, para observar los movimientos de los enemigos.

Toma del fuerte de San Lázaro. — Mientras las tropas pasaban, el general se puso a la cabeza de los granaderos, marchó al fuerte San Lázaro y a la entrada de la noche llegó a una aldea abandonada al pie de la montaña, sobre la que el fuerte está construido. Tuvo todavía tiempo de examinar bien todas las cosas desde ese lugar y luego fue a acampar entre el fuerte y Nuestra Señora de la Popa, en otra aldea, donde las tropas se le unieron durante la noche. La mañana del 20, el señor Dubuisson recibió orden de entrar en la pequeña rada con cuatro barcos, para cañonear las dos ciudades y apoyar la galeota y los dos transportes, que debían bombardearlas; pero halló los vientos tan contrarios y el paso tan estrecho, que entró sólo con el *Vermandois* que mandaba. El *Saint Loüis* entró al día siguiente y ese día un transporte y una galeota comenzaron a bombardear. El otro transporte se fue a pique al ir a tomar su puesto; se le sacó el 22 y se colocó su mortero en tierra. Para volver al ataque a San Lázaro, veinte filibusteros fueron colocados el 20 sobre la cumbre de una montaña, que dominaba este fuerte, y eso para favorecer a los trabajadores que comenzaron a abrir un camino en el bosque, a fin de llegar a otra montaña, a la derecha, a medio alcance de fusil

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

del fuerte y poner allí un mortero. Estos trabajadores estaban apoyados por granaderos y a medida que se abría el camino se hacía desfilar a las tropas. A las dos horas se llegó a un terreno descubierto, que está al pie de la montaña sobre la que estaba construido San Lázaro, y se hizo avanzar a las tropas que marcharon a tambor batiente. Se sacaron de allí dos caminos en el bosque, para abrazar la montaña y el fuerte; el señor de Pointis tomó el de la izquierda y el señor de Levi el de la derecha: caminaron hasta media costa sin ser vistos, pero en seguida se les descubrió y se disparó contra ellos con éxito. A este fuego se opusieron el de los granaderos y el de los filibusteros, que era siempre muy vivo. Por fin los señores de Pointis y de Levi llegaron al pie de las murallas y fueron en seguida seguidos por todas las tropas; lo que asombró tanto a la guarnición, que abandonó la plaza y se retiró a Hihimani. San Lázaro no era de consideración sino por su situación y no tenía sino seis cañones montados, que fueron al principio apuntados contra la ciudad baja, por el señor de Mornay, que había recibido orden de entrar en la plaza con cien filibusteros.

Ataque de Hihimani. — Desde que estuvieron allí, el cañón de Hihimani empezó a hacer un fuego tan terrible sobre el fuerte y sobre las tropas, que hubo que ponerse a cubierto detrás de la montaña. Los franceses tuvieron en este ataque 60 hombres muertos o heridos, con el señor de Vezins entre los primeros y los señores Simonnet y de Vaujour entre los segundos. El 21 no se hizo nada del lado de tierra; el 22, el mortero del transporte, que se había hundido, se puso de nuevo en condiciones y comenzó a batir una obra que estaba en el medio del puente de Hihimani en la tierra grande. Siendo siempre muy fuerte el fuego de esta plaza, el señor de Pointis fue herido en lo alto del pecho, lo que le obligó a guardar cama durante varios días y a dejar el mando al señor de Levi. Eran las dos de la tarde cuando la batería de que acabo de hablar comenzó a disparar y de las seis primeras bombas cayeron dos en la obra; donde hicieron tal efecto que los enemigos la abandonaron. El 23 se trabajó en una batería de dos cañones, que no pudieron disparar hasta el 24. Los enemigos respondieron y hubo tanta gente herida que hubo que abandonar esa batería. El 25 se levantaron otras dos a la derecha y a la izquierda de San Lázaro y por la suma diligencia de los señores de Levi y de Coëtlogon comenzaron a disparar el 26 hacia las nueve de la mañana. El mismo día se hizo una tercera para batir en brecha y comenzó a disparar el 27 contra la puerta de Hihimani. La noche

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

siguiente se abrió la trinchera en la puerta de la capilla de la aldea, de que he hablado y fue llevada hasta el puente. La noche del 29 al 30 se trabajó en una cuarta batería a la cabeza de la trinchera, para arrasar dos flancos que defendían el puente y se trabajó con tanta mayor facilidad cuanto que el fuego de los enemigos había disminuido mucho.

Se toma un barco venido de Portobelo. — La ocupación del mayor número de los filibusteros durante todos estos ataques fue el hacer fuego con sus bucaneros sobre las baterías de los sitiados, hacer partidas para tomar prisioneros, asolar el país y sobre todo descartar los socorros que se trataban de introducir en la ciudad; comisiones que desempeñaron a la perfección. Por falta de caballos y otras bestias de carga se usaba a los negros y a los marineros, a quienes la gente de la costa llamaba los negros blancos, en arrastrar los cañones y los morteros, en llevar las balas y en levantar las baterías. Entre tanto una barca despachada desde Portobelo por el general de los galeones al gobernador de Cartagena entró sin desconfiar nada en Bocachica y fue detenida por las fragatas el *Marin* y el *Avenant,* que se habían dejado allí. Se encontraron en ellas cartas en respuesta a las informaciones que el gobernador daba de acercarse los franceses y entraban en una lista detalladísima de precauciones que se debía tomar para poner los galeones y su carga en seguro. Señalaban particularmente que una parte de la plata había sido desembarcada ya en los castillos y que se había diferido la resolución de hacer volver llevarlo todo a Panamá, hasta que se supiera más del plan de los franceses, sobre lo que el general deseaba mucho ser enterado.

Hihimani tomada por asalto. — El 30 el señor Ducasse montó la guardia en la trinchera con el señor de Marolles, 150 hombres del batallón que éste mandaba, la compañía de los granaderos de Montrosier, 100 filibusteros y algunos negros. A las diez, uno de estos negros, que era natural de Cartagena, se adelantó hasta el pie de la brecha, teniendo en la mano una bandera de parlamento. Se llegó a él y se le preguntó si estaba encargado de alguna propuesta; contestó que había venido a tener noticias de sus padres y que tenía un consejo que dar a sus compatriotas, que era no esperar a que los forzaran; que tenían que verse con gente a quienes nada resistía y que no darían cuartel a nadie si se les dejaba subir sobre la brecha. Esta conversación hizo cesar por algún tiempo las baterías; el señor Ducasse se acercó con algunos oficiales, apareció el co-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mandante español y se le repitió lo que el negro acababa de decir. Pidió dos horas de suspensión de hostilidades para conferenciar con el gobernador y se le ofreció no disparar durante media hora, después de lo cual se le advirtió que no se oiría nada más. Sin embargo, el señor Ducasse se aprovechó de la ocasión para observar la brecha muy de cerca y la encontró practicable. Fue inmediatamente a dar su información al señor de Pointis y le aconsejó hacer dar inmediatamente el asalto, que había quedado resuelto para el día siguiente. El señor de Pointis y las tropas fueron mandadas en este orden.

Luego de las de la trinchera, marchaban 200 granaderos, seguidos por los batallones de la Chesneau; luego el de Pimont con las palas y las herramientas; 150 hombres de Marolles, el batallón de Bresme, el de Simonnet, los filibusteros, los habitantes de la costa y los negros. A las cuatro horas, el señor de Pointis se hizo llevar a la batería real y desde que estuvo allí dio orden de atacar. Los señores Ducasse, de Marolles, de Montrosier y du Rollon salieron inmediatamente a la cabeza de los granaderos de la trinchera; el señor Ducasse tenía todavía consigo 30 voluntarios que en nada lo abandonaban y se distinguieron en todos los encuentros. Los señores de Levi, de Coëtlogon y de Sorel los siguieron con muchos oficiales; los filibusteros mandados por Macari y apoyados por el batallón de la Chesneau marchaban después, pero viendo a las tropas seguir los desviaderos de los pasadizos y de los caminos cubiertos, cortaron por lo derecho y forzaron un paso antes de que hubieran llegado los granaderos. El señor Ducasse y el señor le Page se habían puesto a su cabeza y el primero arboló sobre el muro el pabellón de Francia. Sin embargo los bastiones de la plaza, que desde hacía dos días no disparaban casi nada, hicieron un fuego fortísimo, lo que no impidió a las tropas que salieran a ejemplo de los filibusteros por encima de la trinchera y marcharan al descubierto el espacio de más de 150 toesas hasta el pie de la brecha. Los dos Marolles, Montrosier y du Rollon avanzaron a los granaderos veinte pasos, pero se vieron detenidos hacia la mitad de la brecha y los cuatro fueron heridos. Los señores de Levi y de Sorel y varios oficiales llegaron al momento con algunos granaderos, hicieron abandonar la brecha a los enemigos y se hicieron dueños de la plataforma por encima de la puerta.

Se pensó luego en desalojar a los enemigos colocados en dos flancos, que batían el pie de la brecha, desde donde molestaban mucho a las tropas, y se lo consiguió a tiros de fusil y de granadas. Los de los nuestros, que habían subido a la plataforma, quisieron bajar entonces, pero estando a la mitad de las rampas, fueron atacados

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

por gente atrincherada bajo la bóveda. El combate fue bastante vivo pero al cabo de un cuarto de hora los españoles fueron forzados y casi todos pasados al filo de la espada. El comandante de Hihimani se había hecho llevar en un sillón y daba las órdenes con gran presencia de espíritu; al fin, viéndolo todo desesperado, dio su nombre y fue hecho prisionero. Estando libre este paso, las tropas tomaron a la derecha y a la izquierda, a lo largo de una gran calle que lleva a la puerta de Cartagena, llevando siempre a los enemigos luchando. Estos, cuando estuvieron a la vista de esta puerta, se pusieron firmes, pero se los rechazó hasta el puente que une ambas ciudades y habiendo sido cerrada la puerta, una parte de los españoles quedó fuera. Volvieron entonces a la carga e hicieron retroceder a algunos de los nuestros, que los habían seguido más de cerca, pero que habiéndose unido al grueso de las tropas, los rechazaron a su vez. No se dudó entonces que hubieran vuelto a entrar en la ciudad, porque la noche había impedido ver que la puerta estaba cerrada. Así ya no se pensó sino en atrincherarse a la cabeza de las calles, esperando el día.

Pérdidas de los sitiadores. — Mientras se estaba ocupado en esto, los enemigos, que habían quedado en Hihimani, intentaron una segunda carga; pero se disparó contra ellos y huyeron hacia la puerta de la ciudad, que se les abrió y luego volvieron a hacer gran fuego contra nuestros atrincheramientos. Tuvimos ese día 250 hombres muertos o heridos: en la última carga de los enemigos, el vizconde de Coëtlogon recibió en la espalda una herida que al principio no pareció peligrosa y de la que murió sin embargo poco después. El caballero de Marolles y el caballero du Rollon tuvieron una pierna rota, se les cortó y no se les pudo salvar. Al caballero de Pointis, sobrino del general, le partieron la rodilla y murió también. El señor Ducasse, que había aparecido el primero en lo alto de la brecha con el sable en la mano con sus voluntarios, y muchos filibusteros, fue herido en tres lugares y dijo que no se preocupaba de morir después de esta acción. Los otros heridos fueron los señores de Sorel, de Foüilleuse, de Forille, de Marigni, Hoüillon, de Francine, de Montrosier, de Boucy, de Saint Julien, de Vaujours, de Vignancourt, de Goyon, de Moussac y de la Garde. Pero la pérdida fue incomparablemente mayor de parte de los enemigos; hubo en una sola vez 200, que habiéndose refugiado en una iglesia fueron pasados todos al filo de la espada.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La ciudad alta se entrega. — El día siguiente, primero de mayo y el otro a continuación, se trabajó en hacer baterías y en montar cañones sobre los bastiones de Hihimani para batir la ciudad, que se bombardeó también siempre por mar y por tierra. Al tercero los sitiadores hicieron gran fuego con sus cañones; el señor Dubuisson puso al través el *Vermandois* y el *Sceptre* para contestar; lo que consiguió de tal manera, que el gobernador, sin esperar el efecto de las baterías de que hablamos, hizo arbolar varias banderas blancas y entregarse. Envió luego diputados al señor de Pointis, para preguntarle lo que deseaba; el general contestó que quería la ciudad y todo lo que había dentro; que se comenzara por darle rehenes y que por su parte no daba sino su palabra: añaden que habiendo querido los delegados hablar de capitulación, se les dijo que los conquistadores no capitulaban en nada. El mismo día se tuvo aviso de que iban a llegar inmediatamente 11.000 hombres de socorro, los que debían entrar a la noche por el fuerte de Santa Catalina a favor de un ataque que harían al campamento. Inmediatamente el señor Ducasse fue colocado con 800 hombres hacia el bastión Santa Catalina y el señor Dubuysson con 500 hacia el bastión real; el resto de las tropas quedó toda la noche bajo las armas y al día siguiente se supo que el socorro se había retirado al saber la pérdida de Hihimani. El señor de Pointis no habla más que de 500 filibusteros mandados por el señor Ducasse y de un batallón de 300 hombres, que fue a esperar al enemigo en desfiladeros por donde tenía que pasar. El general añade que al día siguiente envió al señor de Galifet con una tropa menor para rechazar a los enemigos, si aparecían, pero que no lo hicieron.

Artículos de la capitulación. — El tres de mayo, el señor de Pointis, que había tomado el partido de usar de cortesía con el gobernador de Cartagena, firmó por fin una capitulación, cuyos artículos principales son: 1. Que saldría por la brecha con todos los que llevaban armas, a tambor batiente y cuatro piezas de cañón. 2. Que los tesoros del rey católico y otros efectos pertenecientes a ese príncipe, serían remitidos al general por quienes los tuvieran en sus manos, con los libros de verificación. Que los comerciantes le llevarían también los suyos y le pondrían en la mano toda la plata y los efectos de que estaban encargados para sus corresponsales. 3. Que se haría una suma para el viaje de los que tomaran el partido de irse y que se les dejaría un número de esclavos necesarios para el servicio de cada uno, según su estado y su calidad. 4. Que los habitantes estarían obligados, so pena de confiscación completa, a decla-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

rar todo el oro, la plata y las piedras que tenían, y que se les dejaría la mitad. 5. Que no se tocarían las iglesias ni los conventos. 6. Que quedaría libre a cada cual retirarse a donde le pareciera bien, abandonando todos sus bienes, que serían confiscados. 7. Que quienes quisieran quedarse serían mantenidos con el dinero aproximado en sus posiciones, como los demás súbditos del rey.

El señor de Pointis toma posesión de Cartagena. — Sobre lo que se había concertado que cada cual llevara una cierta suma de dinero para mantenerse, y esto a condición de ser registrado, el gobernador mandó a pedir al general que concediera a los principales oficiales y a algunas otras personas de consideración el doble de lo que se había convenido. Esto subía a 2.000 escudos por cabeza; pero como no se pedía esta gracia para un número grande de personas, fue concedida. El general tomó luego sus precauciones para impedir que quienes quisieran retirarse no lo hicieran sin haber declarado lo que tenían de dinero; y el sexto, el conde de los Ríos, seguido de lo que pasaba por su guarnición en número de 2.800 hombres bajo las armas, salió entre dos filas, formadas por todo lo que se había podido reunir de soldados, de filibusteros, de habitantes y de marineros.

Iba a caballo, así como el general; lo saludó con la espada y después de algunas palabras urbanas, siguió su camino con la bandera de la ciudad y dos piezas de cañón, no habiendo podido llevar las otras dos por falta de dotación. Se registró con mucho cuidado a los primeros, pero como esto tardaba bastante y no se producía gran cosa, el general hizo cesar para no llegar a la noche con esta molestia. Bajó luego del caballo, que ya no podía soportar a causa de la herida y habiéndose hecho poner en un sillón entró en la ciudad precedido del batallón de granaderos y rodeado de todos los guardiamarinas. Fue primero a la catedral, donde hizo cantar el *Te Deum;* luego hizo publicar que daría el diezmo a todos los que aportaran de buena fe su dinero y a los que denunciaran a los particulares que no lo declararan. En seguida hizo llamar a los superiores de las casas religiosas y les dijo que la conservación, que les había sido prometida, consistía en no ser dañados en modo alguno en cuanto no era plata, que él se había reservado en términos formales, sin lo cual no hubiera dependido más que de ellos el reunir en sus casas todas las riquezas de la ciudad.

Botín hecho en Cartagena. — Estas declaracionees tuvieron una parte de efecto. Durante varios días no se daba abasto a recibir y a

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

pesar las especies. Sin embargo, el señor de Pointis asegura que como se había sido avisado pronto por tres informes consecutivos del rey de España, mucha gente había hecho traslados a la primera alarma: que todas las mujeres de alguna consideración habían salido con todas sus piedras, las religiosas y 120 mulos cargados de oro y se habían retirado a cuarenta leguas de allí; de suerte que cuando aunque no se había fallado en el primer desembarco intentado para apoderarse de Nuestra Señora de la Popa, con todo se había llegado demasiado tarde. Añade que el honor que se acababa de adquirir para las armas del rey y ocho o nueve millones que los españoles les habían guardado, le consolaron un poco de esta pérdida. Pero no dice que esos millones eran millones de escudos. Mucha gente ha llegado a asegurar que el botín había sido de cuarenta millones de libras. Según la cuenta del señor Ducasse, fue de más de veinte millones sin contar las mercancías preciosas, que fueron apartadas con cinco o seis millones en oro o en plata. Otra Memoria añade que no se le permitió a ningún soldado entrar en una sola casa, sin que hubiera sido bien visitada por los oficiales, los principales de los cuales, antes de partir tenían cada uno cien mil escudos, sin lo que debía corresponderles sobre el armamento. Cuando a la honra que los franceses habían ganado por su bravura, hay que convenir que la perdieron por los crímenes más odiosos y los excesos más escandalosos. La capitulación violada, las iglesias profanadas, su platería robada, las arcas de los santos rotas, las vírgenes despojadas hasta en los altares, la molestia causada a los religiosos, gran número de enfermos que se decía no podían valerse y que se temía comunicaran su mal a los demás, abandonados sin socorro en el hospital, donde murieron de rabia y desesperación; (los filibusteros que volvieron a Cartagena, como veremos en seguida, contaron haber encontrado a uno que respiraba todavía y que se había comido el brazo, y que otros se habían comido las piernas): todo esto sin duda hace desear a quienes son celosos de la verdadera gloria de la nación, que una conquista tan pregonada pudiera ser olvidada. Se sabe el pesar que causó al rey lo poco que se le informó de estos escándalos y la religiosa generosidad con la que armó un barco a propósito para devolver a Cartagena la plata y las otras cosas sagradas de que se había despojado a las iglesias.

Conducta del señor de Pointis. — Es verdad que no comenzaron pronto estos excesos. El mismo señor de Pointis hasta había hecho publicar órdenes muy severas y le hizo partir la cabeza a su primer carpintero, que había entrado en una casa a pesar de sus prohibicio-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

nes y había robado algo. No era tampoco dueño de los filibusteros y como estaba muy resuelto a no mantener la palabra que les había dado, pensó primero en los medios de impedirles entrar en la ciudad. Algunas Memorias dicen que habiendo hecho correr el rumor de que un ejército de 10.000 indios se acercaban, propuso a la gente de la costa ir ante ellos. Se dice que cayeron en el lazo y mientras corrían tras un enemigo quimérico, el general apartó todo lo que juzgó conveniente. Al cabo de algunos días regresaron nuestros valientes y desde que aparecieron el general les mandó a decir que había encontrado muy pocas riquezas en Cartagena y que no les aconsejaba entrar en ella, por temor a alguna rebelión. Recibieron este mensaje con los juramentos y las imprecaciones que se pueden imaginar y después de haber echado el primer fuego, quisieron ir ellos mismos a enterarse de lo que pasaba en la ciudad. Encontraron las puertas cerradas y guardadas por las tropas del rey; y poco faltó, se añade, para que al momento no se pusieran en condición de dar el asalto; pero el señor de Pointis les mandó a decir que su plan no había sido nunca prohibirles la entrada en Cartagena, que él sólo deseaba que no entraran tan pronto ni todos a la vez, por temor de enfurecer a los habitantes, que temían extraordinariamente su presencia; y que habiendo tratado con mucha franqueza, merecían bien que se tuvieran algunos arreglos con ellos. El señor Ducasse no dice nada de todo esto, sino que la gente de la costa no tuvo libertad para entrar en Cartagena durante todo el tiempo que se empleó en contar el oro, la plata y las piedras.

Conducta de éstos con los habitantes de Cartagena. — Se puede creer ciertamente que cuando estuvieron allí una vez, no se portaron con mayor moderación que los otros. Hicieron buenas bien pronto las aprensiones de los habitantes, quienes para garantizarse de las afrentas que recibían, tomaron una estratagema que resultó primero para algunos; fue el tomar a filibusteros aun para guardar sus casas y creyeron comporometerlos así pagándoles bien. Los hubo realmente que fueron fieles, pero no lo fue el gran número. El ejemplo mismo de los que no lo fueron corrompió pronto a los demás y hubo finalmente que renunciar a esos guardianes que se hicieron los primeros y más peligrosos ladrones. El señor de Pointis, a quien los interesados iban a dar sus quejas, los oía siempre con bondad y pedía se les hiciera conocer a los culpables, para castigarlos y hacer devolver lo que habían tomado, pero aquí venía la dificultad: el que acababa de dar el golpe, estaba un momento en el hospital, donde aparen-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

taba temblar de fiebre; o bien se disfrazaba de tal modo que no se le podía reconocer. Sus oficiales guardaban un poco más las apariencias; en el fondo saqueaban como los otros.

Lo que sucede entre los señores de Pointis y Ducasse después de la toma de Cartagena. — Sin embargo, desde que se rindió Cartagena, el señor de Pointis declaró que tenía orden de guardarla y nombró gobernador al señor Ducasse. Este quiso empezar el ejercicio de su nuevo cargo entrando en conocimiento de la plaza que se traía; no era ésta la intención del general, quien hizo una querella de alemán al nuevo gobernador acerca de algunos permisos que había dado; y hasta hubo sobre esto palabras sumamente vivas entre estos dos oficiales; Pointis lo tomaba siempre en un tono sumamente altivo y Ducasse no estaba siempre en humor de sufrirlo todo. Por fin este último se retiró a Hihimani y no quiso ya meterse en nada. Algunos días más tarde envió al señor le Page a volver a pedir al señor de Pointis los hombres que había sacado de Santo Domingo y a declararle, en caso de negativa, que le haría responsable del daño que la colonia padeciera de una privación más larga de todas sus fuerzas.

Maltratos hechos a la gente de la costa. — En el fondo, no era el único despecho que hacía actuar en esto al señor Ducasse; moría un gran número de habitantes y de filibusteros y no era solamente el mal aire lo que causaba esta mortandad; los tratamientos que se les hacían y la poca ayuda que recibían en sus enfermedades contribuían mucho a ello. Se les dejaba morir de hambre, varios pasaban dos y tres días sin tomar nada, y todos se veían obligados a comer perros, gatos y caballos, aunque el señor de Pointis se hubiera comprometido a suministrarles víveres y se hubiera contado con esto. Cuando se le quejaban a él o a sus oficiales, contestaban fríamente que esa gente estaba acostumbrada a tal clase de comida. Es verdad que las tropas del rey no eran mejor tratadas y sucedieron cosas sobre esto que hicieron clamar mucho. Sea lo que fuere, el general contestó al señor le Page, que aunque sentía la necesidad de aquellos que se le volvía a reclamar, consentía en que el señor Ducasse los retirara, con tal de que le dejara la cuarta parte de los filibusteros y una parte de los negros. Hasta parece que le hubiera sido muy cómodo que el gobernador de Santo Domingo hubiera tomado inmediatamente ese partido; pero el señor Ducasse no intentaba dejar a Cartagena antes de que se hubiera satisfecho a su gente en lo que debía tocarles de botín.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Volvió pues a enviar a los señores de Galifet y le Page, para representarle que era justo que alguien de la colonia estuviera presente en la entrega del dinero, para calmar los ánimos de tanta gente valiente que tenían en ello un interés tan considerable. El general contestó que la cosa le era en sí misma indiferente, pero que iba contra su dignidad. El gobernador entendió lo que esto quería decir, tanto más cuanto que durante quince días las puertas y los principales puestos de la ciudad habían sido guardados por las tropas del rey y que salvo una compañía de la gente de la costa, que ocupaban un puesto fijo, todos los demás, como dije, estaban mantenidos fuera. Sin embargo, durante estas conversaciones se había hecho entre el señor de Pointis y el señor Ducasse una especie de reconciliación por intermedio de los señores de Sorel, de la Motte d'Herant, de Galifet y de algunos otros oficiales; estos dos señores se habían visto, pero el último seguía no mezclándose en nada más que en los asuntos más comunes, en los que hubiera afectado no querer entrar. Por fin el oro, la plata y las piedras se pusieron en caja; el general advirtió al señor le Page que todos los filibusteros podían entrar, si querían, en la ciudad. Se vendió luego en subasta todo lo mejor que se encontró en los almacenes y el general hizo parecidamente poner el precio en cajas. Entonces el señor Ducasse le envió de nuevo a los señores de Galifet y le Page para advertirle que los aventureros murmuraban mucho de que no se hablara nada de repartir el botín, antes de embarcarlo. Respondió que sus intenciones eran sumamente rectas y que cuando tuviera la cuenta del total, haría el reparto de una manera que los dejaría contentos. Habló de esto a esos señores en tono tan seguro, que los persuadió y no temieron empeñar su palabra y la del señor Ducasse en garantía de la suya ante los interesados, que vinieron así finalmente a tranquilizarse.

No fue por mucho tiempo. Desde el día siguiente la gente de la costa, viendo que se embarcaban todas las cajas, se molestaron de nuevo, resolvieron impedir que se continuara el embarque y parecieron determinados a obligar al general a hacer el reparto. El señor Ducasse, avisado de esto, fue a buscarlos, los conjuró a no apartarse del respeto que debían al rey y a sus oficiales, y añadió que si querían resueltamente llegar a alguna violencia, empezarían por quitarle a él la vida, para no tener el dolor de ser testigo de su desobediencia. Les empeñó de nuevo su palabra de que serían satisfechos y consiguió una vez más contenerlos. El señor de Pointis refiere en su Diario que a la primera propuesta, que le fue hecha por el señor de Galifet, de admitir a alguno de la colonia en todo lo que pasaba en

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

la contaduría, donde se hacía el cálculo, dijo que si le tocara alguna vez encargarse de tal comisión, lo pondría en situación de arrepentirse de ello; aunque para no irritar a la gente, de quienes podía tener necesidad para ayudarle a llevar a Francia los barcos del rey, recompensó a los heridos y dañados, dio gratificaciones considerables a los capitanes y a algunos particulares que se habían distinguido; y creyó que con el bien excesivo que había hecho al señor Ducasse y a sus oficiales, los había reducido a no desear ya nada; pero que sus pretensiones iban mucho más lejos y que ya no pensó sino en salir del enredo mediante la arrogancia y la diligencia.

Se toma el partido de no conservar ni a Cartagena ni a Bocachica. — Lo que hacía temer a este general encontrarse en la necesidad de tener que acudir a la gente de la costa para su regreso a Francia, era que se había encontrado en Cartagena con una estación de mal tiempo, que no falta nunca en esas partes de la costa de las Indias; y apenas era dueño de la ciudad y de los fuertes; que el aire parecía envenenado y que en seis días 800 personas fueron atacadas de enfermedades violentas, de que varios murieron. Es un inconveniente, al que los mismos españoles no han podido atender y más de una vez los galeones han sido degradados en ese puerto por falta de tripulaciones para llevarlos a España. Ahora bien, los menos expuestos a las enfermedades que corrían en aquel tiempo eran las gentes de la costa, más acostumbradas al aire del país: así por poco que aumentara la enfermedad, el señor de Pointis corría peligro de verse a merced de ellos. La aprensión que tuvo de esto lo comprometió a precipitar su partida y ante todo no hubo ya cuestión de guardar a Cartagena, pero molestaba mucho a todo el mundo abandonar a Bocachica. Se propuso dejar allí a las tropas mantenidas en la isla de Santo Domingo, con 100 negros, que se libertarían, 100 filibusteros en dos fragatas, dos compañías de tropas del señor de Pointis de 50 hombres cada una, incluyendo 15 artilleros y los demás obreros necesarios, con víveres para ocho meses.

Esta propuesta fue aceptada y el señor de Galifet, que se había distinguido sumamente en todas las acciones del sitio, estaba entonces bastante bien con los aventureros; por eso fue declarado gobernador de Bocachica. Nada gustaba más a este oficial que semejante comisión y hasta aseguró al señor de Pointis que si quería darle 100 hombres más, guardaría a Cartagena entera. El general contestó que si pudiera persuadir al señor Ducasse que le concediera ese refuerzo, consentiría de buen grado; que en tal caso hasta dejaría la arti-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

llería en la ciudad y en los fuertes, pero que visto el estado a que las enfermedades habían reducido a sus tripulaciones, no podía dejar un hombre más. Algún tiempo después corrió el rumor de que no guardaría nada en absoluto y el señor de Galifet preguntó al general si había cambiado algo en su resolución. El señor de Pointis replicó que no, a menos que no fuera por parte del señor Ducasse que respondería de ello. Pidió luego a su vez al señor de Galifet que le dijera, si la mortandad le impidiera dejarle ningún hombre de sus propias tropas, él no guardaría bien a Bocachica con las solas fuerzas destinadas a quedar bajo sus órdenes por el señor Ducasse. "Yo la guardaría con 200 hombres, replicó Galifet, y por otra parte respondo de que el señor Ducasse cumplirá fielmente todo lo prometido; con tal de que se le mantenga también la palabra a la gente de la costa acerca del reparto. Porque sin esto, ni él ni yo podemos responder de nada." El señor de Pointis no repuso palabra; pero desde el día siguiente hizo poner pólvora en todas las fortificaciones de Bocachica para hacerlas volar; y esto sin haber hablado ni con el señor Ducasse ni con el señor de Galifet, sino que propuso al primero hacer quitar por su gente los cañones de fundición que estaban en las murallas. El señor Ducasse comunicó esta propuesta a los aventureros, quienes contestaron que cuando hubieran tomado su parte del botín, harían no solamente ese trabajo, sino además cualquier otro que se les pidiera. El general tomó esta respuesta por una negativa, mandó un batallón de sus tropas y el cañón fue transportado.

El señor de Pointis se embarca y engaña a la gente de la costa. — El 25 de mayo una parte de los bastiones estaba ya destruida, se puso fuego a las minas y todo el resto voló. Las tropas fueron inmediatamente embarcadas y el mismo señor de Pointis se embarcó sin haber dicho nada al señor Ducasse. Se hizo inmediatamente a la vela para dirigirse al paso, donde una parte de sus barcos estaban fondeados. Habiéndolo sabido el señor Ducasse, envió a los señores de Galifet y le Page para rogarle que hiciera justicia a la colonia de Santo Domingo; respondió que el comisario tenía orden de hacer la cuenta y que se le enviaría inmediatamente. Pasaron tres días sin que nada se hiciera; el 29 el señor Ducasse se embarcó, luego de haber persuadido a los filibusteros de que iba a contar y recibir la plata. El señor de Pointis dice que por sus órdenes reiteradas el señor Ducasse se embarcó y éste se queja en efecto de que el general le había escrito como un capitán lo haría a su sargento. Por fin el comisario en-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

vió la cuenta, por la cual la gente de la costa era puesta en los gajes y al nivel de los marineros. "La consternación del señor Ducasse fue grande, dice el señor de Pointis, al ver esta cuenta, por la que vio que la parte de aquellos a cuya cabeza estaba, llegaba a 40.000 escudos. Tenía pretensiones mucho más altas y se apoyaba en el escrito que yo le había dado, donde se señalaba que todo se pondría en cuatro partes; por donde esperaba que como él y su gente formaban el cuarto del ejército, él tendría dos millones. Pero cuando se le hizo abrir los ojos y mostrado que dividir hombre con hombre con las tripulaciones de los barcos del rey era dividir lo que pertenecía a dichas tripulaciones hombre por hombre con ellos, y no sobre la parte del rey ni de los armadores, y se le hubo detallado que esa parte consistía en el diezmo del primer millón y el trigésimo de los otros, de los que le correspondía el cuarto, entró en tal furor que quería pasar a Francia directamente dejando su gobierno."

Es verdad que habiendo sido enviada la cuenta al señor Ducasse, éste hizo decir al que la había recibido, y que iría a pedir justicia ante un tribunal, donde el señor de Pointis no sería juez y parte. Dio luego aviso de todo al señor de Galifet, que estaba en la ciudad y le ordenó que se embarcara sin demora con todos, sin decir nada a nadie. Esta orden fue cumplida con una diligencia muy grande y poco después el señor de Pointis dijo al señor Ducasse que estaba sorprendido de que la gente de la costa no estuvieran todavía instruidos de que él tenía la cuenta; él mismo los instruyó inmediatamente y los capitanes de los navíos filibusteros fueron en seguida a bordo del Pontchartrain, donde la entregó el señor Ducasse a ellos. La leyeron y se volvieron al instante sin decir nada, pero habiendo hecho ver a su gente lo que acababan de recibir, se deliberó entre ellos el abordar el *Sceptre,* donde estaba el señor de Pointis y que estaba bastante alejado de los otros barcos del rey para no poder ser socorrido a tiempo. La presencia del señor Ducasse y la manera como habíales hablado la última vez que se amotinaron, los contuvieron; pero uno de ellos, tomando la palabra, dijo: "Hermanos, hacemos mal en tomarlas con ese perro, que no se lleva nada de lo nuestro; ha dejado nuestra parte en Cartagena, está allí y allá debemos ir a buscarla".

Los filibusteros vuelven a Cartagena. — Esta propuesta fue recibida con un aplauso general y una alegría feroz sucedió de repente al negro pesar que devoraba a toda la tropa, como se ve a un fuego sombrío salir de una nube espesa y oscura; y sin deliberar más, todos los buques filibusteros hicieron velas hacia la ciudad, con grandes jura-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mentos de que nunca volverían a Santo Domingo. El señor Ducasse, sin perder un momento de tiempo, hizo partir al señor de Galifet para ir a avisar de todo al señor de Pointis; y al señor le Page, para tratar de detener a los filibusteros. El señor de Galifet no pudo hablar con el señor de Pointis, que acababa de ser atacado por la enfermedad del país y ya no estaba en situación de actuar en nada. Encontró primero al señor de Sorel, a quien dijo que si se le querían dar 100 hombres él se haría fuerte para obligar a los filibusteros a seguir la flota; el señor de Levi, al que el general había encargado del bando, llegó y dijo al señor de Galifet que él daría la cara y que toda aquella gente eran tunantes a los que había que ahorcar. El señor le Page no tuvo más suerte: leyó a los filibusteros una orden del señor Ducasse concebida en estos términos: "Capitanes y filibusteros, pensad bien que habéis faltado al respeto al mayor rey del mundo y que la injusticia que os hace uno de sus oficiales no os da derecho a salir de la obediencia. Reflexionad que yo sufriría la pena de este hecho y que vosotros entregáis mi inocencia al cadalso. Convengo en que se nos ha hecho una perfidia sin ejemplo, pero tenéis que creer que luego de haber conquistado gloria en los ejércitos del rey, su justicia escuchará vuestras quejas y castigará a los que hayan violado su fe. Os mando retiraros so pena de desobediencia y os prometo ir a llevar vuestras razones ante el rey. Dado a bordo del *Pontchartrain* hoy 30 de mayo del 1697".

El señor de Pointis se queja sumamente en su Diario de que el señor Ducasse se hubiera atenido a simples órdenes o al menos a amenazas. "*El Pontchartrain* —dice—, donde él estaba y la *Marie* de Saint-Malo, de los que podía disponer, estaban entre las fragatas corsarias cuando éstas tomaron el camino de vuelta a Cartagena; ¿por qué no las siguió, haciendo fuego sobre ellas por todos lados, disparando bastante alto y bastante bajo para no dañarlas nada? Hubiera impuesto a América y a Europa de que él en nada era cómplice de esta infamia". Pero a falta del señor Ducasse, que ciertamente no hubiera sido el más fuerte, si hubiera tenido que batirse, el señor de Levi y los otros comandantes de los barcos reales, no debían oponerse a tal desorden, tanto más cuanto que estaban en mucho menor peligro que él de comprometer la autoridad, y que habiendo el señor de Pointis hecho el mal, le tocaba a él o a sus oficiales el remediarlo e impedir las consecuencias funestas? Por lo demás, la escuadra de los filibusteros se había aumentado con un barco desde la salida de Cartagena, porque las tripulaciones de los barcos del rey estaban suma-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mente disminuidas por la mortandad padecida en ellas, y el señor de Pointis les había dejado el *Christ,* después de haberle sacado hasta las legumbres. Sus otros barcos no estaban mejor provistos de víveres y muchos han pretendido que no estaban en modo alguno en capacidad de volver a Santo Domingo. El mismo señor Ducasse había hecho tan pocas provisiones en el *Pontchartrain* que aunque tuvo una diligencia suma para llegar a su gobierno, no le quedaban más que para un día cuando llegó a él.

El 31 el capitán Sales y dos capitanes de milicias vinieron a bordo del *Pontchartrain* a pedir pasaje a su gobernador, diciendo que no querían tomar otro partido que el que se les ordenara. Pero creyó no poder hacer nada mejor que enviarlos a juntarse con los otros, recomendándoles impedir el desorden y el crimen, aprovechar todas las ocasiones que se presentaran de hacer entrar a todo el mundo en su deber y asegurar por su parte a cada cual que el rey les haría justicia, con tal de que no hicieran nada que los pudiera convertir en indignos de las bondades de Su Majestad. Añadió que quienes no tardaran en regresar a Santo Domingo serían bien recibidos allí y que partiría inmediatamente para Francia. Dos días después aparejó la flota; el *Pontchartrain* hizo otro tanto el mismo día primero de junio, con la *Marie;* y estos dos barcos, en los que había a lo más 50 hombres, incluyendo varios negros, llegaron en dieciséis días a Santo Domingo. El 5 un pequeño barco de la Martinica enviado por el señor d'Amblimont, gobernador general, y por el señor Robert, intendente, a los señores de Pointis y Ducasse, encontró a éste y le entregó la carta, que iba a su dirección. Ella refería que una gran escuadra de ingleses y holandeses estaba en Barbados y buscaba aparentemente o a Santo Domingo, o a la escuadra que había tomado a Cartagena. Esto hizo cambiar de planes al señor Ducasse, que estaba enteramente resuelto a pasar a Francia; creyó que su deber lo obligaba a permanecer en su gobierno, y tomó el partido de enviar en su lugar al señor de Galifet.

El señor de Pointis es perseguido por una fuerte escuadra enemiga. — El pequeño buque de la Martinica fue inmediatamente a buscar al señor de Pointis, lo encontró el día seis, y le dio los mismos informes. Este general, o el que mandaba en su lugar, no pensó deber cambiar en nada su modo de navegar y siguió llevando sus luces como de ordinario la noche siguiente. Desde la misma tarde fue descubierto y los enemigos lo siguieron toda la noche. Los apercibió al día siguiente al despuntar el día y el señor de la Motte Michel, que mandaba el *Furieux,* habiéndolos querido reconocer, se encontró sometido

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

al cañón de la vanguardia; tuvo bastante suerte para salir de este mal paso y el señor de Pointis, para no poder ser alcanzado; pero consta que su imprudencia en llevar las luces sobre un canal donde se le había advertido que los enemigos podían sorprenderló, fue causa de la pérdida de los filibusteros: porque esta escuadra hubiera sin duda ido en derechura a Cartagena, de donde ya habían salido; mientras que después de haber perseguido por largo tiempo la flota, como ésta volvía a tomar el camino de Cartagena, encontró a esos mismos filibusteros y los atacó con el buen éxito que voy a decir, cuando hubieron entrado.

Los filibusteros en Cartagena. — Se puede ciertamente pensar que los habitantes de aquella infortunada ciudad gimieron de horror al verlos reaparecer. Porque no habían tenido tiempo de ponerse en situación de hacer la menor resistencia. Lo primero que hicieron nuestros desesperados, fue encerrar a todos los hombres en la iglesia mayor, después de lo cual enviaron diputados que les hablaron en estos términos: "No ignoramos que vosotros nos miráis como a gente sin fe ni religión, como a diablos más que como a hombres; los términos injuriosos que usáis en todo encuentro para referiros a nosotros, así como la negativa, que nos habéis hecho de dejar entrar en el fuerte de Bocachica y de tratar con nosotros de la rendición de vuestra ciudad, son pruebas manifiestas de vuestros sentimientos. Estamos aquí con las armas en la mano en estado de vengarnos, si queremos; y vosotros esperáis sin duda la venganza más cruel. La palidez que se ve difundida en vuestros rostros lo hace entender bastante y vuestra propia conciencia os dice sin duda que lo merecéis. Os vamos a desengañar y a haceros ver que los títulos odiosos con que nos cargáis, no nos convienen en nada, sino únicamente al general, bajo cuyas órdenes nos habéis visto combatir. El pérfido nos ha engañado; porque aunque se debe a nuestro solo valor la conquista de vuestra ciudad, él se ha negado a repartir con nosotros el fruto de ella, como se había comprometido; y así nos ha puesto en la necesidad de haceros una segunda visita. No es sino con pena que nos vemos obligados a ella, y nos halagamos de que tendréis ocasión de alabar nuestra moderación y nuestra buena fe. Os damos palabra de retirarnos, sin causar el menor desorden, desde el momento en que nos hayáis contado cinco millones: a eso nos limitamos. Pero si os negáis a escuchar una proposición tan razonable, no hay infortunio alguno que no debáis esperar, sin poder acusar más que a vosotros mismos y al general Pointis, que os permitimos cargar con todas las maldiciones imaginables".

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La ciudad es saqueada. — Los habitantes de Cartagena comprendieron con facilidad que no había otra respuesta que dar a esta petición que entregar a los aventureros la suma que pedían. Un religioso subió al púlpito y empleó toda su elocuencia en persuadir a los oyentes que entregaran sin reserva todo lo que les quedaba de oro, de plata y de alhajas. Pero se pierde antes la esperanza de conservar la vida que la de salvar sus tesoros. Terminado el sermón, se hizo una colecta, cuyo producto se encontró muy por debajo de la forma pedida; se aseguró a los franceses que era todo lo que quedaba del primer saqueo y del primer rescate; pero ellos no quisieron creer nada y no hicieron otra cosa que mantener exactamente la palabra que habían dado, de proveerse por la fuerza si se negaban a satisfacerlos de buen grado. No hubo ni casa ni iglesia a cubierto de sus búsquedas; cavaron hasta en las tumbas y encontrando por todas partes bastante poco, pusieron a tormento a los principales ciudadanos, para obligarlos a decir dónde habían encerrado sus riquezas. Hasta hubo, aunque en muy escaso número, quienes se portaron en esta ocasión con crueldades apenas creíbles: la mayoría de los demás prefirieron usar el engaño y no la violencia; y veamos uno de los que tuvo más efecto.

Estratagema de que los aventureros se sirven para sacar a los habitantes todas sus riquezas. — Se hizo venir a los dos principales moradores de la ciudad y se les preguntó dónde estaba todo el oro y la plata de los particulares. Contestaron no tener ningún conocimiento de que se hubiera ocultado nada; en vano se les amenazó y se trató de todas las maneras: persistieron en protestar que no sabían nada. Hablaron con un aire de franqueza que persuadió y no pudieron decidirse a maltratarlos. Se aparentó empero que iban a pasarlos por las armas, se dispararon varios tiros de fusil y luego se hizo venir a otros dos ciudadanos. Se les dijo que los dos primeros habían sido muertos por no haber querido hablar y que les sucedería lo mismo a cuantos se obstinaran en guardar silencio sobre las preguntas que se les harían, y se tuvo cuidado de hacer publicar lo mismo en la iglesia, donde los prisioneros estaban todavía. Desde ese mismo día se les trajo más de un millón. Hicieron entonces una acción que dio alguna estima para ellos de parte de los españoles: dos de ellos cometieron una acción brutal y ante la queja dada a los oficiales, se reunió el Consejo, el hecho fue verificado y los culpables condenados a que les partieran la cabeza, lo que cumplió inmediatamente, a pesar de las instancias de los mismos acusadores para obtener su gracia.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

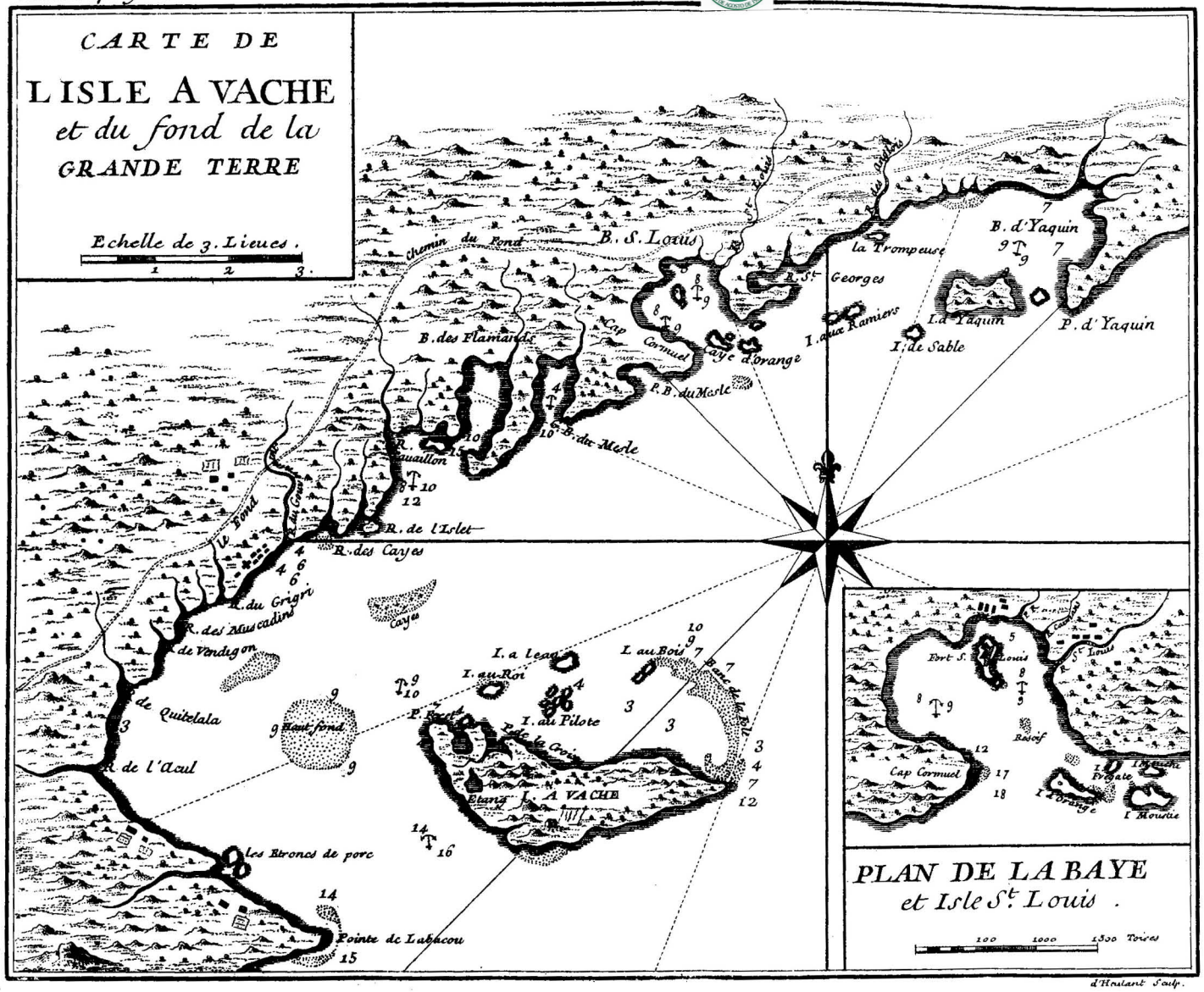
Se reembarcan y son avisados de que se acerca una flota inglesa

Por fin, al cabo de cuatro días, los aventureros, al no ver ya ninguna apariencia de añadir nada a lo que tenían reunido, pensaron en retirarse. Pero antes de embarcar, los filibusteros declararon a los habitantes de la costa que no debían esperar un reparto igual con ellos. Fundaban su pretensión en que el señor Ducasse los había retenido cerca de tres meses en Goave menor, donde habían hecho grandes gastos; mientras que los habitantes se habían quedado en su casa hasta el momento de partir la flota, en la que habían sido alimentados a expensas del rey. No les faltaban buenas razones para contestar; pero mientras estaban ocupados en discutir, un informe que recibieron los puso de acuerdo. La barca de la Martinica, de que hemos hablado, vino a advertirles que corrían peligro de encontrarse con una flota enemiga, y efectivamente la encontraron en seguida. Eran nueve barcos, incluido el *Christ,* que el señor de Pointis había dejado a los habitantes, como ya dije. Aparejaron todos juntos, luego de haber hecho el reparto del oro y de la plata y de haberse dado cita en la isla Vaca, para repartir los negros y las mercancías. Dicen que en el primer reparto cada cual tuvo cerca de mil escudos y que el resto debía subir a mucho más.

La encuentran. — Habían hecho unas 30 leguas, cuando percibieron la flota, de la que huían. Al verla cada uno echó por su lado y dio fuerza de velas para salvarse: el *Christ,* mandado por Cotüy, que tenía 250 hombres y llevaba más de un millón, fue tomado primero por los holandeses. El *Cerf Volant,* mandado por el capitán Pierre, y que no cedía al *Christ* ni en fuerza ni en riquezas, tuvo pronto la misma suerte. Fueron los ingleses quienes lo tomaron. El señor Ducasse dijo poco después al señor de Pontchartrain que esos dos capitanes se habían batido como valientes, que eran ricos. Un tercer barco fue a encallar y a quemarse en la costa de Santo Domingo; pero la tripulación se salvó con su plata. Un cuarto fue lanzado a la costa de Cartagena, y todos los que estaban en él cayeron en manos de los españoles, que los hicieron trabajar en volver a levantar las fortificaciones que habían arruinado. Los otros cinco, mandados por el almirante Godefroy, los capitanes Blanc, Pays, Sales, Macari y Blout abordaron con mucho trabajo a diversos lugares de la isla de Santo Domingo. Sales y Blout tomaron tierra en la isla Vaca, desde donde el primero escribió al señor Ducasse el 26 de enero, para hacerle saber que se habían cumplido sus órdenes; y que dos filibusteros, por haber asesinado a dos mujeres (es la acción de que hablamos), habían sido

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

fusilados en presencia de los españoles. Que se habían embarcado 120 negras y que todo el mundo se había dirigido a Cartagena, ya que los filibusteros se habían rebelado contra los capitanes, por el reparto.

El señor Ducasse pide su llamada y la respuesta que recibe. — Cuando el señor Ducasse recibió esta carta ya había despachado a Francia al señor de Galifet, para que fuera a informar al rey y al ministro de la conducta del señor de Pointis. La pérdida de tantos valientes le hizo también pedir su llamada, para no tener ante los ojos la pérdida de su colonia. Pero cuanto el mal era mayor, tanto menos estaba dispuesta la corte a permitirle retirarse. "Estoy muy contento de deciros dos cosas —le envió a decir el señor de Pontchartrain el once de septiembre siguiente— que deben calmar por completo vuestras inquietudes. Una, que los filibusteros recibirán toda la justicia que les sea debida; otra, que Su Majestad os la ha hecho entera en lo que toca a vos. Ella sabía la parte que habéis tenido en estas acciones que se han hecho en la empresa dicha, y está tan satisfecha de vuestra conducta como lo podéis desear. Hasta os hubiera dado ya señales de ello, si no hubiera pensado conveniente diferir, hasta que haya tomado una aclaración completa de este asunto. Serán más honrosas para vos, cuando todas estas discusiones hayan terminado... Vos pensad bien que en una coyuntura tan urgente y en un tiempo en que vuestra presencia es tan necesaria para la defensa de la colonia, no puedo pedir vuestra despedida."

El rey hace justicia a la gente de la costa, pero se aprovechan poco de ella. — En otra carta del 27 de noviembre del mismo año el ministro le comunicó que el rey lo había honrado con la Cruz de San Luis, y le permitía llevarla, aunque no la hubiera recibido: que Su Majestad había hecho hacer justicia a los habitantes y a los filibusteros y que por el convenio realizado entre el señor de Galifet y los interesados en el armamento, les corresponderían 1.400.000 libras, según el decreto, de que le enviaba copia; que le sería entregada parte de esta suma en plata y otra en mercancías y municiones necesarias para la colonia; que se debía estar sumamente satisfecho de la firmeza del señor de Galifet y de los movimientos que había hecho para este asunto. Es verdad que esta conducta del teniente real y la atención de la corte en apoyarlo y en sacar de manos de los enemigos a los que habían sido apresados al volver de Cartagena, hicieron primero en los espíritus agriados de los filibusteros toda la impresión que se había esperado; pero el tratado fue tan mal ejecutado, o al menos su ejecu-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ción se arrastró durante tanto tiempo, que luego varios, pensando que se les entretenía a propósito para frustrarlos de lo que les era debido, dejaron la colonia y pasaron a Jamaica. El señor de Galifet llevó una buena parte de lo odioso de estos retrasos, y el mismo señor Ducasse no se vio libre de ello; y aunque con el tiempo se aclararon las verdaderas causas, mucha gente nunca cesó en sus prejuicios contra los dos oficiales. Sin embargo, todo venía de la pillería de un comisario encargado de la ejecución y del desorden en los negocios de un llamado Aufroy, y véase cómo. El señor de Galifet había representado al rey que era más conveniente dar negros que dinero a los aventureros, por la razón de que el dinero sería disipado en seguida, mientras que los negros obligarían a quienes no estuvieran establecidos, a hacerse habitantes. Este parecer gustó muchísimo y el señor de Galifet, que había sido encargado de todo, pasó con contrato con el señor Aufroy, quien se comprometió a hacer pasar 2000 negros a Santo Domingo; pero habiéndole ido mal en sus asuntos, no pudo cumplir con su compromiso; hubo que tomar otras medidas, de las que varias no se encontraron demasiado justas. Hubo también en todo esto malversación de parte de todos los que se emplearon en el caso y parecía que la maldición caía sobre un bien adquirido con tantos crímenes.

Los prisioneros hechos por los enemigos. — Cuanto a los prisioneros hechos en el *Christ* y el *Cerf Volant,* habían quedado en poder de los ingleses, que los trataron con una dureza de la que solamente son capaces los habitantes de esa isla. También su plan era que nunca ninguno de ellos volviera a poner los pies en América. Pero no pudieron; murieron muy pocos de ellos, ya en la travesía ya en la escala que se vieron obligados a hacer en Virginia; mientras que sus propias tripulaciones disminuyeron de tal manera que en más de una ocasión los prisioneros se vieron tentados a hacerse dueños de los barcos. Pero mientras tardaban de día en día y se halagaban de ser vueltos a tomar por barcos franceses en los mares de Europa, llegaron a Inglaterra, con excepción de algunos, que fueron retenidos en Virginia; los unos y los otros esperaban pudrirse en las cárceles, y esa triste suerte no podía menos de esperarles, si los primeros no hubieran encontrado hecha la paz y dadas las órdenes para devolver a Francia todos los prisioneros. El rey estaba ya informado de una partida de sus aventureros y ese príncipe que, a pesar de todas sus inconveniencias, no creía deber descuidar a súbditos tan útiles a sus colonias de las islas, había provisto de antemano a todas sus necesidades. Es verdad que la abundancia les fue mucho más nociva de lo que habían sido

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

la penuria y los maltratos de los ingleses; porque como no se reajustaron bastante a los comienzos en el alimento, murió en poco tiempo un gran número de ellos, especialmente de los que habían nacido en América; y no volvió a Santo Domingo sino la mitad; pero se suplió el resto con buenos reclutas, en los que se tuvo más a la vista hacer habitantes que soldados.

Rebelión de los negros en el Cabo. — Dije que el conde du Boissy Raymé había quedado encargado del mando de toda la colonia, durante la expedición de Cartagena. Como podía descansar bien en los señores Deslandes y de Beauregard, tenientes del rey, para la conservación de los puestos del oeste, donde vimos que mandaban estos oficiales, uno en Goave menor y otro en Leogane, él se dedicó sobre todo a poner el Cabo, que estaba siempre amenazado, en estado de defensa. Visitó luego todos los distritos, donde la alarma era grande y no encontró a ningún otro oficial que el señor Dantzé, mayor, que no estuviera más tranquilizado que los habitantes. Vuelto al Cabo, tuvo aviso el 28 de mayo de que 300 negros estaban reunidos en el distrito Morin de la pequeña ensenada; subió inmediatamente a caballo con el mayor, tomó consigo seis jinetes y dos hombres de a pie, de los que se sirvió para sorprender a los negros; fueron efectivamente sorprendidos y hubo treinta arrestados, entre hombres y mujeres. Se supo por ellos, que el autor de esta rebelión era un infortunado que cuatro meses antes había asesinado a su amo y había persuadido a toda aquella tropa de esclavos a deshacerse de una buena parte de los franceses. El número de los culpables era demasiado grande para castigarlos a todos, además de que su castigo hubiera sido la ruina de varios habitantes; el gobernador de Santa Cruz, creyó que debía contentarse con hacer justicia en el que los había seducido y que los demás le prometieron entregar; pero se había puesto en seguro, pasando a la parte de los españoles.

Los ingleses hacen una irrupción en Goave menor y son echados de allí. — El mes de julio siguiente, la *Mutine* enviada el 26 de junio por el señor de Pointis, inmediatamente después que hubo pasado el canal de Bahama, desembarcó en el Cabo a 48 soldados, de las tropas de Santo Domingo, de cinco compañías y 33 negros de 130 que había guardado para pasar los grandes peligros. El conde du Boissy le hizo saber al señor Ducasse, que le pidió inmediatamente guardar los soldados que pudiera necesitar y enviarle los negros. El mismo salía de un gran peligro al que no había escapado sino mediante su firmeza,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

su buena dirección y el valor de Beauregard. Los ingleses se habían separado de los holandeses después de apoderarse de los barcos filibusteros y se pusieron en persecución de los que habían escapado; fue inútil, pero se halagaron con compensarse saqueando a Goave menor; la sorprendieron efectivamente el 8 de julio y entraron media hora antes del día en la población, donde el señor Ducasse estaba acostado. Habiendo disparado una guardia de cuatro hombres, el gobernador se despertó sobresaltado, miró a la calle y vio la plaza y las casas rodeadas de enemigos, que hacían descargas contra las puertas y las ventanas. Se tiró del otro lado desde una ventana y llegó a través de unos árboles a una montaña, que está a un cuarto de legua, de donde pasó a una casa destinada en todo tiempo para reunirse en tal caso.

No pasó mucho tiempo sin ver llegar allí 55 ó 60 hombres, y luego que se hubo armado con todo lo que pudo encontrar, bajó para unirse al señor de Beauregard, que por su parte había juntado un poco más de cien hombres y había hecho reconocer a los enemigos con 25. Los había encontrado atrincherados y habiendo dado su informe al señor Ducasse, se resolvió ir inmediatamente a atacar la trinchera. El gobernador y el teniente del rey se pusieron, pues, a la cabeza de cerca de 200 hombres y luego de haber marchado a cubierto de las malezas, se dirigieron a la iglesia, de la que estaba muy cercano el atrincheramiento. Los enemigos eran en número de 950, en tierra; pero no había sino una parte en la trinchera, que fue bien pronto forzada. El señor Ducasse entró por medio, mientras Beauregard atacaba la cabeza. Toda la resistencia estuvo en esta cabeza y el señor Ducasse que no había encontrado ninguna en su ataque, habiendo ido a través hasta la población, los que le acompañaban se asustaron por el número de los ingleses que vieron, y se dieron a la fuga, fuera de siete u ocho. Lo mismo le pasó al señor de Beauregard, que él mismo se encontró con tres en medio de los enemigos; pero salió del aprieto como valiente. En este momento el señor Ducasse corrió peligro de ser hecho prisionero; llegó por detrás a un jardín y volvió a la iglesia, de la que salió muy pronto con su pequeña tropa, para ir a atacar la otra cabeza de la trinchera y acantonarse allí en espera del socorro que había mandado a pedir a Leogane. Al llegar, vio un gran número de ingleses, que corrían al borde del mar. Era el capitán Godefroy, que habiéndose primero salvado en camisa, después de haber reunido a 25 filibusteros, perseguía al enemigo. El señor Ducasse hizo disparar sobre ellos, pero sin resultado; porque los ingleses se embarcaron con una diligencia que los salvó, fuera de un escaso número que no habiendo podido llegar pronto a las chalupas, se encontraron entre

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

dos fuegos y todos fueron muertos o tomados prisioneros en número de unos cincuenta.

Lo que había contribuido más a este retiro precipitado de los ingleses, es que sus conductores, que eran prisioneros franceses les habían asegurado que no encontrarían cuarenta hombres en Goave menor; y cuando se vieron atacados por todas partes con tanta resolución, creyeron que iban a vérselas con todas las fuerzas de la colonia; y como en el momento en que se embarcaban oyeron tocar la alarma en Leogane, se creyeron perdidos. Tuvieron en total cuarenta y nueve muertos, ocho heridos y entre diecisiete o dieciocho prisioneros. Los franceses no tuvieron más que cinco hombres muertos y tres heridos; pero hubo cuarenta y dos casas quemadas en la población.

Los ingleses se llevaron cerca de 120.000 libras en oro y en plata. Había cuatro barcos en la rada, de los que no tuvieron tiempo de apoderarse. Hasta hubo uno que envió veinticinco o treinta hombres bien armados al señor Ducasse y disparó con el cañón contra los enemigos, quienes lo cañonearon también desde tierra y lo hubieran echado a pique si se les hubiera dado tiempo. Por los prisioneros hechos en esta ocasión tuvo el señor Ducasse las primeras noticias de la toma del *Christ* por cuatro navíos holandeses y del *Cerf Volant* por los ingleses. Envió inmediatamente a Jamaica a esos mismos prisioneros para reclamar a los franceses, con dinero para ayudar a los heridos y los enfermos y escribió al comandante holandés que, teniendo el rey un pacto de tregua con los Estados generales, no podía negarle los franceses que había tomado en el *Christ;* y que si no lo hacía, se sabría bien encontrar el medio de hacerle arrepentirse. Pero esta carta y estas amenazas no produjeron nada por entonces. Por lo demás, era tiempo para los enemigos que se reembarcaran; porque estaban apenas a media legua de Goave menor, cuando el señor le Page llegó de Leogane con cincuenta o sesenta hombres, que habían hecho en tres horas entre seis y siete leguas por un camino muy rudo, a causa de las montañas de que está sembrado, y los filibusteros difundidos por las habitaciones vecinas estaban moviéndose para venir en socorro del señor Ducasse. Este gobernador sin embargo no hubiera dejado de verse en gran aprieto, si hubiera tenido que hacer frente a un enemigo que hubiera tomado mejor sus medidas; su colonia se encontraba entonces debilitada por la expedición de Cartagena de mil combatientes, sin contar las tropas regulares, que todas estaban fuera.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Muerte del conde de Boissy Raymé. — La colonia perdió también a un buen oficial al comenzar el mes de septiembre siguiente. El conde du Boissy Raymé, que todavía no había visto al señor Ducasse desde su llegada a la isla, quiso ir a presentarle sus respectos a Goave menor y se embarcó en el Cabo en un barco mercante; pero habiendo apercibido a seis barcos que pensó eran enemigos, se puso en una lancha con tres negros y un soldado, esperando llegar a tierra de la que no distaba más que media legua. Sus esfuerzos fueron inútiles; su lancha, mal equipada, fue arrastrada por las corrientes, que la echaron al lago; recorrió el mar durante nueve días enteros, sin poder alcanzar tierra ninguna y por fin fue lanzado sobre las costas de Cuba, cerca del puerto de Baracoa, donde entró. Hacía cinco días que los víveres le faltaban por completo y había bebido agua del mar en tanta cantidad que se encontró quemado por ella. Así murió al cabo de tres días. El señor Ducasse, que había sabido de su partida del Cabo, al no verlo llegar, pensó que le había sucedido algún accidente y envió dos navíos, uno a Jamaica y otro a Cuba; este último lo encontró muerto y el primero informó que el barco mercante, en que había salido del Cabo, había sido capturado.

Hostilidades de los ingleses y de los españoles. — Los españoles continuaban sus hostilidades y el señor Ducasse dice en una de sus cartas que hacían la guerra como no se la hace de modo ninguno entre cristianos. Usaban especialmente de un modo bárbaro con los prisioneros, separando a los maridos de sus esposas y a los hijos de sus padres y madres. Las cosas fueron tan lejos, que la mayoría de nuestros habitantes pensó en retirarse. Los ingleses no estaban menos encarnizados en destruir la colonia francesa de Santo Domingo; pero sus esfuerzos siempre habían tenido menor suerte que los de los españoles. El mes de diciembre de este mismo año armaron en Jamaica cuatro barcos de cincuenta cañones, para acabar de arruinar el Puerto de Paz; pero cuando se preparaban a hacer el desembarco durante la noche, los separó un golpe de viento y los obligó a llegar en contra del viento. Tres de sus navíos se encontraron luego frente a la población del río Pequeño, y enviaron seis chalupas a tierra con orden de clavar el cañón del atrincheramiento de ese puesto y llevarse los barcos si los había en la rada; pero aunque era de noche los vieron dos jinetes de ronda, cuando no estaban sino a tiro de pistola. Hicieron dos descargas contra ellos y corrieron a toda prisa a avisar al comandante. Se disparó la alarma y los enemigos, viéndose descubiertos, pensaron conveniente retirarse.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La Paz de Riswick detiene todas las hostilidades. Establecimiento en la isla Vaca. — Al comenzar el año siguiente, el señor Ducasse recibió aviso de que se había firmado la paz en Riswick, y se dirigió al Cabo, de donde escribió al gobernador de Santiago para darle parte de esta noticia. Nunca se escribió más a propósito una carta: quinientos cincuenta españoles enviados por ese gobernador habían entrado ya en las montañas hacia la llanura del Cabo y fueron llamados al momento en que iban a comenzar sus estragos, a los que no se podía oponer demasiada resistencia. Un mes más tarde ingleses y holandeses vinieron a dar al señor Ducasse grandes quejas de los filibusteros, que continuaban el corso contra ellos, a pesar de la paz y le pidieron compensaciones, que él estimó oportuno concederles.

Poco antes había recibido orden de comenzar el establecimiento de una colonia en la tierra grande de la isla Vaca y había enviado allá al señor de Beauregard; siempre se había mirado a este distrito como a uno de los más hermosos de la isla y uno de los que convenía más asegurarse; pero nunca se había estado en situación de establecerse en él con solidez. Beauregard llegó al fin a hacerlo y a poner ese puesto en situación de no temer ser atacado si volvía a comenzar la guerra. Murió allí al año siguiente, sumamente lamentado y el señor de Paty, que acababa de conseguir la tenencia del rey de Leogane, vacante por la muerte del señor Deslandes, fue enviado para mandar en la isla Vaca, hasta la llegada de un nuevo teniente del rey, que fue el señor de Charitte.

Se estaba todavía con el plan de emprender un comercio regular con la Nueva España, a imitación de Jamaica y de Curazao, cuando fue emprendido el establecimiento de que acabo de hablar. Se halagaban tanto más de atraer a los españoles, cuanto que el paso del rey, al devolver a Cartagena la plata que se había llevado de las iglesias, les había encantado y había borrado una parte de la prevención en que estaban contra todo lo que venía de Santo Domingo. Se esperaba acabar de ganarlos, haciendo cesar por completo el corso y persuadiendo a hacerse habitantes a los filibusteros que quedaban. El señor Ducasse recibió órdenes sumamente precisas sobre esto; hasta se le recomendó, a falta de la persuasión, usar la fuerza y servirse para tal efecto de los barcos que Su Majestad tendría cuidado de mantener en las costas de Santo Domingo. Recibió casi juntamente una ordenanza del rey, que restablecía el antiguo uso de llevar alistados a las islas. En una palabra, no se omitió nada para hacerle entender cuán de corazón tenía la corte el repoblar su colonia y ponerla en situación de hacer un comercio ventajoso con los españoles.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El señor de Galifet, gobernador de Santa Cruz, tenía derecho de mando en jefe en ausencia del gobernador. — El señor de Galifet acababa de ser nombrado gobernador de Santa Cruz, y comandante del Cabo Francés, en lugar del señor du Boissy y poco después fue declarado comandante en jefe de toda la colonia, en caso de ausencia del gobernador. El señor Ducasse, que estimaba a este oficial, quedó encantado por esta elección, pero no lo estuvo menos por una nueva prueba que le dio el rey de la persuasión en que estaba de que la gente de su gobierno había contribuido más a la toma de Cartagena de lo que publica el señor de Pointis. El *Pontchartrain*, en que había regresado de esa conquista, había llevado a Goave menor tres cañones de hierro colado; la corte los había vuelto a pedir y él había representado el gusto que daría a la colonia, dejándole esta señal de la victoria de sus súbditos y de la satisfacción que su Majestad tenía de sus servicios. Por fin, el señor de Pontchartrain le dijo que el rey le permitía conservarlos, para ponerlos en las baterías de Leogane y del Cabo.

Compañía de San Luis. — El establecimiento en la isla Vaca ocupaba entonces las principales atenciones del ministro, en relación con la costa de Santo Domingo; y para acelerar sus progresos, el rey formó una compañía bajo el nombre de San Luis, o de la isla Vaca y la encargó de desbrozar y de poblar esa costa, que le entregó por treinta años, durante los cuales ella sola podría hacer allí el comercio. Esta ventaja no era demasiado considerable, vistos los grandes gastos que había que hacer para el establecimiento de que estaba encargada la compañía; pero ella se halagaba con compensarse de sus gastos, extendiendo su comercio al continente de América, donde hay con frecuencia grandes beneficios que hacer con los españoles. Por lo demás, ella cumplió exactamente los compromisos que había tomado con el rey, dio concesiones, hizo todos los anticipos necesarios y de esa manera aquel distrito se convirtió en uno de los más poblados y mejor establecidos de todas las islas. Lo que contribuyó más a esto, es un fuerte que se construyó en un islote, que se llama más ordinariamente *el Cayo San Luis;* porque por ese puerto, que además es muy cómodo, se encuentra fuera de todo ataque. Pero como si fuera la suerte de las compañías en Francia arruinarse o arruinar a los particulares, la Compañía de San Luis, que se llamaba también la Compañía de Santo Domingo, haciendo bien los negocios de los habitantes, hizo sumamente mal los suyos; y después de veinte años se vio

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

obligada a devolver todos sus derechos al rey, quien los trasladó a la Compañía de las Indias, como lo diremos a continuación.

El señor Ducasse no había estado mucho tiempo sin prever la caída de la primera de estas dos compañías. Véase lo que escribió de ello desde el mes de marzo del año siguiente al señor de Pontchartrain: "La Compañía, que habéis formado para el establecimiento de una colonia en la parte sur de esta isla, no puede menos de producir un bien al estado, por las esperanzas de sus cultivos y del comercio con los españoles. No sé, sin embargo, si los que la llevan se han dado bien cuenta de la importancia de esta obra y los fondos inmensos que pide. Sus objetivos son mayores de lo que ellos piensan, veinte años no son nada en el tiempo presente. Cuando antaño el cultivo del tabaco formaba el primer establecimiento, ese cultivo era fácil, esa mercancía de valor; y más allá se pasaba a otros cultivos. Hoy que ese medio no subsiste ya, hay que ser rico para hacer azucareras; hasta hay que tener fondos, para hacer añil. Por otra parte, ¿dónde encontrar los sujetos? Los alistados morirán y es una gran aventura cuando se encuentra a alguien que proyecte establecimientos; están demasiado hartos del trabajo de la tierra y de la miseria. Por fin, no hay que concluir del pasado al presente; los géneros eran antes de un valor enteramente distinto del que tienen ahora. El comercio con los españoles no tiene ya todas las ventajas que se proponen y tiene grandes dificultades." Dice en otra carta que una de las causas del poco éxito de esta compañía en su comercio es que la cantidad de los barcos ha producido una abundancia de mercancías que las ha abaratado. Nunca dejamos de cometer esta falta en nuestros establecimientos nuevos y nada pediría más la atención del ministerio que este desorden, del que se sigue la ruina entera del comercio.

Estado miserable de la colonia y de dónde venía el mal. — Para volver a los alistados, cuyo envío había dado tan grandes esperanzas a la corte, el poco provecho que de ello reportó la colonia vino no solamente de la caída del cultivo del tabaco, ya no había para esos infortunados ninguna esperanza de poder convertirse en habitantes, sino también de la elección que se hizo de ellos. Eran mendigos recogidos en las calles de París, que no habiendo nunca hecho otra cosa que mendigar, no servían para nada y perecían enseguida de miseria. Sin embargo de estas dos fuerzas se seguía el perecimiento de la colonia. "Los habitantes viejos, informaba el señor Ducasse al ministro, están molestos con sus personas y los que tienen algo quieren retirarse. Hace diecisiete o dieciocho años que los franceses no han traído un

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

negro; los géneros no valen ningún dinero: el tabaco, que formó las habitaciones de esta costa, está en partido; la disposición dada en favor del granjero es peor que el partido, ya que determina toda la esperanza de colonia en setecientos mil, cantidad que no puede ocupar a cincuenta miserables; que priva a los habitantes de toda esperanza de sacar de él beneficio ninguno que no sea la simple compra por dicho decreto, que establece una política impracticable y que determinará a los colonos a no hacer absolutamente nada antes que someterse a él. Vos me ordenáis, dice al terminar la carta, que me fortifique, y no tengo ni un obrero ni un barco para llevar los materiales. Sé que las órdenes se han dado varias veces en los puertos marítimos, pero no han tenido efecto".

Esfuerzos de los señores Ducasse y de Galifet para remediarlo. El señor de Galifet escribió al mismo tiempo y en el mismo tono: "Los habitantes del estado más pequeño hasta el mediocre, dice, no pueden ocuparse, ni del azúcar ni del añil. Sólo se pueden emplear con utilidad en el tabaco. Aquí no viene nadie que traiga fondos considerables con que formar nuevos establecimientos, y es una necesidad; cuando se quieren hacer colonias, hay que dar a los pequeños los medios de crecer mientras trabajan: nada es tan adecuado a este fin como el tabaco, y si se lo corta en esta colonia, nada podrá sustituirlo. Me atrevo a adelantar que este cultivo la hará crecer por lo menos una cuarta parte cada año. Me sería imposible expresar todo el daño que ha recibido este año por los contratiempos sobrevenidos de parte de los granjeros: muchos habitantes han arrancado su tabaco; quienes no lo han hecho, no pueden venderlo ni a los granjeros, por falta de dinero, ni a los otros, por temor a la confiscación". El ministro estimaba demasiado las luces y el celo de estos dos oficiales para no prestar atención a su informe; les hizo saber a los granjeros que no faltarían razones especiales para mantenerse en la posesión del arresto, de que se quejaban; y veáse la respuesta que el señor Ducasse dio a sus pretensiones.

(*El señor Ducasse parece ignorar lo que sin embargo es muy cierto, a saber, que el señor de Rausset tuvo una comisión real para mandar en la isla de la Tortuga y otras de América; ella es del mes de diciembre de 1656*). — "La isla de Santo Domingo no ha sido comprada, sino conquistada; y no se encontrará que la Compañía de Occidente haya tratado con ningún particular para su dominio. Es

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

verdad que el señor de Rausset, que mandaba en los pueblos de la Tortuga, cedió a la Compañía una habitación, una torre y algunos malos cañones, por la suma de 15.000 libras; pero esa Compañía no encontró ningún derecho establecido y mantuvo los pueblos en el mismo estado. Su Majestad, luego de la reunión de la isla a su dominio, les ha conservado también en las mismas inmunidades, privilegios y franquicias y todos sus ministros han comprometido la palabra real de que nunca les sería impuesto derecho ninguno. El ejemplo del reino es una prueba evidente de esta necesidad, cuando aún los pueblos no tuvieran en su favor la razón de la conquista. Los de los Pirineos, que guardan los pasos de Aragón, los de Soule, de Vizcaya, de Navarra, Dunquerque, Yprés, Lila y los otros, ¿pagan los mismos tributos que se pagan en el reino? Ahora bien, no se puede ignorar que las posesiones de los terrenos de esta isla no estén confundidas con las de los españoles ni que éstos, en 1691 y 1695 hayan hecho incursiones, en las que ha perecido un número muy grande de familias. Su situación a la cabeza del Golfo de México y en medio de poderosos enemigos debe obligar a tratar bien a los colonos, para atraer a nuevos habitantes. No puede haber una máxima más falsa en el mundo que la de imponer derechos a pueblos alejados. No basta prohibirles todo comercio extranjero; y no se es dueño de imponer sobre los géneros que se les envían y sobre las mercancías que se sacan de ellos, todo lo que se quiere? La percepción de estos derechos se hace sin gastos y sin murmullos. En una palabra, nunca haréis colonias sino dando a los colonos los medios de enriquecerse. La inconstancia natural de los franceses y el amor a su patria los impulsa a todos a retirarse; solamente puede contenerlos la esperanza de una fortuna. "La corte no dejó de prestar alguna atención a tan prudentes representaciones. En efecto, el rey juzgó a propósito ese mismo año enviar a todas las islas a los señores Renau y de la Boulaye; el primero para visitar las fortificaciones y el segundo para examinar cuanto sucedía en lo tocante a la justicia y al comercio. Véase lo que encuentro en las instrucciones del último, con relación a lo que acabo de decir.

Reglamento para el comercio. —"Hubo hasta 1687, en la isla de Santo Domingo, una fábrica considerable de tabaco, que ha caído por su mala calidad. Su Majestad, con el plan de restablecerla ha comprometido a los granjeros a tomar de él hasta 800 mil y pagarles en los lugares, al precio dado por el resultado, que ha sido enviado al señor Ducasse. Como parece por las cartas que los habitantes no han

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

entrado en los planes de Su Majestad, el señor de la Boulaye les explicará a los principales que se pueden aplicar a esta fábrica para comprometer a mejorarla y a hacer su tabaco conforme a la memoria enviada por los granjeros, que llevarán el despacho hasta donde sea posible, cuando se puede estar ciertos de volver a restablecer su gusto; y si las razones de los habitantes contra este resultado le parecen justas, hará de ellas un proceso verbal. "Se advertía luego al señor de la Boulaye que al haber disminuído la producción del añil por la paz, los habitantes habían comenzado a darse a las fábricas de azúcar; y que debía tomar medidas para que la hicieran bien y no la dejaran caer en el descrédito en que estaba la de la Martinica.

Y para las fortificaciones de los puestos. — Cuanto a lo que tocaba al ministerio del señor Renau, sus instrucciones decían que en la isla de Santo Domingo no debía detenerse sino en los tres lugares principales; es decir, el Cabo Francés, el más expuesto de todos a los ataques de los españoles, por la vecindad de Santiago; Leogane, que comprendía la Goave menor, amenazada sin cesar por los ingleses de Jamaica; y el fondo de la isla Vaca, que Su Majestad había concedido a una compañía. Que toda la colonia se reducía a esos tres distritos; y el rey había prohibido dejar restablecer el Puerto de Paz y los otros puestos pequeños, para hacer a aquéllos más fuertes y ponerlos en estado de resistir a los enemigos; que se debía dejar solamente una compañía con un oficial mayor en el Puerto de Paz, para impedir que sirviera de refugio a los piratas. En los años siguientes este distrito se pobló de nuevo y lo está hoy en igual proporción que cualquier otro de la colonia.

Establecimiento de los escoceses en el Golfo de Darién. — Una cosa inquietaba entonces sumamente al señor Ducasse y pareció bastante importante a la corte como para darle atención particular. A fin del año anterior se tuvo información en Santo Domingo, por una barca que venía de la isla de Santo Tomás, que el 15 de octubre cuatro grandes barcos y una corbeta salidos de Escocia y llevando mil doscientos hombres de desembarco, habían pasado por allí y que las conversaciones de algunos oficiales habían hecho presumir que su plan era hacer un establecimiento en las *Sambras* en la provincia de Darién. Por lo demás, hay que tener buen cuidado de no confundir, como ha parecido hacerlo el autor de la Historia de los filibusteros, ese lugar con Sambay, donde el señor de Pointis se detuvo al ir a

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Cartagena. Sambay o Samba está a doce leguas al viento de esta ciudad y las Sambras están bajo el viento, casi a medio camino de Portobelo. Es lo que los españoles han llamado la punta de *San Blas,* de donde por corrupción se ha formado primero el nombre de *Sambalos* y luego el de Sambras, que hemos dado a los indios de esos distritos. Allí se encuentran varias pequeñas islas, una de las cuales lleva el nombre de *Isla de Oro* y allí fue donde los escoceses se establecieron. Los habitantes de ese país eran del número de aquellos que se llaman *Indios Bravos* y nunca habían podido ser dominados por los castellanos; pero se habían humanizado un poco con los filibusteros, algunos de los que se retiraron en varios encuentros entre ellos. Los escoceses se habían halagado con ganarlos también y es cierto que si hubieran podido lograrlo, un establecimiento en un país tan rico y tan fértil como aquél, los hubiera hecho dueños del comercio de las Indias. Efectivamente les hubiera costado poco mantener allí un crucero, que habría cortado por completo la comunicación de Cartagena y de Portobelo, perturbada la feria de esta última ciudad y hecho impracticable la navegación de los galeones. Era un plan formado desde el tiempo del rey Jacobo II, en concierto con los ingleses, que tuvieron con todo gran cuidado de hacer correr el rumor de que el Parlamento desaprobaba sumamente esta empresa.

Inquietud de la corte a este respecto. — Francia, por su lado, además del interés considerable que siempre tuvo en los galeones, preveía que esta nueva colonia, junto a la de Jamaica, iba a formar una potencia contra la cual todas las fuerzas de Santo Domingo no resistirían y que arruinaría en un momento todos los planes que se habían tenido sobre el establecimiento del fondo de la isla Vaca. Por eso el señor Ducasse no se dilató en informar al señor de Pontchartrain de lo que acababa de saber y el ministro creyó deber tanto menos dormirse sobre este aviso cuanto que recibió bien pronto la confirmación de Holanda. Se le comunicaba además que era una compañía formada en Escocia para las Indias Orientales, la que hacía esta empresa; pero que el Darién era su verdadero y único objetivo y que las Indias Orientales no eran sino el pretexto. La primera gestión de la corte francesa en este asunto, cuya importancia vio inmediatamente, fue informar de él al Consejo de España. El señor de Pontchartrain escribió luego al gobernador de Santo Domingo, que si los españoles de Cartagena y de Portobelo necesitaban armas y municiones, para echar a los escoceses, él no tenía dificultad ninguna

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

en suministrárselas; que aún dejaba ir en ayuda de ellos a aquellos filibusteros que era más difícil mantener en la colonia; pero que tuviera cuidado en no chocar con los ingleses, supuesto que éstos parecieran interesarse en tal establecimiento.

Medidas del señor Ducasse para oponerse a este establecimiento. — El señor Ducasse no había esperado a estas órdenes para obrar. Comenzó por negociar con los indios de las Sambras, que por su parte entraron sin dificultad en comercio con él: les envió luego una barca con regalos y encargó al patrón que entregara a los jefes de aquellos salvajes la carta siguiente: "Os hago el presente como señal de mi recuerdo y de mi amistad. Sé con satisfacción que conserváis siempre el afecto que me habéis prometido para mi nación. Os exhorto a no dejaros sobornar y os prometo entera protección. Estoy informado de que me enviáis tres diputados, que se han embarcado en un navío francés, que estaba en la costa de Portobelo, para honrarlos más y conducirlos con mayor seguridad. Estoy instruido de que el rey Coco, señor del Golfo de Darién, desea tratar de paz conmigo; podéis sin ningún peligro prometerle todo y jurarlo. Enviaré también franceses a jurar la paz de mi parte y barcos al golfo con todas las mercancías de que tendrán necesidad los pueblos. Sé que una nación extranjera ha venido a apoderarse de una parte de las tierras de los indios de Bocator; vosotros, como prudentes, debéis uniros con esos indios, aun cuando fueran enemigos vuestros, para arrojar a los que quieren robar vuestros bienes. Pensad que es como un fuego, que crece poco a poco y que luego que esos extraños estén en posesión de esa tierra, os quitarán la vuestra. Por eso, no os dejéis sorprender ni por sus hermosas palabras ni por sus regalos; si no los arrojáis, os convertiréis en esclavos suyos. Vuestros enviados os llevarán armas y municiones, si me las piden." Bocator está a sesenta leguas bajo el viento de Portobelo. Parece mucho que el primer desembarco de los escoceses fue en ese lugar, de donde pasaron después a la isla de Oro. Se supo más tarde que se presentaron allí con bandera blanca, para hacer creer a los indios que eran franceses; pero que esos pueblos no se dejaron engañar y nunca tuvieron comercio alguno con ellos.

El señor Ducasse, habiendo tomado tan justas medidas para impedir a los indios de las vecindades de la isla de Oro que favorecieran al establecimiento de los escoceses, pensó en poner en movimiento a los españoles, a quienes esta empresa interesaba todavía más que a los franceses. Escribió en consecuencia a los gobernadores de Car-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tagena y de Portobelo, que si necesitaban ayuda contra estos usurpadores, él se la daría; e hizo dar las mismas seguridades al presidente de Panamá, en cuanto supo que los escoceses tenían planes de extenderse hasta el mar del Sur y habían enviado ya allí a visitar las costas y los puertos. El señor marqués de Harcourt (más tarde duque, par y mariscal de Francia), no actuaba con menor viveza en la corte de Madrid, donde era embajador del rey; pero se apercibió bien pronto de que la ayuda ofrecida por Francia era allí sospechosa, o al menos causaba recelos. Es lo que parece por una carta del señor de Pontchartrain a este embajador, con fecha 18 de julio, en que dice: "He recibido lo que me enviasteis acerca de lo resuelto en España para oponerse al establecimiento del Darién. La necesidad de sacar de Holanda las municiones que serán indispensables, hará este socorro tan lejano; y los movimientos de los escoceses para fortificarse son tan vivos que es muy de temer que los españoles no puedan echarlos cuando hayan terminado sus preparativos. Esta situación, que es difícil no sea prevista por ellos, debía ciertamente comprometerlos a seguir el plan que parecen haber tenido para socorros más prontos, que solamente pueden esperar del rey".

La mayor molestia venía siempre del lado de Inglaterra. El señor conde de Tallard (luego duque, par y mariscal de Francia), que estaba en la corte del rey de la Gran Bretaña, había recibido orden de examinar lo que allí se pensaba sobre la empresa de los escoceses; y había creído penetrar que los ingleses la miraban con una especie de celo. El rey Guillermo había declarado que se había hecho sin su participación; y hasta aseguraba que era contraria a la carta que había concedido a los escoceses, y envió órdenes a Jamaica y a Barbados, para no ayudarlos; sin embargo pronto se supo que habían salido de puertos ingleses dos navíos cargados de armas y municiones para la isla de Oro; que se preparaban otros cuatro; que hasta los holandeses se interesaban en estos armamentos; y que la nueva colonia de Darién no se sostenía sino mediante los recursos que recibía continuamente de Jamaica y de Barbados. Estas informaciones se confirmaron hacia fines de año e Inglaterra se preparaba a entrar por completo abiertamente en este asunto. El señor Bellamont, gobernador de Jamaica, había recibido órdenes de apoyar con todas sus fuerzas a los escoceses y se hacía un gran armamento en los puertos ingleses para enviarles un refuerzo de 1500 hombres, cuando se supo que las enfermedades se habían apoderado de ellos, habían afectado a la mayoría y disipado el resto. Sin embargo parecía seguro que el acercamiento de las tropas españolas enviadas por el gobernador de Cartagena con-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tribuyó mucho a hacer tomar a los escoceses el partido de retirarse; lo cierto es que los españoles, al verse armados, quisieron aprovechar la ocasión para dominar a los indios de las Sambras; éstos acudieron al señor Ducasse, al que escribieron la carta siguiente, que es del mes de mayo de 1700 y está firmada por el comandante de la nación.

Los indios de las Sambras se ponen bajo la protección de Francia. — "Señor y amigo, como os hemos prometido fe y fidelidad y ser buenos amigos de los franceses, os hemos tomado y tomamos por nuestros protectores, como os lo hemos testimoniado de palabra, cuando tuvimos la ventaja de saludaros en Goave menor; nos habéis respondido con seguridades recíprocas y de viva voz y por escrito y hemos contado con ello; porque hemos sabido que la palabra de los franceses es más inviolable que la de otras naciones. Nos echamos así en vuestros brazos para ser socorridos contra nuestros enemigos, que nos quieren destruir, principalmente los españoles, que desde que echaron a los escoceses nos han hecho sentir el odio que nos tienen, haciendo morir a uno de nosotros y a un francés que nos acompañaba. Hicieron ahorcar a este último en Cartagena y antes de exponerlo al viento le hicieron mil ultrajes. Por la presente nos os declaramos de nuevo que somos y seremos verdaderos amigos y servidores del gran rey de Francia hasta la muerte. Haced de manera, señor, que el gobernador de Cartagena sea instruido, así como los demás comandantes, de que estamos bajo la protección de Francia."

Esta carta, que, al parecer, estuvo largo tiempo en camino, ya no encontró al señor Ducasse en Santo Domingo: había salido para Europa para arreglar allí varios asuntos relativos a los intereses de las dos coronas en las Indias. Esto causó un retraso, que hizo perder la paciencia a los indios y éstos amenazaban con entregarse a los españoles. El señor de Galifet, que en la ausencia del señor Ducasse mandaba como jefe en Santo Domingo, creyó deber parar este golpe y quiso hacer partir para las Sambras al señor du Rocher, teniente de una compañía: sus instrucciones llevaban el asegurar a esos pueblos de que Francia no los abandonaría y de no descuidar nada para hacerles volver a sus primeros sentimientos, de informarse exactamente de la calidad y de las riquezas del país y de qué utilidad podía ser para el rey. Faltaba un pretexto para encubrir el verdadero designio de este viaje; el señor de Galifet tenía uno sumamente natural, que era enviar una amnistía a los filibusteros refugiados desde largo tiempo entre esos pueblos y entre los de Bocator. Este último lugar de mucha mayor importancia todavía que las Sambras; estaba más

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

poblado, era más rico en oro y se podía ir desde allí en dos días, sin ningún estorbo, al mar del Sur. Pero los planes del señor de Galifet sobre estos dos puestos no tuvieron resultado ninguno, por la negativa que dio el señor Patoulet a llevar allá al señor du Rocher, como se había comprometido al principio; y su razón fue que tenía órdenes muy precisas del rey, de no dar ningún recelo a los españoles, quienes ciertamente lo formarían de este viaje, cuyo motivo verdadero penetrarían con facilidad.

Los escoceses abandonan por segunda vez el Darién. — Sin embargo, se divulgaba desde algún tiempo que los escoceses habían vuelto al Darién en número de mil o mil doscientos hombres; habían desembarcado sin ninguna oposición y se hacía de este establecimiento un asunto religioso y nacional. Estos rumores eran fundados, pero bien pronto se supo por informaciones ciertas que este segundo convoy había llegado sumamente estropeado; que los españoles, que habían armado el año anterior en Cádiz, para echar a los primeros y que ante la noticia de su retirada, habían vuelto a ese puerto, se preparaban a salir nuevamente de él; que el Parlamento de Inglaterra había cambiado de pensamiento sobre el particular y hacía nacer incidentes, que perturbaban mucho los asuntos de la nueva colonia. No se dejó empero de hacer salir un tercer convoy de Escocia, y aunque el rey de Gran Bretaña hubiera prohibido de nuevo a los ingleses de América el dar ninguna ayuda a los escoceses, estas prohibiciones no fueron mejor guardadas que las primeras. El señor Ducasse estaba todavía en Santo Domingo, cuando llegaron las noticias de esta segunda tentativa; y para impedir su éxito había concebido el plan, que el señor de Galifet formó luego a su ejemplo, de enviar a las Sambras a un oficial con 40 ó 50 filibusteros. Este proyecto no tuvo entonces ninguna consecuencia, primero por la partida del señor Ducasse, que sucedió poco después; y luego por la negativa del señor Patoulet a llevar a quienes el señor de Galifet había destinado a esta expedición. Los indios, por su parte, al no tener noticia ninguna de los franceses, se creyeron abandonados por ellos y el temor de caer en manos de los españoles les hacía pensar en entenderse con los escoceses, cuando el señor de Galifet fue felizmente informado de esta disposición. Envió inmediatamente al señor du Rocher, y no dudó en nada que al menos una parte de los filibusteros, que estaban entre esos pueblos, se uniera a él, como sucedió efectivamente. Entonces los escoceses, viendo que los indios se volvían nuevamente hacia los franceses y resueltos a no sufrirlos más en modo alguno entre ellos, no

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

pudiendo por otra parte asegurarse que los socorros de Inglaterra no les faltarían en nada; sabiendo que los españoles habían salido de Cádiz para echarlos de la isla de Oro, y temiendo que si las enfermedades volvían a asolarlos, no les fuera posible ni siquiera retirarse, creyeron que lo más prudente era prevenir un infortunio que les parecía inevitable y renunciaron al fin para siempre a una empresa que no estaban en condiciones de mantener ellos solos contra las fuerzas unidas de los franceses y de los españoles.

Llegada de Felipe V a la corona de España. — Esta unión ya no era dudosa desde la llegada del duque de Anjou a la corona de España; pero tuvo, en relación con los indios de las Sambras, un efecto muy contrario al que tenían toda razón de esperar de su apego a la nación francesa. Dije que el señor de Galifet había enviado a esos pueblos al señor du Rocher, para mandar a los filibusteros que allí estaban. Había informado de ello al ministro, quien le contestó que el rey hubiera aprobado muchísimo ese paso, si no hubiera cambiado la situación de los asuntos. "Pero —añadía— la intención de Su Majestad era mantener una correspondencia perfecta entre las dos coronas y por eso quiere que se aparte todo lo que pudiera oponerse a ella; y así os ordena llamar a du Rocher a Santo Domingo para que vuelva con todos los filibusteros, a quienes la amnistía comprometerá a regresar allí, declarando a los otros que deben esperar la justa cólera del príncipe si se obstinan en permanecer. Por lo que toca a los indios, no se dejará de mantener el tratado de paz con ellos; pero después de haberles informado del cambio sucedido en España, hay que excitarlos a someterse a los españoles y asegurarles que Su Majestad trabajará porque sean bien tratados." El señor de Galifet veía mejor que nadie los inconvenientes de esta conducta, porque tenía conocimiento perfecto de la manera de obrar de los españoles con los indios; pero era necesaria en las circunstancias presentes y obedeció. Lo que había previsto no tardó en ocurrir: los indios, maltratados por los españoles y no esperando ya nada de parte de los franceses, llamaron a los ingleses y los llevaron a las minas del Darién. Cuanto a los filibusteros, la mayor parte no se aprovechó para nada de la amnistía, sino entre los que habían permanecido en Jamaica, algunos, viendo la guerra lista a declararse entre Francia e Inglaterra, no pudieron resolverse a hacer las armas contra su patria y para evitar hallarse envueltos en ello pasaron al continente y se retiraron a Bocator. Allí fueron muy bien recibidos por los naturales

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

del país, con los que se aliaron al principio, de suerte que estas dos naciones ya no son hoy más que una.

Lo que impide a los ingleses sucumbir ante los esfuerzos de los franceses y de los españoles. — La guerra prevista fue al fin declarada y dos cosas impidieron a los ingleses el caer bajo las dos potencias, que podían fácilmente unirse contra ellos para echarlos de América meridional. La primera fue que bastante número de nuestros filibusteros tomaron partido con ellos. La segunda, que los españoles cumplieron mal por su parte las órdenes que ambos reyes habían enviado a sus súbditos del Nuevo Mundo, de ayudarse mutuamente en el caso de que fueran atacados. Hasta siguieron todavía por largo tiempo tratando a los franceses como si hubieran sido sus mayores enemigos; reteniendo a los prisioneros y a los negros fugitivos; y desde la primera ocasión que hubo necesidad de acudir a ellos, para defender a Leogane, que estaba amenazada por los ingleses, se negaron a ir allá, contestando sus oficiales que no tenían ninguna orden. No se dudó de que hubo colisión de parte de los jefes, que habían dado al señor de Galifet toda clase de seguridades para socorrerlo en tal sazón, y hubo más de una prueba más tarde de que hubieran deseado mucho ver a los franceses y a los ingleses facilitarles, al debilitarse, los medios de librarse de una vez de las inquietudes que les causaban así malos vecinos. Es cierto que si por nuestra parte hubiéramos querido tener la misma conducta a su respecto, las Indias españolas hubieran corrido grandes riesgos; pero no estaba en interés nuestro que los ingleses hicieran allí conquistas y los españoles, que lo sabían bien, estaban seguros de que en caso necesario no les faltaríamos, en cualquier manera que usaran con nosotros. Sea lo que fuere, he aquí la ocasión que obligó al señor de Galifet a recurrir a ellos.

El vicealmirante Bembow ataca a Leogane y con qué resultado. El mes de julio de 1702, los ingleses de Jamaica tuvieron los primeros informes de la declaración de guerra; los vicealmirantes Wetchstow y Bembow estaban ya en el mar con fuertes escuadras y parecían amenazar las costas del sur y del oeste de Santo Domingo. En realidad su plan era saquearlas, porque no estaban en condiciones de hacer otra cosa: ya que casi no tenían tropas de desembarco; pero querían todavía más al señor Ducasse, que había venido con una escuadra a Santo Domingo y que debía ir a Cartagena. El once de agosto el señor de Galifet estaba en el Cabo y recibió de mañanita informe por el señor Ducler, mayor de Leogane, y por el señor de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Villaroche, comandante en San Luis, de que el veintinueve de julio se habían visto desde *la Roche a Bateau,* doce leguas al viento del Cabo Tiburón, siete grandes barcos, uno de los cuales llevaba una bandera cuadrada en el palo mayor, y que el cuatro de agosto un capitán mercante, estando bajo el Cabo San Nicolás, había visto el mismo número de barcos a seis leguas al largo de ese Cabo, que llevaban la dirección de Leogane. Sobre el mediodía de la misma jornada un cazador, que le llevaba cartas del señor de Brache, teniente real en Leogane, le aseguró que el tercero había visto desde la punta San Marcos, a barcos que cañoneaban a Leogane y añadió que otros cazadores, llegados en lanchas, habían apercibido otros once barcos y varias barcas, que habían pasado a Leogane por el sur de la Gonave.

No había duda de que el plan de los enemigos, con tanta fuerza, era arruinar por lo menos todos los distritos de esa costa; y el señor de Galifet tomó inmediatamente la resolución de ir allá. Hizo disparar la alarma, destacó a jinetes en todas las costas para reunir en ellas a las milicias y ordenó a un destacamento de 150 caballeros, bajo el mando del señor de Breda, que se dirigiera por tierra. Envió un expreso a los españoles para advertirles que se pusieran en seguida en camino y dio sus órdenes de hacer embarcar en lanchas y en chalupas las dos compañías de la guarnición del Cabo, otras dos que acababan de llegar de San Cristóbal y 200 infantes de la milicia: todo bajo el mando del señor Bachelier, que había sido mayor en San Cristóbal y al que recomendó dirigirse a Leogane navegando en cabotaje. De esta fuerza el socorro francés debía constar de 700 hombres, incluyendo 35 maestres, que estaban con el señor de Galifet; y este comandante contaba con 300 españoles. Partió del Cabo el 13 y el 15 a mediodía llegó al paso del Artibonito, que se encontró desbordado. Lo pasó a nado, con pérdida de varias armas, bagajes e impedimenta, porque es muy rápido. Apenas había hecho tres leguas más allá de ese río, cuando un español vino a decirle que los enemigos se habían retirado; y despidió inmediatamente a todos los que le acompañaban para dar orden en contra al señor de Breda, que no hubiera dejado de perder gente en el paso del Artibonito, y se dirigió al Cul-de-Sac, donde supo lo que sigue.

El 7 de agosto el vicealmirante Bembow apareció a la vista de Leogane con nueve barcos, de los que el menor tenía 54 cañones, y dos bateles: el señor de Morville, que mandaba el transporte real *le Gironde* envió inmediatamente la chalupa a reconocerlos: y al verla los ingleses, pusieron todos sus barcos en el mar, después de haber

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

doblado las tripulaciones, y la tomaron. Entonces el señor de Morville aparejó y habiéndolo rechazado el viento del lado de Goave menor, llegó hacia el Cul-de-Sac. Los ingleses destacaron cinco chalupas armadas para tomarlo; él los rechazó a cañonazos, pero viendo que Bembow se hacía remolcar para venir contra él, puso fuego a su buque y salvó su tripulación, con excepción de cuatro hombres que se quemaron. Los barcos mercantes que estaban en la rada del Esterre aparejaron también para Goave menor, pero fueron cortados; y hubo uno, llamado la *Reine des Anges,* que fue tomado bajo las velas; pero la tripulación se salvó en tierra; otro, que se denominaba la *Reyne Marie,* fue tomado en Goave mayor, a donde se había echado. El tercero, llamado *le Saint George,* se fue a pique en el mismo lugar y un bergantín fue apresado bajo las velas el 8, a las diez de la mañana.

El señor de Brach estaba en el Consejo en el Esterre cuando aparecieron los enemigos; dejó allí al señor Duclerc con las órdenes necesarias y montó a caballo para llegar al río Pequeño, donde desembocaba el Esterre. Supo al llegar que la chalupa de la Gironde había sido tomada y poco después fue testigo de la desgracia sucedida a este navío y a los otros, que hubieran podido evitarla si hubieran obedecido más bien a la orden que les había dado de retirarse a Goave menor. Toda la noche del 7 al 8 de Brach hizo trabajar en montar cañones y en poner las baterías en disposición. Por la mañana al apuntar el día cinco barcos se encontraron media legua al viento del río Pequeño y pasaron con viento en popa a tiro de cañón sin disparar; esto obligó al teniente real, que los observaba, a montar a caballo con toda la caballería y llegó a la punta antes que ellos. Estaban frente a la batería a las nueve de la mañana y comenzaron en seguida a cañonear, lo que duró dos horas: destacaron luego chalupas y una lancha para llevarse un barco de Nantes, que estaba encallado a sesenta toesas de los atrincheramientos y que no podía ser defendido más que de un lado. Lo abordaron y se apoderaron de él sin dificultad, pero el fuego de la batería les impidió maniobrar para volver a ponerlo a flote y lo incendiaron, pese a los esfuerzos del señor Duclerc, que sin tener órdenes, salió de la trinchera, se adelantó a descubierto sobre el río, frente al barco, y mató a varios ingleses; pero no habiendo sido seguido sino por quince personas, su audacia no impidió la pérdida del buque.

Los buques enemigos seguían siempre cañoneando y no se les contestó sino con 17 tiros de 24, que alcanzaron todos. Se supo por un marinero de la Gironde, que se había salvado, que Bembow había

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

recibido once en su barco, de los que tuvo doce hombres muertos y 17 heridos y que su mismo buque había quedado sumamente dañado. Otro barco estuvo por largo tiempo sin poder maniobrar y se vio al vicealmirante y a otro navío enviarle sus chalupas. De parte de los nuestros no hubo más muertos que un pobre mendigo, un negro y un caballo.

Durante este tiempo dos fragatas cañoneaban los dos navíos mercantes que se habían retirado al islote de Goave mayor, y de los que he hablado; una de esas fragatas, que era de 60 piezas, quiso pasar entre el islote y la tierra grande y quedó encallada por dos horas a tiro de pistola de una de las dos tierras. El señor de Brach pretendió que si hubiera habido allí un atrincheramiento, o cañones, ese barco nunca hubiera salido y echó la culpa al señor de Galifet, quien por su parte reprochó al teniente del rey haberse dejado sorprender, no haber obedecido las órdenes que le había dado para la conservación de los barcos franceses, de no haber disparado más que diecisiete cañonazos y de no haber socorrido al señor Ducler, cuando este oficial salió del atrincheramiento. Muchos han creído que el señor de Brach no hizo todo lo que se esperaba de él en esta ocasión. Es con todo persona de mérito y un oficial muy bueno; pero se vio en este encuentro cómo el poco concierto entre los comandantes puede dañar al servicio. Parece que entonces casi todos los oficiales se habían unido contra el señor de Galifet y no les faltaban nunca razones o pretextos para eludir sus órdenes. Es enojoso que tantos talentos se hagan inútiles, por falta del de hacer amar al comandante.

Los enemigos se retiran. — El 9 Bembow pareció querer pasar a Goave menor, lo que obligó al señor de Brach a destacar al señor Duclerc con toda su caballería; pero los enemigos se detuvieron delante de la rada y no se atrevieron a entrar en el puerto, aunque se les hubiera avisado de que en él encontrarían varios barcos de los que les sería fácil apoderarse. El 10 regresaron ante el Esterre, luego marcharon contra el río Pequeño; el señor de Brach los tenía siempre de vista. Por fin la noche del 10, a las once, se retiraron y no se les vio más. Un segundo marinero, que salvó al día siguiente, de la Gironde, informó que el *Imprudent,* barco del rey, había sido tomado; que las tres cuartas partes de la tripulación de Bembow eran franceses refugiados; que este general había querido hacer un desembarco, pero que la artillería de a ocho le había quitado las ganas, además de que no se fiaba de sus refugiados franceses. Había tomado el séptimo al señor de Pradines y su compañía, que llegaban de San Cris-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tóbal en una barca inglesa; pero al día siguiente los volvió a enviar a tierra.

Combate entre el vicealmirante Bembow y el señor Ducasse. — Esperaba compensarse del poco resultado que había tenido esta expedición, contra la escuadra del señor Ducasse, en pos del que se hizo inmediatamente con sus siete navíos. Lo encontró finalmente el 30 de agosto a doce leguas de Santa Marta y aunque el señor Ducasse no tenía sino cuatro barcos, no rehusó el combate. Duró cinco días y al sexto, que era el cuatro de septiembre, Bembow dio marcha atrás y se fue a Jamaica. Tenía una pierna rota y de ello murió poco después; sus barcos estaban en la mayoría fuera de estado para hacerse a la mar y había perdido la mitad de sus tripulantes. El señor Ducasse no tenía más que un barco sumamente dañado y cerca de 20 hombres tanto muertos como heridos; sin embargo no juzgó conveniente perseguir a Bembow, al que no creía quizá tan estropeado como estaba y continuó su camino hacia Cartagena, donde entró pocos días después y donde su presencia causó tanta alegría como había inspirado terror algunos años antes.

Los enemigos atacan a Goave menor y se retiran. — El 20 de diciembre siguiente, dos barcos de la escuadra de Bembow aparecieron ante Leogane y luego de haber permanecido allí por algún tiempo, se hicieron ver en Goave menor. El señor de Galifet estaba bastante cerca de allí muy enfermo, y no dejó de dirigirse a ese puerto, y un prisionero francés, que se salvó a nado de uno de los dos barcos, le dijo que Bembow había muerto de sus heridas y que su colega Werchtow estaba en el Cabo San Nicolás con su escuadra. El 26 esta escuadra ancló en el Cabo Tiburón, y el señor de Galifet, al ser informado, no dudó de que venía al cayo San Luis. Mandó avisar al señor Le Page, que mandaba allí, para que se pusiera en guardia y se dispuso a ir a unírsele. La escuadra pasó efectivamente a la vista de este puesto, pero no se acercó y el señor de Galifet, que ya se había adelantado hasta un lugar llamado *le Fond des Negres,* en cuanto se aseguró de su retirada, volvió a tomar el camino de Goave menor. Pasó algún tiempo sin saber lo que le había pasado a la escuadra inglesa y se la creía muy lejos, cuando una parte de los barcos que la componían se presentó ante Goave menor. El vicealmirante había vuelto a subir hasta Santo Domingo, con el plan de torcer contra el cayo San Luis, al que esperaba sorprender; pero habiendo sabido que se le esperaba, pasó al Cabo Tiburón, donde dividió en dos sus fuer-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

zas. Una parte entró por el canal de Nippes y el dos de abril, al ponerse el sol, fue vista a la entrada de Goave menor, en número de seis velas. El señor de Breda, mayor, que mandaba allí, hizo disparar la alarma y guarneció todos los puestos. El señor de Paty, teniente del rey, había salido pocas horas antes y sólo estaba a dos leguas; se corrió tras él, regresó y encontró todo en buen estado por los cuidados del mayor.

Había tres barcos en la rada; el cuidado de conservarlos había llamado la primera atención del señor de Breda, y a tal efecto había enviado a los señores de Pradines, capitán, y la Salle, teniente, a la *Punta de los Mangles,* que domina la entrada del puerto, con 30 soldados escogidos. Era de noche y hacía un hermoso claro de luna, a favor del cual Pradines percibió siete chalupas enemigas cargadas de gente, que vinieron a acercarse a la punta a medio tiro de mosquete; los dejó pasar, sin disparar un solo tiro y se fueron en derechura a los navíos, que aparejaban para entrar al puerto y de los que se apoderaron sin resistencia. Entonces el señor de Pradines comenzó a hacer fuego y como el cañón del fuerte lo hacía ya muy grande, las chalupas se vieron pronto obligadas a volver a sus barcos. Se habían puesto en disposición de llevarse sus presas; pero no pudieron remolcar más que una, quemaron una segunda y abandonaron la tercera. Al día siguiente se encontró a una de las chalupas, que estaba a la deriva, llena de armas y de bagajes, lo que hizo pensar que el cañón del fuerte y la mosquetería de la punta había matado mucha gente a los enemigos. La otra parte de la escuadra, que se componía de ocho velas, entró por el canal de San Marcos y encontró tres navíos filibusteros, que salían del distrito de Artibonito. El primero fue tomado, los otros dos encallaron en la costa y se salvaron todos los hombres. Luego de esta expedición se volvió a juntar toda la escuadra y el vicealmirante envió una chalupa a Goave menor para llevar a un prisionero y decir que si se le quería devolver a todos los ingleses retenidos, los cambiaría por un número igual de franceses; se les contestó que no se pedía nada mejor, pero se retiró sin contestar nada y no volvió a aparecer.

El señor Auger sucede al señor Ducasse en el gobierno de Santo Domingo. — Las cosas se encontraban en tal estado, cuando se supo que el rey había declarado al señor Ducasse jefe de escuadra y le había dado un sucesor en el gobierno de Santo Domingo, y que era el señor Auger, gobernador de Guadalupe, que acababa de defender con mucha gloria esa isla de los ingleses. El señor de Galifet

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

recibió la noticia por una carta que le escribió el señor de Pontchartrain con fecha 21 de marzo, en que le declaraba que el rey había pensado darle ese puesto, pero que Su Majestad había sido impedida de ello por las quejas continuas que se habían hecho contra él; que estaba empero sumamente persuadido de que esas quejas venían en parte de que él había querido establecer la disciplina y el orden con demasiada severidad y sin hacer los arreglos necesarios en una colonia nueva, a cuyos habitantes hay que instruir de lo que deben hacer antes de castigarlos por haber faltado a ello. El rey le había dado el gobierno de Guadalupe. Que si sus habitaciones lo retenían en Santo Domingo, el rey no dispondría de su lugar sino hasta que él hubiera tomado su decisión. El ministro a continuación le avisaba que el rey había nombrado al señor Deslandes comisario ordenador en Santo Domingo; luego añadía que no le parecía difícil comprometer a los habitantes de Santo Domingo a imitar a los ingleses de Jamaica, quienes ya no hacían sino armamentos de barcos. Que esta clase de guerra daría el medio de emplear a los vagabundos y a los jóvenes, a quienes su ligereza llevaba a la deserción y a hacer más libres los ataques de la isla. Pero que para llegar a esto, había que usar de toda la condescendencia, que no fuera en detrimento de la autoridad.

Su llegada a Santo Domingo y su conducta respecto al señor de Galifet. — El señor Auger encontró efectivamente a toda la colonia rebelada contra el señor de Galifet y poco después recibió una carta del rey, con fecha 26 de diciembre de 1703, por la que Su Majestad le ordenaba detenerlo y mantenerlo en lugar seguro.

Ya había comenzado a prohibirle y parece que el señor Galifet había pasado inmediatamente a Francia para justificarse: lo cierto es que no tardó en dirigirse allá y que su inocencia pareció desde entonces más que verosímil. El rey no aprobó en nada que el señor Auger hubiera procedido tan de prisa en el asunto y Su Majestad hizo escribirle que no había encontrado bien que ante el primer incidente que hubo sucedido entre él y el gobernador de Santa Cruz, le hubiera hecho una prohibición pública de obedecerlo; que ciertamente tenía poder para ello, pero que respecto a un oficial, que le seguía inmediatamente, no debía usar de él sino en un caso extremo y de prevaricación probada, lo que no sucedía. Se le añadía en al misma carta que en todo lo que había mandado acerca del señor Galifet, parecía haberse dejado prevenir por algunos oficiales, cuya conducta no había sido bastante irreprochable para merecer entero crédito, y que no era posible que hu-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

biera tenido tiempo de encontrar las pruebas de todos los hechos que le habían sido denunciados.

Muerte del señor de Galifet. — No he podido saber si el señor Auger convino luego en haber sido demasiado crédulo al respecto del gobernador de Santa Cruz; lo cierto es que este oficial fue hasta su muerte muy bien visto en la corte, donde se justificó al menos de las principales quejas que se le habían hecho; que agradeció al rey su nombramiento del gobierno de Guadalupe, y retuvo el de Santa Cruz; pero que no regresó al Cabo, habiendo muerto en París cuando se disponía a partir en 1706; que tuvo como sucesor al señor de Charite, y que en el mes de mayo del año anterior había obtenido la erección de la principal de sus habitaciones de Santo Domingo en condado, bajo el nombre de condado de Galifet, y esto en consideración a que siendo comandante en jefe en la isla de Santo Domingo durante la ausencia del señor Ducasse había servido perfectamente al rey y puesto a esa colonia en un estado muy floreciente.

Carácter del señor Auger. — Para volver al señor Auger, poco antes de su llegada a Santo Domingo, una parte de los habitantes de San Cristóbal, echados nuevamente de esa isla por los ingleses, habían venido a reforzar la colonia de Santo Domingo; como la encontraron bien distinta de la que habían visto hacía varios años, en una ocasión sumamente parecida, tuvieron menos trabajo en establecerse en ella. Eran habitantes enteramente formados, la mayoría nacidos en América, sumamente arreglados en su conducta, bien instruidos en su religión y sirvieron mucho para civilizar la colonia a que acababan de incorporarse. Era también a lo que se apuntaba entonces más particularmente en Santo Domingo y esta isla no podía tener en tal coyuntura un gobernador que le conviniera más que el señor Auger. Había nacido en América y sabía cómo debía gobernarse. Había sido apresado en su juventud por los saletinos y había pasado algún tiempo en una ruda esclavitud; había aprendido en esta escuela a ser suave, humano, compasivo y siempre dispuesto a agradar: todas las virtudes cristianas y militares perfeccionaban este carácter e hicieron de él uno de los más cumplidos gobernadores que Francia haya tenido en América. Pero Santo Domingo no lo poseyó por mucho tiempo. Su primer cuidado, en cuanto tomó conocimiento de los asuntos de su gobierno, fue llamar a los filibusteros, que se habían refugiado en otras partes y renovar las alianzas con los indios de las Sambras y de Bocator, y allí encontró facilidades que no se había atrevido a esperar.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El señor Deslandes comisario ordenador de Santo Domingo. — El rey hizo al mismo tiempo un regalo a la isla de Santo Domingo, que le fue sumamente ventajoso. Su Majestad envió al señor Deslandes en calidad de comisario ordenador y para hacer las funciones de intendente. Hasta entonces los gobernadores habían tenido toda la autoridad civil y judicial, así como la militar; aunque subordinada a la del gobernador general de las islas; y aun después de erigidos los consejos superiores (porque acababa de establecerse uno en el Cabo Francés), presidían por sí solos en ellos. Tanto poder degeneraba a veces en despotismo *(Las cartas de erección son de 8 junio 1702),* y si este abuso había sido menos de temer en los comienzos de una colonia formada por la casualidad y compuesta de gente tal como los primeros aventureros, ya no era lo mismo desde que los habitantes se habían puesto en regla y se habían multiplicado extraordinariamente; no se podía así prescindir de un jefe de justicia y el rey escogió para tal cargo al hombre que convenía más en todo el mundo. El señor Deslandes se ganó pronto en América la misma reputación que había tenido en Asia, donde por largo tiempo había sido director de la Compañía de las Indias y donde la mayoría de los rajas, el Gran Mogol mismo, los ingleses, los holandeses, los portugueses y el rey de Dinamarca le daban a porfía señales brillantes de una confianza perfecta y de la mayor distinción. Antes de dirigirse a Santo Domingo, visitó en calidad de director de la Compañía del *Asiento* toda la costa de América desde Caracas hasta Portobelo y allí se ganó el afecto de todos los españoles con quienes hubo de tratar. Llegó por fin a Leogane el 13 de febrero de 1705. Allí se le aguardaba con gran impaciencia; y llenó perfectamente la idea que se habían formado de él. La gran correspondencia que hubo siempre entre el señor Auger y él, contribuyó mucho a esto; el uno y el otro tenían únicamente el bien público ante sus miradas; pero ambos le faltaron casi al mismo tiempo a una colonia, que habían hecho irreconocible en el poco espacio de tiempo en que la habían gobernado. El señor Auger murió en Leogane el 13 de octubre de 1705 y el señor Deslandes el 13 de febrero del año siguiente; y las lágrimas que regaron sus tumbas fueron demasiado universales para no ser sinceras.

Los jesuitas enviados a Santo Domingo en lugar de los capuchinos. — El año que siguió a la partida del señor Deslandes para Santo Domingo hubo algún cambio en esta isla, con relación al gobierno espiritual de la colonia. En los primeros tiempos, a medida

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

que se formaba una parroquia, era servida por el primer sacerdote secular o regular que la tomaba: después la mayoría de las de la costa norte había quedado en manos de los Padres Capuchinos. Estos religiosos no se acostumbraban al aire del país y perdían gran número de sujetos; pidieron al rey que encontrara bien el que se retiraran, Su Majestad consintió en ello y encargó a los jesuitas de las parroquias que aquéllos abandonaban. El P. Girard, que había sido superior en San Cristóbal, recibió orden de pasar a Santo Domingo para ejercer allí el mismo cargo; y llegó el mes de julio de 1704, siendo seguido algunas semanas más tarde por el Padre le Pers. La Compañía de San Luis había logrado permiso de proveer de párrocos en su concesión, como lo juzgara conveniente: desde que hubo devuelto sus derechos a Su Majestad, los PP. Dominicos tomaron posesión de la costa sur, y allí sirven las parroquias, como lo hacen con las del oeste.

El señor Mithon, primer intendente en Santo Domingo. — Desde que se supo en la corte la muerte del señor Deslandes, se le nombró un sucesor, que fue el señor Mithon, quien al principio, lo mismo que su predecesor, no tuvo sino el título de comisario ordenador; pero poco después recibió una patente de intendente. No hubo tanta urgencia en reemplazar al señor de Auger, y el señor de Charitte quedó por más de un año encargado del mando general, no ya por una comisión particular, como lo habían sido los señores du Boissy Raymé y de Galifet, sino en virtud de un reglamento del rey con fecha 29 de abril de 1706, que declaraba que en adelante el gobernador de Santa Cruz mandaría como jefe en la isla en ausencia del gobernador de la Tortuga.

Este mismo año de 1706, el señor d'Iberville, que acababa de tomar Nieves a los ingleses, pasó al Cabo Francés, donde armó un bergantín de 14 cañones, en que puso 120 hombres. Su primer plan había sido hacer un gran armamento para una empresa contra Jamaica, pero después de su expedición a Nieves ya no se había encontrado en posición de seguir sus planes primitivos, de manera que había devuelto a Francia una parte de sus barcos; le quedaban todavía cinco: el *Juste,* que montaba; el *Fidele,* mandado por el señor de Gabaret; el *Prince,* por el señor de S. André; la *Sphere* y el *Dudlou.* Estos cuatro últimos, a los que se habían unido varios barcos mercantes, habían tomado la delantera y esperaban al señor d'Iberville del lado de Leogane, cuando el señor de S. André tuvo informe

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de que aparecían barcos enemigos y parecían querer intentar un desembarco. Tomó inmediatamente la resolución de entrar en un puerto que se llamaba comúnmente *l'Hopital,* a siete u ocho leguas al norte de Leogane y a dos leguas del Cul-de-Sac. Lo encontró muy seguro y muy cómodo y lo nombró el *Port du Prince* (Puerto Príncipe), por el nombre de su navío. Algunos creen que es el mismo que los españoles habían establecido bajo el nombre de *Santa María del Puerto.* Pocos días más tarde el señor d'Iberville ancló en el río Pequeño con el señor de Gabaret y envió orden al señor de Saint André para que viniera a buscarle; obedeció, los enemigos desaparecieron y el señor d'Iberville, luego de haberse informado de las fuerzas de la colonia de Santo Domingo, descubrió que allí en poco tiempo se podían levantar hasta 1500 hombres propios para todo. Pareció haber formado nuevos proyectos contra Jamaica; pero habiendo ido, no sé con qué propósito a La Habana, murió allí pocos días después de haber llegado. Fue una gran pérdida para la marina y en particular para la colonia de Santo Domingo. Estimaba muchísimo a los filibusteros de esta isla, que ponía muy por encima de los de la Martinica; y la gran reputación que se había ganado hubiera indiscutiblemente unido bajo su bandera a todos los que habían dejado el servicio de Francia, si le hubieran visto encargarse de cualquier empresa considerable.

El conde de Choiseul gobernador de Santo Domingo. — Al año siguiente el conde de Choiseul-Beaupré fue nombrado gobernador de Santo Domingo y lo primero en que pensó al llegar fue seguir el proyecto comenzado por su predecesor, de hacer revivir la filibustería. Fundaba su necesidad en que era el único remedio que se podía poner a la decadencia de nuestro comercio, enteramente arruinado en América. En efecto, los ingleses se habían limitado a llevarse todos los barcos mercantes que aparecían por nuestras costas y no les fallaba ninguno. A la corte le agradaron mucho las razones del nuevo gobernador y el dio todo poder. Hizo salir inmediatamente al señor de Nolivos en un barco que iba a Cartagena, con orden de publicar la amnistía en favor de los filibusteros que se habían retirado a las tierras de los españoles; eran al parecer las de los Sambras y de Bocator. La mayoría de quienes habían tomado partido por los ingleses, se aprovecharon de esta ocasión para volver a la obediencia de su príncipe legítimo; se pagó exactamente a los que habían estado en la expedición de Cartagena lo que se les debía, todos fueron restablecidos en sus antiguos privilegios; y ya no quedaba nada que

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

desear al señor de Choiseul para volver a tomar la superioridad que los ingleses habían tomado sobre nosotros desde el comienzo de esta guerra, sino el tener fragatas que pudieran asegurar las costas de su isla, mientras los filibusteros fueran a desolar las de Jamaica: cuando la muerte lo detuvo en medio de sus proyectos.

Se había embarcado en la *Thétis* para volver a Francia; fue atacado a la altura de La Habana por una escuadra inglesa que se apoderó de ella tras un combate muy sangriento, en que fue peligrosamente herido. Se le llevó a La Habana, donde murió el 18 de mayo del año 1711.

El gobierno de la Tortuga erigido en gobierno general en favor del señor de Blenac. — Había recibido orden al salir de Santo Domingo que pusiera allí como comandante interino al señor de Valernod, y este oficial, que era persona de gran mérito, murió el mismo año. El señor de Gabaret, gobernador de Martinica pasó al gobierno de Santo Domingo. El lugar de este último fue dado al señor de Charite, que lo rehusó por las mismas razones que habían hecho rechazar al señor de Galifet el gobierno de Guadalupe; pero el señor conde d'Arquian, al ser nombrado gobernador de Santa Cruz y comandante en la costa norte, hizo que el señor de Charite se encontrara sin empleo. Apenas había llegado el conde d'Arquian, cuando se vio encargado del comando general por la muerte del señor de Gabaret; pero el interregno duró poco, ya que desde el mismo año el conde de Blenac fue nombrado gobernador de Santo Domingo y teniente general de las islas. Era un nuevo título añadido a ese gobierno después del señor de Gabaret, que estaba revestido de él como gobernador de la Martinica y lo había conservado al cambiar de puesto; pero en 1714 ese título y el de gobernador de la Tortuga cedieron su lugar a otro muy superior a ambos: el conde de Blenac fue declarado gobernador general *de las islas de Sotavento.*

Final de la filibustería. — Tantos cambios sucedidos uno detrás de otro impidieron continuar el plan que había formado el señor de Choiseul, de restablecer el corso; pero aquel gran número de filibusteros que se había juntado de todas partes se hicieron casi todos habitantes, y esto fue un beneficio mucho más real que el que se había pensado primero al llamarlos. Así terminó aquella famosa filibustería de Santo Domingo, a la que se puede decir que no faltaron más que la disciplina y jefes que tuvieran ideas y fueran capaces de seguirlas, para conquistar una y otra América; pero que con todo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

lo tumultuosa que fue, sin orden, sin plan, sin dependencia, sin subordinación, fue empero el asombro del mundo entero e hizo cosas que la posteridad no creerá.

Al mismo tiempo que el gobierno de la Tortuga y costa de Santo Domingo fue erigida en gobierno general, Leogane lo fue en gobierno particular y fue el señor de Paty el primer revestido de él. Fue suprimido a la muerte de este oficial, pero acaba de ser restablecido en favor del señor de Nolivos. Se ha establecido también un gobierno en la costa del sur, en favor del señor de Brach, que ocupa todavía hoy este puesto. Así el gobernador general de las islas de Sotavento tiene bajo sí a tres gobernadores particulares, el de San Luis; para la costa del sur, el de Leogane, para todos los distritos del oeste, y el de Santa Cruz para toda la parte del norte. No hacía más falta a nuestra colonia sino la tranquilidad para acabar de poblarse y establecerse sólidamente: la paz, que firmada en Utrecht en 1714, se la procuró, pero un accidente sumamente extraño y cuya verdadera causa no es fácil encontrar, le hizo perder poco después una de las más hermosas partes de su comercio.

Mueren todos los cacaoteros de Santo Domingo. — Desde hacía varios años, se cultivaba en esta isla una gran cantidad de cacaoteros; se debía ello al señor d'Ogeron, que los había hecho plantar en 1666 en el Puerto de Paz y en el Puerto Margot, y el ensayo había resultado superior a sus esperanzas. Estas plantaciones se habían multiplicado muchísimo después, sobre todo en la costa del oeste, en el Fondo de los Negros, en las cercanías del río de los Limoneros y del de los Serbales, y en todas las gargantas de las montañas de esos distritos. Se puede ver lo que ha escrito sobre esto, quien estaba en Leogane en 1701. El P. le Pers asegura que en una parroquia de la llanura del Cabo, llamada *el Accul,* donde él estaba en 1714, un solo habitante llamado Chambillac, tenía más de 20.000 pies de cacaoteros. Por fin el cacao no valía entonces sino cinco sueldos la libra y el gran comercio que hacía de él la colonia de Santo Domingo, dañaba mucho a la Martinica, donde en todo tiempo esta mercancía había sido una de sus principales riquezas. En 1715, la hermosa plantación de Chambillac pereció toda entera, sin que se pudiera imaginar lo que había causado una pérdida tan súbita y tan general. Todas las demás la siguieron de cerca, con excepción de una sola, que subsistía aún al año siguiente en el Boquerón de Jacquezi y que corrió ese mismo año la suerte de todas las demás. Así ya no se vio más en toda la isla de Santo Domingo ningún cacaotero, si no

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

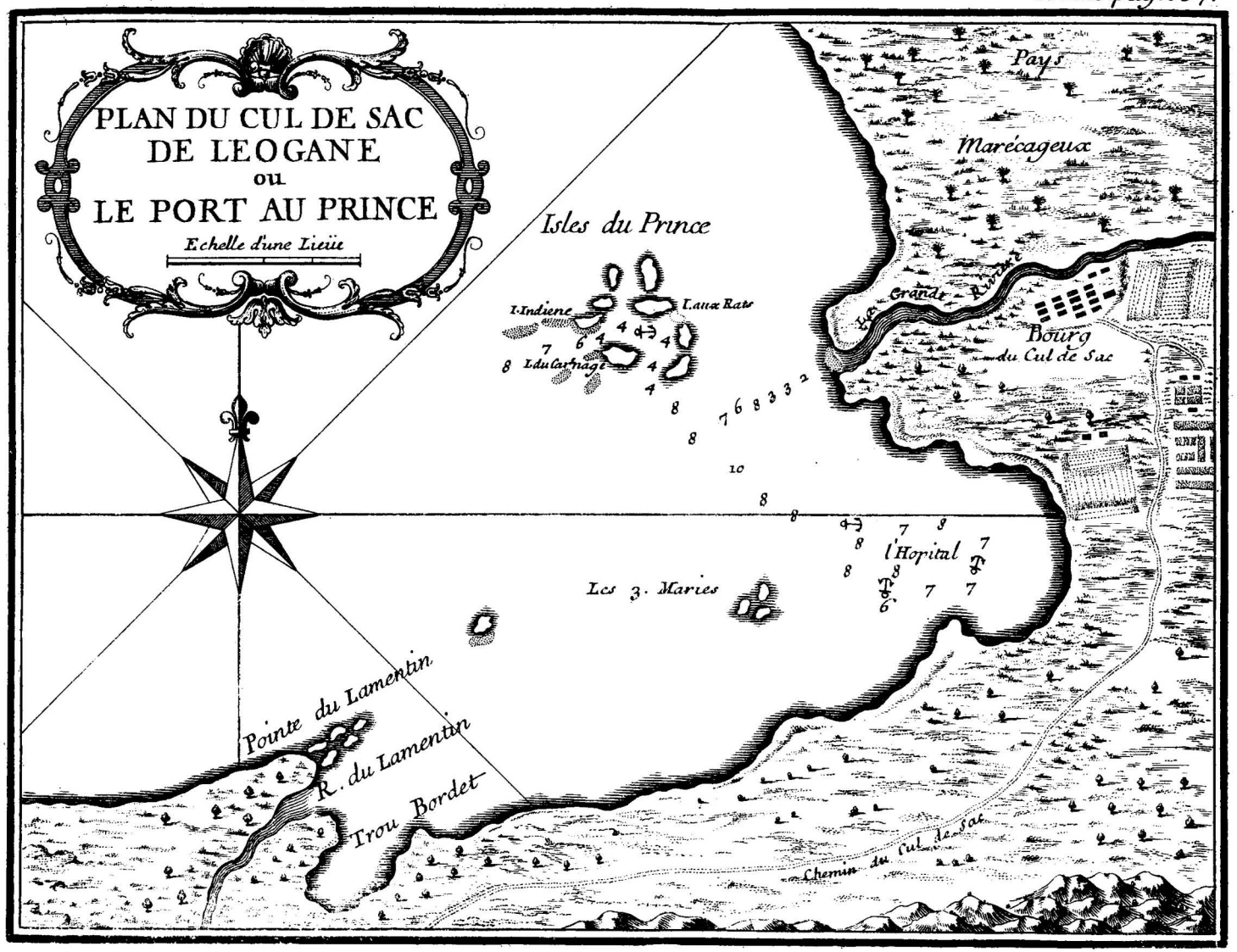
eran algunos pies que se cultivaban con un cuidado extraordinario en los jardines, y que se mostraban como una rareza. Fue una gran pérdida para el país, cuyo terreno había siempre parecido tan apropiado al cultivo de ese árbol como el del continente mismo de Caracas y de Maracaibo y donde varios cantones, sobre todo en las montañas, no son tan buenos para él. Se discurrió mucho sobre este acontecimiento y sería difícil apartar de la mente de un gran número de personas que esta mortalidad es efecto de un embrujamiento echado sobre la isla de Santo Domingo por habitantes de la Martinica, quienes al no poder hacer el comercio del añil, porque esa planta nunca se logró en su isla y no siendo bastante poderosos para fabricar azúcar, no tenían otros recursos que el cacao.

Se declara la guerra a los españoles. — En 1716, el señor de Blenac regresó a Francia y lo relevó el señor marqués de Chateau-Morand. Tomó tierra en el Cabo Francés, donde quiso ser recibido bajo palio: los habitantes, que pensaban que este honor se debía a Dios solo, se escandalizaron sumamente de esta pretensión; pero se les instruyó y cedieron. El nuevo gobernador se encontró pronto en vísperas de tener la guerra con los españoles; él mismo hizo en 1718 la ceremonia de declararla. Vino para ello de Leogane al Cabo Francés y luego, habiéndose adelantado hasta el medio del río de la Massacre, que varios miraban entonces como el fin del país francés disparó un tiro de pistola. Todo el fruto de este gesto fue que los españoles, que no pensaban en nada, no pedían sino la paz y no estaban en nada instruidos de lo que pasaba en Europa, se pusieron en guardia y que un gran número de nuestros esclavos se salvaron entre ellos, seguros de encontrar allí un asilo contra las persecuciones de sus amos. Algunos españoles no dejaron de devolver a varios, esperando así restablecer la buena inteligencia entre ellos y nosotros; pero su ejemplo no fue imitado en nada. Hasta hubo órdenes del presidente de la audiencia real de Santo Domingo, de enviarle a todos esos negros fugitivos, como habiendo sido confiscados al rey católico, en virtud de la declaración de guerra del gobernador francés. Hizo pasar un buen número de ellos a tierra firme, dejó morir de miseria a varios en la cárcel y dio la libertad a los otros.

Deserción de los negros y consecuencias que puede tener. — La paz se hizo poco después y el presidente recibió orden del rey católico para devolver a los franceses todo lo que pudiera reunir de sus esclavos. Se puso en el deber de obedecer y devolvió efectivamente a

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

varios; pero cuando se estaba a punto de embarcarlos, el populacho se sublevó y los puso en libertad. Luego se establecieron de manera que se multiplicaron mucho y debe esperarse que, si la guerra se enciende alguna vez entre ambas colonias, serán enemigos peligrosos para nosotros. Hasta independientemente de una ruptura ese establecimiento nos es ya de gran perjuicio; es un atractivo y un retiro seguro para nuestros esclavos, que desde algunos años desertan en número muy alto. Los españoles, mucho antes de la declaración de guerra, de que acabo de hablar, habían convenido con nosotros en devolver a nuestras habitaciones a todos esos negros tránsfugas, mediante la suma de 25 piastras por cabeza; pero nunca han sido demasiado exactos en guardar esta convención. Era fácil de prever el daño que esta conducta iba a causar a la colonia, y los habitantes de Santo Domingo no ven otro remedio que echar a los españoles de toda la isla; pero la guerra no duró bastante para dar tiempo de pensar en esta conquista.

En 1719, el señor de Chateau-Morand fue sustituido por el marqués de Sorel. Nada hubiera estado más tranquilo, que este nuevo gobierno, si el gobernador, uno de los hombres más valientes y de los más amables, que tenía entonces la marina, hubiera podido impedir que se hicieran bajo su autoridad muchas cosas que él mismo era muy incapaz de hacer. Sin embargo los tres primeros años pasaron con bastante paz y al no permitirle sus incomodidades hacer una estancia más prolongada en América, ya no pensaba más que en urgir su regreso a Francia, cuando se tuvo el dolor de ver turbarse tan hermosos días por una tempestad, por la que toda la colonia creyó ser trastornada, y que nadie hubiera sido más a propósito para calmar que él, si el abuso que algunas personas hicieron de su confianza y del crédito que les daba, no le hubieran enajenado muchas voluntades: es lo que voy a tratar de desarrollar en el último libro de esta historia.

FIN DEL LIBRO UNDECIMO

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

LIBRO DUODECIMO

Descontento de la colonia contra la Compañía de las Indias. — Los habitantes de Santo Domingo, en todo tiempo rebelados contra todo lo que podía impedir su libertad de comercio, padecían con demasiada impaciencia que la Compañía de las Indias hubiera obtenido el comercio exclusivo de los negros. No podían digerir que se quisiera obligarlos a comprar esclavos al precio que los particulares querían fijarles; y como la Compañía, en virtud de su privilegio no tenía otra obligación que suministrar a las islas 2000 cada año, y hacían falta por lo menos a los solos distritos de Cabo Francés hasta tres o cuatro mil: se veía en esos distritos la llegada de verse obligados a hacer cesar los trabajos. Se sabía que la mayoría de las Compañías, que habían precedido a ésta, habían faltado con frecuencia a las palabras que habían dado; que cuando había ocurrido eso, no se había podido actuar contra nadie. No habían tenido tiempo para informarse de la diferencia que había entre la nueva Compañía y las que habían aparecido hasta entonces en Francia; y no se conocía aún sino lo que tenía de común con todas las demás; así la antigua prevención se mantenía con toda su fuerza. Pero las reflexiones de que acabo de hablar no causaban aún sino quejas y murmuraciones, de las que no se sabía ninguna consecuencia molesta: cuando el 16 de octubre de 1722 un barco de la Compañía llamado el *Philippe,* mandado por Coutant, ancló en el puerto del Cabo Francés, llevando a tres directores enviados por la Compañía de las Indias, para residir en los puestos prin-

cipales de la colonia. Estos puertos eran tres: el Cabo Francés, para la parte norte; Leogane, para la del oeste; y el Cayo San Luis, para la costa del sur. Cada director tenía un subdirector y varios empleados.

En qué se fundaba particularmente. — Estos señores no podían llegar en una sazón menos favorable. Varios habitantes habían llevado poco antes a Francia una gran cantidad de géneros, con la esperanza de sacar de ellos con qué pagar sus deudas y adquirir fondos. Estos géneros habían sido pagados en cartas de crédito de bancos, cuya baja imprevista les había hecho perder más de las tres cuartas partes de sus bienes; de manera que la mayoría de ellos, que después de veinte y de treinta años de trabajos bajo un clima ardiente, se habían halagado con disfrutar en su patria de riquezas adquiridas con el sudor de su frente, se vieron obligados a regresar pobres a una colonia, de la que habían salido sumamente opulentos y harto dichosos con encontrar de qué vivir a la edad de sesenta años en un puesto de ecónomo o de intendente. La llegada de tantos infortunados había derramado por todas partes un aumento de aversión contra la Compañía, de la que se había informado ser responsable de lo que había sucedido en Francia al respecto del sistema y de la banca; se vio llegar a sus oficiales con pesar y se decía bastante alto que al no tener ninguna orden real dirigida por el Consejo de Marina, para permitirles establecerse en la isla de Santo Domingo, los señores de Sorel y de Montholon no debían haberlos recibido. Se decía que en el mes de septiembre del año anterior había llegado una ordenanza de Su Majestad, para poner las piastras a ocho libras, y las otras especies en proporción y para no recibirlas más que al peso; que el señor Duclos, que hacía las funciones de intendente antes de la llegada del señor de Montholon, al reconocer la imposibilidad de hacer ejecutar tales reglamentos, o al temer si se los publicaba, todo lo que sucedió después, había representado al general los inconvenientes de tal paso; que el señor de Sorel había entrado en sus razones, había consentido en no hablar nada del peso de las especies y que el Consejo lo había encontrado bueno. Pero las cosas habían cambiado desde la venida del intendente, quien, no conociendo todavía el país, sino por los informes ajenos, no encontró al principio ninguna dificultad en lo que había determinado el señor Duclos.

Palabras insolentes atribuidas a los empleados de la Compañía. Sin embargo, el director señalado para el Cabo Francés, al desembarcar allí con todos los que debían trabajar bajo él, Coutant no pen-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

só más que en continuar su camino hacia Leogane, a donde el conde d'Arquian, gobernador de Santa Cruz, y comandante en la costa norte de Santo Domingo, había ido a hacer un recorrido; el señor de Chatenoye, teniente real del Cabo Francés y el señor Duclos, comisario ordenador, estaban en los distritos de Bajayá y de Maribarou ocupados en arreglar algunos asuntos; y era el señor le Febure, mayor del Cabo, quien mandaba en este puerto. Este oficial recibió bien al director y a sus subalternos y les permitió hacerse con la posesión de una casa que les pertenecía y que se llamaba *la Maison d'Afrique* (la Casa de Africa). Algunos días más tarde, estando el *Philippe* a punto de levar anclas, todos aquellos señores quisieron regalarse antes de partir y como la Casa de Africa no estaba aún en estado de recibir a tanta gente, comieron en el mesón. Se pretendió que se les escapó decir durante esa comida que los habitantes de Santo Domingo les parecían muy orgullosos; que dentro de poco se encontraría el medio de abatir su altivez. Se difundió entonces un rumor, que se había oído decir al director y al subdirector del Cabo, que ellos no necesitaban a nadie y que todo el mundo los necesitaba a ellos; que no venderían sus negros sino por piastras y que no recibirían ninguna que no fuera de peso; que veían a muchas mujeres vestidas de seda, que dentro de poco estarían muy contentas con tener tela del mercado para cubrirse; que llegaría tiempo en que los habitantes quedarían muy contentos de que se les quisiera dar harina por el hoyo de un portillo; que no estaban bajo las órdenes de nadie, que nadie tenía derecho a mezclarse en lo que les concernía; por fin, que estaban tan bien apoyados, que no temían ni a gobernadores ni a intendentes.

Bien puede pensarse que esas palabras no se contaban con entera verdad y que por lo menos estaban un poco exageradas; pero es difícil creer que hayan sido enteramente imaginadas, tanto más que los primeros que las habían relatado pasaban por gente muy digna de fe y que por otro lado los empleados de la Compañía habían tomado sobre todo el mundo un tono de altivez que seguramente no les convenía. No se dejaba empero en nada de tratarlos con cortesía, sobre todo cuando se hubo visto al conde d'Arquian recibirlos en su casa a su vuelta de Leogane, admitirlos a su mesa y hacerles todos los honores que hubieran podido esperar del menor de sus oficiales, pero que no debían esperar de un comandante de tan gran alcurnia. Las cosas quedaron así hasta el veintiuno de noviembre, cuando llegó al Cabo un correo de Leogane, con la carta siguiente, fechada el 15 del mismo mes y dirigida a los señores d'Arquian y Duclos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Ordenes del rey, que se pretenden haber sido inspiradas por la Compañía de las Indias. — "Señores, os enviamos este expreso, que os lleva una orden del rey, acerca de la disminución de las especies extranjeras de oro y de plata, que haréis, si os place, publicar en toda la extensión de vuestro departamento; a reserva del Puerto de Paz, a donde enviamos un expreso al señor de Cayrol, con una copia de las mismas órdenes. Os rogamos que no retraséis esta publicación un instante y si nuestro expreso llega antes de la puesta del sol, que no la dejéis para el día siguiente. Tendréis asimismo la atención de indicarnos la hora y el día en que el expreso os habrá entregado dicha orden y los lugares en que la habéis hecho publicar, para que podamos dar cuenta de ello a la corte, según sus intenciones."

Además de la disminución de las especies, la orden real, que tenía fecha del 3 de agosto, decía también que las especies en adelante no serían recibidas sino al peso; pero; lo más molesto que había es que la carta del general y del intendente estaba escrita de mano de un hombre, que teniendo un empleo que le exigía residir en cualquier parte menos en Leogane, permanecía allí sin embargo y pasaba no sólo por entrar mucho en los asuntos del gobierno actual, sino también por estar enteramente dado a la Compañía de las Indias, de la que él mismo había sido nombrado juez por el rey; de suerte que ya no se hizo difícil atribuirle, y a la Compañía, los cambios que alarmaban tan en grado sumo a la colonia. Se recordaron entonces todas las palabras imputadas al director del Cabo Francés y a sus subalternos y no se temió decir que la Compañía había arrancado recién publicadas con el plan de retirar todas las especies del país; que su objetivo era sustituirlas por otras, que no podrían servir ni para el comercio con los españoles ni siquiera por el que se hacía con los particulares de Francia; o quizás cartas de crédito de la Compañía sujetas a disminuciones considerables, a veces a supresiones totales y siempre muy perniciosas al comercio por la dificultad de hacerlas circular y recibir su pago. Por fin se juzgó que los directores estaban informados de este proyecto y que esto les había hecho pronunciar aquellas palabras referidas, que varios comenzaban a poner en duda, que la mayoría despreciaba y que desde entonces se creyeron muy reales y demasiado serias para ser descuidadas; porque se concluía de ello que la Compañía de las Indias quería apoderarse de todo el comercio de Santo Domingo y varios desde entonces parecieron determinados a oponerse con todas sus fuerzas a una empresa que miraban como la ruina entera de la colonia.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Diferentes disposiciones de los habitantes a este respecto. — A la verdad toda la gente de allí o que tenían alguna importancia en el país no pensaba en prevenir los designios verdaderos o pretendidos de la Compañía de las Indias, sino por los caminos permitidos a súbditos cuando se trata de asuntos del soberano, y muy pocos habitantes de cierta consideración se desmintieron posteriormente de estos sentimientos. Es que no tuvieron ningún trabajo en distinguir a los que habían seguido las cosas más de cerca. Así cuando se les vio montar a caballo, usar palabras poco medidas, reunirse y hacer otras diligencias irregulares, para decir lo menos: no solamente se les hizo la justicia de creer que una fuerza superior y a la que no les era posible resistir, les hacían hacer las cosas que detestaban, pero también que una resistencia, que no hubieran tenido posibilidades de mantener, solamente hubiera servido para precipitar a la colonia con ellos en los infortunios extremos. Creyeron así prudentemente que era de un celo bien entendido dejarse arrastrar a cierto punto, para dar a los verdaderos revoltosos el tiempo de echar todo su fuego; y conservando algún crédito en su mente, estar siempre en situación de aprovechar las coyunturas para detener el incendio antes que hubiera avanzado demasiado lejos. Así fue cómo en las alteraciones, que padecen de tiempo en tiempo los cuerpos mejor constituidos, la sangre más pura, las mentes más sutiles y las partes más sanas parecen participar en el trastorno de los humores. Que si entonces el enfermo, en vez de ceder prudentemente al mal, que quiere tener su curso, emprende demasiado tarde el detenerlo, lo que no hubiera sido más que una fermentación útil para sus consecuencias, degenera en accidentes que alteran el temperamento y causan con frecuencia la muerte. Hubo, pues, en lo que voy a contar de los movimientos que agitaron la colonia de Santo Domingo, con ocasión de todo lo que acababa de pasar; hubo, digo, apariencias de un sistema de rebelión en súbditos fieles, las que sirvieron para impedir el progreso y las consecuencias de una rebelión verdadera, cuyos motores no aparecían en modo alguno y no merecían conocerse; pero que no dejaban de sacar fuerzas de la oscuridad en que sabían mantenerse.

Mujeres del Cabo van a las armas para insultar a los empleados de la Compañía. — Sea lo que fuere, la orden real enviada al Cabo Francés por los señores de Sorel y de Montholon, había sido publicada la mañana del 21 de noviembre e inmediatamente después de esta publicación, que se había hecho sin ninguna oposición, el Sr. d'Arquian y el Sr. Duclos habían ido a bordo del *Portefaix,* transporte

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

real, mandado por el señor de Tilly, que les había invitado a comer. El señor de Chatenoye estaba en cama enfermo y el señor Le Febure, desde que todos estos señores habían regresado al Cabo, había partido para el distrito de Artibonito, donde asuntos particulares pedían su presencia: así no quedaba en la ciudad ningún oficial mayor en situación de actuar. Sin embargo, todo pareció tranquilo el resto del día: el conde d'Arquian se quedó a cenar en el *Portefaix,* el señor Duclos volvió a su casa al ponerse el sol y se retiró a las nueve, como se sabía tenía costumbre de hacerlo todas las noches. Entonces, unas mujeres, habiéndose agolpado en gran número bastante crecido, corrieron en tumulto a la Casa de Africa, con el plan, decían ellas, de hacer embarcar a los empleados de la Compañía de las Indias en la *Bellonne* o de echarlos al mar si hacían la menor resistencia. La *Bellonne* era un barco de la Compañía, llegado hacía tres meses de la Luisiana y en el que hice ese recorrido. Una viuda, llamada *Madame Sagona,* iba a la cabeza de esta tropa de amazonas, que marchaban en buen orden, a tambor batiente, pistola en mano y el sable o un pañuelo al costado.

Mal proceder del director en esta ocasión. — No encontraron a nadie en la Casa de Africa, y habiendo roto sus puertas y ventanas a golpes de piedras, lanzaron a la calle cuanto había allí, hasta los papeles y los registros. Luego, habiendo sabido que los que ellas buscaban cenaban en casa de un señor Langot, corrieron allá enseguida; pero ya habían salido. Algunas memorias dicen con todo que estaban allí todavía, que la señora Sagona, percibiendo al entrar al director, que tenía un vaso en la mano, le puso la pistola a la garganta y le dijo: "Bebe, traidor, es la última vez que beberás"; que él, todo aturdido, dejó caer el vaso, que de Langot lo hizo salvarse por una puerta trasera con toda su gente y que se refugiaron en los jesuitas. Esta última circunstancia parece absolutamente falsa, al menos por lo tocante al director; porque es cierto que volvió a su casa muy poco después que las mujeres se hubieron retirado. Quedó sumamente sorprendido al encontrarlo allí todo en desorden, como dije, y no fue bastante dueño de sus primeros movimientos en una ocasión donde le importaba mucho moderarse. Hasta habló de la persona del gobernador en términos poco medidos y fue bastante imprudente como para decir que la colonia le pagaría bien caro lo que acababa de ocurrir.

El conde d'Arquian detiene el desorden. — En este momento, el conde d'Arquian llegó del barco y sabiendo lo sucedido, corrió a la

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Casa de Africa. El director perturbado empezó a darle excusas de su arrebato; el gobernador, que no comprendía ninguna de estas palabras, le contestó que examinaría el asunto al día siguiente, que había que impedir se hiciera más desorden en su casa; luego dirigiendo la palabra a algunos oficiales, que al primer tumulto habían ido a buscar soldados a los cuarteles, les ordenó poner una centinela de quince hombres en la Casa de Africa. Entonces uno de esos oficiales relató al gobernador las palabras que el director había pronunciado algunos momentos antes, y habiéndose atrevido éste a decirle, *eso es falso,* el oficial hizo un gesto con la mano, cuyas consecuencias detuvo el señor d'Arquian; después de lo cual volviéndose el director, le dijo en lo que a él se refería, lo perdonaba; que deseaba sumamente que la colonia hiciera lo mismo y que debía ciertamente tener un poco más de cuidado en la manera como hablaba. Al día siguiente el director escribió al conde una carta de excusa, sobre lo que se le había escapado la víspera; pero ese día se difundió el rumor de que en el estrago hecho la noche anterior en la Casa de Africa, se habían encontrado varias monedas de cobre con estas palabras en su entorno: *Colonias Francesas,* lo que agrió las mentes hasta un punto en que el director fue advertido de que su vida no estaba segura.

Nuevo amotinamiento. Lo que sucedió en la Casa de Africa. — Las cosas llegaron tan lejos, que al día siguiente, 23 de noviembre, los señores d'Arquian y Duclos lo mandaron a llamar y le propusieron cambiar de puesto con el de sus colegas que estaba destinado a San Luis. Contestó que la Compañía no aprobaría ese cambio, y aquellos señores le replicaron que en modo alguno garantizaban lo que pudiera suceder y que lo pensara bien antes de correr los riesgos. Los dejó sin decirles nada y fue a refugiarse en la casa de los jesuitas. Supo allí por varias fuentes que la noche siguiente se debía demoler la Casa de Africa y que se preparaban para hacerle un mal partido; ante lo cual se disfrazó de marinero y hacia las nueve de la noche se embarcó con todos sus empleados en la chalupa de la *Bellonne.* El conde d'Arquian fue informado al momento y corrió a la orilla del mar, a donde llegó bastante a tiempo para hacerles desembarcar a todos, fuera del director, al que se pretende no reconoció; pero otros dicen con más verosimilitud que este hombre había tomado la delantera y estaba ya a bordo. El gobernador llevó a los otros a la Casa de Africa, diciéndoles que los tomaba bajo su protección, pero como se le hubiera avisado que se había formado en realidad el proyecto de derribar la casa aquella noche misma, el señor Duclos, que había ve-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

nido a unírsele, le aconsejó trasladarse allí en persona, lo que hizo inmediatamente.

Al cabo de una hora muchas mujeres, y entre ellas varios hombres disfrazados de mujeres, se acercaron a la Casa, teniendo todos hachas en la mano y comenzaron a dar grandes golpes con ellas por la parte donde no estaba el cuerpo de guardia. El conde d'Arquian salió inmediatamente y en el momento en que apareció, un hombre disfrazado gritó a alguno que tenía un fusil, que disparara. El conde corrió hacia él espada en mano, lo persiguió de calle en calle seguido por la guardia, pero no pudo alcanzarlo. Habiendo vuelto a la Casa de Africa, encontró que se la estaba derribando y quiso hacer detener a algunos de los que trabajaban en ello, pero todos se escaparon. Un soldado dio una bofetada a un hombre quien levantando el sable, le dijo que podía disparar pero que después se vería en buen aprieto: y en efecto se dio aviso al gobernador de que muchos habitantes, estaban resueltos a acabar con la guarnición si se hacía violencia a uno solo de ellos. No convenía arriesgar un golpe de tal naturaleza y el conde d'Arquian juzgó más conveniente hablar al pueblo, que se encontraba en gran número alrededor de la casa.

La casa de campo de la Compañía, quemada por los revoltosos. — Habló con mucha elocuencia y fue escuchado; todos se retiraron y todo pareció en calma en la ciudad; pero poco después la Fossette apareció toda en llamas. Es una especie de casa de diversión perteneciente a la Compañía de las Indias y situada a un cuarto de legua de la ciudad. El conde D'Arquian envió enseguida a algunos de los principales habitantes para alejar a los incendiarios y detener el incendio; pero sus esfuerzos fueron inútiles y todo quedó consumido, con excepción de una choza donde había marineros enfermos. Se advirtió luego al gobernador que había en ese lugar más de treinta mujeres y otros tantos hombres armados y disfrazados; envió allá al señor de Fourment, capitán, y ese oficial apenas llegado fue abofeteado por un habitante, que le gritó: *¿Quién vive?;* él contestó: *Habitante* y se le dejó acercar: encontró a toda esta tropa embarrada de harina con bigotes negros, de manera que no se pudiera conocer a nadie. Mandó a todos de parte del rey, y del señor conde d'Arquian que se retiraran: contestaron que obedecerían siempre las órdenes de los señores d'Arquian y Duclos, pero que no querían tratar sino con ellos en el país y enseguida se pusieron a gritar: *Viva el Rey, nada de Compañía!,* hicieron varias descargas y siguieron al señor de Fourment hasta al vista del Cabo, donde se separaron. El 24 se supo que

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

había grandes movimientos en todos los distritos vecinos y que debían llegar muchos habitantes para unirse a los de la ciudad. Ante esta noticia, el subdirector escribió al señor conde d'Arquian para pedirle permiso de embarcarse; le fue negado al principio, insistió y lo obtuvo. El gobernador había reflexionado que si la revuelta se hacía general, ya no estaría en su poder salvar a esas gentes o al menos quedaría por ello sumamente molesto. Hasta juzgó conveniente escoltarlos él mismo hasta su barco; pero tomó las medidas para mantenerlo en la rada hasta que hubiera tenido noticias del general y del intendente.

Es suprimido el peso de las especies. — Mientras esto pasaba, los habitantes y los negociantes hicieron una petición para suplicar a los señores de Sorel y de Montholon que recortara los pesos de las especies; explicaban que si tenía lugar ese punto de la ordenanza, era imposible vender nada ni comprar al detalle; que habría una pérdida considerable en el dinero, vista la ligereza de las especies del país y que esa pérdida unida a la disminución, iría a 50 por 100, y causaría en la isla una escasez de dinero que produciría mucha confusión en los pagos. El señor Le Febure, oficial de milicia y el señor d'Hiribarne, mercader del Cabo, fueron diputados para llevar esta petición. Partieron el 24 por la tarde y los señores d'Arquian y Duclos se aprovecharon de esta ocasión para informar al general y al intendente del estado de las cosas y para saber de ellos de qué manera debían comportarse, si continuaban las perturbaciones; pero la misma tarde recibieron una nueva ordenanza, que suprimía el peso de las especies y la hicieron publicar inmediatamente. Esta restableció el comercio y los pagos, que habían cesado del todo; pero no devolvió la confianza y la amistad de los habitantes en los directores, a quienes sin embargo se les dejó bastante tranquilos en la Bellonne hasta el 17 de diciembre; hubo solamente una pequeña rebelión de parte de las mujeres ante un rumor difundido, de que el director había vuelto a la Casa de Africa. Ese rumor era falso y para convencer de ello a los más incrédulos se hicieron abrir todas las puertas de la casa, lo que apaciguó el tumulto. Por fin el día once, los dos diputados volvieron de Leogane y trajeron a los seoñres d'Arquian y Duclos las respuestas a sus cartas.

Cartas del general y del intendente y efecto que causan. — Había dos cartas comunes, una de las cuales se debía leer públicamente. Estos señores se habían halagado con que su lectura suavizaría las mentes, pero como no habían conocido bien la naturaleza del mal, no ha-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

bían podido aplicarle el remedio conveniente y nada era menos adecuado que su carta para producir tal efecto como el que habían esperado; porque se le había ordenado allí expresamente al conde d'Arquian que empleara la fuerza si era necesario, para hacer desembarcar al director y a toda su gente y para procurarles una completa seguridad en la Casa de la Compañía. Es verdad que en la carta, que no debía publicarse, se le recomendaba usar toda clase de medios para comprometer a los habitantes en pedir ellos mismos la vuelta del director: pero la primera había golpeado, a lo que habían contribuido no poco otras cartas escritas a particulares. Se decía allí que la conducta del conde d'Arquian no había sido aprobada; que se pretendía que sin entretenerse a discursear, había debido usar la fuerza para hacerse retirar a las mujeres; que si tal cosa hubiera sucedido en Leogane se hubieran puesto a la cabeza de cuatro soldados para echar a los amotinados, y que se hubieran expuesto a todo antes que plegarse; que el mismo hombre, de quien he hablado, y que era tan sospechoso en la colonia, había puesto querella con un oficial ante el señor de Montholon acerca del peso de las especies, que él aseguraba no ser cosa nueva en Santo Domingo y sucedía también entre los españoles, así como en la isla de Cuba y en Jamaica; pero que el oficial le había dado varios desmentidos sobre esto; que el mismo había tenido otra discusión con el director destinado a San Luis; que ese director le había reprochado que no encontraban en el país lo que él había prometido a la Compañía, la cual estaba gobernada en todo lo relativo a la colonia únicamente por sus pareceres. Finalmente, que el señor de Salle-Habas, capitán reformado había dicho al señor Sorel que si quería darle cincuenta hombres, daría buenas cuentas de todos los distritos del Cabo; y que en efecto se armaba un bergantín, que debía ir mandado por ese oficial y en el que el general mismo debía embarcarse para pasar al Cabo. La verdad era que se trabajaba en armar ese navío, pero lo que se publicaba de su destino no tenía ningún fundamento.

La rebelión vuelve a empezar. — Lo que sorprendía más a todo el mundo en la manera como el general y el intendente se declaraban en favor del director y los demás empleados de la Compañía de las Indias es que poco antes ellos mismos habían dicho a los señores d'Arquian y Duclos que esa gente había venido sin orden del rey, ni del Consejo de Marina; que por tal razón se había negado el registro de sus patentes en el Consejo de Leogane y que sobre ese asunto hasta se hacían representaciones al Consejo de Marina. Una carta particu-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

lar del señor de Montholon al señor Duclos aumentaba todavía la dificultad, en cuanto que el intendente señalaba entre otras cosas al comisario ordenador, que si los empleados de la Compañía pedían volver a pasar a Francia, él no se oponía en nada a ello. No era fácil tomar una decisión sobre órdenes que parecían tan poco consecuentes, pero los habitantes no dejaron mucho tiempo a los señores d'Arquian y Duclos en la incertidumbre que les habían causado estas contradicciones. La noche del 16 al 17, se oyó disparar varios cañonazos. Se pensó al principio que era un pirata, que ya había saqueado tres barcos franceses y uno inglés; pero el 17, a las 8 de la mañana se supo que era una señal para advertir a los habitantes que se dirigieran a lo alto del Cabo, y pocas horas después se supo que todos los distritos estaban en armas.

El señor de Chatenoye hace esfuerzos inútiles para desarmar a los habitantes. — El conde d'Arquian hizo partir inmediatamente al señor de Chatenoye para detener ese desorden, si era posible. Chatenoye fue por mar hasta la ensenada menor, donde montó a caballo y se volvió del lado de Bayajá, cuyos habitantes, al unirse a los de los distritos del Trou y de Maribarou, obligaban a todos los que encontraban a su paso a que se les juntaran. Se habían hecho correr también notas en todos los distritos, para ordenar a cada cual que se dirigiera ese mismo día a lo alto del Cabo, a una legua de la ciudad y ello so pena de ser quemado. Esas notas eran firmadas por "La colonia"; y nunca pudo descubrirse quién era su autor, como tampoco el de los que circularon a continuación. Un negro desconocido las llevaba de noche y cuando se le preguntaba a quién pertenecia, contestaba que "A la Colonia". El señor de Chatenoye llegó al distrito de Limonade a cuatro leguas del Cabo y encontró un gran destacamento de jinetes; quiso persuadirlos que se volvieran a sus casas y le contestaron en términos muy respetuosos que eran los humildísimos servidores y fieles súbditos del rey; que se harían siempre un deber y un honor obedecer sus órdenes, pero que no querían nada de Compañía. Que se les había asegurado que había una orden del general y del intendente para hacer desembarcar al director y sus empleados; que hasta estaban ya en la Casa de Africa y que ese mismo día se debía reunir un Consejo extraordinario para registrar sus patentes, lo que estaban sumamente resueltos a no permitir.

El teniente del rey en vano les representó que estaban mal informados: contestaron que antes de separarse querían ver partir a todos los agentes de la Compañía. Chatenoye contestó que era aten-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tar a la autoridad real el usar así de violencia y querer dar la ley; que debían atenerse a las representaciones y que si se las juzgaba razonables se tendría sin falta cuenta con ellas. A esto no respondieron sino con nuevas protestas de su fidelidad, añadiendo empero siempre que no querían nada de la Compañía. Había entre esos jinetes gente sumamente honrada, que daban bien a entender por su continente que estaban allí a pesar suyo y quienes aseguraron en particular al teniente del rey que allí iba para ellos todo lo que poseían en el mundo y quizás la vida, de encontrarse aquel día en lo alto del Cabo; pero hubo otros que se pusieron a deliberar si no detendrían a este oficial y no lo obligarían a seguirlos. Varios hasta se acercaron ya a él, como para hacerle cortesía, pero en el fondo para apoderarse de su persona: él se dio cuenta y se salió derechamente de sus manos. Se tuvo información a la vez de que los habitantes de los distritos más alejados, como los de Plaisance en el camino del Puerto de Paz, habían enviado a decir a los del Cabo que estaban listos a montar a caballo a la primera orden; y se aseguraba que hasta los españoles de la vecindad se habían ofrecido a socorrer a los revoltosos, ante lo que se les había dicho de que estaban armados para echar a los sacadineros que querían pesar el dinero.

El señor d'Arquian va a encontrarlos. — Habiendo regresado al Cabo el señor de Chatenoye hizo entender al señor d'Arquian la disposición en que se encontraban los habitantes. El gobernador, el comisario ordenador, el teniente real y el señor de Tilly, comandante del *Portefaix,* se juntaron a deliberar sobre el partido que había de tomarse en una situación tan molesta. El resultado fue que había que impedir absolutamente que esa gente llegara a la ciudad, como parecía ser su plan; pero que se debía hacer de una manera que no comprometiera la autoridad del rey. La razón por la que se juzgaba no deber permitir que esa gente viniera a la ciudad fue que en esas asambleas tumultuosas varios no piensan más que en vengar sus querellas particulares y que se encontraba en esa tropa un número considerable de gente sin ley, que no tenían nada que perder y no buscaban sino las ocasiones de saquear; que comenzarían por poner fuego a la Casa de la Compañía, de donde el incendio se extendería tal vez a todas partes; que no les faltaría pretexto para tratar del mismo modo cuanto había en la ciudad de particulares ricos y que en la oscuridad de la noche harían impunemente todo su antojo. Estas aprensiones hasta fueron confirmadas por el rumor difundido de que muchos miserables, que no habían podido conseguir caballo, venían por

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mar en chalupa o en lancha, con planes de apoderarse de un barco de Nantes, llamado *le Maréchal d'Estrées,* que estaba en puerto y con la artillería de él apoyar a las chalupas que irían a incendiar la *Bellonne,* luego de haberle cortado las amarras.

Qué pasó entre ellos y él. — Como estos rumores y estas informaciones estaban muy bien fundadas, el señor de Tilly volvió inmediatamente a bordo, donde apenas hubo llegado envió orden al capitán del *Mariscal d'Estrées* de venir a anclar bajo su cañón. Hizo luego armar a todas las chalupas y lanchas de la rada y se mantuvo toda la noche en tal estado. El conde d'Arquian por su parte no estaba poco molesto: no tenía 200 soldados y se trataba de impedir a 2.000 habitantes bien armados que vinieran al Cabo. Llegó a lo alto del Cabo hacia las cuatro y media de la tarde, y viendo venir sucesivamente a pelotones de caballería, juzgó conveniente esperar que todos se hubieran reunido a fin de poder hablarles a todos. Entró en una casa vecina y luego de haber descansado allí cerca de una hora, apercibió a los habitantes, que desfilaban del lado del Cabo. Fue ante ellos a pie, y habiendo llegado a la cabeza, preguntó a los primeros a dónde iban; le contestaron que iban a donde se les había ordenado dirigirse; contestó que solamente él tenía derecho a dar semejantes órdenes y que les mandaba regresar cada uno a su casa. Habiéndose acercado entonces el grueso, el señor d'Arquian les habló con mucha fuerza y dignidad y no olvidó nada de lo que podía hacerles entrar en su deber.

Parecieron sensibles y protestaron que el rey no tenía súbditos más fieles que ellos, ni que fueran más celosos de su servicio. Que con frecuencia habían dado pruebas de ello, que darían todavía más cuantas veces se presentara la ocasión. Que por su parte, él sabía bien que cuando alguno de ellos o de sus cercanos habían caído en faltas que merecieran castigos, iban ante la menor de sus órdenes a arrancar al culpable de los brazos de su mujer y de sus hijos para llevarlo a la cárcel. Que seguirían haciendo lo mismo y no se negarían a nada cuando se tratara de dar testimonio de su obediencia; pero que no querían nada de la Compañía y que le rogaban hiciera partir la *Bellonne* desde el día siguiente. El señor d'Arquian les replicó que era imposible que ese buque estuviera listo a partir en tan poco tiempo, teniendo que provisionarse de muchas cosas sin las cuales no se podía pasar de ninguna manera; pero que al día siguiente, que era el 19, aparejaría; con la condición sin embargo que se retiraran. Esta demora no fue concedida sino con grandes dificultades; las per-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

sonas más honradas habían consentido desde el principio, pero no eran la mayoría; hasta hubo palabras gruesas entre ellas y las otras y se vio hasta poner la pistola en la mano. Corría todavía en la sangre de varios la sangre de aquellos antiguos aventureros, a quienes el furor llevó con mucha mayor frecuencia que la razón. Al fin el conde d'Arquian, habiendo dado su palabra de honor, que el 19 la *Bellonne* y todos los empleados de la Compañía partirían, todos se retiraron, haciendo valer mucho este acto de sumisión.

Partida de la Bellonne. Habitación incendiada. — El 18 el señor Duclos hizo suministrar a la Bellonne todo lo que necesitaba. Una buena parte de las provisiones se tomó de los almacenes de la Compañía, el resto donde se pudo; y el 19 el barco se hizo a la vela remolcado por todas las chalupas de la rada. El director había dejado su principal almacén abierto. El señor Duclos se trasladó a él, hizo un inventario de todos los efectos que allí se encontraban y cuidó que se los trasladara a otros almacenes bien cerrados. Por otra parte, el conde d'Arquian, creyendo que los habitantes se habían vuelto a sus casas, como se lo habían prometido, se había contentado con enviar la noche del 17 al 18 un cuerpo de guardia en lo alto del Cabo; pero la mañana del 18 se vino a avisarle que la habitación del señor de ..., situada en la ensenada menor, había sido quemada durante la noche con su molino; que los oficiales del cuerpo de guardia, al percibir el fuego hacia las cuatro de la mañana, habían despachado seis jinetes para ir allá y tratar de apagarlo; pero que habían sido detenidos por una barrera de 25 a 30 hombres, que les habían abofeteado. El señor de ... era aquél a quien hemos visto que los habitantes achacaban todo lo que había ocasionado estas perturbaciones. Un pobre almacén que la Compañía tenía también en la ensenada menor, corrió la misma suerte que esta habitación y se supo después que todos los habitantes habían permanecido en pelotones pequeños alrededor del sitio donde el señor d'Arquian los había dejado, no habiendo querido en modo alguno volverse sin haber visto a la *Bellonne* hacerse a la vela. Hasta habían venido varios por mar hasta la ciudad; y el 19 un número de miserables bastante grande, que estaban borrachos, causaron allí mucho desorden.

Desorden ocurrido en el Cabo. — Comenzaron por arruinar un muy pobre almacén de la Compañía, que se llamaba el Mercado; pero en el que, por la previsión del señor Duclos, quedaban pocas cosas. Fueron después a un negociante, llamado La Salle, receptor del al-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mirantazgo, y hombre sumamente honrado: alguien dijo que él tenía billetes de banco, y aquella canalla, sin examinar más, corrió a su casa para quemarla. Los señores d'Arquian, Duclos, de Tilly y de Chatenoye, habiendo sido advertidos, se trasladaron allá bastante bien acompañados a su casa para asegurarlo de ataque; pero pensando que no hacía falta usar la fuerza sino en último extremo, encargaron a dos oficiales de las milicias que hicieran retirarse a aquellos bandidos; lo que fue cumplido inmediatamente. Estos mismos dos oficiales subieron luego a caballo con el señor de Chatenoye, para tratar de hacer salir de la ciudad a cuantos no tenían nada que hacer en ella, y lo consiguieron. Los rebelados habían también resuelto saquear y quemar la casa de Du Langot, que era receptor de consumos y por todas partes no había sino confusión. A la verdad, desde que los extraños hubieron salido de la ciudad, la seguridad y la tranquilidad se instalaron de nuevo en ella; y esto duró hasta el primero de febrero del año siguiente, cuando las perturbaciones volvieron a empezar con ocasión de un barco de la Compañía cargado de negros, que entró en el puerto del Cabo el 29 de enero. Pero antes de hablar de estos nuevos movimientos hay que decir lo que había sucedido hasta entonces en los distritos de Leogane.

Lo que pasó en Leogane acerca de los nuevos derechos obtenidos por la Compañía de las Indias. — El *Philippe,* mandado por Coutan, había salido del Cabo el 24 de octubre, como vimos. Desde que hubo anclado en Leogane, los dos directores que llevaba bajaron a tierra, con todos sus empleados; y el que estaba destinado a San Luis presentó al Consejo Superior los decretos del Consejo real de Estado, con fecha 10 y 20 de setiembre de 1720, por los que su Majestad unía la Compañía de San Luis o de Santo Domingo con la de las Indias; y le pidió su registro. El artículo 13 del primero de los dos decretos eximía a la nueva Compañía de pagar ningún derecho por todos los géneros que sacara de la isla; se encontró este privilegio contrario a los intereses del rey, porque esos derechos formaban todo el fondo con el que ese príncipe pagaba sus tropas y hacía todos los gastos de que se quiso encargar; de suerte que la Compañía de las Indias, al hacer el principal comercio del país, que es el de los negros, hubiera tenido que buscar otros fondos para esos gastos, o encargar de ellos a la Compañía; lo que muchos habitantes, que no tenían nada que perder y no tenían contemplaciones, parecían resueltos a no sufrir nunca, no queriendo depender en nada de ninguna Compañía. Por otra parte, el director solicitante no pudo mostrar

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ninguna orden ni del rey ni del Consejo de Marina para el establecimiento de los directores en el país; y hasta se encontró que los dos decretos que presentaba no iban dirigidos al Consejo Superior de Leogane. Todas estas razones hicieron que se rehusara registrarlos y que el Consejo se determinara a hacer muy humildes representaciones a Su Majestad contra privilegios tan perjudiciales, no sólo a la colonia, sino hasta a sus propios intereses. Los señores de Sorel y de Montholon se encargaron de enviar estas reprensiones y prometieron apoyarlas ante el Consejo de Marina; dirigieron luego a los señores d'Arquian y Duclos una copia de la carta que habían escrito sobre el tema y les pidieron juntar el Consejo del Cabo, a fin de que pudiera unirse al de Leogane; pero habiendo olvidado enviar a estos señores una copia de los decretos del Consejo de Estado, o al menos de los privilegios contra los cuales reclamaban, el Consejo del Cabo no se reunió.

Ordenanza para suprimir el peso de las especies. — Casi al mismo tiempo, es decir, el 16 ó 17 de noviembre, la Ordenanza real para la disminución y el peso de las especies de España fue publicada en Leogane y fue enviada a todas partes, para ser semejantemente publicada. Ya vimos el efecto que tuvo esa publicación en el Cabo Francés; fue casi lo mismo en los demás lugares. Desde que se hizo en Leogane, se vieron carteles fijados a la puerta de la iglesia, en los que se ordenaba a los directores de la Compañía de las Indias que salieran de la isla dentro de un mes. Los habitantes vinieron en seguida a representar al general y al intendente la confusión y el desorden en que iba a caer la colonia, si se cumplía la orden real; y el señor de Sorel, que comprendió desde el principio a dónde podía llegar este asunto, emprendió el persuadir al señor de Montholon que había que suprimir el peso de las especies. El intendente se negó al principio a consentir en ello, pero habiéndole dicho resueltamente el general que él sería el único responsable de las consecuencias, se rindió y firmó una ordenanza para la supresión pedida. Está fechada el 19 de noviembre de 1722. Se enviaron copias por todas partes, y ya dije que la dirigida a los señores d'Arquian y Duclos no llegó sino después que el director se hubo embarcado en la *Bellonne*.

Diversos movimientos en Leogane. — El señor de Montholon, viendo los espíritus calmados por esta supresión, resolvió viajar a San Luis. Llevó allí al director de la Compañía que estaba destinado para ese puesto y que fue en él muy bien recibido. En todo lo demás el intendente no encontró ninguna dificultad y el director fue puesto

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

sin obstáculo en posesión de los efectos de la antigua Compañía. Esos efectos consistían principalmente en deudas de los habitantes, quienes entraron al principio a pagarlas, para cargar el barco de la Compañía y prometieron pagar una parte de lo que faltaba a la llegada del primer buque que enviaran. Es al menos lo que escribió entonces el señor de Montholon al señor Duclos. Pero mientras las cosas sucedían tan tranquilamente en San Luis, se trataba bastante mal al director en Leogane, que había permanecido allí; se le amenazaba nada menos que con la muerte si permanecía en la colonia y tomó de tal manera estas amenazas al pie de la letra, que se refugió en Goave menor a bordo de un buque de la Compañía que estaba anclado en ese puerto. El señor de Sorel lo siguió allí de cerca y al cabo de algunos días hizo pasar al señor de Nolivos, mayor, de Goave menor a Leogane, con el plan de sondear allí los espíritus y examinar la situación de todo. El mayor comenzó por ver a los consejeros y los oficiales de milicias, y no tuvo ningún trabajo en persuadirles que enviaran delegados al general, para asegurarle de su fidelidad; pero añadieron que creían necesario el alejamiento del director en la coyuntura presente. El señor de Sorel convino en ello; pero la noche misma se volvió atrás y el día siguiente llamó al director y a todos sus comisionados a Leogane, de donde sólo habían salido la víspera. Esta conducta agrió sumamente las voluntades y el director fue advertido de que si salía por la noche corría riesgo de que le partieran la cabeza.

Cartas del gobernador general y del intendente a los señores d'Arquian y Duclos, y las respuestas de ellos. — A la verdad, como nada lucía aún demasiado por fuera y todo parecía bastante tranquilo, los señores de Sorel y de Montholon escribieron el 20 a los señores d'Arquian y Duclos, que estaban sorprendidos de que en las revueltas del Cabo, los consejeros y los oficiales de milicias no hubieran enviado delegados, para dar seguridades de su celo y de su obediencia y renovar su juramento de fidelidad, y de que sus distritos estaban tan agitados; mientras los de Leogane y San Luis estaban sumamente tranquilos. Que se había observado mucho primero en Leogane alguna agitación, pero que se habían atenido a representaciones o a lo más a algunas murmuraciones en particular. La respuesta del gobernador de Santa Cruz y del comisario ordenador fue que aparentemente los directores de Leogane y de San Luis se habían portado mejor que el del Cabo; que por lo tocante a los consejeros y los oficiales de las milicias, habían tenido más de una razón para no dar los pasos de que se hablaba. La primera, que no

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

eran necesarios, ya que no habían dado lugar alguno a sospechar su fidelidad con el rey. La segunda, que no estaban todos reunidos en un solo distrito, como en Leogane, sino que estaban muy alejados los unos de los otros. La tercera, que a la segunda rebelión, la única que había sido considerable, no habían tenido tiempo de reunirse para tomar resoluciones comunes; esta rebelión se había hecho tan bruscamente, que habían sido arrastrados a la fuerza por los otros; y que por lo tocante a la primera, causada por las mujeres, no habían creído que debieran tener ninguna consecuencia; como en efecto no la hubiera tenido sin las cartas recibidas de Leogane. Pero la pretendida tranquilidad de los distritos del oeste, que se querían poner como modelo al del Cabo, fue bien pronto turbada de una manera que causó grandes alarmas al gobernador general y al intendente.

Se rebela el distrito de Artibonito. — Hacia el 16 ó 18 de diciembre, aparecieron en el Artibonito cuatro hombres enmascarados, que detuvieron a varios oficiales de milicias y les ordenaron de parte de la colonia que hicieran marchar a todos los que estaban bajo sus órdenes, hacia Leogane, para echar de allí al director de la Compañía. Estos oficiales vieron bien que había al menos que hacer semblante de obedecer; pero juzgaron conveniente dar antes su declaración al comandante el distrito, para que la enviara al marqués de Sorel. Se encontraron luego, en varios lugares, sobre todo a la puerta de las iglesias, notas concebidas en estos términos: "Se ordena de parte de la colonia que se encuentren en la barcaza bien armados a la primera alarma". Por fin el día de la cita, para el viaje de Leogane, fue fijado el 26 a las ocho de la mañana. No se trataba solamente de hacer salir al director, sino también de quemar todos los barcos de la Compañía, con toda su tripulación, después de haberlos saqueado; de dar el mismo trato a las casas, azucareras y cañas pertenecientes a los consejeros que habían, se decía, traicionado la colonia al recibir a los representantes de la Compañía; de embarcar a esos mismos consejeros en los primeros barcos que partieran para Francia, con prohibición de volver a poner nunca el pie en el país, so pena de ser ahorcados. El señor de la Villaroche recibió orden de ponerse a la cabeza de todas las tropas de los distritos, con amenazas de ser quemado si faltaba; el señor Neveu le fue dado por segundo, y todos los oficiales nombrados en el cartel fueron advertidos que se encontraran justamente en su puesto, so pena de partirles la cabeza, al frente de un regimiento. El orden de la marcha estaba dispuesto de esta manera:

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Los habitantes de este distrito van a Leogane. — "El señor de Champfleurs tomará treinta jinetes y pasará por abajo, para tomar a los habitantes de San Marcos, de Vazes, de la Arcahay, y del Boucassin; luego se dirigirá sobre la Hatte del señor de Barochin y allí esperará al grueso. Mandamos a los oficiales que cumplan de punto en punto lo que se menciona aquí, so las penas indicadas. Ordenamos de modo parecido al señor Grand, mayor de las milicias de Leogane, que en modo alguno deje el regimiento de dicho distrito, so las penas de la presente ordenanza; y prohibimos que se tenga ningún consejo a que no sea llamado dicho señor, y esto so pena de la vida. En el caso de que los habitantes no se hayan dirigido hoy a las ocho de la mañana al lugar señalado, se os manda, señores oficiales, reunir vuestro consejo, para ir a quemar en sus casas a cuantos faltaren, etc. Dado en Artibonito. *Firmado*: *La libertad y sin cuartel.*"

Estas amenazas hicieron su efecto, casi todos se dirigieron a la barca. El señor le Febure, mayor del Cabo, estaba todavía en este distrito, a donde dije que asuntos particulares lo habían obligado a dirigirse; 30 habitantes fueron a su casa bien armados y se lo quisieron llevar consigo para mandarlos. La resistencia en este primer momento hubiera sido peligrosa y subió a caballo; pero él les hizo ver después que siendo oficial del rey no le convenía de manera ninguna marchar sin las órdenes de sus superiores; por otra parte, que no era él de aquel distrito y que su puesto estaba en el Cabo; por fin lo hizo tan bien, que le permitieron irse. El señor de Villaroche, antiguo capitán de infantería y entonces capitán de milicias, no fue tan afortunado. Después de haberse defendido largo tiempo de aceptar el mando que se le había llevado, viéndose abofeteado por más de 200 fusileros, creyó deber rendirse en apariencia; pero hizo tantas marchas inútiles y caminó tan despacio para dar al gobernador general espacio de prevenir su llegada a Leogane, que después fue degradado; y algunos habitantes que no habían obedecido a la intimación de dirigirse al lugar, fueron irremisiblemente incendiados.

Lo que sucedió en esta marcha. — Hay dos caminos para dirigirse del Artibonito al Cul-de-Sac; donde estaba la segunda cita general, en la Hatte de Barochin, que sólo está a una legua de esta población: uno por arriba, a lo largo de los Morros; otro por abajo, a lo largo del mar. Por éste se cuentan 30 leguas de un puesto a otro, por el otro no hay sino 20. El 27 se ordenó que el comandante con la compañía de voluntarios pasara por arriba; y que un oficial de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

caballería condujera con un destacamento a los que irían por abajo; y que los unos y los otros harían marchar consigo a todos los que encontraran en su camino: veinte hombres fueron enviados por delante para reunir a la gente y preparar los víveres. El 28 estos antecorreos llegaron al distrito de Mirbalais, cuyos habitantes los recibieron sumamente bien y se dispusieron a seguirlos. Apenas se habían puesto en camino cuando llegó una carta de los señores de Sorel y de Montholon para el señor de Villaroche, y otra para el comandante de Mirbalais: 80 hombres se destacaron inmediatametne para ir a encontrar a este último, que no pareció dispuesto ni a seguirlos ni a darles nada; pero hubo que ceder a la fuerza. Toda la tropa fue luego a acampar al borde de un río, donde se le unió la compañía de voluntarios el mismo día.

El señor marqués de Sorel enviado ante ellos. — El día siguiente, 29, el señor de Villaroche llegó temprano de mañana al mismo lugar con el grueso y ordenó a los que habían llegado antes que él que también se adelantaran y fueran a dormir a 4 leguas de allí, a donde se dirigiría al día siguiente. Así lo hizo en efecto el 30 a las 8 de la mañana, habiendo dejado su gente en casa del comandante de Mirbalais, donde hicieron grandes desórdenes. Algún tiempo más tarde el mayor del Cul-de-Sac vino ante ellos, seguido de doce jinetes y les pidió que no fueran más lejos, ya que todo estaba tranquilo en Leogane. En efecto, los que habían ido por lo bajo, al llegar los primeros, el general había enviado a su encuentro al señor Mithon Lécossois, mayor de Leogane, para intentar hacerlos retirarse; pero no habiendo podido nada ese oficial con ellos, el señor de Sorel envió a los señores Mellier, Pommier y Deslandes, oficiales de las milicias de Leogane, con orden de unirse al señor Dubois, comandante de las del Cul-de-Sac y hacer todos juntos un nuevo esfuerzo para detener a los sediciosos; y había dado a estos señores un poder pleno, con los siguientes precisos términos:

"*El Marqués de Sorel,* caballero de la orden militar de San Luis, gobernador y teniente general por el rey de las islas bajo el viento de América, y *Francisco de Montholon,* consejero del rey en sus consejos, intendente de justicia, policía, finanza y marina en dicho país. Sobre lo que nos ha llegado de las murmuraciones que los habitantes hacían contra los directores de la Compañía, y habiendo sido informados de las reuniones que se hacen en los distritos circunvecinos y que tienden a infortunios y desórdenes infames; según el espíritu de bondad que nos anima siempre para con la colonia, y ante las ins-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tancias reiteradas que se nos han hecho, hemos con igual espíritu dado una orden para el embarque de los directores en el buque *le Joli,* de Nantes y habíamos creído así devolver la paz a la colonia. Pero sabemos con pesar que las murmuraciones continúan, y queriendo nuevamente dar a los habitantes seguridades de nuestra amistad, hemos encargado y encargamos a los señores Dubois, Meslier, Pommier y Deslandes, oficiales de milicias en esos barrios, en quienes ello tienen confianza y nosotros también, decir de nuestra parte que nuestra intención es únicamente prevenir las desgracias; y como no podemos ver lo que causa los diversos agrupamientos de tropas que se hacen en diversos distritos, damos, para los dichos señores poder para tomar las medidas necesarias ante los pueblos para calmarlos, concediéndoles todo lo que pidan, sin herir la autoridad del rey y sin que nuestro honor quede comprometido; lo que nos prometemos a aprobar y ratificar cuando sea necesario. Dado en Leogane el 27 de diciembre."

De qué manera se contenta a los voluntarios para compensarlos del saqueo que se les había prometido. — Habiendo recibido esta comisión los cuatro diputados, se reunieron y después de ser informados de sus peticiones, las pusieron por escrito el 28. Fueron concedidas por otro escrito firmado el 29 por el general y el intendente; y habiendo sido comunicado este tratado a la tropa, que llevaba el señor de Villaroche, ella lo aprobó, lo que dio ocasión a este oficial para despedir a todos. La molestia vino después para contentar a los voluntarios, a quienes se les había prometido el saqueo del barco de la Compañía y de las habitaciones de los cuatro consejeros, que se debían hacer volver a Francia. Bien considerado todo no se encontró ningún otro modo de librarse de ellos que reunir una suma para compensarlos. Se arregló en veinte mil francos y fueron los distritos de Leogane, de Cul-de-Sac y del Artibonito quienes la dieron; pero tanta facilidad en concederlo todo no era medio seguro para devolver la tranquilidad a la colonia. Quedó un gran número de pequeños habitantes y de voluntarios en el Cul-de-Sac y había cerca de 60 que venían por mar, a quienes no se había podido hacer saber lo concluido. Lo supieron en Lamentin, que está a medio camino del Cul-de-Sac a Leogane; no desaprobaron el acomodo, pero desde que se les habló de volverse contestaron no tener víveres y mandaron delegados al gobernador general para pedirlos. Sus enviados fueron muy mal recibidos y habiendo llegado la noticia al Cul-de-Sac, donde se publicó al mismo tiempo que se habían tenido palabras sumamente

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

desventajosas para los habitantes, éstos que se habían detenido allí, no se dieron prisa en partir.

Los habitantes vuelven a tomar las armas y se hacen dueños de la persona del general. — En el tratado de que acabo de hablar, el general y el intendente se habían comprometido a hacer salir en el navío de Nantes, no solamente al director de Leogane, sino también al de San Luis y generalmente a todos los que había en la isla de empleados de la Compañía de las Indias.

Alguien se ocupó de hacer correr el rumor de que el señor Courpon, mayor y comandante en San Luis, había retenido al director establecido en ese puesto y se concluyó al principio que el tratado no había sido hecho sino para disolver a los habitantes y que no se mantendría nada de lo que había sido prometido. Inmediatamente se despacharon correos a Mirbalais, al Artibonito y a todos los demás distritos vecinos; y las órdenes dadas eran volver al Cul-de-Sac so pena de ser quemado. Ni un solo habitante se atrevió a faltar, y los voluntarios, habían sido demasiado bien pagados la primera vez para hacerse rogar de volver; pienso que fue entonces cuando se alejó al señor de Villaroche del mando. Dos días después se encontraron cerca de 1.400 hombres en el Cul-de-Sac y habiendo sido informado de ello el Sr. Sorel, juzgó conveniente trasladarse allá, aunque no estuviera todavía demasiado bien restablecido de una grandísima enfermedad que había tenido. El señor de Montholon y el caballero de Hericourt, teniente del rey de Goave menor, quisieron acompañarlo. Fue a bajar en casa del señor de Vernon, consejero honorario, que permanecía a una media legua de la población; y desde que hubo llegado, los habitantes, que lo habían visto pasar, enviaron allá cincuenta hombres mandados por un oficial de las milicias del Artibonito, quienes so pretexto de honrarlo y de impedir que se le atacara, pusieron guardias en las puertas y en las ventanas de su cuarto y un cuerpo de guardia en la barrera de la corte.

Como el viaje lo había cansado, estaba acostado desde temprano y dormía profundamente, mientras se aseguraban así de su persona. Al despertar quiso salir para alguna necesidad y quedó bastante sorprendido al ver a un hombre con el fusil a la espalda que lo seguía por todas partes, y su cuarto todo rodeado de centinelas. Preguntó lo que significaba esto; vino el oficial y después de haberle asegurado sus muy humildes respetos, le dijo que la colonia, a quien era sumamente caro, temiendo que los voluntarios y otra gente sin ley le hicieran algún ataque, le había encargado de guardarlo y de impedir

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

que nadie se acercara a la casa donde se alojaba, salvo las personas honradas que acudieron a hablarle. El general replicó que no sabía nada y que esos pretendidos salvaguardias podían retirarse; pero el oficial contestó que se le había mandado expresamente no dejarlo, que solamente estaría seguro en Leogane y que no podía excusarse de cumplir esa orden. Algunos dijeron que el señor de Sorel preguntó si ya no se le reconocía por general y que al responderle el oficial que no dejarían nunca de mirarlo como tal y que tendrían siempre un respeto infinito a su persona y su carácter, le ordenó por segunda vez retirarse o hacerlo embarcar con los directores de la Compañía; que no había más que decírselo y él estaba dispuesto a irse. Que el oficial le protestó que la colonia se desesperaría al perderlo; que quería solamente ver partir a los directores; pero hay en estas últimas circunstancias cosas bastante poco verosímiles. Lo que hay de cierto es que el general permaneció el resto del día en aquella casa, bien guardado con el intendente; que despachó al señor d'Hericourt a San Luis, para llevar allí orden precisa al señor Courpon de enviar inmediatamente al director de ese puesto a Leogane; que al día siguiente los faccionarios fueron retirados de las puertas y las ventanas, pero que quedó un centinela en la barrera de la corte.

Partida de los directores de Leogane y de San Luis. — El mismo día 5 de enero, en que las guardias habían sido puestas en casa del general, los habitantes habían destacado a 400 hombres a Leogane para ser testigos de la partida de los directores. Ese destacamento llegó el mismo día a las tres y media al río grande, que sólo está a dos leguas de Leogane, y toda la milicia de los alrededores vino a su encuentro en número de 300 hombres, con las banderas desplegadas al son de los tambores y las trompetas. Habiéndose unido ambas tropas, se hicieron mutuamente todos los honores militares de una manera sumamente ágil. Dos habitantes se encargaron después de regalar a todo el mundo, pero cuando estaban a la mesa, 20 fusileros vinieron a decir al comandante con un tono que sonaba mucho más a orden que a amenaza, que se deseaba que enviara a buscar al resto de la compañía, que guardaba al general. El 6 a las 8 de la mañana todos marcharon en orden hacia Leogane, donde entraron a las diez y se dispusieron en orden de batalla en la gran plaza. Pusieron luego cuerpo de guardia en diversos lugares, enviaron a los voluntarios a alojarse en las habitaciones del campo y a los habitantes en las casas de la ciudad. Había sido grande la alarma en esta ciudad al acercarse estas milicias; hasta había propues-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

to rechazarlas a la fuerza abierta: se había pensado y hasta comenzado a fortificarse; por fin varios habían hecho embarcar en un navío, que estaba en la rada, todo lo más precioso que tenían y el tesorero había hecho llevar a él su caja. La Salle-Habas, a quien se buscaba sobre todo y cuya cabeza se había puesto a cien pistolas, se había refugiado primero en el bergantín, de que hablamos, y que estaba anclado en el puerto de Goave menor; pero al saber la llegada de los habitantes del Cul-de-Sac y de Artibonito a Leogane, y que se había disparado contra el barco de la Compañía, aparejó y tomó el camino de San Luis. Todavía no había agitación en Goave menor; sin embargo la guarnición, con los oficiales a la cabeza, se había encerrado en el fuerte y había hecho volver sus cañones contra la plaza de armas de la población. Todos los que sabían que se los buscaba personalmente a ellos se habían puesto en seguro y bien hicieron en esto. Se les buscó pronto y generalmente a todos los que eran acusados de favorecer a la Compañía de las Indias. Por fin el séptimo, un correo despachado de Goave menor llevó a los habitantes la noticia de que el director de San Luis había llegado allí y se había embarcado en el buque de Nantes; enviaron para saber si no se trataba de una información falsa, encontraron que no y ese barco aparejó la noche del 8 al 9.

Nuevo insulto al gobernador general. — Desde el día siguiente no dejaron de montar guardia ante el general; y el mismo día los habitantes de Mirbalais llegaron a Leogane en número de 150, siendo atendidos en nombre de los de Artibonito, que les agradecieron sumamente su celo y su interés por los asuntos de la colonia. Después de lo cual, viendo que los directores habían partido, volvieron en seguida al Río grande, sin haber hecho ningún desorden. Estos habitantes eran los que se habían enseñado más y parecieron los mejor disciplinados. El once, la mayor parte se retiró a su casa, y el mismo día los señores de Sorel y de Montholon llegaron a Leogane, con una escolta de doce jinetes. Poco después, el barón de Courfeüils, teniendo una querella con un oficial, al respecto del señor de la Salle-Habas, fue enviado en arresto al fuerte. Este gentilhombre, que se había declarado mucho por los habitantes, tenía una habitación en el río grande, donde había regalado durante cuatro o cinco días a más de 150 personas y aún se dice que hubo allí durante todo un día hasta 300 ó 400. En cuanto se supo que estaba arrestado, se destacaron un centenar de voluntarios para ir a pedir su libertad: el general contestó que estaba muy dispuesto a complacer al barón

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de Courfeüils y que no se debía dudar de ello; pero que el asunto por el que lo había hecho arrestar pedía que fuera castigado; por otra parte, que esto no tocaba en modo alguno la colonia. Fue inútil que hablara, no apaciguó en nada los amotinados y se vio obligado a contentarlos para evitar algún mal estallido. El 12, todo lo que quedaba de habitantes reunidos se retiró gritando: "*¡Viva el rey y el señor general y nada de Compañía!*". Entonces todo pareció calmado, pero era una calma que ocultaba una verdadera tempestad. Un artículo del tratado del 29 de diciembre decía que si llegaba a los puertos de la isla algún barco de la Compañía, no podía quedar en él más de cuatro días; fue sin duda a continuación la fuente de muchos movimientos que no tardaron en hacerse sentir.

Llegada de un negrero al Cabo. Nuevos movimientos a este respecto. — Ya se había recibido en el Cabo Francés la noticia, y una copia de ese tratado, cuando el negrero del cual hablé arriba, llegó allá. El capitán Sicard, que lo mandaba, estaba sumamente enfermo a su llegada. Se llamaba el *Duc de Noailles* y venía del Senegal cargado con 318 negros. Su tripulación, que ascendía a 67 hombres, se encontraba en muy mal estado. Dos días más tarde, es decir, el 31 de enero, los señores d'Arquian y Duclos fueron informados de que todos los distritos vecinos estaban en movimiento y debían reunirse al día siguiente, primero de febrero, en lo alto del Cabo, para dirigirse desde allí a la ciudad. Hicieron llamar inmediatamente a algunos oficiales de milicias para saber de ellos las pretensiones de los habitantes y añadieron que, sin ponerse así en tropa, podían hacer sus peticiones por el canal de sus comandantes. Esos oficiales contestaron que no sabían quién hacía correr las notas en las habitaciones; pero que había orden, so pena de ser quemado, de encontrarse el primero de febrero en lo alto del Cabo, para venir a pedir la ejecución del tratado firmado el 29 en Leogane por los señores de Sorel y de Montholon. El señor d'Arquian replicó que esa manera no convenía en modo ninguno; y autorizaba al superior a rehusar las peticiones por otra parte más justas; e inmediatamente hizo escribir cartas circulares, que envió por todas partes, para prohibir montar a caballo y formar tropa. Esas cartas añadían que quienes tuvieran peticiones que presentar, debían remitirlas a sus comandantes. Toda la noche del último de enero al primero de febrero se empleó en llevarlas y no fueron inútiles: la mayoría de quienes no habían partido obedecieron a ellas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Se apaciguan por poco tiempo. — Algunos hasta resolvieron hacer correr notas del todo contrarias a las primeras; se prohibía en ellas subir a caballo y formarse en tropa, so pena de ser quemado y se ordenaba a cada distrito que se reunieron el día de la Candelaria en la sabana de su presbiterio, para nombrar a cuatro personas que representaran al distrito y vinieran en su nombre a hacer las representaciones que se convinieran. Esta segunda gestión tuvo todavía mayor efecto que la primera: los mismos que no habiendo recibido estas notas, como tampoco la carta del conde d'Arquian, estaban ya en el lugar convenido, se retiraron a sus casas desde que lo supieron; y no hubo más que unos 30 que llegaron hasta el Cabo a caballo y armados, sin poder decir a dónde iban y lo que querían; porque alguien les preguntó y contestaron no saber nada, sino que se les había ordenado ir al Cabo. Se les hizo saber entonces lo que había sucedido después y se retiraron inmediatamente. Los señores d'Arquian y Duclos, viendo las cosas en excelente camino, emprendieron el persuadir a los principales habitantes que estaba en el interés de la colonia, el permitir al negrero la trata, y ellos convinieron; pero añadieron que los que solamente buscaban el interés de la colonia no eran la mayoría; que no eran dueños de los pequeños habitantes, quienes absolutamente no entenderían a ninguna razón sobre este artículo y que en prueba de la sinceridad con que actuaban, irían a tratar de hacer lo deseado, pero sin ninguna esperanza de buen éxito.

Se hacen correr nuevos escritos, pero sin mucho resultado. — Al día siguiente de la Candelaria un pequeño habitante, que no sabía leer, trajo al señor d'Arquian en la iglesia una nota que había encontrado en el camino real y que estaba concebida en estos términos: "Muy queridos hermanos: parece que se nos quiere insinuar el dejar tratar al negrero de la Compañía, lo que sería nuestra ruina y causaría la partida de todos los jóvenes. Así hay que reunirse, dirigirse al Cabo bien armados y apoderarse de dicho barco para incendiarlo u obligarlo a salir; y si se encuentran algunos falsos hermanos hay que castigarlos sin misericordia ni remisión". Era visiblemente un canalla quien había hecho este escrito y fue despreciado. Se dio algo más de atención a un paquete dirigido a los señores Juchereau de Vaulezard, habitante de la ensenada menor; de la Grange, habitante de Bayajá; Coquiere, del Puerto Margot, y Philippe, del Cabo Francés. Este último era tesorero de la marina; el primero, que acaba de morir, era un gentilhombre canadiense, alférez de navío, y que había servido honorablemente. Los cuatro pasaban con

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

razón por ser gente muy honrada y sumamente apegada a su deber. Por eso quedaron sumamente sorprendidos de que se lo hubiera dirigido a ellos. En el doblez del paquete estaba escrito: *Sentimientos y resoluciones de la Colonia* y se les mandaba a todos, so pena de la vida, o al menos a uno de ellos, en ausencia de los otros tres, que lo abrieran en presencia de los distritos reunidos. Deliberaron entre sí sobre ello y no encontraron ningún inconveniente en ir a lo alto del Cabo; pero no hallaron allí a nadie. Supieron después que el paquete les había sido enviado en el primer hervor del movimiento de que acabamos de hablar.

Los diputados de los distritos se reúnen en lo alto del Cabo y lo sucedido allí. — Como debían nombrarse al otro día cuatro diputados en cada parroquia, resolvieron esperar a la asamblea de esos diputados para abrir el paquete. La asamblea se tuvo el 5 en lo alto del Cabo; los diputados se hallaron en número de 48; y abierto el paquete, se encontró su contenido tan absurdo y tan indigno, que la mayoría de votos decidió que fuera quemado por mano del verdugo; pero como habría hecho falta ir a buscar un verdugo en el Cabo, la ejecución se hizo sin él y en medio de la asamblea. Esta conducta era sin duda irregular y tales formalidades no convenían nada en una asamblea que no estaba revestida de autoridad alguna; pero encontraron su excusa en el fuego de un primer movimiento de indignación encendido por un buen celo. Se hizo luego juramento de nunca hablar del contenido del escrito que se acababa de quemar: lo que no impidió que se trasluciera alguna cosa, aparentemente por los mismos autores de él. Se supo, por ejemplo, que allí se pedía que el juez real del Cabo, su teniente y el procurador real fueran despachados a Francia; que los capuchinos fueran vueltos a llamar y los jesuitas despedidos; que hubiera entera libertad de conciencia; que los dineros de la concesión recogidos en la dependencia del Cabo quedaran allí para atender a los gastos que son necesarios y fuesen trasladados a Leogane para atender a los gastos de este distrito y el de San Luis, como pasaba a diario. Los otros artículos se dirigían a nada menos que a erigir el país en república.

Hecha esta ejecución, la asamblea agitó varios asuntos. Se propuso primero si no se pediría cuenta de los dineros de la concesión y del uso que se había hecho de ellos. Los más prudentes dijeron que no se debía tocar a este artículo, que la concesión había sido concedida a Su Majestad, por los gastos que ella está obligada a hacer en el país; que correspondía solamente a ella hacerse dar cuen-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tas; que el querer entrar en conocimiento del uso que hacía de ella, sería faltar al respeto y a la sumisión que los súbditos deben a su soberano, y que de esto la colonia estaba dispuesta a no apartarse nunca. Estas razones impresionaron a los mismos que estaban menos bien dispuestos y no insistieron. Se examinó después si el negrero, que estaba en el puerto del Cabo, sería recibido a trata o no: las opiniones se dividieron y se caldearon tanto los ánimos que ya no se entendían. Al fin uno de los diputados clamó con una voz, que impuso silencio, que quienes estaban por la afirmativa pasaran a estribor y los otros a babor. Fue obedecido, y hubo 23 votos en favor del negrero y 25 en contra suya: así se concluyó que el barco fuera devuelto y se le dieron diez días de término. Se discutieron también otros puntos de menor importancia; la asamblea duró dos días y las peticiones que debía hacer en nombre de todos los habitantes quedaron reducidas a 12 artículos, que el orador o escribano redactó en un escrito que fue presentado a los señores d'Arquian y Duclos, y que decía en sustancia.

Peticiones de los habitantes a los señores d'Arquian y Duclos. — 1. Que el negrero el *Duc de Noailles,* mandado por Sicard, saliera del puerto de Cabo Francés dentro de diez días y que todos los demás barcos de la Compañía que entraran en dicha rada y en todas las de la dependencia, no pudieran permanecer allí más allá del mismo término. 2. Que fuera expresamente prohibido a todos, de cualquier calidad y condición que pudieran ser, hacer ninguna partida de negros para revenderlos a los barcos de los particulares que vinieran a comerciar en este puerto, antes de expirar los diez días desde la llegada de los barcos, so pena a los contraventores de confiscación de dichos negros. 3. Que para prevenir los desórdenes y los abusos que pudieran ser causados a continuación por carteles, afiches y notas anónimos, expuestos y distribuidos en nombre de la colonia por gente sin ley, se diera prohibición so pena de la vida a todas las personas, cualesquiera que pudieran ser, de atreverse a componer, fijar y distribuir ningunos escritos difamatorios u otros tendientes a excitar conmociones; los que tuvieran representaciones que hacer para el bien público, se contentarían con ponerlas en manos de los diputados de sus distritos. 4. Que el señor marqués de Sorel y el señor de Montholon fueran muy humildemente suplicados que enviarán al Cabo un ejemplar firmado por ellos, de los artículos concedidos a los habitantes de Leogane y los distritos vecinos, para ser registrado en el Consejo Superior del Cabo, supuesto que el tratado

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

lo hubiera sido en el de Leogane, como había corrido el rumor; ya que es necesario que se sepa a qué atenerse en este asunto, para conservar la unión y la tranquilidad en todas las partes de la colonia. 5. Que los dichos señores general e intendente tuvieran la bondad de procurar más el aumento de las especies que su disminución, tenida cuenta de la llevada que hacían a diario de ellas los capitanes y los comerciantes. 6. Que los dineros levantados desde largo tiempo para atender al pago de los negros ajusticiados que no miraban directamente sino a los habitantes, se ordenara que los receptores de estos últimos dieran cuenta continua ante los señores de Vaulezard, el señor, el joven, y la Lande Gayon, y que el sueldo de esto fuera remitido por dicho receptor en manos del señor Dantzé, elegido por los diputados síndico general de la dependencia del Cabo. Que fuera parecidamente ordenado a los mayordomos de cada parroquia el entregar en manos del mismo los dineros que fueran levantados en el porvenir por los negros ajusticiados, para ser repartidos a sus dueños según la tasa hecha.

Diligencia de los señores d'Arquian y Duclos por la trata del negrero. — Este escrito fue bastante bien recibido por los señores d'Arquian y Duclos, quienes le dieron respuesta favorable y el primero hizo observar a los diputados que ya había prevenido el tercer artículo, prohibiendo so pena de la vida todos los escritos, carteles, acciones y afiches sediciosos, y hasta dado una orden general de disparar sobre los vagabundos y gente sin ley que volvieran a entrar a mano armada en las habitaciones y a hacer ellas las violencias y los ultrajes de que había quejas. Pero por cierta satisfacción que estos señores parecieran tener de la conducta de los diputados, no podían soportar que los habitantes no tuvieran para con ellos la complacencia de permitir al negrero de la Compañía la trata de sus negros. Sin embargo no se negaron por completo y comprometieron a los principales diputados a unirse a ellos para ganar a quienes estaban más opuestos a esta trata; se hicieron luego dirigir una petición por el capitán Sicard, que tuvo gran cuidado de exponer en ella de la manera más sensible el estado deplorable en que se encontraba su barco y el decaimiento entero de su cargazón. Esta petición fue comunicada a doce diputados, que se encontraron en el Cabo y que dieron la siguiente respuesta: "Hoy, 17 de febrero de 1723. Nosotros, diputados de los habitantes de diversos distritos del Cabo... Nos hemos reunido acerca de un escrito en forma de representación presentada el once del mismo mes por el señor Sicard, capitán de un

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

barco negrero, actualmente en esta rada, y firmada *Du Liquet,* haciendo por él. Aunque nos parece que este navío está en un triste estado, según lo que expone dicho capitán: sin embargo, después de haber reflexionado maduramente y considerado su tenor, no hemos tenido nada al respecto, visto que se pretende a nuestro parecer tocar por esto al respecto y a la sumisión que tenemos por nuestros señores superiores, mediante varios términos, que ha usado a nuestro respecto; y que no exigimos de ninguna manera, no habiendo pretendido nunca ser dueños de la decisión de su suerte, sino que entendemos depender de nuestros dichos superiores, a quienes hemos enviado nuestras representaciones, de las que esperamos respuesta para conformarnos a ella".

Lo sucedido en Leogane a este respecto. — Habiendo recibido este escrito los señores d'Arquian y Duclos y sido informados por otra parte de la disposición de la mayoría de los espíritus, juzgaron conveniente no dilatar por más tiempo el fijar el día de la venta de los negros e hicieron venir a los diputados para instruirlos de su resolución. De doce que eran, hubo ocho que respondieron desde sus distritos, algunos hasta hicieron ver escritos firmados por todos sus habitantes, por los que consentían en la venta de los negros, con tal de que no estableciera precedentes en el porvenir. Los otros cuatro declararon que no respondían de nada, porque se había convenido por unanimidad de no comprar nada de la Compañía. Añadieron que les parecía deberse esperar sobre esto las órdenes del general y del intendente, quienes no podía en modo alguno permitir el tratado propuesto, luego de haber prometido no sufrir a ningún barco de la Compañía más de cuatro días en los puertos de la colonia. Las cosas estaban en estos términos, cuando el caballero d'Hericourt llegó al Cabo cargado con varias cartas de los señores de Sorel y de Montholon, fechados al once de febrero para los señores d'Arquian, Duclos, de Chatenoye y de Tilly. El general escribía al señor d'Arquian acerca del negrero, que los habitantes de Leogane encontraban una extrema dureza en despedir a ese barco en el estado en que se hallaba y le daba parte de una especie de deliberación, firmada por algunos habitantes de Leogane y concebida en estos términos: "Las noticias llegadas del Cabo nos han informado de la llegada de un barco negrero de la Compañía y nos han enterado de su mala situación por la enfermedad del capitán y de otros oficiales, y que no se lo quiere dejar comerciar conforme a lo que se acordó entre los habitantes de la colonia y los diputados enviados de parte del señor general y

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

del señor intendente. Pero como estamos informados de que la tripulación de dicho barco ha declarado que si no se quiere recibirlos a tratar, iban a echarse por tierra y ponerse a merced de los habitantes, prefiriendo padecer la muerte a sus manos que ir a perecer en el mar: todas estas razones nos hubieran comprometido a ir a pedir al señor general que nos fuera permitido reunirnos, para deliberar entre nosotros sobre los expedientes que habría que tomar en la coyuntura presente, lo que nos hubiera permitido de palabra; y habiendo leído el artículo 3 de dicho acuerdo, donde se dice que no será permitido a los barcos de la Compañía hacer trata en esta costa y que no podrán permanecer en ella sino cuatro días: considerando la triste situación en que se encuentran tanto dicho barco como su tripulación y queriendo evitar el mal que sucedería si se le rehusara comerciar y para prevenir los mismos inconvenientes que podrán presentarse después en casos parecidos: nuestro parecer es que tanto dicho barco negrero perteneciente a la Compañía de las Indias, como los que llegaren después, viniendo de Guinea, cuyos pasaportes han sido o serán librados, hasta el primero del mes próximo, atento que sus tripulaciones estén de buena fe, sean recibidos en esta costa y puedan tratar en ella, como los otros barcos pertenecientes a los particulares, pagando los mismos derechos; pero que no puedan hacer su venta sino al detalle, para procurar a todos los habitantes los medios de comprar negros y así impedir el monopolio. Y que en el caso de que después de dicho día primero de marzo próximo sean expedidos pasaportes a la dicha Compañía para continuar el mismo comercio, para entonces se ejecute a la letra el artículo que excluye a dichos barcos de tratar en esta costa; porque sin dificultad toda Francia sabrá que aquí no se quiere nada de Compañía. Tales son nuestros sentimientos; y rogamos a nuestros compatriotas que quieran entrar en nuestro mismo espíritu. Que si lo aprueban, nos comprometemos a hacer nuestras muy humildes representaciones a nuestros señores superiores, para pedirles que las aprueben también. En Leogane, hoy, 10 de febrero de 1723".

El general añadía en su carta que aunque esta declaración no estuviera firmada sino por nueve habitantes, se podía siempre obrar en consecuencia y que ellos enviarían a continuación una más auténtica, firmada por los principales habitantes de todos los distritos. El señor d'Hericourt aseguraba la misma cosa y decía que si el Cabo Francés no quería en nada sufrir a ese navío, se podía hacerlo aparejar para Leogane, donde sería bien recibido. La carta, que fue enviada al señor de Tilly, era para advertirle que no partiera sin nueva

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

orden, sino que cubriera esta demora con alguna apariencia. Los señores D'Arquian y Duclos no estaban empero tranquilizados sino a medias; pero para no faltar a nada de su deber, comunicaron la deliberación de los habitantes de Leogane y la carta del general a los cuatro diputados que se oponían aún a la venta de los negros, y les representaron que los distritos del Cabo se perderían sin remedio si dejaban salir ese barco y era recibido en Leogane; que esto probaría claramente que ellos eran los únicos autores del amotinamiento, como ya se publicaba en varios lugares, y que llevarían todo el peso de la indignación de Su Majestad.

Nueva oposición de algunos diputados a la venta de los negros. La respuesta de estos diputados fue, que ellos tenían cartas de Leogane, donde se hablaba un lenguaje bien distinto de lo que decía el general; que ellas les hacían saber que allí estaban completamente resueltos a no padecer ningún barco de la Compañía; que la deliberación, que se hacía valer tanto, había sido dispuesta por el intendente a sus amigos, algunos de los cuales se habían retractado ellos mismos inmediatamente con una declaración contraria que habían depositado en la secretaría; que estaban muy seguros de que el señor marqués de Sorel no enviaría nunca la que prometía firmada por los principales habitantes y que todo esto era un lazo que se les tendía para desunirlos de los distritos de Leogane, al comprometerlos a permitir la venta de los negros. Los señores d'Arquian y Duclos contestaron que les sería vergonzoso gobernarse por los distritos de Leogane y someterse, por así decirlo, a sus órdenes; que había entre ellos gente bastante capaz de aconsejarlos y que si los otros habían cometido alguna falta, era honor suyo no imitarlos; que ellos debían al contrario darles buen ejemplo: que el tratado que los habitantes de Artibonito y el Cul-de-Sac habían hecho firmar al general y al intendente era algo odioso, de lo que nunca debían hablar, bien lejos de prevalecerse de ello; que era todo lo que podrían hacer enemigos del estado y que bien podían creer que tarde o temprano los autores de tales empresas y quienes los apoyaban, serían castigados, así como los que habían dado lugar a todas estas formaciones de tropa armada contra la orden de los superiores.

Se hace sin embargo y lo que sucede. — Los cuatro diputados volvieron a contestar que no ignoraban nada de todo aquello y que no se trataba para nada aquí de sus sentimientos, en los que toda su conducta pasada no permitía poner ninguna duda; sino de la disposi-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ción en que estaban muchos habitantes de sus distritos, de la que estaban muy bien enterados y que no eran dueños de cambiar. Que convenían sin dificultad en cuanto se les representaba, pero que lo difícil era hacer a aquéllos en nombre de los cuales estaban obligados a obrar y de los que se podía temer algún estallido, si no tenía cuenta. A pesar de ello los señores d'Arquian y Duclos, viendo alguna apariencia de desunir los mismos distritos del Cabo y habiéndose el mayor número de los diputados declarado en favor de la trata del negrero, hicieron el 17 de febrero una ordenanza, en virtud de la cual Sicard podía comenzar la venta de sus esclavos el 23 del mismo mes, con la condición de no hacer ningún partido de ello y de no comenzar de ninguna manera antes de dicho día, so pena de confiscación.

El 20 llegó el correo de Leogane y no trajo nada de la deliberación anunciada por la carta del señor de Sorel, lo que no impidió que el 23 Sicard vendiera más de 200 negros y que desembarcara el resto en una habitación cercana a la ciudad. El 25 ó 26 otro correo, que había sido enviado a Leogane por los diputados, volvió con la respuesta a sus representaciones. Se recibieron por la misma vía cartas particulares, que dieron a conocer que la deliberación prometida había sido enviada a todos los distritos, para ser firmada por sus habitantes; que había sido recibida sumamente mal; que estaban enteramente resueltos a no padecer más ningún barco de la Compañía; y que en el Artibonito los ánimos estaban sumamente excitados y completamente dispuestos a volver a Leogane. Estas noticias difundidas en toda la llanura del Cabo causaron muchos rumores, sobre todo entre todos los que no habían consentido en la venta de los negros. Se hablaba de nada menos que de incendiar las habitaciones de todos los que habían comprado negros y los más moderados querían que al menos se les obligara a devolverlos. Algunos opinaban que se los embarcara en el mismo negrero, y que se hiciera aparejar ese barco al momento; otros se contentaban con condenarlos a una multa en provecho de la colonia o con confiscar en beneficio del rey los negros adquiridos. Por fin, como si se hubieran propuesto hacer ver que no hay extravagancia que no pueda salir de la cabeza de gente que han sacudido el yugo de un dominio legítimo, hubo quienes dijeron que había que condenar a los compradores a una multa pecuniaria en provecho del capitán y de la Compañía.

Los distritos se reúnen de nuevo. — Se hizo después correr por todos los distritos notas que llevaban la orden de reunirse el 27 en lo alto del Cabo: algunos acudieron muy fastidiados de todas estas ca-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

rreras y allí esperaron a los otros con mucha impaciencia; tanto más cuanto que el tiempo era sumamente lluvioso. Los señores d'Arquian, Duclos y de la Chatenoye se aprovecharon de estas disposiciones para hacer entender a los habitantes la irregularidad de esta conducta; que no se había permitido la trata del negrero sino ante las respuestas de la mayoría de sus diputados, quienes habían prometido atenerse a la decisión de los superiores; que en todas las deliberaciones se decidía por pluralidad de votos y que no veían en modo alguno por qué esa costumbre no tendría lugar también en la deliberación presente. Aquellos a quienes hablaban, les respondían que los autores de los amotinamientos eran enredadores, que quedarían encantados de ver venir los desórdenes para aprovecharse de ellos; que sin las cartas de Leogane la venta de los negros se hubiera terminado tranquilamente; que la gente honrada andaba desesperada por todos estos amotinamientos y se unirían de buena a las tropas del rey para reprimirlos; pero que como la colonia temía siempre que se quisiera restablecer la Compañía, no querían por su interés juntarse con personas de quien todo lo podían temer y de los que podrían necesitar. Que si se les daba una seguridad de que Su Majestad quería olvidar lo pasado y tendría la bondad de no molestarlos en lo tocante a la Compañía, ellos serían los primeros en detener a los sediciosos, en ponerlos en manos de la justicia y en hacer entrar a todo el mundo por el deber. Se les contestó que ellos mismos se apartaban de esto por la manera como se expresaban al respecto de la Compañía y que podía suceder que la intención del rey fuera que se la restableciera en Santo Domingo: replicaron que había mucha gente en la colonia que podía difícilmente ganarles en obedecer a tales órdenes, y que Su Majestad no podría, al parecer, favorecerles a pesar suyo, ya que su desobediencia en ese caso vendría del apego a su servicio. Que les parecía que someterlos a la Compañía de las Indias, sería como si se les mandara no reconocer ya en adelante otros amos que ingleses o turcos.

Atentado de algunos particulares. Termina la venta de los negros. — Prometieron con todo obrar de tal manera que cada cual se retirara a su casa, y mantuvieron su palabra; pero hubo todavía que permitir una asamblea de todos los diputados de los distritos, para terminar el asunto del negrero.

Esta asamblea se tuvo tres o cuatro días más tarde; fue sumamente tumultuosa y duró dos días, al cabo de los cuales cuatro diputados fueron escogidos para ver los papeles del señor Philippes, que había sido encargado de la venta de los negros, a fin de saber los

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

que los habían comprado y conocer lo que les había costado. Habiendo sido informado el conde d'Arquian de este paso y viendo en su casa a dos de estos diputados les dijo que bien podía suceder el hacerse ahorcar un día y que le gustaba mucho advertírselo como amigo. El aviso tuvo su efecto: estos dos hombres hasta entonces habían sido de los más encendidos contra la Compañía y desde entonces ya no se mezclaron en nada. Los otros dos hicieron su informe, y luego que se hubo discutido mucho, se concluyó que todos los que habían comprado negros pagaran en manos de los diputados 200 libras por cabeza en beneficio de la colonia; y que si posteriormente alguien comprara la menor cosa a la Compañía de las Indias, sería abandonado a cualquier evento. Sin embargo, por un atentado que nada podía excusar, como si esos diputados hubieran querido hacer ver que estaban revestidos de un poder que discutían a sus superiores, hicieron una excepción a la ley que acababan de establecer y consintieron en que Sicard vendiera los negros que le quedaban todavía. Esta deliberación fue tenida muy en secreto por algún tiempo; la supieron empero los señores d'Arquian y Duclos e hicieron observar a varios su indecencia. Ellos convinieron y lo habían sentido sumamente al principio; pero dijeron que habría demasiado que arriesgar queriéndose oponer de frente; que había sido necesario parecer conceder algo a los facciosos, del número de los cuales eran algunos diputados, pero que la deliberación no tendría ningún efecto.

La tranquilidad devuelta a los distritos del Cabo. — El conde d'Arquian quiso parecer satisfecho con esta respuesta; sin embargo, resolvió usar la fuerza si no terminaban las perturbaciones. Se halagaba tanto más del buen éxito, cuanto que toda la gente honrada estaba sumamente cansada de todos estos movimientos y veían la necesidad de detener su curso: ya mismo siete u ochocientos de los principales le habían prometido unirse a él cuando juzgara conveniente actuar contra los motines, y el señor de Tilly se había ofrecido a desembarcar con 200 hombres tanto de su tripulación como de las de otros barcos de la rada, añadiendo que para evitar cualquiera dificultad acerca del mando, él serviría en calidad de simple voluntario. Pero no hubo necesidad de llegar a eso; y los sediciosos, no viéndose apoyados, se retiraron y todo quedó sumamente tranquilo.

Llegada de un nuevo barco de la Compañía de las Indias. — Algunos días después, *Les Deux freres,* barco de la Compañía mandado por Butler, llegó al Cabo viniendo de la Luisiana, después de haber sufrido un furioso golpe de viento norte, que lo había abierto

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

por todas partes. Esto hizo nacer todavía algún rumor en los distritos, donde no se estaba enterado de las circunstancias de esta escala. Varios dijeron que ya bajo un pretexto ya bajo otro, se encontraba siempre medio de recibir a los barcos de la Compañía, contra las palabras tan solemnemente dadas. Se les dejó decir; y habiendo hecho saber el señor de Tilly por sus carpinteros la visita de *Les Deux freres,* se juzgó que ese navío estaba completamente incapaz de hacer el viaje a Francia. El conde d'Arquian lo hizo saber a los diputados, añadiendo que habría crueldad en hacerlo partir, con peligro de hacer ahogarse a toda una tripulación y a muchos pasajeros que se habían embarcado en él. Les hizo observar también que este barco no debía serles sospechoso, porque no tenía mercancía alguna y solamente había entrado a puerto para evitar un naufragio próximo y que en tal caso no se negaría socorro a los mismos enemigos. Estas representaciones tuvieron su efecto y no se habló más de nada.

El gobernador general y el intendente se retiran a bordo de un navío real y pasan a Goave menor. — Al gobernador general y al intendente no les fue tan bien en sus distritos, donde los ánimos estaban mucho más excitados y donde la rebelión tenía jefes y motivos que no había tenido en el Cabo Francés.

El 15 de marzo el conde d'Arquian recibió un paquete del marqués de Sorel, que le daba aviso que ante una memoria que le había sido presentada por los diputados de esos distritos, para comprometerlo a diferir las fortificaciones comenzadas por orden del rey en Goave menor; y que ante un escrito que había aparecido en Leogane viniendo del Artibonito, en que se nombraba a otro general que él y a otros oficiales, y donde se había prohibido a los habitantes tener ninguna comunicación con el estado mayor, había tenido el 3 un consejo extraordinario, al que habían sido llamados casi todos los oficiales; y que en virtud de la deliberación de esta asamblea se había embarcado con el intendente y todas las tropas en el barco real *l'Argonaute,* mandado por el señor de Rochambaut, llegado hacía tres días de Leogane, y pasado a Goave menor, donde había dado orden a todos los barcos mercantes que vinieran a unírsele. Le enviaba también varios decretos dados por el consejo superior de Leogane, en el que había presidido con el señor de Montholon.

Diversos decretos dados por el Consejo de Leogane. — El primero prohibía so pena de la vida todos los carteles, afiches, órdenes, libelos o discursos tendientes a la sedición y mandaba a los coman-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

dantes y otros oficiales de justicia que pusieran allí su mano. El segundo llevaba prohibición a cualquiera de comprar negros en cantidad para revenderlos, so pena de confiscación de los negros y del principal de la venta más 20.000 libras de multa: permitía empero vender al grueso los desechos a cargo de la parte de los compradores corría el requerirlos y hacer la visita a sus expensas por los comisarios, médicos y cirujanos nombrados por el consejo. El tercero disponía el registro en el consejo y en las jurisdicciones de la autoridad del tratado hecho entre el general y el intendente por una parte y los habitantes del Artibonito y del Cul-de-Sac por la otra, el 29 de diciembre de 1722 y ordenaba su lectura y publicación por diligencia de los sustitutos del procurador general y el registro de la elección de los diputados por los distritos. Por el cuarto se mandaba que los decretos y deliberaciones de los consejos de Leogane y del Cabo del mes de enero serían ejecutados según su forma y tenor: que por lo tanto la leva y percepción de los dineros ordenada por aquéllos sería hecha cada año siguiente conforme a dichas deliberaciones; que el receptor de los derechos de concesión daría cuenta ante tres consejeros y dos diputados de lo recibido y lo gastado de la dicha concesión desde 1713, hasta el presente año 1723; y esto en tres meses como plazo máximo; a fin de que fuera ordenado por el consejo lo que él viera y juzgara lo mejor; y para prevenir toda expensa superflua y disponer el interés de los pueblos, el consejo ordenaba que el orden prescrito por dichas deliberaciones para la revista de las tropas reales, que había sido interrumpida, se restableciera y en consecuencia nombraba a un consejero en cada distrito para asistir a estas revistas. El quinto llevaba que sin derogar al tratado hecho en la población de Cul-de-Sac el 28 y 29 de diciembre último, se permitiría a los barcos de la Compañía partidos con pasaportes expedidos hasta el día del decreto, tratar en esta colonia, pagando los derechos ordinarios, y que aquellos cuyos pasaportes fueran expedidos después de dicho término, serían excluidos conforme a dicho tratado.

De qué manera estos decretos fueron recibidos en el Cabo. — Se hicieron en el Cabo muchas reflexiones acerca de estas disposiciones. Se encontró que por la primera el consejo de Leogane se erigía en general; que tal orden no era en absoluto de su competencia, que en el Cabo Francés era el señor conde d'Arquian, que había hecho tales prohibiciones sin decreto del consejo del Cabo; y que habiendo informado de ello al señor marqués de Sorel, había sido aprobado. Pareció que la segunda era sumamente inútil, ya que había bastantes re-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

glamentos dados sobre ese artículo, ya por Su Majestad, ya por los generales e intendentes; que bastaba renovarlos o poner mano a su ejecución; pero que era también asunto del general y del intendente y en ninguna manera del consejo, cuyo deber era procurar la ejecución de los reglamentos en el caso de que fueran mal observados. Se añadía que esto podía hacer un gran daño al comercio, ya que las partidas en grueso eran ventajosas a los barcos que por ese medio hacen viajes más prontos; y necesarias a los habitantes, por la razón de que los que compran toda una cargazón de negros, teniéndolos a mejor precio, los venden también a mejor precio y dan mayor plazo del que pueden conceder los barcos. Cuanto a la tercera, como el tratado cuyo registro ordenaba, había parecido siempre sumamente odioso a todos los buenos ciudadanos, quedaron extremadamente sorprendidos al ver al consejo de Leogane darle su adhesión mediante este decreto y confirmarlo, así como la elección de diputados de los distritos: ésta no pudiendo tolerarse sino para prevenir mayores desórdenes, no debía ser autorizada ni de alguna manera legitimada por un registro en el consejo.

Con relación a la cuarta, la misma razón que había impedido a los diputados del Cabo en su primera asamblea el hablar de esos fondos y tocarlos, hizo censurar al consejo de Leogane por haberlo hecho mediante un decreto: se observó además que este reglamento era contrario a otro del rey mismo del año 1718, que había sido registrado. La quinta fue desaprobada, primero por la cláusula "*sin derogar al tratado*", que parecía una segunda confirmación y ratificación de ese tratado; segundo, porque parecía reconocer que los artículos en cuestión venían de un poder superior al consejo y que había derecho a dar permisos; tercero por la prohibición hecha a los barcos de la Compañía expedidos después de cierto término; se pensaba que no era prudente a un consejo superior poner así el sello mediante un decreto a la expulsión de una compañía autorizada por el príncipe; expulsión que no debía mirarse sino como obra de una emoción.

Réplicas para el consejo de Leogane. — Estas observaciones no quedaron empero sin contrapartida. Se respondió que el consejo de Leogane debía ser alabado por haber encontrado un medio eficaz de pacificar todas las perturbaciones; que no había que apegarse tanto a lo que había allí de irregular y de contrario a la autoridad real en estos decretos, cuanto al espíritu con que habían sido dados y a la necesidad en que se había estado; por fin que el gobernador general, el intendente y los oficiales mayores habían asistido y presidido en estas

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

deliberaciones. Pero, se contestaba, que no había habido necesidad de todo esto para pacificar las agitaciones del Cabo; todo había entrado allí en orden poco a poco por la firmeza y la buena conducta de los superiores y los buenos oficios de los consejeros, que sin mezclarse como cuerpo en estos asuntos habían, junto con los oficiales de milicias y los habitantes más notables, hecho entrar en razón a la mayoría del pueblo. Por lo demás la noticia del embarque del general, del intendente y de las tropas sorprendió extrañamente a todo el mundo, porque se ignoraba la razón secreta de ello. No quedaron menos alarmados en Leogane, y apenas el *Argonaute* hubo levado anclas y tomado el camino de Goave menor, cuando el consejo superior, habiéndose reunido, hizo la deliberación siguiente, que envió en el acto al señor marqués de Sorel.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Deliberación del consejo superior presentada al señor de Sorel después de su partida para Goave menor. — "Hoy, 6 del mes de marzo de 1723, a petición de todos los habitantes de Leogane y de los distritos vecinos, que se han reunido en esta ciudad, el consejo de Leogane se ha reunido en sesión extraordinaria con los diputados de dichos distritos y habiendo entrado en ella el procurador general del rey, ha dicho: que luego de las sesiones que el dicho consejo acaba de tener el primero de este mes juntamente con dichos diputados, en que presidían el señor general y el señor intendente y a la que asistieron todos los oficiales de estado mayor, en las que se tomaron las medidas más justas y más razonables y trabajado en mantener la autoridad del rey de los que son depositarios de ella, hay lugar para quedar sorprendidos de que el señor general, aparentemente alarmado por las noticias llegadas del Artibonito, donde varios voluntarios y gente sin ley habrían hecho y fijado carteles sediciosos con desprecio de su autoridad, haya tomado esta última noche el partido de embarcarse con todos los oficiales y las tropas de esta guarnición a bordo del barco real el *Argonaute* anclado en esta rada y mandado por el señor de Rochambaut, y haya hecho llevar allí las balas y las municiones del fuerte de la Punta, el que se encontró abandonado la mañana de este día. Hay tanto más lugar a sorprenderse por esta retirada, cuanto que todos los habitantes estaban en una firme resolución de hacer ejecutar con todo el vigor necesario los decretos del primero y del segundo de este mes, para tratar de devolver a esta colonia su anterior tranquilidad; y de juntarse y unirse con el señor general para castigar a los contraventores y sediciosos; que para tal efecto se habían librado las expediciones de los dichos decretos a los

diputados de cada distrito, para ir mañana domingo 7 de este mes a hacerlas publicar en todas las parroquias, y hacer que se ejecuten. Que este abandono es tanto más sensible a estos pueblos, cuanto que se lo tocaba en el momento de ver el orden mejor establecido en esta colonia y que estaban dispuestos a dar al señor general pruebas invencibles de su obediencia y de la firme resolución en que están de mantener la autoridad del rey a expensas de sus bienes y de su misma vida. Que las nuevas perturbaciones excitadas en el Artibonito carecían de fundamento o al menos eran muy fáciles de apaciguar, cuando todos los demás distritos se encontraron reunidos para hacerlas cesar; que aun cuando hubiera más agitación que nunca, hubieran creído que en esta ocasión el señor general y los oficiales de las tropas hubieran mostrado más firmeza y hecho sus mayores esfuerzos por mantener la autoridad real. Y a petición del procurador general de deliberar acerca de las medidas más convenientes que tomar en esta ocurrencia; y de diputar ante los señores general e intendente para rogarles que volvieran a tomar las riendas del gobierno. Al ponerse esta materia en consideración, el consejo a una con los diputados y con el parecer de los más notables habitantes, ha nombrado al señor Bizonton, consejero y al señor Rousseau síndico de los diputados, para ir a comunicar a los señores general e intendente la presente deliberación; asegurarlos de la perfecta obediencia de todos los habitantes, de su fidelidad y de las firmes disposiciones en que están de concurrir con todas sus fuerzas y poder a restablecer la tranquilidad pública y mantener la autoridad real, y pedirles que vengan de nuevo a tomar las riendas del gobierno, a fin de prevenir todos los males y desórdenes que pudieran suceder de su retirada, y de la falta de mando. Hecho y deliberado en el consejo el sexto día del mes de marzo de 1723. Comparado con la minuta. Firmado, Feron, escribano."

Palabras del señor M. de Nolivos en el consejo. — Habiendo recibido el señor de Sorel esta acta, envió al consejo al señor de Nolivos para contestar de su parte, y este oficial habló en los siguientes términos: "Señores, aunque el señor general no sea responsable sino ante el rey de su conducta para la ejecución de los medios que crea más propios para mantener la autoridad de Su Majestad, y procurar el reposo y la tranquilidad de los pueblos de esta colonia, sin embargo, ante la deliberación sabia y prudente que fue tenida ayer 6 de este mes en el consejo reunido extraordinariamente con los diputados de todos los distritos y los habitantes más notables, y presentada por los señores Bizoton y Rousseau, el señor de Sorel me ha hecho el

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

honor de encargarme verbalmente de daros testimonio de la entera satisfacción que tiene por las firmes resoluciones y las justas medidas, que habéis tomado, para acudir al mantenimiento de la autoridad del rey, y haceros saber que todas sus gestiones y sus intenciones nunca han tenido otro objeto. Pero como los grandes males necesitan grandes remedios, viendo con dolor que los fieles súbditos quedaban en la opresión, sin atreverse a seguir su deber, por las amenazas de los revoltosos de quemar sus habitaciones y romperles la cabeza; teniendo en silencio estas amenazas y alejándolos del gobierno: desde las mismas deliberaciones justas y razonables tomadas el primero y el segundo de este mes para hacer cesar todas las perturbaciones y castigar a los sediciosos, que los diputados hubieran sido forzados a ceder al torrente y firmar una memoria para que se cesara en los trabajos de una batería ordenada por el rey en el Acul de Goave menor. Todo esto junto a prohibiciones de reconocer a los señores de Villaroche y Dubois nombrados por Su Majestad comandantes del Artibonito y del Cul-de-Sac; las quejas, que han venido de todas partes contra la licencia desenfrenada que se padece impunemente en todos los distritos; los voluntarios quitando sus hierros a los esclavos, que les habían puesto sus dueños; que el señor Cazeaux, habitante del Cul-de-Sac, por haber dicho que había que castigar a los amotinados, fue obligado a refugiarse en el distrito de Leogane; el libelo distribuido, por el cual se proscribe al señor general y a todos los oficiales mayores, donde se les nombra sucesores, comandantes y capitanes en todos los distritos; todas estas agitaciones han hecho pensar que los buenos súbditos eran obligados a ceder contra su deber y su interés al torrente de la rebeldía, que su corazón y su prudencia condenan; pero al mismo tiempo ellas han hecho tomar al señor general el partido de retirarse a bordo del *Argonaute,* para dirigirse a Goave menor, con todos los barcos mercantes, tanto del Cabo como de aquí, de reunir los dos consejos e invitar a todos los fieles súbditos a concurrir al bien público y a hacer respetar la autoridad real, siendo apoyados por todos los soldados y marineros en número de mil hombres por lo menos. No es pues para abandonar las riendas del gobierno, sino para hacerlo respetar, que el señor general ha salido de Leogane; todas las resoluciones que había tomado ya, no tendían sino a esto y a mantener la autoridad del rey. La gran confianza que tiene en lo que se enuncia en vuestra deliberación suspende todo proyecto, para invitaros a llevar al pueblo a la obediencia, a dar pruebas de vuestra sinceridad haciendo detener al portador de una nota tan sediciosa, haciéndole su proceso, para descubrir sus cómplices, haciendo ejecu-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tar con todo rigor las deliberaciones tomadas en el consejo el primero y el segundo de este mes para sobreseer los trabajos de Goave menor y para observar finalmente una perfecta sumisión a cuanto mira la autoridad real y el bien público. Con estas condiciones el señor general concede dejar desde ahora a un oficial mayor con una tropa de soldados en la guardia del fuerte, y consiente en que los buques mercantes queden en el puerto; hasta promete su regreso, cuando sea necesario para el bienestar de la colonia, que no puede subsistir desde que el orden y la subordinación no sean ya reconocidos." El señor de Nolivos puso por escrito su discurso y quiso dejar copia de él al consejo, que deseaba responder y lo hizo en estos términos:

Respuesta del Consejo. — "Los pueblos protestan de no haber nunca pedido cuenta al señor general de sus acciones; se atienen y se atendrán siempre bajo todos los ángulos en el respeto y la sumisión debidas al rango y al carácter con que ha complacido al rey revestirlo. Le agradecen la aprobación que quiere dar a las medidas tomadas para detener el desorden. Como el establecimiento sólo de la Compañía de las Indias había dado lugar a las perturbaciones, éstas han cesado con su expulsión; así no se trata ya de aportar grandes remedios a males que no subsisten. Las amenazas de los revoltosos mismos son ignoradas y desaprobadas por toda la colonia. Los diputados se defienden de haber cedido al torrente, y la memoria que se han tomado la libertad de presentar al señor general acerca de las fortificaciones no es más que una súplica muy humilde, sin oposición y con protesta de obedecer a lo que gustare ordenar el señor general. Con respecto a la batería del Acul, lejos de oponerse a ella, la piden formalmente. La pretendida prohibición de reconocer a los señores Dubois y de Villaroche comandantes nombrados por el rey y la nota que proscribe el señor general y todos los oficiales mayores, y designa a otros en su lugar, es un escrito anónimo despreciado y desautorizado por los habitantes. Esta verdad es tan constante, que dichos señores Dubois y Villaroche han continuado siempre sus funciones sin ninguna turbación. Así no se trata sino de descubrir a los autores de las notas, para ponerlos en su castigo según los reglamentos, lo que los habitantes tienen muy en el corazón. Respecto al señor Cazeaux, la discusión que tuvo con algunos particulares en el Cul-de-Sac es una querella en la que no entra la colonia. Un ejército es inútil, donde no hay enemigos que combatir; los habitantes se habrían unido a los soldados y a los marineros, si hubiera habido necesidad de ellos, para sostener la autoridad del rey, a la que se mantendrán siempre

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

sometidos bajo las órdenes del señor general; la colonia está tan interesada como él en descubrir al autor del libelo y de todos los demás que tienden a agitar, y como se ha sospechado de un particular, ayer se despacharon doce jinetes de este distrito para arrestarlo. Las mismas órdenes han sido dadas y cumplidas por los comandantes del Cul-de-Sac y del Artibonito. Las deliberaciones de los días primero y segundo de este mes no pudieron publicarse y fijarse en los distritos vecinos sino hasta hoy y se han remitido para serlo cuanto antes en los distritos lejanos: los habitantes están resueltos a hacerles ejecutar con todo el rigor posible y siempre bajo la autoridad del señor general. Nadie pretende sustraerse a la obediencia debida a los comandantes de los distritos. Todos protestan observar una perfecta sumisión y obediencia por todo lo que mira la autoridad del rey y el bien público. Cuanto a lo que toca al servicio de Su Majestad y al comercio, los habitantes se conformarán siempre con el gusto del señor general en sus órdenes al respecto, y ya que tiene la bondad de prometernos su regreso, cuando esté persuadido de la obediencia y de la tranquilidad necesaria para el bienestar de la colonia, nos halagamos con que tal regreso se hará pronto, ya que estas condiciones están enteramente cumplidas de nuestra parte."

Efecto que produce en el Cabo la retirada del general. — Entre tanto, el señor de Sorel despachó al Cabo el correo de que hemos hablado. El conde d'Arquian, que comprendió al principio las malas consecuencias que tan extrañas noticias podían tener, hubiera mucho deseado tenerlo todo secreto, pero había llegado información a varios particulares y pronto se difundió su rumor por todas partes. Cada cual hizo sobre esto sus reflexiones y se llevó muy adelante la libertad de las conjeturas y la sutileza del razonamiento. Se miró sobre todo la retirada del general como la obra de aquel hombre, de quien hemos hablado, y al que se suponía soportar muy impacientemente el ver que era él el único a quien la colonia buscaba personalmente y haber trabajado en demostrar que se atenía a todas las consecuencias. Se decía pues que él podía bien haber fabricado el escrito anónimo, de que tanto se había alarmado el señor de Sorel y haberlo hecho pasar al Artibonito, de donde había parecido salir; pero aquellos a quienes no cegaba el odio contra ese hombre, juzgaban esto último imposible, y vista la disposición de los ánimos a su respecto, era por lo menos muy difícil que las gestiones hubieran podido ser tan secretas y tan concertadas como se pretendía. Hacia fines de febrero o comienzos de marzo, se había enviado del Artibonito al Cabo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

el tratado del Cul-de-Sac, para hacerlo registrar en el consejo superior de aquella ciudad, como lo había sido en el de Leogane, según lo convenido por el tratado mismo; y se supo que el portador de ese tratado buscaba a un cierto consejero para entregárselo: el señor Duclos, que fue advertido de ello, hizo decir a ese magistrado que le aconsejaba como amigo no encargarse para nada de tal comisión y que ese tratado nunca sería registrado en el consejo del Cabo, mientras él tuviera allí el menor crédito. El consejero, que había recibido el tratado, se dirigió al señor conde d'Arquian, quien le dijo también que si era prudente nunca se envanecería de haber sido encargado de este asunto; lo creyó, y el tratado no apareció.

Un barco de la Compañía aparece a la vista del Cabo y no entra. — El 25 de marzo apareció también a la entrada del Cabo un barco de la Compañía, llamado *la Galatée,* que venía de Francia e iba a la Luisiana. El señor conde d'Arquian, para evitar toda ocasión de quejas, hizo decir a quien lo mandaba, llamado Du Moulins, que le rogaba fuera a anclar en el Puerto Francés, donde podría igualmente hacerse de agua y madera y proveerse de todos los refrescos que necesitara; du Moulins consintió en ello, el señor Duclos le mandó a ese puerto todo lo que pidió y el 29 aparejó y siguió su camino. Varios habitantes dijeron entonces al señor d'Arquian, que ese barco, por estar de recalada y no venir para tratar, nada debía impedir se le recibiera en el Cabo y que nadie lo hubiera encontrado mal: él les contestó que todos no eran tan razonables como ellos y que quería evitar aún los pretextos peor fundados. Así no apareció más en esos distritos ningún vestigio de las perturbaciones pasadas.

El consejo de Leogane, dividido. — Hacía mucha falta que los asuntos tomaran una marcha tan buena en los distritos del oeste. No solamente el gobernador general no había juzgado conveniente regresar a Leogane, sino que hasta había llamado al consejo para residir junto a su persona en Goave menor. El procurador general y algunos consejeros obedecieron; pero todos los demás habían rehusado hacerlo y había sucedido por esto que al estar presididos los primeros por el gobernador general y el intendente, y los otros fiarse de su número, cada uno de estos cuerpos trataba al otro de pretendido consejo y ambos tenían sus sesiones y devolvían la justicia al ordinario. Los señores de Sorel y de Montholon, que previeron las infortunadas consecuencias que podría tener este cisma y la molestia que vendría

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

cuando hubiera que anular los decretos del de tribunales que fuera declarado ilegítimo, creyeron que no se podía detener demasiado pronto el curso de tan gran desorden; y el señor Lecossois, mayor de Leogane, recibió orden de intimar a los consejeros quedados de esa ciudad una prohibición de reunirse en adelante. Recibió esta comisión el tercero de mayo y se puso inmediatamente en deber de ejecutarla. Encontró a los consejeros en número de ocho, que subían las escaleras del palacio, y entregó al más antiguo la orden de que era portador, y que venía concebida en estos términos:

"*De parte del rey, el marqués de Sorel,* caballero de la orden militar de San Luis, gobernador y teniente general de las islas de Sotavento de América, y *Francisco de Montholon,* caballero, consejero real en sus consejos, intendente de justicia, policía, finanza y marina en dicho país."

Orden intimada a los consejeros quedados en Leogane de no reunirse más. — "Vemos con dolor que una parte de los consejeros del consejo superior continuan en su terquedad y malos prejuicios negándose a obedecer nuestra orden del once de abril, por la que hemos fijado nuestra residencia ordinaria en Goave menor y establecido las sesiones del consejo en dicha ciudad. No pudiendo dudar ya de su formal desobediencia, vista la protesta que han tenido la temeridad de hacer significar al procurador general del rey de dicho consejo el 30 de abril, contra la intimación hecha a dichos consejeros, a cada uno en particular, de dirigirse a Goave menor el segundo de mayo al *Te Deum* que hemos dado orden de hacer cantar, y acudir a las sesiones del consejo conforme a nuestra dicha orden, lo que es una prueba convincente de su mala disposición; no sabríamos tomar medidas demasiado justas para detener las consecuencias de una conducta tan irregular, y no debiendo contar con el celo y la discreción de dichos consejeros, para impedir las asambleas ilícitas, que quisieran hacer bajo pretexto de tener un verdadero consejo; desorden, del que no se podrían seguir sino malas consecuencias para los clientes que seducidos por la apariencia de un tribunal jurídico, se apoyarían en los decretos que pudieran emanar de él, de donde se seguiría una multitud de procesos y de nulidades sumamente perjudiciales al reposo de las familias y al bien público: ordenamos al señor Lecossois, mayor en Leogane, que impida en nombre del rey todas las asambleas de dichos consejeros y particularmente las que quisieran formar en el palacio de Leogane, y declararles de nuestra parte, y a todos los pueblos, que cuanto pudieran hacer y establecer, será con-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

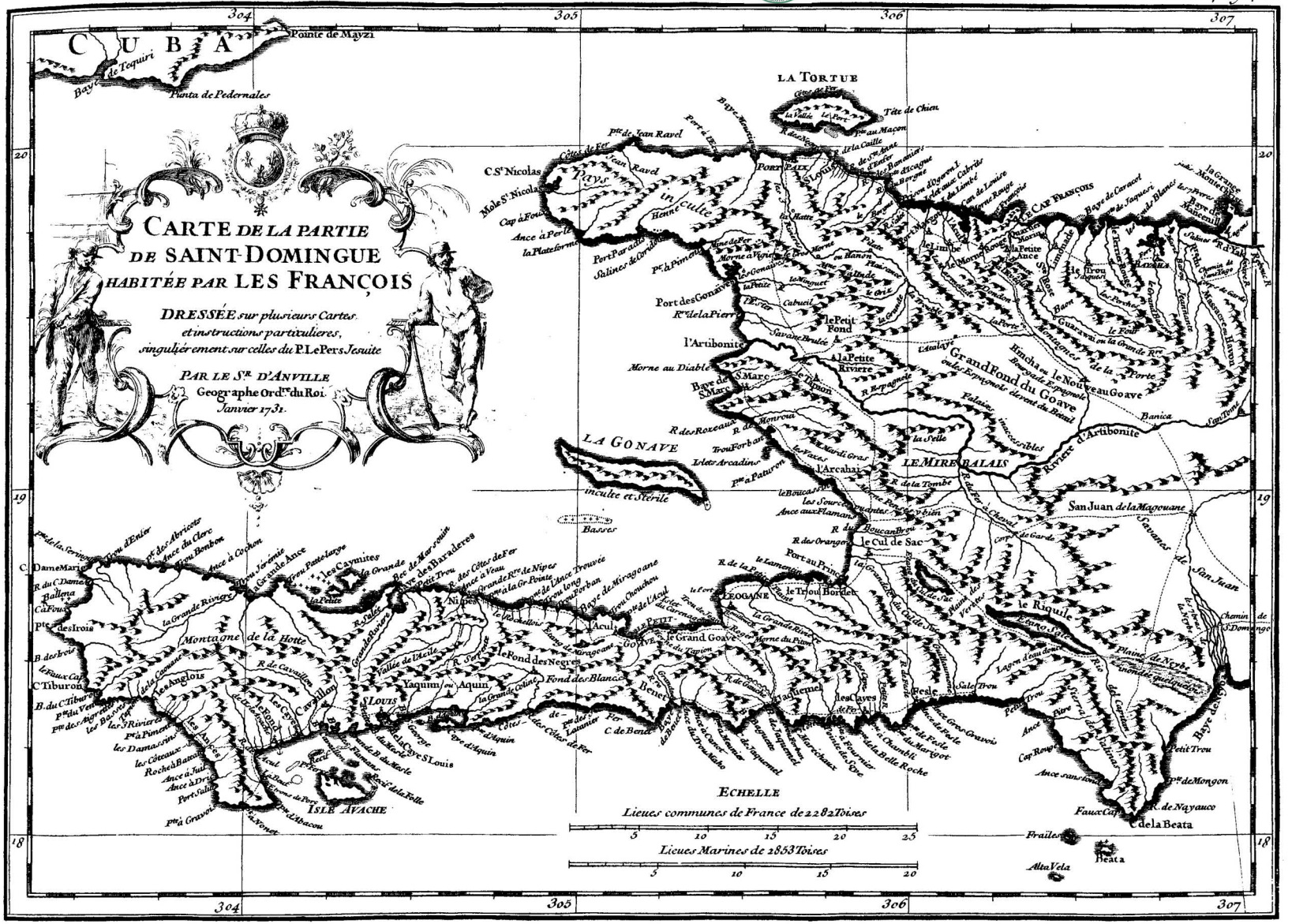
siderado como nulo y abusivo... y que les prohibimos reunirse so pena de desobediencia. Dado en Goave menor, el segundo día de mayo de 1723."

Respuesta de los consejeros. — Los consejeros recibieron el escrito y contestaron a la prohibición verbal que el mayor les hizo de parte del rey, del general y del intendente, que era necesario que ellos subieran al palacio, para hacer la lectura del escrito y para tomar allí las medidas requeridas en tal caso. Allá se dirigieron, pues, y habiendo sido hecha la lectura, redactaron un proceso verbal, en que declararon que no corresponde sino al rey el suprimir las sesiones de una corte superior en el lugar donde Su Majestad la ha establecido y fijado; que formando más de los dos tercios del cuerpo, estaban en derecho de continuar, sin tener consideración de la orden, que les había sido intimada al contrario, y contra la que protestaban de nulidad; que sin embargo, para obviar los desórdenes que pudieran nacer de la multiplicidad de los decretos emanados del consejo, y de las pretendidas sesiones, que se querían tener en Goave menor contra los decretos del rey, y deseando apaciguar el rumor que esas novedades excitaban entre los pueblos, prevenir sus consecuencias, concurrir en cuanto fuera posible al bien y a la tranquilidad pública, y dar a Su Majestad pruebas de su obediencia respetuosa, antes que de mantener los privilegios del consejo con la firmeza que harían lucir en cualquier otra ocasión; habían deliberado y decidido retirarse y terminar toda sesión del Consejo y todo acto de justicia, hasta que pluguiera a Su Majestad ordenar sobre ello; protestando contra quien correspondiera de todo lo que pudiera suceder del retraso de la administración de la justicia; para cuyo efecto serían hechas muy humildes representaciones a Su Majestad.

Estado en que se encuentran después los asuntos en estos distritos. — No he podido saber lo que pasó luego, pero encuentro que este proceso verbal no fue significado al señor maestro procurador general sino el 5 de julio. Por lo demás las cosas estaban bastante tranquilas en Leogane y aunque el señor Lecossois no tuviera más que 35 soldados, escribió a Francia que no tenía ninguna dificultad en hacerse obedecer. Añadió que sentía sin embargo muy bien que quedaba una levadura de rebelión fomentada por ánimos enredadores y mal intencionados, que no era posible descubrir. Además, que nunca pudo obligar a los habitantes a pagar el derecho de concesión, que la cuenta del antiguo receptor no había sido tomada. El señor de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia


CARTE DE LA PARTIE DE SAINT-DOMINGUE HABITÉE PAR LES FRANÇOIS
DRESSÉE sur plusieurs Cartes et instructions particulieres, singuliérement sur celles du P. Le Pers Jesuite
PAR LE Sr D'ANVILLE
Geographe Ordre du Roi
Janvier 1731.
CUBA
Pointe de Mayzi
Baye de Tequiri
Punta de Pedernales
LA TORTUE
Côte de Fer
Tête de Chien
Pte de Jean Ravel
Port à Piment
Baye de Moustique
C.St Nicolas
Mole St Nicolas
Cap de Fous
Ance à Perle
la Plateforme
Côtes de Fer
Jean Ravel
Pays inculte
Bonne Culte
Port Paradis
Salines de Caradeux
Pte à Pimens
Morne à Vigie
Port des Gonaives
Rde la Pierre
l'Artibonite
Morne au Diable
Baye de St Marc
St Marc
LA GONAVE
inculte et Sterile
Basses
Pte de la Seringue
Ance d'Enfer
Ance du Clerc
Ance à Cochon
Ance Bambou
C. Dame Marie
R. du C. Dame Marie
Ballena
Ca Fous
Pte des Irois
B. des Irois
le Faux Cap
C. Tiburon
B. du C. Tiburon
Pte du Vent
Pte des Agrumes
les Basses
les 3 Rivieres
Pte à Pimens
les Damassins
les Coteaux
Roche à Batteau
Ance à Jules
Ance à Dru
Port Salut
Pte à Gravois
les Caymites
la Grande Ance
Trou Pate Large
la Petite
la Grande Ringre
Montagne de la Hotte
R. de Cavaillon
les Anglois
les Cayes
Cavaillon
St Louis
Ance du Clerc
Ance à Bambou
Ance à Dubois
Ance à Dubois
Ance à Dubois

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Sorel, escribiendo al ministro el 27 de setiembre le decía que no veía aún mucha apariencia de restablecimiento de la subordinación; que desde su retiro a Goave menor nadie había venido allí para asegurarle de su obediencia, que no percibía ninguna muestra de arrepentimiento ni de parte de los habitantes ni de los consejeros de Leogane, quienes persistían en mirar al pequeño número de sus colegas residentes ante su persona como a miembros separados del cuerpo; que hasta algunos habían declarado que si el rey disponía que se dirigieran a Goave menor, se retirarían del consejo; que los carteles sediciosos y las cartas anónimas seguían corriendo y que a fines de julio el señor Ferrier, comandante de la isla Vaca, y que juntamente con el comisario de todo ese distrito de San Luis había trabajado con suma felicidad en mantener allí el orden y la subordinación, había recibido notas en que era muy maltratado y donde se le hacían grandes amenazas.

Buenos efectos de la presencia de los barcos del rey. — Después de todo, luego del retiro del general y del intendente a Goave menor, no parecía que se pensara en hacer ninguna asamblea ni que hubiera habido de fuera ningún movimiento; está fuera de duda que la presencia de los barcos del rey contribuía algo a esta aparente tranquilidad. El *Argonaute* hizo a principios de abril un viaje al Cabo y llevó allá al señor de Nolivos, a quien el general enviaba a Francia para instruir a la corte de todo lo que sucedía en Santo Domingo. El señor de Nolivos encontró también en el Cabo al *Portefaix,* en el que se embarcó y que se hizo a la vela pocos días después. El *Argonaute* regresó luego a Goave menor, a donde fue muy pronto seguido del *Héros,* que mandaba el señor Bigot; y el señor de Sorel convino en las cartas que escribió entonces al ministro, que los comandantes de estos barcos le habían sido por su buena conducta de gran ayuda en la situación en que se encontraba. Mas para volver al viaje del señor de Nolivos, además de las memorias de que los señores de Sorel y de Montholon lo habían encargado en común, el primero le dio particulares tocando a las causas secretas de los movimientos con que la colonia estaba agitada. Es cierto que si de no considerar más que lo que había acontecido a los ojos de todos, se había podido tachar a este general de no haber hecho parecer toda la firmeza que se había esperado de él y de la que había dado en tantas ocasiones pruebas tan brillantes, supuesta la verdad del descubrimiento que hizo, toda su conducta era efecto de una gran prudencia y una gran moderación. Es cuanto puedo decir de ello; hay aquí esos misterios de iniquidad,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

sobre los cuales es bueno prevenir al público, para impedirlo de precipitarse en su juicio sobre hechos cuyos resortes le son ocultos, pero que no serviría de nada descubrírselos.

Diferentes instrucciones dadas en la corte. — La corte, cuando el señor de Nolivos llegó a Meudon el mes de julio, estaba ya informada de las perturbaciones en Santo Domingo; pero como las primeras noticias le habían venido por barcos de la Compañía, que llevaban los directores a quienes se había obligado a salir de la colonia: se le había presentado el mal mucho mayor y a los habitantes de Santo Domingo más criminales de los que eran en realidad. La prudencia del señor de Nolivos rectificó las ideas que se habían formado de aquel levantamiento por informes exagerados; no disimuló en nada el horror del atentado en particulares bastante osados para tumultuarse y armarse sin orden, para forzar a su general a hacerles justicia contra los directores de la Compañía y para capitular de alguna manera con él; pero hizo comprender fácilmente que al querer castigar un crimen, que no era dudoso, se corría peligro de perdonar a los criminales, a quienes no era fácil conocerlos, o al menos que los primeros y más duros golpes caerían sin duda sobre un gran número de inocentes, cuya pérdida arrastraría la ruina de la colonia. Otras consideraciones fortalecieron estas reflexiones y determinaron finalmente al consejo de Su Majestad al partido que se tomó.

Partido que toma el rey — El del rigor, aun independientemente de lo que acabo de observar, podía tener inconvenientes, que tocaba igualmente prever a la prudencia del príncipe, y a su bondad prevenir. Finalmente, pesado todo, después de madura deliberación, se juzgó conveniente llevar la clemencia lo más lejos que podía ir, sin causar daño a la dignidad del trono: tanto más que se estaba en un tiempo de gracia, al haber sido recientemente declarado Su Majestad mayor de edad. El Rey concedió pues una amnistía general, de la que solamente se exceptuó a los autores de la rebelión, supuesto que se los pudieran descubrir; y este príncipe encargó de tan importante comisión al conde Desnos de Champmelin, antiguo jefe de escuadra de las fuerzas navales. Le dio por adjunto y para tomar su lugar en caso de muerte o de enfermedad, al caballero de la Rochallard, capitán de navío, quien debía luego residir en la colonia para gobernarla en lugar del marqués de Sorel, que había renovado sus instancias para obtener un sucesor. Dio al uno y al otro poderes muy amplios y una escuadra compuesta de cuatro navíos de guerra; menos para intimi-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

dar a los culpables, o para subyugar a los amotinados, a los que no se creía ni dispuestos a mantener su rebeldía por las armas ni en capacidad de hacerlo, cuanto por la dignidad del perdón que un soberano nunca debe conceder sino cuando está en situación de negarlo. Por otra parte, el rey había escogido tan bien a ambos oficiales a quienes encargaba determinar este gran asunto, que se podía estar seguro de que su prudencia y su firmeza, unidas al afecto que los habitantes de la colonia de Santo Domingo tenían al conde Champmelin, serían las únicas armas de que habría que servirse para hacer volver a cada cual a su deber y para conciliar el honor del trono con la conservación de tan hermosa colonia.

Llegada del conde de Champmelin y del caballero de la Rochallard a Goave menor. Su recepción. — Las instrucciones que fueron dadas a los dos generales tienen fecha del 7 septiembre 1723. El 7 de octubre la escuadra salió de Brest y después de una travesía muy feliz entró el 25 de noviembre en el puerto de Goave menor. Apenas se habían echado anclas, cuando todo el consejo reunido a la llegada de la escuadra vino a rendir sus deberes a los dos generales, que pusieron pie en tierra el mismo día y quedaron sumamente consolados al ver la alegría que los pueblos mostraban lo más sensiblemente. El señor de Champmelin declaró primero que su recepción se haría el 6 de diciembre y la dilató hasta ese día, porque quería dar a todo el mundo tiempo de encontrarse en ella. Todo sucedió en esta ceremonia a la satisfacción de cada uno; el superior de los PP. Dominicos, que sirven las parroquias de los distritos del oeste y del sur, recibió a los generales a la orilla del mar a la cabeza de todos sus religiosos y con todas las señales de honor usadas en tales ocasiones; luego los llevó a la iglesia, donde se cantó la misa solemne y terminada ésta todos los religiosos prestaron juramento de fidelidad. Los generales se dirigieron después a la plaza, donde las tropas y las milicias estaban en orden de batalla, y sus provisiones fueron leídas por el señor de Nolivos, que había vuelto de Francia con ellos. Acabada esta lectura, aquellos señores fueron recibidos y saludados en calidad de generales, hicieron la revista de las tropas y de las milicias y recibieron el juramento de fidelidad de las unas y de las otras. De allí pasaron al fuerte, donde el señor de Montholon los esperaba a la cabeza de todo el consejo, al que les presentó y ellos le cumplimentaron, después de lo cual todos fueron al palacio.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Primera sesión del Consejo, en que presiden. — El consejo, que había tomado la delantera, se había reunido allí por su orden y cuando todos hubieron tomado su lugar, el señor de Champmelin puso sobre el bufete una orden del rey del 7 de setiembre, que trasladaba a Goave menor el consejo de Leogane y pidió que esta orden fuera registrada y cumplida. Ello se hizo sin oposición y el decreto de traslado se pronunció ante la requisitoria del procurador general. Se hizo luego la lectura y el registro de las provisiones de los dos generales, de las del señor de Chazel, comisario general, del señor de Nolivos, teniente del rey, y del señor Morel, mayor. El conde d'Arquian, que había sido atacado por una grave enfermedad, había partido el 14 de setiembre para volver a Francia, habiendo enviado algún tiempo antes su dimisión absoluta del gobierno de Santa Cruz y del mando de los distritos del norte de Santo Domingo; esta plaza había sido dada al señor de Chatenoye; el caballero de Hericourt había pasado de la tenencia del rey en Goave a la del Cabo Francés; el señor de Nolivos le había sucedido y el señor Morel al señor de Nolivos. El señor de Brach, el más antiguo de los tenientes del rey en la isla, y oficial de mérito, había quedado sumamente mortificado por la precedencia dada sobre él al señor de Chatenoye; pero el señor de Paty, gobernador de San Luis y teniente del rey en el gobierno general, habiendo muerto en el mar en el *Paon* el 17 de octubre, mientras volvía de Francia, el señor de Champmelin, para consolar al señor de Brach lo nombró comandante en San Luis y solicitó en favor suyo los dos empleos que vacaban por la muerte del señor de Paty. Para volver, terminados todos los registros y demás formalidades, el señor de Campmelin pronunció un discurso, donde nada se omitió de lo que podía inspirar dolor de las perturbaciones pasadas y un gran reconocimiento por las bondades del rey, que había querido escuchar su clemencia antes que su justicia. Insistió mucho en que Su Majestad quería absolutamente que la Compañía de las Indias fuera confirmada en el derecho exclusivo de la trata de negros, lo que no impidió en nada ser oído con mucha atención y respeto. Cuando hubo cesado de hablar, puso su discurso sobre el bufete, pidió que fuera registrado, lo que se hizo al momento e hizo distribuir varias copias, que tenía dispuestas; de este modo terminó la primera sesión.

Segunda y tercera sesión. — La segunda había sido citada para el día siguiente, séptimo. El general se dirigió ese día al palacio, acompañado de las mismas personas que lo habían seguido la víspera

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

y comenzó por pedir, que en consecuencia de las órdenes reales, el tratado hecho en el Cul-de-Sac el 28 y el 29 de diciembre 1722 y los decretos del consejo superior de Leogane, del primero y segundo de marzo 1723 y todo lo que se había seguido de ello, fuera tachado y borrado del registro de las escribanías, tanto del consejo como de las otras jurisdicciones, lo que fue cumplido en el acto por un decreto dado sobre esa materia. Hizo luego entender que sería bien fácil saber los sentimientos de cada cual al respecto de los privilegios otorgados a la Compañía de las Indias por los decretos del rey del 10 ó del 20 setiembre 1720, de la moneda española al peso o a la pieza, y de la facultad de introducir 30 mil negros en la colonia. Los consejeros prometieron dar sus memorias sobre todos estos artículos; y fue todo lo que sucedió en esta segunda sesión. El 9 el consejo fue reunido por tercera vez. El señor de Champmelin puso primero en el bufete una declaración del rey del 7 de setiembre del presente año, por la que Su Majestad declaraba sus intenciones acerca de la leva, percepción y cuentas de los derechos de concesión en la colonia; pidió la lectura de ella, su registro y su ejecución, y la obediencia fue pronta y entera. Lo mismo pasó con el artículo de la misma declaración, que hacía incompatible el empleo de receptor de la concesión con el cargo de consejero.

De qué manera los generales usan de ellas con el consejo y los habitantes de Goave menor. — Hasta aquí todo parecía bastante sometido: el ejemplo del consejo, que sin esperar a que se le mandara, había ido a rendir los honores a los generales a bordo, como ya se ha observado, había sido seguido por los comandantes de milicias, los oficiales de justicia y los principales habitantes; pero los señores de Sorel y de Montholon advirtieron al señor de Champmelin que no contara demasiado con estas apariencias; que las perturbaciones estaban más adormecidas que apaciguadas; que todo estaba en una inacción muy dañosa al servicio del rey y al bien de la colonia; que la justicia no se hacía, que los derechos de concesión eran muy mal pagados y que todavía no era fácil distinguir los fieles súbditos de aquellos de quienes había que desconfiar. Pero como estas consideraciones miraban más bien a los otros distritos que al de Goave menor, donde el fuego de la sedición había sido mucho menor que en otras partes, los señores generales juzgaron que no había aún ningún inconveniente en hacer amistad con todo el mundo: recibieron a su mesa a todos los que podían hacer ese honor con decoro; aseguraron a los pueblos de la clemencia real, supuesto que su conducta

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

fuera sincera y creyeron deber esperar a hablar de castigo cuando estuvieran mejor informados del estado de las cosas y los culpables que no merecían ninguna gracia, fueran mejor conocidos; que se pudiera tener con qué convencerlos y fuera cierto que el castigo produciría el efecto que se había propuesto sacar de él.

La escuadra hace velas hacia Leogane. Conducta del conde de Champmelin. — El 17 la escuadra partió para Leogane. La consternación había sido grandísima en esta ciudad a la primera noticia de la llegada de los barcos reales pero el señor de Nolivos había ido allá en seguida de desembarcar y dio a entender que la clemencia y le severidad dependerían de la conducta que se tuviera: así cada cual volvió de su primer espanto y la presencia del señor de Champmelin acabó de tranquilizar a los más tímidos. Los que habían visto las cosas de cerca y conocían mejor el terreno, convinieron en que este general no estaba bastante en guardia, sobre todo en estos principios, contra aquel carácter de bondad que era innato en él; y que le había hecho las delicias de la marina y de nuestras colonias, pero que no estaba enteramente en sazón con la coyuntura en que se encontraba. Pero el medio de desconfiar de un natural, del que se sabe bien que nadie desconfía, o de renunciar al hermoso privilegio de ganar los corazones, ¿cuándo se le ha conocido su precio? Sin embargo sucedió de esta conducta que el señor de la Rochallart, que estando destinado a gobernar la colonia, debía hacer el oficio de mediador, se vio a veces obligado a afectar un aire y unas maneras sumamente opuestos, para mantener en el respeto a cierta gente, que toman fácilmente la mordida por poco que se les afloje la rienda. No es que cuando se trataba de hacerse obedecer, el conde de Champmelin no fuera uno de los hombres del mundo que sabía mostrar más firmeza en el mando. Pero se le había escogido porque era sumamente querido en la colonia, que trataba de pacificar; y creyó que bastaba decirle de qué manera debía actuar, y se imaginó que sería para él un doble mérito el hacer volver en sí las mentes y no emplear sino la dulzura. Por otra parte, su avanzada edad, su rectitud natural, sus costumbres, que eran la probidad y el candor mismos, no le permitían quizás aquella flexibilidad tan necesaria empero en una ocasión donde había que pasar en cualquier momento de la bondad a la severidad, de la autoridad a la persuasión, de la intimación y del consejo a las amenazas, y hablar a cada uno según su carácter, sus faltas, sus méritos y sus servicios. Después de todo, como no dejó de dar algunos ejemplos, y los que al principio había manejado

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

un poco demasiadamente, viéndose abandonados de los otros, se contuvieron y no se movieron después; es verdadero decir que el éxito, si no justificado, al menos ha cubierto lo que tan amable defecto podía tener de censurable.

Lo que pasó en la revista de Leogane. — El caballero de la Rochallart por su parte, obligado a hacer un personaje que no era ni de su gusto ni del lugar que iba a ocupar, sintió primero que esto era bueno para un tiempo y solamente para restablecer el honor del gobierno, pero que había que temerse todo llevando demasiado lejos el rigor. Había sentido que el privilegio excesivo de la trata de negros había necesitado la presencia de la escuadra para ser registrado, y juzgó conveniente, luego de haber probado la sumisión de la colonia, concederle el comercio general y libre de los negros; la cosa era por otra parte necesaria, si se quería que los establecimientos siguieran multiplicándose. Fue sobre todo después de llegar la escuadra a Leogane cuando el señor de la Rochallart se hizo estas reflexiones; no había seguido al señor de Champmelin, pero pronto fue enterado de lo que pasaba. Las demostraciones públicas fueron allí casi como en Goave menor; pero los más clarividentes se apercibieron pronto de que las disposiciones no eran las mismas. Aunque el señor de Champmelin hubiera anclado en esta rada el mismo día que había partido de Goave menor, no hizo la revista de las tropas y de las milicias sino dos días más tarde. Fue seguida del juramento de fidelidad, que todos prestaron de un buen grado; pero entre los gritos redoblados de "*¡Viva el Rey!*", se oyó en las últimas filas una voz que añadía: "*¡sin Compañía!*". El señor de Champmelin dice en sus cartas que esto vino de algunos mulatos; que no oyó esas palabras sediciosas y que cuando se le informó creyó deber despreciarlas.

Diligencias del señor de Champmelin para apoderarse del Sr. de N. — Los distritos en que se habían cometido mayores excesos eran los de Artibonito, de San Marcos y del Cul-de-Sac; pero mucha gente estaba persuadida de que el fuego había prendido allí y era mantenido por emisarios del Cabo Francés. Sea lo que fuere, el que siempre había aparecido a la cabeza de la sedición, era el señor de N., y el rey lo había excluido señaladamente de la amnistía concedida a la colonia. Se creía que era importante apoderarse de su persona y una de las principales atenciones del conde de Champmelin había sido tomar todas las medidas posibles para que no se escapara en modo alguno. Disimuló las órdenes que tenía de detenerlo, habló de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

él con indiferencia, como de los otros oficiales de las milicias, pero todas estas precauciones fueron inútiles. Nada tranquiliza a una conciencia, que se condena: N. se sentía culpable y desde que supo la llegada de los barcos del rey no pensó conveniente quedarse en su casa. Estuvo algún tiempo sin morada fija y sumamente incierto del partido que debía tomar; tomó el partido de escribir al señor de Vienne (que acaba de ser nombrado gobernador general de las islas de Sotavento de América), que mandaba uno de los barcos de la escuadra, una larga carta, donde después de haberse extendido mucho para probar su inocencia, le preguntaba si podía con seguridad ir a rendir sus respetos a los señores generales, y le pedía que sobre esto le diera un consejo de amigo; añadiendo que hubiera sido uno de los primeros en cumplir con este deber, si no hubiera sido informado de que sus enemigos lo habían atacado en extremo. El señor de Vienne mostró esta carta al señor de Champmelin, quien contestó que si ese oficial estaba tan grandemente seguro de su inocencia, era sorprendente que no se hubiera presentado con los demás oficiales de su distrito.

Revista y juramento de fidelidad en San Marcos; N. escapa al general que le degrada al frente de las tropas y lo proscribe. — Bien comprendió el general que esta respuesta no tranquilizaría al culpable, y como lo creía aún en su habitación junto a San Marcos, resolvió sorprenderlo allí. Ancló el 22 en esa rada, acompañado de los señores Nolivos y Lecossois; y envió inmediatamente al primero a tierra, para examinar lo que pasaba. Nolivos volvió el mismo día a bordo e informó al señor de Champmelin que N. no estaba en su casa; añadió que no se dudaba de que se hubiera pasado a los españoles. Al día siguiente la señora de N., acompañada de algunos de sus parientes, y del cura de la parroquia de San Marcos vino a visitar al general a bordo e imploró su clemencia en favor de su esposo. El contestó que si el acusado era inocente, no tenía nada que temer; pero que su conducta no lo mostraba nada. El señor de Villaroche, coronel de las milicias y el señor Neveu se dirigieron luego ante el general, y recibieron la orden de hacer reunirse el 26 las milicias de ese distrito y las de todos los alrededores, para la revista, que se hizo el mismo día. El juramento de fidelidad fue prestado sin ninguna oposición; pero sucedió como en Leogane, que algunos negros o mulatos gritaron: "*Viva el rey sin la Compañía*". Como el señor de N. no apareció en esta revista, el señor de Champmelin lo degradó a la cabeza de las tropas; degradó asimismo a la Compañía

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de Voluntarios y durante esta ejecución estuvo sumamente atento a examinar el rostro de cada uno, determinado a hacer ahorcar inmediatamente al primero que se hubiera movido. Pero todo sucedió bien y este acto terminó, con la publicación de una ordenanza, que mandaba a todos los súbditos del rey que corrieran tras N., lo detuvieran dondequiera se le encontrara y lo llevaran al general. Antes de la revista, un habitante de Artibonito llevó al señor de Champmelin una carta anónima, firmada por *la libertad,* donde se le pedía con amenazas que dejara a N. en tranquilidad: despreció esta insolencia y aunque sólo tenía consigo a los oficiales de la escuadra, los guardiamarinas y sus propios guardias, siguió su camino y habló con mucha firmeza a las milicias y a los habitantes.

Cuarta sesión del consejo. — El 27 se reembarcó y aparejó para Goave menor, donde había convocado un consejo para el tres de enero; pero al dejar el distrito de San Marcos juzgó conveniente dejar allí al señor Lecossois con 30 hombres y enviar a otro oficial con semejante número de soldados al Artibonito. El consejo se reunió el día señalado y el señor de Champmelin hizo allí registrar la orden real, que desterraba a perpetuidad de la isla de Santo Domingo al barón de Courfeüils; ordenó luego que el proceso de N. fuera instruido y nombró un comisario para tal efecto.

Quinta sesión, dos consejeros prohibidos. — La quinta sesión del consejo se tuvo pocos días después y el general prohibió allí a dos consejeros. Señala en una de sus cartas al ministro que la manera sumisa como el consejo había recibido las órdenes del rey lo había inducido a suavizarlas en esta ocasión y a contentarse con interdecir a los dos magistrados de que acabo de hablar y que habían merecido bien ser degradados; pero que como no eran los únicos culpables, le había parecido que estaban bastante castigados con ser señalados así entre sus colegas. Dice también en la misma carta que el distrito de Artibonito se poblaba extremadamente y necesitaba un asiento real; que había dejado en él un oficial con tropas, esperando que el rey estableciera allí un estado mayor, necesario para contener a los habitantes; ese distrito era el retiro de los voluntarios y los vagabundos y el de toda la isla que pedía más atención. Que había dado orden al señor de Brach para que fuera a los distritos de Mirbalais y del Cul-de-Sac para hacer la revista de las tropas y de las milicias y degradar las dos compañías de voluntarios e incorporarlas a las compañías de milicias. Que el privilegio exclusivo de la Compañía de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

las Indias para la trata de negros tenía sumamente preocupado a todo el mundo; que hubiera sido deseable que el rey le hubiera dado el poder de declarar libre ese comercio, luego de haberse asegurado de la perfecta sumisión de los habitantes en este punto; que era el único medio de hacer la colonia floreciente y mantener en ella la tranquilidad; pero que era absolutamente necesario aumentar el número de las tropas.

Partida de los generales para los distritos del norte; lo que sucede en el Puerto de Paz. — Estando así las cosas en los distritos occidentales, y no habiendo más que dejar hacer al tiempo, para acabar de calmar los ánimos, los generales, acompañados del intendente y del señor de Chazel se hicieron a la vela el 15 de enero para dirigirse a los distritos del norte. Comenzaron la visita por el Puerto de Paz; allí hicieron la revista de las tropas y de las milicias, y encontraron a ambas en buen estado y perfectamente disciplinadas. El distrito se había distinguido durante las perturbaciones por una fidelidad a prueba de todas las cartas circulares y de las amenazas que se habían hecho a los habitantes para obligarlos a entrar en la rebelión, y no solamente no se habían apartado en nada de su deber, sino que también se habían colocado en situación de rechazar por la fuerza a quienes trataran de hacerles salir de él. Una conducta tan loable incitó al señor de Champmelin a darles una señal de distinción, que les halagó mucho: después de la revista declaró que no exigía un segundo juramento de fidelidad a gente que había guardado tan bien el primero para que se debieran tomar contra ellos parecidas precauciones, y que los exhortaba a servir siempre al rey con el mismo celo y la misma obediencia. Dio testimonio en particular de mucha satisfacción al señor de Breda, teniente del rey y comandante de este puesto, al señor de Cayrol, mayor y a todos los demás oficiales del buen orden que habían establecido allí y les prometió dar cuenta de ello a Su Majestad. Hecho esto, aparejó para el Cabo Francés, en donde ancló el 20.

Su recibimiento en el Cabo y la cuenta que de ello da el señor de Champmelin al ministro. — Apenas hubo aparecido en la rada, cuando los señores de Chatenoye, Duclos, d'Hericourt, varios otros oficiales y los consejeros se dirigieron a bordo del *Eclatant,* que montaba, y le aseguraron de que encontraría los ánimos en la disposición que deseaba; esperando hasta con gran impaciencia los barcos del rey. El tercero de febrero se reunió el Consejo y las provisiones de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

los dos generales, las del señor de Chazel, de los señores de Chatenoye y d'Hericourt fueron leídas y registradas; después de lo cual el señor de Champmelin pronunció el mismo discurso que había tenido en Goave menor y pidió también su registro, lo que se hizo con muchas muestras de celo y de sumisión. El consejo supremo y los oficiales de la justicia ordinaria prestaron luego el juramento de fidelidad; las tropas y las milicias hicieron otro tanto después de la revista. Puedo decir, añade el señor de Champmelin en la carta, por la que da cuenta al señor conde de Maurepas de todo lo sucedido en esta ocasión: "Puedo decir que si los habitantes del Cabo han sido los primeros motores de las perturbaciones, de alguna manera han reparado su falta y dado más señales de su vuelta a la obediencia que los otros distritos, por la prontitud que han dado señaladamente de rendirse a mis órdenes y el gasto que hicieron el día que se presentaron ante mí. Todos los caballeros habían venido con uniforme nuevo y la mayoría de las milicias también, y puedo decir que no sabría ver tropas mejor compuestas. Esta magnificencia fue acompañada de todas las demostraciones de alegría y de respeto que podían hacer conocer la sinceridad de su sentimiento y el arrepentimiento de lo que había pasado. Este distrito es muy considerable por su comercio; la ciudad del Cabo aumenta cada día y este establecimiento merece la protección y la atención de Su Majestad. Debo añadir que el buen orden y la tranquilidad que he encontrado en este distrito es efecto de los cuidados del señor de Chatenoye, que sirve con todo el celo y la aplicación posible y que se ha atraído el respeto y la confianza de los oficiales y de los habitantes. Está secundado por M. Duclos (hoy intendente de Santo Domingo), comisario ordenador, que cumple sus funciones con mucha capacidad y celo por el servicio del rey y el bien de la colonia. El señor d'Hericourt teniente real se distinguió mucho en el tiempo de las perturbaciones en Goave menor, durante la enfermedad del señor de Sorel; es un oficial que tiene mucho espíritu y celo en el servicio del Rey. Los servicios del señor Robineau, procurador general, os son sumamente conocidos, etc.".

Ordenanza del rey en favor de la colonia. — La segunda sesión del Consejo se tuvo el cuatro; la declaración del rey sobre la percepción de la concesión, y las exenciones concedidas a la Compañía de las Indias fue allí leída y registrada por el primer capítulo, ya que el general se había reservado el decidir absolutamente acerca del segundo, luego que hubo recibido las memorias y las representaciones del consejo sobre ese artículo. El edicto real, que llevaba el des-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tierro del barón de Corceüils y de la señora Sagona, fue asimismo leído y registrado. Esta última, que estaba en el campo, se dirigió al Cabo según la orden que le había enviado el señor de Champmelin: ella recibió con mucha sumisión el decreto de su exilio y embarcó poco después en la fragata real el *Paon,* para pasar a Francia, luego de haber conseguido en favor de sus incomodidades y de su obediencia, la elección del lugar de su estancia, a condición empero de no quedar en un puerto de mar. El 19 el señor de Champmelin entró al consejo por tercera vez y llevó a él la ordenanza que el rey le había permitido publicar, la que revocaba todas las exenciones concedidas a la Compañía de las Indias por los decretos del 10 y del 20 de setiembre 1720, tocantes a la introducción de treinta mil negros en la colonia y quitaba completamente el peso de las especies. Por la memoria de Su Majestad, que le servía de instrucción, no debía hacer uso de esta ordenanza sino a su vuelta a Goave menor, de donde se le indicaba la enviara al Cabo; pero estando en los mismos lugares estimó que era del servicio real y de la tranquilidad de este distrito no dilatar el hacerlo público, por la razón de que los primeros barcos cargados de negros debían según todas las apariencias llegar al Cabo y era necesario no dejar allí ninguna inquietud sobre un asunto de tal importancia.

Vuelta de la escuadra a Goave menor. — Al enviar esta ordenanza al Consejo, pronunció un segundo discurso, donde dijo cosas tan ventajosas a la colonia que se le ofreció su registro sin esperar a que lo pidiera. Sobre esto, el señor de Chazel, escribiendo al señor conde de Maurepas, le dijo que si las cosas quedaban en el pie en que parecían entonces, el comercio de la isla de Santo Domingo, que ya era muy considerable, aumentaría mucho; que el rey sacaría de él grandes derechos y que los pueblos de la colonia se sentirían felices y tan sumisos y fieles como todos sus otros súbditos. Este comisario era persona de gran mérito; el año siguiente fue nombrado para la intendencia del Canadá, que aceptó con la mayor repugnancia que pueda verse y murió yendo a Québec en el triste naufragio del *Chameau,* infinitamente lamentado por toda la marina. El 24 la escuadra hizo velas para volver a Goave menor y terminar allí el proceso del señor de N., al que se había unido un habitante llamado Fourtier; el señor Gabet, consejero, que estaba encargado de hacer las informaciones, había escrito al señor de Champmelin, que el señor Magnier, habitante del Artibonito, uno de los principales y más necesarios testigos señalados, pero amigo de N., no se había dirigido para nada

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

a Goave menor y alegaba una enfermedad que mucha gente no creía demasiado real. Ante este informe, el general, cuando estaba atravesando San Marcos, ordenó al caballero de Goyon, que montaba la fragata *la Parfaitte,* que fuera a anclar en Artibonito, enviara un oficial con su cirujano y dos guardias a casa de Magnier, con orden de redactar un proceso verbal de la enfermedad de este habitante, y de obligarlo a partir inmediatamente, para satisfacer a su asignación, suponiendo que estuviera en condiciones de hacer el viaje.

Los dos consejeros entredichos son rehabilitados. — La escuadra dio fondo en el puerto de Goave menor el 28 de febrero; y el 2 de marzo el caballero de Goyon llegó. Refirió al señor de Champmelin que Magnier estaba realmente muy enfermo y completamente fuera de posibilidad de salir de su casa. El 8 se reunió el consejo y por no estar todavía en situación el asunto de los dos acusados, se juzgaron otras causas particulares. Esta sesión terminó con la gracia que el general concedió a los dos consejeros en entredicho: "Mi plan, dice en una de sus cartas al ministro, no era hacer tan corto este castigo; pero la sumisión con que lo habían recibido y la buena conducta que habían tenido desde su interdicción, me habían incitado a recibir su justificación: luego el empeño con que los consejeros residentes en Goave menor me pidieron el restablecimiento de sus colegas y el del consejo todo, que vino en corporación a hacerme la misma súplica, me determinaron a concederles esta gracia. Me han enterado que desde las últimas perturbaciones, el consejo estaba dividido... y yo consideraba que era un medio de volverlo a unir, haciendo saber a los consejeros entredichos la obligación que tenían para con sus colegas de Goave menor. Se me había representado por otro lado que eran de los más hábiles y de los más capaces de trabajar, mientras la mayoría eran viejos y enfermos".

Sentencia dada contra N . y Fourtier. Ultima sesión del consejo. Visita de Puerto Príncipe. Regreso, muerte y elogio del señor de Champmelin. — El 10 de marzo el consejo se reunió para juzgar a N. y a Fourtier. Después de leídas las informaciones, se llegó a las opiniones y los acusados fueron condenados a ser ahorcados como perturbadores de la paz pública y sediciosos; pero como ambos estaban en fuga, la sentencia se cumplió el mismo día en efigie. Este acto de justicia asombró muchísimo a los distritos de San Marcos y del Artibonito, pero nadie osó protestar. Al día siguiente se juntó el consejo por última vez y el señor de Champmelin donó en nombre del

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

rey los bienes confiscados de los condenados a sus herederos legítimos. Pronunció después un tercer discurso, entregando al consejo la ordenanza dada sobre los privilegios otorgados a la Compañía de las Indias. El 22 se embarcó y se dirigió a Leogane; era muy fácil visitar ese distrito y sobre todo tomar conocimiento del Puerto del Príncipe, del que hablé en el libro anterior y al que el señor de Saint André había dado una gran reputación. El señor de Champmelin envió allá su lancha con el caballero d'Aché, guarda estandarte, y los dos pilotos mantenidos en el *Eclatant*. Se sondeó por todas partes y se levantó un plano. La escuadra tomó camino a Francia poco después, a donde llegó felizmente a fines de mayo. El señor de Champmelin recibió al desembarcar en Brest el nombramiento de teniente general de los ejércitos del rey, que se le había prometido a su partida y que había merecido tanto, aun independientemente del servicio importante que acababa de hacer al estado. Desde la infancia hasta una extrema vejez había servido siempre y se había distinguido en todo. Murió dos años después con la reputación de tan perfecto cristiano como gran oficial. Era uno de esos hombres que la Providencia suscita de tiempo en tiempo, para hacer ver con ejemplos sin réplica, que en modo alguno hay en la licencia de los ejércitos prescripción contra la severidad del Evangelio y que con su virtud atraen tanto la bendición del cielo sobre las empresas de que son encargados como contribuyen a su éxito mediante su valor y su prudencia.

Afecto de los pueblos de Santo Domingo al rey. — Así terminó sin derramamiento de sangre este desdichado asunto y puede afirmarse que nunca se vio mejor que si los franceses son capaces de olvidar a veces el respeto debido a la Majestad real, se encuentran, cuando se sabe manejar bien sus ánimos, grandes recursos en el fondo inagotable de verdadero apego que tienen naturalmente para con su soberano. Oí decir entonces al señor de Champmelin que no era posible ver un pueblo mejor que el de Santo Domingo y que seguramente el pensamiento no le había venido de sustraerse a la obediencia de su príncipe; que dondequiera que llevaba sus pasos no había sino aclamaciones de *¡Viva el rey!*, protestas de una fidelidad inquebrantable y que se observaba dondequiera un aire de sinceridad que le hubiera hecho caer el rayo de las manos, aun cuando el rey le hubiera encargado más de castigar que de perdonar. Hemos visto, en efecto, que con excepción de algunos particulares en número muy corto, no hubo propiamente revoltosos, sino desconocidos y gente sin fe y sin nombre; lo que sucedió entre el gobernador ge-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

neral y el consejo de Leogane fue un incidente ajeno al asunto de la rebelión y no puede en modo ninguno mirarse sino como un pique de cuerpos y una pretensión mal fundada y sostenida con excesiva obstinación; ninguno de los miembros de esa compañía había siquiera sido sospechoso de tener la menor relación con los amotinados. Sea lo que fuere, el caballero de la Rochallart no podía tomar posesión de su gobierno en una coyuntura más favorable; no tenía que gobernar sino pueblos sumisos por el dolor de su falta y por el exceso de las bondades del príncipe para con ellos. Por eso no tuvo hasta ahora sino que recoger los frutos de paz y subordinación que la prudencia del rey, el gran talento de dos de sus ministros, la prudencia y la destreza de sus oficiales, entre quienes se contaba él mismo con justicia, supieron sacar de un accidente que en manos menos hábiles hubiera podido entrañar la ruina de la más floreciente de nuestras colonias. Ya no queda para terminar esta obra, que dar una noticia exacta del estado en que se encuentran en la actualidad las dos colónias, cuyo nacimiento y progreso ha hecho ver. Lo que diré de la Española está tomado del Diario del señor Butet, al que he citado en más de un lugar de esta historia.

Descripción de la colonia española. Santiago de los Caballeros. — Este oficial partió del Cabo Francés el mes de marzo del año 1716, para ir a Santo Domingo; tomó camino de Santiago y dice que aunque marchó 39 horas, estima no haber hecho sino 34 leguas comunes de Francia al este-cuarto-nordeste, cinco grados hacia el este. Santiago no es más que un pueblo enteramente abierto, sin fortificaciones ni trincheras, compuesto de 350 chozas y de unas treinta casitas de ladrillo de un piso, con cinco iglesias también de ladrillo y bastante mal construidas. Está situado en una altura sumamente escarpada, a cuyo pie corre el río Yaque, que lo rodea del lado del sur y del oeste. Al este y al norte hay una gran llanura bordeada de bosques bastante altos. Las montañas de Montecristi están a dos leguas al norte; Puerto Plata a siete leguas al norte-nordeste; las montañas de la Puerta a cinco leguas, y *La Vega* a siete leguas al este-sureste. El aire de Santiago es excelente y el mejor de toda la isla; lo que se atribuye particularmente a un viento del este, que allí reina casi siempre. Por eso no se ha visto nunca allí ninguna enfermedad epidémica; el señor Butet asegura que vio a varias personas con más de cien años; y que muchos enfermos vienen allí de la capital y de todos los distritos de la colonia española para recobrar su salud. Se encuentran también muchos franceses que obligados a de-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

jar sus habitaciones se han refugiado allí como en el lugar más sano de toda la isla. No se cuentan sin embargo, en el pueblo y en toda su dependencia más que unos 360 hombres en estado de llevar armas, y la mayoría son mulatos, negros libertos o mestizos. Quien allí manda tiene el título de alcalde mayor y es la corte de España la que lo nombra. Se siembra trigo en los alrededores de Santiago y se hacen todos los años como cien mil escudos de tabaco, que se transporta todo a Santo Domingo. Se crían allí también muchos animales, que son llevados al Cabo Francés, a donde se llevan asimismo cueros y carnes saladas. Si este país estuviera poblado, se podría hacer un gran comercio de añil, de cacao, de algodón, de bija y de azúcar; pues el terreno es maravilloso para todas estas mercancías.

Riquezas de este distrito. — El señor Butet confirma lo que he observado varias veces, que el río Yaque lleva en sus arenas muchos granos de un oro muy puro. Añade que en 1708 se encontró uno que pesaba nueve onzas y que fue vendido en 140 piastras a un capitán inglés. De ordinario son tan gruesos como la cabeza de un alfiler aplastado o de una lentejuela muy delgada; y se asegura que quienes se ocupan continuamente en esta busca reúnen al día por valor de ocho o nueve escalines, y a veces mucho más; pero la pereza de la mayoría de los habitantes les impide aprovecharse de tan gran ventaja: prefieren renunciar a esta ganancia antes que verse obligados a tener siempre los pies en el agua, lo que es enteramente necesario para este trabajo. El señor Butet dice asimismo que un mulato le mostró un plato de plata muy fina, que había sido hecho con dos pedazos de una mina que se encontró en una de las montañas de Puerto Plata; que en general todo el país de Santiago está lleno de minas muy abundantes de oro, de plata y de cobre; que supo de un habitante de esa ciudad, llamado Juan de Burgos, que a las orillas de un pequeño arroyo, llamado *Río Verde* (es lo que hemos llamado en otra parte el Riviere verte), había una mina de oro, cuya veta principal, donde había trabajado, tiene tres pulgadas de circunferencia de un oro purísimo, macizo y sin mezcla de ninguna otra materia; que el Río Verde arrastra una cantidad prodigiosa de granos de oro mezclados en su arena; que don Francisco de Luna, alcalde de La Vega, habiendo sabido que unos españoles habían abierto varias minas a lo largo de ese mismo arroyo, fue a visitarlos y quiso apoderarse de ellas en nombre del rey, pero que los propietarios se habían opuesto y él describió a la corte de España, la que dio orden al presidente de Santo Domingo para que hiciera rellenar todas las minas de la isla, lo que se cumplió rigurosamente.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La Vega y la antigua ciudad. — Yendo de Santiago a La Vega, a dos leguas al nor-noreste de esta ciudad, se ven todavía los restos de la antigua ciudad de La Vega; el convento de los Padres de San Francisco está allí casi entero, con dos fuentes: se encuentran también algunos restos de fortificaciones y de casas bellísimas. Un temblor de tierra derribó esta ciudad, que se asegura contó hasta con 14.000 hombres de armas; algunos de sus habitantes se establecieron a dos leguas de allí y formaron el pequeño pueblo que los franceses llaman *la Begue* del antiguo nombre de *Vega,* que se pronuncia también *Bega.* Está situado a la caída de las montañas de la Puerta, sobre la orilla derecha del pequeño río de *Camón,* que hay que atravesar para llegar a él. No es sino una aldea de 90 chozas, pero su dependencia es bastante considerable y los españoles mantienen allí dos compañías de milicias, compuestas de 210 hombres y gobernadas por dos alcaides y sus capitanes; el señor Butet contó allí también a 51 franceses refugiados.

El Cotuí. — El Cotuí está a diez leguas al este de La Vega, sobre las primeras alturas de las montañas de la Puerta, que tienen doce leguas de profundidad en ese lugar; y dos leguas más allá del río Yuna, que sale de esas mismas montañas, corre al nordeste, recibe un gran número de arroyos y riachuelos y va a dirigirse al mar en la bahía de Samaná. Esta aldea no tiene sino 50 chozas pobrísimas; su dependencia se extiende 25 leguas a lo largo de las montañas subiendo al este. Dos alcaides mandan aquí y tienen bajo su orden a dos capitanes de milicias, cuyas compañías suman a lo más 160 hombres. El territorio de Cotuí sólo es recomendable por una mina de cobre, que se halla a dos leguas de esa ciudad al sureste, en las montañas. Pero el comercio principal de estos montañeses consiste en las carnes saladas, el sebo y los cueros, que llevan a Santo Domingo. Toman también muchos caballos salvajes, que van a vender a las habitaciones francesas.

La Vega Real, Monte Plata, Boyá. — De lo alto de las montañas de la Puerta, una de las que se llama *el Bonete del Obispo,* a la vista del Cabo Francés hacia el sureste, hay uno de sus extremos, que subiendo al este-cuarto-sureste, van a salir a siete leguas del cabo Rafael, desde lo alto, digo, de estas montañas, se descubre toda esta llanura admirable de que hemos hablado con tanta frecuencia bajo el nombre de Vega Real, y que puede producir toda la clase de géneros y de plantas, que suministran todas las islas de América.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Cuando se está cerca de la mitad de lo largo de las montañas de la Puerta, se camina tres horas para bajar a la llanura de Santo Domingo, y a tres leguas de ese lugar, subiendo al este a lo largo de las montañas se encuentra la población de Puerto Plata, donde se cuentan unas 30 familias españolas; inmediatamente viene la ciudad de Boyá, donde vimos que se había retirado el cacique Enriquillo con todos los naturales de la isla que quedaban entonces. Se aseguró al señor Butet que ya no quedaban allí sino 30 hombres y como el doble de mujeres. Los españoles tienen en ese cantón una compañía de milicias.

De la llanura de Santo Domingo. Fuerzas de la ciudad y de sus alrededores. — Después de la Vega Real, la mayor llanura de la isla es la de Santo Domingo, pero el terreno no es con mucho tan bueno. Tiene de ocho a doce leguas de ancho desde las montañas de la Puerta, que tiene al norte, hasta el mar, que le queda al sur. Su longitud es de unas treinta leguas, desde las montañas que hay al oeste de la ciudad hasta la costa oriental de la isla. El señor Butet cree que de Santiago a Santo Domingo no hay más que 38 leguas comunes de Francia y que ambas ciudades están casi al nordeste y sureste, tirando un poco hacia el oeste. He hablado en otra parte de la situación de esta capital, pero no sé si ella ha estado siempre tan poco fortificada del lado de tierra como lo está hoy; lo cierto es que no tiene más que una simple muralla sin foso y ninguna obra avanzada. Esta muralla no tiene en algunos lugares sino diez pies de alto y tres de espesor y nada de baluarte por dentro. Más allá hay una pradera de 400 pasos de ancho. Se entra luego en un bosquecillo y después de haber hecho una milla aproximadamente se encuentra al borde del mar un pequeño fuerte, que defiende el único lugar de la costa por donde se puede desembarcar: se lo llama el fuerte de *San Jerónimo*. Es cuadrado y cada lado tiene unos 140 pies de largo, con flancos de cinco a seis pies de anchura, un ángulo entrante en medio de cada cortina y un foso de 12 pies de hondo y ancho de 24. Está revestido de buenas murallas, sin camino cubierto y sin empalizadas; y cuatro garitas ocupan las puntas que tiene de cuatro maneras de bastiones. Este fuerte tiene dos puentes levadizos, uno del lado del mar y otro al opuesto, con una puerta donde dos hombres pueden pasar de frente. Treinta piezas de cañón de ocho libras de balas y ordinariamente 25 hombres de guarnición; pero tiene alojamientos para cien. El anclaje es bueno para toda clase de barcos a poco alcance de cañón y el desembarque muy fácil en una pequeña ensenada de arena.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La fuerza de la ciudadela. — Todo el terreno que está más allá hasta el río Haina, está cubierto por bosques muy espesos, a través de los cuales se ha tirado un camino, que lleva a Azua, y cuya primera media legua está cortada de distancia en distancia por tres atrincheramientos de mampostería en herradura, con huecos y baterías para colocar cañones. La longitud de la sabana que limita con Santo Domingo al oeste es de 500 toesas de norte a sur y termina al norte en algunas alturas cubiertas de bosque y en una población que se llama el *Pueblo de los Isleños;* pero si la ciudad es fácil de atacar del lado de tierra, parece intomable del lado del mar y del río, donde una buena muralla a la altura de un hombre, flanqueada por torres de distancia en distancia, construidas sobre rocas escarpadas, contra las que bate el mar constantemente y 160 piezas de cañón en batería la defienden igualmente del furor de las aguas y de los ataques de fuera. La ciudadela, que los españoles llaman *la Fuerza,* está, como lo dije antes, situada sobre una legua de tierra que forma la embocadura del río en el mar. Su defensa principal consiste en varias baterías cubiertas que dan al mar y al río. Están también colocadas sobre rocas escarpadas de 18 pies de alto, donde las chalupas no podrían abordar, porque allí las olas son siempre muy altas. Del lado de la ciudad no tiene más que una simple muralla de 15 pies de alto y de dos pies de espesor, sin flancos ni bastiones ni baluartes ni fosos ni cañones. Se entra por una gran puerta, donde hay un cuerpo de guardia de cinco hombres; y en el medio de la fortaleza se levanta una gran torre, que sirve de alojamiento al comandante; está en medio de una gran plaza de armas. Al viento de la ciudad, se mantiene en una punta avanzada un cuerpo de guardia de seis hombres, para observar los barcos que aparecen a lo largo de la costa. Precaución en la que se debe descansar poquísimo, dado que nada es más fácil que llevarse ese cuerpo de guardia.

Gobierno de esta capital. — La ciudad de Santo Domingo está gobernada por una audiencia real, compuesta del presidente, que es al mismo tiempo capitán general; de cuatro auditores o consejeros; de un fiscal o procurador general; de un relator y de dos secretarios. Las islas de Cuba y de Puerto Rico y toda la costa de Tierra Firme, desde la isla de la Trinidad hasta el Río Hacha dependen de ella, cuanto a lo civil y lo político; pero el presidente no tiene autoridad, como capitán general, sino en la isla de Santo Domingo: La Habana, San Juan de Puerto Rico, Caracas y otros lugares de Tierra Firme tienen sus capitanes generales o gobernadores que no lo reconocen

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

en nada. El pueblo de Santo Domingo elige cada año dos alcaldes, que son los jueces ordinarios para los asuntos civiles y que al año siguiente son alcaldes de *la Hermandad,* especie de jurisdicción que cuida de los asuntos criminales y responde a nuestras mariscalías. El ayuntamiento está compuesto de cuatro regidores, que deben ser ancianos del pueblo y haber pasado por los cargos de alcaldes; del teniente de policía, del alférez real, que lleva el estandarte del rey en tiempo de paz y de guerra; y de dos alcaldes ordinarios. Todos estos oficiales tienen voz en las elecciones que se hacen cada año. Hay además de esto una contaduría, que forma cuerpo con el presidente, regula los asuntos del rey en lo tocante a la percepción de sus derechos, el pago de sus tropas y los otros gastos ordinarios y extraordinario del gobierno. Esta cámara no tiene más que dos oficiales, el tesorero y el contador, con un secretario. El tesorero, el contador y el presidente tienen cada uno una llave del tesoro. Cuanto a lo militar, el capitán general tiene bajo sí un gobernador de armas, un mayor, diez mayores ayudantes, cuatro compañías de tropas regulares, cada una con 50 hombres, mantenidos y pagados por la corte y una compañía de artilleros de 40 cañoneros: cada compañía de soldados tiene su capitán, un capitán reformado sin sueldo y que lleva el fusil, como un simple faccionario, y un teniente. La compañía de artillería está mandada por un solo capitán, sin otros oficiales. La fuerza tiene su comandante particular pagado por el rey, pero sin guarnición. Todos los demás oficiales no tienen sueldo alguno del rey.

Las guarniciones. — Del número de 200 soldados mantenidos en la ciudad, hay un destacamento de 13 hombres, mandado por un teniente, que forma toda la guarnición de Santiago y que nunca es relevado; y otro de 25, mandado por un teniente y un ayudante mayor, que forma la del fuerte San Jerónimo. El cuerpo de la milicia burguesa no tiene soldados; se compone de seis compañías de mulatos o de indios y de muy pocos blancos. Todos juntos hacen 725 hombres. La compañía de negros libres, en la que se mezclan muchos esclavos, es de 160 hombres. La población de isleños tiene dos compañías de milicias burguesas, que hacen 240 hombres, casi todos blancos. Esta población es una especie de barrio de la capital. La aldea de los negros libres franceses, es decir, de esclavos tránsfugas de las habitaciones francesas a la colonia española, la que lleva el nombre de San Lorenzo y que está situada en las márgenes del Ozama, a una escasa legua más arriba de Santo Domingo, mantiene una compañía de 140 hombres, mandada por un alférez de las tropas

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

regulares, nombrado por el presidente. Todo esto hace 1.500 hombres que llevan las armas en la capital, y sus alrededores, a unas 10 leguas a la redonda.

El clero. — El clero de esta ciudad se compone de un arzobispo primado de todas las Indias españolas, y del que dependen inmediatamente los obispos de la dependencia de la audiencia real: de un arcediano, de 14 canónigos y de un crecido número de sacerdotes, que sirven la iglesia metropolitana y las parroquias. Los dominicos, los franciscanos, los Padres de la Merced y los jesuitas tienen casas bastante hermosas y todas las iglesias son magníficas. Hay también dos monasterios de religiosas sumamente espaciosos y bien construidos; pero muy pobres; y un número infinito de capillas particulares, que llenan la ciudad. El hospital general y otro donde se reciben los leprosos, son gobernados por el arzobispo y por los oficiales del ayuntamiento, que nombran a sus administradores. Se asegura que el servicio divino se hace con mucha pompa en la iglesia metropolitana, que está muy ricamente adornada y es de una arquitectura soberbia. La ciudad no tiene sino una parroquia, y se cuentan otras diez en el resto de la colonia; a saber, una en Altagracia, una en Santiago, una en La Vega, una en el Cotuí, una en Seibo, una en Monte Plata, cuyo párroco sirve también la aldea india de Boyá, y la de Bayaguana; una en Gohavá, una en Bánica, y la décima en Azua, cuyo cura va de tiempo en tiempo a decir la misa en los distritos de San Juan de la Maguana y de Neiva, donde no hay ni sacerdotes ni iglesias.

Higüey, Altagracia, Seibo, Bayaguana, Baní. — Lo que se llama hoy Altagracia o la aldea de Higüey, es aparentemente lo que se llamaba antes Salvaleón de Higüey. Esta población se compone de 60 pequeñas casas y está situada a la cabeza de la isla, entre el Cabo *Engaño* y la punta de la *Espada,* a cuatro leguas de la orilla del mar. Los españoles van allá en peregrinación de todos los distritos de la colonia. Se ve allí un convento bastante hermoso y una pequeña iglesia bien adornada; hay un alcalde mayor y un capitán al mando de una compañía de 80 hombres en toda la extensión de su distrito, que es de 25 leguas de largo y que tiene 8 de ancho. Seibo, o Scibo, es más considerable; es una población grande de 180 casas; pero su dependencia no tiene sino 16 leguas de largo sobre 8 de ancho y está a 25 leguas al este-nordeste de Santo Domingo. Dos alcaldes ordinarios mandan allí y tiene bajo sí a dos capitanes de milicias, cuyas compañías hacen 230 hombres. El territorio de este barrio

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

está limitado al norte por el de Bayaguana, alejado 18 leguas al nordeste de Santo Domingo. Esta población situada al pie de las montañas de la Puerta no tiene sino 50 chozas. Su distrito es de unas 12 leguas de largo por 4 de ancho. Un alcalde ordinario y un capitán de milicias mandan allí a una compañía de 60 hombres. A doce leguas al oeste de Santo Domingo hay un distrito denominado *Baní,* que se extiende diez leguas a lo largo del mar, hasta las salinas hacia la bahía de Ocoa. Su anchura no es sino de dos o tres leguas, entre el mar al sur y montañas áridas e inaccesibles al norte: no se ven allí ni aldeas ni poblaciones; sin embargo se mantiene en él una compañía de 140 hombres. Este distrito depende inmediatamente de la capital.

Goavá, Bánica. — El pueblo de Goavá, situado en medio de la isla, se compone de 120 casas y tiene dos compañías de 125 hombres cada una bajo las órdenes de dos alcaldes ordinarios y de dos capitanes de milicias. Es el distrito más extenso de la isla, teniendo al menos 35 leguas de largo por 16 de ancho. Tiene al norte las montañas del Puerto de Paz y las de la Puerta, que no están a más de 6 leguas; el Cabo Francés, del que no dista más que 16 leguas, a su norte-oeste; al sureste, Santo Domingo a 55 leguas; el Artibonito al Oeste, al sur el distrito de Mirbalais y las dependencias de Azua; y al este La Vega y las dobles montañas que hay al noroeste de la capital. Comprende en su jurisdicción la pequeña población de Bánica, que no está sino a 7 leguas por el camino que lleva a Azua: 40 hombres mandados por un capitán de milicias están destacados en esta ciudad y sus alrededores.

Azua. — Ya dije que el camino real, donde se han puesto tres atrincheramientos en el espacio de media legua, desde el fuerte de San Jerónimo, es el camino que lleva de Azua a Santo Domingo; a un tiro de fusil del más lejano de estos atrincheramientos, otro camino, que viene de Santiago, de Cotuí y de La Vega, corta al primero, y es en este lugar donde los españoles en 1655 desafiaron a los ingleses mandados por Penn, que habían venido con el plan de apoderarse de Santo Domingo y donde se celebra cada año esta victoria con mucha pompa. Tres leguas y media más adelante está la desembocadura del río de Haina, donde los mayores buques pueden anclar y estar seguros cuando ha pasado la estación de las tempestades. Siguiendo siempre por el mismo camino, que va a lo largo de la costa, hay que hacer luego seis leguas para llegar al río de Nizao, que tiene

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

un cuarto de legua de ancho por encima de su embocadura y descarga al mar por cinco canales. Siete leguas más lejos está el río de Ocoa, y desde allí se cuentan nueve hasta la población de Azua, situada a legua y media del mar y compuesta de 300 malas cabañas, hechas de madera y cubiertas con hojas de palmas: la iglesia parroquial y el convento de los PP. de La Merced son algo mejores. Dos alcaldes ordinarios, que el pueblo escoge cada año, hacen la justicia en esta población, cuya defensa toda consiste en tres compañías de 140 hombres cada una mandada por un maestre de campo de milicias y su teniente. El puerto de Azua está a legua y media al sur de la población; pero como está abierto al viento del sur no es seguro en la temporada de los huracanes.

Pobreza de los españoles. — He aquí lo que era la colonia española al comenzar el año 1717. Se contaban en ella 18,410 almas, entre las que había 37 compañías, que hacían 3.705 hombres llevando armas, sin hablar de 400 franceses por lo menos, tanto de los que se habían repartido en las aldeas o poblaciones, como de gente de mar, que navegaban a lo largo de la costa en navíos españoles. Por lo demás, nada es más pobre que esos colonos: excepto la capital, donde quedan todavía varios palacios y mansiones, que se resienten verdaderamente de su antiguo esplendor por dondequiera en otras partes no se ven sino chozas y cabañas, donde apenas se está a cubierto; no se hacen en la actualidad otras construcciones en Santo Domingo, cuando caen las antiguas casas o por vejez o por algún otro accidente, y dondequiera los muebles responden a la rusticidad del alojamiento. Por eso ya no hay en su mayor parte ni comercio ni manufactura; sus numerosos rebaños los alimentan; y es de aquí de donde la colonia francesa saca toda la carne de carnicero. Nosotros les damos en cambio con lo que satisfacen las necesidades más indispensables de la vida; porque desde España no se les envía ya casi nada y no quieren tomarse el trabajo de procurarse sus necesidades mediante su industria y su labor.

Sus ocupaciones y su sobriedad. — A la verdad, se les debe la justicia de que son los hombres del mundo que saben pasarse con menos. Sus hatos los alimentan y el chocolate suple lo que falta a esta alimentación campestre. No se ocupan en nada durante el día; ni siquiera usan sus esclavos en ningún trabajo penoso. Pasan todo el tiempo en jugar o en hacerse mecer en sus movedoras o hamacas. Cuando están cansados de dormir, cantan y no salen de su ca-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ma sino cuando les aprieta el hambre. Para ir a buscar agua al río o a las fuentes, suben a caballo aunque no haya que dar sino veinte pasos; siempre hay un caballo embridado a la estaca para este uso. La mayoría desprecia el oro, sobre el cual caminan y se burlan de los franceses a los que ven darse a grandes movimientos y abreviar sus días para amasar riquezas, de las cuales no tendrán tiempo de disfrutar en reposo. Su vida tranquila y frugal les hace llegar a una suma vejez.

Su orgullo y su ignorancia. — El cuidado de cultivar sus espíritus les ocupa tan poco como el de buscarse las comodidades de la vida. No saben nada y apenas conocen el nombre de España, con la que ya casi no tienen comercio. Por otra parte, como tienen sumamente mezclada su sangre, primero con los insulares, luego con los negros, son muy de todos los colores, según que tengan más de europeo, de africano o de americano. El carácter de su espíritu participa también de todos los tres y han contraído sobre todo la mayoría de sus vicios. No dejan sin embargo, de creerse todavía los primeros hombres del mundo y de dar testimonio de un grandísimo desprecio por los franceses. Uno preguntaba cierto día a un español lo que había así de estimable en ellos para menospreciar de tal manera a sus vecinos: "*hay hombres*", contestóle. Hay ciertamente necesidad de que tal orgullo haya sido sostenido en ocasiones: estos hombres por excelencia han sido durante muchos años juguete de todas las naciones de Europa, que navegaban en estos mares; cuando sus mayores barcos casi no se defendían contra los menores ladrones, simples chalupas se llevaron un gran número de ellos y sus colonias más poderosas están rodeadas de naciones salvajes que nunca han podido subyugar. Se han hecho aguerridos con el tiempo y sus milicias de Santo Domingo, no menos que los de las islas vecinas, no temen medirse ya en mar ya en tierra con los ingleses y los franceses, y lo hacen frecuentemente con éxito.

Su religión. — Los habitantes de la parte española de Santo Domingo no salen al campo por las noches, cuyas sombras sirven a varios de velo para cubrir su libertinaje; porque en su mayor parte son sumamente corrompidos. Practican sin embargo, todo lo exterior de la religión con una exactitud a que no es posible añadir nada. No se puede creer hasta dónde llega en particular su respeto por las cosas santas y su ciega sumisión a todo lo que les es declarado por sus pastores. Ya he observado que aunque sus casas, sus muebles y

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

todo lo que usan se resienten de la más extrema pobreza, sus iglesias son magníficas y están bien adornadas. Hacen casi todos los días su devoción y guardan religiosamente todas las fiestas que son en gran número en esta diócesis. Cuando pueden oír misa asisten a ella todos los días, así como al rosario, que se reza todas las tardes en las iglesias: donde quiera que se encuentran no se dispensan de rezarlo, ya en público en las familias o cada uno en particular, y no se les ve sin un rosario al cuello. Con esto, algunos reproches que se les puedan hacer acerca de que deshonran la religión con sus costumbres depravadas, hay que convenir que el cristianismo es deudor a esta nación de la mayor parte del progreso que ha hecho en América. Ninguna otra estaba ya en situación de establecerlo allí, cuando se descubrió este Nuevo Mundo; todas las provincias de Europa, si se exceptúa a las Españas, estaban hundidas en guerras intestinas o exteriores y fueron pronto teatro funesto en que la herejía excitó las más sangrientas tragedias. Estos reinos solos permanecieron tranquilos en medio de tantas turbaciones y conservaron la fe en toda su pureza. Se debe confesar también que han mostrado un gran celo en la conversión de los idólatras, y en asegurar sus conquistas espirituales en estas vastas regiones. Las magníficas fundaciones que han hecho allí por todas partes serán monumentos eternos, que ninguna otra nación borrará jamás.

Sus virtudes. — Se conviene también en que a pesar de los desórdenes, de que he hablado, los españoles (hablo al menos de los de Santo Domingo) practican también virtudes que honran al cristianismo. Dije que son grandes observadores de la hospitalidad y se les da frecuente ocasión de ejercerla. Hay en nuestras fronteras una cantidad de holgazanes, cuyo oficio es recorrer el país; y donde quiera que encuentran españoles, a pesar de la animosidad recíproca de ambas naciones, son recibidos con mucha caridad. Esta buena gente recortan de lo necesario para tener con qué dar a sus huéspedes. Finalmente si su frugalidad y la sencillez con que viven no fuera fruto de su pereza e indolencia más que de su filosofía, no se les podría alabar demasiado de haber sabido llevar a esa isla la vida de los primeros hombres y de aquellos antiguos patriarcas, de que los historiadores sagrados y profanos nos han dejado imágenes tan risueñas. Viven en el país más rico que hay en el universo, pisan con sus pies los metales más preciosos; un trabajo moderado los pondría en la afluencia de todos los bienes y han encontrado el secreto de prescindir de ellos y de despreciarlos. No es solamente en sus

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

casas donde se comportan así. Vienen frecuentemente a nuestros distritos con grandes manadas de caballos y es raro ver entrar a uno solo en la taberna. Acampan a lo largo de los caminos, dejan pastar a sus caballos en los campos, se ponen a cubierto bajo barracas, que construyen aprisa, y hacen sus comidas con un trozo de carne asada que llevan consigo, plátanos, que se encuentran donde quiera, y chocolate. Si entran al panadero para comprar un pan, llaman a esto hacer la corrupción. Es verdad que si algún francés los invita a comer, hacen honor a su mesa pero beben poco y cuando alguien se desmanda hasta embriagarse, lo que es muy raro, se retira sin ruido y va a dormirse. Tal vida pudiera sin duda pasar por deliciosa, si se considera que las comodidades, de que estos colonos están privados, no les son siquiera conocidas; y que disfrutan de todas las que la naturaleza ofrece por sí misma; que la ambición y el interés no los perturban en nada y que sus placeres ordinarios son puros, sin ninguna mezcla de inquietud. Para terminar lo que toca a esta colonia, el P. le Pers pretende que además de nuestros esclavos fugitivos, que menciona el diario del señor Butet, hay un número considerable de ellos que no se han entregado a los españoles; y se han acantonado en montañas donde viven igualmente independientes de ambas naciones, cuyo interés común pediría seguramente que no se les dejara multiplicarse demasiado.

Estado de la colonia francesa. — La colonia francesa tenía en 1726 treinta mil personas libres y cien mil esclavos negros o mulatos. Se podía contar entre los primeros diez mil hombres en estado de llevar las armas y en caso necesario sería fácil armar a veinte mil negros, sin que las fábricas padecieran considerablemente. Algunos pretenden que hay pocos franceses en la isla de Santo Domingo sin una especie de fiebre interior, que mina poco a poco y se manifiesta menos por el desarreglo del pulso que por un color lívido y plomizo que todos toman con el tiempo; más o menos, según la fuerza del temperamento y el cuidado que se tiene de llevarse en el placer o en el trabajo. A los comienzos no se veía a nadie llegar a una gran vejez, y esto es todavía bastante raro entre los que han nacido en Francia. Pero los criollos, a medida que se alejan de su origen europeo, se hacen más sanos, más fuertes y viven más tiempo. El aire no tiene allí, hablando absolutamente, ninguna mala calidad y no se trata sino de irse naturalizando.

Carácter de espíritu de los criollos franceses, sus buenas y sus malas cualidades. — El carácter de espíritu de los criollos franceses

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

comienza también a librarse de la mezcla de las provincias, de donde salieron los primeros fundadores de esta colonia. Pronto ni siquiera quedará ya algún vestigio del genio de esos antiguos aventureros, a los que la mayoría de los habitantes debe su nacimiento. Tienen de ordinario la talla bastante hermosa, la mente fácil, pero un poco volátil e inconstante; son francos, prontos, orgullosos, desdeñosos, presuntuosos, intrépidos; se les reprocha tener bastante poco de natural y mucha indolencia para las cosas que miran a la religión; pero se ha observado que una buena educación corrige con facilidad la mayoría de sus defectos y se encuentra en ellos un fondo rico, del que hay que prometerse todo. La herencia que han conservado más entera de sus padres es la hospitalidad; parece que se respira esta hermosa virtud con el aire de Santo Domingo. Dijimos hasta dónde la llevaban los indios. Sus vencedores desde el principio sobresalieron en ella y no había gente que tomar en nada como modelos; no se puede decir tampoco que los franceses la hayan tomado de éstos, ya que ambas naciones han tenido un tiempo considerable sin tener ningún comercio con ellas; y su antipatía mutua no ha permitido a los unos formarse sobre el ejemplo de los otros. Por fin los mismos negros se distinguen en esto de una manera que no se podría admirar demasiado en esclavos, a quienes se da apenas lo necesario para vivir. Sea de ello lo que fuere, la hospitalidad se ejerce de una manera admirable en la colonia francesa: un hombre puede hacer su recorrido, sin gastar nada, es bien recibido en todas partes y si se encuentra en necesidad se le añade con qué continuar su viaje. Si se le conoce como una persona de nacimiento, que no tiene ninguna fortuna, se disputan quién lo tendrá en su casa; no se espera nada que él haga estas diligencias que constan que ha nacido siendo algo; desde que se lo sabe en camino, van delante de él; no debe temer ser importuno, cuanto más tiempo quede en una casa tanto más agradará a todo el mundo; desde el momento en que ha tocado la primera habitación, ya no debe molestarse en buscar comodidades; negros, caballos, vehículos, todo está a su servicio y no se le deja partir sino bajo promesa de que volverá si los asuntos se lo permiten. La caridad de nuestros criollos para con los huérfanos no es menos digna de alabanza: el público no queda nunca encargado de ellos. Los parientes más cercanos y en su falta los padrinos y las madrinas tienen la preferencia: si todo esto falta, los primeros que pueden apoderarse de esos pobres niños los guardan en su casa y los mantienen con el mismo cuidado que si fueran sus propios hijos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Inconveniente que temer para las sucesiones. — Una cosa que más adelante podrá estar sujeta a grandes inconvenientes, si la parte de la isla de Santo Domingo, que ocupamos, sigue poblándose como lo ha hecho, sobre todo desde hace treinta años, es que no hay allí nada de bienes nobles y que todos los hijos participan igualmente de ellos. Sucederá de esto que cuando todo sea desbrozado, las habitaciones quedarán de tal manera divididas, que se convertirán en nada y que todo el mundo quedará pobre. Si toda la habitación perteneciera al hijo mayor, los menores estarían en la obligación de comenzar otras, lo que no les sería difícil con los adelantos que sus padres pudieran hacerles; y cuando no haya más terreno vacío en Santo Domingo, nada impediría extenderse a las islas cercanas, o a los lugares del continente que pertenecen a Francia o son todavía de dominio público. Así se formarían colonias por sí mismas, sin que le costara nada al Estado. Pero hay todavía para más de un siglo que desbrozar en Santo Domingo en los distritos que no podrían sernos disputados y nada impediría variar allí un poco más el comercio, a fin de que esta colonia no padeciera de la abundancia de los mismos géneros.

Descripción de la llanura del Cabo Francés. — De todos los distritos de la colonia francesa el que lo ha hecho siempre con mayor éxito, es sin contradicción el del Cabo Francés; y lo debe sin duda a la ventaja de su situación, más que a la extensión y a la fertilidad de su llanura.

Esta llanura es el extremo occidental de aquella Vega Real, de que hemos hablado tanto en los primeros libros de esta historia, y más de cuyas tres cuartas partes permanecen hoy en día incultas en manos de los españoles. No hay demasiado acuerdo acerca de la extensión de la llanura del Cabo. Unos la reducen a las cinco parroquias más cercanas a la ciudad, que son *Limonade,* el *Quartier Morin,* la *Petite Anse,* el *Acul* y el *Morne Rouge.* Otros le dan por límites al este el río Massacre y al oeste el río Salado, que está un poco encima del Puerto Margot. Según este parecer, que parece mejor fundado que el otro, su longitud es de cerca de veinte leguas y la anchura de cuatro; no tiene al norte otros límites que el mar y al sur está recortada por una cadena de montañas que no tiene en ningún lugar menos de cuatro leguas de profundidad y en otras hasta ocho. Se encuentran entre estas montañas los valles más hermosos del mundo, cortados por una muchedumbre infinita de arroyos, que los hacen igualmente deliciosos y fértiles. Las mismas montañas no

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tienen nada de horribles, la mayoría no son demasiado altas y varias son muy habitables y pueden cultivarse hasta la cima.

El Puerto del Cabo, Bayajá, el Puerto Margot. El Puerto Francés. El Acul. El Puerto de Paz. El Puerto del Escudo. El abra de San Nicolás. — La ciudad del Cabo Francés casi en medio de la costa, que bordea esta llanura y su puerto es desde hace mucho tiempo el más frecuentado de toda la isla. También es muy seguro, y está en una situación cómoda para los barcos que vienen de Francia. Está abierto solo al viento del nordeste, del que no puede recibir daño ninguno, ya que su entrada está toda sembrada de arrecifes que rompen el ímpetu de las olas del mar y entre los que hay que deslizarse con mucha precaución para entrar sin tocarlos. Nueve o diez leguas al este está el de Bayajá, el más hermoso y mayor de toda la isla: tiene ocho leguas de circuito y su entrada, que no tiene más anchura que el alcance de una pistola, tiene frente a frente por dentro una islita, de que he hablado en otra parte, contra la que los navíos pueden anclar, tocándola con su bauprés. Se trabaja en fortificar este puerto y en construir allí una ciudad; ya se ha establecido un estado mayor. El Puerto Margot, tan célebre en tiempo de los filibusteros, tiene también una pequeña población: no es con todo más que una simple rada, donde se ancla desde 12 a 14 brazas entre la tierra mayor y un islote que tiene una legua de circuito. Entre el Cabo y el Puerto Margot, a solamente una legua del primero, está el Puerto Francés. Es sumamente profundo, pero no se lo frecuenta mucho, por estar al pie de una montaña sumamente alta y ser estériles sus alrededores. La montaña de que hablo se extiende a lo largo de la costa por espacio de cuatro leguas y en su extremo occidental hay un puerto muy vasto y muy profundo, que los españoles han llamado *Ancón de Luisa* y los franceses, por corrupción, el *Can de Luisa;* pero se le llama más comúnmente el *Puerto del Acul,* por el nombre de una parroquia que no está lejos. Se ancla allí por tres brazas y media y la entrada está bordeada de arrecifes. El primer nombre de este puerto y el del Puerto Margot, que está a dos leguas, les han sido dados porque dos señores españoles que llevaban esos mismos nombres tenían allí establecimientos. Del Puerto Margot no hay sino cinco leguas a la Tortuga, frente a la cual está el Puerto de Paz, cuyo plano di en otra parte. Prosiguiendo la costa, se entra primero en el *Puerto de Mosquitos,* que está entre dos puntas que lo cierran mucho. Doce navíos pueden allí anclarse con facilidad en 10 ó 12 brazas. Una legua más adelante está el Puerto del Escudo, casi del

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mismo tamaño y de igual profundidad. De allí no hay más que seis o siete leguas hasta la Mole San Nicolás, al lado de la cual está un abra del mismo nombre, segura para toda clase de barcos; allí se ancla en doce brazas, pero el país de los alrededores no es bueno.

Puerto Real o Bahía del Caracol. La Bahía de Manzanillo. La Granja. Monte Cristo. Isabela. Puerto Plata. Bahía de Cosbec. Samaná. — Entre el Cabo Francés y Bayajá se encuentra la Bahía de Caracol; ya he observado que es el Puerto Real, donde Cristóbal Colón había puesto su primera colonia. Está en el distrito de Limonade, a dos o tres leguas del Cabo. De Bayajá, tirando al este, se encuentra al cabo de tres leguas la Bahía de Manzanillo, en la que se puede anclar a cuatro o cinco brazas. Tres leguas más lejos está La Granja, y al cabo de otras tres leguas, Monte Cristo, a cuya vuelta hay una rada en que se encuentran desde 7 a 30 brazas. Los españoles han tenido allí una ciudad o población del mismo nombre. La antigua Isabela, que los franceses de Santo Domingo llaman vulgarmente Isabélica, estaba a doce leguas al viento de Monte Cristo. Se ancla allí en 14 brazas. Puerto Plata, o, como se dice en la colonia francesa, *Portoplate,* está a 9 ó 10 leguas de Isabela: y cerca de 13 ó 14 leguas más lejos se ve una punta, que adelanta mucho en el mar y que Cristóbal Colón llamó, según se dice, *Cabo Francés.* Comienza una gran bahía conocida con el nombre de *Bahía de Cosbec,* en medio de la cual hay un puerto formado por un pequeño islote, y donde se ancla en 14 brazas. De este puerto se cuentan diez leguas a Samaná. Después de esta corta digresión geográfica, vuelvo a la llanura del Cabo.

Parroquias de la llanura del Cabo. — Tomando esta llanura en su mayor extensión, se cuentan doce parroquias, todas colocadas a una o dos leguas del mar para comodidad de los habitantes. He aquí su orden, comenzando por el este: *Guanaminte, Bayajá,* el *Gran Bassin,* el *Terrier rouge,* el *Trou, Limonade,* el *Quartier Morin,* la *Petite Anse,* la *Morne rouge* y el *Puerto Margot.* Algunos de estos distritos tienen ya y los otros tendrán pronto una parroquia paralela en las montañas. A Guanaminte responde *Jeannante;* al gran Bassin, el *Four,* cuya iglesia estará cerca del gran río; al Terrier rouge, *les Perches;* al Trou, *Sainte Suzanne;* a Limonade, *Baon;* al Quartier Morin, *Sainte Rose;* a la petite Anse, el *Dondon;* al Morne rouge, *Jean Pierre;* al Acul, la *Marmelade;* al Limbé, *Plaisance;* y *Pilate* al Puerto Margot.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Sus ríos, sus minas. — Hay pocos países en el mundo más regados que éste; no se encuentra empero un solo río que las simples chalupas puedan remontar más de una legua y donde la marea suba más de tres pies. Todos son vadeables, sin exceptuar el que se ha nombrado el gran río, cuyo curso es de 15 ó 16 leguas y que separa el distrito de Limonade del de Morin. Los más considerables después de éste son: el río Marion, que baña el distrito del gran Bassin y el de Bayajá; el de Jaquezi, que pasa al Trou; el de lo alto del Cabo, que corta en dos los distritos del Morne rouge y del Acul; el que corre a través del Limbé y lleva su nombre; y el que descarga en el Puerto Margot. Lo que hace sobre todo recomendable la llanura del Cabo es su fertilidad; pero se pretende que también tiene minas de varias especies. He hablado en otra parte del Morne rouge y de las razones que hay para creer que encierra una mina de cobre. Hay una de este metal en el distrito de Santa Rosa y una de imán en Limonade. Se cree que hay una de oro en el gran Bassin, hacia la fuente del río Marion. Por fin hay en el distrito Morin pequeñas colinas, que se han llamado los morros pelados, porque allí no crece sino hierba o arbustos, aunque todos los alrededores hayan estado antes cubiertos de bosques de altura. Casi no se duda de que esos morros encierran minas de hierro. Pero el azúcar y el añil son para los particulares y quizás hasta para el mismo Estado algo más ventajoso que las más abundantes minas de oro y plata; es verdad que aquí se fabrica una cantidad prodigiosa de esas dos mercancías.

Azúcar y añil que se fabrican allí. Dos clases de añil. — Se cuentan más de 200 molinos de azúcar y su número aumenta cada día. Cada molino hace 400 barricas o doscientos miles de azúcar cada año, porque cada barrica es de 500 libras netas, quitando el peso de la barrica. El precio medio de esta azúcar en el lugar es de 13 libras el ciento; así cada molino produce 30.000 libras de renta; sin contar los siropes y el aguardiente de caña, que suben bien todavía a mil escudos. Que si se multiplican 30.000 libras por 200 se encontrará que la llanura del Cabo produce cada año por seis millones de azúcar y antes de poco esto subirá en un tercio. El añil puede estimarse en tres millones; lo hay de dos clases. Crece en varias partes de la isla una clase, que se llama añil bastardo y que se ha creído por largo tiempo no ser bueno para nada. Un habitante del Acul, llamado Miguel Perigord, tomó el acuerdo hace veinte años de hacer con él un ensayo, que le resultó: se ha enriquecido con él y todo el mundo lo ha imitado. Hoy este añil está al mismo precio

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

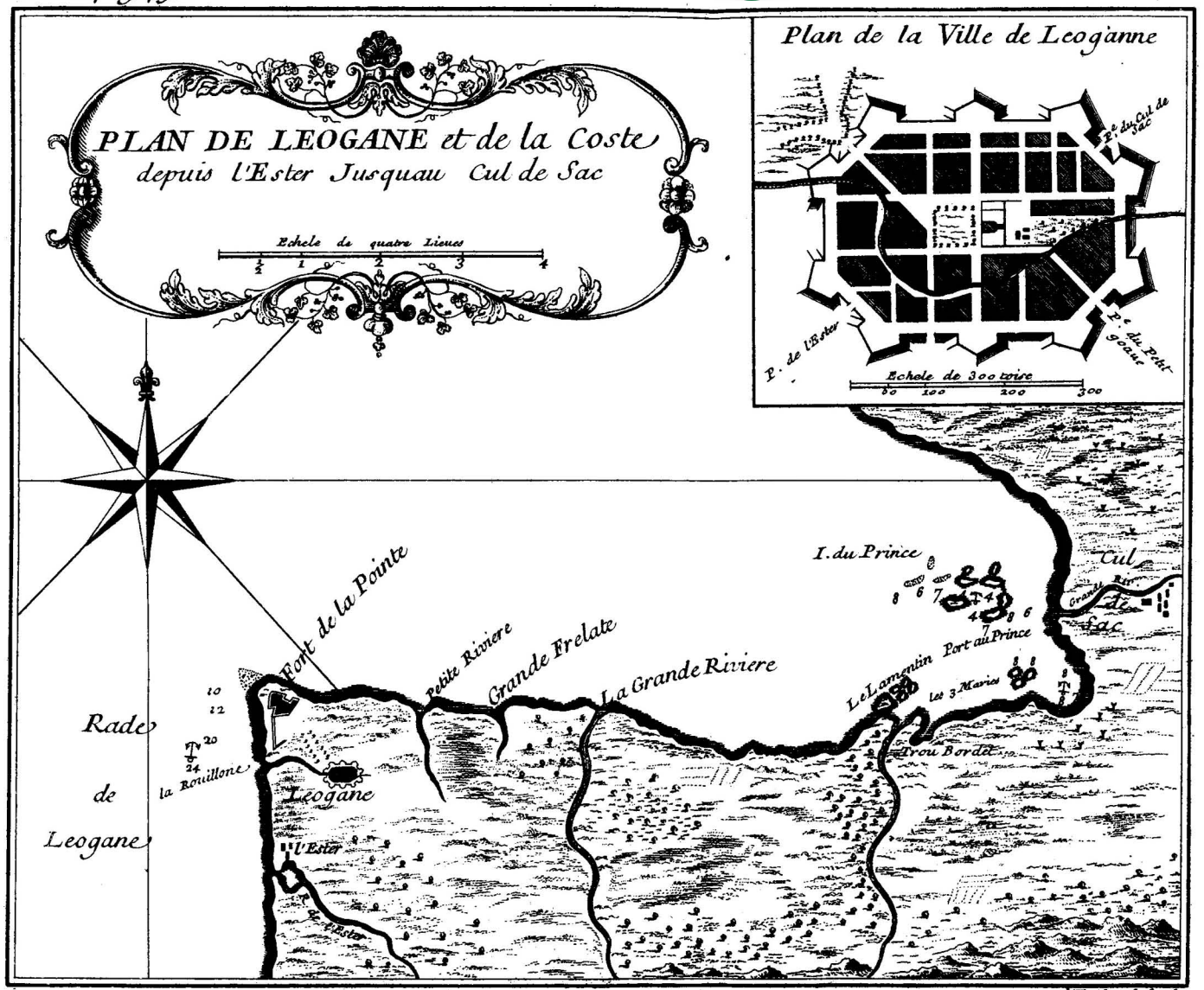
que el que se cultivaba solamente antes y que vino de las Indias Orientales. Hay sin embargo que confesar que éste tiene una apariencia enteramente distinta, pero en recompensa éste se produce en varios terrenos que rehusan al primero. Se ha intentado trabajar otras varias especies que han venido de Guinea, pero sin éxito. Por lo demás, cuando digo que el antiguo añil vino de las Indias Orientales, hablo con el mayor número de autores que han tratado de esto; pero este parecer no deja de tener contradicción. Varios pretenden que es originario del continente de América y sobre todo de la provincia de Guatemala.

Del cacao, del café y del tabaco. — Muchos habitantes no se atreven todavía a hacer sino añil en las montañas; pero algunos han vuelto a plantar cacaoteros; si tienen éxito, esos distritos serán muy pronto los más poblados de la colonia. Solamente el tabaco produciría ese efecto, si el de Santo Domingo no fuera prohibido en Francia; pero solamente los de Dunquerque, cuyo puerto es franco, se ocupan de él. Se halagan con ver bien pronto al café enriquecer nuestra isla; el árbol que lo produce viene ya muy hermoso allí y tan rápido como si fuera natural del país; su pie es fuerte y bien nutrido y florece al cabo de 18 meses, pero hay que darle tiempo de hacerse al terreno. Otros pretenden que la canela, el clavo, la nuez moscada y la pimienta se cultivarían con buen resultado en Santo Domingo; costaría poco al parecer hacer el ensayo, pero se requieren paciencia y constancia y esto no cuesta más a los franceses. El algodón, el jenjibre, la seda y la cañafístula han sido antaño las mayores riquezas de la colonia española: qué impediría que lo fueran en la colonia francesa?

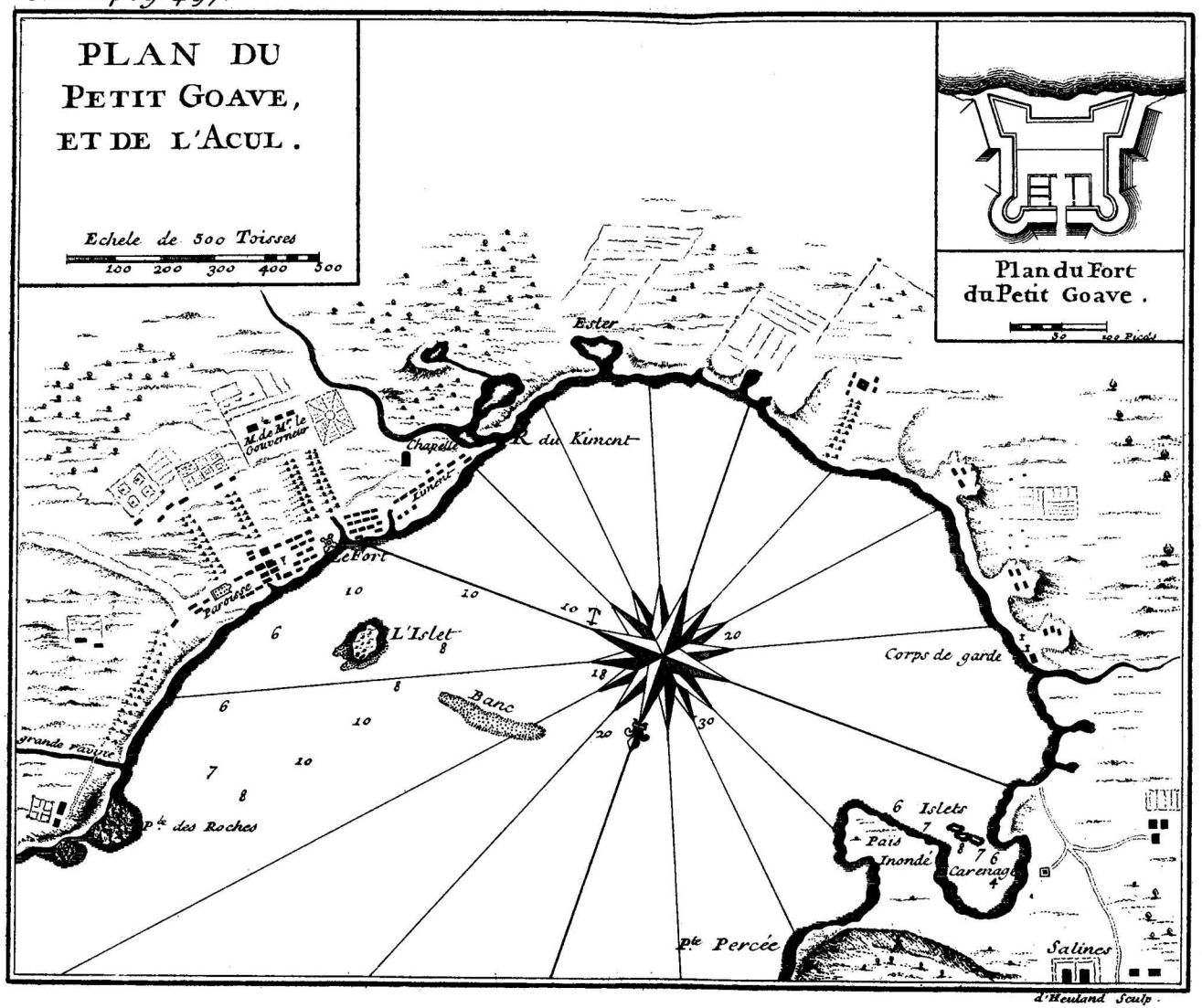
Número de habitantes de la llanura del Cabo. Variedad del terreno en la parte francesa de Santo Domingo. — Las parroquias de la llanura del Cabo son, una con la otra, cada una de 3.000 almas al menos; pero por una persona libre hay diez esclavos. No sucede así en la ciudad, donde se cuentan 4.000 almas; el número de los blancos iguala allí al de los negros. En las montañas los esclavos son a lo más tres contra uno: si el cacao y el café tienen buen resultado, o si el tabaco recobrara la gracia, antes de poco todos esos distritos estarán poblados al triple de lo que están hoy y los blancos se multiplicaran en proporción más que los negros. La llanura del Cabo no es con todo, incluyendo las montañas, sino la décima parte del terreno que ocupamos en esta isla. Las de Leogane, de Artibonito y del fondo de la isla Vaca no le ceden mucho en bondad. La pri-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



mera y la última son sumamente célebres por el número de sus azucareras y la segunda por la cantidad de añil que allí se fabrica; pero por encima de todo esto, como en el resto de la isla, hay una gran variedad de terreno tal que de una legua a otra no se creería estar en el mismo país. La llanura del Cabo no está enteramente tan sujeta; no deja sin embargo de serlo de una manera bastante sensible, para sorprender a los que llegan de Francia. Por ejemplo, los distritos del este, como Guanaminte, Bayajá, el gran Bassin, el Terrier rouge y el Trou, aunque de mayor extensión que los otros, no son de tan buena calidad. Se ven allí sabanas naturales, bastante parecidas a ciertas landas de Francia y de las que no se podría sacar casi nada. Por el contrario, Limonade, el distrito Morin, la petite Anse, el Mourne rouge y el Acul no tienen una pulgada de tierra que no sea muy buena, si se exceptúa la sabana de la Limonade, donde fue muerto el señor de Cussy.

Caminos de la llanura del Cabo. — Toda la llanura del Cabo está cortada por caminos de largo y de través de 40 pies de ancho, tirados a cordel, y bordeados ordinariamente por limoneros que están recortados cuidadosamente para su adorno y bastante espesos para servir de barrera contra los animales. Varios particulares han plantado también largas avenidas de grandes árboles, que llevan a sus casas; y se hubiera hecho bien fortificando con esos altos árboles los bordes de los grandes caminos; ellos darían sombra a los que pasan y remediarían con el tiempo la escasez de bosques que ya no deja de hacerse sentir demasiado. Los árboles crecen en este país mucho más pronto que en Francia, pero demasiado lentamente para gente que no piensa en nada en el porvenir; defecto tan antiguo como el establecimiento de las colonias en el Nuevo Mundo. Oviedo le reprochaba a los españoles de su tiempo y sobre todo a los de la isla de Santo Domingo, cuya decadencia atribuía solamente a esto.

Clima de las montañas que bordean la llanura del Cabo. — El calor sería excesivo durante seis meses del año en la llanura del Cabo, como en la mayoría de las otras, si el aire no estuviera refrescado por la brisa. Las noches de ordinario son bastantes frescas. Pero hay que decir que los valles, que están entre las montañas vecinas, disfrutan de una primavera perpetua. Allí, más que en ningún otro lugar, la tierra está siempre cargada de frutos y cubierta de flores, uniendo los encantos y las riquezas de las dos estaciones más gratas del año. Esos arroyos, que se encuentran a cada paso serpenteando en las campiñas o cayendo con un dulce murmullo de lo alto de las

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

rocas, llevan aguas de una frescura sorprendente. Se respira allí en todo tiempo un aire fresco y dondequiera que se lleven los ojos quedan encantados por una variedad de objetos que ofrecen siempre algo nuevo. Por fin las noches son verdaderamente más frías que calientes durante una buena parte del año y hay que cubrirse como lo hacemos en Francia durante el invierno. También los habitantes de la llanura no tienen otro remedio más seguro contra esas molestias en que el exceso de calor los pone frecuentemente, que ir a respirar el aire y beber el agua de las montañas. Esas aguas son sanísimas y pasan principalmente por ser muy detergentes y sumamente apetecibles: lo cierto es que allí no se oye hablar ni de piedra, ni de cálculos ni de disuria. El agua es la bebida ordinaria de los negros y de los habitantes más pobres; pero pueden cambiarla por limonada con poco gasto, ya que los limoneros se encuentran dondequiera por los caminos mayores y el azúcar no vale más que tres sueldos la libra y el sirope de azúcar mucho menos. Por lo tocante al agua, los que tienen la comodidad de tomarla siempre en la fuente, la pueden guardar muy largo tiempo fresca en ciertos tinajones españoles, que sudan continuamente y dan paso al aire a través de sus poros: las calabazas del país tienen igual efecto y se encuentran tan grandes que tienen más de un ancla. Los pobres tienen asimismo un gran recurso para la bebida en el aguardiente que se hace con la caña de azúcar y que tiene esta doble ventaja sobre el de Francia: que es menos cara y más sana; no sería difícil quitarle el gusto a caña, que le da un malsabor bastante desagradable, ya que forma el fondo del Agua de Barbados, que no lo tiene. Los ingleses hacen también una especie de limonada, que llaman ponche, y se la puede variar de mil maneras haciendo entrar en ella diversos ingredientes, que se encontrarán más al gusto o que se juzgarán más saludables.

Los frutos y los animales domésticos. — Hay pocas personas acomodadas que no tengan patios y vergeles bien provistos de todo lo que puede servir a las delicias de la vida. Los frutos que se cultivan más comúnmente son el mamey o albaricoque de Santo Domingo, el zapote, el zapotillo, el caimito, una especie de papaya que se llama *mamocra,* el hicaco, la granadilla, la cereza, el coco, los dátiles de Africa, el ananás y el plátano que se cree es la *musa* de los antiguos. De todos los frutales de Europa no hay más que la viña, la granada y el naranjo, que han tenido resultado en las islas y entre las menores plantas la fresa y los melones de toda clase. El trigo se daría muy bien en la mayoría de los distritos de Santo Domingo,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

pero los habitantes más ricos encuentran mejor para su cuenta comprar harinas de Francia o del Canadá, y los pobres pasarse sin él. Lo suplen con las patatas y otras legumbres o granos, de que he hablado en otra parte. Los volátiles que se crían en los patios son los pollos de la India, los pollos pintados, los pavos y los pichones. Es sorprendente que se descuide el tener faisanes. Varios tienen haras de caballos, de mulos, de animales de cuernos y de cerdos, que alimentan a poco costo en sus sabanas, donde esos animales pastan la yerba que allí crece y comen los pedazos de caña que se botan. Por lo demás allí todo se multiplica de una manera prodigiosa, ya que todas las estaciones son propias para el cultivo bajo un clima tan cálido y tan fecundo.

Descripción de la costa occidental y de la meridional. — Los distritos de la costa occidental no tienen ni la extensión ni todas las ventajas de los de la costa septentrional: pero tienen atractivos que les son particulares. La llanura de Leogane está más unida y por consiguiente es más cómoda para los vehículos que la del Cabo. El señor Ducasse había tenido muy en el corazón el restablecer la antigua Yaguana sobre sus propias ruinas, que se ven todavía: hasta había tomado medidas para ello en 1720 con un ingeniero, pero fue llamado entretanto a Francia y su partida impidió la ejecución del proyecto. Sin embargo, antes de hablar de la ciudad, que lleva hoy el nombre de Leogane y de los puestos más considerables de estos distritos occidentales, quiero volver a tomar la descripción de la costa, donde la he interrumpido, es decir en el Puerto San Nicolás. Lo que se encuentra primero al salir de este puerto, es el *Puerto Piment,* luego las salinas de *Coridon,* que están a seis o siete leguas de la Mole San Nicolás. De allí a las *Gonaives* no hay sino tres leguas. Las Gonaives son una gran bahía, en la que se encuentran desde tres a cien brazas. El Artibonito está cerca de dos leguas más lejos y hay otro tanto del Artibonito a S. Marc, que es una bahía, donde todos los barcos mercantes pueden anclar en seguridad. De allí a Leogane se cuentan 25 leguas; y en ese intervalo están: 1.° las *Vazes,* rada mercante, frente a la cual está en las tierras el distrito de *Mirbalais;* 2.° *Mont-Roüi.* 3.° *L'Arcahais.* 4.° El *Port de Prince.* 5.° El *Cul-de-Sac.* 6.° El *Trou Bourdet.* Los distritos de las Gonaives, del Artibonito, de Mirbalais y de S. Marc se han hecho desde algunos años muy considerables y tienen habitantes sumamente ricos. El Cul-de-Sac es el mayor hundimiento de toda la costa occidental de la isla, cuya costa es ella misma una manera de Cul-de-Sac entre la Mole S. Nicolás y el Cabo Tiburón. Después de Leogane está *Goave*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mayor, que está alejada cuatro leguas, luego *Goave menor* una legua más lejos. Una pequeña población que lleva el nombre del *Acul* no está sino a media legua de este último puerto, el mejor de toda esta costa. El de *Nippes* está a cuatro leguas. Los *Baraderes* están al cabo de otras cuatro leguas; es una bahía, donde hay muchos pequeños islotes. Siguen los *Caymites* a tres leguas; allí no pueden entrar sino barcos de 100 ó 150 toneladas. La *Gran Anse* después de otras tres leguas: no es buena ni para los barcos ni para los bateles. El *Cabo de Dame Marie,* siete leguas más lejos. Al lado de este Cabo los barcos pueden anclar desde seis hasta 30 brazas. El Cabo Tiburón está a siete leguas de este último. Allí se encuentran dos ríos bastante hermosos, donde hay hasta 7 u 8 brazas de agua.

De los distritos de la costa sur. — De allí se vuelve al sur. La *isla Vaca* está a doce leguas del Cabo Tiburón. Tiene 8 ó 9 leguas de giro, cuatro de largo y una de ancho. Al norte de esta isla se encuentra la *Bahía de Mesle,* donde no entran sino barcos de 150 toneladas. Lo que se llama el *Fondo de la isla Vaca* está más al noroeste. *La Bahía de Cornuel* está a una legua de allí; no vale más que la Bahía de Mesle. Se encuentra después los *Cayos d'Aquin,* que cierran una bahía donde pueden entrar navíos de 2 a 300 toneladas. Es lo que los españoles llamaban Yaquimo o el Puerto del Brasil. La *Bahía de Jacquemel* está alejada unas 10 a 12 leguas. Es después de San Luis el distrito mejor establecido que tenemos en esta costa meridional y hace ya varios años que se ha puesto allí una justicia ordinaria.

Situación de Leogane. — Para volver a Leogane, se conviene bastante en que su situación no es ventajosa; está a dos leguas de la antigua Yaguana, entre el Estero y el río pequeño, que son como dos barrios suyos. Esta ciudad está a media legua del mar, la vecindad es pantanosa y el aire por consiguiente no debe ser demasiado sano y el embarque y el desembarque son sumamente incómodos; además de que no tiene puerto, sino una simple rada foránea, que no es de las mejores. La elección de un lugar tan poco cómodo, al parecer, para emplazamiento de una ciudad destinada a ser la residencia ordinaria del gobierno general y del consejo superior es sin embargo fruto de muchas deliberaciones y obra de dos hombres de los más prudentes que hayan gobernado esta colonia. No se puede siquiera decir que no se hayan reconocido desde el principio todas las desventajas; las perturbaciones sobrevenidas hacia fines de 1722 pa-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

recieron de nuevo otra razón más para cambiar esta situación y el señor marqués de Sorel no dejó de darle todo el peso que le suministraba tal acontecimiento: he aquí lo que escribía sobre esto juntamente con el señor de Montholon el 23 de marzo de 1723: "Hemos recibido el despacho de la corte del 18 de noviembre de 1722 y las objecciones sobre el plan que le habíamos enviado el 13 de junio de 1722. Para contestar, bastaría con volver a referir lo que sucedió en la colonia, cuya rebelión determinará sin duda al Consejo a preferir el establecimiento de Goave menor al de Leogane, para poner allí en seguro la persona del general y la del intendente; darles una residencia propia para mandar en la tierra y en el mar y fuera de los alcances de los insultos de un populacho sublevado. Es verdad que el terreno de Goave menor no es adecuado para el azúcar y el añil, pero es muy propio para producir víveres y refrescos para los buques y para ser poblado por pequeños habitantes, como lo era antes de que los generales hubieran fijado su estancia en Leogane: son pequeños valles llenos de muchas fuentes de buenas aguas".

Pero porque quienes se habían declarado más en favor de la situación Leogane convenían en que era a propósito el asegurar a Goave menor para servir de asilo a los barcos del rey, los señores de Sorel y Montholon añadieron que el ejemplo de los extranjeros debía enseñarnos que no es conveniente multiplicar los establecimientos de las ciudades en las colonias, por razón de que las fuerzas dispersas no valen lo que una tropa reunida, de que se pueda disponer inmediatamente y que cuando una ciudad se hace grande sin apremiar al comercio, allí se establecen comerciantes comisionados, que despachan más prontamente los buques. No sé lo que pasó a este respecto, pero este asunto no ha vuelto a ser tomado luego. Lo cierto es que Leogane no se puebla nada y que aunque se haya demolido la barriada del Estero para llevar sus habitantes a esta ciudad y que se ha restablecido allí el Consejo Superior y que sigue siendo el asiento ordinario del gobernador general y del intendente, es todavía hoy muy poca cosa esta capital de la colonia francesa de Santo Domingo.

Miseria de los negros. — Termino por lo tocante a los negros, que son hoy el mayor número de los súbditos de esta colonia. Nada es más miserable que la condición de este pueblo; parece ser el oprobio de los hombres y el rechazo de la naturaleza; desterrado de su país y privado del bien del que todas las otras naciones son más celosas, que es la libertad, se ve casi reducido a la condición de bestias de carga. Algunas raíces son todo su alimento; sus vestidos son

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

dos malos andrajos, que no los resguardan ni del calor del día ni de la excesiva frescura de las noches. Sus casas se parecen a guaridas hechas para alojar a osos; su cama es una yacija más propia, a lo que parece, para romperle el cuerpo que para procurarle descanso; sus muebles consisten en algunas calabazas y unos platillos de madera o de tierra; su trabajo es casi continuo, su sueño extremadamente corto, sin ningún salario, veinte golpes de fuete por la menor falta; he aquí a lo que se ha reducido a hombres que no carecen de espíritu y que no pueden ignorar que son absolutamente necesarios a quienes los tratan de esa manera.

Su verdadera felicidad a pesar de esta miseria. — Con esto, disfrutan de una salud perfecta, mientras sus amos, que rebosan de bienes, y no carecen de ninguna de las comodidades de la vida, están sujetos a una infinidad de enfermedades. Todos los días expuestos con la cabeza desnuda al sol, que debería, a lo que parece, hacerles hervir el cerebro; no se quejan nunca sino del frío, de manera que gozan del más precioso de todos los bienes y parecen insensibles a la pérdida de los demás. Se dice que no sería siquiera una buena obra sacarlos de un estado tan penoso y tan humillante, porque abusarían de ello. Es verdad que quienes hablan así están interesados en tener este lenguaje y son al mismo tiempo juez y parte. Después de todo, hay que confesar que si no hay ningún servicio que halague más al orgullo humano, que el de sus esclavos, no hay ninguno que esté sujeto a peores recursos y que no hay nadie en nuestras colonias que no se encuentre desventurado al ser reducido a no tener ningunos otros domésticos. Aunque no fuera este sentimiento tan natural al hombre y en que participamos de la naturaleza de Dios mismo, de contar como nada lo que se hace por nosotros por temor, si el corazón no tiene parte. Pero hay aquí un mal necesario, al menos no se le ve el remedio. Desdichado en las colonias el que tiene muchos esclavos; es para él materia de muchas inquietudes y ocasión continua de ejercitar la paciencia. Desdichado quien no los tiene absolutamente, porque no puede hacer absolutamente nada. Desdichado finalmente quien tiene pocos: es preciso que lo sufra todo por miedo de perderlos y todo su bien con ellos.

Hablando propiamente, no hay más que los africanos, que están entre el Cabo Blanco y el Cabo Negro, que se pueda decir hayan nacido para la esclavitud. Estos miserables confiesan sin remilgos que un sentimiento íntimo les dice que son una nación maldita. Los más espirituales, como los del Senegal, han sabido por una tradición

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

que se perpetúa entre ellos, que esa desgracia es una consecuencia del pecado de su *Papa Tam,* que se burló de su padre. Estos *senegaleses* son de todos los negros los mejor formados, los más fáciles de disciplinar y los más adecuados para el servicio doméstico. Los *bambaras* son los mayores, pero ladrones; los *aradas,* los que entienden mejor del cultivo de las tierras, pero los más orgullosos; los *congos,* los más pequeños y los más hábiles pescadores, pero desertan con facilidad; los *nagos,* los más humanos; los *mondongos,* los más crueles; los *minas,* los más resueltos, los más caprichosos, los más sujetos a la desesperación. Por fin los negros *criollos,* de cualquier nación que tengan su origen, no tienen de sus padres más que el espíritu de servidumbre y el color. Tienen empero un poco más de amor por la libertad, aunque nacidos en la esclavitud; son también más espirituales, más razonables, más diestros, pero más haraganes, más fanfarrones, más libertinos que los *danda* (el nombre común de todos los que han venido de Africa).

Su falta de memoria; calidad de su espíritu. — Se ha visto en Santo Domingo a negros, que se había llevado del *Monomotapa,* se los ha visto en otras colonias que eran de la isla de Madagascar: ni los unos ni los otros han dado ningún provecho a sus amos. Estos son casi indomables; aquéllos perecen primero de distintas maneras. Por lo que toca al espíritu, todos los negros de Guinea lo tienen sumamente limitado; varios hasta parecen estúpidos y como alelados; se los ve que nunca pueden contar más de tres ni aprender la oración dominical. Por sí mismos no piensan en nada y el pasado les es tan desconocido como el porvenir; son máquinas a cuyos resortes hay que darle cuerda cada vez si se les quiere poner en movimiento. Algunos han pensado que había en ellos más malicia que falta de memoria, pero se equivocaban; para convencerse, no hay sino reflexionar en su poca previsión en las cosas que les miran personalmente.

Sus virtudes y sus defectos. — Esto es sin embargo difícil de concordar con lo que todo el mundo generalmente asegura, que son muy entendidos y muy acabados en los asuntos que tienen sumamente en su corazón y que con frecuencia hacen víctimas de sus amos. Se añade que se burlan bastante ingeniosamente y que saben maravillosamente atrapar el ridículo de cualquiera; que son muy hábiles en el arte de disimular y que el negro más estúpido en las cosas más comunes, es para su amo un misterio impenetrable, mientras lo atraviesa a la luz con una facilidad sorprendente. Lo que es cierto, es

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

que parece que su secreto es su tesoro y que morirían antes que revelarlo. Nada es más divertido que ver su actitud cuando se les quiere arrancar. Se hacen los asombrados de una manera tan natural, que se necesita una gran experiencia para no creerlos sinceros; estallan en risa de manera que desarman a los más seguros; nunca se desconciertan y aunque se les haya sorprendido in flagranti, los golpes no les harían confesar lo que han resuelto negar. Tienen de ordinario el natural muy suave; son humanos, dóciles, sencillos, pero crédulos y sobre todo supersticiosos con exceso. No sabrían guardar odio, no conocen ni la envidia ni la maledicencia; también es cierto decir que cuando se les ha dado el conocimiento de Dios, la religión es la cosa de que hacen más caso: es fruto de una razón no dominada por ninguna pasión. Algunos ejemplos que se refieren de lo contrario, no prueban nada contra la experiencia general: además que de ordinario no tienen otro fundamento que la irreligión de sus amos, que quisieran justificar por ese medio el poco cuidado que ponen en la instrucción de éstos infortunados.

De qué manera hay que tratarlos. — Se llega al extremo de corregir una buena parte de sus defectos por el fuete, cuando se usa a modo de remedio; pero hay que volver a comenzar con frecuencia. Sin embargo, aunque la severidad, o al menos un cierto aire severo, deba predominar en la conducta que se tiene con ellos, la dulzura con todo no ha de ser desterrada. Los ingleses no encuentran bien templar nunca las correcciones que les hacen siempre de una manera cruel; y bien parece que si los tuviéramos en Santo Domingo por vecinos en vez de los españoles, nos sería muy fácil hacer desertar a la mayoría de sus esclavos. El negro no es traidor; pero no se debe contar siempre demasiado con su fidelidad y su apego ciego. Sería bastante buen soldado si fuera bien disciplinado y bien llevado; es valiente, pero con frecuencia por no conocer el peligro o por ocultárselo su vanidad. Si se encontrara en un combate al lado de su amo y no hubiera sido maltratado sin razón, cumpliría sumamente bien con su deber; pero no habría que haberlo castigado injustamente: porque distingue muy bien si se trata con él por pasión y por dureza de carácter o si se le castiga con una severidad necesaria y en la que sabría hacerse justicia. Los negros amotinados y sublevados se deben disipar inmediatamente a palos y a vergajos de buey; si se dilata y luego se les quiere combatir, se defenderán bien. Desde que ven que tienen que morir, les importa bastante poco cómo y el menor de los éxitos los hace invencibles. El medio más eficaz de asegurarse su fidelidad es empeñarse en hacer de ellos buenos cristianos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Diversas particularidades de estos pueblos. — El canto es entre estos pueblos una señal bastante equívoca de alegría o de tristeza. Cantan en la aflicción, para alejar su malestar y cantan cuando están contentos para dar carrera a su gozo. Es verdad que tienen aires lúgubres y aires alegres, pero hay que haberlos practicado largo tiempo para saber distinguir los unos de los otros. Son duros en exceso con los animales que conducen; se les ha visto atascarse a propósito para tener el placer de llenar de sangre a sus bueyes; entonces tienen semblante de estar sumamente coléricos, juran, protestan escandalosamente; pero en el fondo se divierten. Muchos amos no alimentan a sus esclavos y se contentan con darles algún espacio para buscar o para ganarse la vida; pero por tiempo que se les dé no se ha podido descubrir todavía de qué viven entonces. Se sabe por otro lado que lo que basta apenas a un blanco para una comida, puede alimentar a un negro durante tres días. No dejan de comer bien cuando tienen con qué, pero por poco que coman y que duerman, son igualmente fuertes y duros en el trabajo. Hay que añadir que lo poco que tienen lo comunican de buena gana con quienes ven en la indigencia, aunque sean desconocidos.

Religión de los negros. — Cuanto a la religión, es bueno observar que las diferentes clases de negros que se transportan de Africa a nuestras colonias, se pueden reducir a tres naciones principales: que son los congos, los aradas y los senegaleses. Hablando propiamente ni los unos ni los otros tienen ninguna religión. Sin embargo los congos fueron convertidos al cristianismo por los portugueses hace doscientos años; sus reyes han sido siempre cristianos desde entonces y varios de esos negros están bautizados; pero apenas se encuentra en algunos un ligero tinte de nuestros misterios. Algunos senegaleses, vecinos de Marruecos, son mahometanos y circuncisos; los aradas están sumidos en las más espesas tinieblas de la idolatría, hasta dar un culto divino a las culebras de su país. Pero todos, al salir de Africa, se deshacen del apego a su creencia y a su culto supersticioso, o suponiendo que tengan de ello todavía, no hay ningún trabajo en hacerlos cristianos y el mayor embarazo de los misioneros es diferirles el bautismo sin ofenderlos, hasta que estén suficientemente instruidos: es también muy raro verlos apostatar. No se puede en nada saber qué idea de Dios tiene la mayoría de ellos antes de ser ilustrados por las luces de la fe; pero no hay ninguna dificultad en persuadirles su existencia y al interrogar a los niños se ha creído entrever que tenían una idea confusa de un primer Ser Soberano del Uni-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

verso y de un Espíritu malo que no sabe sino hacer mal. Se añade que son muy atormentados por el demonio antes de su bautismo y que por eso piden este sacramento con tanta instancia. Cuanto a la ley natural, tienen de ella un conocimiento muy imperfecto: nada según ellos hace al hombre criminal sino el robo, el homicidio y el adulterio, que no se hace sin el consentimiento de las partes interesadas. Por lo demás, son poquísimo capaces de comprender las verdades cristianas y toda la ciencia a la que varios pueden llegar se reduce a estar persuadido de que hay un Dios, un paraíso y un infierno. Es mucho, cuando sus débiles luces pueden elevarlos a un conocimiento superficial de la Trinidad y de la Encarnación y hay un gran número de ellos a quienes no se podría en modo alguno bautizar sino en la fe de la Iglesia, como se hace con los niños; también se les juzga rara vez capaces de comulgar, aun en la muerte.

Efecto del bautismo en ellos. Sus supersticiones. — Es más fácil abrirles la mente sobre el hecho de la moral y se les ve a veces hacer acerca de su salvación algunas reflexiones que un doctor corrompido no haría con toda su ciencia. El bautismo produce en ellos a este respecto cambios enteramente maravillosos: sin embargo, como la mayoría hacían antes profesión de sortilegio, algunos tienen mucho trabajo en no volver a él. Quienes lo han examinado más de cerca están persuadidos que hay algo de sobrenatural en ciertas enfermedades a que están sometidos antes de ser cristianos y en los remedios de que se sirven para curarlas; pero con frecuencia se creen embrujados cuando sólo están envenenados; porque hay entre ellos, como en todas las naciones, charlatanes cuyo secreto consiste enteramente en ser hábiles pillos, y es cierto que sus pretendidas suertes echadas sobre los blancos no tienen efecto ninguno.

De sus matrimonios. — Hay que convenir en que en lo que sucede acerca de su matrimonio hay inconvenientes que habría que evitar. La ley del príncipe no quiere que un esclavo se case sin permiso de su amo; esto está ordenado: por otra parte, los matrimonios clandestinos están prohibidos y son nulos. Pero si un habitante no permite a sus negros que se casen fuera de su casa, ¿qué hará un joven que no encuentra muchacha a su gusto?, ¿qué hará un párroco cuando un negro o una negra de distintos talleres, después de haber tenido entre sí un mal comercio, sin poder lograr de sus amos el permiso de casarse, vienen a la Iglesia a declarar en su presencia que se toman por esposos? Se podría proponer en esta materia muchos casos, que

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

no son en modo alguno muy especulativos, que ponen frecuentemente a los misioneros en grandes dificultades y a los que la autoridad laica, la única que es bien respetada en nuestras islas, no puede aportar sino remedios ineficaces.

Terminaré este artículo y toda obra con el extracto de una carta del P. le Pers, donde se verán algunas particularidades tocantes a la manera de conducirse con nuestros esclavos, las que me han parecido merecer tener aquí su lugar.

"Los dandas son la más vil y numerosa clase de los habitantes de Santo Domingo y se puede decir que son principalmente ellos los que nos atraen; sin ellos no osaríamos aspirar a la calidad de misioneros. Pasan pocos años sin que se lleve al Cabo Francés dos o tres mil. Cuando sé que han llegado algunos a mi distrito voy a verlos y comienzo por hacerles hacer la señal de la cruz, llevando sus manos, luego yo mismo la hago en su frente; como para tomar posesión en nombre de Jesucristo y de su Iglesia. Luego de las palabras ordinarias, añado: "*Y tú, maldito espíritu, te prohibo en nombre de Jesucristo que te atrevas nunca a violar esta señal sagrada que acabo de imprimir en la frente de esta criatura, que él rescató con su sangre*". El negro, que no comprende nada de lo que hago ni digo, abre unos ojos grandes y parece todo confuso; pero para tranquilizarlo le dirijo por un intérprete estas palabras del Salvador a San Pedro: "*No sabes ahora lo que hago, pero lo sabrás después*". Recomiendo luego con suma fuerza a los amos que no se contenten con acostumbrar a estos recién venidos a hacer la oración en comunión con los otros, como se usa en las habitaciones bien dispuestas, sino que los instruyan cada día en particular y no dejen de enviarlos los domingos y las fiestas a la iglesia, donde se tiene cuidado de hacerles a todos una instrucción proporcionada a su capacidad. Hay que reconocer que hay en esto celo entre nuestros colonos, en lo que son sumamente distintos de los ingleses, los que con frecuencia no procuran siquiera la gracia del bautismo a los negros que nacen entre ellos; todavía menos a los que les vienen de Africa. Estos esclavos tienen por su parte una verdadera prontitud para recibir el sacramento; pero los adultos no son en nada capaces de él sino al cabo de dos años; todavía, para dárselo entonces, hay que tener la opinión de quienes no creen el conocimiento del misterio de la Trinidad de necesidad de medio para la salvación; porque estoy convencido de que aunque un negro conteste bastante bien lo que se le pregunta sobre este misterio, lo que es raro, no entiende nunca lo que dice, más de lo que lo haría un loro a quien se le hubiera enseñado de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

memoria. Y aquí es donde la ciencia del más hábil teólogo se quedaría en extremo corta; pero un misionero debe pensar dos veces antes de dejar morir a un hombre, cualquiera que sea, sin el bautismo; y si hay algún escrúpulo en esto, aquellas palabras del profeta: "*Homines et iumenta salvabis, Domine*" (Ps. 35,8), le vienen en seguida a la mente para tranquilizarlo." ["Tú socorres a hombres y animales", Salm. 35,8.]

"Desde que un esclavo es bautizado, nos damos sumamente a los medios de hacerle conservar su inocencia y el más seguro de todos es el de casarlo; pero aquí el celo de ellos y el de su amo los abandonan con frecuencia, ya que los habitantes se imaginan de ordinario que va contra su interés que sus esclavos se comprometan en matrimonio, porque la ley del príncipe, así como la de la Iglesia, les prohibe vender al marido sin la mujer, y los niños por debajo de cierta edad. Los negros por su parte nunca se apresuran por casarse, porque miran este segundo compromiso como una especie de servidumbre más onerosa aún que aquélla en que han nacido. Esta aversión, que todas las razones del misionero tienen buen trabajo en vencer, tiene su origen en la poligamia y en la costumbre de repudiar a la mujer, que estos africanos miran en su país como un derecho natural; y no se llega a hacerlos razonables acerca de este artículo sino por el temor del infierno o la esperanza del paraíso, que hay que ponerles incesantemente ante los ojos. Todavía se ve uno frecuentemente obligado en esto a usar toda la industria para llevarlos al punto que se desea. Esta industria consiste en no bautizarlos de ninguna manera si no se los casa al mismo tiempo; la envidia que tienen de recibir el bautismo les hace pasar por encima de toda su repugnancia al matrimonio; pero es necesario insistirles sin cesar en las obligaciones que han contraído al recibir estos dos sacramentos; y se tiene ordinariamente el consuelo de ver que cumplen con ellas con una fidelidad que avergüenza a los cristianos antiguos."

"Los reunimos particularmente en las fiestas y los domingos al salir de la misa parroquial, y luego de la instrucción que les hacemos al comienzo y en la que nos empeñamos sobre todo en lo que es práctico para ellos, bautizamos a los niños y arreglamos las pequeñas diferencias que sobrevienen entre los demás. Esto se hace pronto, porque ordinariamente se atiende sin dificultad a lo que hemos decidido. Los visitamos también a veces en sus chozas y obligamos a sus amos a que nos los envíen en tiempo de Pascuas para confesarlos, lo que no es asunto pequeño, puesto que el número de los negros adultos es

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

por lo menos de dos mil en cada parroquia. Por lo tocante al bautismo de los adultos, cada misionero se toma su tiempo para esto. Mi costumbre ha sido siempre escoger para esta ceremonia las cuatro principales fiestas del año."

FIN DEL DUODECIMO Y ULTIMO LIBRO

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

SOCIEDAD DOMINICANA DE BIBLIOFILOS, INC.
COLECCION DE CULTURA DOMINICANA

1. LA REPUBLICA DOMINICANA
   Directorio y Guía General
   Enrique Deschamps - Santiago de los Caballeros, 1907.
2. LIRA DE QUISQUEYA *Poesías Dominicanas*
   José Castellanos - Santo Domingo, 1874.
3. VIDA Y VIAJES DE CRISTOBAL COLON
   Washington Irving - Madrid, 1852.
4. SANTO DOMINGO PAST AND PRESENT, WITH A GLACE AT HAYTI
   Samuel Hazard - New York, 1873.

4a. SANTO DOMINGO, SU PASADO Y PRESENTE
   Traducción castellana, 1974.

5. LA ISLA DE LA TORTUGA
   Lic. Manuel A. Peña Batlle - Madrid, 1951.
6. HISTORIA DE LA DOMINACION Y ULTIMA GUERRA DE ESPAÑA EN SANTO DOMINGO
   Ramón González Tablas - Madrid, 1870.
7. NOTAS AUTOBIOGRAFICAS Y APUNTES HISTORICOS
   Gral. Gregorio Luperón - Santiago, República Dominicana, 1939. (3 tomos)
8. LA SANGRE *Una vida bajo la tiranía*
   Tulio M. Cestero.
9. ANEXION Y GUERRA DE SANTO DOMINGO
   Gral. José de la Gándara - Madrid, 1884. (2 Tomos)
10. AL AMOR DEL BOHIO
    Tradiciones y costumbres dominicanas
    R. Emilio Jiménez - Santo Domingo, 1927.
11. INDIGENISMOS
    Emilio Tejera (2 Tomos)
12. SEGUNDA CAMPAÑA DE SANTO DOMINGO
    M. Lemonnier Delafosse - Le Havre, 1846.
    (Traducción de la edición original en francés)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

13. GREGORIO LUPERON E HISTORIA
DE LA RESTAURACION
Manuel Rodríguez Objio - Santiago, República
Dominicana, 1939. (2 Tomos)

14. RECONOCIMIENTO DE LOS RECURSOS
NATURALES DE LA REPUBLICA DOMINICANA
Dr. Carlos Chardón - Informe inédito, 1939.

15. DESCRIPCION DE LA PARTE ESPAÑOLA
DE LA ISLA DE SANTO DOMINGO
M. L. Moreau de Saint-Méry - Filadelfia, 1796. (2 Tomos,

16. FOLKLORE DE LA REPUBLICA DOMINICANA
Manuel José Andrade - New York, 1930.

17. DIARIO HISTORICO
Gilbert Guillermin - París, 1811.

18. ESTADO CULTURAL DE LAS COLONIAS ESPAÑOLAS
William Walton - Londres, 1810. (2 Tomos)

19. BOSQUEJO HISTORICO DEL DESCUBRIMIENTO Y
CONQUISTA DE LA ISLA DE SANTO DOMINGO
Casimiro N. de Moya - Santo Domingo, 1913 (3 Tomos).

20. FREY NICOLAS DE OVANDO
Ursula Lamb

21. LOS ESTADOS UNIDOS Y SANTO DOMINGO, 1789-187
Charles Callan Tansill.

22. LOS YANQUIS EN SANTO DOMINGO
Max Henríquez Ureña

23. SANTO DOMINGO, UN PAIS CON FUTURO
Otto Schoenrich

24. NARRACIONES DOMINICANAS
Manuel de Jesús Troncoso de la Concha.

25. HISTORIA DE LA ISLA ESPAÑOLA o
DE SANTO DOMINGO
Pedro Francisco de Charlevoix.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

DE ESTA EDICIÓN DE
HISTORIA DE LA ISLA ESPAÑOLA O DE SANTO DOMINGO
DE PEDRO FRANCISCO DE CHARLEVOIX
SE HAN IMPRESO 2.500 EJEMPLARES
NUMERADOS PARA LOS MIEMBROS DE LA
SOCIEDAD DOMINICANA DE BIBLIÓFILOS, INC.
SANTO DOMINGO

ESTE EJEMPLAR CORRESPONDE AL SOCIO
93